

GUSTAVE FLAUBERT

Cartas a Louise Colet



traducción, prólogo y notas

Ignacio Malaxecheverría

EDICIONES SIRUELA

INTRODUCCIÓN

Quijote y Sancho son más reales que el soldado español que los inventó, pero ninguna criatura de Flaubert es real como Flaubert. Quienes dicen que su obra capital es la Correspondencia pueden argüir que en esos varoniles volúmenes está el rostro de su destino.

BORGES

A Gustave Flaubert le irritaba el hecho de ser conocido en su tiempo casi exclusivamente como «el autor de *Madame Bovary*»; llegó a manifestar su deseo de adquirir los ejemplares sobrantes de su novela para quemarlos, con el fin de terminar de una vez por todas con la, para él, insoportable condición de ser el creador de una sola gran obra, de ver su talento oscurecido por el éxito de *Madame Bovary*, de resultar, en una palabra, engullido por su propia criatura. Otro tanto les ha ocurrido a otros miembros de las «santas trinidades» que nombra Barbedette (Beckett, Borges, Nabokov, Proust, Joyce, Kafka...).

Hoy estaría satisfecho (suponiendo que algo fuera capaz de satisfacerle del todo). Flaubert ha dejado de ser, al menos para sus incondicionales, el autor de, *Madame Bovary*, *Salammbó*, *L'Education sentimentale*, *La Tentation de Saint Antoine*, *Trois Contes*...y el padre postumo de *Bouvard et Pécuchet*. Todo ello constituye la punta de un iceberg, cuya masa está formada por las obras de juventud, el teatro, las versiones inéditas de libros publicados más tarde, y sobre todo la descomunal *Correspondencia* (cerca de tres mil ochocientas cartas en la mejor edición, la de M. Bardèche para el Club de l'Honnête Homme). Es más que probable que «el oso», «San Policarpo», «el ermitaño de Croisset», no hubiera apreciado, sin embargo, esta ampliación de sus obras completas a costa de su intimidad; su sobrina del alma Caroline Franklin-Grout, basándose en parecidas premisas, no autorizó hasta 1926 la divulgación de las «inestimables cartas» (así las llama Jacques Suffel) a Louise Colet, y, anciana pudorosa, condenó a la hoguera las misivas de Louise a su tío, pues ofendían su sensibilidad. Con ello, apunta con humor Vargas Llosa, se ganó el odio eterno de los adictos.

La *Correspondencia* de Flaubert no es, en cualquier caso, mera masa de papel y carnaza para chismosos y mirones; quien busque en ella secretos de alcoba deberá espigar y trabajar de firme. Sí es, como indica Genette señalando hacia el *Diario* de Kafka, un documento insustituible que ilumina uno de los casos más agudos de la pasión (en los dos sentidos del

vocablo) de escribir, la literatura vivida a la vez como necesidad y como imposibilidad, es decir, como una especie de vocación prohibida; lo que la *Correspondencia* demuestra es que rebosaba de cosas por decir: entusiasmos, amores, odios, rencores, desprecios, sueños, recuerdos... Para Sigaux, esta correspondencia, «quizá la más hermosa del siglo», es «confesión, ensayo, diario, memorias, y no puro discurso». Su valor, señalan los escritores profesionales, alcanza a la propedéutica del oficio; es, escribe Vargas Llosa, «el mejor amigo para una vocación literaria que se inicia, el ejemplo más provechoso con que puede contar un escritor joven en el destino que ha elegido». Lejos de elucubrar, como harán los críticos más tarde, sobre el valor —simbólico, social, psicológico...— de la propia obra creativa, las cartas cuentan la historia de la misma, y esta historia así contada es, a decir del autor de *La orgía perpetua*, mucho más fidedigna de lo que habría sido un «Diario de Madame Bovary», en razón de su espontaneidad y libertad: Flaubert no sabía que alguien más leería las cartas cien años después, ni que en ellas hacía la historia de su novela y «esbozaba la más revolucionaria teoría literaria de su siglo».

Afirmar, como acabo de hacerlo, que Flaubert se ha convertido en el autor de la *Correspondencia*, no es una exageración si se examinan opiniones de hace ya más de medio siglo. Gide, citado por Levin, afirmaba en sus *Interviews imaginaires* que cambiaría las novelas de Gustave Flaubert por sus cartas; y en *Le côté de Guermantes*, Proust hace decir a la condesa de Arpajon: «Por lo demás, encuentro que las correspondencias tienen un encanto especial [...]. ¿Han observado ustedes que con frecuencia las cartas de un escritor son superiores al resto de su obra? ¿Cómo se llama ese autor que escribió *Salammbó*? [...]. En todo caso, prosiguió ella, ¡qué curiosa es su correspondencia, y cómo supera a sus libros! Además es explicable, pues por todo lo que dicen sobre el esfuerzo que le costaba hacer un libro, se ve que no era un auténtico escritor, un hombre capacitado».

Seleccionar un aspecto de las cartas y definir el conjunto con una fórmula lapidaria es, por otra parte, dar muestras de partidismo. Sartre, que escribió tres gruesos volúmenes inspirados por el más puro imperialismo freudiano y la más profunda aversión a un novelista «burgués» (Flaubert y Sartre emplean la palabra en distinto sentido), para rendir cuenta de todo Flaubert (niño, hijo, escritor, amigo...) se atrevió a llamar a la *Correspondencia* «traité de la vaine cupidité». La razón es que, a juicio de Sartre, Flaubert se queja en sus cartas, con excesiva frecuencia, de no ser rico. Pero no es éste el lugar para atacar a un Sartre que estaba ya, al escribir *L'Idiot de la famille*, en una fase que Severo Sarduy califica

maliciosamente de «arqueológica»; Sartre se apoyó en la propia *Correspondencia* de Flaubert, en el *Diario* de los Goncourt, en los poco fiables *Souvenirs littéraires* de Maxime Du Camp, pero no es seguro que estuviese en condiciones de comprender a Flaubert. Barthes ha explicado una de las razones de esa incomprensión: «Flaubert, por el trabajo del estilo, es el último escritor clásico; pero, como ese trabajo es desmesurado, vertiginoso, neurótico, molesta a las mentes clásicas, desde Faguet hasta Sartre. Por eso se convierte en el primer escritor de la modernidad: porque accede a una locura. Una locura que no depende de la representación, de la imitación, del realismo, sino que es una locura de la escritura, una locura del lenguaje». Y la mayor crueldad, el epitafio más malvado y merecido a *L'Idiot de la famille*, ya lo ha escrito Julian Barnes: «Jean-Paul Sartre. Se pasó diez años escribiendo *L'Idiot de la famille* en lugar de escribir panfletos maoístas. Es como una Louise Colet de altos vuelos, que malgastó el tiempo importunando a Gustave, que lo único que quería era que le dejaran en paz. Concluir de todo ello: "Más vale malograr la ancianidad que no saber qué hacer con ella"». Claro que estas venenosas líneas figuran en el propio *Diccionario de tópicos* de Julian Barnes —del narrador de *El loro de Flaubert*, quiero decir—, lo que eventualmente podría exculparle, en caso de un ataque por sartristas furibundos.

La correspondencia de Gustave Flaubert, y en particular la que envió a Louise Colet, es «la fuente de información biográfica, psicológica y crítica más preciosa que poseemos sobre el maestro de Croisset, pues [las cartas] abarcan los diez años dedicados a la primera versión de *Saint Antoine* y de *Madame Bovary*», dice Dumesnil. No deja de ser sintomático que Stephen Ullmann cierre su *Style in the French Novel* precisamente con una cita de la *Correspondencia* —la referente a forma y fondo, abrigo y cuerpo—, en que Flaubert se anticipa, a su juicio, a las ideas modernas al respecto. Pero quizá lo más seductor de las cartas de Flaubert sea su estilo, absolutamente alejado de la perfección hierática de los textos trabajados. Ya insistió en ello Thibaudet, para quien puede ser «la más importante *Correspondencia* de un literato en el siglo XIX», porque «se ve en ella uno de sus estilos nuevos, el estilo en estado libre, las frases del recreo que suceden bruscamente a las frases del aula; el torrente de las ideas, de las imágenes, de los absurdos, de las bufonadas, de las obscenidades; la savia provincial, el terruño normando. La novela de Flaubert y de los Goncourt, sostenida por esas inmensas subestructuras que son la *Correspondencia* del uno y el *Diario* de los otros, nos expone y nos explica con gran claridad, y de una manera que no se encontraría en

otra parte, la relación del romanticismo con la vida. La *Correspondencia*, una vez publicada, ha contribuido poderosamente a mantener a Flaubert en el primer rango, a retrasar o amortiguar las reacciones inevitables que se han producido contra su arte y su influencia. Ella ha dado al artista la añadidura del hombre».

En varias cartas, Flaubert alude al temperamento «meridional» de su amante. Louise Révoil había nacido, en efecto, el 15 de septiembre de 1810 —once años antes que Gustave— en Aix-en-Provence. Louise es la menor de siete hermanos; a la muerte de su padre (que era director de Correos, y no pintor, como ella trató de hacer creer más tarde), se instala en la finca de Servanes, propiedad de unos parientes: el castillo rodeado de robles y pinos, «les Baux», las ruinas famosas, influirían sin duda en la eclosión de la sensibilidad poética de una muchacha de quince años. Louise se convierte en la musa oficial del salón de la señora Julie Périé, y tiene un idilio con el poeta Arsene Thévenot. Para casarse, elige al flautista Hippolyte Colet, nacido un año antes que ella, alumno del Conservatorio de 1828 a 1833 y acreedor al segundo Premio de Roma en 1834. La boda se celebra en diciembre de 1835 en Mouriés, y la joven pareja, tras la muerte de la madre de Louise, se traslada a París.

Los comienzos no son fáciles. Louise consigue colocar unos versos en *L'Artiste*, pero no tiene éxito con *Les Fleurs du Midi*; entonces empieza a pedir subvenciones y a correr tras los premios literarios. Sus intrigas cerca de la princesa Marie d'Orléans le valen, desde julio de 1837, una pensión del Estado; Dumesnil calcula que así obtuvo, de uno y otro lado, unos cien mil francos-oro.

1838 es un año afortunado para Louise: conoce al ilustre filósofo Victor Cousin, lo seduce, y vivirá a sus expensas dieciséis años. Hippolyte Colet no es el menos beneficiado, pues en noviembre de 1839, a pesar de la oposición de Cherubini, director del Conservatorio Nacional, obtiene la cátedra de armonía y contrapunto. En mayo del mismo año, la Academia —¿alentada por Béranger? ¿por Cousin?— corona «Le Musée de Versailles», un largo poema insípido, a gusto de Dumesnil. En 1840, Louise espera su primer hijo. En junio, el periodista Alphonse Karr escribe malévolamente en *Les Guêpes* (Las Avispas): «La señora Révoil, después de una unión de varios años con el señor Collet [sic], ha visto, al fin, su matrimonio bendecido por el Cielo y está a punto de dar a luz algo distinto de un alejandrino; cuando el venerable Ministro de Educación (Victor Cousin) se ha enterado de las circunstancias, consciente de su deber para con la literatura, ha hecho por la señora Collet lo que habría hecho sin duda por cualquier otra mujer de letras. La ha rodeado de cuidados y

atenciones; no le permite salir, si no es en su propio carruaje. En una cena en casa del señor Pongerville, aunque estaba cansado y muy deseoso de irse a su casa, el Señor ministro esperó a la interesante poetisa, para llevarla al hogar en su propio brougham [...]. Todo el mundo espera que no rehuse el apadrinar a la futura criatura».

Las sempiternas mentes ingeniosas atribuyeron a Karr la afirmación de que el embarazo se debía a «une piquêre de cousin» [una picadura de mosquito], chiste que, de hecho, no figura en *Les Guêpes*. En todo caso, la enfurecida Louise visita al periodista y le clava un cuchillo de cocina, sin más graves consecuencias. En su salita, muy frecuentada por la sociedad parisiense, Karr colgará el sangriento recuerdo, con una inscripción: «Regalado por la Sra. Colet... en la espalda». Este escándalo acrecienta la fama de Louise, que se convierte, para los articulistas, en Charlotte Corday o en Lucrecia. Pero ella no cesa en su ambición literaria; en el Théâtre de la Renaissance estrena una comedia en un acto y en verso, *La Jeunesse de Goethe*, que fracasa con estrépito. Théophile Gautier reseña la obra en los siguientes términos: «Esta sedicente comedia rebosa de versos desagradables para la crítica. El pobre Schlegel, que sin embargo era un hombre de mucha ciencia e ingenio, resulta maltratado en exceso. Ciertamente es que la señora Collet [sic], de soltera Révoil, no aprecia mucho el ingenio:

Pues el ingenio es a menudo la indigencia del corazón,

dice, en un francés bastante raro, en el último verso de su pieza. En este caso, el corazón de la señora Collet, de soltera Révoil, debe ser extremadamente rico. La versificación de la laureada es débil, incolora y de un gusto mediocre; la frase es pastosa, sin un dibujo definido, y carece totalmente de estilo. Para un premio de poesía, para una musa coronada, no es nada brillante».

Y es que, como dice uno de sus biógrafos, la vida de Louise Colet es la triste historia del distanciamiento que inspiró a quienes debía y quería agradar. Una anécdota la retrata: rechazó airadamente una pensión concedida por Cavé, director de Bellas Artes; se arrepintió, después de haber escrito la carta de rechazo, y Victor Cousin tuvo que intrigar, poniendo paños calientes y disculpas, para recuperar la carta y asegurar la pensión...

En 1842, por mediación de Cousin, llega hasta el círculo de amistades de Madame Récamier; se instala en la calle de Sevres, frente a la Abbaye au Bois, y traba amistad con el escultor Pradier —«Fidias», en las cartas de Flaubert—, quien la presentará al futuro novelista en 1846. Para entonces, Pradier llevaba un año aconsejando a Gustave la búsqueda de una

amante fija, por razones estrictamente higiénicas. Flaubert conoce a Louise en el taller de Pradier, posando; a finales de julio vuelve a verla, la lleva al Bois y sin dilación se hacen amantes. Madeau cree que el inicio de su relación con Louise Colet fue para Flaubert «el fin de un largo período de castidad» y «un momento de transformación intelectual, de ruptura definitiva con su juventud». Si lo segundo no admite reparos, la castidad aludida merecería alguna puntualización; también Enid Starkie subraya el carácter más bien teórico de la experiencia amorosa de la que Flaubert alardea ante Louise. De hecho, se sabe que antes de los veinticuatro años, edad a la que conoció a Louise, Gustave se había enamorado perdidamente de Elisa Schlésinger, una dama a la que vio en Trouville (y que fue, según algunos biógrafos, la gran pasión de su vida, convirtiéndose en la señora Arnoux de *L'Éducation Sentimentale*); había tenido en 1840, en el Hotel Richelieu de Marsella, un idilio fugaz y ardiente con Eulalie Foucauld de Langlade—dama de quien se conservan varias apasionadas cartas a Gustave—; había visitado asiduamente los prostíbulos, según asegura reiteradas veces. Otra cosa es que, como él mismo lo afirma [véase más adelante la carta 2], permaneciera casto durante cerca de tres años, exageración manifiesta.

Si nos preguntamos quién cazó a quién, Barnes hace decir a Louise, en frase imaginada: «La presa atrapada no fue él, sino yo». Ciertamente es que la Louise Colet de treinta y cinco años que conoce al joven de veinticuatro posee fama, belleza y éxito; que poco puede impresionarla un autor provinciano sin obra publicada. Sartre, en cambio, atento a subrayar la índole femenina y pasiva de Flaubert, sostiene que fue Louise, de personalidad más viril, quien lo sedujo a instancias de Pradier, que lo preparó todo, lo que no obsta para que Louise fuera, «sin duda alguna, la mujer a la que más amó». Del mismo modo, para Starkie, Gustave se enamoró de Louise —la única rubia de su vida, asombroso detalle— a primera vista; «éste fue el único afecto apasionado de su vida, el único al que se entregó con toda el alma». Dispensaré al lector de las elucubraciones de la crítica sobre aquellos primeros momentos de la relación amorosa entre Gustave y Louise, pues los mínimos detalles han hecho ennegrecer páginas; puede que el primer encuentro físico de la pareja estuviera a punto de consumarse en un fiacre, y puede que Flaubert convirtiera dicho vehículo en el famoso fiacre de Emma Bovary. A Sartre, el utilizar así a Louise, una mujer a quien Flaubert amó durante ocho años, le parece una «imperdonable grosería»; pero es que el fiacre de Emma no procede de aquél, cree Vargas Llosa, sino del carruaje que fue testigo del turbio asunto entre Louise Colet y Alfred de Musset...

¿Qué ve Louise en Gustave? Desde luego, un atractivo físico innegable; y además, cree Dumesnil, ha descubierto un mentor atento, que en principio no puede hacerle sombra. Es cierto que, desde el comienzo, el joven Gustave se atrevió a dar consejos literarios a Louise; corrigió sus versos; la apoyó para obtener premios literarios; le sugirió lecturas; llegó a escribir para ella artículos de modas, circunstancia que no debe sorprender si se tiene en cuenta, con Richard, la atracción que ejercían en Flaubert las prendas femeninas, y su obsesión por el calzado y los pies, que tan certeramente señala Vargas Llosa. De todos modos, y como justo castigo a la lascivia del joven Flaubert, durante la primera noche con Louise «su agujeta permaneció anudada», circunstancia que Sartre el envidioso destaca con satisfacción, y que el joven amante no oculta en sus propias cartas a la poetisa.

Si posteriormente hubo entendimiento físico —y poco importa, como subraya algún biógrafo puntilloso, que sólo se vieran seis veces en dos años—, no lo hubo artístico, y a ello contribuyó el romanticismo, el personalismo de Louise Colet. Eran demasiado distintos. Madeau, que no es indulgente con Louise, la ve poco inteligente y orgullosa; enumera, ceñudo, sus amantes (Victor Cousin, Alfred de Musset, Villemain, Victor Hugo, Alfred de Vigny, Champfleury —ignoro por qué omite a Louis Bouilhet, amigo íntimo de Gustave—); y, sobre todo, sentencia: lo que Flaubert prodigó en bien de Louise Colet, es decir, sus consejos literarios, ideas sobre el arte y oficio de escribir, lecturas, reflexiones psicológicas e intelectuales, todo eso cayó sobre terreno estéril, como puede deducirse de las producciones de la Musa. No es menester mostrarse tan cruel como Madeau. Justo es reconocer, en defensa de Louise, que la frecuente irritación de ésta tenía su fundamento, ante un amante siempre escudado en las faldas maternas, y que recibía prudentemente su *Correspondencia* a través de un amigo; reconocer que, ni era realmente tan dominante —pues soportó estoicamente el sistema de separación que impuso Gustave—, ni tan infiel, pues hasta el propio Flaubert, *horribile dictu*, la animaba a ello. Habrá que repartir las culpas entre los dos amantes, y admitir, con Barnes, que «la pedantería y la obstinación armonizan muy mal con la inmoderación y la posesividad»; que, en un *Diccionario de tópicos*, Louise Colet podría ser caracterizada de cualquiera de los dos modos siguientes, o de ambos a la vez: «a) Tediosa, molesta, promiscua, carente de talento propio y de capacidad de comprensión para la genialidad de los demás. Intentó cazar a Gustave y casarse con él. ¡Imagínese a los niños berreando por todas partes! ¡Imagínese la desdicha de Gustave! ¡Imagínese la felicidad de Gustave!

»b) Valiente, apasionada, profundamente incomprendida, crucificada por el amor que le inspiró Flaubert, un hombre cruel, intratable, provinciano. Tenía la razón de su parte cuando se quejó de que "Gustave sólo escribe de Arte, o de sí mismo". Protofeminista que cometió el pecado de intentar hacer feliz a un hombre.»

Louise trató incesantemente de entrar en Croisset, de ser presentada a la señora Flaubert, de instalarse en la vida de Gustave. La primera riña seria se produjo en 1847, antes del viaje a pie por Bretaña de Gustave y Maxime Du Camp; la segunda fue ya una ruptura, que coincidió con el viaje a Oriente de Flaubert, de agosto de 1848 a julio de 1851, ese regreso a lugares soñados durante la adolescencia, en el transcurso del cual Louise Colet se convierte, en frase curiosa de Cano Gaviria, en «corresponsal en la reserva».

Cuando Flaubert regresa a Francia, Louise ha enviudado de Hippolyte Colet, y es él quien reanuda las relaciones, quién sabe si movido, como cree Enid Starkie, por el propósito egoísta de utilizar a Louise para el personaje de Emma Bovary. Esta segunda y última etapa durará, por lo menos, hasta abril de 1854. En 1852 se produce el «asunto Musset», evocado en las cartas; Louise representa lo que Dumesnil llama la «comedia de la fidelidad» y consigue indisponer a Gustave con el poeta académico, al que, sin embargo, defenderá Flaubert más tarde, cuando Louise intente vengarse de él, denostándolo en *La Servante*. El final de la relación de los amantes fue amargo. Quizá, como quiere Dumesnil, Flaubert nunca dejó de amar a la señora Schlésinger, y escribe a menudo a Louise cosas que, en realidad, habría deseado poder decir a Elise. En cualquier caso, el desenlace se precipita. Paul Bonnefon, que publicó las cartas de Béranger a Victor Cousin, dice que, desde principios de 1854, Louise trata manifiestamente de exasperar a Flaubert. Le hace peticiones inesperadas, sigue insistiendo en conocer a su madre, airea cuestiones de dinero... Todo es cálculo. Cousin recobra el favor de Louise Colet, y Gustave, harto de estos manejos, rompe brutalmente con la Musa a principios de 1855. Una carta de Louis Bouilhet a Flaubert asegura que lo que busca Louise es casarse con Gustave, y un viaje de Louise a Ruán, seguido de una escena muy violenta, parece corroborarlo. La obstinación de Louise Colet en el momento de la ruptura definitiva, opina Nadeau, es «sumamente curiosa, sobre todo si tenemos presente que, desde hace algunos meses, ha tomado por amante a Alfred de Vigny. Ignora que Flaubert esté al corriente, pero también que éste no tiene la menor intención de reprocharle esta interesada relación. Por su parte, Flaubert recibe ahora los favores de la actriz Béatrix Person».

El epílogo ha de buscarse en dos obras de Louise Colet: *Une histoire de soldat* (1856) y *Lui* (1860), un «román á clef» donde «él», Albert, es Musset, un sinvergüenza, y «Léonce» es Gustave Flaubert. En *Lui*, Louise descarga su bilis. «Cuando me encontré en mi gabinete», escribe, «tomando mi pluma para escribir a Léonce, su hermosa y querida imagen, aumentada por la soledad en la que vivía, desplazó en seguida, con su mirada tranquila, la imagen agitada de Albert. El no tenía esas inquietudes y esos arrebatos infantiles. El amor lo iluminaba sin quemarle: era la lámpara de su trabajo nocturno, la recompensa de su tarea cumplida. ¡Oh, pensaba yo, he ahí el verdadero amor, fuerte, radiante, seguro de sí mismo y persistente sin alteración, aunque separado del ser amado! Así es como, en el exceso de mi amor, yo blasfemaba contra el amor mismo, el amor exigente, fantástico, ansioso, arrebatado, como lo había sentido Albert en su juventud, y cuyo eco despertaba en él. ¿Acaso el verdadero amor puede ser tranquilo, resignado, carente de deseo? ¿Impetuoso solamente en ciertos días del año y relegado el resto del tiempo a una casilla del cerebro? ¡Oh, pobre Albert, en tu aparente locura, tú eras quien amaba, a ti te inspiraba la vida! ¡El otro, allá, lejos de mí, con su orgullo laborioso y su eterno análisis de sí mismo, no amaba! ¡El amor no era para él más que una disertación, letra muerta!»

Cuando muere Louise, en marzo de 1876, la emoción de Gustave se manifiesta en una carta a la señora Roger des Genettes: «¡Un final más! ¿Recuerda usted el pisito de la calle de Sevres? ¡Qué miseria la nuestra!».

A pesar de los pesares, opina Enid Starkie, su relación con Louise Colet fue «la más grande aventura emocional de su vida»; y Barnes, con lúcido cinismo, sugiere que nuestro único motivo para lamentar que terminaran los amores entre Louise y Gustave es que «se acaban las brillantes cartas que Flaubert le dirigió a ella». Esas cartas formaban en 1932, según el cómputo de Dumesnil, la mitad de la *Correspondencia* publicada entonces. Hoy han cambiado enormemente las proporciones. En las *Obras completas* de Flaubert publicadas por el Club de l'Honnête Homme, edición que utilizo, sólo doscientas setenta y cinco cartas —de casi tres mil ochocientas— están dirigidas a Louise. He prescindido de un centenar, por razones tan sólidas como su absoluta falta de interés (notas brevísimas, por ejemplo, confirmando una cita), el estar centradas únicamente en la obra de Louise (larguísimas cartas corrigiendo el estilo de sus poemas) —y la posteridad ha decidido que Louise figure a pie de página en la historia de la literatura—, o el ser del todo redundantes, coincidiendo en contenido e ideas con otras mejores que sí traduzco. He amputado otras, basándome en parecidos criterios. Ninguna de estas supresiones daña al conjunto de

las cartas: la poda no afecta al ombú.

Cartas a Louise Colet

1

Martes, medianoche [4 de agosto de 1846].

Hace doce horas aún estábamos juntos; ayer, a estas horas, te tenía en mis brazos... ¿Recuerdas?... ¡Qué lejos queda ya! Ahora la noche es cálida y suave; oigo cómo se estremece al viento el gran tulipero, bajo mi ventana, y cuando alzo la cabeza, veo cómo se mira la luna en el río. Ahí están, mientras te escribo, tus zapatillitas; las tengo ante los ojos, y las miro. Acabo de guardar, a solas y bien encerrado, todo cuanto me regalaste; tus dos cartas están en la bolsita bordada; las releeré cuando haya lacrado la mía. Para escribirte no he querido usar mi papel de cartas; está orlado de negro; ninguna tristeza debe ir de mí hacia ti. Quisiera hablarte solamente de dicha, y rodearte de una felicidad tranquila y continua, para pagarte un poco todo lo que me has dado a manos llenas, con la generosidad de tu amor. Temo ser frío, seco, egoísta, y Dios sabe bien, sin embargo, lo que sucede en este momento dentro de mí. ¡Qué recuerdo! ¡Y qué deseo! ¡Ah, nuestros dos estupendos paseos en calesa! ¡Qué hermosos, sobre todo el segundo, con sus relámpagos! Recuerdo el color de los árboles iluminados por los faroles, y el balanceo de los muelles; estábamos solos, y éramos felices. Yo contemplaba tu cabeza en la noche; la veía, a pesar de las tinieblas; tus ojos te iluminaban todo el rostro. Me parece que escribo mal; vas a leer esto con frialdad; no digo nada de lo que quiero decir. Y es que mis frases chocan como suspiros; para entenderlas, hay que colmar lo que separa una de otra; lo harás, ¿verdad? ¿Soñarás con cada letra, con cada signo de la escritura, como yo al mirar tus zapatillitas pardas? Pienso en los movimientos de tu pie cuando las llenaba y las calentaba. El pañuelo está dentro, veo tu sangre y quisiera que estuviera rojo de ella.

Mi madre me aguardaba en la estación; lloró al verme regresar. Tú lloraste al verme partir. ¡Así pues, nuestra desdicha es tal, que no podemos desplazarnos de un lugar sin que cueste lágrimas a ambos lados! Es de un grotesco sombrío. He reencontrado aquí el césped verde, los árboles altos y el agua corriendo como cuando partí. Mis libros están abiertos en el mismo sitio; nada ha cambiado. La naturaleza exterior nos avergüenza: es de una serenidad desoladora para nuestro orgullo. Es igual, no pensemos ni en el porvenir, ni en nosotros, ni en nada. Pensar es la manera de sufrir. Dejémonos llevar por el viento de nuestro corazón, mientras hinche la vela; que nos empuje como guste, y en cuanto a los escollos... ¡qué más da! Ya

veremos.

Y el bueno de X... [Pradier], ¿qué ha dicho del envío? Nos reímos con ganas ayer noche. Fue algo tierno para nosotros, alegre para él y bueno para los tres. Mientras venía he leído un libro casi entero. Me conmovieron diferentes pasajes. Te hablaré de ello más largo y tendido. Ya ves que no estoy bastante concentrado, esta noche me falta del todo el sentido crítico. Sólo he querido enviarte un beso más antes de dormirme, decirte que te quería. Apenas te he dejado, y a medida que me alejaba, mi pensamiento regresaba hacia ti. Corría más aprisa que el humo de la locomotora que huía tras de nosotros (es una comparación con muchos humos, perdón por el chiste). Vamos, un beso, rápido, ya sabes cómo, de los que dice Ariosto, y otro más, ¡más!, más, y también, después, bajo la barbilla, en ese sitio que me gusta de tu piel, tan suave, en tu pecho, donde apoyo mi corazón.

Adiós, adiós.

Todas las ternuras que quieras.

2

Jueves, once de la noche [6 de agosto de 1846].

Estoy roto, aturdido, como después de una orgía prolongada; me aburro mortalmente. Tengo en el corazón un vacío inaudito. Yo que era antes tan tranquilo, tan orgulloso de mi serenidad, que trabajaba de la mañana a la noche con un rigor persistente, no puedo leer, ni pensar, ni escribir; tu amor me ha vuelto triste. Veo que sufres, preveo que te haré sufrir. Quisiera no haberte conocido nunca, por ti, luego por mí, y sin embargo tu recuerdo me atrae sin descanso. Encuentro en él una exquisita dulzura. ¡Ay, qué preferible habría sido limitarnos a nuestro primer paseo! ¡Ya sospechaba yo todo esto! Cuando, al día siguiente, no volví a casa de Fidas [Pradier], es porque ya me sentía resbalar por la pendiente. Quise detenerme; ¿qué es lo que me empujó a esto? ¡Tanto peor! ¡Tanto mejor! El cielo no me ha dado una constitución graciosa. Nadie posee en mayor grado que yo el sentimiento de la miseria de la vida. No creo en nada, ni siquiera en mí mismo, cosa que es infrecuente. Me dedico al arte porque me divierte, pero no tengo fe alguna en la belleza, ni en lo demás. Así que el punto de tu carta, pobre amiga mía, en que me hablas de patriotismo, me habría hecho reír con ganas si me hubiera encontrado en estado de ánimo más alegre. Vas a creer que soy duro. Querría serlo. Todos los que se acercan a mí se beneficiarían de ello, y yo también, que tengo el corazón comido, como lo está en otoño la hierba de los prados, por todas las ovejas que han pasado por encima. No quisiste creerme cuando te dije que era viejo. Desgraciadamente es así, pues todo sentimiento que llega a

mi alma se avinagra en ella, como el vino que se pone en recipientes demasiado usados. Si supieras todas las fuerzas internas que me han agotado, todas las locuras que han pasado por mi cabeza, todo lo que he probado y experimentado en cuanto a sentimientos y pasiones, verías que no soy tan joven. Tú eres la criatura, tú eres fresca y nueva, tú, cuyo candor me sonroja. Me humillas con la grandeza de tu amor. Merecías algo mejor que yo. ¡Que me parta un rayo, que caigan sobre mí todas las maldiciones posibles, si alguna vez lo olvido! ¿Despreciarte, dices, porque te has entregado a mí demasiado pronto? ¿Has sido capaz de pensarlo? ¡Nunca, nunca, hagas lo que hagas, ocurra lo que ocurra! Me entrego a ti de por vida, a ti, a tu hija, a los que desees. Es una promesa; retenla y haz uso de ella. La hago porque puedo cumplirla.

Sí, te deseo y pienso en ti. Te quiero más de lo que te quería en París. Ya no puedo hacer nada; te veo continuamente en el taller, de pie cerca de tu busto, con los papillotes moviéndose sobre tus hombros blancos, tu vestido azul, tu brazo, tu rostro, ¿qué sé yo?, todo. ¡Mira! ahora me circula la fuerza por la sangre. Me parece que estás aquí; ardo, vibran mis nervios... ya sabes cómo... sabes qué calor tienen mis besos.

Desde que nos dijimos que nos queríamos, te preguntas el motivo de mi reserva en añadir «para siempre». ¿Por qué? Es que yo adivino el porvenir; es que la antítesis se alza constantemente ante mis ojos. Jamás he visto un niño sin pensar que se convertiría en un anciano, ni una cuna sin imaginar una sepultura. Contemplar una mujer desnuda me hace imaginar su esqueleto. Por eso me entristecen los espectáculos alegres, y las escenas tristes me conmueven poco. Llora demasiado por dentro como para derramar lágrimas al exterior; una lectura me emociona más que una desdicha auténtica. Cuando tenía familia, a menudo deseé no tenerla, para ser más libre, para irme a vivir a China o entre los salvajes. Ahora que ya carezco de ella, la echo en falta y me aferro a las paredes en que aún permanece su sombra. Otros estarían orgullosos del amor que me prodigas, su vanidad bebería en él a sus anchas, y su egoísmo masculino se vería halagado hasta sus más íntimos repliegues. Pero a mí, una vez han pasado los momentos ardientes, el corazón me desfallece de tristeza, pues me digo: me quiere; y yo, que también la quiero, no la quiero lo bastante. ¡Si ella no me hubiera conocido, le habría ahorrado todas las lágrimas que está derramando! Perdóname esto, perdónamelo en nombre de toda la embriaguez que me has hecho experimentar. Pero presiento una desdicha enorme para ti. Temo que mis cartas sean descubiertas, que se sepa todo. Estoy enfermo por ti.

Crees que me amarás siempre, criatura. ¡Siempre! ¡Qué presunción, en

labios humanos! Has amado ya, ¿verdad? Como yo; recuerda que antaño dijiste también: siempre. Pero te estoy maltratando, te entristezco; ya sabes que mis caricias son feroces. Da igual, prefiero turbar ahora tu felicidad que exagerarla fríamente, como hacen todos, para que después su pérdida te haga sufrir más... ¿Quién sabe? Quizá más adelante me agradecerás el que haya tenido el valor de no ser más tierno. ¡Ay, si hubiese vivido en París, si todos los días de mi vida hubiesen podido transcurrir junto a ti, sí, me dejaría arrastrar por esta corriente sin pedir auxilio! En ti habría hallado para mi corazón, mi cuerpo y mi cabeza una satisfacción diaria que jamás me habría hartado. Pero separados, destinados a vernos raras veces, es horrible. ¡Qué perspectiva! Y ¿qué hacer? Sin embargo... No concibo cómo he podido alejarme de ti. ¡Ése sí que soy yo! Es lo propio de mi lamentable naturaleza. Si no me quisieras, me moriría; como me quieres, aquí estoy, escribiéndote que te detengas. Mi propia estupidez me da asco. Habría querido pasar por tu vida como un arroyo claro que hubiera refrescado sus orillas reseca, y no como un torrente que la arrasa. Mi recuerdo habría hecho estremecerse a tu carne, y sonreír a tu corazón. ¡No me maldigas nunca! Créeme, antes de dejar de quererte, te habré amado mucho. En cuanto a mí, te bendeciré siempre; conservaré tu imagen, empapada de poesía y de ternura, como lo estaba ayer la noche en el vapor lechoso de su niebla plateada.

Este mes iré a verte, y me quedaré contigo una largo día entero. Antes de quince días, incluso doce, estaré contigo. Que me escriba Fidias, y acudo; ya está convenido. ¿Se le ha pasado el enfado, al bueno de Fidias? ¿Ha entendido el sentido del regalo? Trata de hacerle comprender que era para hacerle reír y pensar, y para devolverle un poco la satisfacción que nos había dado.

Quieres que te envíe algo escrito por mí. No, te parecería demasiado bien. ¿No me has dado suficiente, como para añadir elogios literarios? ¡Quieres acabar convirtiéndome en un fatuo! Además, no tengo nada legible; te perderías entre las tachaduras y las llamadas, pues no he mandado copiar nada. ¿No temes estropear tu estilo al leerme? Querías que publicase algo en seguida; me excitarías; terminarías por lograr que me tomase a mí mismo en serio (¡y el cielo me libre de eso!). Antes mi pluma corría por el papel con rapidez; también corre ahora, pero lo desgarrar. No puedo escribir ni una frase, cambio de pluma a cada minuto, pues no expreso nada de lo que quiero decir. Vendrás a Ruán con Fidias, fingirás encontrarte conmigo y me visitarás aquí. Eso te dejará más satisfecha que cualquier descripción posible. Entonces, pensarás en mi alfombra, y en la gran piel de oso blanco sobre la que me echo durante el día, igual que

pienso yo en tu lámpara de alabastro, cuando veía ondular en el techo su luz mortecina. ¿Habías entendido, aquella tarde, que yo me había dado ese plazo? Pues no me atrevía; soy tímido, sabes, a pesar de mi cinismo, o quizá debido a él. Me había dicho a mí mismo: aguardaré hasta que se apague la vela. ¡Oh, qué olvido de todo! ¡Qué exclusión del resto del mundo! ¡Qué suave era la piel de tu cuerpo desnudo... y qué alegría hipócrita saboreaba yo, dentro de mi despecho, mientras los demás seguían allí sin marcharse! Siempre recordaré el aspecto de tu rostro cuando estabas a mis pies, en el suelo, y tu sonrisa ebria cuando me abriste la puerta y nos despedimos. Bajé entre tinieblas, de puntillas, como un ladrón. ¿No era uno, acaso? ¿Son todos tan felices, cuando escapan cargados con su botín?

Te debo una explicación sincera sobre mí mismo, para contestar a una página de tu carta que me deja ver las ilusiones que te formas con respecto a mí. Sería cobarde por mi parte (y la cobardía es un vicio que me repugna, cualquiera que sea su forma de presentarse) hacerlas durar por más tiempo.

El fondo de mi naturaleza es, digan lo que digan, el del saltimbanqui. En mi infancia y en mi juventud amé desesperadamente las tablas. Si el cielo me hubiera hecho nacer más pobre, quizá habría sido un gran actor. Aún ahora, lo que me gusta por encima de todo es la forma, con tal que sea hermosa, y nada más. Las mujeres, que tienen el corazón demasiado ardiente y la mente demasiado exclusiva, no entienden esa religión de la belleza, con abstracción del sentimiento. Necesitan siempre una causa, una finalidad. Yo admiro tanto el oropel como el oro. Incluso es superior la poesía del oropel, porque es triste. Para mí no hay en el mundo más que los versos hermosos, las frases bien construidas, armoniosas, sonoras, las bellas puestas de sol, los claros de luna, los cuadros con colorido, los mármoles antiguos y las cabezas de rasgos acentuados. Más allá, nada. Habría preferido ser Talma que Mirabeau, porque vivió en una esfera de belleza más pura. Los pájaros enjaulados me inspiran tanta lástima como los pueblos esclavos. En toda la política sólo hay una cosa que comprendo, y es el motín. Soy fatalista como un turco, y opino que todo cuanto podemos hacer por el progreso de la humanidad, o nada, es exactamente lo mismo. En cuanto a ese progreso, tengo el entendimiento obtuso para las ideas poco claras. Todo cuanto corresponde a ese lenguaje me revienta desmesuradamente. Detesto lo suficiente la tiranía moderna, pues me parece estúpida, débil y temerosa de sí misma; pero rindo profundo culto a la tiranía antigua, que considero como la más hermosa manifestación del hombre que haya existido. Soy ante todo el

hombre de la fantasía, del capricho, de lo deslavazado. He pensado durante mucho tiempo y muy seriamente (no te rías, pues es el recuerdo de mis momentos más hermosos) en irme a Esmirna y hacerme renegado. Algún día me marcharé a vivir lejos de aquí, y ya no se volverá a oír hablar de mí. En cuanto a lo que generalmente más afecta a los hombres, y que para mí es secundario, me refiero al amor físico, siempre lo he separado del otro. Te vi burlarte de ello el otro día, a propósito de ***; pues era mi historia. Eres precisamente la única mujer a la que he querido y que he conseguido. Hasta ahora me iba a calmar con unas los deseos inspirados por otras. Me has hecho mentirle a mi sistema, a mi corazón, quizá a mi naturaleza, que, siendo incompleta en sí misma, busca siempre lo incompleto.

Quise a una mujer desde los catorce años hasta los veinte sin decírselo, sin tocarla; y después, permanecí cerca de tres años sin sentir mi sexo. Creí por un momento que moriría así, y daba gracias al cielo. Querría no tener ni cuerpo ni corazón, o, mejor aún, quisiera estar muerto, pues la traza que tengo en este mundo es de un ridículo exagerado. Eso es lo que me hace desconfiado y tímido para conmigo mismo.

Eres la única a quien me he atrevido a querer agradar, y quizá la única a quien he gustado. ¡Gracias, gracias! Pero ¿me comprenderás hasta el final? ¿Aguantarás el peso de mi tedio, mis manías, mis caprichos, mi abatimiento y mis retornos arrebatados? Me dices, por ejemplo, que te escriba todos los días, y si no lo hago, vas a acusarme. Pues bien: la idea de que quieres una carta cada mañana me impedirá escribirla. Déjame quererte a mi aire, al estilo de mi ser, con lo que tú llamas mi originalidad. No me fuerces a nada, y lo haré todo. Compréndeme y no me acuses. Si te considerase ligera y necia como las demás mujeres, te engañaría con palabras, promesas y juramentos. ¿Qué me costaría? Pero prefiero quedarme por debajo que por encima de la verdad de mi corazón.

Los númeridos, dice Herodoto, tienen una extraña costumbre. De muy pequeños, les queman la piel del cráneo con carbones, para que después sean menos sensibles a la acción del sol, que es devoradora en su país. Imagínate que fui educado a la númerida. ¿No era fácil decirles: no sentís nada, ni siquiera el sol os quema? Oh, no tengas miedo: mi corazón, por tener callo, no es menos bueno. ¡Pues no! Si me sondeo, no me encuentro mejor que mi vecino. Solamente poseo bastante perspicacia y algo de delicadeza en mis modales. Ya cae la noche. Me he pasado la tarde escribiéndote. A los dieciocho años, cuando volví del Sur, escribí durante seis meses cartas parecidas a una mujer a la que no amaba. Era para forzarme a quererla, para practicar un estilo serio, y ahora es todo lo

contrario; el paralelismo se cumple. Una última palabra: tengo en París un hombre a mis órdenes, fiel hasta la muerte, activo, valeroso, inteligente; cuenta con él como si fuese conmigo. Mañana espero tus versos, y dentro de unos días tus dos libros. Adiós, piensa en mí; sí, bésate el brazo. Todas las noches leo tus obras. Busco en ellas rastros de ti, y a veces los encuentro. Adiós, adiós; apoyo mi cabeza en tus senos y te contemplo de abajo arriba, como una madonna.

Once de la noche.

Adiós, cierro la carta. Es la hora en que estoy solo, y mientras todo duerme, saco el cajón donde están mis tesoros. Contemplo tus zapatillas, tu pañuelo, tus cabellos, tu retrato; releo tus cartas, aspiro su olor almizclado. ¡Si supieras lo que siento ahora!... en plena noche, se dilata mi corazón, y un rocío de amor lo invade.

Mil besos, mil, en todas partes, en todas partes.

3

[Croisset] Medianoche del sábado al domingo

[8 de septiembre de 1846].

El cielo está limpio; brilla la luna. Oigo cantar a unos marinos, que levantan el ancla para zarpar con la marea que se presenta. No hay nubes, ni viento. El río está blanco bajo la luna, y negro en la sombra. Las mariposas revolotean en torno a mis velas, y me llega el olor de la noche por las ventanas abiertas. ¿Y tú, duermes? ¿Estás en la ventana? ¿Piensas en el que piensa en ti? ¿Sueñas? ¿De qué color es tu sueño? Hace ocho días de nuestro hermoso paseo por el Bois de Boulogne. ¡Qué abismo desde aquel día! Aquellas horas deliciosas transcurrieron para los demás, sin duda, como las anteriores y como las que siguieron; pero para nosotros fue un momento radiante cuyo reflejo siempre iluminará nuestro corazón. Qué dicha y qué ternura tan hermosas, ¿verdad, alma mía? Si fuera rico, compraría aquel carruaje y lo guardaría en mi cochera para no volver a utilizarlo nunca más. Sí, volveré, y pronto, pues pienso en ti siempre; sueño siempre con tu rostro, con tus hombros, tu cuello blanco, tu sonrisa, tu voz apasionada, violenta y suave a la vez como un grito de amor. Creo haberte dicho ya que amo sobre todo tu voz.

Esta mañana aguardé al cartero una hora larga en el muelle. Hoy traía retraso. ¡Cuántos corazones ha hecho latir sin saberlo ese imbécil, con su cuello de uniforme rojo! Gracias por tu buena carta; pero no me quieras tanto, no me quieras tanto, ¡me hace daño! Déjame que yo te quiera. ¿No sabes que amar demasiado trae mala suerte a ambos? Es como los niños a quienes se ha mimado demasiado de pequeños: mueren jóvenes. La

vida no está hecha para eso; la felicidad es algo monstruoso, y quienes la buscan son castigados.

Mi madre permaneció ayer y anteayer en un estado horroroso; tenía alucinaciones fúnebres. Me pasé el tiempo a su lado. No sabes lo que es tener que llevar solo el peso de semejante desesperación. Acuérdate de esta línea, si alguna vez te crees la más desdichada de todas las mujeres. Hay una que lo es más de cuanto se puede serlo; el grado superior es la muerte o la locura furiosa.

Antes de conocerte estaba tranquilo, o había llegado a estarlo. Entraba en un período viril de salud moral. Mi juventud ha pasado. La enfermedad nerviosa que me ha durado dos años ha sido su conclusión, su cierre, su resultado lógico. Para haber tenido lo que tuve es preciso que algo, anteriormente, haya sucedido en mi caja craneana de modo bastante trágico. Después, todo se había restablecido; yo había visto claro en las cosas y en mí mismo, lo que es menos frecuente. Avanzaba con la rectitud de un sistema particular hecho para un caso especial. En mí mismo lo había comprendido todo, separado y clasificado, de manera que, hasta entonces, no había época en mi existencia en que me hubiera encontrado más tranquilo, mientras que a todo el mundo, al contrario, le parecía que era ahora cuando merecía lástima. Viniste a revolverlo todo con la punta del dedo. El viejo poso volvió a hervir, y el lago de mi corazón se agitó. ¡Pero es que la tempestad está hecha para el Océano! Cuando se enturbian los estanques, de ellos no se exhalan sino olores malsanos. Para decirte esto es preciso que te ame. Olvídame si puedes, arráncate el alma con ambas manos, y pisotéala para borrar la huella que he dejado. Venga, no te enfades.

No, te abrazo, te beso. Estoy loco. Si estuvieses aquí, te mordería; tengo ganas de hacerlo, yo, de cuya frialdad se burlan las mujeres, y a quien han fabricado la caritativa reputación de no utilizarlas —las utilizaba tan poco... Sí, ahora me siento con apetitos de fiera salvaje, con instintos de amor carnicero y desgarrante; no sé si esto es amar. Quizá sea lo contrario. A lo mejor, en mí, lo importante es el corazón.

La deplorable manía del análisis me agota. Dudo de todo, e incluso de mi duda. Me has creído joven y soy viejo. Con frecuencia he charlado con ancianos sobre los placeres de este mundo, y siempre me ha asombrado el entusiasmo que reanimaba en ese momento sus ojos apagados, así como el ver que no salían de su sorpresa al considerar mi modo de ser; y me repetían: «¡A su edad! ¡A su edad! ¡Usted! ¡Usted!». Quitando la exaltación nerviosa, la fantasía de la imaginación y la emoción del minuto, poco me quedará. He aquí el reverso del hombre. *No estoy hecho para*

gozar. No hay que tomar esta frase en un sentido material, sino captar su intensidad metafísica. Siempre me digo que voy a hacer tu desdicha, que sin mí tu vida no se habría visto alterada, que llegará un día en que nos separaremos (y me indigno de ello con antelación). Entonces la náusea de la vida me vuelve a la boca, experimento un asco inaudito de mí mismo, y una ternura muy cristiana hacia ti.

Otras veces, ayer por ejemplo, cuando hube cerrado tu carta, tu recuerdo canta, sonrío, toma color y baila como un alegre fuego que nos envía sus colores matizados y un calorcillo penetrante. El movimiento de tu boca cuando hablas se reproduce en mi memoria, lleno de gracia, de atractivo, irresistible, provocador; tu boca, tan rosa y húmeda, que llama al beso, que lo atrae hacia ella con una aspiración sin igual. ¡Qué buena idea tuve al quedarme tus zapatillas! ¡Si supieras cómo las miro! Las manchas de sangre amarillean y se debilitan. ¿Es culpa de ellas? Nosotros haremos igual. Un año, dos años, seis... ¿qué importa? Todo lo que se mide pasa, todo lo que se cuenta tiene un fin.

En cuanto a infinito, sólo el cielo lo es a causa de sus estrellas, la mar debido a sus gotas de agua y el corazón debido a sus lágrimas. Sólo por eso es grande; todo lo demás es pequeño. ¿Acaso miento? Reflexiona, trata de estar tranquila. Una o dos alegrías llenan el corazón, pero todas las miserias de la humanidad pueden darse cita en él; vivirán allí como huéspedes.

Me hablas de trabajo; sí, trabaja, ama el Arte. De todas las mentiras, aún es la menos engañosa. Trata de amarlo con un amor exclusivo, ardiente, abnegado. No te defraudará. Sólo la Idea es eterna y necesaria. Ya no quedan de aquellos artistas como los de antaño, de aquellos cuya vida y cuya muerte eran instrumentos ciegos del apetito de lo Bello, órganos de Dios mediante los que se demostraba a sí mismo. Para ellos no existía el mundo; nadie supo de sus dolores; cada noche se acostaban tristes, y contemplaban la vida humana con una mirada asombrada, como miramos los hormigueros.

Me juzgas como una mujer. ¿He de quejarme de eso? Me quieres tanto, que te engañas a mi respecto; en mí encuentras talento, ingenio y estilo... ¡Yo! ¡Yo! ¡Vas a volverme vanidoso, a mí que tenía el orgullo de no serlo! Mira cuánto pierdes ya por haberme conocido. El sentido crítico se te escapa, y tomas por un gran hombre al señor que te quiere. Ojalá lo fuera, para que estuvieras orgullosa de mí (pues soy yo quien lo está de ti. Me digo: ¡pero es ella, sin embargo, la que te quiere! ¿Es posible? ¡Es ella!). Sí, quisiera escribir cosas hermosas, grandes cosas que te hicieran llorar de admiración. Estrenaría una comedia, estarías en un palco, me

escucharías, oirías los aplausos. Pero, al contrario, si me subes siempre hasta tu nivel, ¿no va a alcanzarte el cansancio?... Cuando era niño soñé con la gloria, como todo el mundo, ni más ni menos. El sentido común me brotó tarde, aunque con sólidas raíces. Así que es muy problemático que el público disfrute alguna vez de una sola línea mía; y si tal cosa ocurre, no será antes de diez años, por lo menos.

No sé cómo me he visto impulsado a leerte algo; perdóname esa debilidad. No he podido resistir a la tentación de hacer que me apreciaras. ¿Acaso no estaba seguro del éxito? ¡Qué puerilidad por mi parte! Tu idea de querer unirnos en un libro era tierna; me ha emocionado; pero no quiero publicar nada. Es un prejuicio, una promesa que me hice en una época solemne de mi vida. Trabajo con desinterés absoluto y sin segunda intención, sin preocupaciones ulteriores. No soy ruiñón, sino curruca de grito agrio que se oculta en el fondo de los bosques para no ser oída sino por ella misma. Si un día salgo a la palestra, será con la armadura completa; pero nunca tendré bastante aplomo. Ya se apaga mi imaginación, flaquea mi elocuencia, mi propia frase me aburre, y si conservo las que escribí es porque me gusta rodearme de recuerdos, igual que no vendo mis trajes viejos. Vuelvo a verlos, a veces, al desván donde se guardan, y pienso en el tiempo en que eran nuevos, y en todo lo que hice cuando los llevaba.

¡A propósito! Estrenaremos juntos el vestido azul. Trataré de llegar una tarde hacia las seis. Tendremos toda la noche, y el día siguiente. ¡Quemaremos la noche! Seré tu deseo, tú el mío, y nos saciaremos uno de otro, para ver si podemos hartarnos. ¡Nunca, no, nunca! Tu corazón es una fuente inagotable, en la que me haces beber a borbotones; me inunda, me penetra, me ahoga. ¡Qué hermosa era tu cabeza, pálida y temblorosa bajo mis besos! Pero ¡qué frío estaba yo! No me ocupaba más que de mirarte; estaba sorprendido, encantado. Ahora, si te tuviera, es cuando... Venga, voy a volver a mirar tus zapatillas. Ésas no me dejarán nunca. Creo que las quiero tanto como a ti. Quien las hizo no sospechaba el temblor de mis manos al tocarlas. Las respiro: huelen a verbena, y despiden un olor a ti que me hincha el alma.

Adiós, vida mía, adiós, mi amor, mil besos por todas partes. Que me escriba Fidias, y acudo. Este invierno ya no habrá manera de que nos veamos; pero iré a París para tres semanas, por lo menos. Adiós, te beso donde volveré a besarte, donde quise; pongo ahí mi boca. Me revuelco sobre ti.

Mil besos. ¡Oh, dámelos, dámelos!

[Croisset] Domingo, diez de la mañana [9 de agosto de 1846].

Criatura, tu locura te arrastra. Cálmate; te irritas contra ti misma, contra la vida. Ya te había dicho yo que tenía más razón que tú. ¿También crees que yo no sea digno de lástima? No abuses de tus gritos; me desgarran. ¿Qué quieres hacer? ¿Puedo dejarlo todo e irme a vivir a París? Es imposible. Si fuera del todo libre, iría; sí, pues estando tú ahí no tendría valor para exiliarme, proyecto de mi juventud que un día llevaré a cabo. Quiero vivir en un país en que nadie me quiera, ni me conozca, donde mi nombre no haga vibrar cosa alguna, donde mi muerte, mi ausencia, no cuesten ni una lágrima. Me han querido demasiado, te das cuenta; tú me amas demasiado. Estoy saciado de ternura y, desgraciadamente, sigo necesiéndola. Me dices que lo que yo necesitaba era un amor trivial; no necesitaba ninguno, o bien el tuyo, pues no puedo soñar con uno más completo, más entero, más hermoso. Ahora son las diez; acabo de recibir tu carta y de enviar la mía, la que he escrito esta noche. Apenas en pie, te escribo de nuevo sin saber lo que voy a decirte. Ya ves que pienso en ti. No te enfades cuando no recibas cartas mías. No es culpa mía. Esos días, quizá, son aquellos en que más pienso en ti. Tienes miedo de que esté enfermo, Louise querida. La gente como yo, por muy enferma que esté, no se muere. He sufrido toda clase de enfermedades y de accidentes: caballos muertos mientras los montaba, carruajes volcados, y jamás he sufrido un rasguño. Estoy hecho para llegar a viejo, y para ver cómo todo perece a mi alrededor y en mí mismo. He asistido ya a mil funerales interiores: mis amigos me abandonan uno tras otro, se casan, se van, cambian; apenas nos reconocemos, apenas si hallamos algo que decirnos. Pero ¿qué irresistible inclinación me ha empujado hacia ti? Por un instante he visto la sima, he comprendido el abismo, y luego el vértigo me ha arrastrado. ¡Cómo no amarte a ti, tan dulce, tan buena, tan superior, tan amante, tan hermosa! Recuerdo tu voz, cuando me hablabas, la noche de los fuegos artificiales. Para nosotros, era una iluminación, y como la inauguración resplandeciente de nuestro amor.

Tu piso se parece a uno que tuve en París durante cerca de dos años, en el 19 de la calle De l'Est. Cuando pases por allá, fíjate en el segundo. Desde allí, también, la vista abarcaba París. En verano, por la noche, miraba las estrellas, y en invierno la bruma luminosa de la gran ciudad que se alzaba por encima de las casas. Se veían, como desde tu casa, jardines, tejados y las lomas vecinas. Cuando entré en tu casa me pareció encontrarme de nuevo en mi pasado, haber regresado a uno de aquellos crepúsculos hermosos y tristes del año 1843, cuando aspiraba el aire en

mi ventana, lleno de hastío y muerto de congoja. ¡Si te hubiese conocido entonces! ¿Por qué no fue así? Yo estaba libre, solo, sin parientes ni amante, porque nunca he tenido una amante. Vas a creer que miento. Jamás he dicho algo más exacto, y la razón es ésta.

Lo grotesco del amor me ha impedido siempre entregarme a él. A veces he querido agradar a las mujeres, pero la idea del extraño perfil que debía mostrar en ese momento me daba tanta risa, que toda mi voluntad se derretía al fuego de la ironía interior que cantaba en mí el himno de la amargura y de la burla. Solamente contigo no me he reído aún de mí mismo. Por eso, cuando te veo tan seria, tan completa en tu pasión, siento la tentación de gritarte: «¡Que no, que no, te equivocas, ten cuidado, ése no!...».

El cielo te ha hecho hermosa, abnegada, inteligente; quisiera ser distinto de como soy, para ser digno de ti. Querría tener los órganos del corazón más nuevos. No me reanimes demasiado; ardería como la paja. Vas a creer que soy egoísta, que tengo miedo de ti. ¡Pues así es! Estoy espantado de tu amor, porque siento que nos devora a ambos, sobre todo a ti. Eres como Ugolino en su cárcel, te comes tu propia carne para saciar el hambre.

Algún día, si escribo mis Memorias —lo único que escribiré bien, si me pongo a ello—, tendrás tu puesto en ellas, ¡y qué puesto!, pues has abierto una amplia brecha en mi existencia. Me había rodeado de un muro estoico; una de tus miradas, como una bala de cañón, lo ha arrasado. Sí, con frecuencia creo oír a mis espaldas el frufrú de tu vestido sobre mi alfombra. Me sobresalto, y me vuelvo al ruido de la puerta, que mueve el viento, como si entrases tú. Veo tu hermosa frente blanca; ¿sabes que tienes una frente sublime? Demasiado hermosa incluso para ser besada, una frente pura y alta, reluciente por lo que encierra. ¿Sueles volver a casa de Fidias, a ese buen taller donde te vi por primera vez, en medio de los mármoles y yesos antiguos?

Ha de venir pronto, el bueno de Fidias. Espero una palabra suya que me sirva de pretexto para ausentarme un día. Después, hacia los primeros días de septiembre, ya encontraré uno para ir hasta Mantes o a Vernon. Y luego, ya veremos. Pero ¿para qué acostumbrarnos a vernos, a querernos? ¿Para qué colmarnos con el lujo de la ternura, si después hemos de vivir en la miseria? ¿De qué sirve? Pero ¿y si no podemos evitarlo?

Adiós, alma mía; acabo de bajar al jardín, y en un seto de rosales he cogido esta pequeña rosa que te envío. Dejo un beso sobre ella; pónstela en seguida en la boca, y luego, ya adivinas dónde...

Adiós, mil cariños; tuyo, tuyo de la noche a la mañana, de la mañana a la noche.

5

[Croisset] Martes por la tarde [11 de agosto de 1846].

Darías amor a un muerto. ¿Cómo quieres que no te ame? Tienes un poder de atracción capaz de hacer que se alcen las piedras a tu voz. Tus cartas me conmueven hasta las entrañas. ¡No temas que te olvide! Sabes muy bien que no se puede abandonar a temperamentos como el tuyo, esos temperamentos emocionados, emocionantes, profundos. Me detesto, me azotaría por haberte hecho sufrir. Olvida todo lo que te dije en la carta del domingo. Me dirigía a tu inteligencia viril, había creído que sabrías abstraerte de ti misma y comprenderme sin tu corazón. Has visto demasiadas cosas donde no había tantas, has exagerado todo lo que yo te había dicho. A lo mejor has creído que yo presumía, que me presentaba como un Antony de baja estofa. Me tratas de volteriano y de materialista. ¡Dios sabe, sin embargo, si lo soy! Me hablas también de mis gustos exclusivos en literatura, que deberían haberte hecho adivinar lo que soy en amor. Trato de averiguar en vano lo que eso significa. No entiendo nada. Al contrario, lo admiro todo, con la buena fe de mi corazón, y si algún valor tengo, es a causa de esa facultad panteísta y también de esa aspereza que te ha herido. Vamos, no hablemos más de ello. He hecho mal, he sido bobo. He hecho contigo lo que hice en otra época con mis seres más queridos: les mostré el fondo del saco, y el polvo acre que salía les irritó la garganta. ¡Cuántas veces, sin quererlo, hice llorar a mi padre, tan inteligente y tan agudo! Pero no entendía ni palabra de mi lengua, como tú, como los demás. Tengo la dolencia de haber nacido con un lenguaje especial, del que yo solo tengo la clave. No soy en absoluto desdichado; no estoy hastiado de nada; a todo el mundo le parece que mi carácter es muy alegre, pues nunca jamás me quejo. En el fondo no creo ser digno de compasión, pues no envidio nada y no quiero nada. Venga, no te atormentaré más; te tocaré suavemente, como a una criatura a quien se teme lastimar, guardaré en mi interior las púas que sobresalen. Con un poco de buena voluntad, el puercoespín no siempre pincha. Dices que me analizo demasiado; yo opino que no me conozco lo bastante; cada día encuentro algo nuevo en mí. Viajo por mí mismo como si de un país desconocido se tratase; aunque lo haya recorrido cien veces.

No me agradeces mi franqueza (las mujeres quieren que se las engañe; te fuerzan a hacerlo, y si te resistes, te acusan). Me dices que al comienzo no me había mostrado así; al contrario, evoca tus recuerdos. Empecé

mostrando mis heridas. Acuérdate de todo lo que te dije en nuestra primera cena; incluso exclamaste: «¡Conque lo disculpa usted todo! Para usted ya no hay ni bien ni mal». No, jamás te he mentado; te amé por instinto, y no quise agradarte premeditadamente. Todo esto ha ocurrido porque tenía que ocurrir. Búrlate de mi fatalismo, añade que soy un turco atrasado. El fatalismo es la Providencia del mal; es la que se ve, y creo en ella.

Las lágrimas que encuentro en tus cartas, esas lágrimas causadas por mí, querría rescatarlas con otros tantos vasos de sangre. Me detesto; así aumenta mi repugnancia hacia mí mismo. De no ser por la idea de que te agrado, yo mismo me produciría horror. Por lo demás, siempre es así: uno hace sufrir a los que quiere, o ellos le hacen sufrir. ¿Cómo es posible que me reproches la frase «quisiera no haberte conocido nunca»? No conozco otra más tierna. ¿Quieres que diga la que yo pondría en paralelo? Es una que pronuncié la víspera de la muerte de mi hermana, que brotó como un grito e indignó a todo el mundo. Hablaban de mi madre, diciendo: «¡Si pudiera morirse!». Y, ante las protestas, dije: «Si quisiera arrojarle por la ventana, se la abriría de inmediato». Por lo visto, todo esto no está de moda, y parece risible o cruel. ¿Qué diablos puede decirse, cuando el corazón revienta de tan colmado? Pregúntate si hay muchos hombres que te hubieran escrito esa carta que tanto daño te ha hecho. Creo que pocos habrían tenido ese valor y esa negación gratuita de sí mismos. Esa carta, amor, tienes que romperla, no pensar más en ella, o releerla de vez en vez, cuando te sientas fuerte.

A propósito de cartas, cuando me escribas el domingo, ponla temprano en el correo; ya sabes que cierran a las dos. Ayer no tuve carta. Temía no sé qué. Pero hoy las he recibido, las dos, con la florecilla. Gracias por la idea del mitón. ¡Si tú misma pudieses enviarte junto con él! ¡Si pudiera esconderte en el cajón de mi armario que está aquí, a mi lado, cómo te encerraría con llave!

¡Vamos, riéte! Hoy estoy alegre, no sé por qué; la dulzura de tus cartas de esta mañana corre por mi sangre. Pero no vuelvas a contarme lugares comunes como éstos: que es el dinero lo que me ha impedido ser feliz; que si hubiese trabajado me habría encontrado mejor. ¡Como si bastase con ser mozo de botica, panadero o tratante de vinos para no aburrirse aquí abajo! Todo eso me lo ha dicho demasiadas veces una multitud de burgueses, como para que desee oírlo de tu boca: la estropea; no está hecha para eso. Pero te agradezco que apruebes mi silencio literario. Si he de decir algo nuevo, se dirá por sí mismo cuando haya llegado el momento. ¡Oh, cómo me gustaría crear grandes obras para agradarte!

¡Cómo querría verte vibrar ante mi estilo! Yo, que no deseo la gloria (y con más ingenuidad que la zorra de la fábula), querría tenerla para ti, para arrojártela como un ramo de flores, con el fin de que sea una caricia más, y un suave lecho donde se recostaría tu mente cuando pensase en mí. Me encuentras guapo; querría serlo, quisiera tener cabellos ensortijados, negros, que cayeran sobre hombros de marfil, como los adolescentes griegos; quisiera ser fuerte y puro. Pero cuando me miro en el espejo y pienso que me amas, me encuentro de un ordinario indignante. Tengo las manos duras, las rodillas separadas y el pecho estrecho. Si al menos tuviese voz, si supiera cantar, ¡cómo modularía estas largas aspiraciones que se ven obligadas a deshacerse en suspiros! Si me hubieses conocido hace diez años, era fresco, aromático, exhalaba vida y amor; pero ahora veo que mi madurez linda con el ajamiento.

¡Ojalá fueses la primera que conozco! ¡Ojalá hubiera sentido por primera vez en tus brazos los arrebatos del cuerpo y los felices espasmos que te llevan al éxtasis!

Lamento todo mi pasado; creo que debería haberlo mantenido en reserva, en una vaga espera, para dártelo una vez llegado el día. Pero no sospechaba que alguien pudiese amarme; y aún ahora me parece algo al margen de la naturaleza. ¡Amor por mí! ¡Qué raro! Como un pródigo que quiere arruinarse en un solo día, he entregado todas mis riquezas, pequeñas y grandes.

He amado furiosamente cosas sin nombre; he idolatrado a mujeres viles; he sacrificado en todos los altares y bebido en todas las barricadas. ¡Ay, mis riquezas morales! He arrojado a los transeúntes las monedas grandes por la ventana, y los luises de oro los he hecho rebotar sobre el agua. Esta comparación, que no lo es, sino un puro cotejo, puede darte una idea del hombre. Cuando vivía en París gastaba seis o siete mil francos al año, y me quedaba sin cenar fácilmente tres veces por semana.

En cuanto a sentimientos, soy de igual modo: con lo que llenaría a un regimiento, reviento de miseria. La indigencia es parte de mi ser, pero no me consideres vencido, roto; lo estuve antaño, hoy ya no. Hubo un tiempo en que era desdichado; entonces los reproches que hoy me haces habrían podido ser justos. [...]

Llegaré una tarde; me quedará por la noche, y el día siguiente hasta las siete; queda convenido. A partir del jueves, envíame tus cartas así: Sr. Du Camp en casa del Sr. G. Fl[aubert], etc., porque las cartas que recibo de ti todos los días son oficialmente de él, y cuando él esté aquí, parecería raro que siguiera recibéndolas; podrían hacerme preguntas, etcétera. Por lo demás, si sientes ante ello la menor repugnancia, no lo hagas, no me

importa. Tengo pudor por ti, siempre creo que, solamente con pronunciar tu nombre, me avergonzaría de que se supiera todo.

He leído *Santas y locas* y casi todos tus poemas. Lo que me gusta sobre todo es la historia de Demóstenes, Phenareta y el cuento del señor Georges de Senneval, la historia del hombre feo. Hay un poema que me ha conmovido profundamente, y es *Entusiasmo*. Me ha parecido que lo había escrito yo. He releído cien veces A una amiga, es decir a ti, el poema que me recitaste en mi cama, con mis brazos rodeándote, mirándome a los ojos. Querías que te enviase algo sobre nosotros; ten, aquí va una página escrita hace dos años en esta época (es un fragmento de carta a un amigo):

«... Manaba de sus ojos un fluido luminoso que parecía agrandarlos; estaban inmóviles y fijos. Sus hombros desnudos (pues no llevaba toquilla y su vestido parecía flojo en torno a ella), sus hombros desnudos eran de un color bermejo pálido, lisos y sólidos como mármol ya amarillo; las venas azules corrían por su carne ardiente; su garganta palpitante bajaba y ascendía, llena de un aliento ahogado que me colmaba el pecho. Hacía un siglo que duraba esto; toda la tierra había desaparecido. No veía más que su pupila que se dilataba cada vez más. No oía más que su respiración que murmuraba sola, en el silencio absoluto en que estábamos inmersos.

»Di un paso y la besé en los ojos, tibios y suaves.

»Me miraba muy asombrada. "¿Serías capaz de quererme?", decía. "¿Me querrías de verdad?" Yo la dejaba hablar sin contestarle, y la rodeaba con mis brazos, sintiendo latir su corazón.

»Se soltó de mi abrazo. "Volveré esta noche, déjame, déjame. Hasta esta noche." Se marchó. Durante la cena, mantuvo su pie sobre el mío y me tocaba a veces el codo, volviendo la cabeza hacia otro lado.» ¿Es auténtico?

Quieres que te enseñe latín. ¿Para qué? Además, tendría que saberlo yo. Eres más que indulgente cuando me tratas de hombre que conoce a fondo las lenguas clásicas. Espero llegar, dentro de algunos años, a leerlas con más o menos fluidez. Por carta me parece difícil conseguir hacer algo bueno. Por lo demás, ya hablaremos de ello. No tengo ánimo para trabajar. No hago nada. Camino arriba y abajo por mi despacho; me echo en mi diván de tafíete verde y pienso en ti. Las tardes, sobre todo, se me hacen de una longitud agotadora. Me fastidia la inteligencia; querría ser completamente sencillo para amarte como un niño, o si no, ser un Goethe o un Byron.

En cuanto tenga la carta de Fidias, dejo aquí a mi amigo (aunque viene ex profeso) y acudo a verte. Ves que ya no tengo corazón, ni voluntad, ni

nada. Soy algo fláccido y tierno que funciona a tus órdenes; vivo, en sueños, en los pliegues de tu vestido, en la punta de los bucles ligeros de tu cabello. Aquí tengo algunos. ¡Qué bien huelen! Si supieras cuánto pienso en tu rica voz, en tus hombros, cuyo olor me encanta aspirar... Mira, quería trabajar y no escribirte hasta esta noche. No he podido; he tenido que ceder.

Adiós, pues, adiós; dejo en tu boca un beso largo y profundo.

Medianoche. Acabo de releer tus cartas, de volver a mirarlo todo; te envío un último beso para esta noche. Acabo de escribir a Fidias. Creo haberle hecho entender que quiero ir inmediatamente a París. La llevaré mañana a Correos a Ruán, junto con ésta. Espero llegar a tiempo para que recibas ésta mañana por la noche.

Adiós, mil besos sin fin. Hasta pronto, hermosa mía, hasta pronto.

6

[Croisset] Miércoles por la noche [12 de agosto de 1846].

Te habrás pasado todo el día de hoy sin carta mía. De nuevo habrás dudado, pobre amor mío. Perdóname. La culpa no es de mi voluntad, sino de mi memoria. Creía que en Ruán se podía acudir a Correos hasta la una, y es sólo hasta las once. Pero, mira, si aún me guardas algún rencor, quiero quitártelo el lunes; ¡espero en el lunes! Fidias tendrá la bondad de escribirme. Cuento con recibir su nota el domingo a más tardar.

¡Cómo me gusta el proyecto de fiesta que me anuncias! Se me han empañado los ojos de ternura. ¡Sí, me quieres! Dudarlo sería un crimen. Y si yo no te quiero, ¿cómo llamar a lo que siento por ti? Cada carta que me envías me penetra más hondo en el corazón. Sobre todo la de esta mañana; tenía un encanto exquisito. Era alegre, buena, hermosa como tú. ¡Sí! Amémonos, amémonos, ya que nadie nos ha amado.

Llegaré a París a las cuatro, o a las cuatro y cuarto. Así, antes de las cuatro y media estaré en tu casa. Me siento ya subiendo tu escalera; oigo el sonido del timbre... «¿Está la señora?» «Pase.» ¡Ah! esas veinticuatro horas las saboreo de antemano. Pero ¿por qué toda alegría ha de traerme una pena? Pienso ya en nuestra separación, en tu tristeza. Serás buena, ¿verdad? Pues yo siento que estaré más entristecido que la primera vez.

No soy de esos para quienes la posesión mata el amor; al contrario, lo enciende.

Con respecto a todo lo bueno que he tenido, hago como los árabes, que en determinado día del año se vuelven aún hacia Granada y añoran el hermoso país en que ya no viven. Esta tarde he pasado por casualidad, a pie, por la calle del Colegio; he visto gente en la escalinata de la capilla;

había distribución de premios; oía los gritos de los alumnos, el ruido de los aplausos, del bombo y de los platillos. He entrado, y he vuelto a verlo todo como en mi época; los mismos cortinones en los mismos sitios; he soñado con el olor de las hojas de roble mojadas que nos poníamos en la frente; he recordado el gozo delirante que se adueñaba de mí aquel día, pues me abría dos meses de libertad completa; allá estaban mi padre, mi hermana, los amigos muertos, ausentes o cambiados. Y he salido con una horrible angustia en el corazón. También la ceremonia era más pálida; había poca gente, en comparación con la muchedumbre de hace diez años que colmaba la iglesia. Ya no gritaban tan fuerte, no cantaban La Marsellesa, que yo entonaba con tanta furia, rompiendo los bancos. El público distinguido ha perdido la afición a asistir. Recuerdo que antes estaba lleno de mujeres bien vestidas; venían actrices, mantenidas, mujeres con título. Permanecían arriba, en las galerías. ¡Qué orgulloso estaba uno cuando le miraban! Algún día escribiré todo eso. El joven moderno, el alma que se abre a los dieciséis años por un amor inmenso que le hace ambicionar el lujo, la gloria y todos los esplendores de la vida, esa poesía chorreante y triste del corazón del adolescente, ésa es una cuerda nueva que nadie ha pulsado. ¡Oh, Louise! Voy a decirte algo duro, pero que parte de la más inmensa simpatía, de la más íntima compasión. Si alguna vez se enamora de ti un pobre muchacho que te encuentra hermosa, un chico como era yo, tímido, dulce, tembloroso, que te tiene miedo y te busca, te evita y te persigue, sé buena con él, no lo rechaces, dale solamente tu mano a besar; morirá de embriaguez. Pierde tu pañuelo, lo recogerá y dormirá con él; se revolcará encima, llorando. El espectáculo de esta tarde ha vuelto a abrir el sepulcro en que dormía mi juventud momificada; he percibido sus exhalaciones marchitas; ha vuelto a mi alma algo semejante a esas melodías olvidadas que se reencuentran en el crepúsculo, durante esas horas lentas en que la memoria, como un espectro por las ruinas, se pasea por nuestros recuerdos. No, date cuenta, jamás sabrán todo eso las mujeres. Y menos aún lo dirán, jamás. Aman, aman quizá mejor que nosotros, con más fuerza, pero no van tan lejos. Además, ¿basta acaso con estar poseído por un sentimiento para expresarlo? ¿Hay algún cántico de sobremesa que haya sido compuesto por un hombre ebrio? No hay que creer siempre que el sentimiento lo es todo. En las artes no es nada sin la forma. Todo esto para decir que las mujeres, que han amado tanto, no conocen el amor, por haber estado demasiado preocupadas con él; no tienen un apetito desinteresado por lo Bello. Para ellas siempre ha de estar ligado a algo, a un fin, a una cuestión práctica. Escriben para satisfacer su corazón, pero no atraídas por el Arte, principio absoluto en sí mismo y que

no necesita más apoyo que el requerido por una estrella. Sé muy bien que no son ésas tus ideas; pero son las mías. Más adelante te las desarrollaré con claridad, y espero convencerte, a ti que has nacido poetisa. Ayer leí *El marqués de Entrecasteaux*. Está escrito con buen estilo, animado y sobrio; dice algo, tiene sentido. Me gusta sobre todo el comienzo, y la escena de la señora de Entrecasteaux sola en su cuarto, antes de que entre su marido. Por mi parte, sigo estudiando un poco de griego. Leo el viaje de Chardin, para proseguir mis estudios sobre Oriente, y ayudarme en un cuento oriental que medito desde hace dieciocho meses. Pero desde hace algún tiempo tengo la imaginación muy encogida. ¿Cómo podría volar, pobre abeja? ¡Tiene las patas presas en un tarro de dulce, y se hunde en él hasta el cuello! Adiós, amada mía; reanuda tu vida habitual, sal, recibe, no cierres tu puerta a las personas que estaban el domingo en que estaba yo. Incluso me gustaría volverlas a ver, no sé por qué. Cuando amo, mi sentimiento es una inundación que se desparrama alrededor.

Estoy dispuesto a ayudar a ese buen bibliófilo, al abogado Ségalas, a aquel otro imbécil que estaba presente, a todo el que se acerca a ti, a todo el que te toca, de cualquier forma. Pienso a menudo en Servanne. Si fuera al Sur, la visitaría. No, no volvamos juntos a la calle De l'Est; sólo el Barrio Latino y me da náuseas. Adiós, mil besos. Sí, mil, de los de Ariosto y como tú y yo sabemos hacerlo.

7

[Croisset] Jueves, once de la noche [13 de agosto de 1846].

Tu carta de esta mañana es triste, y de un dolor resignado. Me ofreces olvidarte de mí, si así lo quiero. Eres sublime. Sabía que eras buena, excelente, pero no que eras tan grande. Te lo repito: me humillas, si te comparo conmigo. ¿Sabes que me dices cosas muy duras? Y lo peor es que soy yo quien las ha provocado. Me pagas con la misma moneda; es una represalia. ¿Qué quiero de ti? No lo sé. Pero lo que quiero es amarte, amarte mil veces más. ¡Ay, si pudieras leer en mi corazón, verías en qué lugar te he colocado! Veo que sufres más de lo que confiesas; te has estirado para escribir esa carta. ¿Verdad que antes has llorado mucho? Está rota; se siente en ella un cansancio triste, y algo como el eco debilitado de una voz que ha sollozado. Confiésalo: dime en seguida que estabas en un mal día, porque habías echado en falta mi carta. Sé franca; no te hagas la orgullosa; no hagas como he hecho yo con demasiada frecuencia. No contengas tus lágrimas; caen en el corazón, comprendes, y hacen en él profundos agujeros. Tengo un pensamiento que debo decirte: estoy seguro de que me crees egoísta. Te afliges por ello, y estás

convencida. ¿Será porque lo parezco? En eso, ya sabes, todos nos engañamos. Yo lo soy como todo el mundo, quizá menos que muchos, acaso más que otros. ¿Quién sabe? Y además, ésa es otra palabra que arrojamus a la cara del prójimo sin saber lo que queremos decir. ¿Quién no es egoísta, de manera más o menos amplia? Desde el cretino que no daría un ochavo por rescatar al género humano, hasta quien se arroja bajo el hielo para salvar a un desconocido, ¿acaso no buscamos todos, hasta el último, la satisfacción de nuestra naturaleza según nuestros diversos instintos? San Vicente de Paúl obedecía a un apetito de caridad, como Calígula a un apetito de crueldad. Cada uno goza a su estilo y para sí solo; unos, reflejando la acción sobre sí mismos, convirtiéndose en su causa, centro y finalidad; otros, convidando al mundo entero al festín de su alma. Ahí está la diferencia entre pródigos y avaros. Los primeros disfrutaban dando, los otros conservando. En cuanto al egoísmo corriente, tal como se entiende, aunque repugne desmesuradamente a mi espíritu, confieso que si pudiera comprarlo lo daría todo por tenerlo. Ser tonto, egoísta y tener buena salud, son las tres condiciones requeridas para ser feliz; pero si nos falta la primera, todo está perdido. Hay también otra, felicidad, sí, hay otra, la he visto, me la has hecho sentir; me has mostrado en el aire sus reflejos iluminados, he visto brillar ante mi mirada el borde de su vestido flotante. En cuanto tiendo las manos para agarrarlo... tú misma empiezas a sacudir la cabeza, dudando si no será una visión (¡qué estúpida manía tengo de hablar en metáforas que no dicen nada!). Pero quiero decir que me parece que tú también tienes tristeza en el corazón, de esa profunda que de nada procede y que, como depende de la sustancia misma de la vida, es tanto mayor cuanto que ésta es más agitada. Te lo había advertido, mi miseria es contagiosa. ¡Tengo sarna! ¡Ay de quien me toque! ¡Oh! lo que escribiste esta mañana es lamentable y doloroso. Me he imaginado tu pobre rostro triste pensando en mí, triste debido a mí. Ayer estaba tan bien, confiado, sereno, alegre como un sol de verano entre dos chaparrones. Ahí está tu mitón. Huele bien, me parece que aún aspiro tu espalda y el suave calor de tu brazo desnudo. ¡Vamos! Ya vuelven a invadirme ideas de voluptuosidad y de caricias, mi corazón brinca al pensar en ti. Deseo todo tu ser, evoco tu recuerdo para que sacie esa necesidad que grita en el fondo de mis entrañas; ¡ojalá estuvieras aquí! Pero el lunes, ¿verdad? Aguardo la carta de Fidias. Si me escribe, todo se desarrollará como convinimos.

¿Sabes en qué pienso? En tu cuartito, donde trabajas, donde... (aquí ni una palabra, los tres puntos dicen más que toda la elocuencia del mundo). Evoco la palidez de tu rostro serio, cuando estabas en el suelo entre mis

rodillas... ¡y la lámpara! Oh, no la rompas, déjala; enciéndela cada noche, o mejor, en ciertos días solemnes de tu vida interior, cuando inicies algún gran trabajo o lo termines. ¡Una idea! Tengo agua del Mississippi. Se la trajo a mi padre un capitán de barco, dándosela como un gran regalo. Cuando hayas hecho algo que consideres hermoso, quiero que te laves las manos con ella; si no, la derramaré sobre tu pecho para administrarte el bautismo de mi amor. Creo que divago, no sé lo que estaba diciendo antes de pensar en esta botella. ¿Era la lámpara, verdad? Sí, me gusta tu casa, los muebles, todo, salvo la horrorosa caricatura al óleo que está en tu dormitorio. Pienso también en esa venerable Catherine que nos servía durante la cena, en las bromas de Fidias, en todo, en mil detalles que me divierten. ¿Sabes en qué dos posturas te recuerdo siempre? En el taller, de pie, posando, con la luz iluminándote de costado, cuando yo te miraba y me mirabas también; y también por la noche, en el hotel, te veo tendida en mi cama, con el cabello esparcido sobre mi almohada y los ojos alzados al cielo, pálida, con las manos juntas, dedicándome palabras locas. Cuando estás vestida eres fresca como un ramo de flores. En mis brazos te encuentro de una suavidad cálida que ablanda y embriaga. ¿Y yo? Dime cómo me imaginas. ¿De qué manera viene a alzarse mi imagen ante tus ojos?... Qué pobre amante soy, ¿verdad? ¿Sabes que lo que me ha ocurrido contigo no me había pasado nunca? (Llevaba tres días tan roto, tenso como la cuerda de un violoncello.) Si hubiera sido un hombre capaz de estimarme mucho, me habría sentido amargamente incómodo. Lo estaba por ti. Temía por tu parte suposiciones odiosas para contigo misma; otras, quizá, habrían creído que las insultaba. Me habrían considerado frío, asqueado o agotado. Te agradecí esa inteligencia espontánea que no se asombraba de nada, cuando yo mismo me extrañaba, como ante una monstruosidad inaudita. Tenía, pues, que quererte, y mucho, puesto que experimentaba lo contrario que con todas las demás, cualesquiera que fuesen. Quieres hacer de mí un pagano, lo quieres, ¡ay, Musa mía!, tú que llevas sangre romana en las venas. Pero, por mucho que me excite en ello, con la imaginación y con el prejuicio, tengo en el fondo del alma la bruma del norte que respiré al nacer. Llevo en mí la melancolía de las razas bárbaras, con sus instintos de migración y sus ascos innatos ante la vida, que les hacían abandonar su país como para abandonarse a sí mismos. Todos los bárbaros que vinieron a morir a Italia amaban el sol; tenían una aspiración frenética hacia la luz, hacia el cielo azul, hacia alguna otra existencia cálida y sonora; soñaban con días felices llenos de amores, jugosos para sus corazones como la uva madura que se estruja con las manos. Siempre les he tenido una tierna simpatía, como si fueran

antepasados. ¿Acaso no encontraba en su ruidosa historia toda mi apacible historia desconocida? Los gritos de gozo de Alarico al entrar en Roma tuvieron como paralelo, catorce siglos más tarde, los delirios secretos de un pobre corazón infantil. ¡Ay, no, no soy un hombre antiguo! ¡Los hombres antiguos no tenían enfermedades nerviosas, como yo! Tampoco tú eres la griega, ni la latina; estás más allá: el romanticismo ha pasado por ahí. El cristianismo, aunque queramos negarlo, ha venido a engrandecer todo esto, pero estropeándolo, introduciendo el dolor. El corazón humano no se ensancha sino con una hoja que lo desgarré. A propósito del artículo del *Constitutionnel*, me dices con ironía que no me importan mucho el patriotismo, la generosidad y el valor. ¡No! Me gustan los vencidos; pero me gustan también los vencedores. Quizá sea difícil de entender, pero es lo cierto. En cuanto a la idea de la patria, es decir de cierta porción de terreno dibujada en el mapa y separada de las demás por una línea roja o azul, ¡no! La patria es para mí el país que quiero, es decir, con el que sueño, aquel en que me encuentro bien. Soy tan chino como francés, y no me alegro nada de nuestras victorias frente a los árabes, porque me entristecen sus reveses. Quiero a este pueblo áspero, persistente, vivo, último tipo de las sociedades primitivas y que, al hacer alto a mediodía, tumbado a la sombra, bajo el vientre de sus camellas, se burla, mientras fuma su chibucú, de nuestra valiente civilización que tiembla de ira. ¿Dónde estoy? ¿A dónde voy?, como diría un poeta trágico de la escuela de Delille; ¡a Oriente, que el diablo me lleve! ¡Adiós, sultana mía!... ¡No tener ni una cazoleta de esmalte para regalarte, donde puedan arder perfumes cuando vas a venir a dormir a mi cama! ¡Qué fastidio! Pero te ofreceré todos los de mi corazón. Adiós, un beso largo, bien largo, y otro más.

[Croisset] Viernes, medianoche [21-22 de agosto de 1846].

[...] Has tenido que aburrirte mucho hoy. Has pensado mucho en mí, ¿verdad? ¡Qué largo ha sido el día! ¡Y para mí! ¡Y ha llovido tanto! He tenido el corazón oprimido hasta la noche. Hace cuarenta y ocho horas, ¡qué diferencia, pobre amor mío! Sin embargo, mi tristeza no tiene nada de amargo; has puesto tanta alegría en mi corazón, que algo me queda, incluso cuando ya no te tengo; tu recuerdo es radiante, dulce, enternecedor. Recuerdo la expresión feliz de tu hermoso rostro cuanto te miraba de cerca. Voy a terminar, sabes, por no poder ya vivir sin ti; a veces me da vueltas la cabeza, tu imagen me atrae, me da vértigo. ¿Qué hacer?

No importa, amémonos, amémonos, ¡es algo tan dulce, tan bueno!

Mira, no tengo ni una sola palabra que decirte, hasta tal punto estoy lleno de ti, si no es la eterna frase: te quiero.

Me ha conmovido el regalo de tu medalla. Mi primer impulso fue rechazarla; me parecía que era cogerte demasiado, que no lo merecía. Pero, al comprender la necesidad que tenías de darme algo que fuera querido para ti, y al sentir toda la pena que te causaría, acepté. Ahora me alegro. La miro con orgullo, como si fueses mi hija. Sin embargo, no te quiero debido a tu inteligencia; es por no sé qué, por tus ojos, por tu voz, por todo, por ti.

¿Has pensado en los que irán ahora a dormir a nuestra cama? ¡Qué poco sospecharán lo que han visto! ¡Sería bonito escribir la historia de una cama! Así, en cada objeto vulgar hay maravillosas historias. Cada adoquín de la calle tiene quizá su lado sublime. [...] ¡Qué bien cenamos juntos anteayer! (¡Qué lejos queda ya anteayer!) ¡Por la noche, cuando te ofrecía mi brazo, en qué tranquilidad y olvido me hallaba! Y al volver, al quedarnos solos, cuando sentí tus miembros suaves sobre los míos... ¡Ah! No vuelvas a acusarme de ver siempre sólo las miserias de la vida... ¿Por qué hay que pagar una hora de embriaguez con un mes de hastío? Cuenta las lágrimas que ya has derramado; exceden el número de mis besos, ¿verdad? Y sin embargo, ¿no hemos sido felices?

Mientras paseábamos ayer en coche, hablándonos, cogidos de las manos, soñaba con lo que habría podido ser nuestra vida si hubiésemos estado en situaciones diferentes, si yo viviera en París permanentemente, si estuvieras sola, si yo fuese libre. Éramos como jóvenes esposos ricos, guapos, en su luna de miel. ¿Te la imaginas, esa vida, dulce y llena, dedicada a trabajar juntos y a amarnos?

Hoy no he hecho nada. Ni una línea escrita o leída. He desembalado mi *Tentación de San Antonio*, y la he colgado de la pared; eso es todo. Me gusta mucho esa obra. Hacía tiempo que la deseaba. Lo grotesco triste tiene para mí un encanto inaudito; corresponde a las necesidades íntimas de mi naturaleza, que es bufonescamente amarga. No me hace reír, sino soñar largamente. Lo localizo muy bien, allá donde se encuentra, y lo llevo en mí, como todo el mundo; por eso me gusta analizarme. Es un estudio que me divierte. Lo que me impide tomarme en serio, aunque tengo el espíritu bastante grave, es que me encuentro bastante ridículo, no con ese ridículo relativo que es la comicidad teatral, sino con ese ridículo inherente a la propia vida humana, y que brota del acto más sencillo o del gesto más ordinario. Por ejemplo, nunca me afeito sin que me dé risa, tan estúpido me parece. Todo esto me resulta muy difícil de explicar, y exige que uno lo

sienta; tú no lo sentirás, pues eres de una sola pieza, como un himno hermoso de amor y de poesía. Yo soy un arabesco de marquetería; hay trozos de marfil, de oro y de hierro; los hay de cartón pintado; los hay de diamante; los hay de hoja de lata. [...], Adiós, te beso por todas partes. Piensa en mí; yo pienso en ti. Mejor no, piensa menos en mí, trabaja, sé buena, sé feliz con el pensamiento. Recupera a la musa que te consoló en los peores días; yo soy para los días de felicidad. Adiós; te beso en los labios.

9

[Croisset] Lunes por la noche [24 de agosto de 1846].

[...] No hago nada, ya no leo ni escribo, de no ser a ti. ¿Dónde está mi pobre y sencilla vida de trabajo, la de antaño? Digo antaño porque ya queda lejos. No la añoro porque no añoro nada. Como tú dices, eso forma parte de mi sistema. Si ha ocurrido es porque así debía ser. Además, saboreo tanta dulzura al pensar en ti, ¡doy vueltas a tu recuerdo en mi corazón con un encanto tan profundo! Veinte veces al día te pongo ante mis ojos con los vestidos tuyos que conozco, con los gestos de cabeza que he visto en ti. Te desnudo y te visto alternativamente. Veo tu cabeza a mi lado, sobre la almohada. Tu boca se adelanta, tus brazos me rodean. En el sublime egoísmo de tu amor, disfrutas con la hipótesis de un niño que podría nacer. Lo deseas, confíésalo, lo anhelas como un lazo más que nos uniría, como un contrato fatal que soldaría nuestros dos destinos. Ha de tratarse de ti, querida, amiga demasiado tierna, para que no te reproche un deseo tan espantoso para mi felicidad. Yo, que me había jurado no atar existencia alguna a la mía, ¡dar nacimiento a otro! Si ocurre no me quejaré. ¿Quién sabe incluso si, en la estúpida inconsecuencia de nuestro corazón, el hombre no experimentaría un espasmo de dicha divina? ¡Yo querría a ese hijo nuestro! Si tú murieses lo educaría, y mi triste ternura se volvería hacia él. ¡Pero sólo la idea me da frío en la espalda! Y si, para impedirle venir al mundo, tuviera yo que salir de él, ahí está el Sena, me arrojaría a él de inmediato con un obús del dieciséis atado a los pies.

De mí no temas reproches ni rudezas. Ya tendrás tu ración de dolores. Los míos callarán y permanecerán en la sombra. Confieso que, dentro de quince días, quizá me vea libre de un peso enorme. La torpeza que he cometido me quedará siempre en el alma como la espada de Damocles: en todos nuestros arrebatos, esa previsión flotará sobre mi cabeza. ¡Qué más da! ¡Qué más da! Eso no es lo mejor de nuestro amor, no es más que la salsa, como diría Rabelais; la carne es tu alma.

Lloraste el miércoles por primera vez; creías que yo no era feliz. ¿Era cierto? Sí, lo era, como no lo he sido antes, tanto como soy capaz de serlo. Y lo seré aún más, pues te quiero cada vez más. Querría repetírtelo siempre, probártelo sin cesar.

Adiós, mil besos por todas partes; tuyo, el que te ama y a quien amas.

10

[Croisset] Miércoles, diez de la noche [26 de agosto de 1846].

Es una dulce atención por tu parte el enviarme cada mañana el relato de lo que hiciste la víspera. Por uniforme que sea tu vida, al menos tienes algo que decirme de ella. Pero la mía es un lago, una charca estancada a la que nada mueve y de la que nada sale. Cada día se parece al anterior; puedo decir lo que haré dentro de un mes, de un año, y esto me parece no solamente prudente, sino feliz. Así que casi nunca tengo nada que contarte. No recibo visita alguna, no tengo amigos en Ruán; nada penetra hasta mí desde el exterior. No hay oso blanco, subido en su hielo polar, que viva en un olvido de la tierra más profundo que yo. Mi naturaleza me lleva a ello desmedidamente, y en segundo lugar, conseguirlo ha requerido su arte. Me he cavado mi agujero y en él me quedo, velando por que haga siempre la misma temperatura. ¿Qué me enseñarían esos famosos periódicos, que tanto deseas verme tomar por la mañana, con una rebanada de pan y mantequilla y una taza de café con leche? ¿Qué me importa todo lo que dicen? Las noticias me inspiran poca curiosidad; la política me carga; hago pestes de las novelas por entregas; todo eso me embrutece o me irrita. Me hablas de un terremoto en Livorno. Aunque abriera la boca al respecto, para dejar escapar las frases consagradas en semejante caso: «¡Es lamentable! ¡Qué horrible desastre! ¿Será posible? ¡Ay, Dios mío!», ¿devolvería a la vida a los muertos y sus bienes a los pobres? En todo ello hay un sentido oculto que no comprendemos, y, sin duda, de superior utilidad, como la lluvia y el viento; porque el granizo haya roto nuestras campanas para melones, no hay que querer suprimir los huracanes. ¿Quién sabe si la ráfaga que tira un tejado no ensancha todo un bosque? ¿Por qué el huracán que destroza una ciudad no podría fecundar una provincia? ¡Ahí está nuestro orgullo! Nos erigimos en centro de la naturaleza, finalidad de la creación y razón suprema de ésta. Todo lo que vemos que no se adecúa a esto, nos asombra; todo lo que se nos opone, nos exaspera. ¡Lo que he oído, misericordia divina! ¡Las magníficas disertaciones que aguanté el año pasado, sobre la tromba de Monville! «¿Por qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible? ¿Es concebible una cosa así? ¿Es la electricidad de arriba, o la de abajo? ¡En una semana, tres fábricas

derribadas y doscientos hombres muertos! ¡Qué horror!» Y las mismas personas que decían esto, mientras hablaban, mataban arañas, aplastaban babosas, o, solamente para respirar, absorbían quizá por sus narices miríadas de átomos animados. (Monville, comprendes, fue una enfermedad para mí; lo vi desde demasiado cerca; oí hablar del asunto, discutir y babear todo un invierno; ¡estoy borracho de eso!) En cuanto a lo segundo de que me hablas, la proclama de Schamyl, puede ser algo curioso, es cierto; pero hay tantas cosas curiosas en este mundo, sobre todo para un hombre que puede decir como Angély: «Yo vivo por curiosidad», que si hubiera que verlas todas, no daríamos abasto. Sí, me disgusta profundamente el periódico, es decir, lo efímero, lo pasajero, lo que es importante hoy y no lo será mañana. No se trata de insensibilidad. Sólo que simpatizo igual de bien, quizá mejor, con las miserias desaparecidas de los pueblos muertos, en las que nadie piensa ahora, con todos los gritos que lanzaron y que ya no se oyen. No me apena más la suerte de las clases obreras actuales que la de los esclavos antiguos que hacían girar la rueda de molino; no más, o tanto. No soy más moderno que antiguo, más francés que chino, y la idea de la patria, es decir, la obligación en que se ve uno de vivir en un trozo de tierra señalado en rojo o en azul sobre el mapa, y de odiar los demás trozos de verde o de negro, siempre me ha parecido atroz, limitada y de una estupidez feroz. Soy el hermano en Dios de todo lo viviente, de la jirafa y del cocodrilo tanto como del hombre, y conciudadano de todos los inquilinos del gran caserón amueblado que es el Universo. No he entendido tu asombro, en cuanto a la belleza de aquella proclama.

Por mi parte, pienso que es porque: primero, es bárbaro, segundo, musulmán, y sobre todo fanático, por lo que ha dicho cosas hermosas. La poesía es una planta libre; crece allá donde no la siembran. El poeta no es sino el paciente botánico que escala montañas para ir a cogerla. Y ahora que he descargado mi corazón —pues ya hemos vuelto varias veces a este tema que no quieres comprender—, hablemos de nosotros, y besémonos dulce y largamente en ambos labios.

Ayer y hoy hemos dado un buen paseo; he visto ruinas, ruinas que amé en mi juventud y conocía ya, donde había venido a menudo con los que ya no están. Volví a pensar en ellos, y en los demás muertos que nunca he conocido y cuyas tumbas vacías pisaba. Sobre todo, me gusta la vegetación que crece en las ruinas; esa invasión de la naturaleza, que se echa en seguida sobre la obra del hombre, cuando la mano de éste ya no está para defenderla, me alegra con un gozo profundo y amplio. La vida viene a colocarse de nuevo sobre la muerte; hace crecer la hierba sobre

los cráneos petrificados, y, en la piedra en la que uno de nosotros esculpió su sueño, la Eternidad del Principio reaparece con cada floración de mostazas amarillas. Me agrada pensar que algún día serviré para hacer crecer tulipanes. ¡Quién sabe! El árbol a cuyo pie me pongan dará quizá excelentes frutos; a lo mejor seré un soberbio abono, un guano superior.

¿Así que ese golfo de Fidias está totalmente cogido en las redes de la señora rubia? Con el tiempo que lleva, ¡cuántos filetes de buey habrá consumido! ¡Qué excelente y bondadosa naturaleza la suya! Te he visto censurar su lado flotante, prensible, maleable; pero hoy querrías que yo me pareciese a él, para ceder cuando me dices: «Quédate». Te asombras de que yo no haya tenido flaquezas; sí, las he tenido, las he tenido inmensas, contigo. Yo lo sé, porque las he sentido. En cuanto a esas partidas fijadas de antemano y en las que nunca he fallado, ¿no habría podido —si no te hubiera considerado superior— lanzarte una mentira anodina como se hace en semejante caso, aparentar ceder, y conceder a ruego tuyo lo que ya habría decidido de antemano? Pues no; a partir de la noche en que me besaste en la frente, me juré a mí mismo no mentirte nunca. Es el procedimiento más rudo, más brutal; ¿dirás, acaso, el menos tierno? Pero creo que obrar de otro modo sería despreciarte, envilecerte incluso. No estás hecha para que se te sirva con un amor falso y lleno de muecas. Preferiría rajarte la cara que burlarme de ti a tus espaldas.

¡Te ha hecho ilusión, pobre ángel mío, el ramillete festivo que te he enviado! No se me ha ocurrido a mí la idea de poner en mi carta esas flores significativas, pues no conocía su sentido simbólico. Es Du Camp quien me lo ha enseñado, aconsejándome que lo utilizara. Pensé que esa niñería divertiría a tu corazón. ¡Sí que ha divertido al mío! ¿Sabes lo que me ha conmovido en tu carta? Ese paseo por el Bois de Boulogne del que me hablas; me dio escalofríos. Me sentí en tu lugar; me vi, con los papeles intercambiados. ¡Y tu niña besándote las manos! Dale un beso de mi parte, por ello. También pienso a menudo en ese buen Bois de Boulogne. ¿Te acuerdas de nuestro primer paseo, el treinta de julio? ¡Cómo dormía Henriette en los cojines! Y el suave movimiento de los muelles, nuestras manos, y nuestras miradas, más entrelazadas que ellas. Veía brillar tus ojos en la noche, tenía el corazón tibio y blando... Bebía con éxtasis los largos efluvios de tus pupilas fijas en las mías... ¿Cuándo volverá todo eso? ¿Quién lo sabe? ¡Oh, no me acuses de olvidarte, no me acuses nunca! Sería una crueldad infame. Quiéreme siempre, pues también yo te quiero incesantemente.

Adiós, mil besos en tu hermosa garganta, en esos pechos que ofreces a mis labios con una sonrisa tan dulce, cuando dices: «¿Te gusto? ¿Me

quieres?». ¿Si me gustas? ¿Si te quiero? Un sordo que me viera escribirte lo sabría. No tendría más que mirar mi cuerpo. Adiós otra vez, mil cariños...

No temas, querida mía; he recibido tu carta, en la que me hablas de tu sangre, que ha de volver el día 10.

11

[Croisset] Domingo, dos de la tarde [30 de agosto de 1846].

¡Qué ira, Dios mío! ¡Qué acritud, picante y salada! Pero ¿qué significa esto? ¿Te gustan las riñas, las recriminaciones y todos esos amargos forcejeos diarios que terminan por convertir la vida en un auténtico infierno? No entiendo nada; te quejas de mis durezas; pero me parece que nunca te he enviado una como las tuyas. Quizá te las haya enviado más fuertes, dirás. A cada uno su idea.

Pero veo en tu carta de esta mañana algo más, como una decisión premeditada de estar agria o parecerlo. ¿Quién sabe? ¿A lo mejor es una tentativa, una prueba? Me reprochas sin cesar que me doy tono, soy teatral, orgulloso, presumo de mis tristezas como un matón de sus cicatrices. Según tú, te entristezco a placer, fingiendo llorar para ver correr tus lágrimas. Es una idea atroz.

¿Cómo puedes quererme, si me consideras un personaje tan mezquino? Entonces, es que me desprecias. ¿Quizá, efectivamente, me desprecias? Sin duda has llegado ya a arrepentirte; ves que te has equivocado, y me acusas a mí por esa ilusión perdida.

Recuerda que mis primeras palabras para ti fueron un grito de advertencia; y cuando nos vimos arrastrados juntos por el torbellino, no paré de decirte que escaparás mientras aún era tiempo. ¿Eso era vanidad? ¿Era orgullo? ¿No habría podido, al contrario, mentir, engrandecerme, erguirme, hacerme sublime? ¡Habías creído que lo era! Entonces habrías creído que era bueno, por haber sido hipócrita.

¿Qué decirte? ¿Qué hacer? Me pierdo. Me hace falta valor para escribirte, al estar convencido cada vez de que cuanto te escribo te hace daño. Las caricias que hacen los gatos a sus hembras las llenan de sangre, y en mitad de sus placeres cambian golpes. ¿Por qué repiten? La naturaleza los empuja a ello. Yo soy igual: cada palabra mía es una herida que te causo; cada arrebató de ternura lo tomas como un ultraje. ¡Pobre querida mía! No esperaba todo esto, ni en la previsión más alejada de todos los infortunios posibles.

¿Has podido pensar que si tuvieses un hijo mío te querría menos? Al contrario, te querría más, mil veces más. ¿No quedarías más ligada a mí

por el dolor, por el agradecimiento e incluso por la compasión? Esta última palabra a lo mejor también te desagrada. Pero no la tomes en su sentido vulgar y estrecho. ¡Tómala por lo más íntimo, más emocionado, más desinteresado que lleva en sí! Piensas que a causa de esa continua aprensión de una vida futura que puede resultar de un minuto de extravío, ya no habrá entre nosotros ni ímpetu ni arrebató. Al contrario: para mí es ese ímpetu lo que turba el amor, ya que después de él surge el remordimiento. ¿Por qué mezclar la idea de una horrible desgracia para ti con la felicidad que me das? Si habitualmente no tengo sentido común, como me lo repites, me parece que en este punto no soy yo quien carece de él. Si no buscara más que mi placer, si no pidiera al amor más que sus goces físicos, mis modales —esto le resultará claro a todo el mundo— serían diferentes. Vamos ya, amiga querida, aún no soy tan grosero como dice usted, y aún hay algo que me gusta más que su hermoso cuerpo; es usted misma. ¿Sabes lo que te falta a ti, o mejor, por dónde pecas? Por la inteligencia. La ves donde no la hay, en los sitios donde a nadie se le ha ocurrido ponerla. Desarrollas, amplificas, lo exageras todo. ¿De dónde diablos has sacado que yo te haya dicho algo parecido a esto: «que nunca había querido a las mujeres a las que había poseído y que aquellas a las que amé no me concedieron nada»? Te dije sencillamente que había amado durante seis años a una mujer que no lo supo en su vida; le hubiera parecido una tontería. Ahora sí que me lo parece a mí. Además, hasta llegar a ti, no he amado porque no quería amar; eso es todo. No creas, pues, que pertenezco a la raza vulgar de esos hombres que se asquean después del placer, porque el amor no existe en ellos sino en virtud del deseo. No, lo que se yergue en mí no decae tan aprisa. Si crece el musgo en los edificios de mi corazón apenas están contruidos, hace falta tiempo para que caigan en ruinas, si alguna vez caen del todo. Búrlate cuanto quieras de mí, de mi vida, de este orgullo desmesurado que acabas de descubrir (eres la Cristóbal Colón de ese descubrimiento) y de mis creencias panteístas; en todo ello no hay la menor gana de distraerte y de parecer original. No presumo de rarezas. Si las tengo, tanto peor o tanto mejor. Leeré las palabras de Descartes a Campanella al respecto: pero no creo que me prueben lo contrario. Hay que tener la pasión por lo excéntrico para descubrirlo en mí, que llevo la vida más burguesa y más ignorada de la tierra. Moriré en mi rincón sin que puedan, así lo espero, reprocharme ni una mala acción ni una mala línea, por la razón de que no me ocupo de los demás y no haré nada para que se ocupen de mí. No acabo de captar lo extravagante de una vida tan vulgar. Pero por debajo de ésta hay otra, otra secreta, radiante e iluminada para mí solo, y que no

abro a nadie porque se reirían de ella. ¿Es tan descabellado?

No temas que haya enseñado tus cartas a quien sea; no, puedes estar segura. Du Camp sólo sabe que escribo a una mujer de París, que quizá este invierno necesitará su ayuda para nuestras cartas; cada día me ve escribierte, pero aún no sabe tu nombre. Como por su lado hace lo mismo, no tiene nada que preguntarme, ni yo a él. Únicamente, el otro día me prestó el sello donde está su divisa.

Siento que no venga Fidias.

Es un hombre excelente y un gran artista; sí, un gran artista, un auténtico griego, y el más antiguo de todos los modernos, un hombre que no se preocupa de nada, ni de política, ni del socialismo, ni de Fourier, ni de los jesuitas, ni de la Universidad, y que, como el buen artesano, arremangado, ahí está haciendo su trabajo de sol a sol, con ganas de hacerlo bien y amor por su arte. Todo está ahí: amor al Arte. Pero me detengo. También esto te irrita: no te gusta oírme decir que me preocupo más por un verso que por un hombre, y que estoy más agradecido a los poetas que a los santos y a los héroes. ¿Qué habrían pensado en Roma, en tiempos de Horacio, si alguien hubiera ido a decirle:

«¡Oh, buen Flaccus, ¿qué es de vuestra oda a Melpómene? Habladme de vuestra pasión por el muchachito que Polión os ha cedido; ¿vais a escribir sobre él en asclepiadeos o en yambos? Todo lo que decís me preocupa mucho más que la guerra de los partos, que el colegio de los flaminios y que la ley Valeria, que quieren volver a discutir...».

Sin embargo, había algo más serio que los hombres que morían por la patria, que los que rezaban por ella, y que los que se esforzaban por hacerla más dichosa: eran los que cantaban, puesto que sólo éstos sobreviven. Se han descubierto nuevos mundos donde leerles, se ha inventado la imprenta para difundirlos allá. ¡Ah, sí! El amor de Glicera o de Lícoris aún pasará por encima de todas las civilizaciones futuras. El Arte, como una estrella, ve rodar la tierra sin conmoverse, chispeando en el azul; lo Bello no se despegas del cielo.

¡Pero, bueno! Todo esto te incomoda. ¿Qué decirte, entonces? Que te beso. Apenas tengo espacio, pero aún así te envío, a través de estas líneas apretadas, un beso largo y tierno, como entre barrotes.

12

[Croisset] Miércoles, once de la noche [2 de septiembre de 1846].

¡Qué buena y dulce era tu carta de esta mañana, pobre amiga mía! He visto las lágrimas que habías derramado al escribirla, y que habían manchado, aquí y allá, algunas palabras. Tu dolor me aflige; me quieres

demasiado, tu corazón es demasiado pródigo. En los consejos de Fidias hay cosas excelentes; sólo que es fastidioso que los consejos, casi siempre, tengan algo fastidioso: y es que no pueden seguirse. Si pudieras imitarle, a ese buen Fidias, estarías más tranquila, ya que no más feliz. Ése es un hombre prudente, y que no pide a la vida más alegrías de las que conlleva, no va buscando el perfume de los naranjos bajo los manzanos de sidra. Por eso, ¡qué orden hay en su ser! ¡Cómo prosigue su obra, sereno y fuerte! El Arte, ya lo ves, se lo agradece y le recompensa mediante las viriles satisfacciones que le procura.

¡Qué buen tiempo hace esta noche! ¡Cómo descansa todo! No oigo más que el tictac de mi reloj, y apenas el ruido del aire que pasa entre los árboles. El río brilla bajo la luna, las islas están negras, el césped verde esmeralda. Quieres venir aquí, heroína mía; en una noche semejante es cuando sería agradable recibirte.

Me imagino tu cabeza y tu garganta desnudas, iluminadas por el astro pálido. Veo brillar tus ojos en la sombra azul.

¿Sabes que sería regio, magníficamente hermoso? Tú, recorriendo sesenta leguas para pasar unas horas en el pequeño kiosco de allá... ¡Pero para qué soñar con semejantes locuras! Es imposible: toda la región lo sabría al día siguiente; habría historias odiosas hasta más no poder.

Aún así, un beso muy largo, por haber pensado en ello. ¡Gracias por ese impulso! Lo he comprendido. He sentido nuestras dichas angustias recíprocas, tú llegando y aguardando la señal convenida, yo acechando la hora y espiando tu llegada.

Cuando vuelva a verte, verdad, no llorarás demasiado; no me afligirás demasiado. Serás buena; lo necesito; debes serlo. Veo correr tantas lágrimas, que de verdad necesito sonrisas. Pronto, espero, de aquí a pocos días, podremos vernos. Du Camp regresa a París y nos vienen aquí unos parientes de Champaña, una sobrina de mi padre, con su legítimo y sus hijos. Iré a acompañarla en teoría hasta Gaillon, para ir a ver juntos el castillo Gaillard, que está a una legua. En vez de eso, iré hasta Mantes, donde me quedará hasta el tren de las seis, que me traerá aquí a las ocho. Tal es mi plan. Lo preparo ya con mucho tiempo. ¡Con tal que mi cuñado no tenga la desdichada idea de acompañarnos! Con tal que mi propia madre no tenga esa idea; pues tenemos en Andelys (lugar donde se halla el castillo Gaillard) unos amigos íntimos a los que no ha visto desde hace tiempo, y querrá acaso aprovechar la ocasión. Tú saldrías de París a las nueve de la mañana; estarías en Mantes a las diez cincuenta; yo llegaría a las once y diecinueve. Tendríamos cinco horas largas para nosotros. Es muy poco; siempre sería algo, pues no preveo la posibilidad próxima de un

viaje a París. Cuando volvamos a despedirnos, aún será para una ausencia más larga. Habrá que hacerse a ello y aceptarlo como una imperfección de nuestro pobre amor imposible de evitar.

Nos escribiremos; pensaremos uno en el otro; trabajarás (¿me lo juras?); tratarás de crear alguna obra grande, en la que pongas todo tu corazón.

Pues, bueno, más vale que ames al Arte que a mí. Ese afecto nunca te faltará; ni la enfermedad ni la muerte lo dañarán. Adora la Idea; sólo ella es verdadera, porque ella sólo es eterna. Ahora nos queremos; quizá nos amemos más aún. Pero ¿quién sabe? Llegará un tiempo en que acaso no recordemos nuestros rostros. ¿Has oído alguna vez a los viejos contarte la historia de su juventud?

Conozco a uno que, hace algunos meses, me narró con detalle un gran amor que le había durado cerca de veinte años. Durante los siete primeros años de haberse separado de su amante, escapaba de su casa por la mañana, antes del alba, e iba a cuatro leguas de allá, a pie, para ver si había llegado carta a una estafeta de correos. Las cartas venían irregularmente, según caía, cuando la pobre mujer había podido escribir; el amante volvía, pues, como había venido, a veces con su querido botín, casi siempre sin nada. Volvía a casa saltando las tapias, y se acostaba de nuevo para que no se notase nada. ¡Así pasó siete años —siete años— sin verla! Se volvieron a ver una vez, y después no se vieron nunca más. Poco a poco, dejaron de escribirse y se olvidaron. La mujer murió; el hombre, después, tuvo otros amores, y ya está. Así es la vida. Él mismo lo cuenta como una cosa sencillísima y lo es, en efecto. Los nudos más sólidos se desatan por sí mismos, porque la cuerda se gasta. Todo se va, todo pasa; el agua corre y el corazón olvida.

Es una gran miseria, pero hay que agradecérsela a Dios, que no ha considerado el alma de su criatura lo bastante amplia como para contener la suma de cada día, amontonada sobre la de los días precedentes. Además, una pena se lleva otra; cuando duelen las muelas, no se sienten los sabañones. Sólo queda escoger el mal más ligero; ahí está toda la sabiduría. Pero aún no te olvido, lo sabes muy bien. No ha llegado la hora. Habrá tiempo para pensar en eso cuando estemos en esa situación. No te afanes en ser desdichada. Piensa siempre que te quiero, dítelo, complácete en esa idea; ponla aparte en tu corazón, no para turbarlo y llenarlo hasta los bordes, sino para confortarlo y penetrarlo con calor. Si quieres, hazle tomar un baño de amor, a tu pobre corazón; pero no lo ahogues. [...]

Adiós, querida amada mía, mil besos en tus dulces ojos. Contéstame si te gusta mi proyecto. Sería, creo, dentro de tres o cuatro días. No sé. Te

avisaré a tiempo. ¡Ojalá nos proteja la fortuna! Siempre desconfío de ella. Es una grandísima coqueta; cuando te hace carantoñas, es porque va a rechazarte con bríos renovados.

Adiós, tuyo y en ti.

13

[Croisset] Medianoche del viernes [4 de septiembre de 1846].

Querías que viniese el domingo. También yo pensé, ves, en que nos reuniéramos. Siempre coincidimos en nuestros anhelos, en nuestros deseos. Cuando dos seres se quieren, son como los hermanos siameses unidos entre sí, dos cuerpos para un alma. Pero si muere uno antes que el otro, ha de remolcar un cadáver. No temas por mí; no siento que llegue la agonía. Así que nos volveremos a ver pronto. Está ya arreglado mi pequeño viaje a Andelys (léase Mantes). Como hace falta hora y media para ir, y basta una hora para ver el castillo Gaillard, volveré a dormir aquí (de otro modo es imposible), pero en el último tren, que me recogerá allá hacia las diez. Tendremos toda una hermosa tarde para nosotros. Digo tendremos sin saber si has aceptado mi proyecto; pero mañana, al despertar, aguardo una buena carta tuya, toda chispeante de gozo, en que me digas: acude. ¿Estás contenta de mí? ¿Es eso? Ya ves que, cuando puedo verte, me arrojo sobre la más pequeña ocasión como un ladrón en ayunas, la cojo a dos manos y no la suelto. Du Camp marcha de aquí probablemente el miércoles próximo (o el jueves, a más tardar). Así pues, hasta el miércoles. Te mandaré la hora exacta de los trenes para que no haya malentendidos entre nosotros, y te escribiré la hora exacta en que debes salir de París. ¿Te nos imaginas aguardándonos, buscándonos entre la multitud, encontrándonos, marchándonos juntos y solos? Tendremos que contenernos; me costará mucho impedirme besarte delante de todo el mundo. Iremos a alguna buena posada bien tranquila. ¡Seremos nuestros, solamente nuestros! Serán otra vez unos buenos momentos, mira. ¿Qué importa el futuro? ¿Llegará siquiera? ¿Quién sabe si habrá mañana? Aún no he recibido el envío de Fidias, que me ha —y que tú me has— anunciado. Primero quisiste incluir en él tu estatuilla. Pero no tendría ningún sitio secreto en que ocultarla. Tengo ya tantas cosas tuyas, que podría terminar por resultar sospechoso. ¡La menor broma al respecto me heriría en lo más vivo, y quizá me descubriría! Ahí está tu retrato, muy cerca de mí, a tres pasos de mis ojos. Me he reído bastante esta mañana al leer tu diálogo con Fidias a propósito de Marin y su modelo. ¿Es posible que lo que nuestro amigo te dijo sobre esa criatura haya podido causarte una sombra de inquietud? Para tener semejantes

ideas, ciertamente, hay que ser tú. Ahora celos; ¿y de quién? ¡De eso! Me habría gustado estar ahí para ver tu cara y hacerte reír de inmediato a costa tuya. Primero, esa mujer es atrocamente fea; no tiene a su favor más que un gran cinismo, lleno de ingenuidad, que me divirtió mucho. También vi en ella la expansión de las furias de la naturaleza, cosa siempre hermosa de ver. Además, ya sabes que me gusta bastante ese tipo de cuadros; en mí es una afición innata. Me gusta lo innoble. Es lo sublime de abajo. Cuando es auténtico, es tan raro de encontrar como el de arriba. El cinismo es algo maravilloso, en cuanto es la carga del vicio, y al mismo tiempo su correctivo y su aniquilación. Todos los grandes voluptuosos son muy púdicos; hasta ahora no he visto excepciones. Y además, vuelvo a pensarlo, pues me sorprendió mucho tu confesión: aun cuando esa mujer, después de todo, fuera hermosa, y aunque hubiera habido, como dice el maestro en su casto lenguaje, algo entre nosotros dos, ¿te causaría dolor? Las mujeres no entienden que pueda amarse en distintos grados; hablan mucho del alma, pero el cuerpo les interesa sobremanera, pues ven todo el amor puesto en juego en el acto del cuerpo. ¡Se puede adorar a una mujer, e ir cada noche a acostarse con putas, o tener otra amante, e incluso quererla! Eso parecerá más raro, y no obstante es cierto. Ea, no te enfurruñes; creo que aquí no aludo a mí mismo: vivo como un cartujo. ¡Pero sólo hasta el miércoles!

Adiós, amor querido, mil besos en tus dulces ojos.

14

[Croisset] Jueves, once de la noche [10 de septiembre de 1846].

Me quedé yo el último. ¿Viste cómo te miraba hasta el final? Volviste la espalda; te marchaste y te perdí de vista. Me llamaste en la estación, pero no quise ir. Cuando me dijeron al extremo de la fila de coches que no se podía pasar, tuve de inmediato la intención de cruzar de un salto, de hacer como ese joven cuyo ejemplo me invitabas a seguir. Pero pensé que te besaría, pues tus labios me llamaban con un atractivo encantador, y no quise entonces mezclar una amargura más a nuestra separación.

¿Sabes que fue nuestro día más hermoso? Nos amamos mejor aún; experimentamos placeres exquisitos. No, no estoy cansado esta noche. Antes he dormido tres horas, y si estuvieras aquí, me volverías a encontrar como ayer, fresco, vigoroso, ardiente.

He inventado una historieta que mi madre se ha creído, pero la pobre mujer estuvo ayer muy inquieta. Vino a las once al ferrocarril; pasó la noche sin dormir y atormentándose. Esta mañana la he encontrado en el andén, en un estado de extrema ansiedad. No me ha hecho reproche

alguno, pero su rostro era el mayor reproche de cuantos puedan hacerse. ¡Ay, ese buen hotel de Mantes, y nuestro barquero, y el inteligente funcionario del ferrocarril! ¡Qué lejos queda ya todo eso! ¡Qué llenas han sido esas veinte horas!

Me enorgullecí de lo que me dijiste, que jamás habías saboreado una felicidad semejante. Tu gozo me enardecía. Y yo, ¿te gusté? Dímelo; me agrada.

¿Cuándo volveremos a vernos?

Te lo ruego, te conjuro a ello; no me acuses nunca de no verte más a menudo. No te imaginas cuánto me aflige y me hiere. ¿Es culpa mía? No lo será nunca. Pero no veo circunstancias próximas; será dentro de mucho tiempo. Ahora, resignémonos de antemano; hazte a esa idea.

¿No entendiste que, igual que la gente que marcha sin saber cuándo volverá, me embriagaba de amor por anticipado? Era la orgía de mi corazón. Quizás así nos amemos durante más tiempo, excitados como estaremos por un deseo no saciado.

Todo fue agradable, ¿verdad? Nada nos molestó, y nada te dije, me parece, que te afligiese, ni tú a mí. ¡Qué hermoso recuerdo! Es como para encargar una misa conmemorativa.

De regreso aquí, he comido prodigiosamente, sobre todo solomillo. Me he reído por dentro, al pensar en la comparación que tanto le gusta a Fidias. Después de haberme llenado el estómago, me he echado en mi sofá, donde me he dormido de inmediato.

Acabamos de cenar a las nueve, debido a esos parientes de los que te hablé, que han llegado muy tarde. Pero antes de acostarme he querido, siguiendo mi promesa, enviarte un beso más, eco debilitado de los que ayer a estas horas sonaban tan fuerte en tu hombro cuando me gritabas: «¡Muérdeme! ¡Muérdeme!» ¿Te acuerdas?

Adiós, hermosa mía, piensa en todo lo que hicimos. He releído tus versos, gracias; ahora ya no tengo más que a ellos. Adiós otra vez, mil caricias, de las más cálidas, de las que prefieres. Ama siempre, y no me acuses nunca. Yo siempre te perdonaría, hicieras lo que hicieras. Sí, volvería a ti; me parece que me vería forzado a ello. Me dijiste una cosa que me hizo mucha ilusión, «es que, aunque nos separásemos, conservaríamos siempre un buen recuerdo uno de otro». Sí, es cierto. Adiós, querida, adiós, tuyo en cuerpo y alma.

hubiéramos tenido tiempo nos habríamos matado. Tenía ganas. ¡Qué felices éramos! ¡Qué locos y jóvenes! No vuelvo de mi asombro, aún tengo el corazón arrebatado. ¡Qué pocos días de éstos hay en la vida! Tú misma lo sientes cuando me dices, aún esta mañana, que siempre conservaré un verdadero afecto hacia ti. Es decir, que también piensas que el amor, como todas las piezas musicales que se cantan en nuestro interior, sinfonías, cancioncillas o romanzas, tiene su andante, su scherzo y su finale. Así que también tú has sondeado el abismo y has visto el fondo allá donde creías que no lo había. ¿Sabes que eso es bueno e inteligente, la previsión futura de otro sentimiento tan sólido como el nuestro, cuando éste acabe, si acaba?

Sí, desde el miércoles te quiero de otra manera; me parece que estamos más unidos, que somos más íntimos, que menos cosas externas pueden influir en nuestra unión; que, aunque estuviéramos mucho tiempo sin vernos, no importaría, y por último (¿crees tú lo mismo?) que nuestro amor se ha vuelto más serio, a la vez que perdía la apariencia de serlo. ¿Quieres saber el motivo? Es que hemos sido, sobre todo, sinceros; que nos hemos abandonado a la naturaleza sin artificio, sin perturbarnos la mente, como unas pobres criaturas ingenuas que lo hicieran por primera vez. Por eso no he sacado de esto amargura alguna, sino al contrario, una exquisita tibieza que me sostiene en un voluptuoso ensueño.

Sin embargo, ayer y hoy he estado espantosamente triste, de esas tristezas como las que tenía en mi juventud, capaz de tirarme por la ventana para librarme de ellas. Entonces es cuando se desea todo lo que no se tiene, y todo lo que se tiene obsesiona. Entonces es cuando desea uno hacerse renegado, camaldulense, pirata, lo que sea, para salir al menos, aunque sólo fuera en sueños, del horrible ambiente en que se asfixia. Sí, llevo cuarenta y ocho horas aburriéndome prodigiosamente. Es la reacción de la dicha del otro día. Cada alegría hay que pagarla con un dolor, ¿qué digo con uno?; ¡con mil! Así pues, hago bien en no buscarlas demasiado. La felicidad es un placer que te arruina.

Sin embargo, esta noche he vuelto a ponerme a trabajar, aunque forzándome. Desde hace seis semanas más o menos que te conozco (expresión decente), no hago nada. No obstante, hay que salir de ahí. Trabajemos, lo mejor posible; después, nos veremos de vez en cuando, cuando podamos; nos concederemos una buena bocanada de aire, nos devoraremos hasta matarnos; y volveremos a nuestro ayuno. ¿Quién sabe? Acaso es el mejor método para trabajar bien y para amarse bien. ¿Quién podría sostener que, viviendo siempre juntos, no llegaríamos a cansarnos uno de otro? Habría sospechas, quizá celos; de ahí acritudes,

enfados. Acabariamos por seguir viéndonos por terquedad o por hábito, y no por atracción como ahora. No lo creo, sin embargo. ¡Eres demasiado buena, demasiado dulce, demasiado abnegada para ser como las demás mujeres, que son tan egoístas, tan ávidas del hombre al que aman!

Me quieres mucho, sí, lo sé; tendría que ser muy malvado y muy estúpido para no sentirlo, para no corresponderte. El otro día me admirabas. (Sí, leía la admiración en tus ojos; ¿qué leías en los míos?) Me encontraba fuerte y ardiente. Pues bien, ahora me parece que estaba frío, que habría podido colmarte de más caricias y ardores y que, a la primera ocasión, borraré el recuerdo de esta noche como ésa había borrado el de la anterior. ¿No dudas ya de mí, verdad, querida Louise? Estás segura de que te quiero, de que te querré aún durante mucho tiempo. Y no te hago juramentos, no te prometo nada. Conservo mi libertad, como tú la tuya, y «cuando empieces a dejar de gustarme, no te lo haré sentir con excesiva dureza»; son expresiones tuyas.

¡Oh, pobre mujer! No sabes cuánto me ha conmovido eso. Mira, creo, al contrario, que empiezas a gustarme más. Recuerdo tu rostro bajo tu pañuelo de noche, con tus dos rizos, cuando estabas sobre mí, suspendida sobre mí... te brillaban los ojos, te temblaba la boca, te castañeteaban los dientes... y la cálida suavidad de tu cuerpo cuando lo sentí por primera vez, acostados uno junto al otro. ¿Recuerdas la embriaguez que sentí? Adiós, recibe aquí todos mis besos, los que te he enseñado, dijiste, los que quisiera dedicar ahora a cubrir todos tus miembros. Me imagino que estás aquí y que desfalleces bajo su presión... Adiós, en tus labios, mi amor. [...]

16

[Croisset] Domingo por la noche [13 de septiembre de 1846].

Estoy atormentado por tu salud, pobre corazón mío, por tus vómitos, por esa maldita sangre que no vuelve. Te sigo instando a que te asegures sobre tu estado lo antes posible. Consulta al respecto a tu médico. Si es un poco inteligente, te comprenderá en seguida, o ve a consultar a otro, uno bueno, con tal que no te conozca. Dile que te ha ocurrido a veces, y pregúntale qué se podría intentar para estar seguros de la cosa. Antes de exponerte a ese viaje, hay que saber a qué atenerse, ¿no? Y si no intentas lo que te aconsejo —un remedio para hacer que vuelvan los ingleses—, ¿cómo vas a estar nunca segura de su ausencia? Ocurre bastante a menudo que un motivo moral baste para retenerlos, una emoción, cualquier cosa. Serías muy loca si fueras allá a prevenir un mal que no existiera. Creo que esta opinión es muy prudente, te animo, te suplico que

la sigas. Quema también esta carta, es más prudente, hay que pensar en todo. No hagas locuras, no tentemos a la desgracia, ya sabes cómo acecha a sus víctimas. Si quieres, te mandaré la dirección de una consulta que por anticipado te garantizo que es buena. Reflexiona sobre todo esto y contéstame en seguida al respecto.

Estoy triste, aburrido, horriblemente fastidiado. Vuelvo a estar, como hace dos años, con una sensibilidad dolorosa. Todo me hace daño y me desgarrar; tus dos últimas cartas me hicieron latir el corazón casi hasta romperse. Me conmueven tanto cuando, al desdoblarlas, el perfume del papel me sube a la nariz y el aroma de tus frases acariciadoras me penetra en el corazón. No abuses de mí; ¡me das vértigo con tu amor! Sin embargo, hemos de persuadirnos de que no podemos vivir juntos. Hay que resignarse a una vida más chata y más pálida. Quisiera ver cómo te habitúas a ello, cómo mi imagen, en vez de quemarte, te da calor; cómo te consuela en vez de desesperarte. ¿Qué quieres? Querida amiga, ha de ser así. No podemos estar siempre en esas convulsiones del alma cuya muerte son los abatimientos que las siguen. Trabaja, piensa en otra cosa; tú que tienes tanta inteligencia, usa algo de ella para tranquilizarte. Yo estoy ya sin fuerzas. Sentía tener suficiente valor para mí solo; ¡pero para dos! Mi oficio es sostener a todo el mundo, y estoy roto. No me aflijas más con tus arrebatos, que hacen que me maldiga a mí mismo, sin ver remedio, no obstante.

Mi madre estaba ayer en mi cuarto mientras estaba yo arreglándome. Tenía a la niña en brazos. Me traen tu carta; la coge, mira la escritura y dice medio en broma, como dirigiéndose a la niña, y medio en serio: «¡Ya me gustaría saber lo que hay dentro!». Contesté con una risa bastante tonta, que quería resultar cómica, para quitarle de la mente cualquier hipótesis seria. No sé si sospecha algo; podría ser. La regularidad del cartero es algo prodigioso.

En tu envío de esta mañana hay una palabra cuyo sentido no he comprendido, creo. ¿Qué entiendes por traición, aplicada a mí? ¿Quieres decir: si yo quisiera a otra mujer? Pero ¿qué entiendes por «querer»? Ya sabes que no hay palabra más elástica. ¿No se dice igual, al emplearla, «quiero las botas con vueltas» y «quiero a mi hija»?.

Exageras mi entorno cuando comparas tu soledad con la mía. ¡No! Soy yo quien está solo, quien siempre lo ha estado. ¿No te fijaste incluso el otro día, en Mantes, en dos o tres ausencias que te hicieron exclamar: «¡Qué carácter tan raro! ¿Con qué estás soñando?». ¿Con qué? No lo sé; pero eso que no has visto sino rara vez es mi estado habitual. No estoy con nadie ni en sitio alguno, no soy de mi país y ni siquiera, quizá, del mundo.

Por mucho que me rodeen, yo no rodeo. Así, las ausencias que me ha dado la muerte no han traído a mi alma un nuevo estado, sino que han perfeccionado el que había. Estaba solo por dentro; estoy solo por fuera. ¿Qué tengo aquí? Gente que me quiere, y poco, una sola persona. ¡Pero ser amado no lo es todo! La vida no transcurre en efusiones de ternura. Eso es bueno, exquisito en raros y solemnes momentos. Lo que hace dulces los días es la expansión de la mente, la comunión de ideas, el relato confidencial de lo que se ha soñado, de lo que se desea, de todo lo que se piensa. ¿Hay aquí abajo muchos seres que tengan la misma opinión, siquiera sobre el modo en que hay que servir una cena o equipar un tiro de caballos? ¿Qué ocurrirá entonces en el campo del pensamiento puro! Además, he observado lo siguiente: es un axioma que escribí en alguna parte y con deliberación antes de que la práctica de estos últimos diez meses me lo confirmara: «Son aquellos a quienes más queremos quienes más nos hacen sufrir». Medítalo, y verás que mi interior no es tan alegre como lo piensas.

He de reñirte por algo que me choca y me escandaliza, y es lo poco que te importa ahora el Arte. Que mires así a la gloria, bien, te apruebo. ¡Pero el Arte, lo único auténtico y bueno de la vida ¿Puedes comparar con él un amor terrenal? ¿Puedes preferir la adoración de una belleza relativa al culto de la auténtica? ¡Pues bien, lo digo, sólo eso tengo yo de bueno! (y en mí, sólo estimo eso): soy capaz de admirar. Tú mezclas con lo Bello un montón de cosas extrañas, lo útil, lo agradable, ¿qué sé yo? Dile al Filósofo que te explique la idea de la Belleza pura, tal como la expuso en su curso de 1819, y tal como yo la concibo; volveremos a charlar sobre esto la próxima vez.

Ahora estoy leyendo un drama hindú, Sakuntala, y estudio griego; mi pobre griego no va muy boyante, tu rostro siempre viene a situarse entre el libro y mis ojos...

Adiós, querida, sé buena, ámame bien y te amaré mucho, pues eso es lo que quieres, enamorada voraz. Mil besos y mil caricias.

17

[Croisset] Noche del martes al miércoles, una de la madrugada [15 de septiembre de 1846].

Si hubiese venido, lo habría aceptado con menos murmuraciones y quejas de lo que creías. Antes grito mucho, y mientras, poco. Temo el peligro mientras no existe. Una vez llegado, lo acepto sin pensar en él. Cuando era niño no tenía miedo ni de los ladrones, ni de los caballos, ni de la tormenta, pero sí de la oscuridad y de los fantasmas. Al crecer he seguido

siendo bastante parecido. Pero, ya que el desenlace ha sido como yo quería, ¡tanto mejor! ¡Tanto mejor! ¡Un desgraciado menos en la tierra! ¡Una víctima menos para el hastío, el vicio o el crimen, para el infortunio seguro!

¡Mejor, si no tengo posteridad! Mi oscuro apellido se extinguirá conmigo, y el mundo proseguirá su andar, igual que si dejara uno ilustre.

La idea de la nada absoluta me gusta. Axioma: «Es la vida la que consuela de la muerte, y la muerte es la que consuela de la vida».

Piensa para ti qué molestias y qué preocupaciones habría sido. Llegaba yo, me aceptabas con la candidez sublime de tu amor ingenuo, me sacrificabas de inmediato, sin yo pedírtelo, tu cuerpo, tu alma, tu amor de mujer, el amor de los hombres superiores que te rodean; y para recompensarte, en el egoísmo personal de mi goce, te aplicaba yo un castigo tanto más terrible cuanto más querido para ti, que estabas resignada de antemano, ¡pobre ángel mío! ¡Aún estabas contenta, y lo lamentas ahora!

¡Cómo te beso! Estoy emocionado, lloro. ¡Ven, que te bese sobre ese pobre corazón que late por mí! ¡Qué buena, qué abnegada eres! Aunque hubieses nacido fea, tu alma resplandece en tus ojos y te hace encantadora, con un encanto que conmueve y enternece. No, jamás me han querido como tú me quieres; tienes razón al decirlo. Tampoco volveré a serlo. No ocurre más que una vez en la vida, para que uno la recuerde siempre y para que, al morir, bendiga ese recuerdo.

También me dices que, cuando ya no me gustes, no te lo haga sentir demasiado. Sería repugnante por mi parte; sería infame. ¡A ti! ¡A ti! ¿Que te haga sufrir adrede? ¡No! Si me ocurre eso, perdóname. Piensa entonces: es que no podía obrar de otro modo; es porque el cielo lo quería, pues si ya no me quiere, aún me quiere, estoy segura; de otro modo, pero me quiere.

Sé buena, trabaja, hazme algo grande, hermoso, sobrio, severo, algo cálido por debajo y espléndido en la superficie, para que pueda yo estar orgulloso de ello y para que, desde el fondo de mi agujero, cuando sepa que allá te aplauden, me diga: «¡Es ella la que lo ha hecho, mientras lo hacía pensaba en mí!».

¿Por qué rechazas tan duramente a ese buen Filósofo, que se da cuenta y te lo reprocha? ¿Qué crimen ha cometido ese pobre diablo para que lo maltrates? No descuides a tus amigos; sé con ellos como eras antes. No quiero quitarte nada, ¿entiendes? Al contrario, añadirte algo.

Me reí bastante con tu descripción de la entrada de Béranger en casa de Dumas, cuando vio a la dama en camisón. ¡Qué buen tipo ese Dumas! ¡Y

qué distinción de modales! ¿Sabes que ese hombre, si carece de estilo en sus escritos, lo tiene en su persona, y rabiosamente? Él mismo daría pie para un bonito personaje, pero ¡qué lástima que tan hermosa disposición haya caído tan bajo! ¡La mecánica! ¡La mecánica! Producir lo más barato posible, en la mayor cantidad posible, para el mayor número posible de consumidores. No le leían tanto cuando escribía *Angele*. Ahora le lee todo el mundo, debido a que se bebe más habitualmente Médoc corriente que Lafitte. Por mucho que se diga, hay, hasta en las artes, popularidades vergonzosas; la suya entre ellas.

Trabajo bastante: todo el día griego y latín, y por la noche ¡Oriente! Pero, aunque estoy ocupado, no adelanto en nada. No tengo el espíritu libre; siempre sube a tu piso y se cuelga de tu alféizar para ver por las ventanas lo que ocurre. Mañana me enviarán de París un sillón para escribir; lo estrenaré escribiéndote. Eso traerá suerte a todo lo que escriba a continuación.

Adiós, querida, apoyo la cabeza en tu pecho y me duermo.

18

[Croisset] Viernes, diez de la noche [18 de septiembre de 1846].

[...] Me gusta mucho la «suculenta perdiz de Rosni» y «el cangrejo de gusto fino que pescan en el Sena»; eso es un error de geografía culinaria; ¡no creo que se pesquen cangrejos en el Sena, en Mantes! No importa, pero lo mejor es esto: «Comimos los dos, etc.», hasta «¡Qué comida, qué atractivo!». Aguardo la laguna con impaciencia. Es el punto más delicado. Siento curiosidad. El final es de bonito tono; pero deberías, al comienzo, tratar de intercalar algo para el inteligente empleado del ferrocarril. El magnetismo que atrae a dos seres ha de ser bien fuerte y bien auténtico, y se desprende de ellos de una manera sin duda irresistible, puesto que se hace comprender incluso por seres que le son extraños.

¿Me consideras, pues, un hombre muy alegre, para enviarme todos los chistes que eres capaz de recoger? Es una atención que me conmueve, pues en verdad que me gustan, sobre todo cuando son tan buenos como los de la señora Gay y su animoso esposo. Pero me parece que en ocasiones me tomas por lo que no soy. Una vez haces de mí una especie de «maldito» de melodrama, y a la siguiente me asimilas al viajante de comercio. Entre nosotros, no estoy tan arriba ni tan abajo; me vulgarizas o me poetizas demasiado. Siempre la furia femenina por negar las medias tintas y no querer, o poder, entender nada de los temperamentos complejos. ¡Y hay tan pocos temperamentos simples! Sin darte cuenta, dijiste algo de un alcance sublime: «Creo que no te gustan seriamente más

que las caricaturas». Si se toma al pie de la letra, es horriblemente falso, pues me gusta mucho lo grotesco, pero siento poco lo ridículo, esa comicidad de convención. Pero si se quiere dar a esa expresión un significado más amplio, puede que haya en ella algo de verdad. ¡Pues no!, si vuelvo a pensarlo. Antes distinguía con bastante claridad en la vida las cosas bufonescas de las serias; ¡he perdido esa facultad! El elemento patético ha venido, para mí, a situarse bajo todas las apariencias alegres, y la ironía planea sobre todos los conjuntos serios. Así pues, el sentido en el que dices que disfruto con las farsas es inexacto; pues ¿dónde encontrarla, la farsa, desde el momento en que todo lo es? Ya sé, pobre vieja amiga (no te indignes por «vieja», es mi mejor expresión cordial), que no te gusta demasiado oír todo esto; pero ¿qué quieres? ¡Soy así! En cuanto al fatalismo que me reprochas, está anclado en mí. Creo en él firmemente. Niego la libertad individual porque no me siento libre; y en cuanto a la humanidad, basta con leer la historia para ver con bastante claridad que no siempre marcha como lo desearía. Si quieres entablar una discusión al respecto (que no será divertida), no me enfadaré. Pero acabemos con todas estas tonterías y besémonos, pues quiero agradecerte una vez más tu buena carta de esta mañana.

Me dices, ángel mío, que no te he iniciado en mi vida íntima, en mis pensamientos más secretos. ¿Sabes qué es lo que hay más íntimo, más oculto en todo mi corazón y lo que es más «yo» en mí? Son dos o tres pobres ideas de arte incubadas con amor; eso es todo. Los más grandes acontecimientos de mi vida han sido algunos pensamientos, lecturas, ciertas puestas de sol en Trouville al borde del mar, y charlas de cinco o seis horas consecutivas con un amigo que ahora está casado, y perdido para mí. La diferencia que siempre he tenido en mis maneras de ver la vida con las de los demás ha hecho que siempre (no lo suficiente, por desgracia) me haya encerrado en una solitaria aspereza de la que nada salía. Me han humillado tan a menudo, he escandalizado y hecho gritar tanto, que hace ya tiempo he llegado a reconocer que para vivir tranquilo hay que vivir solo y poner burletes en todas las ventanas, no vaya a entrar el aire del mundo. A mi pesar, siempre conservo un algo de ese hábito. Por eso, durante varios años, he rehuido sistemáticamente el trato con las mujeres. No quería trabas en el desarrollo de mi principio innato: ni yugos ni influencias. Había terminado por no desearlas ya en absoluto. Vivía sin las palpitaciones de la carne y del corazón, y sin tener conciencia siquiera de mi sexo. Ya te lo dije: tuve, casi de niño, una gran pasión. Cuando se acabó, quise entonces hacer dos partes, poner a un lado el alma, que reservaba para el Arte, y de otro el cuerpo, que tenía que vivir de cualquier

manera. Luego llegaste tú y lo desbarataste todo. ¡Ahora regreso a la vida del hombre!

Has despertado en mí todo lo que dormitaba, o quizá se pudría. Ya he sido amado antes, y mucho, aunque soy de esos seres a los que se olvida pronto, más aptos para hacer nacer la emoción que para hacerla durar. Siempre me quieren un poco como algo raro. El , amor, después de todo, no es sino una curiosidad superior, un apetito de lo desconocido que te empuja a la tormenta, a pecho abierto y con la cabeza adelante.

Corrijo, y digo que me han querido; pero nunca como tú, y nunca ha habido tampoco entre una mujer y yo la unión que existe entre nosotros dos. Nunca he sentido en mí hacia ninguna una abnegación tan profunda, una propensión tan irresistible, una comunión tan completa. ¿Por qué dices sin cesar que me gusta el oropel, el tornasol, las lentejuelas? ¡Poeta de la forma!, ése es el gran ultraje que los utilitarios arrojan a los verdaderos artistas. Para mí, mientras no me separen en una frase dada la forma del fondo, sostendré que son dos palabras vacías de sentido. No hay pensamientos hermosos sin formas bellas, y recíprocamente. La Belleza rezuma de la forma en el mundo del Arte, como en nuestro mundo salen de ella la tentación, el amor. Igual que no puedes extraer de un cuerpo físico las cualidades que lo constituyen, es decir, color, extensión, solidez, sin reducirlo a una abstracción hueca, en una palabra, sin destruirlo, del mismo modo no quitarás la forma de la Idea, pues la Idea no existe sino en virtud de su forma. Supón una idea que no tenga forma, es imposible; igual que una forma que no exprese una idea. Ahí tienes un montón de tonterías, de las que vive la crítica. Se reprocha a la gente que escribe con buen estilo el descuidar la Idea, la finalidad moral; ¡como si la finalidad del médico no fuera curar, la del pintor pintar, la del ruseñor cantar, como si la finalidad del Arte no fuera lo Bello ante todo!

Se acusa de sensualidad a los escultores que representan mujeres de verdad, con pechos que pueden dar leche y caderas que pueden concebir. Pero si, al contrario, hicieran ropajes rellenos de algodón y figuras lisas como postes, los llamarían idealistas, espiritualistas. ¡Ah, sí!, es cierto: descuida la forma, dirían; ¡pero es un pensador! Y los burgueses, entonces, venga a dar voces y a forzarse a admirar lo que les aburre. Es fácil, con una jerga convenida, con dos o tres ideas en boga, hacerse pasar por un escritor socialista, humanitario, renovador y precursor de ese porvenir evangélico soñado por los pobres y por los locos. Ésa es la manía actual; se avergüenzan del propio oficio. Hacer simplemente versos, escribir una novela, tallar mármol, ¡ni hablar! Eso valía antiguamente, cuando no teníamos la misión social del poeta. Ahora cada obra ha de

tener su significado moral, su enseñanza graduada; hay que darle un alcance filosófico a un soneto, es preciso que un drama dé palmetazos a los monarcas y una acuarela debe moderar las costumbres. La picapleitería se cuele por doquier, la furia de discurrir, echar peroratas, defender; la musa se convierte en el pedestal de mil ambiciones. ¡Oh, pobre Olimpo! ¡Serían capaces de plantar en tu cima un campo de patatas! Y si sólo se metieran en esto los mediocres, se podría dejarles hacer. Pero la vanidad ha desterrado al orgullo, y ha establecido mil pequeñas codicias allá donde reinaba una amplia ambición. También los fuertes, los grandes, han pensado a su vez: ¿por qué no ha llegado ya mi día? ¿Por qué no agitar a esta multitud a todas horas, en vez de hacerla soñar más tarde? Entonces se han subido a la tribuna; han entrado en un periódico y ahí están, apoyando con su nombre inmortal teorías efímeras. Se esfuerzan por derribar a un ministro que caerá sin ellos, cuando podrían, con un solo verso satírico, atar a su nombre una ilustración de oprobio. ¡Se ocupan de impuestos, aduanas, leyes, de paz y de guerra! Pero ¡qué pequeño es todo eso! ¡Cómo pasa! ¡Qué falso y relativo es! Y se animan con todas estas miserias; gritan contra todos los tramposos; se entusiasman con todas las buenas acciones comunes; se apiadan de cada inocente muerto, de cada perro atropellado, como si hubieran venido al mundo para eso. Es más hermoso, me parece, ir a varios siglos de distancia a hacer latir el corazón de las generaciones y llenarlo de alegrías puras. ¿Quién dirá cuántos divinos estremecimientos ha causado Homero, cuántos lloros ha transformado el buen Horacio en una sonrisa? Sólo en lo que a mí respecta, siento agradecimiento hacia Plutarco debido a esas tardes que me dio en el colegio, llenas de ardores belicosos, como si entonces hubiera llevado en mi alma el ímpetu de dos ejércitos.

No sé si todo esto es legible; escribo demasiado aprisa.

Adiós, amor querido. No hay forma de darte la menor sorpresa. Quería regalarte un cinturón turco, y lo pides antes de que yo lo reciba. ¿Cómo podías imaginar que no se me había ocurrido? Mil besos. Gracias por los autógrafos. No es que sea coleccionista, pero todo lo que te concierne me interesa.

Ayer me acosté tarde. Me han despertado trayéndome tu carta. La he leído aún medio dormido y con los ojos hinchados. Ha llegado como uno de esos buenos besos con que las madres despiertan a sus hijos, caricia mañanera que bendice todo el día. ¡Me gustan tanto tus cartas, son tan

perfectamente tú, emanan tan bien de tu pobre corazón! Son como tu rostro, a veces ardientes, a veces tristes, soñadoras, y siempre amorosas y dulces. Entre las líneas, me parece que te veo sonriéndome. Cuando mis ojos se detienen al pie de las páginas, veo tu larga mirada tierna que viene hacia mí.

Pero ¿por qué me ocultas aún tus penas? Quiero que me lo digas todo, ¿oyes?, todo, que me des detalles. Me los das sobre mucha gente que no conozco, ¿por qué me los hurtas sobre ti misma? Es triste, ¿verdad?, verse obligado a vivir y sobre todo necesitar dinero para cumplir esa función. Ésta es una de las llagas ocultas de mi naturaleza, pero una llaga enorme. Soy desmesuradamente pobre. Cuando se lo digo a mi madre o lo dejo entrever, la hiere, pues no entiende que se desee nada —más que lo que ella ha perdido—, y no se le alcanza que las necesidades de la imaginación son las peores de todas; piensa en nuestro pobre padre, que nos procuró mediante "su trabajo un desahogo decente. Pues bien: sostengo que es una desgracia inmensa, porque se siente cada día, haber nacido en la mediocridad con instintos de riqueza. Se sufre a cada minuto, se sufre por uno mismo, por los demás, por todo.

Te reirás de todo eso. Yo me río también, y me encuentro de un ridículo supremo. He querido corregirme; imposible. Empeora en vez de disminuir. Soy de una codicia excesiva, a la vez que no tengo apego a nada. Vendrían a comunicarme que ya no tengo un céntimo, y no por eso dejaría de dormir esa noche. En cuanto a la envidia y los celos, son dos sentimientos de los que, si me sondeo bien, no veo rastro en mí. A menudo he gozado con la felicidad de los demás; afligirme por ella, nunca. Pero mi debilidad es una necesidad de dinero que me asusta, es un apetito de cosas espléndidas que, al no ser satisfecho, aumenta, se avinagra y se convierte en manía. Me preguntabas el otro día en qué paso el tiempo con Du Camp. Durante tres días, hemos trabajado sobre el mapa un gran viaje a Asia que debería durar seis años, y costamos, tal como estaba concebido, tres millones seiscientos mil francos y pico. Lo arreglamos todo, compra de caballos, equipos, tiendas, paga de los hombres de escolta, ropas, armas, etc. Nos calentamos tanto la cabeza, que nos pusimos algo enfermos; sobre todo él, tuvo fiebre. ¿No es una tontería? Pero ¿qué hacer, si lo llevo en la sangre? ¿Es culpa mía? Me harían falta, sólo para vivir de soltero en París, unas treinta mil libras de renta. Jamás las tendré. Y como jamás seré capaz de ganar dos cuartos, me iré a vivir a algún rincón donde haga sol, lo que me servirá de abrigo. Y lo bonito del caso es que mi decisión está tomada de antemano. Sí, habría querido ser rico porque habría hecho cosas hermosas. Habría hecho Arte práctico, habría

sido grande y atractivo. Habría resultado agradable conocerme; la gentuza me habría querido, los habría emborrachado todas las noches gustosamente. Los filántropos están contentos de sí mismos cuando le han dado un par de zuecos a un hombre que iba descalzo, y una sopa al que comía un trozo de pan duro. Yo habría hecho más: habría proporcionado placer a quienes están tristes, y prodigado lo superfluo a quienes tienen lo necesario. Axioma: lo superfluo es la primera de las necesidades. Cuando uno sale, busca los guantes antes que la cartera, que olvida antes que aquéllos. ¿Sabes en qué he pensado estos dos días? En dos muebles que querría mandarme hacer; el primero sería para colocarlo en un salón abovedado con la cúpula azul; es un diván de piel de cisne; y el segundo es un diván de plumas de colibrí. Ya es bastante para tenerme ocupado todo un día y entristecerme por la noche. No creas que soy perezoso, que me paso el día mirando el techo y pensando en todos estos ensueños. Por naturaleza, soy activo y laborioso. Leo, escribo, estoy ocupado. Pero tengo sobresaltos interiores que me arrastran a mi pesar. [...]

No tengas miedo de que haga la corte a mi prima, la de Champaña; la idea me hizo reír. Es una de esas figuras que no excitan. Mi cuñada ha visto hace poco tu retrato, que no conocía. Primero, encontró que te parecías a una señora conocida suya; después, mirándolo con más atención, pensó que no, y fijándose en los papillotes, preguntó: «—Pero ¿tantos tiene? —Sí. —¡*Parecen orejas de caniche!*» Ése es su elogio. Me hizo gracia. Y yo, pensé, soy el pastor de ese caniche.

Adiós, querida mía, mil besos en tus hermosos ojos y en esos largos papillotes cuyo olor voy a aspirar un poco, a veces, en la zapatillita de calados azules; pues ahí es donde he guardado el mechón. El mitón está en la otra zapatilla, la medalla al lado, y junto a ella las cartas.

20

[Croisset] Martes, diez de la mañana [22 de septiembre de 1846].

[...] Gracias por el envío de esta mañana. Esperaba al cartero en el andén, como quien no hace nada, fumando. ¡Ese buen cartero! Hago que le den en la cocina un vaso de vino para que se refresque; le gusta mucho la casa y es muy puntual. Ayer no me trajo nada; ¡no recibió nada! Me envías todo lo que puedes encontrar para halagar mi amor; me arrojas a mí todos los homenajes que recibes. He leído la carta de Platón con toda la intensidad de que es susceptible mi inteligencia; he visto en ella mucho, una enormidad. El fondo del corazón de ese hombre, haga lo que haga para mostrarlo tranquilo, está frío y vacío; su vida es triste y no hay nada que brille en ella, estoy seguro. Pero te ha querido mucho y te quiere aún

con un amor profundo y solitario; le durará mucho tiempo. Su carta me ha hecho daño; he descubierto hasta el fondo el interior de esa vida macilenta, llena de trabajos concebidos sin entusiasmo y ejecutados con una terquedad furibunda, que es lo único que le sostiene. Tu amor arrojaba en ella un poco de alegría, a la que se aferraba con el apetito que sienten los ancianos por la vida. Tú eras su única pasión y lo único que lo consolaba de él mismo. Creo que está envidioso de Béranger; la vida y la gloria de ese hombre no deben de gustarle. El filósofo, generalmente, es una especie de ser bastardo entre el sabio y el poeta, y que envidia a uno y a otro. La metafísica te pone mucha acritud en la sangre; es muy curioso y muy divertido. Trabajé en eso durante dos años con bastante ardor, pero es un tiempo perdido que lamento. Dices una frase muy cierta: «El amor es una gran comedia y la vida también, cuando no se es actor en ella»; sólo que no admito que dé risa. Hace unos dieciocho meses hice este experimento a lo vivo, es decir que la experiencia resultó hecha por sí misma; soy yo quien no quiso verla completa. Frecuentaba una casa donde había una joven encantadora, considerablemente hermosa, de una belleza muy cristiana y casi gótica, si puedo decirlo así. Tenía un espíritu ingenuo, fácil para la emoción; lloraba a ratos y reía a otros, como a ratos llueve y a ratos hace sol. Yo agitaba al gusto de mis palabras aquel hermoso corazón en que no había sino pureza. Aún la veo acostada sobre su almohada rosa, mirándome con sus grandes ojos azules, mientras yo leía. Un día estábamos solos, sentados en un diván; me tomó la mano, entrelazó sus dedos con los míos; yo me dejaba hacer sin pensar en nada, pues soy muy inocente casi siempre, y me miró con una mirada... que aún me da frío. Entonces entró la madre, lo entendió todo y sonrió, pensando en la consumación del yerno. No olvidaré aquella sonrisa; es lo más sublime que he visto. Estaba compuesta de indulgencia benigna y de canallería superior. Estoy seguro de que la pobre muchacha se había abandonado a un impulso de ternura invencible, a una de esas soserías del alma en que parece que todo lo que hay en ti se licúa y se disuelve, agonía voluptuosa que estaría llena de deleites, si uno no estuviera dispuesto a estallar en sollozos o a disolverse en lágrimas. No puedes figurarte la impresión de terror que sentí. Volví a mi casa alterado, reprochándome el vivir. No sé si me había exagerado las cosas, pero yo, que no la quería, habría dado mi vida con gusto para rescatar esa mirada de amor triste a la que no había contestado mi mirar.

Te animo a que hagas la pareja de *La provinciana en París*, el aldeano en París, como proyectas. Qué invento atroz el del burgués, ¿verdad? ¿Por qué está en la tierra, y qué hace aquí, el miserable? En cuanto a mí, no sé

en qué pueden pasar el tiempo aquí las gentes que no se dedican al arte. La forma en que viven es un problema. A lo mejor tienes razón cuando me dices que leer en exceso apaga la imaginación, el elemento individual, lo único que tiene algún valor, después de todo. Pero estoy metido en un montón de trabajos que he de acabar, y además, ahora siempre me da miedo escribir, fallar en mis planes; de modo que retrocedo ante la ejecución. Para mandarme lo que quieres, aguarda al regreso de Du Camp. Cuando vuelva vendrá aquí dos días. No obstante, espero con mucha impaciencia el final de Mantes.

Adiós, es tiempo de que me vaya. Tuyo, amor mío, quien te ama y te besa los pechos. Míralos y di: sueña con vuestra redondez, y su deseo coloca la cabeza sobre vosotros.

21

[Croisset] Jueves, once de la mañana [24 de septiembre de 1846].

Esta noche nos hemos visto singularmente turbados por una aventura cuyo lado grotesco no he podido desdichadamente saborear, pues estaba dormido y soñaba en el momento en que sucedió. Un sueño hermoso: estaba a la orilla del mar, en unos acantilados altos, en una gruta tapizada de varec y de fucos. No oí el ruido que hacían. Robaron en casa de mi cuñado, y los vecinos vinieron a avisarnos con linternas, bastones y paraguas para servirles de defensa. Mi cuñado dormía en nuestra casa; su hijita está enferma, y en su casa sólo estaba su criado, que sufrió tal alteración por el espanto, que rompió un cristal y quiso tirarse por la ventana. Parece ser que era muy divertido. El pobre diablo no es valiente: estaba loco de terror. Hay temperamentos alegres, ¿verdad? Aquí todo el mundo estaba aún preocupado por eso. Robaron un reloj y varios objetos, que después se encontraron en el jardín. Siento mucho que no me despertaran, no por ver al desgraciado (estilo periodístico), al que nadie vio, sino para examinar un poco el aire estúpido de la gente que lo buscaba. Ahí me he perdido una escena preciosa. Es la segunda de ese tipo que me pierdo. En Córcega teníamos como guía al jefe de los cazadores. Un día oímos de pronto dos disparos que parecían estarnos dirigidos. Nuestro hombre, que por su cargo estaba relacionado con todos los bandidos de la región, quedó convencido al momento, y nos dijo que nos mantuviésemos a distancia y camináramos tras de él. Avanzó, con la carabina apuntada y el dedo en el gatillo. Lo seguíamos a diez pasos, sujetando a nuestros caballos por la brida. Esto duró diez minutos, y no vimos nada en absoluto. Es una de las mayores mortificaciones que he sufrido. No soy de complexión heroica, pero el peligro me gusta bastante;

me divierte, y está todo dicho. Aquella noche, el único peligro era coger un catarro, y no los agarro nunca.

Aquí todo va mal, mi sobrina está enferma, vomita, como su abuelo y como su madre; quizá siga el mismo camino que ellos; ya lo espero. Creo que esta niña no llegará a vieja; se vio rodeada, en la cuna, por demasiadas lágrimas y demasiados besos desesperados. Trae mala suerte a las personas, el que las quieran en exceso. Bueno, ¡que haga Dios lo que quiera! Si debe ser, será. El día en que cayó enfermo mi padre, vi tres entierros seguidos. Ya han pasado dos; en un tiempo más o menos lejano habrá otro, y éste, así lo deseo, es el de mi madre. Lo bueno es que se lo he dicho. Me ha comprendido y me ha expresado su agradecimiento por este deseo homicida. Estamos muy preocupados, ella y yo, y no se lo decimos a nadie, por el estado de mi cuñado. La tristeza ha destrozado tanto a ese pobre chico, que creemos que está perturbado. Su cabeza no aguantará. Todo esto acabará también bastante mal.

¿Qué me decías en tu carta de ayer? ¡Más reproches! ¿Por qué no quieres venir? ¡Siempre igual! Todo el mundo tira de mí, todo el mundo me agobia, a mí que no agobio a nadie. Apenas si puedo encontrar mi personalidad, en el caos de dolores contrarios que me asedian.

Te habría escrito ayer noche una larga carta en respuesta a la tuya (será para mañana), si no hubiera ido a Ruán en busca de mi hermano, para que vea a mi sobrina. Contestaré a todas tus preguntas, pero, para que quedes satisfecha de inmediato en un punto, «no estrecho a ninguna mujer entre mis brazos», siguiendo tu expresión, a ninguna. Pienso vivir así durante años. Queda lejos la época en que me tomaba como un deber el ir regularmente a pasar la Nochevieja con putas, para inaugurar el año. E incluso entonces, era más una manía que el atractivo del placer. Ahora, cuando tengo deseos, una palangana de agua fría me libra de ellos. Ya está. [...]

Adiós, querida mía; hasta mañana, en una epístola más larga.

22

[Croisset] Domingo, once de la mañana [27 de septiembre de 1846].

Por fin, al cuarto día, recibo una carta. Creía que era una idea preconcebida para tentarme, y ver qué es lo que haría. Mira, ahora que lo pienso, voy a darte un consejo en seguida. No confíes tu secreto a nadie, y para las cartas, no te fíes más de tu modista que de otra persona. Siempre te traiciona esa gente, igual que tus amigos. Aunque sea un desplazamiento espantoso ir hasta la calle Saint-Jacques, más valdrá, será más seguro. Irás cada dos días (en cada carta te indicaré exactamente el

día en que llegará la siguiente a París). Recuerda esta gran máxima, querida niña: «La desconfianza es la madre de la seguridad». ¿Te extrañas de que haya juzgado tan bien al Filósofo sin conocerlo? Es que tengo ya, aunque no lo parezca, alguna experiencia de las cosas. No quisiste creerlo, cuando te lo dije desde el primer día. Estoy maduro, maduro antes de tiempo, es cierto, pues he vivido en un invernadero. Nunca presumo de ser un hombre con experiencia, sería demasiada tontería; pero observo mucho y nunca saco conclusiones, medio infalible de no equivocarse. He manejado y burlado, en un asunto personal, a diplomáticos ilustres, lo que me ha inspirado un profundo desprecio por su capacidad.

La vida práctica me resulta odiosa; sólo la necesidad de ir a sentarse a horas fijas en un comedor me llena el alma de un sentimiento de miseria. Pero cuando me meto en ella (en la vida práctica), cuando me siento (a la mesa), me desenvuelvo tan bien como los demás. Querrías presentarme a Béranger; también yo lo deseo. Es una gran naturaleza que me conmueve. Pero hay una inmensa desgracia, y hablo de sus obras: es la clase de admiradores que tiene. Hay genios enormes que no tienen más que un defecto, un vicio, y es el de ser apreciados sobre todo por los espíritus vulgares, por los corazones de poesía fácil. Béranger lleva treinta años alimentando los amores estudiantiles y los sueños sensuales de los viajeros de comercio. Sé muy bien que no escribe para ellos; pero quienes lo sienten son sobre todo esas gentes. Además, por mucho que digan, la popularidad, que parece ensanchar el genio, lo vulgariza, porque la verdadera Belleza no es para la masa, sobre todo en Francia. Hamlet siempre gustará menos que *La señorita de Belle-Isle*. En lo que a mí respecta, Béranger no me habla de mis pasiones, ni de mis sueños, ni de mi poesía. Lo leo históricamente, pues es un hombre de otra época. Era auténtico en su tiempo, ya no lo es para el nuestro. Su amor feliz, que canta tan alegremente a la ventana de su buhardilla, es para nosotros, jóvenes de hoy, algo del todo extraño; se admira como el himno de una religión desaparecida, pero no se siente. He visto a tantos imbéciles, a tantos burgueses estrechos, cantar «sus mendigos» y «su Dios de la buena gente», que verdaderamente ha de ser un gran poeta para haber resistido en mi mente a todas esas prodigiosas sacudidas. Lo que me gusta para mi consumo particular son los genios un poco menos agradables al tacto, más desdeñosos del pueblo, más retirados, más altivos en sus maneras y en sus gustos; o bien, el único que puede reemplazar a todos los demás, el viejo Shakespeare, al que voy a releer de cabo a rabo, y al que esta vez no pienso abandonar hasta que las páginas

se me hayan quedado entre los dedos. Cuando leo a Shakespeare me vuelvo más grande, más inteligente y más puro. Llegado a la cima de una de sus obras, me parece que estoy en una alta montaña: todo desaparece y todo aparece. Ya no se es hombre, se es ojo; surgen horizontes nuevos, las perspectivas se prolongan hasta el infinito; no pensamos que hemos vivido también en esas cabañas que apenas se divisan, que hemos bebido en todos esos ríos que parecen más pequeños que arroyos, que, en fin, nos hemos agitado en ese hormiguero y que formamos parte de él. Escribí hace tiempo, en un impulso de orgullo feliz (y que ya quisiera recuperar), una frase que entenderás. Era a propósito de la alegría causada por la lectura de los grandes poetas: «Me parecía a veces que el entusiasmo que me producían me convertía en su igual y me elevaba hasta ellos». Bueno, ya está lleno mi papel, y no te he dicho ni palabra de lo que quería decirte. Tengo que ir a Ruán (mis gradables parientes me hacen ir a menudo, quince días más así; son perpetuos paseos. Molière olvidó una especie de pelmazo, el Pariente), para reclamar en el ferrocarril un sillón que me mandan de París. Es un sillón grande para escribir, de respaldo alto, estilo Luis XIII, de tafilete verde y madera torneada. Lo estrenaré mañana para escribirte. Vamos, tonta, te has vuelto a enfadar por lo que te dije sobre la Nochevieja. Te lo había dicho simplemente para entretenerte. Parece que soy muy poco perspicaz para contigo. Mi ciencia se desmorona ante las mujeres. Es cierto que se trata de un capítulo en que la línea siguiente te demuestra siempre que no has entendido nada de la anterior.

Mil besos en tu boca rosa a la Mignard.

23

[Croisset] Lunes por la mañana [28 de septiembre de 1846].

No, otra vez no, protesto, te lo juro: si los demás no sienten sino desdén después de la posesión, no soy como ellos y me enorgullezco de ello; al contrario, la posesión me ata. Si no temiera disgustarte otra vez, te diría esta frase... Vaya, la digo: «Soy como los cigarros, sólo se me enciende chupando...». [...]

Me enteré ayer de la boda de mi amigo Cloquet. Se casa con una joven inglesa que tiene varias haches en su apellido. Me ha dado lástima esa pobre chica, aunque no la conozco. Antaño había en medicina un remedio que se empleaba para los reyes decaídos: tomaban baños de sangre de niño. Aún hoy muchos hombres, para rejuvenecerse, se hacen inocular un corazón virgen, con el fin de recrear su vejez y calentar sus miembros fríos. Y a esas personas se las considera almas tiernas, que no pueden prescindir de afecto.

[Croisset] Miércoles, nueve de la noche [30 de septiembre de 1846].

¡Francamente! ¡Háblame francamente! La palabra es tuya, y al mismo tiempo quieres que te trate con miramiento, dices. Me acusas de ser brutal, y a la vez haces todo lo posible por volverme así aún más. Para un hombre con sentido común, es algo extraño y curioso a la vez el arte que despliegan las mujeres para forzarte a engañarlas; te vuelven hipócrita a tu pesar, y luego te acusan de haber mentido, de haberlas traicionado. ¡Pues no! Pobrecilla mía, no seré más explícito de lo que he sido, porque me parece que no puedo serlo más. Siempre te he dicho toda la verdad y nada más que la verdad. Si no puedo ir a París, como lo deseas, es porque debo permanecer aquí. Mi madre me necesita; la menor ausencia le hace daño. Su dolor me impone mil tiranías inimaginables. Lo que para otros sería nulo, es mucho para mí. No sé mandar a paseo a la gente que me suplica con cara triste y lágrimas en los ojos. Soy débil como un niño y cedo, porque no me gustan los reproches, los ruegos, los suspiros. El año pasado, por ejemplo, iba todos los días a navegar a vela. No corría riesgo alguno, ya que, además de mi talento marinero, soy un nadador de condición bastante notable. Pues este año se le ocurrió inquietarse. No me rogó que dejara de dedicarme a este ejercicio, que para mí y con mareas vivas, como ahora, está lleno de encantos; corto la ola que me moja rebotando en los flancos de la embarcación; dejo que el viento infle mi vela, que tiembla y se sacude con alegres movimientos; estoy solo, sin hablar, sin pensar, abandonado a las fuerzas de la naturaleza y gozando al sentirme dominado por ellas. Te digo que ella no me dijo nada al respecto. Sin embargo, metí todo mi equipo en el desván, y no hay día en que no tenga ganas de volver a cogerlo. No lo hago, para evitar ciertas alusiones y ciertas miradas; eso es todo. Del mismo modo, durante diez años me escondí mientras escribía, para evitar posibles burlas. Necesitaría un pretexto para ir a París, ¿cuál? En el viaje siguiente, otro; y así sucesivamente. Como sólo me tiene a mí para mantenerla unida a la vida, mi madre se pasa el día devanándose el seso sobre las desgracias y accidentes que pueden ocurrirme. Cuando necesito algo, no toco la campanilla, porque si ocurre, la oigo correr por la escalera, toda jadeante; viene a ver si no me encuentro mal, si no tengo un ataque nervioso, etc. Así que, por eso, me veo obligado a bajar yo mismo en busca de leña cuando me hace falta, de tabaco cuando tengo ganas de fumar, de velas cuando he agotado las mías. Una vez más, pobre cariño mío, te aseguro que si pudiera, no ya ir a París, sino vivir allí contigo, al menos cerca de ti,

lo haría. Pero... pero... ¡ay! Recuerdo que hace unos diez años, en vacaciones, estábamos todos en El Havre. Mi padre se enteró de que una mujer que había conocido en su juventud, a los diecisiete años, vivía allí con su hijo, que entonces era actor en el teatro de la ciudad (creo que lo es aún, en el Gimnasio). Tuvo la idea de ir a verla de nuevo. Esa mujer, de célebre belleza en la región, había sido antaño su amante. No hizo lo que habrían hecho muchos burgueses; no se ocultó; era demasiado superior para eso. Conque fue a visitarla. Mi madre y nosotros tres permanecemos a pie firme, en la calle, esperándole; la visita duró cerca de una hora. ¿Crees que mi madre sintió celos, y que experimentó el menor despecho? No; y sin embargo lo amaba, lo amó tanto como una mujer ha podido jamás amar a un hombre, y no cuando eran jóvenes, sino hasta el último día, después de treinta y cinco años de unión. ¿Por qué te dueles tú de antemano por una nota de recuerdo que tengo la intención de mandar a la señora Foucaud? Hago más que mi padre, pues te introduzco como tercera en nuestra conversación, que se produce a través del Atlántico. Sí, quiero que leas mi carta, si le escribo una, si lo quieres, si comprendes de antemano el sentimiento que me impulsa a ello. Crees que en eso hay una falta de delicadeza para contigo. Yo habría creído lo contrario; habría visto en ello una prueba de confianza poco corriente. ¡Te entrego todo mi pasado! ¡Y eso te irrita! Te digo: ten, esto es lo que he amado, y a quien amo es a ti. ¡Y te hace daño! Palabra de honor, es como para perder la cabeza.

He recibido la caja de cartón, envío del señor Du Camp. La he abierto; no sé por qué, pero un aroma sentimental me ha subido al corazón. En los pliegues de papel azul que cubrían su interior había quedado algo de tus dedos; todo estaba bien arreglado, encantador. Luego casi me dio lástima haberlo tocado. Cuando las novias destapan su cesta de boda, deben sentir algo análogo, menos fino quizá. He vuelto a ver la pobre rama de hiedra con las marcas de las gotas de lluvia de Mantes. Me lancé sobre el cuadernito y leí ávidamente toda la obra, sobre todo la parte central, que no conocía.

Pero iba aprisa; temía ser molestado. Era en mi habitación de Ruán. Cuando haya terminado esta carta, pondré manos a la obra, y la próxima vez te enviaré mis observaciones. Hay un verso que recuerdo, y me ha hecho reír muchísimo:

Como un búfalo indómito de los desiertos de América.

¡Vaya triste búfalo que soy! Y la rima atlética, que viene después, no está

hecha para mí. Soy de temperamento muy poco atrevido; pero el cuerpo siempre se siente un poco como el alma, y el guante toma el hábito de la mano. Por lo demás, me ha parecido que había cosas auténticamente buenas.

Cuídate esa pobre garganta; quédate en casa y caliéntate a placer. Sobre todo, no vuelvas a escribirme frases semejantes a ésta: «Ve a Dieppe, diviértete». Precisamente, soy un hombre que se divierte tanto habitualmente, que haría llorar a quienes pudieran ver el fondo de la cuestión. ¿Y de quién diablos quieres que te hable, sino de Shakespeare, sino de lo que más llena mi corazón? Ya quisiera tener, tal como indicas, más imaginación que corazón, pero lo dudo; pues a mí me parece que tengo muy poca. Cuando veo mis proyectos por un lado y el Arte por otro, exclamo, como los marinos bretones: «¡Dios mío, qué grande es el mar, y qué pequeña es mi barca!». ¿Es posible que me reproches hasta el inocente afecto que siento por un sillón? Si te hablase de mis botas, creo que estarías celosa de ellas. Bueno, te quiero mucho de todos modos, y te beso en los labios, preciosa. Un beso más entre los dos pechos, y uno en cada dedo. Cuídate la mano y déjate crecer las uñas más largas; sabes que me lo has prometido.

Adiós, adiós, mil caricias ardientes.

25

[Croisset] Sábado, ocho de la mañana [3 de octubre de 1846].

[...] ¿Sabes que si quisiera hacerme el incomprendido, me sería fácil? En tu notita de anteayer me dices estar segura de que nunca te he querido, mientras que tu corazón te afirma lo contrario. ¿Para qué esa mentira que te dices a ti misma? ¿Acaso cuando me miras no ves que te amo, di? ¡Atrévete a negarlo! Vamos, sonríe, bésame; no me reproches el que te hable de Shakespeare en vez de hacerlo sobre mí mismo. Creo que es más interesante, eso es todo. Y, una vez más, ¿de qué hablar, si no es de la preocupación exclusiva de nuestra mente? Para mí, no sé cómo hacen para vivir los que no están de la mañana a la noche en un estado estético. He saboreado tanto como otros los placeres de la familia; tanto como un hombre de mi edad, los placeres de los sentidos; más que muchos, los del amor. Pues nadie me ha dado un placer que se acerque a los que me han proporcionado algunos muertos ilustres cuyas obras leía o contemplaba.

Las tres cosas más hermosas que ha hecho Dios son el mar, *Hamlet* y el *Don Juan* de Mozart. [...]

En este momento me apresuro a leer un infolio que me han mandado de la Biblioteca Real. Es la *Historia Orientalis* de Hottinger, un libraco en latín

erizado de griego que no siempre entiendo, y de hebreo, que paso por encima. [...] Es un libro bastante curioso, y después de leerlo se puede jugar fácilmente a eruditos, pero no lo he pedido por eso. Era para ver diferentes cosas sobre la religión de los árabes antes de Mahoma, y para iniciarme en la composición de talismanes. Si encuentro uno que me vuelva invisible, iré disparado a la calle Fontaine-Saint-Georges y entraré a besarte en las barbas del legítimo.

Adiós, amor querido, tuyo, tuyo.

26

[Croisset] Domingo por la noche [4 de octubre de 1846].

Aquí está la carta para la señora Foucaud. Quisiera estar ahí, en París, cerca de ti, y borrar con un beso cada pliegue triste que apareciese en tu frente al leerla, pues temo que vuelva a entristecerte. He obedecido al impulso de escribir a esa mujer. ¿He hecho bien en seguirlo? No lo sé. Soy un poco como Montaigne: «No soporto en mí contradicciones ni debates». Me ha venido esa idea, he cedido a ella, eso es todo. Si no me censuras, es que habré tenido razón, y si me lo reprochas, me habré equivocado. Me dirás sinceramente, amor, el efecto que te ha producido. La escribí hace un rato, bastante aprisa. Al releerla, acabo de comprobar que tenía un aire bastante desenvuelto, y que el conjunto era de una distinción bastante sólida. Esa criatura no tenía a su favor una inteligencia muy grande, pero no era eso lo que yo le pedía. Siempre recordaré que un día me escribió autómatas «otomates», lo que excitó mucho, muchísimo mi hilaridad (expresión parlamentaria). Aparte de los momentos puramente mitológicos, no tenía nada que decirle. Al cabo de ocho días de haber vivido juntos habría estado harto de ella. Todo el mundo no es como tú, pues tú tienes, para atraer a la gente, encantos secretos que no sospechan. ¿Crees que, desde que hay amantes en la tierra, muchos hayan recibido versos como los del cuaderno? Me mimas, me enorgulleces. No veo, mire a donde mire, un hombre amado por una mujer como tú. Yo que no me creía hecho para inspirar una pasión seria, me veo tan bien desmentido por ti, que si no me dejaras un poco de sentido común, me volvería fatuo y tonto.

Hay en la carta incluida una frase cuyo sentido te podrías preguntar; es cuando digo que me he vuelto feo. Pues es muy cierto. Hace diez años es cuando habrías tenido que conocerme. Tenía una distinción de figura que he perdido; mi nariz era menos gorda, y mi frente carecía de arrugas. Aún hay momentos en que, cuando me miro, me parezco bien; pero hay muchos en que me produzco el efecto de un perfecto burgués. ¿Sabes que, en mi infancia, las princesas detenían sus coches para tomarme en

sus brazos y besarme? Un día en que la duquesa de Berry, de paso por Ruán, paseaba por los muelles, se fijó en mí, entre la muchedumbre, en brazos de mi padre, que me levantaba para que pudiese ver el cortejo. Su calesa iba al paso; la hizo detener, y disfrutó mirándome y besándome. Mi pobre padre volvió a casa contentísimo por el triunfo. Por supuesto, es el único que obtendré en mi vida. Aún me estremezco al pensar en el movimiento de orgullosa dicha que debió de agitar ese corazón apagado, grande y bueno. Comprendo como cualquier otro lo que debe de experimentarse viendo dormir a un hijo. Yo no habría sido mal padre; pero ¿para qué hacer salir de la nada lo que duerme? Hacer venir a un ser es traer a un desdichado. «¿Por qué se ha dado la luz a un desgraciado, y la vida a quienes tienen amargura en el corazón?» Job es quien lo dice. ¿Te gusta ese libro? Es uno de los más hermosos, desde que se escriben libros. ¿Te has nutrido de la Biblia? Durante más de tres años no he leído otra cosa por la noche, antes de dormirme. Al primer momento libre que tenga, volveré a empezar. He emprendido muchas cosas bastante largas, de las que querría librarme. Es posible, como me indicas, que yo lea demasiado, aunque apenas leo. A fin de cuentas, el estudio añade poco; pero excita. Además, ahora siempre tengo miedo de escribir. ¿Sientes, como yo, antes de empezar una obra, una especie de terror religioso y como una aprensión de mermar el sueño? Algo que me conmovió mucho es lo que dice Gibbon, al final de su historia, cuando habla de la melancolía que le vino al corazón al ver que había terminado la obra en la que había pasado ya treinta años. Además, la imaginación es una facultad que hay que condensar, creo, para darle fuerza, extenderla para darle longitud. Mis ideas, lentejuelas de oro ligeras como paja y volátiles como polvo, necesitan más ser prensadas que pasadas por el laminador. El bueno de Toirac, que te agradó hablándote de mí, es demasiado indulgente o demasiado iluso cuando dice que conozco a los antiguos a fondo (mis amigos acabarían por volverme ridículo). O sea, los delecto, y eso es todo. Toirac es un chico excelente, hombre ingenioso en la acepción francesa de la palabra, y además un caballero. Tiene un talento más que regular para componer versos ligeros, los de las epístolas de Voltaire. Yo lo veía con bastante frecuencia en París, y almorzábamos juntos. Si tienes cumplidos que relatarme al respecto, también los tengo sobre ti. Esta tarde ha venido uno de mis antiguos compañeros, primo de mi cuñado. Ha visto tu retrato y lo ha admirado considerablemente; lo ha tomado en sus manos, se ha acercado a la ventana y ha dicho, mirándolo: «Demonios, pero ¡qué hermoso es esto! ¡Qué hermosa figura! ¡Sí, encantadora, encantadora!», etc. Me ha hecho ilusión. ¿Era por ti o por

mí? Sólo un gran moralista habría podido decirlo. [...]

27

[Croisset] Miércoles por la mañana [7 de octubre de 1846].

[...] Sería muy posible, como predices en tu carta de anteayer, que esa buena de la señora Foucaud, si necesita dinero, me lo pida. La desgracia es que no lo tengo: este año me he comido el triple de mis rentas. Si tengo cuando me lo pida, se lo daré; si no, no. Esta negativa forzosa me humillará, pero ¿qué hacer?

¡Tu carta sí que era entusiasta, ardiente, sentida! Como te digo que voy a ir pronto, lo apruebas todo en mí, me colmas de caricias y de elogios. Ya no me reprochas mi fantasía, mi afición a las metáforas, mi egoísmo refinado, etc. Pero que aparezca un obstáculo que me impida ir, y todo empezará de nuevo, ¿verdad? ¡Ay, niña, niña, qué joven eres aún!

El amor es una planta de primavera que lo perfuma todo con su esperanza, incluso las ruinas a las que se aferra. No es decir que seas una ruina, querida mía. Es para decirte que, aunque pretendas ser más vieja que yo en edad, eres más joven. Me miras un poco como Madame de Sévigné miraba a Luis XIV. «¡Oh, qué gran rey!», porque había bailado con ella. A mí, como me quieres, me ves guapo, inteligente, sublime; predices grandes cosas para mí. No, no, te equivocas. Antes tuve todas esas ideas sobre mí mismo. No hay un cretino que no haya soñado ser un gran hombre, ni un burro que, al contemplarse en el arroyo junto al que pasaba, no se mirara con placer, encontrándose aires de caballo. Para hacer algo bueno me falta mucho, y de lo mejor. He escrito algunas páginas hermosas aquí y allá, pero no una obra. Aguardo un libro que estoy meditando, para fijarme mi valor ante mí mismo. Pero este libro quizá no se realizará nunca, y es lástima; será una gran pérdida para quienes habrían podido conocerlo.

Entre los marinos, los hay que descubren mundos, que añaden tierras a la tierra y estrellas a las estrellas. Éstos son los amos, los eternamente hermosos. Otros arrojan el terror por las portas de sus barcos, capturan, se enriquecen y engordan. Los hay que van a buscar oro y seda bajo otros cielos. Otros sólo tratan de cazar en sus redes salmones para los *gourmets* y bacalao para los pobres. Yo soy el oscuro y paciente pescador de perlas que se zambulle en los bajíos y vuelve con las manos vacías y el rostro azulado. Una atracción fatal me arrastra a los abismos del pensamiento, al fondo de esos abismos interiores que jamás se agotan para los fuertes. Me pasaré la vida mirando al Océano del Arte, donde los demás navegan o combaten, y me divertiré a veces yendo a buscar al

fondo del agua conchas verdes o amarillas que nadie desee; así que me las quedaré para mí solo, y tapizaré con ellas mi choza. [...]

28

[Croisset] Jueves, diez de la noche [8 de octubre de 1846].

Cuando ha terminado mi jornada y he pensado, escrito, leído, soñado y bostezado bastante; cuando estoy ebrio de trabajo y experimento el cansancio del obrero al atardecer, descanso en tu recuerdo, como en una buena cama; me entrego a ti, te aspiro, y eso me refresca, me alegra, como esas buenas brisas nocturnas que te inundan el alma de vida y de juventud. Uno abre su ventana y su corazón para llenarse con ese algo sin nombre, tan dulce y tan grande. Creo que la noche está hecha para un orden de ideas muy particular, distinto de aquel en que vivimos todo el día; es el momento de los suspiros, de los deseos, del recuerdo y de la esperanza; entonces es cuando, solo y despierto, el pensamiento flota a gusto entre cielo y tierra, como esas aves que viven en las nubes. También el cuerpo tiene entonces goces más violentos. ¿A quién se le ocurrió jamás la idea de celebrar un festín, de no ser con antorchas?

¡Que el diablo me lleve si sé lo que quiero decir! Solamente que esta noche quisiera tenerte aquí, besarte en los labios, pasar mis manos bajo tus papillotes ligeros y colocar mi cabeza sobre tu pecho, aunque esto me esté prohibido desde que viste que hablaba del suyo a la señora Foucaud. ¿Es que encontraste mi carta algo tierna? Nunca lo habría pensado. Al contrario, opino que había en algún momento un poco de insolencia, y que el tono general era ligeramente estirado. Me dices que amé sinceramente a esa mujer. No es cierto. Sólo que, cuando le escribía, con la facultad que tengo de conmoverme con la pluma, me tomaba el tema en serio; pero solamente mientras escribía. Muchas cosas que me dejan frío cuando las veo, o cuando otros hablan de ellas, me entusiasman, me irritan, me hieren si hablo, y sobre todo si escribo al respecto. Es uno de los efectos de mi naturaleza de saltimbanqui. Mi padre, al final, me había prohibido imitar a determinadas personas (convencido como estaba de que yo había de sufrir mucho con ello, cosa que era cierta, aunque yo lo negara), entre otras a un mendigo epiléptico con quien me había encontrado un día a orillas del mar. Me había contado su historia; había sido primero periodista, etc.; era soberbio. Ciertamente es que cuando interpretaba a aquel individuo, estaba en su piel. No podía verse nada más repulsivo que yo en aquel momento. ¿Entiendes la satisfacción que me producía? Estoy seguro de que no.

Para volver a esa venerable criatura, ésta es toda la verdad respecto a

ella. He tenido otras aventuras más o menos curiosas, pero de todas esas tonterías, que incluso entonces no me calaban muy hondo en el corazón, no tuve más que una pasión auténtica, ya te lo he dicho. Apenas tenía quince años; me duró hasta los dieciocho, y cuando volví a ver a aquella mujer, después de varios años, me costó reconocerla. Aún la veo en ocasiones, pero rara vez, y la miro con el asombro que debieron de experimentar los emigrados al regresar a su castillo destartado: «¿Es posible que yo haya vivido aquí?». Y uno se dice que esas ruinas no siempre lo fueron, y que uno se calentó ante ese hogar destrozado en el que gotea la lluvia y cae la nieve. Habría que escribir una historia magnífica, pero no seré yo quien lo haga, ni nadie; sería algo demasiado hermoso. Es la historia del hombre moderno desde los siete años hasta los noventa. Quien realice esa tarea se hará tan eterno como el propio corazón humano.

Cuando quieras te contaré algo de ese drama desconocido que he observado no sólo en mí, sino también en los demás. A la mujer debe de ocurrirle algo semejante, pero no lo sé de fijo. Aún no he conocido a ninguna que me haya mostrado con franqueza las cenizas de su corazón. Quieren hacerte creer que en ellas todo es brasa; ellas mismas se lo creen. [...]

Como ha llovido hoy, no hemos salido, y ha habido que hacer tertulia. ¡Dios, el griego ha pagado el pato, y yo también, y los niños! Decididamente, aunque son muy ricos, no me gustan los críos; se parecen demasiado a los hombres. Los sentimientos artificiales son cargantes, pero también los naturales gozan a veces de tal privilegio. Hoy he comprobado lo acertado de esa máxima.

Adiós, amor, mil besos; piensa en mí (no necesito decírtelo, ¿verdad?); en el espejo, dedícate dos hermosos besos de mi parte.

Tuyo.

29

[Croisset] Sábado [10 de octubre de 1846].

[...] Te compadezco por haber visto una vez más al señor Durasko, a quien detestas. Ese hijo de la heroica Polonia (estilo *National*) tampoco tiene para mí un gran atractivo. ¡Y pensar que un ser como ése ha podido ser amado! ¡Y que quizá lo es!...

¿No te parece a veces que hay vidas tan tristemente grotescas que uno querría morir para no conservar su recuerdo? ¡Extraña cosa, en mi caso! ¿Es efecto del orgullo, es resultado del aislamiento cada vez mayor en el que vivo? Pero a veces, al contemplar a un hombre, me pregunto si es

cierto que se trate de mi semejante. Y cuando me lo pregunto, cuando busco entre él y yo los puntos de semejanza posibles, hallo entre nosotros una diferencia mayor que si viviésemos en dos planetas separados. [...]

¡Huir, dices! Ir a vivir a Rodas o a Esmirna. ¡Ay, esos sueños hacen desdichado! He tenido demasiados, he conocido como cualquier otro aspiraciones desordenadas de viajes lejanos. He deseado una mar azul, un caique con sus «caikdjis», una tienda en el desierto; me he pasado días enteros pegado a la lumbre, cazando tigres, y oía el ruido de los bambúes aplastados por las patas de mi elefante, que barritaba de terror al olfatear las fieras. ¿Vivir allá, contigo? Sí, pero ¿acaso se puede olvidar? Nuestra naturaleza es tan miserable que, una vez llegados allí, querríamos estar aquí. He vivido durante varios años colmado de todos los elementos de felicidad posible, y creía ser el hombre más digno de lástima del mundo. ¿Por qué? Dios lo sabe. Tengo un amigo que vivió ocho años en la India. De vez en cuando volvía a Francia. Cuando estaba en Calcuta, se pasaba el día tumbado de bruces sobre un mapa de París, y una vez de regreso en París se moría de tedio y añoraba Calcuta. Así es el hombre: va alternativamente del Sur al Norte y del Norte al Sur, del calor al frío, se cansa de uno, pide el otro y añora el primero.

Te agradezco, hermosa mía, tu ofrecimiento de café; me resultaría del todo inútil. ¡Me quieres tanto, que querrías alimentarme y vestirme! ¡Cuánto te quiero por todas esas ideas, raras y sin embargo tan naturales! Me colmas de atenciones, de cuidados. Para todo eso, no hay como las mujeres, y quizá, entre las mujeres, sólo estás tú. Mira, ahora tengo unas ganas desmedidas de besarte en el rostro, y en los ojos, que me miran con tanto amor.

Pero volvamos al café; en otro tiempo, tomé café como para toda la vida. Cuando vivía en París, era una especie de furia. Llegaría a beber el equivalente de una garrafa grande al día. Siempre me atrajo el exceso, sea el que sea. Ahora ya no lo tomo, y de ninguna manera; pronto hará tres años que no he probado ni una cucharada. Utiliza, pues, mi porción para algún otro; si dentro de algún tiempo estás contenta con Du Camp, dásela. [...]

Sí, ha pasado ya un mes desde Mantes; un mes, y parece un año. Cada uno de nosotros tiene en el corazón un calendario particular en el que mide el tiempo; hay minutos que son años y días que marcan como siglos. No vuelvas a hablarme del deseo que sientes de tener un hijo. Pero ¿qué tentación te empuja a la desgracia? No, no, cuanto menos se toma de la vida, más aprisa pasa. ¡Ojalá hubiera nacido yo sin familia, solo, sin que me quisieran!... Sí, todo esto se dice, se piensa, y después, con una

sonrisa, con una mirada, se nos derrite el corazón. Despierta el hombre con todos sus instintos, habla el animal y sucumbimos. No presumo de ir hacia un falso ideal de estoicismo, pero, igual que Panurgo rehuía los lobos, «a los que temía por naturaleza», evito las ocasiones de sufrimiento y las atracciones peligrosas, de las que ya no se vuelve. Adiós, amor. Mil ternuras para tu corazón, mil besos en tu cuerpo.

30

[Croisset] Martes, ocho de la mañana [13 de octubre de 1846].

[...] Hace tres días que llueve sin descanso, el cielo está todo gris, los caminos enfangados, las hojas vuelan al viento; aquí está el invierno, es la época de las largas tardes silenciosas y de las largas veladas al amor de la chimenea. Pero ¡qué vacío está mi pobre hogar, antes tan lleno! Ahora se notan más que en verano los sitios que han quedado vacíos. Hace tres días que, por mucho que trabajo, unas diez horas seguidas diarias, estoy de una tristeza inigualable. Tengo en el alma cólicos de amargura como para morirse. No lo digo a nadie, porque nadie tengo a quien decírselo. Los demás son peores que yo, y además no tengo costumbre de enseñarles mis lágrimas. Me parece algo estúpido e indecente, como rascarse el cauterio en público. Me aburro. Había contado con ir a pasar estos días a París, a pasar por lo menos una semana larga para volver a sumergirme en tu amor y tomar suficiente sol como para calentarme durante mi invierno. Aguardo, pues, con impaciencia, y me atormento.

[...] Ayer noche leí a La Bruyère en la cama. Es bueno volver a sumergirse de vez en cuando en esos grandes estilos. ¡Cómo está escrito! ¡Qué frases! ¡Qué relieve, y qué nervio! Nosotros ya no tenemos ni idea de todo aquello. Incluso, esos libros se leen una vez, y ya está todo dicho. Habría que aprenderlos de memoria. [...]

31

[Croisset] Martes, once de la noche [13 de octubre de 1846].

[...] Te compadezco sinceramente por el regreso del legítimo. Si es cosa dulce vivir con los seres queridos, lo peor de todo es vivir con quienes te pesan. Es un suplicio de cada minuto. Así se va la vida, pulverizada pedazo a pedazo por todas esas imperceptibles banalidades, cuya suma reunida forma una masa terrible. Lo que temo no son los leones ni los sablazos, sino las ratas y los alfilerazos. La habilidad práctica de un ser inteligente consiste en saber preservarse de todo eso. Para ello, como en todo, hace falta arte, y sobre todo paciencia. No he podido llegar al estoicismo, al que nada afecta, y que no se rebela más ante la estupidez

que ante el crimen; pero he conseguido librarme completamente de todo cuanto puede mostrarme la estupidez humana. ¡Pues rompe tu espejo, me dirás! Para aguantar todo lo que precisas, ángel mío, hazte una coraza secreta compuesta de poesía y de orgullo, igual que se trenzaban las cotas de malla con oro y hierro. Trata de aniquilar tu susceptibilidad nerviosa; contéplate tan por encima de él, que nada de él influya en ti. [...]

32

[Croisset] Miércoles, once de la noche [14 de octubre de 1846].

Estoy muy contento de que te haya gustado Max. Es una naturaleza buena, hermosa y grande, que adiviné al primer día y a la que me aferré como a un descubrimiento. Entre nosotros dos hay demasiados puntos de contacto en la mente y en la constitución para que nos echemos en falta. Hace ya cuatro años que nos conocemos; es como si hiciese un siglo, tanto hace que hemos vivido juntos, y con fortunas diversas, con lluvia y con sol. Quiérole como a un hermano que tuviera yo en París; fíate de él como de mí, y más de él que de mí, pues vale más que yo. Tiene más heroísmo y más delicadeza. La caballerosidad de sus modales no cesa de manar de la de su corazón.

Yo soy más tosco, más vulgar, más inconstante. Tengo el aroma más acre. No debes creer lo que él te diga sobre mí en cuanto a lo literario. Tal como me quiere, sin duda es parcial. Primeramente, soy algo así como su maestro; lo saqué del fango del folletín, donde estaría ahora encenagado para el resto de sus días —o ahogado— y le inspiré el amor por los estudios serios. Hace dos años que lleva hechos grandes progresos; ahora tiene un bonito talento; pronto tendrá uno hermoso. Lo que en él predomina es sobre todo el sentimiento y el gusto; entornece. Conozco algo suyo que no puedo leer sin lágrimas en los ojos. Y, a pesar de todas estas buenas cualidades, sigue siendo modesto como un niño. A propósito de gente que habla bien de mí, desconfía del bueno de Toirac. Es un listillo, y a lo mejor sólo se prodiga tanto en alabanzas a mi cuenta para ver el efecto que te producen; sin duda habrá sospechado, por el modo en que hablabas de mí, que sentías algo, y siguiendo la vieja táctica, ha intentado la apología con el fin de espiar si te era agradable o indiferente.

Uno de tus conocidos también debe de tener una tremenda opinión sobre mí. Es Malitourne. Debo de parecerle un gigante burlesco y alegre. No nos hemos visto más que una vez en casa de Fidias, y con la pelirroja de Marín. Estuve tan escrupulosamente amable, que con toda seguridad no me ha olvidado. Ese día estaba yo en vena; tenía labia. Ahí tienes a otro

en cuya opinión, me imagino, paso por un tipo chistoso. ¡He pasado por ser tantas cosas, y me han encontrado parecido con tanta gente! Desde los que han dicho que había enfermado por abusar de las mujeres o del vicio solitario, hasta quienes me decían, para halagarme, que me parecía al duque de Orléans.

Hablemos del drama. Sí, pienso a menudo en el estreno; ¡me obsesiona! ¡Cómo latirá mi corazón! Me conozco: si aplauden, me costará contenerme. Estoy bien preparado para el infortunio, pero no para la dicha, y ¡qué alegría si triunfas! ¡Esos pataleos con los que soñaba en el colegio, con el codo apoyado en mi pupitre, mirando la lámpara humeante de nuestro estudio! ¡Esa gloria ruidosa, cuyo fantasma me hacía estremecer al evocarlo! Así que tendré todo eso, y en ti, es decir, en la parte sensitiva de mí mismo. Por la noche besaré ese noble pecho cuyo sentimiento habrá conmovido a la muchedumbre, como un viento sobre el agua. Desde que murieron mi padre y mi hermana, ya no tengo ambición; se llevaron mi vanidad en su mortaja, y la conservan. Ni siquiera sé si alguna vez se imprimirá una línea mía. No hago como la zorra, que encuentra demasiado verde la fruta que no puede comer; ¡es que yo ya no tengo hambre! El éxito no me tienta. Lo que me tienta es lo que puedo darme, mi propia aprobación; y quizá acabaré por prescindir de ella, como habría tenido que prescindir de la de los demás. Así pues, traslada todo eso a ti, sobre ti. Trabaja, medita, medita sobre todo, condensa tu pensamiento, ya sabes que los fragmentos hermosos no son nada. ¡La unidad, la unidad, ahí está todo! El conjunto, eso es lo que les falta a todos los de hoy, grandes y pequeños. Mil trozos bonitos, y sin obra. Comprime tu estilo, haz de él un tejido flexible como la seda y fuerte como una cota de mallas. Perdona estos consejos, pero querría darte todo cuanto deseo para mí mismo. [...]

Trabajo bastante en este momento. Tengo varias cosas que quiero terminar, que me fastidian y en las que aun así continúo, esperando algo de ellas más adelante. Sin embargo, en la próxima primavera me pondré a escribir de nuevo; pero sigo retrocediendo.

Un tema por tratar es para mí como una mujer de la que estás enamorado; cuando se va a entregar, tiembles y tienes miedo; es un espanto voluptuoso, no te atreves a tocar tu deseo. Esta tarde he releído el episodio de Velléda de *Los mártires*. ¡Qué hermosura! ¡Qué poesía! Pero si yo hubiera sido Eudoro y tú la druidesa, habría cedido más aprisa. No puedo evitar un sentimiento de indignación burguesa cuando veo, en los libros, a hombres resistirse a las mujeres. Siempre se piensa que el autor está hablando de él mismo, y resulta impertinente porque quizá, después de todo, es falso. Me hablas de Albert Aubert y del señor Gaschon de

Molènes. Desprecia a todos esos bribones; ¿para qué preocuparse de lo que chillan esos mirlos? Leer críticas es perder el tiempo. Soy capaz de sostener en una tesis que no hay crítica buena desde que se escriben, que no sirven para nada salvo para fastidiar a los autores y embrutecer al público, y por último que se hace crítica cuando no se puede hacer Arte, igual que se hace uno delator cuando no se puede hacer soldado. ¡Ya me gustaría saber qué han tenido en común los poetas de todas las épocas en sus obras con quienes las han analizado! ¡Plauto se habría reído de Aristóteles si lo hubiese conocido! ¡Corneille pataleaba debajo de Aristóteles! ¡Voltaire, muy a su pesar, fue encogido por Boileau! En el drama moderno, nos habríamos ahorrado mucha basura sin W. Schlegel. ¡Y cuando hayan terminado de traducir a Hegel, Dios sabe adonde iremos! ¡Y por encima, hay que añadir a los periodistas, éstos que ni siquiera tienen la ciencia para ocultar su lepra envidiosa! Me he dejado llevar por mi odio hacia la crítica y los críticos, así que esos desgraciados me han quitado todo el espacio para besarte, pero lo hago a pesar de ellos. Así pues, con su permiso, mil besos en tu hermosa frente, en tus ojos tan dulces y...

33

[Croisset] Medianoche del viernes [16 de octubre de 1846].

No, no desprecio la gloria; no se desprecia lo que no se puede alcanzar. Ante esa palabra mi corazón ha vibrado más que otros.

Antes pasé largas horas soñando con triunfos asombrosos para mí, cuyos clamores me hacían estremecerme como si ya los hubiese oído.

Pero no sé por qué, una mañana me desperté desembarazado de aquel deseo, incluso más enteramente que si hubiera sido satisfecho.

Entonces me vi más pequeño, y dediqué toda mi razón a observar mi naturaleza, su fondo, y sobre todo sus límites. Los poetas que admiraba no me parecieron entonces sino más grandes, al estar más alejados de mí, y gocé, con la buena fe de mi corazón, de la humildad que a otro le habría hecho reventar de rabia. Cuando uno vale algo, buscar el éxito es estropearse sin motivo, y buscar la gloria es quizá perderse completamente. Pues hay dos clases de poetas. Los más grandes, los raros, los auténticos maestros, resumen la humanidad; sin preocuparse de sí mismos ni de sus propias pasiones, dando al traste con su personalidad para absorberse en las de los demás, reproducen el universo, que se refleja en sus obras, resplandeciente, variado, múltiple, como un cielo entero que se refleja en el mar con todas sus estrellas y todo su azul. Hay otros que no tienen más que gritar para ser armoniosos, llorar para enternecer y ocuparse de sí mismos para seguir siendo eternos. Quizá no

habrían podido ir más lejos haciendo otra cosa; pero, a falta de amplitud, tienen ardor y elocuencia, de manera que si hubiesen nacido con temperamentos distintos, quizá habrían carecido de genio. Byron era de esa familia; Shakespeare de la otra. En efecto, ¿quién me dirá lo que Shakespeare amó, lo que odió, lo que sintió? Es un coloso que espanta; cuesta creer que fuera un hombre. Pues bien, la gloria la queremos pura, auténtica, sólida como la de esos semidioses; nos alzamos y nos empinamos para llegar hasta ellos; recortamos del talento propio las ingenuidades caprichosas y las fantasías instintivas, para hacerlas entrar en un tipo convenido, en un molde prefabricado. O bien, otras veces tenemos la vanidad de creer que basta, como a Montaigne y a Byron, con decir lo que pensamos y lo que sentimos para crear cosas bellas. Esta última actitud es quizá la más prudente para las personas originales, pues con frecuencia tendríamos muchas más cualidades si no las buscásemos, y cualquier hombre que supiera escribir correctamente crearía un libro soberbio al redactar sus Memorias, si las expusiera con sinceridad y de manera completa. Así pues, volviendo a mí, no me vi ni lo bastante alto como para crear auténticas obras de arte, ni lo bastante excéntrico para llenarlas solamente de mí mismo. Y como no tengo la habilidad necesaria para procurarme el éxito, ni genio para conquistar la gloria, me condené a escribir para mí solo, para mi propia distracción personal, igual que se fuma y se monta a caballo. Es casi seguro que no mandaré imprimir ni una línea, y mis sobrinos (digo sobrinos en sentido propio, pues no quiero más posteridad familiar que de la otra, con la que no cuento) harán probablemente tricornios de papel para sus niños con mis novelas fantásticas, y usarán como pantalla para las velas de su cocina los cuentos orientales, dramas, misterios, etc., y otras pamplinas que yo escribo con toda seriedad en hermoso papel blanco. Aquí está, querida Louise, de una vez por todas, el fondo de lo que pienso sobre este asunto y sobre mí mismo.

No necesito verme sostenido en mis afanes por la idea de una recompensa, sea la que sea, y lo más gracioso es que, aun ocupándome de arte, no creo más en él que en otra cosa, pues el fondo de mi creencia es no tener ninguna. Ni siquiera creo en mí; no sé si soy idiota o ingenioso, bueno o malo, avaro o pródigo. Como todo el mundo, floto entre todo eso; mi mérito es, quizá, el darme cuenta, y mi defecto, el tener la franqueza de decirlo. Además, ¿estamos tan seguros de nosotros mismos? ¿Estamos seguros de lo que pensamos? ¿De lo que sentimos? Tú, que me quieres ahora, que me quieres tanto que querrías negártelo, ¿es a mí a quien quieres por mí mismo, o a otro hombre al que has creído hallar en mí, y

que no está? Perdóname si no es así, pero me parece que en tu última carta hay un tono de fastidio, como si mi pensamiento te cansase. Pues bien: algún día, si ya no me quieres, si te das cuenta de que este espejismo te ha engañado, vendrás a sentarte al hogar de mi corazón; ahí estará siempre tu sitio. Curaré con palabras que conozco las heridas de tus ilusiones, y si no las curo, impediré que te hagan sufrir.

¿Por qué forzarnos, pobre querida mía? ¿Por qué no aceptar la vida como es, y nuestras situaciones como son, y querernos francamente sin meter tantas sutilezas? Hoy, mira, no he hecho más que pensar en ti. Esta mañana, al despertarme, he pensado en el estremecimiento que sentí en Mantes cuando noté en la cama tu muslo sobre mi vientre y tu cintura en mis brazos, y la impresión de esta meditación me ha durado todo el día. Pero ya no quieres que hable de todo eso; ¿de qué hablarte? Hablemos, pues, de otra cosa. Tienes razón, más te habría valido no amarme. La felicidad es un usurero que, por un cuarto de hora de dicha que te presta, te hace pagar todo un cargamento de desgracias.

Adiós, te beso, ¡y cómo! Yo sí sé cómo. Siempre así, ¿verdad? ¡Es tan delicioso! Me pican los labios, y me paso la lengua por ellos, como si acabaras de pasar la tuya. [...]

34

[Croisset] Sábado, una de la madrugada [17-18 de octubre de 1846].

¿Quieres volverme loco de orgullo, a mí, a quien acusan ya de tener tanto? Ahora me admiras, me colocas aparte de los demás hombres, bien alto en el pedestal de tu amor. ¿Sabes que debo de tener la cabeza bien firme sobre los hombros, para que no me dé vértigo? ¡Tú! ¡Tú! ¡Te rebajas ante mí! ¡Te haces ínfima y pequeña! ¡Te sorprendo! ¡Te asombro! Pero ¿qué soy yo? ¿Qué valgo? No soy nada más que un lagarto literario, que se calienta todo el día al sol de la Belleza. ¡Eso es todo! No me vuelvas a decir, pues, cosas tan singulares y halagadoras, que me humillan en mi sentido común. Le diste lástima a Max, cuando te vio tan apenada, tan triste, tan enamorada. Para ti, será una agradable compañía; encontrarás en sus palabras amigas consuelos inesperados en los días de sufrimiento. Te repetirá que te quiero, que le hablo de ti a menudo... Me preguntas en tu última carta si me acuerdo del veintinueve de julio. ¡Si me acuerdo! Aquella noche también había fuegos artificiales en nosotros, y hermosa iluminación en nuestros corazones. Y al día siguiente, el jueves por la noche, en el carruaje, ¿recuerdas sobre todo un momento a la entrada de los Campos Elíseos, cuando permanecemos mucho rato sin hablarnos? Me mirabas con aire sombrío y tierno a la vez; yo veía brillar tus ojos bajo el

sombrero. Siempre me vuelvo hacia ese recuerdo, hacia ti. Puedo decir, como Kalidasa: «Mi corazón retrocede hacia ti, como el banderín del estandarte que se lleva contra el viento».

No temas por mi salud; estoy hecho para llegar a viejo. Me han ocurrido toda clase de accidentes y enfermedades, sin secuela alguna; todo resbala sobre mí, como sobre el cuello de un cisne. He seguido todos los regímenes, y he vivido de todas las maneras. Muy pronto lo practiqué todo: el trabajo, la pereza, cualquier exceso, cualquier abstinencia. Jamás sentí qué era el cansancio intelectual, y hubo un año en que trabajé regularmente durante diez meses quince horas diarias; sólo tres veces por semana practicaba la esgrima con furia, hasta el punto de bramar luego en mi cama durante media hora. En cuanto al cansancio físico, la educación me ha dado un temperamento de coronel de coraceros. De no ser por mis nervios, parte delicada de mi persona, que me acerca a las personas decentes, tendría alguna afinidad con los forzudos del mercado. No temas, pues, querida mía; no necesito ejercicio y puedo vivir quince días sin tomar el aire y sin salir de mi despacho. Sí, releo con frecuencia los versos sobre Mantes. Conoces mi manía de repetir siempre algo; pues me repito incesantemente:

Con tu boca rosa y tus rubios cabellos de ángel, etc.

No sé si me ocurre como a ti, si me ciega el amor, pero creo que no has escrito nada mejor; en verdad es muy hermoso.

Te gustan los pañuelos azules. He encontrado uno mío que usé durante mucho tiempo. Te lo llevaré, con mis saleritos de esmalte. [...] Sigues con la idea de venir a cuidarme aquí, si me pusiera enfermo. Te confieso que no me gustaría, por todas las escenas que provocaría el asunto. Además, nunca he entendido la manía que tienen los hombres de ir a mostrar sus heridas a aquellos a quienes hará sufrir su visión, de ir a buscar el corazón que te ama para hacerlo testigo de tu fiebre y de tu dolor. Esta práctica común es de un egoísmo indignante; y si quieres ahora que te confiese una debilidad, una miseria de mi naturaleza, estaría molesto por ti en ese estado, que siempre es ridículo. Siento pudor ante ciertas situaciones grotescas que me intimidan frente a ti. Pero ¿puedo acaso enfermar? ¿No está allá mi talismán? ¿Tu amor no preserva contra toda desdicha? Adiós, vida mía, un beso muy largo; paso la mano bajo tus papillotes, y levanto ligeramente sus puntas.

[Croisset] Martes por la mañana [20 de octubre de 1846].

¿Qué pasa? ¿Estás enferma? ¿Se ha perdido una de mis cartas, o una de las tuyas? Ni una palabra desde el jueves por la mañana. Por favor, contéstame, contéstame de inmediato.

Tengo inquietudes atroces, soy presa de mil sospechas espantosas. No sé qué imaginar ni qué decir. Ni siquiera puedo escribirte, pues no sé qué decirte, salvo que te amo, te adoro y te beso.

Hace cuatro días largos que ardo de impaciencia y de angustia. ¡Basta, te lo ruego!

Adiós, adiós, mil besos tiernos. Mi corazón late como si te hubiera ocurrido una desgracia.

36

[Croisset] Miércoles, once de la noche [21 de octubre de 1846].

[...] No, no te reprocharé tus reproches. ¡Que su injusticia recaiga sobre ti! Temes que te envíe asperezas; pues no, sólo te mando besos, sólo caricias. Querría poder enviarte una melodía lánguida para encantarte, como se hace con las criaturas al dormirlas, o uno de esos buenos perfumes que, a la vez que te hacen morir, parecen darte una nueva vida. ¿Por qué, alma mía, no quieres que vuelva a decirte que te amo? Por lo demás, ése es el sino de los sentimientos auténticos: no se creen. Si hubiera presumido, mentido o exagerado, quizá no tendrías en este momento todas esas dudas que te corroen. No sé qué decirte; con cualquier palabra temo hacer sangrar tu pobre corazón, sobre el que pongo el mío. Pero ¿tengo aspecto de mentiroso? Si no te quisiera, ¿te enviaría cartas como las mías, en que te lo digo todo, todo? ¡Cuidaría mi estilo, redondearía mis frases! No, tú misma no te crees lo que dices. Son el hastío, el deseo, la desdicha de la vida, por último, quienes te hacen decir todo eso. ¿Es que no me conoces ahora? Cierto es que no soy tan fácil de conocer. ¿No estás segura de mí? Yo lo estoy de ti, de tu presente, de tu futuro, incluso de tu pasado. ¿Te he hecho acaso una sola pregunta sobre tu pasado? ¿Qué me importa? Lo tomo con lo demás, sin preocuparme; no tengo celos de nada, de nadie. Pienso en ti a todas las horas del día. Tu imagen me sonríe, me acompaña, me rodea, duermo con ella. Es quien me despierta; tiñe mis días con un reflejo sonrosado y suave. Si habías contado con hallar en mí la acritud de las pasiones adolescentes y su fogosidad delirante, tenías que haber evitado a este hombre que desde un principio se declaró viejo y mostró su lepra antes de pedir que lo amaran. He vivido mucho, Louise; mucho. Quienes me conocen con alguna intimidad se asombran de encontrarme tan maduro, y

lo soy más aún de lo que piensan. Hace aún tres meses pensaba que había terminado con las pasiones, y tenía buenas razones para creerlo. ¡Y crees que no he tenido por ti sino el capricho pasajero que te empuja a levantar las primeras faldas que aparecen, cuyo forro no conoces! Seré más alto o más bajo, pero no soy un hombre como los demás, y no se me debe querer como se quiere a todo el mundo. Me han atribuido sucesivamente, en sociedad, mil cualidades diversas, mil vicios grotescos. Todas estas tonterías tenían un punto de apoyo verosímil. Cuando sólo se mira la verdad de perfil o de tres cuartos, siempre se la ve mal. Hay poca gente que sepa contemplar de frente. ¡Tú te comportas como todos éstos! Pues, para que lo sepas, aunque quisieras no volver a amarme, me amarás siempre, ea, a tu pesar, y estoy orgulloso de ello. No hay quemadura sin cicatriz. Esto permanecerá, puesto que permanece en mí. Aunque estuviésemos diez años sin volver a vernos, nuestros átomos se atraerán apenas se rocen nuestros cuerpos; cuando se toquen nuestros labios, nuestras almas se mezclarán. ¿Recuerdas la noche de Mantes? ¿Recuerdas un grito de sorpresa que lanzaste en determinado momento, tan asombrada estabas de la fuerza humana? Decías que no habías soñado con que el amor llegara hasta ese punto. ¿Era vicio, acaso? Y sin embargo, ¿qué era?

Ahora, si te digo que permanezco tranquilo, que mis sentidos no me atormentan, te irritas y me acusas de frialdad. Es que hace tiempo que he educado mis nervios. A veces son ellos quienes se enfadan, y de ahí resulta el desorden de la máquina. Así, de muy niño, yo era muy cobarde; temblaba en la oscuridad, y sentía vértigo para subirme a una escalera de mano. Desde el primer año en que accedí al colegio, me escapaba por la noche para ir a deambular solo por los patios, donde me moría de miedo; los jueves iba a los campanarios de las iglesias y me paseaba por las balaustradas, con riesgo de romperme el espinazo; todo ello para volverme valiente, y así me he vuelto. Así es como me habitué a aguantar el vino, el no dormir, la continencia más excesiva y ayunos muy largos. En cuanto al sentimiento, me ocurrió la misma historia. Antes de la muerte de mi padre y de mi hermana había asistido a su entierro, y cuando se presentó el acontecimiento ya lo conocía. A lo mejor también hay burgueses que han podido decirte que yo parecía poco conmovido, o que no lo estaba en absoluto. A propósito de burgueses, olvida tus bromas sobre las herederas de aquí. ¿Me tomas acaso por un ser tan bobo como para apetecer la estima de mis conciudadanos, y ambicionar a sus hijas? Espero no casarme nunca jamás, y si quieres lo juro aquí mismo. Cuando quieras te daré las razones. Hubo un tiempo en que necesitaba tanto dinero que me

habría casado con cualquiera. Mi codicia ha acabado por convertirme en un hombre muy poco preocupado por la fortuna. Es lástima: tendría buen aspecto en mi palacio, y habría protegido las Artes. Pero ya sé que no te gusta que te hable de estas ideas. En eso mi madre es como tú. Es curioso que sea precisamente lo que me gusta lo que disgusta a quienes quiero. Es otra bendición más de mi espíritu; cuando quiere ofrecer rosas, no da sino cardos.

Adiós, hermosa amante mía; un beso muy grande, para que se os pasen todas las locuras. [...]

37

[Croisset] Domingo por la mañana [15 de noviembre de 1846].

Tu carta de esta mañana me conmueve hasta las entrañas. Sécate esos pobres ojos, ahuyenta tu fiebre. Necesito besarte, apoyar mi cabeza en tu corazón. Te amo, sí, te amo, ¿lo oyes? ¿Quién podría resistir a un amor como el tuyo, tan abnegado, tan profundo, tan involuntario? ¡Y yo que temía que no volvieses a escribirme! ¡Qué mal te conocía! Tiemblo de alegría por tu amor. Despreciarte, dices; pero ¿por qué? Ay, tú también me calumnias dentro de tu corazón. Al contrario, no solamente cuanto más te amo, sino cuanto más te estimo, más querría poder dártelo todo. Pero ¿por qué ha de ser que el único sacrificio que te resulte agradable sea precisamente el que no puedo ofrecerte? Marché el jueves con lágrimas en los ojos; pero, entre dos malas acciones, elegí la que me pareció menor, y marché.

Sentí remordimientos por haberte dejado, como si me hubiera portado mal; y sin embargo no podía obrar de otro modo, era preciso. Dices que no quise besarte antes de partir; tú me rechazaste. ¿Recuerdas que quise tomarte la mano en el manguito, y que la mantuviste cerrada? Pero ni por un momento te lo reproché. Me afligías demasiado; todo ello se volvió contra mí y me desgarró por dentro. ¡Qué débil soy! Yo que me creía fuerte, ahora tiemblo al escribirte; me late el corazón. Antes de ocho días, el viernes, el sábado a más tardar, volveré a verte. Cuento las horas, me quedo al amor del fuego esperando a que corra el día, pensando en ti y sólo en ti.

Tendremos tiempo; me arreglaré de antemano para estar muy libre. Te llevaré *Noviembre*; te lo leeré en el hotel, una tarde, a solas. Otro día me leerás tu drama. Iré al teatro, si quieres; haré todo lo que quieras. Hace frío; mi césped está espolvoreado de blanco; los árboles de las islas están negros; mi pensamiento helado escapa siempre de estos lugares y vuela hacia ti, para calentarse en tu recuerdo. Veo siempre tu cabeza animada

que resalta sobre el fondo rojo de las cortinas. Siento tus papillotes ligeros sobre mi pecho, y toda la suavidad de tu piel que me abrasa el cuerpo. ¿Verdad que me prometes ser más formal, pobre niña mía? No llores más, Louise, por compasión hacia mí, si no hacia ti. Me parece que el amor debe resistir a todo, a la ausencia, a la desgracia, a la infidelidad, incluso al olvido. Es algo íntimo que está en nosotros, y por encima de nosotros a la vez; algo independiente del exterior, y de los accidentes de la vida. Por mucho que hagamos, seremos siempre uno del otro. Aunque nos enfadásemos, volveríamos siempre uno hacia el otro, como ríos que regresan a su cauce natural.

Uno no puede sustraerse a la fatalidad de su corazón. Eres mía, soy tuyo. Que sufra uno o que goce por ello, ha de ser así; así es.

¿Te ha consolado un poco Du Camp? Ayer noche debiste recibir una carta. No sé lo que decía en ella; no tenía la cabeza entera. ¡Ahí tenemos un buen amigo!

¡En qué estado te dejé el otro día, Dios mío! Sigo viéndote en el rincón de la pared, llorando y retorciéndote. ¡Me acusabas! Habría querido caer ante tus rodillas, y convertir cada sollozo en un grito de dicha. ¿Sabes que era una escena, y que yo parecía un verdugo? [...]

38

[Croisset] Martes, diez de la noche [17 de noviembre de 1846].

[...] No recuerdo sino muy vagamente a esas dos señoras de las que me hablas en tu carta de esta mañana, y que fueron al taller un día en que estábamos allí. Creo que al contarlo has exagerado lo que pudieron decirte sobre mi famosa mirada. Son cosas de ésas que las mujeres, ordinariamente, no confiesan sentir. Cuando lo sienten, lo ocultan; y cuando lo manifiestan, es porque les interesa. Y ¿qué interés tenían en decirte eso, si no es quizá por un motivo de curiosidad, para ver qué sentías tú, o simplemente para decirte algo divertido, sin idea preconcebida? No creo tener los ojos atractivos ni seductores. Van a la naturaleza animal; llaman a los niños, a los idiotas y a los animales, a lo mejor porque he vivido mucho en ese mundo y porque he conservado algo de él, un aire de familia, una vieja semilla de naturalismo misterioso que la intensidad del pensamiento hace desbordarse al exterior, hacia los fenómenos que lo reproducen. Pero creo sinceramente que agrado a pocas mujeres; mucho, a algunos hombres. Bastantes me odian por instinto, y la mayor parte ni se fija en mí; eso lo tengo en común con todo el mundo.

¿No te has dado cuenta de lo tímido y torpe que soy, de lo inseguro, del

poco aplomo que tengo? ¡He tenido que sentirme arrastrado irresistiblemente! A estas horas, aún me extraña que me quieras a mí, y que yo te quiera. Me parece una anomalía de mi naturaleza, una metamorfosis, un renacimiento, si lo prefieres. Pero ¡qué dulzura encuentro en tu recuerdo! ¡Si supieras cuántas veces al día revolotea mi pensamiento sobre ti, se posa sobre tus pechos, se columpia al borde de tus cabellos, se ilumina al fuego húmedo de tus ojos!

Me dijiste ayer que era la poesía de tu sol poniente. Si soy tu último amor, quizá eres también el mío; ¡está tan lejos el primero! Un hombre más joven te habría amado con más exclusividad, más pureza, más ímpetu, pero quizá menos tiempo, con menos profundidad, menos íntimamente. Sí, siempre, siempre, e incluso cuando ya no te ame, la ternura hacia ti removerá el fondo de mi corazón. Querría amarte más; querría que lo supieras muy bien; querría poder demostrártelo. [...]

39

Ruán, miércoles, a las dos [2 de diciembre de 1846].

Estoy triste, fastidiado, me aburro, no tengo ni una idea en la cabeza. Sin el bueno de Max sería para morir. Ya he vuelto a mi vida chata y monótona, que sólo tiene algún placer en su uniformidad, y alguna grandeza, quizá, sólo en su perseverancia. En cuanto rompo mi ritmo ordinario y quiero volver a él, siento una amargura sin fondo. Hoy, por ejemplo, es algo análogo al hastío de los colegiales después de vacaciones. Todo el tiempo transcurre en soñar con el placer que se ha tenido, y uno lamenta no haberlo empleado mejor. Hace veinticuatro horas íbamos en coche, bajábamos, paseábamos a pie por el bosque. ¿Has sentido alguna vez la añoranza que producen los momentos perdidos, cuya dulzura no hemos saboreado lo bastante? Cuando ya han pasado es cuando regresan al corazón, llameantes, coloreados, destacando sobre lo demás como un bordado de oro contra un fondo oscuro.

Pienso sin cesar en el coche, y en el sol que pasaba a través de las cortinas amarillas. Tenías los labios y los párpados de un rosa vivo... No me digas nunca que no te amo, puesto que me haces sentir melancolías que nunca había tenido. Siento más el dolor que el placer; mi corazón refleja mejor la tristeza que la alegría. Por eso, sin duda, no estoy hecho para la felicidad, ni quizá para el amor.

Entiendo muy bien qué tonto, malvado a veces, loco, egoísta o duro debo de parecerte; pero nada de todo eso es culpa mía. Si escuchaste bien *Noviembre*, debiste adivinar mil cosas indecibles que explican acaso lo que soy. Pero esa época pasó, esa obra fue el final de mi juventud. De ésta me

queda poco, pero aguanta firme.

Por eso me he debatido mucho tiempo contra la idea de tener un hijo. ¡Qué ser tan triste saldría de mí! Ni siquiera querría mamar, y pediría la muerte antes de haber vivido. He nacido hastiado; ésa es la lepra que me corroe. Me aburro de la vida, de mí mismo, de los demás, de todo. A fuerza de voluntad he acabado por adquirir el hábito del trabajo; pero cuando lo interrumpo, todo mi hastío vuelve a la superficie, como una carroña hinchada que exhibe su vientre verde y corrompe el aire que respiramos.

He tratado de evitar las pasiones, pero han venido. Cuando dejo de ejercitarme en una de ellas, cuando te he tenido unos días, por ejemplo, y vuelvo aquí, nada podrá darte una idea de lo que ocurre en mí.

Adiós, un beso, estoy embrutecido. No sé lo que escribo, ni si podrás leerlo.

Adiós, mil ternuras; pero tengo el corazón oprimido, como por un cordón.

40

[Ruán, sábado 5 de diciembre de 1846].

[...] Llevo tres días muy triste. ¿Por haberte dejado? Así lo creo, estoy seguro. También cuenta algo el fastidio de una nueva casa en la que instalarse. Una casa donde no se ha vivido es como un traje que se compra a los ropavejeros; estorba y deja helado a la vez. El corazón y los miembros no se hacen desde el primer día a lo que los cubre. Entiendo muy bien la costumbre oriental de no ocupar una casa en la que ya han vivido otros. Se la mandan construir ex profeso, y a su muerte se destruye junto con ellos. ¡Para qué cobijarse bajo un techo que ha contenido otros sueños, otros amores y otras agonías! ¡Que cada muerto tenga su caja, y cada corazón su hogar! Allá por donde pasamos, dejamos muchas cosas en las paredes, en los árboles y en los adoquines. ¿A cuántos vientos diversos no han volado, arrastrados, caídos o cortados, los cabellos de un hombre joven aún? ¿Quién encontrará nada más que uno de ellos? [...]

41

Lunes, once de la noche [7 de diciembre de 1846].

¿Qué tienes, pobre amiga mía? ¡Sin noticias, sin cartas! ¡Es muy duro! ¿Te dije algo desagradable en mi último envío? Perdónalo. Sufro mucho y con frecuencia; en esos momentos estoy agrio, desabrido. Por mucho que escondo lo más posible mis dolores en mi interior, a veces salen, y desgarran a quienes estrecho entre mis brazos.

Te quiero mucho; te quiero aún, mucho, siempre. Tu recuerdo tiene para

mí una dulzura encantadora en que se mece mi pensamiento, como un cuerpo cansado se mece en una hamaca, balanceado por una brisa tibia. Espero que mañana recibiré algunas páginas tuyas. Siempre temo que haya ocurrido alguna aventura enojosa, que el legítimo haya metido la nariz en nuestros asuntos, etc., o bien que estés enferma. Puedes asombrarte de que te diga todo eso yo, verdad, que tengo un aire tan frío, tan indiferente; pero te amo quizá más de lo que parece. Es lamentable, pero siempre he sido así, deseando sin cesar lo que no tengo, y no sabiendo gozar de ello cuando lo poseo; igual que me aflijo y me espanto de los males por venir: cuando vienen me encuentran ya completamente resignado. No he sentido lo que era la familia hasta que ya no la he tenido. Antes me hartaba. Si te perdiese, quizá me volvería loco. Esto está en la inconsecuencia consecuente del corazón humano, en la constitución del hombre, y soy precisamente hombre, hombre en el sentido más vulgar y más auténtico de la palabra, aunque, con la prevención de tu amor, me crees algo más elevado, y aunque yo, en ciertos momentos, cada día más raros, he tenido esa pretensión inconfesada.

¡No! No trato de desatarme de todo lazo, de separarme de todo afecto; son ellos quienes me abandonan por sí mismos, como los nudos que se aflojan y se sueltan sin que los toque mano alguna. ¡Cuántos amores, entusiasmos, amistades profundas y vivas simpatías no habré tenido ya, para verlas derretirse como la nieve! Me aferro a lo poco que me queda. He llorado a los muertos, a algunos vivos, y me he reído de lástima ante la vanidad de mis mejores sentimientos y de mis creencias más puras. Pero no arrojo a la calle a los que quieren quedarse conmigo, en mi aburrido aislamiento.

Maxime y yo hablamos con frecuencia de ti. Temo que me oiga mi madre, pues un día mi cuñado, que estaba en su habitación (es contigua a la mía), vino a repetirnos una conversación que habíamos tenido. Por suerte, trataba de un asunto indiferente; pero es un aviso. Pasamos el tiempo en charlas que casi deberían darme vergüenza, en locuras, en sueños imperiales. Edificamos palacios, amueblamos mansiones venecianas, viajamos a Oriente con escolta, y luego nos caemos de bruces con más fuerza sobre nuestra vida actual, y en definitiva estamos tristes como cadáveres. Para una tercera persona sería como para morir de aburrimiento.

Por la mañana va al hospital a ver cortar y amputar; le divierte. Entretanto, yo estudio algo de griego y tomo una clase de esgrima. Fumamos mucho. Ésta es nuestra vida desde hace ocho días. Por las noches leo *Servidumbre y grandeza de las armas*, del amigo Stello. Es de buen tono,

pero considerablemente frío y soso. Tengo un San Agustín completo, y cuando se ha marchado mi amigo, me lanzo a cuerpo descubierto a las lecturas religiosas; no con intención de conseguir la fe, en absoluto, sino para ver a gente que tiene fe.

Adiós, querido, dulce amor; te beso en la fina piel de tu pecho.

Quien te ama.

42

[Ruán] Viernes, cuatro de la tarde [11 de diciembre de 1846].

¿No crees que se podría hacer una hermosa novela sobre la historia de la señora D.? Tú, que estás en condiciones de verlo de cerca, deberías ocuparte. Tienes la mente fina, clara, precisa, cuando la pasión no te extravía; el fondo es ardiente y escéptico. Estudia bien esos personajes, completa en tu cabeza lo que la verdad material siempre ofrece truncado, y destácanos todo eso en un buen libro bien cargado, bien denso, variado de tono y de aspecto uniforme en el conjunto y en el color. Esos detalles técnicos que me das sobre el marido son curiosos. Voy a informarme al respecto y te diré lo que opina la ciencia. No hay que censurar, ni siquiera en el pensamiento, a esa mujer porque te parezca que en ella la pasión no suena lo bastante fuerte. Negar la existencia de los sentimientos tibios porque son tibios es negar el sol mientras no está a mediodía. La verdad está tanto en las medias tintas como en los tonos contrastados. Tuve un amigo auténtico en mi juventud que me tenía devoción, que habría dado por mí su vida y su dinero; pero no se habría levantado, para darme gusto, media hora antes que de costumbre, ni habría acelerado ninguno de sus movimientos. Cuando se observa la vida con un poco de atención, se ven los cedros menos altos, y los juncos mayores. Sin embargo, no me gusta la costumbre que tienen algunos de rebajar los grandes sentimientos y de atenuar lo sublime que escapa a la naturaleza. Así, el libro de Vigny, *Servidumbre y grandeza de las armas*, me chocó un poco al principio, porque vi en él una depreciación sistemática de la abnegación ciega (del culto al emperador, por ejemplo), del fanatismo del hombre por el hombre, en provecho de la idea abstracta y seca del deber, idea que jamás he podido captar y que no me parece inherente a la entraña humana. Lo hermoso que hay en el imperio es la adoración al emperador, amor exclusivo, absurdo, sublime, verdaderamente humano; por eso entiendo poco lo que significa para nosotros hoy la patria. Comprendo muy bien lo que era para el griego, que no tenía más que su ciudad, para el romano que no tenía más que a Roma, para el salvaje al que acosan en su selva, para el árabe, perseguido hasta debajo de su tienda. Pero nosotros,

¿acaso no nos sentimos en el fondo tan chinos como ingleses o franceses? ¿No van hacia el extranjero todos nuestros sueños? De niños, deseamos vivir en el país de los loros, y de los dátiles confitados; nos elevamos con Byron o Virgilio, codiciamos el Oriente en nuestros días de lluvia, o deseamos ir a hacer fortuna a las Indias, o a explotar la caña de azúcar a América. La patria es la tierra, es el universo, son las estrellas, es el aire, es el propio pensamiento, es decir, lo infinito dentro de nuestro pecho. Pero las querellas de pueblo a pueblo, de municipio a barrio, de hombre a hombre, me interesan poco, y sólo me divierten cuando constituyen grandes lienzos con fondo rojo. Releí ayer por la noche, solo junto al fuego, los versos de Mantes. ¿Sabes que son algo hermoso, muy hermoso? Estuviste inspirada, y mantengo lo dicho: no has escrito nada mejor. Me conmovió la lectura, y me estremecí de ternura hacia ti. Será un tesoro para mi vejez, y me parece verme ya con cabellos blancos, quebrado y tosiendo en mi sillón, levantándome para ir a coger en un cajón esta pequeña libreta de tafelete. [...]

Sí, pienso a menudo en la velada de *Noviembre* y en las lágrimas que derramabas cuando hacías alusiones involuntarias; pero insisto en creer que estimas eso en demasía. Hasta me indignó que comparases este libro con *René*. Me pareció una profanación. ¿Podía acaso decírtelo, ya que era una prueba de amor?

Nieva, hace frío, vamos a cenar al campo, a casa de mi cuñado, para quien es una fiesta; para mí no. No me gustan todas estas molestias. Por suerte, estaremos de vuelta a las diez. He hecho tu recado de azúcar de manzana.

Adiós, amor querido; te beso en tu piel tan fina. Mil tiernos besos.

43

[Ruán] Domingo [13 de diciembre de 1846].

Has estado enferma, corazón mío; has sufrido. No vuelvas a hacer esos excesos de trabajo que desgastan, y que, debido al propio agotamiento que dejan tras ellos, en definitiva te hacen perder más tiempo del que te han hecho ganar. No son las grandes cenas y las grandes orgías las que alimentan, sino un régimen seguido, sostenido.

Trabaja cada día pacientemente un número igual de horas. Toma el hábito de una vida estudiosa y tranquila; primero saborearás en ella un gran encanto, y sacarás fuerza. También yo tuve la manía de pasarme noches en blanco; no conduce a nada más que a cansarse.

Hay que desconfiar de todo lo que se parece a la inspiración, y que a menudo no es sino actitud preconcebida y falsa exaltación que uno se ha

dado voluntariamente, que no ha llegado por sí sola. Además, no se vive en plena inspiración. Más que galopar, Pegaso suele ir al paso. Todo el talento consiste en saber hacerle tomar el ritmo que uno quiere. Pero para eso no debemos forzar sus posibilidades, como se dice en equitación. Hay que leer, meditar mucho, pensar siempre en el estilo y escribir lo menos posible, sólo para calmar la irritación de la Idea que exige tomar forma, y que se revuelve en nuestro interior hasta que le hemos encontrado una exacta, precisa, adecuada a ella misma. Fíjate, se llegan a hacer cosas hermosas a fuerza de paciencia y de larga energía. La frase de Buffon es una blasfemia, pero se ha rechazado en exceso; ahí están las obras modernas para decirlo. Modera los arrebatos de tu mente, que ya te han hecho sufrir tanto. La fiebre quita ingenio; la ira no tiene fuerza, es un coloso cuyas rodillas flaquean, y que se hace más daño a sí mismo que a los demás.

Ayer me hicieron una pequeña operación en la mejilla, a causa de mi flemón. Tengo la cara rodeada de vendas, y considerablemente grotesca. Como si no bastaran todas las podredumbres y todas las infecciones que precedieron a nuestro nacimiento y que volverán a afectarnos al morir, no somos durante nuestra vida más que corrupción y putrefacción sucesivas, alternativas, una invadiendo a otra. Hoy se pierde una muela, mañana un cabello, se abre una herida, se forma un flemón, te ponen vesicatorios, te colocan sedales. Añádanse a esto los callos en los pies, los malos olores naturales, las secreciones de toda especie y sabor, y el cuadro que resulta de la persona humana no es muy excitante. ¡Y decir que se ama todo eso! Hasta se ama uno mismo, y yo, por ejemplo, tengo el aplomo de mirarme al espejo sin romper a reír. ¿Acaso la mera contemplación de un viejo par de botas no tiene algo profundamente triste y de una amarga melancolía? Cuando se piensa en todos los pasos que se han dado dentro de ellas para ir ya no se sabe a dónde, en todas las hierbas que se han pisado, en todo el barro que se ha recogido... el cuero reventado, que bosteza, parece decirte: «... luego, imbécil, compra otras, charoladas, relucientes, crujientes, llegarán a ser como yo, como tú algún día, cuando hayas ensuciado muchas cañas y sudado en muchos empeines». [...]

Adiós, cuídate bien, guárdate del frío y recibe un largo beso en la boca.

44

[Miércoles 16 de diciembre de 1846]

¡Bien, pues ya que nos empeñamos, de acuerdo! Como no encuentras ya nada que decirme, la franqueza exige que te confiese que tampoco encuentro mucho más por mi parte, puesto que he agotado todas las

formas posibles para hacerte entender lo que te obstinas desde hace cinco meses largos en no querer comprender. Sin embargo, he empeñado en ello todas las delicadezas de mi corazón y todas las variedades de mi pluma. ¿Por qué has querido entrometerte en una vida que no me pertenecía a mí mismo, y cambiar toda esta existencia a capricho de tu amor? Me ha hecho sufrir el ver los esfuerzos inútiles que hacías por mover esta roca que hace sangrar los dedos cuando se roza.

Me acusas incesantemente de egoísmo y de dureza; desde hace tiempo reconociste en ti misma que yo no te quería. ¡Error! ¡Error, pobre amiga mía! Me he acercado a ti porque te quería. Aún te quiero lo mismo; te quiero a mi manera, a mi modo, según mi naturaleza. Habrías necesitado, ya te lo dije desde los primeros días, un hombre más joven y más ingenuo, de corazón menos maduro, con un perfume más verde.

Tengo el alma devoradora como el estómago, y capaz, como él, de prescindir casi de vivir. He perdido a muertos, he perdido a vivos, y he visto toda la estupidez vanidosa de mis dolores, cuando creía que estos afectos eran necesarios para mi vida. Nada es necesario ni útil. Hay cosas más o menos agradables; eso es todo. Reflexiona sobre el hecho de que nuestras alegrías, como nuestras desgracias, no son sino ilusiones ópticas, efectos de luz y de perspectiva. ¿No sientes que nos une un pacto? Aunque me olvides del todo, aunque ya no me escribas nunca más, yo no te olvidaré nunca; dentro de diez años me encontrarás, si me llamas; y quizás entonces me agradecerás el que te haya hecho llorar a veces, para impedir que llores siempre.

Escríbeme, anda; no te obligues a nada; escíbeme cuando te apetezca, cuéntame tus tristezas y tus fastidios, háblame de tus trabajos, cuéntame eso que está confinado en la trastienda. Quizá podré enviarte algún consuelo, alguna distracción al menos, lo que nunca es de desdeñar, pues la vida no está repleta de eso.

¡Si he sido tu último amor, quiero ser tu amistad más sólida! Además, cuando quieras volver a ver al amante, el amante obedecerá a ese deseo. Adiós, mil cariños, siempre.

45

Domingo [20 de diciembre de 1846].

Me pides explicaciones de cosas que se explican por sí solas. ¿Qué quieres que te diga, más de lo que ya te he dicho y sabes? Si, a pesar del amor que te retiene cerca de mi triste persona, mi personalidad hiere demasiado a la tuya, abandóname. Si sientes que es imposible, acéptame entonces tal como soy. ¡Te hice un regalo bien estúpido al procurarte mi

trato! Ya he pasado de la edad en que se ama como tú querías. No sé por qué cedí en esa ocasión. Me atraíste, a mí que tanto desconfío de lo que atrae.

Bajo mi envoltura de juventud yace una vejez singular. ¿Qué es lo que me hizo tan viejo nada más dejar la cuna, y tan asqueado de la felicidad incluso antes de haberla probado? Todo lo que pertenece a la vida me repugna; todo lo que me arrastra hacia ella y me sumerge en ella me espanta. Querría no haber nacido nunca, o morir.

Tengo en mí, en lo hondo, un hastío radical, íntimo, acre e incesante que me impide saborear nada, y que me llena el alma hasta hacerla reventar. Brota a propósito de todo, como las carroñas hinchadas de los perros que vuelven a la superficie, a pesar de las piedras que les ataron al cuello para ahogarlos. Cuando desde un principio te grité que te equivocabas, con una ingenuidad que apreciaste poco, que debías olvidarme, que te dirigías a un fantasma y no a un hombre, no quisiste creerme. Sin embargo, debías haberme creído.

Me juzgas mal. No estimes tanto mi inteligencia. No apunto a ser Goethe, porque las bujías palidecen ante el sol y, creas lo que creas, no me esfuerzo en imitar a nadie, y menos aún a los grandes hombres que a los demás.

En cuanto a mi corazón, tiene la embocadura estrecha y estorbada; no sale de él el líquido con facilidad, sino que remonta la corriente y forma torbellinos; es como el Sena en Quillebeuf, lleno de bajíos movedizos. ¡Cuántos barcos se han perdido ahí!

Me reprocho el no amarte como mereces, como deberías ser amada. Te bendigo en mi corazón, y me tienta el azotarlo por haberte hecho tanto daño. Pero ¿de quién es la culpa? De nadie, de Dios, de la vida misma.

¿Por qué no eras una coqueta? Cuando se busca el placer, se encuentra. Pero la felicidad es un usurero que hace pagar ciento por diez, y yo no te habría querido si hubieses sido una mujer fácil. No obstante, más habría valido así, y las personas inteligentes como nosotros deberían conformarse con eso.

Hay que poner el corazón en el arte, la inteligencia en el comercio del mundo, el cuerpo allá donde se encuentre bien, la bolsa en el bolsillo y la esperanza en parte alguna.

Adiós, trata de olvidarme; yo no te olvidaré jamás. Te equivocaste al decir que no me inspirabas más que curiosidad. Hay más, pero tú sólo crees en los extremos de las cosas.

Adiós de nuevo. Para lo que sea, me encontrarás siempre.

Jueves por la noche [sin fecha].

Si fuese capaz de asustarme de algo, me habría espantado la carta que he recibido esta mañana. Era como para matar a un hombre; pero, a Dios gracias, en cuanto a desesperación estoy tan templado que, por mucho que me haya sacudido esta nueva tormenta, aún no me voy a pique. Conque voy a tratar de ser claro de una vez por todas. Siempre soy sincero, y no puedes acusarme de haber mentido ni fingido un solo minuto, pues desde la primera hora, desde la primera palabra, dije todo eso; desde el bautismo, anuncié el entierro.

¿Quieres saber si te amo? Pues, en la medida en que puedo amar, sí; es decir, que para mí el amor no es lo primero en la vida, sino lo segundo. Es un lecho en el que acuesta uno su corazón para relajarlo. Y uno no puede pasarse todo el día echado. ¡Tú haces de él un tambor para regular la vida! ¡No, no y mil veces no! Que jamás me hayas comprendido, como dices, es posible; lo creo, un poco. Es probable, si hubiera sido de otro modo, que te hubieras apartado del leproso.

Perdono a Du Camp la traición cometida al mostrarte una carta mía. No sé cual, pero me lo escribes; así queda claro. No lo juzgaba tan infantil. ¿Cómo quieres que no dude de todo? ¿Por qué tomárselo en cuenta? No tengo fuerzas para indignarme contra quien sea ni contra lo que sea. A veces trato con gente que me ha calumniado y robado, y les pongo tan buena cara como a los demás, porque, en el fondo, les quiero tanto, o tan poco, como a los otros.

¿Acaso hay algo en la tierra que merezca la pena de un odio? A mí no es fácil animarme. No es culpa mía. Hay gente que tiene el corazón tierno y la mente dura. Yo, al contrario, tengo la mente tierna y el corazón áspero, como el fruto del cocotero, que contiene leche encerrada en capas de madera; sólo se abre con un hacha, y ¿qué se encuentra en él, a menudo? Una especie de nata avinagrada. Prosigo. Llevo seis meses queriendo lograr que sufras menos; te he escrito todo lo que se me ocurría con ese fin, ¡y sufres el doble! ¿Qué quieres que haga? ¿Que vaya a París todos los meses? No puedo. En otros tiempos, no sé en cuáles, quizás habría podido. Comparas tu amor con el de mi madre, y yo lo comparo también. Y me preguntas si me burlo de ése. Uno no se burla de lo que le abrumba, pues ese afecto me incomoda horribilmente. Estoy muy harto de él, palabra. Además, no puedo evitar el conservar un eterno rencor hacia quienes me han traído al mundo y me retienen en él, lo que es peor. ¡Demonios! ¡También eso era amor, sin duda! ¡Qué bonito! ¡Se amaban! ¡Se lo decían! Y una noche me hicieron a mí, para su mayor satisfacción.

¡De la mía no se preocupaban! ¡Maldito sea el hombre que crea, maldito sea el hombre que ama! Ojalá sea un suplicio la vida de su hijo, y el hastío desmesurado, el hastío colosal, ansioso y devorador que corroe al hijo, constituya para el padre un remordimiento que también le haga a él arrepentirse de haber vivido. Me preguntas de dónde proceden mis cambios y mi frialdad. Siempre he sido lo que soy. Estas cartas que te envío te las escribiría aun si acabara de verte en un estado de desolación, como cuando te dejé en el ferrocarril, y sobre todo si me hallara en la misma disposición nerviosa. Pues en mí los nervios son un elemento que hay que tener en cuenta; son sonoros y vibrantes. ¡A lo mejor no soy más que un violín! A veces, un violín se parece tanto a una voz, que dicen que tiene alma.

Toda esa gente que siente mucho, que lo dice y que llora, vale más que yo, pues yo me consuelo de todo porque nada me divierte, y prescindo de todo porque nada necesito. Cuando murió mi hermana, la velé por la noche; estaba junto a su cama, y la miraba, tendida de espaldas con su vestido de boda y el ramillete blanco. Yo leía a Montaigne y mis ojos iban del libro al cadáver; su marido dormía y tenía estertores; el cura roncaba, y yo me decía, al contemplarlo todo, que las formas pasaban, que sólo permanecía la idea, y tenía estremecimientos de entusiasmo ante fragmentos de frases del escritor. Luego pensé que también él pasaría. Helaba; la ventana estaba abierta, debido al olor, y de vez en cuando yo me levantaba para ver las estrellas tranquilas, tornasoladas, radiantes, eternas. Y cuando a su vez palidezcan, pensaba yo, cuando lancen, como las pupilas de los moribundos, fulgores llenos de angustia, todo estará dicho; y será aún más hermoso. Así que me consuelo más o menos de todo contemplando las estrellas, y la vida me inspira una apatía tan invencible que me aburre comer, hasta cuando tengo hambre. Lo mismo me ocurre con todo lo demás.

Lo que me contraría en ti, ¿quieres saber qué es? Es tu furia, una vez más, por compararte con una cualquiera, por hablar incesantemente de pureza y de sacrificio, de moralidad y de desprecio hacia los sentidos. ¿A mí qué me importa eso? Aprecio tanto a un presidiario como a mí mismo, tanto a las vírgenes como a las busconas, y a los perros tanto como a los hombres. Al margen de estas ideas un poco raras, soy como todo el mundo. Quieres que me revuelque a tus pies como si tuviera quince años, que vuele hacia ti, que tiemble, que lllore también. Me prometes tu recuerdo como una venganza (y nunca será sino dulce, más dulce incluso en el futuro, cuando todo se haya serenado en mi cabeza). Pero mentiría si hiciese eso, actuaría, te engañaría. ¿Acaso puedo yo decirte esas

palabras de amor que agradan, cuando mi voz ha enronquecido de ira? ¿Acaso mi corazón puede contener esas efusiones blandas, que jamás han venido a mí sino como sudores repentinos? Este corazón, en el que han macerado en la soledad todas las pasiones, fantasías y sueños de otro mundo, de modo que ahora está abollado y torcido, como un cacharro inutilizable, por mucho que se frote y se enjuague, siempre conservará el olor frío de todo lo que en él se comió en otros tiempos.

Adiós; rechazando mi amistad rechazas más de lo que piensas. Antes de tomar una decisión, reflexiona. He contestado a lo que me preguntabas.

Iré a París cuando me llame Pradier, dentro de seis semanas, cualquier día; no sé cuándo. Me falta dinero, tiempo y pretextos.

47

[Sin fecha]

Me es imposible seguir por más tiempo con una correspondencia que se vuelve epiléptica. ¡Cambie, por amor de Dios! ¿Qué le he hecho (ya que ahora hay que decir *usted*) para que exhiba ante mí, con el orgullo del dolor, el espectáculo de una desesperación para la que no conozco remedios? Si la hubiera traicionado, pregonado, si hubiera vendido sus cartas, etc., no me escribiría usted cosas más atroces ni más desoladoras. ¿Qué he hecho, Dios mío? ¿Qué he hecho?

Sabe muy bien que no puedo ir a París. Es querer obligarme a que le conteste con brutalidades. Soy demasiado educado para hacerlo, pero creo que lo he repetido bastantes veces para que usted se acuerde.

Me había hecho otra idea del amor. Creía que era algo independiente de todo, e incluso de la persona que lo inspira. La ausencia, el ultraje, la infamia, todo eso no le afecta. Cuando se ama, pueden pasarse diez años sin verse y sin sufrir por ello. Pretende usted que la trato como a una mujer de último rango. No sé lo que es una mujer de último rango, ni del primero, ni del segundo. Entre ellas, son relativamente inferiores o superiores por su belleza y por la atracción que ejercen sobre nosotros, eso es todo. Yo, a quien usted acusa de ser un aristócrata, tengo al respecto ideas muy democráticas. Es posible que, como usted dice, sea lo propio de los afectos moderados el ser duraderos. Pero en eso acusa usted a su afecto, ya que no lo es. Yo estoy harto de las grandes pasiones, de los sentimientos exaltados, de los amores furiosos y de las desesperaciones que aullan. Me gusta mucho, ante todo, el sentido común, quizá porque carezco de él.

No entiendo sus enojos, sus enfurruñamientos. Hace mal, pues es usted buena, excelente, amable, y uno no puede evitar censurarla por estropear

todo eso sin motivo.

Cálmese, trabaje, y cuando vuelva a verla, acerquese a mí con una carcajada, diciéndome que ha sido una tonta.

48

Lunes, tres de la tarde [sin fecha].

Te envió un beso en la frente y otros dos en las mejillas. Una vez más, qué desgraciado he sido al regalarte mi persona. Tú valías más. A cambio de tu oro te he dado estiércol. ¿Es culpa del estiércol el no ser ya paja fresca? Sí, sigamos siendo amigos, escribámonos de vez en cuando. Confía en mí siempre, como si aún permaneciera sobre ese pedestal en el que me había colocado tu amor. Ahora que está derribada la estatua, ¿verdad que no es de plata, sino de plomo? Parodiando un verso de Musset, puedo decir:

Llegaste demasiado tarde a un hombre demasiado viejo.

Si te hubiera considerado de índole más mediocre, te habría mentido. No he tenido valor; habría sido rebajarte. No estoy hecho ni para la felicidad ni para el amor, y jamás he disfrutado de ambos más que el olor, como los granujas que olfatean el tragaluz de Chevet. Suspiran por todo lo que allí se guisa; piensan: «¡Ay, si estuviera dentro, cómo me pondría! ¡Lo que comería!». Hazles bajar a la cocina, y ya no tienen hambre, porque el humo del carbón les da jaqueca. Si hubieras sabido conformarte con galanterías subidas de tono, con un poco de sentimentalismo y de poesía, quizá no habrías experimentado ese derrumbe que tanto te ha hecho sufrir. Pero el corazón es como la voz; cuando grita queda ronco.

¿Por qué te empeñas, pobre amiga mía, en compararte con una puta, en cuanto al efecto que me produces? ¿Te gusta mucho el paralelismo? ¡Qué tontería! ¿Por qué me reprochas el que quisiera regalarte una pulsera después de la primera noche, y no habértela enviado, mejor, en Año Nuevo? ¿Crees que soy un patán? A falta de corazón, ¿me niegas también las más elementales nociones de cortesía? ¡Qué funesta manía la tuya, mi niña, la de querer siempre ahondar en tu alma para ampliar el agujero!

La razón de aquello, por ejemplo, es muy sencilla: en aquel momento tenía dinero; ahora ya no lo tengo, eso es todo.

Vivo y he vivido siempre en una estrechez horrorosa, que me hace taciturno, irritable y humillado por dentro. Los harapos que avergüenzan a otros, yo los llevo debajo de la piel. Tengo necesidades desordenadas que

me hacen pobre con más dinero del necesario para vivir, y preveo una vejez que acabará en el hospital, o más trágicamente. Sin duda me veré forzado a ello cualquier día; pues el unir la afición al oro y el desprecio de la ganancia conduce a un callejón sin salida, donde el hombrecillo se asfixia, atenazado. En fin, no importa. Nadie me comprende en este punto; entonces, es inútil abrir la boca al respecto.

Si supieras cuántos hundimientos y desánimos sufre a cada minuto mi orgullo, que te parece tan grande, lo compadecerías en vez de odiarlo. Pero no quiero hablarte de todo eso, ni de mil otras cosas peores que me acompañan diariamente. Jauría embarrada, que bosteza y se repantiga ante el hogar, y ocupa el sitio del amo.

Los detalles del matrimonio de Emma Marguerite no me han encantado; son algo muy vulgar. Hay satisfacciones burguesas que asquean, y felicidades corrientes cuya vulgaridad me repugna.

Por eso tengo siempre una prevención contra Béranger, con sus amores en los desvanes y su idealización de lo mediocre. Jamás he entendido que se estuviese bien en un desván, a los veinte años. ¿Se está mal en un palacio? ¿El poeta no está acaso para trasladarnos a otra parte? No me gusta encontrar el amor de la modistilla, la garita del portero y mi traje raído, allá donde voy precisamente para olvidar todo eso. Que la gente que sea feliz con eso lo conserve; pero presentarlo como belleza, ¡no! ¡No! Prefiero soñar, aunque me cueste sufrirlo, con divanes de pieles de cisne y hamacas de pluma de colibrí.

¡Qué idea tan singular la tuya, querer que alguien escriba la continuación de *Candide*! ¿Es posible? ¿Quién lo hará? ¿Quién podría hacerlo? Hay obras tan espantosamente grandes —ésta entre ellas— que aplastarían a quien quisiera cargar con ellas. Como una armadura de gigante, el enano que se la pusiera a la espalda quedaría reventado antes de haber dado un paso.

No admiras bastante, no respetas bastante. Sí tienes amor por el Arte, pero no su religión. Si experimentaras un deleite profundo y puro al contemplar las obras maestras, no tendrías a veces tan extrañas reticencias a su respecto. Y no obstante, tal como eres, uno no puede evitar el sentir por ti una ternura y una propensión involuntarias.

Adiós, tuyo.

49

Sábado, once de la noche [30 de enero de 1847].

¡Te estás volviendo grosera! Son casi insultos. Me tratas de palurdo y de avaro, con todas las letras. ¡Muy amable! Lo cargo a la cuenta de tu

temperamento meridional, y paso por encima sin ofenderme. Te aseguro, querida amiga, que me ha dado más ganas de reír que de enfadarme. Sin embargo, es de tono algo subido; y además, para colmo, ¡otra vez las eternas putas! «Vosotros, los hombres...», etc.

Por lo visto las putas te obsesionan. ¡Merecerías ser hombre! En ti es una idea fija el caer a brazo partido sobre esas pobres criaturas. No merecen tanta ira. Además, recuerda el precepto del sabio: «No hables de lo que no conoces».

Algún día, si te divierte el asunto, te expondré mis teorías al respecto. Las creo justas, contando con que haya algo justo.

No te inquietes tampoco por mi querida piel; el tambor no va a reventar tan pronto. Todo lo que me ocurre y todo lo que yo pueda hacer no modificarán en nada la situación. No son ni la tristeza, ni las penas, ni siquiera el hastío, quienes pueden enfermarnos y matarnos. No se muere de desdicha; se vive, pues eso engorda.

Además, nunca me he encontrado mejor, pues nunca he llevado una vida más acorde con mi naturaleza. Ahora hay armonía, después de haber pasado mucho tiempo, como un músico que afina su violín, dando vueltas a las clavijas para que las cuerdas estén subidas, unas con relación a otras, en una tonalidad concordante. No es fácil hallar la propia vía. Hay muchos caminos sin viajero; hay aún más viajeros que no tienen su senda. No me dedico, como tú piensas, a orgías intelectuales. Trabajo con mucha sencillez y regularidad, e incluso bastante estúpidamente. Ya no escribo; ¿para qué? Todo lo hermoso ha sido dicho, y bien dicho. En lugar de hacer una obra, a lo mejor es más sabio descubrir obras nuevas bajo las antiguas. Me parece, a medida que produzco menos, que disfruto más contemplando a los maestros. Y como lo que pido ante todo es pasar mi tiempo de manera agradable, ¡en eso me quedo!

¡Me llamas brahmán! Es demasiado honor, pero ya me gustaría serlo. Tengo hacia esa vida aspiraciones que me enloquecen. Querría vivir en sus bosques, girar como ellos en danzas místicas, vivir en esa desmesurada absorción. Son bellos, con sus largas cabelleras y sus rostros chorreantes de mantequilla sagrada, y sus grandes gritos que responden a los de los elefantes y los toros.

En otro tiempo quise ser camaldulense, y después renegado turco. Ahora, brahmán o nada, lo que resulta más sencillo.

De verdad, haces mal tomándome por un perfecto miserable, incapaz de comprender la poesía de la abnegación, etc. La admiro mucho. Sólo que me aburren un montón de palabras que no expresan ni una idea. [...]

Gracias por los versos que me envías. Si te he servido para hallar un

hermoso verso, no habrá sido inútil el conocerme. El objeto más trivial produce inspiraciones sublimes, y los idilios de Teócrito que estoy leyendo ahora fueron inspirados sin duda por algún innoble pastor siciliano que apestaba de los pies. El Arte sólo es grande porque engrandece.

Te aseguro, alma mía, que en absoluto me fabrico una conciencia adaptada a mis razonamientos. No soy tan hábil. ¿Eres capaz de no creer ni en mi franqueza?

Es precisamente eso lo que me reprocho. Habrías necesitado un niño o un hipócrita. Y como no soy ni uno ni otro, te heriste al apoyarte sobre mí como sobre un bastón que se le rompe a uno en la mano, y cuya astilla penetra en las carnes.

Adiós, seco con mis labios las lágrimas de tus pobres ojos. Sé más prudente y menos primitiva, pues sabes (tú lo has dicho) que yo estaba muy corrompido, lo que bien podría ser cierto.

50

[Sin fecha]

Lo más seguro, dices, cuando se teme al fuego, es mantenerse lejos de él. Eso, al menos, es exacto; pero yo acostumbro a calentarme tanto, que me quemo las piernas, y sin embargo grito como un asno a la menor quemadura. Tengo en la piel del corazón y de las piernas manchas indelebles. Pero los cirujanos dicen que es muy difícil distinguir las cicatrices del fuego de las del frío. Los dos elementos, hielo y llama, no están quizá tan alejados entre sí como se piensa; ¿tantos grados hay de uno a otro? ¡Todo se toca! En julio nos bañamos en el río que helará mi champaña en enero, y los carámbanos que se dejan, fundidos por la primavera, darán un agua demasiado caliente para junio.

El corazón del hombre es aún más variable que las estaciones, alternativamente más frío que el invierno y más ardiente que el verano. Si sus flores no renacen, sus nieves vuelven a menudo en borrascas lamentables; cae y cae; lo cubre todo de blancura y tristeza, y cuando llega el deshielo, ¡aún resulta todo más sucio!

¡Dios mío, qué idiota soy! Me encuentro desmesuradamente estúpido, y me entristece porque soy consciente de ello. No sólo he llegado a no poder ya hablar, sino que llegaré a no poder escribir más. Es extraño cómo se taponan todas mis zanjas, cómo se cierran todas mis heridas y forman un dique frente a las olas interiores. El pus cae hacia dentro. Todo lo que pido es que nadie perciba su olor.

Y tus heridas, pobre querida mía, ¿se curan? Si soy yo quien las ha hecho, ojalá pudiera besarlas para demostrarte al menos que su vista me

hace sufrir.

Pronto iré a París un día, un solo día. ¿Me verás? ¿Quieres verme (pues dices enfáticamente que más valdría no vernos)? Si temes que mi presencia reavive tus dolores, que mi partida los duplique, ¿qué quieres que yo le haga? ¡Reflexiona sobre eso! Reflexiona larga, prudentemente. Haré al respecto lo que digas.

¿Adelanta tu drama? Por mi parte, estoy enzarzado en una multitud de lecturas que me urge acabar; trabajo cuanto puedo y no adelanto gran cosa. Habría que tener doscientos años para tener una idea de algo. Acabo de terminar hoy el *Caín* de Byron. ¡Qué poeta! Dentro de un mes aproximadamente habré acabado Teócrito. A medida que descifro la Antigüedad, me invade una tristeza desmesurada al pensar en aquella era de belleza magnífica y encantadora que pasó sin retorno, en aquel mundo todo vibrante, radiante, tan coloreado y tan puro, tan amplio y tan variado. ¡Qué no daría yo por ver un triunfo! ¡Qué no daría por entrar una tarde en Suburra, cuando ardían las antorchas en las puertas de los lupanares y resonaban las panderetas en las tabernas! Como si no tuviésemos bastante con nuestro pasado, rumiamos el de la humanidad entera y nos deleitamos en esta amargura voluptuosa. ¡Qué importa, después de todo, si sólo puede vivirse allí, si sólo puede pensarse en eso sin desdén y sin compasión!

Adiós, tuyo.

51

[Sin fecha]

La primera carta mía que recibas te dirá positivamente el día de mi llegada. En cuanto a la hora, no estoy tan seguro de ser exacto; se puede perder un tren.

Tu carta de esta mañana (he recibido dos a la vez, una del jueves y una de ayer; hablo de la de ayer) habría ablandado a los tigres, y yo, desde luego, no soy un tigre. Soy un pobre hombre bien sencillo y bien fácil y bien hombre, «muy tornadizo y diverso», cosido a retazos y remiendos, lleno de contradicciones y de absurdos. Si no entiendes nada en mí, tampoco yo mismo entiendo mucho más. Todo esto es demasiado largo de explicar, y demasiado aburrido; pero volvamos a nosotros.

Ya que me amas, te sigo amando; amo tu buen corazón, tan ardiente y tan vivo, tu corazón tan vibrante, cuya melopea interna se modula alternativamente en tiernos sollozos y en gritos desgarradores. No creía que era como es. Todos los días me asombro, y termino por creer que soy tonto, pues experimento singulares asombros viendo esos tesoros de

pasión, mina de oro que me abres para que la contemple en solitario.

Y yo también te quiero. Léela, esa palabra de la que eres tan ávida, y que no obstante te repito a cada línea. Pero cada uno, sabes, piensa, goza y ama, vive, en fin, según su naturaleza. No tenemos todos sino una jaula mayor o menor, donde toda nuestra alma se mueve y da vueltas; todo esto es cuestión de proporciones. Todo lo que nos asombra y escandaliza es lo que encanta y seduce a otros. El heroísmo de este corazón es el estado diario de aquél, y así sucesivamente. Yo a lo mejor no estoy hecho para amar, y sin embargo, siento que amo; tengo consciencia de ello, consciencia íntima y profunda. Tu recuerdo me ablanda; tus cartas me conmueven, y las abro palpitando; tu imagen me atrae allá. ¿Tú sientes todo eso? Pero quizá tengas razón; soy frío, viejo, hastiado, lleno de caprichos y de tonterías, y a lo mejor, también, egoísta. ¿Quién no lo es? Desde el bribón que machacaría a toda su familia para hacerse un consomé tónico, hasta el intrépido que se arroja bajo el hielo para salvar a unos desconocidos, ¿no busca cada uno según los apetitos de su naturaleza una satisfacción personal, que orienta en detrimento de los demás o en ventaja suya, según el objeto del acto? Pero el primer impulso es siempre del Yo, como diría el Filósofo, y converge para regresar a él. ¡Qué importa! Sea yo lo que soy o del todo distinto, no estás tratando con un ingrato. Uno se parece más o menos a un plato. Hay cantidad de burgueses que, para mí, representan la carne hervida: mucho humo, ningún jugo, nada de sabor. Llena en seguida, y alimenta a los patanes. También hay mucha carne blanca, muchos peces de río, anguilas sutiles que viven en el fango de los cursos de agua, ostras más o menos saladas, cabezas de ternera y papillas azucaradas. Yo soy como los macarrones al queso, que hacen hilos y apestan; hay que estar acostumbrado para apreciarlos. A la larga uno se acostumbra, después de haber sentido náuseas muchas veces. ¿Qué son esas tristes inclinaciones? ¿No valdría más tomar las peras que cuelgan de lo alto de los árboles, o los melones que amarillean sobre un buen estiércol?

Vivamos juntos, pues, ya que te resignas. ¿Recuerdas aquel viernes en que no fui a casa de Fidias? ¡Me lo reprochaste, corazón! Y es que presentía para ti todas las molestias que te he causado. Esas lágrimas que derramas, ya las llevaba yo en mi pensamiento como una nube de tormenta en un cielo de verano.

Siempre buena, siempre solícita, espiando todo lo que puede hacerme ilusión, me has enviado tu Volney. Te lo agradezco mucho. Mi hermano lo tiene. Pero lo que no tiene es el bonito pañuelo que estaba tan bien envuelto entre los dos tomos. Lo usaré en París; pronto me lo verás. Mira,

¿quieres que te diga algo que me pesa en el corazón? Vales más que yo, tendrías que haber conocido a otro hombre. Siento toda la inferioridad de mi papel, y siento que te hago sufrir, aunque querría poder colmarte de todo. [...]

52

[Ruán, 15 de febrero de 1847]

Has entendido mal, querida amiga, el sentido de mi carta en que te preguntaba si querías verme. No hacía la pregunta por mí, sino por ti. ¿No me has dicho bastante que te hacía desdichada?... Parece (ese efecto me produzco a mí mismo) que he sido la calamidad de tu vida. Que a uno le guste el veneno que bebe, o que lo odie, el efecto no cambia; quienes se matan con aguardiente aman el aguardiente.

Esto es, pues, lo que había pensado: «Si cree que el verme aún la pondrá peor, si una hora, un día de alegría y de lágrimas mezcladas han de dejarle aún meses amargos, una larga vida de dificultades desgarradoras, cuando no tristes, más vale que por ahora no me vea. Iré a su calle, miraré su casa y me volveré. Si la veo, mejor; si no, eso será todo». Finalmente, te he preguntado si querías curarte. Te ofrecía un medio, una oportunidad, y has creído que era la hipócrita preparación para esto: venir a París sin querer verte.

Además, no habría venido si me hubieses dicho: «Tienes razón, así es mejor». No habría habido necesidad, como me lo recomendabas el domingo en tal hipótesis, de ocultarte el día de mi presencia. No la habría habido en absoluto.

Efectivamente, Fideas me ha invitado a ir el jueves, pero no iré hasta el viernes o el sábado. Probablemente tendré que ausentarme de Ruán el miércoles por la noche. Así, si vas a contestarme antes de que nos veamos, que sea en seguida.

¡Conque vamos a vernos, pobre amiga mía! Tengo ganas de verte, pero será tan poco... ¡Vas a decir que lo enveneno todo de antemano, y que siempre hablo de la podredumbre que sufrirá la fruta, cuando apenas sale de la flor! ¡Desgraciadamente, sí! ¡Así que no tengo ni la dicha bienaventurada de los que se sientan a la mesa, alzando su vaso muy alto para que se lo llenen hasta rebosar, ni la tristeza agria, ni los sudores fríos de los que se despiertan al día siguiente en medio de los cacharros rotos y de su corazón desgarrado!

Parece que nuestro amigo Max ha estado a punto de ir a ver a Plutón. Si ha fallado, mejor para mí, y peor para él. Cuando se tiene un poco de humanidad, uno no puede evitar el desear la muerte a los que ama. ¡Y

dirán que tengo el corazón duro!

¿Por qué pensar, o decir al menos, que si me pidieras que escuchase tu drama haría oídos sordos? Eso no te lo perdono. Son ideas que te metes en la cabeza. Tu gloria me es más querida que la mía, ¡si tuviera una! Quiero decir que tengo más ganas de oír cómo te aplauden que cómo me aplauden a mí.

Adiós, mil besos en los labios.

53

[Ruán] Sábado, a las cinco [¿febrero de 1847?].

Si en vez de acusarme tanto, de insultarme, e incluso de ultrajarme, te tomaras un poco de tiempo para aguardar y reflexionar, si frenases un poco tu indomable y fogoso carácter y si tus ojos, alternativamente llenos de lágrimas o de ira, quisieran abrirse a la evidencia, verías que no soy un monstruo, ni un ser indiferente, pues a estas horas llevo ya quince días largos arreglando y preparando un viaje a París. Pero ¿para qué decírtelo siquiera? Cuando me marche seguirás sin querer oír nada.

Me recibirás llorando, y me despedirás de nuevo con una maldición en tu corazón. También tú eres demasiado injusta, eres devoradora y exclusiva. Por mucho que uno haga o diga, nada, nada. No podrás negarme que en el fondo del alma odias cordialmente a ese querido hermano, Du Camp. Es la regla: no hay mujer ni amante que quiera al amigo de su amante. Lo temen, o tienen celos de él. He conocido a algunas que estaban celosas de un perro, otras de una pipa. Todo el tiempo que se dedicaba a otras cosas parecía haberseles robado. He visto a algunas (¡e inteligentes, por desgracia!) irritarse ante el entusiasmo que mostraba uno por un libro o un cuadro... En fin, pasemos, y volviendo a Maxime, si uno de nosotros debe guardarle rencor en todo este asunto, soy yo. En lo que a ti respecta, te ha servido, en relación a mí, con una abnegación rara en un hombre sin interés en la cuestión.

Si no crees en nada de lo que sale de mi corazón, al menos creerás en la probidad más vulgar. Pues bien, este honor te declara que jamás he tenido la intención de hacerte sufrir, como me acusas de ello tan amargamente. Pero ¿por qué, en lugar de arremeter contra mí, no ves en tu sufrimiento uno de esos elementos inevitables de la vida? Que el amor traiga consigo la desgracia es tan lógico y tan eterno en cualquier parte como el relámpago que anuncia la lluvia, como el retumbar del trueno, que anuncia el rayo. Al amor le pusieron una venda, pues resultaba embarazoso representar sus ojos. Habría sido algo demasiado feo. Llevan tanto tiempo llorando, que han de estar rojos. ¡Y si al menos desde el principio hubiera

dicho yo las eternas palabras mentirosas que tanto encantan, «¡siempre!, para toda la vida», etc., frases que uno sabe que son falsas cuando se las oye decir a uno mismo, pero con las que aparentemente nos gusta embriagarnos, como si se tratase de aguardiente! Es inútil tener el corazón enfermo aún por la indigestión de ayer noche; uno trata de persuadirse de que esta vez será mejor, que esta locura cantará siempre, que este adormecimiento no sufrirá los calambres del despertar ni los tirones del cansancio. ¡Si yo me hubiera mostrado como el hombre de corazón rico, donde puede irse a beber, sin miedo de agotarla, a la fuente de las alegrías serias y de las felicidades profundas, si hubiera tratado de mostrarte las perspectivas azules que se abren ante las pasiones nacientes! Pero sabes muy bien que no, sabes bien que no. Bastante me lo reprochaste. Pues bien, me equivoqué. Es que vi demasiado lejos, que me creía más débil y más inconstante de lo que soy. Es que te quiero aún, cosa que puede parecerte singular, y que sin embargo no lo es. Pues ¿qué hay de singular en ello? ¿Dónde está lo raro? ¿Dónde no está? Si no te he preguntado detalles de las escenas con el legítimo, ¿no me habías escrito que no querías transmitírmelos por carta, que me lo dirías de viva voz? No te he prometido ir el 28 de julio, precisamente porque tenía ganas de ir. Pero ¿si no puedo, si se presenta algo de aquí a entonces? ¿Habría sido un perjurio más, verdad? Tú nunca has querido enseñarme de ti misma sino los lados hermosos, siempre me hablas de tu abnegación, de la grandeza que hay en tu vida, de los deberes que cumples, etc. ¡Está bien! Pero creo haber tenido más confianza en ti. ¿No te he desplegado acaso, uno por uno, todos los dobleces de la tela, sin ocultarte agujeros ni zurcidos? Te he iniciado en mi pasado, en mis amores de juventud, en mi familia y, cosa más extraordinaria para mí, en mis obras. Podrías escribir toda mi historia. ¿Sé acaso un solo capítulo de la tuya? No lo pido, pero es para hacerte ver que no soy tan duro, tan cerrado ni tan áspero, y aunque, para terminar, me pidas una buena brutalidad, nunca la tendrás.

¿Por qué no amarnos como debe uno amarse cuando tiene inteligencia? ¿Por qué no disfrutar simplemente del placer de estar juntos, buscarlo, escribírnoslo de vez en cuando, vernos con el rostro risueño y el corazón abierto, y que todo quede ahí? No merece la pena el no ser perfectos imbéciles, si es para vivir como locos. Cuando se quiere que un río corra más aprisa, se estrecha, se hace más profundo, pero sus aguas son turbias. Cuando se suena uno demasiado fuerte, se sangra. Cuando se zambulle uno demasiado hondo, se rompe la cabeza. Cuando se ama irracionalmente, se sufre desmesuradamente.

No soy ni un niño ni un tonto. No tengo esa adoración de mí mismo que

me reprochas en tu última nota, con un tono de abuela que le va mal a tu boca sonrosada, a tus dientes blancos y a tus hombros relucientes, y la prueba de que no soy un fanático de los tonos crudos y de las ideas absolutas es que, tanto como me gustan en arte los amores desordenados y las pasiones que gritan, tanto me gustan en la práctica las amistades voluptuosas y los galanteos sentimentales. Es posible que esto te parezca rococó o innoble. Con ardor, es posible que no resulte aburrido, y con corazón, que no sea sucio.

Adiós, un beso muy grande donde quieras, y si me guardas rencor por algo, yo te perdono todas las cartas que me escribes. Son de las que por fuerza ocultaría hasta el hombre más indiscreto, pues no me honran.

Adiós de nuevo, tuyo.

54

[Ruán] Domingo [7 de marzo de 1847].

Que no te hayas dirigido ya al amante, lo concibo. Que ni siquiera sea al amigo, es un error. Así que el hombre inteligente va a contestar con toda la inteligencia que pueda. Salí el sábado por la noche, muy tarde. Cansado, hastiado, abrumado por los tres días que había pasado en París, y jurándome no volver a poner los pies allá hasta dentro de mucho tiempo. Iba en busca de algo de aire, de distracción, y no he encontrado sino tristeza, angustias y penas de toda índole. Se me reprocha el vivir demasiado solo, el ser egoísta, exclusivo, el permanecer encerrado en mi casa, en mí mismo, y todas las veces que salgo es para ser golpeado por algo, herido por cualquiera.

En cuanto a lo que ocurrió entre nosotros el viernes, confieso que al principio me sentí desmesuradamente escandalizado al ver tu congoja, cuyo motivo no podía evitar comparar con la otra congoja que me había inundado durante todo el día. ¡Y el motivo es que me había pasado un día sin verte, que había llegado el miércoles, etc.! Cuando empecé a perder la cabeza, pues me contenía para no estallar, y te dije «hasta mañana», era para acabar, para poner término a esto. Me asfixiaba, estaba harto. La carta escrita en tercera persona que recibí el sábado por la noche acabó de decidirme a partir. Cuando hube releído tus sospechas referentes a la mujer de Fidias, me dije: «¡Es el colmo! Ya sólo faltaba eso; ¿qué hacer y qué decir ante semejantes cosas?». Si el propio Fidias te habló del asunto, estoy seguro de que no puede ser más que una broma que ha querido gastarte, o una idea súbita que se le ha pasado por la cabeza. Si esta mujer me hubiera dicho algo a los sentidos, o al corazón, o a la mente (hablo tu lenguaje, pues para mí todo eso está muy ligado), total, si la

hubiera querido, habría tratado de conseguirla, lo confieso. Como nunca se me ha ocurrido, ni siquiera en la época en que la veía varias veces por semana, ahora como entonces no existe entre nosotros más que una relación de amistad bastante vaga y una familiaridad bastante divertida. Es una criatura a la que me gusta ver, más aún de lejos que de cerca, pues de cerca todo pierde y se encoge. Me he guardado muy bien de querer ser con respecto a ella otra cosa que un analista. Pues si «me hubiera estrechado entre sus brazos», ya no la habría juzgado. Esto va dirigido a la Artista; esa mujer me parece el tipo de la mujer con todos sus instintos, una orquesta de sentimientos hembras. Y para oír la orquesta, no se coloca uno en ella, sino por encima, al fondo de la sala. Ésa es la verdad pura. Créelo, harás bien. No lo creas, tanto peor.

Ahora hablemos de nosotros. Me pides que te mande al menos una última nota de adiós. Pues bien, desde lo más hondo de mi corazón te doy la más íntima y la más dulce bendición que se pueda posar sobre la cabeza de alguien. Sé que lo habrías hecho todo por mí, que aún lo harías, que tu amor habría merecido un ángel y estoy desolado por no haber podido responder. Pero ¿es culpa mía? ¿Es culpa mía? Habría querido amarte como tú me amabas, he luchado en vano contra la fatalidad de mi naturaleza, nada, nada. El cardo sólo es bueno para los asnos, peor para quienes se acuestan sobre él como si fuera césped. Los átomos ganchudos —como habrían dicho los filósofos del siglo pasado— que hay en nosotros son repulsivos unos, atractivos otros. Los pocos atractivos que había en nuestros dos seres giraron en torbellino, y se encontraron primero. Luego llegaron los repulsivos, y subieron como una avalancha inmensa.

Amo ante todo la paz y el descanso, y jamás he hallado en ti sino disturbios, tormentas, lágrimas o ira. Te enfadaste una vez porque dije a un cochero que te llevara a tu casa, qué caras no pusiste en la cena con Max, qué andanada recibí en el tren por haber faltado a una cita, etc. Pero no te reprocho nada, no estaba más en tu mano el impedir todo esto que en la mía el no sufrir por ello, y sufrir de manera doble, sentimentalmente e intelectualmente. Las escenas que has organizado en casa de Du Camp y en el hotel, donde hiciste que te recondujeran dos veces para ver si me había marchado yo, no dejan tampoco de darme un aire bastante ridículo. Tengo la debilidad de apreciar lo decoroso. Todo el daño procede de un error primitivo; te equivocaste al aceptarme, y habría sido preciso cambiar entonces. Pero ¿se puede cambiar? Tus ideas de moralidad, de patria, de abnegación, tus gustos literarios, todo era contrario a mis ideas y a mis gustos. Siendo un hombre de fantasía ante todo, una mente desordenada,

¿podía yo acaso, a pesar del atractivo de tu persona, plegarme siempre e inclinarme ante esa estrecha ley del deber y de la regla, que colocabas ante cada cosa? Yo, un enamorado exclusivo de la línea pura, de la curva saliente, del color chillón, de la nota sonora, hallaba siempre en ti no sé qué tono anegado en sentimiento que lo atenuaba todo, y alteraba hasta tu mente. Jamás contestaste, qué digo, ni siquiera tuviste la menor compasión por mis instintos de lujo. Un montón de necesidades que me roen como parásitos, y que te mostraba lo menos posible, no excitaron en ti sino el desdén con que me aplasta el burgués. Habitualmente me paso tres cuartas partes del día admirando a Nerón, a Heliogábalo o a cualquier otra figura secundaria que converge, como lo hacen los astros, en torno a estos soles de belleza plástica. Entonces, ¿qué entusiasmo querías que tuviese por los pequeños sacrificios morales, por las virtudes domésticas o democráticas que querías que yo admirase? La explicación podría alargarse. Pero bastante penosa es para mí; la terminaré en seguida. Una vez más, ¿por qué, por qué me conociste? ¿De qué culpa es la expiación, pobre mujer? Merecías algo mejor que esto.

Si, conservando tu cuerpo, que es hermoso, y tu ingenio que es encantador, hubieras sido una mujer como las demás, capaz de amar en la medida necesaria para sazonar la vida y no para quemarla, no habrías sufrido tanto, ni yo tampoco. Cuando hubiese ido a París, habría ido a verte. Nos habríamos abrazado y vuelto a ver, viviendo como antes sin preocuparnos uno de otro. Pero no; tú creíste que yo era joven, fresco y puro. Hay gente rizada, encorsetada y maquillada que aún tiene aspecto joven. En la cama son ancianos decrepitos. Hay corazones iguales, gastados por enfermedades e inválidos debido a grandes excesos. Tú quisiste extraer sangre de una piedra. Hiciste una grieta en ella, y te han sangrado los dedos. Quisiste hacer caminar a un paralítico, todo su peso te cayó encima, y se volvió más paralítico aún.

No, no hay acritud, ni ira, ni odio, sino una profunda y triste convicción. Siempre hay un sentimiento que carece de nombre, formado por otros muchos, como esos edificios que no son de piedra sillar, ni de mampostería, ni de madera, siempre hay una abnegación dispuesta, y si no te hiere la expresión, una gratitud desmesurada. Me pides que al menos nuestros recuerdos me sugieran algo; pues bien, como la primera noche, un casto beso en la frente. Adiós, imagínate que he marchado a un largo viaje. Adiós de nuevo, conoce a otro más digno; iría hasta el fin del mundo para ofrecértelo. Sé feliz.

[Ruán] Sábado por la mañana [20 de marzo de 1847].

No he conservado, de nuestra última cita, ni irritación ni cólera. Quizá me hicieras daño, pero en cuanto a guardarte rencor, ¡nunca, nunca, no, jamás tendré contra ti la menor animadversión! Sería infame, pobre corazón mío.

Lo que me ha entristecido muy hondo, humillado si quieres, desconsolado es la palabra más justa, es que he visto más que nunca la incompatibilidad natural de nuestros temperamentos. No son las grandes desgracias las que crean la desgracia, ni las grandes felicidades las que hacen la felicidad, sino el tejido fino e imperceptible de mil circunstancias banales, de mil detalles tenues que componen toda una vida de paz radiante o de agitación infernal. De nada sirven diariamente las grandes virtudes ni los hermosos sacrificios; el carácter lo es todo. El tuyo es irritable a botes y sobresaltos. Tienes el corazón demasiado tierno, y la cabeza demasiado dura.

Me preguntas por dónde he pasado para haber llegado a este punto. No lo sabréis ni tú ni los demás, porque es indecible. La mano que tengo quemada, y cuya piel está arrugada como la de una momia, es más sensible que la otra al frío y al calor. Mi alma es igual, ha pasado por el fuego: ¿es de extrañar que no se caliente al sol? Considera eso en mí como una imperfección, como una vergonzosa enfermedad interna que he contraído por haber frecuentado cosas malsanas; pero no te desesperes, pues no hay nada que hacer. No me compadezcas, ya que no vale la pena. No te indignes: sería poco inteligente.

Quieres saber si tu imagen vuelve a menudo a mi pensamiento. Sí, con frecuencia; pero ¡qué imagen! Entristecida, llorosa, desolada, como una aparición que me persigue con su tristeza. Casi he olvidado tu risa. A lo mejor tú también.

¡Ay! ¿Por qué el cielo no te ha hecho una de esas mujeres ligeras que de la vida sólo toman el placer, que tienen en el corazón, como en el cuerpo, un órgano para gozar, sin que el funcionamiento de los demás se vea turbado? O si no, ¿por qué no viniste hace seis u ocho años? Me repito esto hasta la saciedad, pues entonces era yo el hombre que necesitabas. Tú necesitas ilusiones; te gustan. ¿Hay otra cosa que pueda gustar?

Cada día me doy cuenta de lo poco que tengo, y la profundidad de mi vacío no iguala sino a la paciencia que dedico a contemplarlo. Sin embargo, creo que hay algo que aprecio. A ti, por ejemplo, te quiero; pero cuando te veo tan distinta de mí, me digo: no, es ella. Amo el arte, y no creo en él. Me acusan de egoísmo, y no creo en mí más que en otra cosa. Amo la naturaleza, y con frecuencia el campo me parece estúpido. Amo

los viajes y detesto menearme.

Si en tu casa tienes nuevas penas, estamos a la par. Mi cuñado está volviéndose loco. También eso lo ocultamos, pero es así. No me bastaba con la desesperación a mi cabecera, la demencia va a unírsele; escoltado por ella, ¿qué papel hago yo en medio? Mi compañía es contagiosa y mala. Hago a los demás más daño que el que me hacen, y que el que tengo. Peor para los demás, pues sin duda no es intencionado. Pero lo más dulce que tengo en el corazón, y lo mejor, es para ti. Es darte moneda sucia a cambio de oro. ¿Y si sólo tengo eso? Es el dinero del pobre.

¿Cuándo nos veremos? No lo sé. Más vale, para ti, que no me veas. ¿No estás harta de vivir y de sentir?

Adiós, un beso.

56

[30 de abril de 1847]

Jamás he sido tan consciente del poco talento que he recibido para expresar ideas con palabras. Me pides una explicación franca, clara. Pero ¿no te la he dado cien veces y, me atrevo a decir, en cada carta desde hace meses enteros? ¿Qué quieres que vuelva a decirte, y que no te haya dicho ya?

Quieres saber si te amo, para cortar de una vez por lo sano y terminar francamente. ¿No es lo que me escribiste ayer? Es una pregunta demasiado amplia para contestarla con un «sí» o con un «no». Sin embargo, es lo que voy a tratar de hacer, con el fin de que dejes de acusarme de andar siempre con rodeos. Espero que hoy al menos me harás justicia. ¡Por ese lado, no estoy mimado!

Para mí, el amor no está, y no debe estar, en el primer plano de la vida; debe quedarse en la trastienda. Hay otras cosas antes que él, en el alma, que están, creo, más cerca de la luz, más próximas al sol. Conque, si tomas el amor como plato fuerte de la vida: no. Como condimento: sí.

Si por amor entiendes tener una preocupación exclusiva por el ser amado, no vivir más que por él, no ver más que a él de todo cuanto hay en el mundo, estar lleno de su idea, tener el corazón colmado de él, como el delantal de una niña que está lleno de flores y desborda por todos los lados, aunque sujete las puntas con su boca y lo abraza con las manos, sentir, en una palabra, que tu vida está ligada a esa vida y que ésta se ha convertido en un órgano particular de tu alma: no.

Si por amor entiendes querer tomar de ese doble contacto la espuma que flota encima sin remover el poso que puede estar en el fondo, unirse con una mezcla de ternura y de placer, verse con encanto y separarse sin

desesperación (cuando uno tampoco estaba desesperado al besar en su ataúd a los seres más tiernamente queridos), poder vivir uno sin el otro, puesto que uno vive separado de todo cuanto anhela, huérfano de todo lo que amó, viudo de todo aquello con lo que sueña; pero experimentar, no obstante, en estas aproximaciones, desfallecimientos que hacen sonreír, como ante un cosquilleo extraño; sentir, por último, que esto ha ocurrido porque tenía que ocurrir, y que pasará porque todo pasa, jurándose de antemano que no acusará al otro ni a uno mismo, y en medio de esta dicha vivir como uno vive, o un poco mejor, con un sillón más para reclinar en él el corazón los días de cansancio, sin que por ello deje uno de estar mucho más divertido al levantarse cada mañana; si admites que pueda amarse, y al mismo tiempo verse uno embargado por una piedad desmesurada si se comparan las admiraciones del amor con las admiraciones del arte, teniendo un desdén burlón y amargo por todo lo que te hace volver al organismo de aquí abajo; si admites que pueda amarse cuando un verso de Teócrito te hace soñar más que tus mejores recuerdos, cuando te parece a la vez que todos los grandes sacrificios (quiero decir, aquello que más se estima, la vida, el dinero) no te costarían nada, y que los pequeños te cuestan: sí.

Ay, cuando te vi embarcar, pobre amiga mía, tan linda en medio de este océano (recuerda mis primeras cartas), ¿acaso no te grité: «No, quédate en la orilla, aunque ahí tengas que vivir siempre pobre»?...

Ahora quítate de la mente esas suposiciones referentes a los influjos externos que actúan, crees, sobre mí: mi madre, Fidias, Max. No hay nada de eso, Max como los demás. Hasta ahora, no sé que nadie me haya hecho hacer algo, para bien o para mal, o que me haya dado siquiera una opinión. No me encrespo contra nada, pero es así, de la forma más natural, sin que yo sepa cómo.

En cuanto a tus discusiones con Max, debes pensar que, en todo este asunto, él iba a tu casa para servir tus intereses, no los suyos. Ha podido sentirse herido (ya que se hiere con bastante facilidad, en lo que diferimos, ves, a pesar del pacto que nos ata, como tú dices) por varias cosas vehementes que le has escrito, o incluso cansado de verse utilizado tan a menudo por mi culpa. El papel de confidente, si es honorable, no es siempre divertido, ni el de calumniado, por lo demás. El pobre muchacho te era totalmente adicto. Si se presentara la ocasión, lo sería de nuevo.

Una palabra más. Vuelves a nuestras diferencias de inteligencia, a Nerón, etc. (¡Nerón!). No hablemos más del asunto, será más prudente. Estas explicaciones, además de costarme producirlas, me hacen un daño tremendo. Sí, un daño inaudito, pues tocan demasiado cerca lo más

profundo de mí mismo.

Si esta carta te duele, si es el golpe que aguardabas, pienso que no es un golpe tan duro. ¡Tanto me rogabas que te matase! Por lo demás, acúsate solamente a ti misma. Me has pedido de rodillas que te ultrajase. ¡Pues no! Te envío un buen recuerdo.

Te equivocas al decir que soy bueno para los demás y duro solamente para ti, y tomas como ejemplo el que no guardo rencor a Fidas por todos sus manejos. ¡Dios mío, no! Puede redoblarlos, exagerarlos cuanto quiera; me reiré. ¿Qué me importa? ¿Qué le pido yo? Su compañía cuando voy a verle, él en persona; si fuese otra, ya no sería el que yo deseo.

57

Quimper, 11 de junio [de 1847].

Mi usted no expresa tan bien lo que soy para ti como el tú. Te tuteo, pues, porque me inspiras un sentimiento especial y particular, para el que busco en vano un nombre exacto, sin poder hallarlo, y si te escribo no es, como dices, porque no tengo nada mejor que hacer, pues a menudo durante el día te dedico pensamientos de afecto. Sí, pienso en ti con frecuencia: te veo, en medio de tu triste vida, más entristecida por mí, sola en tu cuartito, sola en tu casa, aislada en tu corazón, que no tiene más habitantes que hastíos y penas que yo he aumentado, Dios mío, que he aumentado. Esto es lo que me reprocho sin cesar. Pero, una vez más, ¿es culpa mía? Más adelante, si vivo, si tú envejeces, escribiré quizá toda esta historia, que ni siquiera lo es. Entonces nos parecerá acaso a nosotros mismos muy sencilla y natural. Vistas de lejos, las cosas toman proporciones regulares, y se cubren de un color normal. De cerca, en cambio, nos chocaba su discordancia y los tonos chillones que las abigarraban. Entérate, pues, de una vez por todas que jamás me he burlado de ti (jamás me he burlado de nadie, salvo de mí mismo) y que no has sido mi víctima. Creo no haber tenido aún ninguna. Al contrario, a veces yo he sido el engañado. Burlarme de ti, ¿por qué? No, tranquilízate, tranquilízate, y si dudas de mi amor, no dudes al menos de mi respeto. La palabra puede parecerte ridícula, pero es de una verdad intensa y profunda. Sí, tu amor me inspira respeto porque me parece singularmente hermoso y sobrenatural. Me acusas de orgullo; todo el mundo me juzga igual. Pues bien, acepta esta confidencia: antes que tú, nadie me ha querido. En secreto, no lo sé; pero de hecho, no, nunca. Eres la primera y la única que he visto amarme como tú, de un modo tan doloroso y por consiguiente tan sólido. Te amo con los restos de mi corazón, que otros amores han devorado hasta el último hilo, y me conmuevo con una conmiseración amarga, una ternura acre, sintiendo que

no tengo más que eso para satisfacer el apetito de tu alma. Como el oro está hueco, me acusas. Acusa a la propia vida, que es un triste placer. Me has quitado una opinión que yo tenía: y es que una mujer no podía prendarse de mí y conservar esa manía mucho tiempo, me parecía imposible. Pero preferiría haberme quedado en esa convicción. Sin embargo, siento que arrancarte de mí sería demasiado. Quédate, pues.

Quería hablarte de mi viaje, pero prefiero hacerlo sobre ti y nosotros. ¿Para qué me servirá el viaje? Para estar un poco más triste este invierno. ¡Ah, no hay sol! Luego la sombra es demasiado oscura. Olfateo el aire, aspiro el olor del espino blanco y de las aulagas, paseo a la orilla del mar, admiro los bosquecillos, los rincones de cielo lanudos, las puestas de sol sobre las olas y los fucos verdes que se agitan bajo el agua como la cabellera de las náyades, y por la noche me acuesto agotado en camas con dosel donde cojo pulgas. Ya está. Por lo demás, necesitaba aire. Me asfixiaba desde hace algún tiempo. Me preguntas si soy más feliz: no me quejo. Y si siento menos desilusiones: no siento ninguna. Francamente, he tenido pocas en la vida, pues nací con una provisión de ilusiones mediocre. Cuando se cuenta con poco, siempre se asombra uno de lo que encuentra. Mañana por la mañana, o mejor, dentro de unas horas (es tarde, todo duerme, y quizá tu también), salimos para Brest, donde no llegaremos hasta dentro de quince días, después de haber recorrido cerca de ochenta leguas a pie por la orilla del mar. Así que te escribiré en Brest; será una carta muy larga, espero.

Adiós, querida amiga, adiós, te beso en los ojos para enjugarlos si lloran.
Amistosos recuerdos de Max.

58

Saint-Brieuc, 7 de julio [de 1847].

Esperaba carta en Brest; nada. ¿Tendré más suerte en Saint-Malo? ¿Qué pasa? ¿Estás enferma? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Por qué este silencio? ¡Al menos tenías que haberme advertido! Si crees que mi amor se preocupa poco por ti, no obstante sería generoso y justo pensar que mi amistad puede inquietarse. ¿Has querido olvidarme mediante el silencio? ¡Al menos una palabra! Una palabra que me diga: «Ya no quiero pensar en ti, adiós». Yo no habría dicho nada. ¿Ha vuelto a herirte mi última carta? ¿Te ha ofendido de nuevo? Toda mi conducta para contigo es como la de un cirujano que atendiese a sus enfermos con guanteletes de hierro. Cada vez que me acerco a ti, te desgarró; entonces, retrocedo y me llamas —al menos me llamabas—, y me quedo, impotente y triste, mirando el daño que no puedo evitar y que lloro por no poder aliviar. Pues sí, si en mi

corazón hay alguna dulzura, es para ti. Querría que fueses feliz. El hombre con el que sueño para ti, iría a buscártelo al cielo, si allá estuviese escondido, y si hubiera una escalera para subir. Ahora, con frecuencia, mientras camino en silencio durante horas enteras, bien por los senderos del campo, en medio de los trigales, bien arrastrando los pies por la arena, y escucho cómo se rompen las conchas bajo mis zapatos y cómo sopla el mar su cadencia allá fuera, vuelve a mí tu idea, me sigue, me acompaña. Evoco tu rostro, me pregunto qué haces, qué piensas, si es la hora en que sales... y luego, como mi pensamiento vuelve de ti hacia mí, me pongo más triste, más sombrío, me emociono... y añado para mí: ¡vamos! a lo mejor hace un rato ha compuesto un bonito verso, y lo relee entusiasmada, feliz, al menos en este minuto. ¡Que los demás transcurran iguales para ella! Si volviese a verte ahora, me parece que te explicaría un montón de cosas que se me ocurrirían y entenderías, y entonces ya no me acusarías, ya no llorarías. Si te he hecho daño, si he abierto en ti, en vez de esa fuente de alegría que el amor extrae de los corazones más áridos, el lago lúgubre de las desesperaciones latentes, si al querer apoyarte sobre mí para asentar tu alma no has hallado sino dolor y amargura, si te he mentido, finalmente, si soy la desilusión de lo que creías, ¡no estés resentida conmigo, no lo estés! Jamás quise herirte; jamás, ni siquiera en el fondo, ni siquiera en el rincón oscuro para todos, he albergado una inclinación perversa contra ti; y si he sido duro, es porque estoy enfermo, vaya. Dolorido, amargado, la vida me desloma como un trote demasiado duro que destroza los riñones. El único momento en que no sufro es cuando estoy solo. Los mejores afectos con frecuencia me irritan desmesuradamente. Por mucho que me aguante, sale demasiado.

Creo que la gente tiene razón al considerarme intolerante; pero no sabe, en compensación, todo lo que tolero sin decir nada. Adiós, amiga mía, adiós. Estaré en Rennes dentro de diez días, y no sé cuando volveré. ¿Quieres que te bese, eh? Bien, pues si aún temes que te excite, te beso en la mano, y aparta la cabeza.

59

Pontorson, miércoles, una de la tarde [14 de julio de 1847].

Te mando, querida amiga, una flor que cogí ayer al ponerse el sol en la tumba de Chateaubriand. La mar estaba hermosa, el cielo sonrosado, el aire tibio, era uno de esos grandes atardeceres de verano, llameante de colores, de un esplendor tan inmenso que resulta melancólico. Una de esas tardes ardientes y tristes como un primer amor. La tumba del gran hombre está sobre una gran roca, frente a las olas. Dormiré con su ruido,

él solo, a la vista de la casa donde nació. Apenas he pensado más que en él todo el tiempo que he pasado en Saint-Malo, y esa idea de preocuparse por la propia muerte, y reservar el sitio de antemano para el más allá de aquí, que me resultaba bastante pueril, me pareció allá muy grande y muy hermosa, lo que me ha hecho dar vueltas a esta cuestión que no he resuelto: «¿Hay ideas idiotas y grandes ideas?». ¿Acaso no depende de cómo se lleven a cabo?

Tu historia del presidiario me conmovió hasta la médula de los huesos, y ayer, durante todo el día, pensé en ella con tal intensidad que volví a recorrer paso a paso toda su vida. A lo mejor la reconstruí tal como fue. (Así como me ha ocurrido el acertar, al escribir un capítulo de cortesía, como decían antaño, diálogo y poses, con una fidelidad tan exacta, aunque yo no había visto nada semejante, que un amigo casi se desmaya al leerlo, pues resultaba ser su historia.)

Pero, volviendo a nuestro hombre, ése sí que debe encontrar el estado social no muy a su gusto. ¡Pobre diablo! Me lo imagino al atardecer, a la hora en que todos regresan, a las seis, cuando se les cachea. ¡Cómo soñará con París, con su vida de antaño, con los teatros que se abren a esa hora, con los quinqués de candilejas y con la mujer que vio en ese ambiente, y por la que se abrió su abismo!

Sí, me habría gustado verlo en Brest, y además siempre es beneficioso el trato con esos hombres. La gente que medita, o sea, los champiñones intelectuales que se pudren en su sitio, como yo, hacen bien de vez en cuando en acercarse al fuego. Hace que despidan su jugo, luego quedan aún más secos.

El contemplar una vida que una pasión violenta —de la índole que sea— ha vuelto miserable es siempre algo instructivo y altamente moral. Eso rebaja, con una ironía aullante, tantas pasiones banales y manías vulgares, que uno queda satisfecho al pensar que el instrumento humano puede vibrar hasta ese extremo y subir hasta tonos tan agudos.

Pero lo que también me ha conmovido es que tú recibieras su carta y pensases que era mía. Lo he comprendido, sí, y lo que tú experimentaste. Te beso en el corazón, por el dolor que sentiste.

Ha habido un malentendido entre nosotros. Creo que yo te había dicho sucesivamente que esperaba cartas tuyas en Brest, en Saint-Malo, en Rennes. Así que estaré de nuevo en Rennes dentro de cuatro o cinco días, y luego en Fougères, en Caen y en Trouville. Volveré a Croisset para añorar mi viaje, como siempre ocurre. Voy a tratar, este invierno, de trabajar bastante violentamente. Tengo que leer a Swedenborg y a Santa Teresa. Dejo para después mi *San Antonio*. ¿Qué le vamos a hacer?

Aunque nunca conté con hacer algo bueno al respecto, más vale no escribir nada que ponerse a la obra mal preparado.

Tengo curiosidad por ver tu drama. ¿Cuándo piensas presentarlo? Ya que hablamos del oficio, voy a darte eso que llaman un consejo de amigo, y de un amigo que por desgracia sabe de qué está hablando. Si Beauvallet viene a Ruán e interpreta tu *Charlotte Corday*, creo que, vista la inteligencia de mis conciudadanos, será, como suelen decir, un fiasco, o sea, que no irá nadie o que habrá pitada. Que pregunte Beauvallet a todos sus compañeros; si son sinceros, y le dicen lo contrario, ya puede ahogarme el Diablo. Porque: 1.º, en Ruán pitan todo lo que está en verso; 2.º, todo lo que es hermoso; 3.º, sólo triunfan las marranadas.

Ésa es mi opinión, y tan profundamente anclada en mi ser, que si alguna vez escribiese algo para el escenario, prohibiría que se representase en el teatro de mi patria chica.

En cuanto a mi viaje, habíamos empezado a escribirlo, pero esta forma de avanzar nos habría exigido seis meses, y tres veces más dinero del que tenemos. Y ésa es otra herida que te he ocultado, pero que en mí está viva. ¿Cuánto tiempo seguiré así? Al infierno el porvenir. [...]

Adiós, tuyo.

Ex imo.

60

La Bouille, viernes por la noche [6 de agosto de 1847].

Recibo de Croisset su carta de anteayer. Otra vez lágrimas, recriminaciones y, lo que resulta más raro, insultos. Y todo eso porque no acudí a una cita que no había prometido.

Me dirá usted que estaba entendido tácitamente entre nosotros que yo debía acudir. Pero ¿y si no pude, y si había motivos que no podía usted conocer? ¡Mientras que, en la ira egoísta de su amor, me envía usted cosas tan hermosas! Finalmente, si hubiera obstáculos, obstáculos insalvables... ¿No importa, verdad? A usted le preocupa muy poco todo lo que me ocurre. ¿Qué importa el estado en que me hallo? Desde el momento en que no lo dejo todo por usted, tengo la culpa, la culpa, siempre la culpa.

¡Ay, Louise! Dice que me compadece. Yo la compadezco también, pues me ha enseñado algo triste: y es que hay tanta amargura y miserias en el amor feliz como en el amor desdeñado.

Gota a gota, me las ha destilado todas, de manera, se lo juro, que no perderé su recuerdo. No acepta el sentimiento que usted me inspira, esa compasión insultante que, según usted, sólo procede del remordimiento.

Habla usted, ¡ay!, con un sordo. No creo en el remordimiento. Es una palabra de melodrama que jamás consideraré auténtica.

Declara usted que al menos debía yo enviarle flores el 29 de julio. Sabe muy bien que tampoco admito los deberes. Al querer golpear demasiado fuerte, golpea mal. Sin embargo, no me río de todo esto, como usted se figura, pues hace tiempo que ya no me río, y con razón. Desde hace quince días, sobre todo, he experimentado tales cosas que he perdido la costumbre de reír, al menos de momento. Quizá vuelva.

Me parece, no obstante, que la carta que le escribí de Saint-Malo era afectuosa y buena. Parece ser que no. A lo mejor me equivoco.

Después de todo, es usted como las demás, como todo el mundo. Por mucho que haga cuanto puedo, siempre hiero. ¿Y a mí? Ah, pero siempre se supone que no. Es como un hombre que, al caerse de una torre, aplasta a otro en su caída: compadecen mucho al aplastado, pero a aquel que, al aplastar, quedó quebrado por el golpe, ¡bah! ¡era culpa suya!

En cuanto a la carta de Fougères, no la he recibido. Había dicho que la remitieran a Trouville. En Trouville no estaba. Escribí ayer para conseguirla. Volví rápido, a toda prisa, y por consiguiente no pude tenerla. Volvimos quince días antes de lo que primitivamente debíamos, pues me había escrito mi madre que regresase lo antes posible. La región está infestada de enfermedades infantiles. Ha escapado de Croisset y se ha alojado aquí, en un cuchitril en el que tengo la dicha de hallarme. De un momento a otro, espero ver a su criatura reventar como un petardo. Lo creo porque lo temo, y las cosas que temo suelen realizarse. Por eso ha vuelto Max tan aprisa a París, justo el 29, sin que hubiera para ello la menor intención irónica, puede estar bien segura. No tengo ánimo para ironías, visto el apuro en que me hallo sumido. Todo se rompe en las manos en un instante, parientes, amigos, dinero, y usted, ¡usted con quien contaba siempre!

Me pide un olvido absoluto. Podría darle pruebas; pero que en el fondo sea así, no... No ha podido usted resignarse a aceptarme con las debilidades de mi situación, con las exigencias de mi vida. Yo le había dado el fondo. Usted quiere, además, lo de encima, la apariencias, los mimos, la atención, los desplazamientos, todo lo que me he matado tratando de explicarle que no podía darle.

¡Sea como usted quiera! Si me maldice, yo la bendigo, y mi corazón vibrará siempre al oír su nombre.

Cree que tampoco festejé el aniversario el miércoles, y que no pensaba en ello. Adiós.

61

[La Bouille] Martes por la noche [10 de agosto de 1847].

¡Gracias, gracias por tu carta del domingo! Sentí en el alma un bienestar inaudito, y tuve un arranque de ternura que me llevó hacia ti por entero.

Mentalmente, me arrojé a tus brazos, a tu corazón; ¡habría querido estar en ellos! No me juzgues por las apariencias. Contrariamente a muchos que son menos de lo que aparentan, yo soy quizá más de lo que dice el exterior. ¿Qué haré con tu amor, «con ese pobre amor»? Pues lo conservo, cuento con él. Trata de que no te haga tanto daño a ti, eso es lo que pido y deseo. Modera esa violencia de pasiones, ese arrebató de carácter que ya te ha hecho sufrir tanto; hazte vieja para mi vejez.

Si te parezco tan duro es porque me han golpeado mucho y tengo callo en cantidad de sitios sensibles. Si te parezco tan frío es porque estoy ya muy quemado, y no es sorprendente que el carbón no arda ya tan fuerte. Sobre todo ahora me ocurren varias cosas enojosas. A veces me molestan los nervios (¡sin embargo, es la enfermedad de la gente sensible!). Un amigo, del que te he hablado poco porque ahora apenas nos vemos —me dejó, se ha casado—, al que quise sin medida en mi juventud, y al que estoy profundamente ligado, está enfermo de un mal incurable. Veo que va a morir. He vivido mucho con él, y si alguna vez escribo mis Memorias, su puesto en ellas, que será amplio, no será sino un ancho lado del mío. Y además, y también, líos domésticos muy tristes, y para colmo deudas.

Con todo, leo a Santa Teresa y al doctor Strauss. Tengo ganas acuciantes de ir a vivir fuera de Francia. Me vuelven, a bocanadas, apetitos de peregrinaciones desmedidas. «Ay, ¿quién me dará las alas de la paloma?», como dice el salmista. Si tuviera esas alas, iría hacia ti, querida y buena amiga, iría, aunque no fuese más que por ti. Pero sería por mí también, pues te deseo a menudo y pienso en ti a diario. ¡Si supieras qué encadenado estoy aquí! ¡Ay, las dulces tiranías! ¿Por qué, cuando estamos juntos, nuestros caracteres y nuestras ideas chocan siempre? Hay algo ahí que no depende de nosotros, y que es amargamente fatal. Trataremos de arreglarnos mejor, ¿verdad?

Deja que te bese por tu amor, por tu buen corazón. No tengas más iras de ésas que me afligen y me irritan. Adiós. Un largo beso en tus senos.

Tuyo.

62

[La Bouille] Domingo, once de la noche [29 de agosto de 1847].

[...] Mejor para ti, que por fin se haya marchado el legítimo. Hay gente cuya presencia asfixia. Me alegro por ti de esa liberación. En efecto, no

son las grandes desgracias las que deben temerse en la vida, sino las pequeñas. Temo más los alfilerazos que los sablazos. Igualmente, no se necesitan en todo momento abnegaciones y sacrificios, pero siempre nos hacen falta, por parte del prójimo, apariencias de amistad y de afecto, atenciones, en fin, buenos modos. Compruebo muy cruelmente lo cierto que eso resulta en mi familia, donde soporto ahora todos los fastidios y amarguras posibles. ¡Ay, el desierto, el desierto! ¡Una silla turca! ¡Un desfiladero en la montaña, y el águila que grita en una nube! ¿Has visto alguna vez, mientras paseabas bajo los acantilados, colgada de lo alto de una roca, una planta esbelta y retozona que derramaba sobre el abismo su cabellera oscilante? El viento la sacudía como para arrancarla, y ella se tendía en el aire como para marcharse con él. Una sola raíz imperceptible la clavaba a la piedra, mientras que todo su ser parecía dilatarse, irradiarse en derredor para volar a alta mar. ¿Y si un viento más fuerte se la lleva un día, qué será de ella? El sol la secará sobre la arena, la lluvia la pudrirá en jirones. Yo también estoy atado a un rincón de tierra, a un punto circunscrito en el mundo, y cuanto más atado me siento a él, más me vuelvo y revuelvo con furor hacia el sol y el aire. (Me acusas en tu corazón de no tener siquiera ganas de verte. Pero, aunque no se tratase de ti, de cualquier parte que me viniera, ¿crees que un poco de amor no me iría bien?) Y me pregunto: cuando esté rota toda ligadura, cuando haya lanzado sobre mi ciudad la maldición del adiós, ¿a dónde iré?

¡Si supieras, después de todo, qué vida es la mía! Cuando bajo por la noche después de una jornada de ocho horas de tarea, con la cabeza llena de lo que he leído o escrito, preocupado, a menudo irritado, me siento a cenar frente a mi madre que suspira pensando en los sitios vacíos, y la niña se pone a gritar o a llorar. Ahora tiene a menudo, en medio de sus indisposiciones, ataques de nervios mezclados con alucinaciones como las que yo tenía; y ahí estoy yo, método poco curativo para mí mismo; y, para terminar, otras mil cosas más.

Mi hermano y su mujer se portan más o menos con la mayor indelicadeza posible. He optado por tragármelo todo, para hacer creer a los demás que las píldoras son buenas, pero las hay duras de digerir. Todo esto me ofrece, en ocasiones, aspectos bastante grotescos que disfruto estudiando; es, al menos, una compensación. Por último, mi cuñado ha vuelto repentinamente de Inglaterra en un estado mental deplorable. Juega con su hija de modo que va a matarla (cosa que espero) y mi madre está en una perpetua angustia, de manera que siempre hay que estar aquí, con él, con ella o con ellos.

No sé por qué he tenido la flaqueza de hablarte de estas miserias, pobre

ángel mío, como si no tuvieras bastante con las tuyas. Hablemos, mejor, de ti. ¿Cuándo estará terminado por fin tu drama? ¿Cuándo reúnes a tu Comité para leérselo? ¿Sigues contando con Rachel?

Vas a ir al campo con Henriette. A menudo pienso en esa niña. Me parece que es algo mío, y que soy un poco pariente suyo. Le deseo mucho césped, y mariposas. [...]

Adiós, querida, un beso muy fuerte. Ponlo donde quieras, y que ahí se quede.

63

Croisset. Viernes, once de la noche [17 de septiembre de 1847].

[...] He hojeado el libro de Thoré. ¡Qué charlatanería! ¡Qué feliz me considero viviendo lejos de todos esos tipos! ¡Qué falsa instrucción! ¡Qué chapeado, qué vacío! Estoy cansado de todo lo que se dice sobre el Arte, sobre lo Bello, sobre la idea, sobre la forma; es siempre la misma canción, ¡y qué canción! Cada vez me da más pena esa gente y todo lo que se hace ahora. Cierto es que ahora me paso todas las mañanas con Aristófañes. Eso sí que es hermoso, inspirado e hirviente. Pero no es decente, no es moral, ni siquiera es decoroso; es sencillamente sublime.

Desde arriba del Arco de Triunfo, los parisinos no parecen altos, ni siquiera los que van a caballo. Cuando uno está encaramado en la Antigüedad, tampoco los modernos le parecen muy elevados de estatura. Cuando me analizo al respecto, no creo que haya en mí sequedad ni endurecimiento, en esa restricción gradual de mis admiraciones. A medida que me aparto de los artistas, me entusiasmo más por el Arte. Llegaré por mi propia cuenta a no atreverme más a escribir una línea, porque de día en día me siento cada vez más pequeño, flaco y débil. La Musa es una virgen con el virgo de bronce, y hay que ser un barbián para...

No, el espanto del pobre artista ante la belleza, si es impotencia, no es ni dureza ni escepticismo. La mar parece inmensa vista desde la orilla. Sube a la cima de las montañas, y resulta mayor aún. Embárcate sobre ella, y todo desaparece; ¡olas, olas! ¿Qué soy, en mi pequeña chalupa? «¡Amparadme, Dios mío, la mar es tan grande y mi barca es tan pequeña!» Lo dice una canción bretona, y yo también lo digo, pensando en otros abismos. [...]

[Croisset] Sábado, dos de la madrugada [octubre de 1847].

[...] ¿Cómo estás, querida amiga? ¿Qué tal el cuerpo y el alma? ¿Pegaso y el cocido? Quiero decir el Arte y la vida. He sentido mucho por ti el embarazo de Rachel. ¿Qué decides? Si he de darte un consejo, es que

esperes a que haya parido su criatura para entregarle la tuya. Casi no hay ejemplos de una comedia representada por ella que haya fracasado. Si tu obra triunfa sin ella, con ella será más completo el éxito; si ha de fracasar, su ayuda siempre la hará vivir algún tiempo. Por otra parte no tengo, cuando reflexiono sobre ello, y sueño a menudo al respecto, nada verdaderamente sólido que comunicarte sobre eso. Consulta a la gente avezada a las suertes dramáticas. Sobre éxitos y fracasos predecibles no entiendo ni jota. Tendría en el bolsillo el *Hamlet* de Shakespeare y las *Odas* de Horacio, y vacilaría en publicarlas. Pero todo el mundo no tiene por qué tener mis prejuicios sobre la inteligencia del público. Me pides datos sobre nuestro trabajo, de Max y mío. Has de saber que estoy agotado de escribir. El estilo, que es algo que me tomo a pecho, me sacude los nervios horriblemente. Me lleno de despecho, me carcomo. Hay días en que me pone enfermo, y de noche tengo fiebre. Cada vez me siento más incapaz de expresar la Idea. ¡Qué manía tan rara, pasarse la vida consumiéndose a propósito de palabras y sudando todo el día para redondear frases! Hay veces, es cierto, en que se goza sin medida; pero ¡con cuántos desánimos y amarguras se paga ese placer! Hoy, por ejemplo, he dedicado ocho horas a corregir cinco páginas, y me parece que he trabajado bien. Juzga lo demás; es lamentable. Sea como fuere, acabaré este trabajo, que por su objeto mismo es un ejercicio duro, y el verano próximo veré de intentar *San Antonio*. Si no funciona desde el principio, dejo plantado el estilo para dentro de largos años. Me dedicaré al griego, la historia, la arqueología, lo que sea, en fin, cualquier cosa más fácil. Pues demasiado a menudo encuentro estúpido el esfuerzo inútil que hago.

Pues esto es lo que hacemos. Este libro tendrá doce capítulos. Yo escribo todos los capítulos impares, 1, 3, etc., y Max los pares. Es una obra, aunque de una fidelidad exactísima en cuanto a las descripciones, de pura fantasía y digresiones. Al escribir en el mismo cuarto, no puede ser de otro modo sino que las dos plumas se mojen algo una en la otra. La originalidad diferencial acaso pierda. Sería malo para cualquier otra cosa, pero aquí el conjunto gana en combinaciones y en armonía. En cuanto a publicarlo, sería imposible. Creo que no tendríamos como lector más que al procurador del rey, debido a ciertos comentarios que bien podrían no gustarle. Cuando esté copiado y corregido, te prestaré mi ejemplar. Si te aburre, no lo leas, pero te ruego que no lo tires al fuego; es una debilidad mía.

Acudiré a tu estreno, como creo te había prometido, y porque me invitas. ¿Dudas del estremecimiento que sentiré al subir el telón? Iré de todos

modos y de cualquier manera, salvo alguna imposibilidad cuya hipótesis no puedo siquiera prever. [...]

Adiós, vieja amiga.

Dime que estás, si no feliz, al menos tranquila. La felicidad es una mentira cuya búsqueda causa todas las calamidades de la vida. Pero hay paces serenas que la imitan, y que a lo mejor le son superiores.

Adiós de nuevo, te estrecho tiernamente las manos, por dentro, y te beso en el alma. Tuyo.

65

Croisset, jueves por la noche [octubre de 1847].

Ya está aquí el invierno, el viento es frío, el campo reviste su abrigo de bruma; es la estación en que vuelve a encenderse el fuego y en que vuelven a empezar las largas horas de la tarde, que pasamos viéndolo arder.

Cuando voy a ir a acostarme y contemplo desde mi sillón los últimos carbones que se apagan, te dedico, antes de dormirme, un pensamiento bueno y largo que te envío sin que lo sepas, y que parte de mi corazón como un suspiro.

De noche experimento una tranquilidad suprema. A la luz de las velas estudiosas, la inteligencia se enciende y brilla con más claridad. Ahora sólo vivo bien a su fulgor tranquilo. Durante todo el día me encuentro un poco enfermo, siempre irritado; además, ahora escribo, y tengo tan poca costumbre, que me pone en un estado de permanente acritud, y siempre estoy a disgusto con lo que hago. La idea me estorba, la forma se me resiste. A medida que estudio el estilo, me doy cuenta de lo poco que lo conozco, y a veces tengo desalientos tan íntimos que me veo tentado de dejarlo todo plantado, y ponerme a hacer cosas más fáciles.

¡El Arte! ¡El Arte! ¡Qué abismo! ¡Y qué pequeños somos para bajar a él, sobre todo yo!

Me consideras, en el fondo de tu alma, un ser bastante malvado, dotado de un desmesurado orgullo. Pobre amiga mía, si pudieses asistir a lo que en mí ocurre, me compadecerías al ver las humillaciones que hacen sufrir los adjetivos y los ultrajes con que me abruman los *que* relativos.

Leerás este viaje cuando esté terminado y copiado. Existirán dos copias: te prestaré la mía. Pero aún le falta para estar acabado. No será, creo, antes de seis semanas.

Desde hace cuatro días he escrito tres páginas, y detestables, flojas, blandas, aburridas. Ya ves que no voy aprisa. El único mérito de este trabajo es la ingenuidad de los sentimientos y la fidelidad de las

descripciones. Sería impublicable, a causa de las excentricidades humorísticas que se cuelan en él a nuestras espaldas. Nos despedazaría toda la gente decente que hay en la prensa, o al menos que finge serlo. Y del drama de *Madeleine*, ¿qué hay de nuevo? ¿Para cuándo la lectura? ¿Para cuándo el registro? ¿Hacia qué época crees que se estrenará? Eso es sobre todo lo que me interesa. Tenías también otros proyectos dramáticos; cuéntamelos.

¡Cómo te compadezco por el regreso del legítimo! Después del hastío de no vivir con la gente a quien se ama, lo peor que hay es vivir con la que no se ama. Ten paciencia y deslígate de lo contingente, como ante el Filósofo. Adiós, un beso. ¿Dónde? Pues sobre el corazón.

66

[Croisset, 7 de noviembre de 1847]

Caes en esa manía de los padres que, buscando una causa para las calaveradas de sus hijos, la hallan invariablemente en la influencia que ejerce sobre ellos algún sinvergüenza que conocen, y que la mayoría de las veces es completamente ajeno a todos esos hechos cuyo origen se le atribuye. ¡Siempre Du Camp! ¡Du Camp eternamente! En ti se está convirtiendo en una enfermedad crónica. Francamente, me tomas por un imbécil. ¿Crees que sólo obro con permiso suyo? Desengáñate. Primero, entérate de que cuando está aquí no lee en absoluto tus cartas —además, ya hace algún tiempo que no está—, y, en segundo lugar, que aún conservo un poco de mi libre arbitrio. En cuanto a la conducta que ha tenido para contigo, dejó de tratarte a raíz de una carta en que le reprochabas el no haber querido recibirte a una hora en que tenía a una mujer en su casa. Cuando uno se dedica a sus asuntos, se dedica mal, ordinariamente, a los de los demás. Es lo que ha ocurrido. Si él no hubiera tenido por su lado una relación, quizás habría sido más sociable y más paciente. Pero, en el fondo, consideraba que le dabas muchas ocupaciones. Si ha tenido otro motivo para romper contigo, no me lo ha dicho. Ahora bien, en cuanto a que él te haya perjudicado frente a mí, desengáñate: jamás me ha dado al respecto consejo ni opinión alguna. Al contrario, siempre me ha dicho que me querías mucho. Ésta es la verdad pura y simple. No hablemos más de ello, si te es indiferente.

Te dije que iría a ver tu drama. Iré. Si quieres mandármelo para que lo lea, envíamelo a fines de este mes. Habré acabado con mi viaje, y podré estudiarlo con más calma.

Estás tan dispuesta a tomarlo todo a mal, que en esa expresión «vieja amiga», que en mi ánimo era afectuosa, ves una intención irónica, y me lo

repites para hacérmelo sentir. Añades que me molestaría saber que tienes esa paz de espíritu que te deseo. ¡Ah, qué mal me conoces! Apenas me conoces. Dicen que el primer amor es el más fuerte. Me acuerdo de él, aunque se trate de una historia muy antigua, de algo tan viejo que me parece que no fui yo quien lo tuve. Pues bien, en aquel entonces, si la mujer que amaba me hubiera ordenado recorrer treinta leguas para buscarle un hombre, habría salido corriendo, y su felicidad me habría hecho dichoso. Cierto es que jamás he sido celoso, y que siempre me han acusado de no tener alma. ¿Y tú crees que ahora, ahora, después de todas las lluvias que me han curtido el pellejo, te atormento por gusto, me doy tono y hago muecas? ¡Por Dios que no! Y aunque tuviera la intención, me faltaría valor. No soy ni casto ni fuerte, sino débil y maleable. ¡Ojalá, por el contrario, fuese insensible! No habría tenido otra vez esta noche, durante media hora larga, velas que me bailaban ante los ojos y me impedían ver.

Charlar de Arte como con alguien indiferente, dices. ¿Acaso tú charlas de Arte con los indiferentes? ¿Consideras el tema como del todo secundario, como algo divertido, entre la política y las noticias? ¡Yo no, yo no! Estos días he vuelto a ver a un amigo que vive fuera de Francia. Fuimos criados juntos; me habló de nuestra infancia, de mi padre, de mi hermana..., del colegio, etc. ¿Crees que le hablé de lo que me toca de más cerca, o de más alto al menos, de mis amores y de mis entusiasmos? ¡Precisamente lo evité, vive Dios!, pues lo hubiera pisoteado. La mente tiene sus pudores. Me aburrí, y deseaba que se fuese al cabo de dos horas, lo que no impide que le tenga afecto, que le quiera mucho, si a eso se llama querer. [...]

¿Quieres que sea sincero? Pues voy a serlo. Un día, el día de Mantes, bajo los árboles, me dijiste «que no cambiarías tu felicidad por la gloria de Corneille». ¿Lo recuerdas? ¿Tengo buena memoria? ¡Si supieras qué hielo me derramaste en las entrañas, qué estupefacción me causaste! ¡La gloria, la gloria! Pero ¿qué es la gloria? No es nada. Es el ruido exterior del placer que nos da el Arte. «Por la gloria de Corneille»; pero ¿y por ser Corneille? ¿Por sentirse Corneille?

Además, siempre te he visto mezclar con el Arte montones de otras cosas, el patriotismo, el amor, qué sé yo, un sinfín de cosas que, para mí, le son ajenas y que, lejos de agrandarlo, a mi juicio lo estrechan. Ése es uno de los abismos que hay entre nosotros. Tú lo abriste y me lo mostraste.

Sí, cuando te conocí, de inmediato estuve dispuesto a amarte; te amé. Después de haberte conseguido, no sentí el fastidio que los hombres aseguran infalible, y me vi empujado hacia ti con todo mi corazón y con

todo mi cuerpo. Pero, cada vez que me acercaba, surgía un debate, una querella, un enfurruñamiento, una palabra que te ofendía, una aventura, por último, que al desenterrarse, como una espada de dos filos, nos hacía sangrar a ambos. No puedo pensar en ti, y en los mejores recuerdos que de ti proceden, sin que se estropeen en seguida al mezclarse con ellos la idea de uno de tus sufrimientos. Cuando iba a París, te hacía llorar mi partida; ahora estás resentida porque no voy. Llegas al extremo de odiarme a través de tu amor. Al menos, así lo querías. Pues, si has de ser menos desdichada con ello, ¡que ocurra! En otra edad y bajo otras circunstancias, quizás habríamos bebido la copa vertiendo en ella menos hiél. Pero en lo tocante al corazón, nos hemos conocido ya más que maduros, vieja amiga, y hemos congeniado mal, como los que se casan de viejos. ¿De quién es la culpa? Ni de uno ni de otro; de ambos, quizá. No has querido comprenderme, y yo acaso no te he comprendido a ti. En ti he chocado con muchas cosas; y con frecuencia me has lastimado muchísimo. Pero estoy tan habituado, que ni me habría dado cuenta, si tú misma no me hubieses advertido de todos los golpes que te asestaba. Sin embargo, es lamentable, pues me gusta tu rostro, y todo tu ser me es dulce. ¡Pero estoy tan cansado, tan aburrido, tan radicalmente impotente para hacer feliz a nadie! ¡Hacerle feliz, ah, pobre Louise, hacer yo feliz a una mujer! Ni siquiera sé hacer jugar a una criatura. Mi madre me quita a su pequeña cuando la toco, pues la hago llorar, y es como tú, quiere venir conmigo, y me llama.

Sí, me cierro, me apago, mi memoria se va de día en día. Descubro que ignoro del todo muchas cosas que supe perfectamente. Si mi gusto aumenta, escribo cada vez con mayor dificultad. La frase no fluye, la arranco y me hace daño al salir.

Con relación al arte, he llegado a lo que se siente con relación al amor, cuando se han pasado ya algunos años meditando sobre estas cuestiones. Me espanta. No sé si está claro; creo que sí.

Despierta, pues, tu sentido crítico, y tómame por el lado ridículo; en mí es ancho. ¿Estás decidida? Te facilitaré ese estudio, a mí mismo me divertirá. Será la contrapartida de todos los himnos que me he cantado en mi alabanza, y cuando llegue el día en que ya no sea nada para ti, escríbelo, como dices, sin rodeos y sin remilgos; a partir de ese día empezará una nueva fase.

Addio, carissima.

Mañana salgo para Ruán, y le envío esta carta. Digo «le», pues el tuteo, por lo visto, ha pasado de moda; usted lo quiere así. Le escribo, pues, desde aquí, en mi mesa vacía, pues todo está ya embalado y enviado. Me queda una gota en mi tintero, una pluma consumida en sus tres cuartas partes y una hoja de papel. Lo dedico todo a su recuerdo. ¿No es galante? ¡Usted, que me acusa de ser tan zafio! Después de todo, con ello demuestra su sentido común, al compartir la opinión general. Pero sepa, querida Louise, que me ha ofendido un poco la categoría en que me coloca en su última carta, y ofendido de dos formas: primero, en mi pequeña vanidad masculina, y luego en la estima que siento por su inteligencia. Expongo las cosas cronológicamente. «En el mundo de los estudiantes, de los vividores, de los blasfemos y de los fumadores», dice usted. Fumador, pase: fumo, refumo y sobrefumo cada vez más, por la boca y por el cerebro. Blasfemo, aún es algo cierto; pero juro tan por dentro, que lo poco que se oye debe perdonárseme. En cuanto a lo de estudiante, me humilla. ¿Dónde diablos ha visto usted que tenga yo, o haya tenido, aspecto de estudiante? Jamás habrá sido, supongo, por la alegría o las costumbres. ¿Sabe que en la época en que soportaba ese título no aceptaba la posición, yo que vivía solo en mi triste cuarto de la calle De l'Est, que bajaba una vez por semana al otro lado del río para ir a cenar?, ¡y aún! ¡Yo que me pasé así dos años rugiendo de ira y recociéndome de tristeza! ¡Oh, mi buena vida de estudiante! No desearía a mi enemigo, si tuviera uno, ni una sola de esas semanas; y allá es, claro, donde me convertí en un vividor. ¡Bonito vividor! Consume más quinina que ron, y sus orgías son tan ruidosas, que no se sabe si está vivo en su propia ciudad, en la ciudad donde nació y reside. Quiero creer que rectificará ese juicio, que es falso. Yo desearía que fuera acertado, eso es todo.

En cuanto a la hipérbole de Corneille, tiene usted razón. No sólo creo, sino que siempre he creído «que un amor como el mío no admitía comparación». No tenía usted que haber ampliado la premisa, diciendo: cualquier especie de amor.

Si se retracta de la hipérbole, si se arrepiente por fin de ella, no ocurre lo mismo en lo referente a la mía, a la del coche. Sí, yo querría tenerlo, y no lo haría astillas, como usted presume. ¿Acaso no era un coche muy cómodo? No, no escupo sobre dicho recuerdo. Lo bendigo, lo respeto y lo amo.

¿Por qué estar eternamente hablándome de Du Camp? Le he explicado a usted su conducta y sus motivos; pero ¿dónde ha visto usted que los aprobase, que les prestara mi menor adhesión?

He expuesto la verdad; usted me pedía historia; he hecho historia.

Mire, ahora querría verla, besarla, hablarle dulcemente. Sé que me escucharía, que al final me tendería una mano, una mano enternecida, y que terminaría diciéndome, como mi profesor de historia, «extraño personaje», y eso sería todo.

Tengo que agradecerle el amable ofrecimiento que me hace para los libros de Sainte-Geneviève. Gracias, pero sería demasiado largo y difícil: a mí me correspondería explicarle lo que quiero, y a usted entender. Son investigaciones bastante dispersas, que he de hacer aquí y allá. Proyectaba ir a París hacia mediados de febrero, época en que tendría algunos fondos, necesarios para vivir allí.

Si su drama no se estrena hasta finales, retrasaré el viaje unos días; o bien, al contrario, lo adelantaría, para volver más adelante ex profeso.

Ordinariamente, se terminan las cartas con una fórmula de cortesía en que aparece la palabra «servidor». Tome la fórmula, añada sentimiento, y además, dos largos besos que deposito en sus dos manos. Adiós, suyo, *ex imo* (que significa: desde el fondo, en latín).

68

[Ruán] Sábado por la noche [11 de diciembre de 1847].

Me dice usted que sea bueno, que le conteste rápido; apela casi a mi generosidad, pobre alma mía. Sabía perfectamente que no la rechazaría. Hoy hace veintiséis años, a esta hora más o menos (es la una), vine al mundo. Deséeme que lo que me queda de vida sea más divertido que lo ya vivido, y acepte que le dedique este cumpleaños.

¡Ay, cuánto más habría valido, no digo para mí, sino para usted, que no me hubiese conocido jamás! Me mata de tristeza verla tan desdichada. Y cuando pienso que soy yo la causa, ¡yo, yo! No valía tanto amor, se lo dije desde el comienzo.

Si hubiese podido vivir en París, quizá no habría usted llorado tanto. Este amor que usted cree que le niego habría abandonado su corazón trozo a trozo, o más bien poquito a poco, arrastrado cada día por la podredumbre del hábito. Los desgarramientos que siente usted habrían sido deterioro. Pero ¡la felicidad! ¡La felicidad! ¡Vamos, ya! ¿La cree posible en cualquier sitio, de cualquier modo, con cualquiera? ¿Acaso no hay, en el fondo de las mejores ternuras, gérmenes amargos que suben del fondo a la superficie y la enturbian siempre, por pura que esté? El amor, dicen, es el cielo. Pero el cielo tiene nubes, sin contar las tormentas.

Pues bien, sí, tenga paciencia, nos volveremos a ver. Quiero verla de nuevo, además; se repetirán los besos... pero, después, aún será peor

para usted... Trate de reflexionar fríamente sobre ello, como si se tratara de otra persona, y verá que tengo razón, y que quizás es mejor seguir con su desgracia.

¡Tuteémonos, venga! ¡Basta de pequeñeces! Tratemos de tener ingenio, puesto que es un poco el oficio de ambos.

No, no soy una abstracción, y no tengo esa calma divina de la que usted habla. Pero tranquilízate en cuanto a mis obras, no será el lado de las pasiones lo que falle. De eso tengo antiguas provisiones en mi bolso, y como gasto poco, no se agotan aprisa. Si hubiera que estar conmovido para conmover a los demás, podría escribir libros que harían temblar las manos y latir los corazones, y como estoy seguro de no perder nunca esa facultad de emocionarme, que la pluma me da por sí misma sin que yo intervenga para nada, y que me llega a mi pesar, de manera con frecuencia molesta, me preocupo poco de ella, y busco, al contrario, no la vibración sino el diseño.

En cuanto a mi salud, por la que te preocupas, queda convencida de una vez por todas: me ocurra lo que me ocurra, y aunque sufra, es buena, en el sentido de que llegará lejos (tengo mis razones para creerlo). Pero viviré como vivo, siempre sufriendo de los nervios, esa puerta de transmisión entre el alma y el cuerpo, por la que quizás he querido hacer pasar demasiadas cosas.

Mi naturaleza, como dices, no padece por el régimen que sigo, porque le enseñé muy pronto a dejarme en paz. Uno se habitúa a todo, a todo, lo repito. A los quince años pasé un mes tomando solamente dos comidas por semana. De los veintiuno a los veinticuatro, transcurrieron dos años y medio sin que visitara a Pafos, y lo curioso de todo ello es que no hay ni premeditación ni tozudez. Ocurre no sé por qué, aparentemente porque ha de ser así. Jamás he experimentado, para vivir, la necesidad de la compañía de alguien. El deseo, sí; pero ¿la necesidad?

Si fuera rico, es decir, si tuviera el medio de rodearme de estatuas, de música y de flores, si tuviera, en una palabra, la realización, y se tiene, digan lo que digan, con dinero, cuando uno sabe utilizarlo, es probable que llegase a no comer más que pan duro y a no dormir, pues ya no tendría ni hambre ni sueño.

Yo también siento, como tú, que a veces me haría falta una buena brisa en la cara.

Junto al fuego, sueño con viajes, con recorridos interminables por el mundo y, más triste a continuación, reanudo mi trabajo. Mi apatía para moverme, para la acción en general, sea cual sea, aumenta. Ya hace tres semanas que estamos aquí, en Ruán. En todo este tiempo no he tomado

el aire más que en mi balcón. Sin embargo, practico esgrima, incluso con furia. Son tres medias horas de rabia furiosa por semana. Después de mi clase me paso mucho tiempo jadeando en un sillón. Pero ya no soy tan vigoroso como en mi juventud, cuando el sudor me caía al suelo, como de debajo del vientre de los caballos.

No sé cuándo te daré a leer la *Bretaña*, que tengo muchas ganas de mostrarte. No habré terminado el último capítulo antes de Año Nuevo. Luego, habrá que releerlo todo, corregir, y a continuación copiar. No tendré un manuscrito publicable antes de la primavera. [...] Adiós, te beso aunque apenas me queda espacio.

69

Ruán [fines de diciembre de 1847].

[...] Desde mi última carta aún he tenido un roto en la chaqueta. Me ha salido un ántrax bajo el brazo, que me ha hecho sufrir durante algunos días e impedido dormir durante algunas noches. Más o menos, ha pasado, y hoy he vuelto a empezar con la esgrima. Estudio a conciencia este arte complicado, que te enseña la forma de librarte del prójimo. Por otra parte, el prójimo me estorba poco, y apenas lo veo.

Sin embargo, he visto últimamente algo hermoso, y aún estoy dominado por la impresión a la vez grotesca y lamentable que me dejó ese espectáculo. ¡Asistí a un banquete reformista! ¡Qué gusto! ¡Qué cocina! ¡Qué vinos! ¡Y qué discursos! Nada me inspiró un desprecio tan absoluto del éxito, al considerar a qué precio se obtiene. Yo permanecía frío y con náuseas de asco, en medio del entusiasmo patriótico que excitaban «el timón del Estado, el precipicio hacia el que corremos, el honor de nuestra bandera, la sombra de nuestros estandartes, la fraternidad de los pueblos» y otras tortas de la misma harina. Jamás obtendrán esos aplausos las obras más hermosas de los maestros. Jamás hará brotar el Frank de Musset los gritos de admiración que salían de todos los rincones de la sala ante los alaridos virtuosos del señor Odilon Barot, y los lamentos del abogado Crémieux sobre el estado de nuestras finanzas. Y después de esta sesión de nueve horas transcurridas ante pavo frío y cochinillo, y en compañía de mi cerrajero, que me palmoteaba el hombro en los momentos buenos, volví helado hasta las entrañas. Por muy triste opinión que tengas de los hombres, te viene la amargura al corazón cuando ante ti se ostentan tonterías tan delirantes, estupideces tan descabelladas. En casi todos los discursos se elogió a Béranger. ¡Qué abuso se hace de ese pobre Béranger! Le tengo rencor, por el culto que le profesan las mentes burguesas. Hay gente de mucho talento que tiene la calamidad de ser

admirada por pobres de espíritu: el cocido es desagradable sobre todo porque es la base de las economías modestas. Béranger es el cocido de la poesía moderna: todo el mundo puede comerlo, y lo encuentra bueno.

¡Ya llega Año Nuevo, ha pasado un año más! ¡Vamos, ánimo, pobre amiga mía! Este año será mejor, esperémoslo.

Se acostumbra a regalar algo a los seres queridos. Busco en mi entorno algo que enviarle, algo que provenga de mí, que sea mío. No encuentro nada. Pues bien, querida Louise, acepte esto, un beso que le doy, un beso muy grande de corazón, en el que me pongo entero, en el que la tomo entera. Lo deposito aquí, al pie de mi carta; tómelo.

70

[Croisset, marzo de 1848]

Le agradezco lo solícita que se ha mostrado por mí durante los últimos acontecimientos, y esta vez, como las anteriores, le pido perdón por la inquietud y la pena que le he causado.

Su carta me ha llegado con siete días de retraso. La culpa ha sido de Correos, que, como se puede figurar, tuvo muy mal servicio durante toda la semana pasada.

Me pide mi opinión sobre todo lo que acaba de suceder. Pues bien, todo esto es muy gracioso. Hay caras descompuestas muy regocijantes de ver. Me deleito profundamente en la contemplación de todas las ambiciones aplastadas. No sé si la nueva forma de gobierno y el estado social que de ella resulte será más favorable al Arte. Es una pregunta. No se podrá ser más burgués ni más nulo. En cuanto a más idiota, ¿será posible?

Estoy muy contento de que su drama gane con ello. Un hermoso drama bien vale un rey. Iré a aplaudirlo en el estreno. Como ya se lo he dicho, estaré allí. Ya me verá, lo cuidaré bien, de todo corazón.

¿Para qué volver sin cesar sobre Du Camp y sobre las quejas, fundadas o no, que pueda usted tener contra él? Debe usted comprender que me resulta doloroso desde hace tiempo. Esa persistencia, que al principio era de mal gusto, acaba por ser cruel.

¿Para qué, igualmente, todos sus preámbulos para anunciarme la noticia? Podría habérmela dicho inmediatamente sin circunloquios. Excuso decirle las reflexiones a que me ha inducido, y exponer los sentimientos que ha provocado en mí. Habría demasiado que decir. La compadezco, la compadezco mucho. He sufrido por usted, y por mejor decir, lo he visto todo. Comprende, ¿verdad? Me dirijo a la artista.

Ocurra lo que ocurra, cuente siempre conmigo. Aunque no nos escribiésemos más, aunque no nos volviésemos a ver, siempre habrá

entre nosotros un lazo que no se borrará, un pasado cuyas consecuencias perdurarán.

Mi monstruosa personalidad, como dice tan amablemente, no llega al punto de borrar en mí todo sentimiento honrado, o humano, si prefiere. Un día, quizá, lo reconocerá y se arrepentirá de haber gastado, a mi propósito, tanto dolor y tanta amargura. Adiós, la beso. Suyo.

71

Croisset, 26 de julio de 1851.

Le escribo porque «mi corazón me mueve a decirle alguna palabra agradable», pobre amiga mía. Si pudiese hacerla feliz, lo haría con gozo; no sería sino pura justicia. La idea de que la he hecho sufrir tanto me pesa; ¿no lo comprende? Pero esto no depende (y todo lo demás no ha dependido) ni de mí, ni de usted, sino de las cosas mismas.

El otro día, en Ruán, debió de encontrarme muy frío. Sin embargo, lo fui lo menos posible. Puse todo mi esfuerzo en ser bueno; tierno, no: habría sido una hipocresía infame, y como un ultraje a la verdad de su corazón.

Lea y no sueñe. Sumérjase en largos estudios; lo único que hay perennemente bueno es el hábito de un trabajo tozudo. De él se desprende un opio que embota el alma. He pasado por atroces hastíos, y he girado en el vacío, loco de aburrimiento. De eso se salva uno a fuerza de constancia y de orgullo; inténtelo.

Querría que estuviese usted en tal estado, que pudiéramos volver a vernos con calma. Me gusta su compañía cuando no es tormentosa. Las tempestades que tanto agradan en la juventud hastían en la madurez. Es como la equitación: hubo un tiempo en que me gustaba ir a galope tendido; ahora voy al paso, y con la brida en el cuello. Me estoy haciendo muy viejo; me molesta cualquier sacudida, y no me gusta sentir ni actuar.

No me dice nada de lo que más me interesa, sus proyectos. No está decidida aún por nada; lo adivino. El consejo que yo le había dado era bueno; como decía Fidias tiempo ha, hay que tener siempre una pierna de cordero y un solomillo.

Pronto la veré de nuevo en París si está allí (¿iba a quedarse un mes en Inglaterra?). Estaré en París a fines de la semana próxima, presumo. Iré a Inglaterra hacia finales del mes de agosto; mi madre desea que la acompañe. Esta molestia me fastidia. ¡En fin!... Si aún está usted allá, iré a visitarla. Trataremos de estar contentos el uno del otro. En París entregaré en su casa los dos manuscritos que me confió. Le devolveré también, pero solamente a usted y en propia mano, la medalla de bronce que acepté antaño por debilidad, y que no debo conservar. Es propiedad de su hija.

Farewell. God bless you, poor child!

72

Croisset, sábado por la noche [20 de septiembre de 1851].

Querida amiga, salgo para Londres el jueves próximo. Llevaré sus cartas y le escribiré a mi regreso lo que haya hecho por usted. No sé, en verdad, por qué habría de ir a ver a Mazzini; pero si tiene un recado para él, lo haré no obstante con mucho gusto.

Empecé ayer noche mi novela. Ahora entreveo dificultades de estilo que me espantan. No es pequeño asunto el ser sencillo. Tengo miedo de caer en el Paul de Kock, o producir un Balzac chateaubrianizado.

Me ha dolido la garganta desde mi regreso. Mi vanidad quiere hacer ver que no es por cansancio, y creo que tiene razón. ¿Y usted? ¿Qué tal?

Estoy en este momento ocupado en una tarea pasajera que le contaré más adelante.

Adiós, querida Louise. La beso en su cuello blanco. Un largo beso para usted.

73

[Croisset] Jueves, una de la noche [fines de octubre de 1851].

¡Pobre criatura! ¿Es que nunca querrá entender las cosas tal como se dicen? Estas palabras, que le parecen tan duras, no necesitan sin embargo excusas ni comentarios, y si son amargas no pueden serlo sino para mí. Sí, querría que no me amase y que jamás me hubiera conocido, y creo expresar en ello una lamentación tocante a su felicidad. Como querría no ser amado por mi madre, no amarla, ni a ella ni a nadie en el mundo, querría que no hubiese nada que saliera de mi corazón para ir a los demás, y nada que saliese del corazón de los demás para venir al mío. Cuanto más se vive, más se sufre. Para remediar a la existencia, ¿no se han inventado, desde que existe el mundo, mundos imaginarios, opio, tabaco, licores fuertes y éter? ¡Bendito sea quien descubrió el cloroformo! Los médicos objetan que se puede morir con él. ¡Pues de eso se trata! Es que usted no odia suficientemente la vida y todo lo que se vincula a ella. Me comprendería mejor si estuviese en mi pellejo, y en lugar de una dureza gratuita viese una conmiseración emocionada, algo tierno y generoso, me parece. Me cree malo, o egoísta al menos, que sólo pienso en mí y me quiero a mí solo. Pues no más que los demás, mire; menos, quizá, si estuviese permitido el autoelogio. No obstante, me concederé el mérito de ser sincero. Quizá siento más de lo que digo, pues he relegado todo énfasis a mi estilo; ahí se queda, sin moverse. Cada uno sólo puede

obrar dentro de su medida. No es a un hombre envejecido como yo en todos los excesos de la soledad, nervioso hasta el desvanecimiento, perturbado por pasiones contenidas, lleno de dudas internas y externas, no es a éste a quien debía amar. Yo la quiero como puedo; mal, no lo suficiente, lo sé, lo sé. ¡Dios mío! ¿De quién es la culpa? ¡Del azar! De esa vieja fatalidad irónica, que acopla siempre las cosas a mayor armonía del universo, y a mayor disgregación de las partes. No nos vemos sino entrechocándonos, y cada uno, llevando en las manos sus entrañas desgarradas, acusa al otro que recoge las suyas. Sin embargo hay días buenos, minutos dulces. Me gusta su compañía, me gusta su cuerpo, sí, tu cuerpo, querida Louise, cuando, apoyado sobre mi brazo izquierdo, se vuelca con la cabeza hacia atrás y te beso en el cuello. No llores más, no pienses en el pasado ni en el porvenir, sino en hoy. «¿Qué es tu deber? La exigencia de cada día», dijo Goethe. Soporta esa exigencia, y tendrás el corazón tranquilo.

Toma la vida de más arriba, sube a una torre y, aunque cruja la base, créela sólida; entonces ya no verás nada más que el éter azul a tu alrededor. Cuando no sea azul, será niebla; qué importa si todo desaparece, anegado en un vapor tranquilo. Hay que estimar a una mujer para escribirle cosas semejantes.

Me atormento, me rasco. A mi novela le cuesta arrancar. Tengo flemones de estilo, y la frase me pica sin salir. ¡Qué remo tan pesado es una pluma, y qué dura corriente es la Idea, cuando hay que penetrarla con tal remo! Me desespero tanto, que me divierto horrores. Así, hoy he pasado un buen día, con la ventana abierta, sol sobre el río y la mayor serenidad del mundo. He escrito una página y esbozado otras tres. Dentro de quince días espero estar encasquillado; pero el color en que me sumerjo es tan nuevo para mí, que abro ojos como platos.

Mi catarro toca a su decadencia; estoy bien. A mediados del mes próximo iré a París a pasar dos o tres días. Trabaja, piensa en mí, no demasiado en tonos negros, y si te visita mi imagen, que te traiga recuerdos alegres. ¡Hay que reírse, caramba! ¡Viva la alegría! Adiós. Un beso más. [...]

74

[Croisset, comienzos de noviembre de 1851] Lunes por la noche.

Tendría que haber contestado ya a su larga y dulce carta que me ha emocionado, pobre querida mía. Pero yo mismo estoy tan cansado, tan aplanado, tan aburrido, que he de sacudirme enérgicamente para darle las gracias por haber leído tan aprisa *Melania*. He abrazado de su parte al autor, al que ha conmovido tal simpatía. Es usted la primera que le

aplaudía, entre el público. Y bien, ¿qué le parece? ¿Verdad que está hecho con bastante arrogancia? No puedo juzgar fríamente esta obra que se hizo ante mi vista, y a la que yo mismo contribuí mucho. Estoy demasiado en ella como para que me sea extraña. Durante tres años se trabajó al amor de una chimenea, estrofa a estrofa, verso a verso. Creo que puede decirse que esto anuncia a un poeta de altura. Hace algunos años, en provincias, éramos una pléyade de jóvenes extravagantes que vivíamos en un mundo extraño, se lo aseguro. Oscilábamos entre la locura y el suicidio. Hay quienes se mataron, otros murieron en su cama, uno se ahorcó con la corbata, varios reventaron de desenfreno, para ahuyentar el hastío. ¡Aquello era hermoso! No queda ya nada, sino Bouilhet y yo, que hemos cambiado tanto. Si alguna vez sé escribir, podré componer un libro sobre aquella juventud desconocida que crecía a la sombra, retirada, como champiñones inflados de tedio.

El secreto de todo lo que en mí la sorprende, querida Louise, está en ese pasado de mi vida interior que nadie conoce. El único confidente que tuvo lleva enterrado cuatro años en un cementerio de aldea, a cuatro leguas de aquí. Cuando salí de aquella situación es cuando fui a París y conocí a Maxime. Tenía yo veinte años, y era del todo un hombre. Puede que él haya leído el libro pero no el prefacio, que recuerdo bien, pero que no sabría explicar con claridad. *Melaenis*, en resumen, es el último eco de muchos gritos que nos destrozaban el corazón. Tiene usted razón al decir que no tengo corazón. Me lo he devorado a mí mismo.

Hoy me siento ahogado en olas de amargura. La llegada de los ejemplares de *Melaenis* me ha producido un efecto de tristeza. Ayer nos pasamos toda la tarde sombríos como la placa de la chimenea. Nos causaba una impresión de prostitución, de abandono, de adiós, ¿comprende? Cuando recibí, al contrario, hace cuatro años el libro de Maxime, me temblaban las manos de gozo al cortar las páginas.

¿De dónde viene este hielo de ahora, impresión tan distinta de la otra? Le aseguro que todo esto no me excita en absoluto, y que tengo muchas ganas de convertirme en foca, como dice usted.

Me pregunto para qué ir a engrosar la cifra de los mediocres (o de la gente de talento; son sinónimos) y atormentarme entre un montón de pequeños asuntos que hacen que me encoja de hombros de lástima. Está bien ser un gran escritor, tener a los hombres en la sartén de la frase y hacerlos saltar, como si fueran castañas. Debe de producir un orgullo delirante sentir que uno carga sobre la humanidad con todo el peso de su idea. Pero para eso hay que tener algo que decir. Y le confesaré que me parece que no tengo nada que no tengan los demás, o que no se haya

dicho tan bien, o que no pueda decirse mejor. En esta vida que usted me predica, perdería lo poco que tengo; tomaría las pasiones de la multitud para agradarle, y bajaría a su nivel. Mejor quedarse al amor del fuego, haciendo Arte para uno solo, igual que se juega a los bolos. El Arte, a fin de cuentas, quizá no sea más serio que el juego de bolos. Todo no es quizá sino una inmensa broma; lo temo, y cuando estemos del otro lado de la página, nos sorprenderemos quizá muchísimo al averiguar que la clave del jeroglífico era tan sencilla. En medio de todo esto, adelanto trabajosamente en mi libro. Estropeo una cantidad de papel considerable. ¡Cuántas tachaduras! La frase es lentísima para venir. ¡Qué demonio de estilo he adoptado! ¡Condenados sean los asuntos sencillos! Si supiera cuánto me torturo con ellos, se apiadaría de mí. Ya estoy albardado al menos para un año largo.

Cuando esté en marcha, disfrutaré; pero es difícil. He reanudado también un poco el griego y Shakespeare.

Olvidaba decirle que la institutriz devota llegó hace diez días. Su físico no me impresiona. Jamás estuve menos venéreo.

Adiós, un beso, pobre amada mía. Es bien grosero escribir una carta de cuatro pliegos para no hablar más que de uno mismo; en verdad, ya era mucho. Dos largos besos.

Hasta pronto.

75

[París, 31 de diciembre de 1851] Miércoles, a las dos.

No iré a verla esta tarde, y aún no sé si iré a casa de Du Camp. Ayer me cité con él, y falté a la cita. ¿Para qué llevar a casa de los amigos las fosas sépticas interiores cuya exhalación le asfixia a uno mismo? Voy a taponarlas, y no olerá usted nada más. Perdón, discúlpeme. Le juro por Dios que no volverá a tener que reprocharme semejantes inconveniencias. Seré simpático, amable, encantador y falso como para dar náuseas; pero seré correcto. Quiero convertirme en un hombre completamente «bien».

¿Así que le daba a usted vueltas la cabeza cuando la conducía de la mano al borde del balcón? Pues yo vivo asomado, y sin barandilla. O al menos, a fuerza de tener los codos apoyados encima, resulta que se arranca poco a poco y la siento temblar.

Se sintió herida ante los secretos de mi corazón. ¿Y por qué lo quería usted, este corazón? Cuando dormía en la esterilla del judío o del fellah, me devoraban los piojos y las pulgas; pero no me quejaba a mi anfitrión porque me hubiera pasado parásitos. ¿Pero no ha comprendido qué inmensa amistad debía yo sentir por usted para permitirme decirle todo

esto, para mostrarme a usted tan desnudo, tan desvestido, tan débil, usted que me acusa de orgullo? Reconozca que eso no era tenerlo.

Cerremos aquí ese capítulo y no hablemos más de él. El sonido de estos cobres le hace sangrar los oídos; pondré sordina, o tocaré la flauta.

¡Una palabra de explicación, y eso será todo! Me gusta agotar las cosas. Y todo se agota; jamás he tenido un sentimiento sin tratar de agotarlo. Cuando estoy en un lugar, trato de estar en otra parte. Cuando veo un final, el que sea, corro hacia él de cabeza. Llegado a la meta, bostezo. Por eso, cuando ocurre que me aburro, me hundo más aún en el aburrimiento. Cuando me pica algo, me rasco hasta hacerme sangre, y me chupo las uñas rojas. Distraerse de algo es querer que ese algo vuelva. Es preciso, al contrario, que la cosa se distraiga de nosotros, que se aparte de nuestro ser con naturalidad.

Soy un patán al quejarme ante usted. Pero ¿acaso me quejo? En fin, se acabó, la b con la ó, bó; no hablemos más del asunto.

Debió usted recibir una lamparita ayer por la tarde. Mañana iré, durante el día o al anochecer, con un rostro alegre, una mente alegre, un traje alegre, todo nuevo, como conviene a la solemnidad del día.

A usted, que me ama como un árbol ama el viento; a usted, por quien tengo en el corazón algo largo y suave, algo conmovido y agradecido que no perecerá; a ti, pobre mujer a la que hago llorar tanto, y a quien tanto quisiera hacer sonreír, alma buena que venda al leproso, aunque la lepra no necesita vendas y el leproso a veces se enfada, te deseo todo lo que no tengo, la serenidad de espíritu, la fe en sí mismo, y todo lo que hace que uno esté contento de vivir. Te deseo la poda de todas las espinas de la vida y alamedas cubiertas de arena para caminar, bordeadas de flores, con ruidos de arroyo, arrullos de palomas en las ramas y grandes bandadas de águilas entre las nubes.

No hay que desesperarse por nada. Hace tres años, en 1849, a medianoche, pensaba en China, y en 1850 a medianoche estaba en el Nilo. Estaba en camino. Era una aproximación, era otra cosa. En fin, ¿quién sabe? No esperemos, pero aguardemos.

Adiós, hasta mañana.

76

[Croisset] Viernes por la noche [16 de enero de 1852].

[...] La semana que viene debo ir a Ruán. Te enviaré por ferrocarril *San Antonio* y un pisapapeles que me ha servido durante mucho tiempo. En cuanto a la sortija, éste es el motivo por el que aún no te la he dado: me sirve de sello. Me están montando un escarabajo, que llevaré en vez de

ésta. Así que pronto te mandaré la sortija.

Me asombra, querida amiga, el entusiasmo excesivo que me demuestras por ciertas partes de *La educación*. Me parecen buenas, pero no a tan gran distancia de las demás como tú dices. En todo caso, no apruebo tu idea de quitar del libro toda la parte de Tules para hacer con ella un conjunto. Hay que considerar la manera en que fue concebido el libro. El carácter de Jules sólo es luminoso debido al contraste con Henry. Uno de los dos personajes aislado sería débil. Primero no se me había ocurrido más que el de Henry. La necesidad de un contraste me hizo concebir el de Jules.

Las páginas que te han impresionado (sobre el Arte, etc.) no me parecen difíciles de escribir. No pienso rehacerlas, pero creo que las haría mejor. Son ardientes, pero podrían ser algo más sintético. Posteriormente he progresado en estética, o al menos me he afirmado en la posición que ocupé ya al principio. Sé lo que hay que hacer. ¡Oh, Dios mío! ¡Si escribiese el estilo que imagino, qué escritor sería! Hay en mi novela un capítulo que me parece bueno y del que no me dices nada, es el de su viaje a América y todo el hastío de sí mismos seguido paso a paso. Has hecho el mismo comentario que yo a propósito del *Viaje a Italia*. Es pagar caro un triunfo de vanidad que me halagó, lo reconozco. Yo había adivinado, eso es todo. No soy tan soñador como piensan, sé ver, y ver como ven los miopes, hasta los poros de las cosas, porque meten las narices encima. En mí hay, literariamente hablando, dos tipos distintos: uno que está prendado de gritos, de lirismo, de grandes vuelos de águila, de todas las sonoridades de la frase y de las cumbres de la idea; otro que excava y horada la verdad cuanto puede, a quien gusta acusar el detalle con la misma fuerza que el gran rasgo, que querría hacerte sentir materialmente las cosas que reproduce; a éste le gusta reír y disfruta con las animalidades del hombre. *La educación sentimental* fue, a mi juicio, un esfuerzo de fusión entre esas dos tendencias de mi mente (habría sido más fácil dedicar un libro a lo humano y otro al lirismo). Fracasé. Por muchos retoques que se den a esta obra (quizá los daré), siempre será defectuosa; faltan en ella demasiadas cosas, y un libro siempre es débil por ausencia. Una cualidad no es nunca un defecto, no hay excesos. Pero si esta cualidad se come a otra, ¿sigue siendo una cualidad? En resumen, en *La educación* habría que reescribir, o al menos reordenar el conjunto, rehacer dos o tres capítulos y, lo que más difícil me parece de todo, escribir un capítulo que falta, donde se mostraría cómo fatalmente el mismo tronco ha debido bifurcarse, es decir, por qué tal acción ha producido este resultado en este personaje antes que tal otra. Se muestran

las causas, también los resultados; pero no el encadenamiento de causa y efecto. Ése es el vicio del libro, y así miente a su título.

Te he dicho que *La educación* había sido un intento. *San Antonio* es otro. Al tomar un tema en el que me encontraba totalmente libre en cuanto a lirismo, movimientos, desórdenes, me hallaba bien en mi naturaleza y no tenía más que arrancar. Jamás volveré a encontrar locuras de estilo como las que me permití durante dieciocho meses largos. ¡Con qué pasión tallaba las perlas de mi collar! Sólo se me olvidó una cosa, el hilo. Segunda intentona, y peor aún que la primera. Ahora estoy en la tercera. Sin embargo, ya es hora de triunfar o de arrojarse por la ventana.

Lo que me parece hermoso, lo que querría hacer, es un libro sobre nada, un libro sin ataduras exteriores, que se aguante a sí mismo con la fuerza interna de su estilo, como la tierra, sin que la sostengan, se sostiene en el aire; un libro que casi no tendría argumento, o al menos donde el argumento fuera casi invisible, si puede ser. Las obras más hermosas son aquellas en que hay menos materia; cuanto más se acerca la expresión al pensamiento, cuanto más se pega a éste la palabra y desaparece, más hermoso resulta. Creo que el porvenir del Arte está en estas vías. Lo veo a medida que crece, eterizándose cuanto puede, desde los pilares egipcios hasta las ojivas góticas, y desde los poemas de veinte mil versos de los hindúes hasta los estallidos de Byron. La forma, al hacerse hábil, se atenúa; abandona toda liturgia, toda regla, toda medida; deja la épica por la novela, el verso por la prosa; no reconoce ya ortodoxias y es libre, como cada voluntad que la produce. Esta liberación de lo material reaparece en todo, y los gobiernos la han seguido, desde los despotismos orientales hasta los socialismos futuros.

Por eso, no hay temas hermosos ni feos, y casi podría establecerse como axioma, colocándose en el punto de vista del Arte puro, que no hay ninguno, y que el estilo es por sí solo una manera absoluta de ver las cosas.

Me haría falta todo un libro para desarrollar lo que quiero decir. Escribiré sobre todo esto en mi vejez, cuando no tenga nada mejor que garrapatear. Mientras tanto, trabajo en mi novela con ilusión. ¿Volverán los buenos tiempos de *San Antonio*? ¡Que sea otro el resultado, Señor Dios mío! Voy despacio: en cuatro días he hecho cinco páginas, pero hasta ahora me divierto. Aquí he vuelto a encontrar serenidad. Hace un tiempo horrible, el río tiene aires de océano y bajo mis ventanas no pasa ni un alma. Mi chimenea ruge.

La madre de Bouilhet y todo Cany se han enfadado con él por haber escrito un libro inmoral. Ha provocado un escándalo. Se le considera como

un hombre inteligente, pero perdido; es un paria. Si hubiera tenido alguna duda sobre el valor de la obra y del hombre, ya no puedo tenerlas. Le faltaba esta consagración. No se puede tener una más bella: ¡ver que reniegan de uno la familia y el país! (Hablo con absoluta seriedad.) Hay ultrajes que te vengan de todos los triunfos, pitadas que son más dulces para el orgullo que los aplausos. Helo, pues, para su biografía futura, clasificado como un gran hombre conforme a todas las reglas de la historia.

En tu carta me recuerdas que te prometí una llena de ternura. Voy a comunicarte la verdad o, si prefieres, voy a hacer para ti mi liquidación sentimental, no por quiebra (¡no está mal, esto!), en el sentido elevado de la palabra, en ese sentido maravilloso y soñado que deja a los corazones boquiabiertos tras de ese maná imposible. Pues no, no se trata de amor. He profundizado tanto en estas materias en mi juventud, que tengo la cabeza atontada para el resto de mis días.

Siento por ti una mezcla de amistad, de atracción, de estima, de enternecimiento del corazón y de incitación de los sentidos que forma un todo complejo, cuyo nombre no sé, pero que me parece sólido. En mi alma hay, para ti, bendiciones húmedas. Tú estás en un rincón, en un lugarcito suave para ti sola. Si amo a otras, te quedarás no obstante (me parece); serás como la esposa, la preferida, aquella a la que se vuelve; y además, si se negara lo contrario, ¿no sería en virtud de un sofisma? Analízate bien: ¿ha desaparecido uno solo de los sentimientos que alguna vez tuviste? No; todo permanece, ¿verdad? Todo. Las momias que tenemos en el corazón jamás se deshacen en polvo, y cuando asomas la cabeza por el tragaluz las ves abajo, mirándote inmóviles y con los ojos abiertos.

Los sentidos, un día, te llevan a otra parte; el capricho se extiende a nuevos tornasoles. ¿Qué más da? Si te hubiese amado hace tiempo como tú querías entonces, ahora ya no te amaría tanto. Los afectos que rezuman gota a gota del corazón acaban por hacer estalactitas. Eso vale más que los grandes torrentes que lo arrastran. Ésa es la verdad, y me aferro a ella.

Sí, te quiero, pobre Louise, querría que tu vida fuese dulce en todos los aspectos, enarenada, bordeada de flores y de alegrías. Me gusta tu rostro hermoso, bueno y franco, la presión de tu mano, el contacto de tu piel bajo mis labios. Si soy duro contigo, piensa que es la repercusión de las tristezas, de los nerviosismos agrios y de las languideces mortales que me hostigan o me anegan. Siempre tengo en el fondo de mí mismo como el regusto de las melancolías medievales de mi región. Huele a niebla, a peste traída de Oriente, y cae de costado, con sus cincelados, sus vidrieras y sus aguilones de plomo, como las viejas casas de madera de

Ruán. En esta perrera es donde vive, hermosa mía; hay muchas chinches, rasquese.

Un beso más en tu boca rosa.

Tuyo.

77

[Croisset] Noche del sábado [al domingo], 1 de febrero de 1852.

[...] Mala semana. El trabajo no ha ido bien; había llegado a un punto en el que no sabía demasiado qué decir. No eran más que matices y finezas donde yo mismo no veía ni gota, y es muy difícil expresar claramente con palabras lo que aún está oscuro en tu pensamiento. He esbozado, estropeado, chapoteado, andado a tientas. Quizás ahora me oriente. ¡Oh, qué cosa pícara es el estilo! Creo que no te figuras el género de este libro. Así como soy desaliñado en mis otros libros, en éste trato de ir abrochado y de seguir una línea recta geométrica. Ningún lirismo, nada de comentarios, la personalidad del autor está ausente. Será triste de leer: habrá atrocidades de miseria y de fetidez. Bouilhet, que vino el domingo pasado a las tres, cuando acababa de escribirte mi carta, cree que estoy en el tono, y espera que será bueno. ¡Dios le oiga! Pero, en cuanto al tiempo, va tomando proporciones formidables. Seguro que no habré terminado a comienzos del invierno próximo. No escribo más de cinco o seis páginas cada semana. [...]

¿Así que te interesa el bueno de *San Antonio*? Sabes que me mimas con tus halagos, pobre querida mía. Es una obra fallida. Hablas de perlas. Pero las perlas no hacen el collar, sino el hilo. Yo mismo fui en *San Antonio* el *San Antonio*, y lo he olvidado. Es un personaje por hacer (lo que no es flaca dificultad). Si hubiese para mí alguna manera —la que fuera— de corregir ese libro, estaría muy contento, pues puse en él mucho, mucho tiempo y mucho amor. Pero no lo maduré suficientemente. Como había trabajado mucho los elementos materiales del libro, quiero decir la parte histórica, me figuré que el guión ya estaba hecho, y me puse a ello. Todo depende del plan. *San Antonio* carece de él; la deducción de ideas, severamente seguida, no tiene su paralelismo en el encadenamiento de los hechos. Aun con muchos andamiajes dramáticos, falta lo dramático.

Me vaticinas porvenir. ¡Cuántas veces he caído al suelo, con las uñas sangrando, las costillas rotas y zumbándome la cabeza, después de haber querido trepar a pico por esa muralla de mármol! ¡Cómo he desplegado mis alitas! Pero el aire pasaba a través en vez de sostenerme, y al caer rodando entonces, me veía en el fango del desánimo. Una fantasía indomable me impulsa a empezar de nuevo. Iré hasta el fin, hasta la última

gota de mi cerebro exprimido. ¿Quién sabe? El azar tiene golpes de suerte. Con un recto sentido del oficio que se hace, y una voluntad perseverante, se llega a lo estimable. Me parece que hay cosas que yo solo siento, que otros no han dicho y que puedo decir. Este lado doloroso del hombre moderno, que tú observas, es fruto de mis años jóvenes. Pasé una buena juventud con el pobre Alfred [Le Poittevin]. Vivíamos en un invernadero ideal, donde la poesía nos calentaba el hastío de la vida hasta 70° Réaumur. ¡Aquél era un hombre! Jamás he hecho viajes semejantes a través de los espacios. Ibamos lejos, sin dejar el amor de la lumbre. Subíamos alto, aunque el techo de mi cuarto fuese bajo. Hay tardes que se me han quedado en la memoria, conversaciones de seis horas consecutivas, paseos por nuestras costas ¡y aburrimientos entre dos, aburrimientos, aburrimientos! Todos estos recuerdos me parecen de color bermejo, y llamean tras de mí como incendios.

Me dices que empiezas a comprender mi vida. Habría que conocer sus orígenes. Algún día, me escribiré [sic] a mis anchas. Pero entonces ya no tendré la fuerza necesaria. No poseo otro horizonte más que el que me rodea inmediatamente. Me considero como si tuviese cuarenta años, cincuenta, sesenta. Mi vida es un engranaje montado, que gira regularmente. Lo que hago hoy, lo haré mañana y lo hice ayer. He sido el mismo hombre hace diez años. Ha resultado que mi organización es un sistema; todo sin idea preconcebida de uno mismo, por la inclinación de las cosas, que hace que el oso blanco viva en los hielos y que el camello camine sobre la arena. Soy un hombre-pluma. Siento por ella, a causa de ella, con relación a ella y mucho más con ella. A partir del invierno próximo, verás un cambio aparente. Pasaré tres inviernos desgastando algunos escarpines. Después volveré a mi cubil, donde reventaré oscuro o famoso, manuscrito o impreso. Sin embargo hay algo en el fondo que me atormenta, es el desconocimiento de mi medida. Este hombre que se dice tan tranquilo está lleno de dudas sobre sí mismo. Querría saber hasta qué nivel puede subir, y la potencia exacta de sus músculos. Pero pedir eso es muy ambicioso, pues el conocimiento preciso de la propia fuerza no es quizá sino el genio. Adiós, mil besos desde el hombro hasta la oreja. Conserva todos mis manuscritos. Yo mismo te llevaré *La Bretaña*.

Tuyo.

78

[Croisset] 8 de febrero [de 1852].

Así que, decididamente, tú eres una entusiasta de *San Antonio*. ¡Bueno! ¡Al menos tendré una! Ya es algo. Aunque no acepto todo lo que me dices

de él, creo que mis amigos no quisieron ver todo lo que había en el libro. Se juzgó con ligereza; no digo injustamente, pero con ligereza. En cuanto a la corrección que me indicas, ya charlaremos de ella; es enorme. Suelo volver muy a disgusto a un círculo de ideas que he abandonado, y es lo que hay que hacer para corregir en el mismo tono de las partes circunvecinas.

Me costará mucho rehacer mi santo. Tendré que concentrarme durante mucho tiempo para poder inventar algo. No digo que no trataré, pero no será tan pronto.

Estoy ahora en un mundo del todo distinto, el de la observación atenta de los detalles más chatos. Tengo la mirada puesta en los musgos mohosos del alma. De ahí a los resplandores mitológicos y teológicos de *San Antonio* hay mucho trecho. Y así como el tema es distinto, escribo con un estilo totalmente diferente. Quiero que no haya en mi libro un solo movimiento ni un solo comentario del autor.

Creo que será (algo) menos elevado que *San Antonio* en cuanto a ideas (cosa que me interesa poco), pero será quizá más fuerte y más raro, sin que se note. En todo caso, no hablemos más de *San Antonio*. Me turba, me hace volver a pensar en él y perder un tiempo inútil. Si es bueno, mejor; si es malo, tanto peor. En el primer caso, ¿qué importa el momento de su publicación? Y en el segundo, ya que ha de perecer, ¿para qué?

Esta semana he trabajado algo mejor. Iré a París dentro de un mes o cinco semanas, pues ya veo que mi primera parte no estará hecha antes de finales de abril. Aún tengo para un año largo, a ocho horas de trabajo al día. El resto del tiempo lo dedico al griego y al inglés. Dentro de un mes leeré a Shakespeare de corrido, o poco menos. [...]

Por lo visto trae la prensa los discursos de G[uizot] y de Montalembert. No pienso mirarlos; es tiempo perdido. Tanto da papar moscas como nutrirse de todas las bajezas cotidianas que son la comida de los imbéciles. La higiene cuenta mucho en el talento, como en la salud. Así que el alimento importa. ¡Qué institución podrida y estúpida, la Academia Francesa! ¡Qué bárbaros resultamos con nuestras divisiones, nuestros mapas, nuestras casillas, nuestras corporaciones, etc.! Siento odio ante cualquier límite, y me parece que una Academia es lo más antipático del mundo para la constitución misma de la mente, que no tiene regla, ni ley, ni uniforme. [...]

Sí, eres para mí un descanso, pero de los mejores y de los más profundos. Un descanso del corazón, pues tu pensamiento me entenece, y mi corazón se acuesta sobre él como yo sobre ti. Me has amado mucho, pobre querida mía, y ahora me admiras mucho y me sigues queriendo. Gracias por todo ello. Me has dado más de lo que yo te he dado, pues lo

más alto que hay en el alma es el entusiasmo que brota de ella.

Adiós, querida y buena Louise, gracias por tu fragmento de *China*. Un beso largo bajo el cuello.

79

[Croisset] Lunes por la tarde [16 de febrero de 1852].

[...] ¿Sabes que el agudo Sainte-Beuve exhorta a Bouilhet a no recoger las colillas de puro de Alfred de Musset? En un artículo en que ensalzaba a un montón de mediocridades con muchas citas, apenas lo ha nombrado, y sin mencionar un verso de él. A cambio, muchos golpes de incensario al ilustre señor Houssaye, a la señora Girardin, etc. Lo que dice de él es hábil desde el punto de vista del odio, pues pasa por encima como sobre algo insignificante. Jamás tuve gran simpatía por ese linfático individuo, pero esto me reafirma en mi prejuicio. Sin embargo, es demasiado benevolente, por lo común, para que la cosa proceda totalmente de él. Ahí debajo hay algún asunto; más aún cuando se publicó, hace unas tres semanas, un artículo en el *Memorial* de Rouen que tiene la misma inspiración, es decir, elogio a toda la *Revue de Paris* (salvo Maxime, sin embargo), con exclusión de Bouilhet, siempre aplastado por el señor Houssaye que se encuentra en los alrededores. Ya conoces a Sainte-Beuve, seguramente sabrás el fondo de esta historia. Simplemente, tendría curiosidad por que charlases un rato con él de *Melaenis*, como si no hubieras leído su artículo (salió en *Le Constitutionnel* el lunes pasado).

Desde que me marché de París he recibido una vez cinco líneas de Du Camp, eso es todo. Ha escrito a Bouilhet que estaba demasiado ocupado para mandar cartas. Cuando quiera volver a mí, reencontrará su sitio y mataré el ternero cebado; creo que ese día su sitio le parecerá agradable, pues se encamina hacia tristes desengaños. ¡En fin!

Tengo un Ronsard completo, dos volúmenes infolio, que por fin he acabado por conseguir. Los domingos lo leemos hasta reventarnos el pecho. Los fragmentos de las pequeñas ediciones corrientes dan de él una idea como los extractos y las traducciones de toda especie, es decir, que las cosas más hermosas están ausentes. No te imaginas qué poeta es Ronsard. ¡Qué poeta! ¡Qué poeta! ¡Qué alas! Es más grande que Virgilio y vale tanto como Goethe, al menos en determinados momentos, en cuanto a estallidos líricos. Esta madrugada, a la una y media, leía un poema que casi me afectó a los nervios, hasta tal punto me agradaba. Era como si me hubiesen hecho cosquillas en las plantas de los pies. Bonito aspecto tenemos, echamos espuma y despreciamos a todo aquel que, en este mundo, no lea a Ronsard. ¡Pobre gran hombre, qué contenta ha de estar

su alma, si nos ve! Esta idea me hace añorar los Campos Elíseos de los antiguos. Habría sido muy agradable ir a charlar con esos buenos viejos a los que tanto quisimos mientras vivíamos. ¡De qué forma tan tolerable habían organizado la existencia los antiguos! Así que aún tenemos para dos o tres meses de domingos entusiasmados. Este horizonte me hace mucho bien y arroja, de lejos, un reflejo ardiente sobre mi trabajo. Esta semana he trabajado bastante bien. Iré a París cinco o seis días dentro de unas tres semanas, cuando esté en un punto de parada. Adiós, beso tus senos y tu boca.

80

[Croisset] Miércoles, una de la madrugada [3 de marzo de 1852].

[...] Acabo de releer para mi novela varios libros infantiles. Estoy medio loco, esta noche, por todo lo que hoy ha pasado ante mis ojos, desde viejos álbumes ilustrados hasta relatos de naufragios y de piratas. He encontrado viejos grabados que coloreé cuando tenía yo siete u ocho años, y que no había vuelto a ver. Hay rocas pintadas de azul, y árboles de verde. He vuelto a sentir ante algunos (una invernada entre los hielos, por ejemplo) terrores que tuve de pequeño. Querría no sé qué para distraerme; casi tengo miedo de acostarme. Hay una historia de marineros holandeses en el mar glacial, con osos que les atacan en su cabaña (esta imagen, antes, me impedía dormir) y piratas chinos que saquean templos con ídolos de oro. Mis viajes, mis recuerdos de niño, todo se tiñe recíprocamente, se pone en fila, baila con prodigiosas llamaradas y asciende en espiral.

[...] Llevo dos días tratando de entrar en ensueños de chicas, y para ello navego por los océanos lechosos de la literatura de castillos, y trovadores con gorras de terciopelo y plumas blancas. Recuérdate que te hable de esto. Me puedes dar al respecto detalles precisos que me faltan. Adiós, hasta pronto. Si el lunes a las diez no estoy en tu casa, será para el martes. Mil besos.

81

[Croisset] Sábado, doce y media de la noche [27 de marzo de 1852].

Habrías podido ahorrarte, querida Louise, el picarte por mi desafortunada broma sobre d'Arpentigny. Yo no estaba convencido de que fuera ingeniosa, pero ni sospechaba que fuese hiriente, y sobre todo atroz. ¿Es eso lo que hizo tu carta tan triste?

Tienes poco sentido del humor, si te importan semejantes tonterías. Yo me río de todo, hasta de lo que más me agrada. No existen cosas, hechos,

sentimientos o personas por los que no haya pasado inocentemente mi bufonería, como un rodillo de hierro de ésos para dar lustre a las piezas de paño. Es un buen método. Luego se ve lo que queda. El sentimiento que dejas a pleno viento, sin tutor ni alambre, desembarazado de todas esas conveniencias tan útiles para mantener tiesa la podredumbre, está triplemente arraigado en ti. ¿Acaso la propia parodia abuchea alguna vez? Es bueno, e incluso puede ser hermoso el reírse de la vida, con tal que se viva. Hay que colocarse por encima de todo, y por encima de uno colocar su espíritu, es decir, la libertad de la idea: declaro impío todo límite a ésta. Si no te satisface esta larga glosa pedantesca, te pido perdón por mi torpeza y te beso en ambos ojos, que quizás han llorado por mi culpa. Pobre corazón, ¿por qué alteras una cabeza tan buena? Y sin embargo, es ese vecino agobiante el que me ha recibido, me retiene y me admira.

No importa; hoy hace quince días me dijiste en el Pont-Royal, cuando íbamos a cenar, algo que me gustó mucho, a saber, que te dabas cuenta de que no había cosa más débil que poner en el arte los sentimientos personales. Sigue ese axioma paso a paso, línea a línea. Que sea siempre inconvencional en tu convicción, mientras diseccionas cada fibra humana y buscas cada sinónimo, y verás, ¡verás cómo se ensanchará tu horizonte, cómo resonará tu instrumento, y qué serenidad te invadirá! Relegado hasta el horizonte, tu corazón te alumbrará desde el fondo, en vez de deslumbrarte en primer plano. Una vez estés diseminada en todos ellos, tus personajes vivirán, y en lugar de una eterna personalidad declamatoria, que ni siquiera puede constituirse claramente, a falta de detalles precisos que siempre le faltan debido a los disfraces que la enmascaran, en tus obras se verán multitudes humanas.

¡Si supieras cuántas veces he sufrido al ver eso en ti, cuántas veces me ha herido la poetización de cosas que prefería en su estado natural! Cuando te vi llorar al escuchar las cartas de amor leídas por la señora R..., todos mis pudores enrojecieron. Ambos valíamos más, y ahí estamos flacamente idealizados. ¿A quién le interesará? ¿A quién se parece ese hombre? ¿Por qué tomar la eterna figura insípida del poeta, que, cuanto más se parezca al tipo, más se acercará a una abstracción, es decir, a algo antiartístico, antiplástico, antihumano y por consiguiente antipoético, por mucho talento verbal que, por otra parte, se ponga en ello? Podría escribirse un buen libro sobre la literatura probatoria; desde el momento en que se prueba, se miente. Dios sabe el comienzo y el fin; el hombre, el medio. El Arte, como Él en el espacio, debe permanecer suspenso en el infinito, completo en sí mismo, independiente de su productor. Y además, de esa otra forma, uno se prepara, en la vida y en el Arte, terribles

desengaños. Querer calentarse los pies al sol es querer caer al suelo. Respetemos la lira; no está hecha para un hombre, sino para el hombre.

Estoy muy humanitario esta noche, cuando siempre me acusas de tanta personalidad. Quiero decir que pronto te darás cuenta, si sigues esta nueva vía, de que has adquirido de repente siglos de madurez, y compadecerás el hábito de cantarse a uno mismo. Eso sale bien una vez, en un grito, pero por mucho lirismo que tenga Byron, por ejemplo, a su lado Shakespeare lo aplasta con su impersonalidad sobrehumana. ¿Sabemos siquiera si era triste o alegre? El artista debe arreglarse para hacer creer a la posteridad que no ha vivido. Cuanto menor es la idea que me formo de él, más grande resulta. No puedo imaginar nada sobre la persona de Homero, o de Rabelais, y cuando pienso en Miguel Ángel veo, solamente de espaldas, a un anciano de estatura colosal, esculpiendo de noche, con antorchas.

Tienes en ti dos facultades a las que debes dar juego, una ironía aguda, no, quiero decir una manera sutil de ver, y un ardor meridional de pasión vital, algo de tus hombros en la mente. El resto te lo has estropeado con tus lecturas y tus sentimientos, que han venido a estorbar con sus frases incidentales a esa buena compañía que hablaba claro. Espero mucho de tu Institutriz, sin saber por qué. Es un presentimiento. Y cuando la hayas escrito, haz otras dos o tres, y antes de la media docena habrás encontrado el filón de oro.

Lo que decía de los sentimientos que no pasan lo tomaste por una alusión al regalito de Henriette que yo había recibido, y te entristeció. Confiesa que he acertado. Pues no, no me conmovió el recibirlo, no me conmovió en absoluto. Es que ahora no me emociono fácilmente, y cada vez menos. Mi sensibilidad ha sonado tanto, que he puesto masilla en las rajás; eso hace que vibre con menos claridad. [...]

He terminado esta noche de emborronar la primera idea de mis sueños de jovencitas. Me quedan aún quince días de navegación por esos lagos azules, y después iré al baile, pasando a continuación un invierno lluvioso, que terminaré con un embarazo. Y así estará hecho más o menos un tercio de mi libro. [...]

Adiós, mañana cerraré mi carta cuando venga Bouilhet. Mil besos, querida esposa.

Tuyo. [...]

82

Sábado, a las cuatro [3 de abril de 1852].

No sé si es la primavera, pero estoy de un mal humor prodigioso; tengo

los nervios tensos como hilos de latón. Estoy rabioso sin saber por qué. Quizá mi novela es la causa. Esto no marcha, no funciona. Estoy más cansado que si empujase montañas. Hay momentos en que tengo ganas de llorar. Hace falta una voluntad sobrehumana para escribir, y sólo soy un hombre. A veces me parece que necesito dormir durante seis meses seguidos. ¡Ay, con qué desesperación miro las cimas de esas montañas a las que querría subir mi deseo! ¿Sabes cuántas páginas habré escrito dentro de ocho días, desde mi regreso de París? Veinte. ¡Veinte páginas en un mes, trabajando al menos siete horas al día! ¿Y el final de todo esto? ¿El resultado? Amarguras, humillaciones internas, y nada para sostenerse más que la ferocidad de una fantasía indomable. Pero envejezco, y la vida es corta.

Lo que has apreciado en la Bretaña también es lo que prefiero. Una de las cosas que más estimo es mi resumen de arqueología céltica, que es verdaderamente una exposición completa de la misma, a la vez que su crítica. La dificultad de este libro residía en las transiciones, y en hacer un todo con un sinfín de cosas heterogéneas. Me dio mucho trabajo. Es lo primero que escribí con esfuerzo (no sé dónde parará esta dificultad para hallar la palabra; no soy un inspirado, ni mucho menos). Pero estoy completamente de acuerdo contigo en cuanto a las bromas, vulgaridades, etc. Abundan; el tema lo justificaba: piensa lo que es relatar un viaje en que, de antemano, se ha decidido contar todo. Ven, que te abraze y te bese en las dos mejillas, en el corazón, por algo que se te ha escapado y que me ha halagado profundamente. No consideras la Bretaña algo tan fuera de serie como para mostrárselo a Gautier; querrías que la primera impresión que él tenga de mí sea violenta. Más vale abstenerse. Me llamas al orgullo. Gracias.

Sí que he hecho remilgos con el buen Gautier. Lleva tiempo pidiéndome que le enseñe algo, y siempre le hago promesas. Es asombroso lo púdico que soy al respecto. Mi repugnancia para publicar no es, en el fondo, sino el instinto que tenemos de ocultar el culo, que también nos da tanto placer. Querer agradar es rebajarse.

Desde el momento en que uno publica, se apea de su obra. La idea de permanecer toda la vida completamente desconocido no tiene nada que me entristezca. Con tal que mis manuscritos duren tanto como yo, eso es todo lo que quiero. Lástima que necesitaría una tumba demasiado grande; si no, los mandarían enterrar junto a mí, como hace un salvaje con su caballo.

Son esas pobres páginas, en efecto, las que me ayudaron a cruzar la larga llanura. Me dieron sobresaltos, cansancio en los codos y en la

cabeza. Con ellas pasé tormentas, gritando yo solo en el viento y cruzando, sin mojarme siquiera los pies, pantanos en que los caminantes ordinarios permanecen enfangados hasta la boca.

He recorrido rápidamente el primer acto de *La institutriz*. He visto muchos eso, de los que abusas aún más que yo. Te la devolveré a fines de semana, con observaciones. El tomo de d'Arpentigny irá en el paquete.

Es un hombre heroico, ese buen hombre. Cualquiera día su interna se lo encontrará, una mañana, helado en la cama, y la víspera habrá estado cenando en otra casa, donde habrá dicho galanterías, contado historias, y habrá sido el más amable de la reunión. Estoy seguro de que a veces sufre mucho. Como las viejas coquetas, reventará en su corsé (quiero decir su saber estar), antes que confesar que tendría que quitarse las botas y ponerse el gorro de algodón. [...]

Estoy preocupado por tus ingleses, aunque no tengo nada que reprocharme (cosa que siempre me reprochas). ¡Yo, un hijo! Mejor reventar en el arroyo, aplastado por un ómnibus. La hipótesis de transmitir la vida a alguien me hace rugir del fondo del corazón, con iras infernales.

He leído cincuenta páginas de *Graziella*, y esta tarde me dedicaré a tu comedia. Por eso te escribo ahora. Mañana por la mañana cerraré la carta besándote de nuevo.

Domingo.

He leído *La institutriz*. Mi primera impresión no le ha sido favorable. Es descuidada de estilo, salvo algunas frases que no hacen sino destacar mejor el desaliño del resto. Está hecho demasiado aprisa, creo yo.

Por lo demás, esta semana te escribiré con más detalle todo lo que yo opino, después de haberla releído. Sin embargo, no te desanimes.

A veces, yo lo estoy más de lo que tú lo estarás nunca, más de lo que se puede estar desanimado.

Siempre me han parecido tus versos muy superiores a tu prosa. No hay nada sorprendente en ello, ya que te has ejercitado más en los unos que en la otra.

Adiós, pobre y querida mujer bienamada. Te beso como te amo, tierna y cálidamente.

83

[Croisset] Jueves [8 de abril de 1852].

No te he hecho observaciones particulares sobre el estilo de tu comedia, que encuentro vulgar. Ya sé que no es fácil describir apropiadamente las banalidades de la vida, y las histerias de hastío que en este momento sufro

no tienen otra causa. Incluso hago un gran esfuerzo al escribirte. Estoy roto y aniquilado de cabeza y de cuerpo, como después de una gran orgía. Ayer me pasé cinco horas en mi diván, en una especie de torpor imbécil, sin tener el valor de hacer un gesto, ni el ingenio de tener una idea. No importa, sigamos.

Encuentro, pues, que tu estilo es en general blando, flojo y compuesto de frases hechas. Es una pasta que no ha sido suficientemente trabajada. La expresión no está condensada, lo que, en el teatro, sobre todo, hace que la idea parezca lenta, y causa aburrimiento. Para empezar, todo el primer acto es una exposición. La acción sucede en el segundo, y ya en la primera escena del tercero se adivina el desenlace. La última escena del segundo acto está llena de movimiento. Si todo fuese así, sería soberbio. La primera escena (monólogo de la doncella) es de todo el mundo. ¿Quién no conoce ese plumero, ese espejo en que se mira?

La segunda, con el mozo de restaurante, es bastante graciosa en sí misma. Pero ¡qué abuso de eso! Y la broma del chantaje es de un gusto mediocre.

En cuanto a los dos personajes de Léonie y Mathieu, no los entiendo en absoluto. A veces son muy cínicos, y otras muy virtuosos, sin coherencia. Uno protestaría ante esas conductas que huelen a Macaire (salvo la exageración, que salva al personaje); y además, y además, ¡qué de negligencias! Te aseguro, pobre Louise querida, que esa lectura me resulta penosa. Puede que yo no entienda nada de teatro; pero en cuanto al francés en sí, me parece que aquí has salido singularmente de tus costumbres literarias.

Esa escena entre hermano y hermana es desmesuradamente larga. No interesan ni uno ni otra, con sus proyectos de engaño y los sentimientos de orgullo de Léonie, aunque ella confiese estar representando un papel.

La escena cuarta es igualmente larga; el diálogo, hacia el final, más movido. Uno se alegra al encontrar algo divertido.

Las escenas sexta y séptima me parecen atroces, y encuentro en ellas casi todos los defectos reunidos. En cuanto al acto segundo, ¿qué es esa mujer que permanece durante todo el acto en el escenario, haciéndose la sorda y muda, engañando a todo el mundo, salvo al espectador, que siente ganas de gritarle al actor: «¡Le está engañando!»). (¿Qué necesidad había de ese personaje? ¿En qué resulta necesario a la acción? ¡Y ese acto desvergonzado tiene trece escenas!) ¡Y qué aburrida resultará su conversación por escrito! Hay que evitar que escriban en escena, siempre aburre el mirarlo. Esa buena señora Lauris, a la que se le arreglan una y otra vez las almohadas, me aburre y me enfada. Se burla indignamente de

sus hijos, cuya ternura dará risa. Entonces caemos en la farsa.

Escena tercera. ¡Qué monólogo interminable! Hay que hacer monólogos cuando está uno ya sin recursos, y como exposición de pasión (cuando de hecho no puede mostrarse). Pero aquí es para hablarnos de lo que vemos, es decir, la vida interior de ese *château*. Inútil.

En cuanto al ave que se dibuja, el loro disecado que el actor tendría que tener en la mano haría estallar de risa a la sala, y bastaría por sí solo para hacer caer una obra maestra. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto?

En la escena quinta, la explosión de Léonie rebasa los límites. En resumen, toda esta obra me produce una impresión de delicadeza lastimada, semejante a la que tan legítimamente sentiste al leer la mitad buena de *La educación sentimental*. Y aquí termino mi análisis, pues, a mi juicio, es una idea que hay que revisar totalmente, o abandonarla.

Discúlpame si te duele en este momento. Haz que lea tu obra la señora Roger, en quien confías, y verás, si es sincera, cómo no le produce un efecto agradable. [...]

He leído *Graziella*. ¡Qué desdichado! Ha estropeado una hermosa historia. Ese hombre, por mucho que digan, no tiene el instinto del estilo. Al menos a mi juicio.

Adiós, te beso. Trata de estar más alegre que yo. Dos besos más en tus buenos y hermosos ojos.

Tuyo.

84

Croisset, jueves, cuatro de la tarde [15 de abril de 1852].

Te escribo con mucha dificultad, pues desde ayer por la mañana tengo un reuma en el hombro derecho que no hace sino empeorar de hora en hora. Son las lluvias de Grecia, las nieves del Parnaso y toda el agua que corrió sobre mi cuerpo en el condenado valle, que se hacen recordar. Sufro razonablemente, y estoy no poco irritado.

Si la señora Roger encuentra buena tu comedia, peor para ella (para la señora Roger); o carece de gusto, o te engaña por cortesía, a menos que yo esté ciego.

A mí me ha parecido aburrida, desmesurada, y sobre todo el personaje de la abuela de lo más torpe, al margen de cualquier consideración literaria.

Durante dos inviernos seguidos, en Ruán, en 1847 y 1848, todas las tardes, tres veces por semana, Bouilhet y yo escribimos guiones, trabajo agotador, pero que nos habíamos jurado realizar. Así, tenemos una docena, y más, de dramas, comedias, óperas cómicas, etc., escritos acto a acto, escena a escena, y aunque no me creo en absoluto apto para el

teatro, me parece que la estructura de tu obra es torpe. Esa abuela que escucha sin moverse es un artificio demasiado cínico. Creo estar en lo cierto, pobre querida mía. Mejor si te excitan mis golpes de fusta; peor (para mí) si los doy intempestivamente.

El trabajo vuelve a marchar, un poco. Me he recuperado ya, finalmente, de la alteración que me causó mi viajecito a París. Mi vida es tan lisa que un grano de arena la perturba. Para poder escribir he de estar en una inmovilidad de existencia completa. Pienso mejor tendido de espaldas y con los ojos cerrados. El menor ruido se repite en mí con ecos prolongados que tardan mucho en morir. Y cuanto más tiempo pasa, más se desarrolla esta enfermedad. Algo, cada vez más, se hace espeso en mí, y le cuesta manar. Cuando esté acabada mi novela, dentro de un año, te llevaré mi manuscrito completo por curiosidad. Ya verás a través de qué complicada mecánica logro hacer una frase.

La historia de la señora Roger me ha alegrado profundamente (el desdichado aún no sabe nada; está en Cany, en el seno de sus lares. Hace mucho que no le he visto; el domingo le obsequiaré con la cosa). Me dices que, si fueras hombre, te indignaría ver que una mujer prefiere a una mediocridad antes que a ti. ¡Oh, mujer, poetisa, qué poco conoces el corazón de los varones! Sin cumplir los dieciocho, uno ha sufrido ya en esta cuestión tantos hundimientos, que se ha vuelto insensible. Uno trata a las mujeres como tratamos al público, con mucha deferencia exterior y un soberano desprecio por dentro. El amor humillado se vuelve orgullo libertino. Creo que el éxito con las mujeres es en general signo de mediocridad, y sin embargo es el que todos envidiamos, y el que corona a los demás. Pero no queremos aceptarlo, y como consideramos muy por debajo de nosotros a quienes son objeto de su preferencia, llegamos a la conclusión de que son estúpidas, lo que no es así. Juzgamos desde nuestro punto de vista, y ellas desde el suyo. La belleza no es para la mujer lo que es para el hombre. Jamás nos entenderemos sobre eso, ni sobre la inteligencia, ni sobre el sentimiento, etc.

Una vez me encontraba con varios tipos (bastante viejos) en un lugar infame. Desde luego, todos eran más feos que yo, y aquel al que mejor cara pusieron las damas era francamente horroroso (¡explícamelo, oh Aristóteles!). Y aquí no se trata de dones del alma, poesía del lenguaje o fuerza de las ideas, sino del cuerpo, de lo que es observable a la vista y al olfato de los sentidos. Interroga a cualquier ex-guapo, y pregúntale si, mientras estaba acostado con una mujer, ha encontrado alguna vez una que se extasiara ante las líneas de su brazo o los músculos de su pecho. ¡Qué abismo es todo eso! ¿Y qué importa el vaso? Lo hermoso es la

embriaguez (en Meltenis hay un hermoso verso al respecto). Lo importante es tenerla.

¡Que se divierta con su guapo Enault, esa pobrecita tía Roger, que goce, que goce por triplicado, y le haga salir al tío Roger unos cuernos altos como cedros, tanto mejor!

La contemplación de ciertas dichas asquea de la dicha misma: ¡qué orgullo! Es sobre todo cuando uno es joven cuando la visión de las felicidades vulgares da náuseas de la vida: uno prefiere reventar de hambre que atiborrarse de pan negro. Muchas virtudes no tienen otro origen. Veo en tu carta que el tío d'Arpentigny lanza sobre tu lecho una mirada de agrimensor geómetra, estimando a olfato cuántas hectáreas de placer contendría. ¿Me había equivocado? ¡Vaya, vaya! Y el pequeño Simón, al que acusaba yo hace cuatro meses de aspirar a la teta, como la nariz del tío Aubry a la tumba, ¿me había equivocado? ¡Menudo moralista soy!

[...] Mil besos en tus ojos. Tuyo.

85

[Croisset] Sábado por la noche [24 de abril de 1852].

¡Ah! Estoy muy contento, ha sido un buen despertar, querida Louise, y hoy que he terminado mi tarea y es temprano aún, voy a charlar contigo, conforme a tus deseos, el mayor tiempo posible. Pero, primero, deja que empiece por abrazarte muy fuerte contra el corazón, de alegría ante tu premio, pobre querida mía. ¡Qué feliz soy de que te haya ocurrido un acontecimiento agradable! La jeta del Filósofo esfumándose en el momento en que van a leer tu nombre es de una comicidad de excelente gusto.

Si no he contestado antes a tu carta doliente y desanimada es porque he tenido un gran acceso de trabajo. Anteayer me acosté a las cinco de la mañana, y ayer a las tres. Desde el lunes pasado he dejado todo lo demás, y toda la semana he trabajado exclusivamente en mi *Bovary*, fastidiado por no avanzar. Ahora he llegado al baile, que empezaré el lunes. Espero que vaya mejor. Desde que me viste he escrito veinticinco páginas peladas (veinticinco páginas en seis semanas). Han sido duras de pelar. Mañana se las leeré a Bouilhet. Por mi parte, las he trabajado tanto, copiado, cambiado y manejado, que de momento no me entero de nada. Creo, no obstante, que son consistentes. Me hablas de tus desánimos: ¡si pudieses ver los míos! No sé cómo a veces no se me caen los brazos del cuerpo, de cansancio, y cómo no se me hace papilla la cabeza. Llevo una vida áspera, desierta de todo goce exterior, y en la que nada tengo para

sostenerme más que una especie de rabia permanente, que a veces llora de impotencia, pero que es continua. Amo mi trabajo con un amor frenético y pervertido, como un asceta el cilicio que le rasca el vientre. A veces, cuando me encuentro vacío, cuando la expresión se niega a venir, cuando, después de haber garabateado largas páginas, descubro que no he hecho ni una frase, caigo sobre mi diván y allí permanezco alelado, en un pantano interior de hastío.

Me detesto, y me acuso por esa demencia de orgullo que me hace jadear en pos de la quimera. Un cuarto de hora después, todo ha cambiado; el corazón me late de alegría. El miércoles pasado tuve que levantarme e ir en busca de mi pañuelo; las lágrimas corrían por mi rostro. Me había enternecido yo solo al escribir, y gozaba deliciosamente con la emoción de mi idea, con la frase que la expresaba y con la satisfacción de haberla encontrado. Al menos, creo que había de todo eso en esa emoción en que los nervios, después de todo, ocupaban más lugar que lo demás. En este orden, las hay más elevadas: son aquellas en que el elemento sensible no interviene. Entonces aventajan a la virtud en belleza moral, hasta tal punto son independientes de toda personalidad, de toda relación humana. A veces he entrevisto (en mis grandes días soleados), al resplandor de un entusiasmo que hacía vibrar mi piel desde el talón a la raíz de los cabellos, un estado del alma superior a la vida, para el que la gloria no sería nada, e incluso la felicidad inútil. Si cuanto te rodea, en vez de formar con su naturaleza una conjuración permanente para asfixiarte en los lodazales, te mantuviera, al contrario, en un régimen sano, ¿quién sabe, entonces, si no habría medio de hallar para la estética lo que el estoicismo había inventado para la moral? El arte griego no era un arte; era la constitución radical de todo un pueblo, de toda una raza, del país mismo. Las montañas tenían líneas muy diferentes, y eran de mármol para los escultores, etc.

Ha pasado la época de lo Bello. La humanidad, incluso si vuelve a ello, no lo necesita para nada de momento. Cuanto más avance, más científico será el Arte, así como la ciencia se volverá artística. Ambos se reunirán en la cumbre, después de haberse separado en la base. Ningún pensamiento humano puede prever ahora ante qué deslumbrantes soles psíquicos eclosionarán las obras del futuro. Entretanto, estamos en un pasillo lleno de sombras; tanteamos en las tinieblas. Nos falta una palanca; la tierra resbala bajo nuestros pies; nos falta un punto de apoyo a todos, literatos y escritorzuelos que somos. ¿De qué sirve? ¿A qué necesidad responde este parloteo? No hay lazo alguno entre la muchedumbre y nosotros. Peor para la multitud, y sobre todo peor para nosotros. Pero como cada cosa tiene su razón, y como la fantasía de un individuo me parece tan legítima

como el apetito de un millón de hombres, y como puede ocupar tanto lugar en el mundo, es preciso, hecha abstracción de las cosas y con independencia de la humanidad que reniega de nosotros, vivir para nuestra vocación, subir a nuestra torre de marfil y allá, como una bayadera entre sus perfumes, quedarnos solos con nuestros sueños. A veces tengo grandes hastíos, grandes vacíos, dudas que se ríen en mi cara, en medio de mis satisfacciones más ingenuas. Pues bien: no cambiaría todo eso por nada, pues me parece, en conciencia, que cumplo con mi deber, que obedezco a una fatalidad superior, que hago el Bien, que estoy en lo Justo.

Charlemos un poco de *Graziella*. Es una obra mediocre, aunque sea lo mejor que ha escrito Lamartine en prosa. Hay bonitos detalles: el viejo pescador tendido de espaldas mientras pasan las golondrinas rozando sus sienes, Graziella atando su amuleto al lecho, trabajando el coral, dos o tres hermosas comparaciones de la naturaleza, como un relámpago a intervalos que se parece a un guiño, eso es casi todo. Y para empezar, hablando claro, ¿se la tira o no se la tira? No son seres humanos, sino muñecos. ¡Qué bonitas, esas historias de amor en que lo principal está tan rodeado de misterio que no sabe uno a qué atenerse, al quedar la unión sexual sistemáticamente relegada a la sombra, como beber, comer, mear, etc.! Esa actitud preconcebida me revienta. ¡Ahí está un tío que vive continuamente con una mujer que le ama y a la que ama, y nunca siente deseo! ¡Ni una nube impura viene a oscurecer este lago azulado! ¡Hipócrita! ¡Si hubiera contado la historia auténtica, cuánto más hermoso habría sido! Pero la verdad exige machos más velludos que el señor de Lamartine. En efecto, es más fácil dibujar un ángel que una mujer: las alas ocultan la chepa. Otra cosa: es en plena desesperación cuando visita Pompeya, el Vesubio, etc., lo que era una forma muy inteligente de instruirse, entre paréntesis. Y ahí, ni una palabra de emoción, mientras que al principio hemos aguantado el elogio de San Pedro de Roma, obra glacial y declamatoria, pero que hay que admirar. Entra dentro del orden: es una idea admitida. En este libro no hay nada que te agarre de las tripas. Habría podido hacer llorar con Ceceo, el primo desdeñado. Pues no. Y al final, ningún desgarramiento; por ejemplo, la exaltación intencionada de la sencillez (de las clases pobres, etc.) en detrimento del lustre de las clases acomodadas, el aburrimiento de las grandes urbes. Pero es que Nápoles no es aburrido en absoluto. Hay hembras encantadoras, y baratas. El señor de Lamartine era el primero en aprovecharse, y son tan poéticas en la calle de Toledo como en la Margellina. Pues no; hay que hacer algo convencional, falso. Las señoras han de leerle a uno. ¡Ah, mentira, mentira, qué idiota eres!

Se habría podido hacer un hermoso libro con esta historia, mostrándonos lo que sin duda ocurrió: un joven en Nápoles, por casualidad, en medio de sus otras distracciones, se acuesta con la hija de un pescador y luego la manda a paseo; ella no muere, sino que se consuela, lo que es más corriente y más amargo. (El final de *Candide* es así, a mi juicio, la prueba flagrante de un genio de primer orden. La zarpa del león queda marcada en esa conclusión tranquila, estúpida como la vida.) Eso habría exigido una independencia de personalidad que Lamartine no tiene, ese vistazo clínico de la vida, esa Verdad, en fin, que es el único medio de conseguir grandes efectos de emoción. A propósito de emoción, una última palabra: antes del poema final, ha tenido buen cuidado de decirnos que lo ha escrito todo de un solo arranque y llorando. ¡Qué bonito procedimiento poético! Sí, lo repito, había no obstante ahí con qué hacer un hermoso libro.

Comparto la opinión del Filósofo en lo tocante a los versos de Gautier. Son muy flojos, y la ignorancia de la gente de letras es monstruosa. *Melanis* ha parecido una obra erudita: ¡pero si cualquier bachiller debería saber todo eso! ¿Es que acaso se lee, acaso se tiene tiempo? ¿Qué les importa? Chapotean sin orden ni sentido. ¡Se reciben alabanzas de los amigos, se pierde la cabeza, se hunde uno en una obesidad del espíritu que se confunde con buena salud! Sin embargo, el buen Gautier era un hombre nacido y hecho para convertirse en un artista exquisito. Pero el periodismo, la corriente común, la miseria (no, no calumniemos esa leche de los fuertes), el putaneo de espíritu más bien, pues de eso se trata, lo han rebajado con frecuencia al nivel de sus colegas. ¡Ay, qué contento me vería si una pluma sería como la del Filósofo, que es un hombre severo (de estilo), les diese un día una buena azotaina a todos esos señoritos!

Vuelvo a *Graziella*. Hay un párrafo de una página entera, toda en infinitivos: «levantarse temprano, etc.». El hombre que adopta giros semejantes tiene mal oído; no es escritor. Nunca, esas viejas frases de músculos abultados, tensos, y que hacen sonar los tacones. Sin embargo, yo concibo un estilo, un estilo que sería hermoso, que alguien creará algún día, dentro de diez años o de diez siglos, y que sería rítmico como el verso, preciso como el lenguaje de las ciencias, y con ondulaciones, zumbidos de violoncello, penachos de fuego; un estilo que te entraría en la idea como un estilete, y sobre el que tu pensamiento, en fin, bogaría sobre superficies lisas, como cuando se vuela en una barca con buen viento de popa. La prosa nació ayer; eso es lo que hay que pensar. El verso es la forma por excelencia de las literaturas antiguas. Todas las combinaciones prosódicas se han probado; pero las de la prosa, ni mucho menos.

Las historias de la señora Roger me deleitan, y la figura del capitán [d'Arpentigny] es espléndida. ¡Qué hombre excelente, ese capitán! Me has enviado un fragmento de diálogo que me ha producido un efecto similar a algunos de Molière; era a la vez cuadrado y lírico. ¡Pobre mujercita! ¡Qué tristeza luego, cuando comprenda que su querido amigo es sólo un tonto! ¡Cómo me habría gustado asistir a la visita en la habitación, y ver todas las ceremonias recíprocas! Tú sí que sientes bien eso; deberías fijar tu atención literaria en ese tipo de aspectos humanos. Tienes un lado del espíritu fino, sutil y perspicaz, en lo que se refiere a la comicidad, que no cultivas lo bastante, así como otro sanguíneo, vocinglero, apasionado y a veces desbordante, al que hay que poner un corsé y que es preciso endurecer por dentro.

Me dices que te he enviado observaciones curiosas sobre las mujeres, y que son poco libres de su persona (las mujeres). Es cierto. ¡Se les enseña tanto a mentir, se les cuentan tantas mentiras! ¡Nadie se encuentra nunca en condiciones de decirles la verdad, y cuando se tiene la desdicha de ser sincero, se exasperan contra esta rareza! Lo que sobre todo les reprocho es su necesidad de poetización. Un hombre querrá a su lavandera, y sabrá que es tonta, sin gozar menos por ello. Pero si una mujer ama a un patán, es un genio desconocido, un alma de élite, etc., de modo que, debido a esa natural disposición al bizqueo, no ven la verdad cuando aparece, ni la belleza allá donde se encuentra. Esta inferioridad (que es, desde el punto de vista del amor en sí, una superioridad) es la causa de las decepciones de que tanto se quejan. Pedir peras al olmo es en ellas una enfermedad común.

Máximas sueltas: no son sinceras consigo mismas; no se confiesan sus propios sentidos; confunden su culo con su corazón, y creen que la luna está hecha para iluminar su cuarto.

El cinismo, que es la ironía del vicio, les falta; o cuando lo tienen, es por afectación.

La cortesana es un mito. Jamás mujer alguna inventó una orgía.

Su corazón es un piano en que el hombre, artista egoísta, disfruta tocando piezas que lo hacen brillar, y todas las teclas hablan. Con relación al amor, en efecto, la mujer no tiene trastienda: no guarda nada aparte para ella, como nosotros, que, en todas nuestras generosidades de sentimiento, reservamos no obstante siempre *in petto* un pequeño peculio para nuestro uso exclusivo.

Basta de reflexiones morales. Charlemos un poco de nosotros dos. Y primero, de tu salud. ¿Qué es lo que te ocurre?

¡Ojalá lo que dice Pradier sobre mi calvicie fuera cierto! (Volverían a

brotar.) Pero creo que no tiene la ventaja de haber tenido una causa tan pícara; no es que quiera hacerme pasar por un invicto, como diría Corneille. He tenido mis lagos de Trasimeno. Pero sólo yo puedo decirlo, hasta tal punto se ha restablecido la República. Desde hace tres semanas, sobre todo, mis cabellos caen como si fuesen convicciones políticas. No sé si el agua de Taburel los hacía aguantar. Puedes mandarme otras dos botellas, para probar.

En el paquete, pon la Bretaña, si quieres; o quédatela, me da igual.

Que te diga cosas tiernas, me pides. No te las digo, pero las pienso. Cada vez que tu pensamiento me viene al magín, va acompañado de dulzura.

Mis viajes a París, que ya sólo te tienen a ti como atractivo, son en mi vida como oasis a donde voy a beber y a sacudir sobre tus rodillas el polvo de mi trabajo. En mi pensamiento, brillan en la lejanía, bañados en una luz alegre. Si no los renuevo con más frecuencia es por pereza y porque me alteran demasiado. Pero ten paciencia; más adelante me tendrás durante más tiempo.

Dentro de un año o dieciocho meses tomaré un alojamiento en París. Iré más a menudo, y pasaré cada año varios meses seguidos. Por ahora iré cuando haya acabado la primera parte, no sé cuándo, no antes de un mes largo; estaré ocho días. Seremos felices, ya verás. Y además, ¿cómo no iba yo a quererte, pobre cariño mío? ¡Si tú me quieres tanto! ¡Tu amor es tan bueno, tan ciego! Me dices cosas tan halagadoras, y que, sin embargo, no son para halagarme. Si la verdad habla por ti, si más adelante los demás reconocen lo que encuentras en mí, recordaré tus predicciones con orgullo. Si, al contrario, permanezco en la sombra, habrás sido un gran rayo de luz en este calabozo, un himno en esta soledad.

Aunque esté lejos de ti, sigo tu vida; la adivino, la veo, y percibo a menudo, dentro de mi oído, el ruido de tus pasos en tu tarima.

Desde aquí contemplo ahora tu cabeza inclinada sobre la mesita redonda donde escribes, y tu lámpara que arde. Henriette te habla a través del tabique. Siento bajo mis dedos tu piel tan fina y tu talle apoyado en mi brazo izquierdo.

No he tenido muchos placeres en mi vida (si he deseado muchos). Tú me has dado algunos. Y tampoco he tenido muchos amores (sobre todo felices); siento por ti algo más tranquilo, pero tan profundo que eres el mejor afecto que he tenido. Se mantiene sobre mí con un gran balancín.

En mi juventud tuve un maremágnum de pasiones. Era como el patio de una mensajería, donde te estorban los coches y los mozos de cuerda: por eso ha conservado mi corazón un aire estupefacto.

Me siento viejo al respecto. La energía que he gastado en estas tristezas

no puede medirla nadie. Me pregunto a menudo qué hombre sería yo si mi vida hubiese sido exterior, en vez de ser interior; qué habría ocurrido si lo que quise antaño lo hubiera poseído...

Sólo en provincias, y en el ambiente literario en que yo nadaba, son posibles estas concentraciones. Los jóvenes de París ignoran todo eso. ¡Oh, dormitorios de mi colegio, teníais melancolías más vastas que las que he encontrado en el desierto!

Adiós, ya son más de las doce. Mil besos. ¿Vaya carta, eh? ¡Habré emborronado papel!

Te beso en todas partes.

Tuyo. Tu

86

Croisset, medianoche del sábado [8-9 de mayo de 1852].

[...] Esa rectitud de corazón de la que hablas no es sino la misma rectitud de espíritu que pongo, yo creo, en las cuestiones de Arte. No adopto, por mi parte, todas esas distinciones de corazón, espíritu, forma, fondo, alma o cuerpo: en el hombre todo está ligado. Hubo un tiempo en que me mirabas como un egoísta celoso que se complacía rumiando perpetuamente su propia personalidad. Eso es lo que creen quienes ven la superficie. Lo mismo ocurre con ese orgullo que tanto indigna a los demás y que, no obstante, cuesta tamañas miserias. Al contrario, nadie ha aspirado a los demás más que yo. He ido a olfatear estiércoles desconocidos, me he apiadado de muchas cosas ante las que no se enternecían las personas sensibles. Si la *Bovary* vale algo, a ese libro no le faltará corazón. Sin embargo, creo que la ironía domina la vida. ¿Por qué, cuando he llorado, he ido con frecuencia a mirarme al espejo, para verme? Esta disposición para planear sobre uno mismo es quizá la fuente de toda virtud. Te arranca de la personalidad, lejos de retenerte en ella. La comicidad llegada al extremo, la comicidad que no hace reír, el lirismo en la broma, es para mí lo que más me seduce como escritor. Ahí están los dos elementos humanos. El enfermo imaginario descende más hondo en los mundos interiores que todos los Agamenones. El «¿No habría peligro en hablar de todas estas enfermedades?» vale tanto como el «¡Que hubiese muerto!».

Pero ¿quién hará entender esto alguna vez a los pedantes? Es curioso, por lo demás, lo bien que siento la comicidad en cuanto hombre, y cómo mi pluma la rechaza. Converjo en ella cada vez más a medida que me vuelvo menos alegre, pues es la última de las tristezas. Desde hace algún tiempo, tengo ideas de teatro, y el esbozo inseguro de una gran novela metafísica, fantástica y ruidosa, que me cayó en la cabeza hará quince

días. Si me pongo a ello dentro de cinco o seis años, ¿qué ocurrirá desde este minuto en que te escribo hasta el momento en que la tinta se seque en el último tachón? Al ritmo al que voy, no habré terminado la *Bovary* hasta dentro de un año. Poco me importan seis meses más o menos. Pero la vida es corta. Lo que me aplasta a veces es pensar en todo lo que querría hacer antes de reventar, que hace ya quince años que trabajo sin descanso, de manera dura y continua, y que jamás tendré tiempo de darme a mí mismo la idea de lo que quería hacer.

Últimamente he leído todo el *Infierno* de Dante (en francés). Tiene muchos aires, pero ¡qué lejos está de los poetas universales que no cantaron sus odios de aldea, de casta o de familia! ¡Sin plan! ¡Cuántas repeticiones! A ratos, un aliento inmenso; pero Dante es, creo, como muchas cosas hermosas y consagradas, San Pedro de Roma entre otras, que no se le parece nada, entre paréntesis. Uno no se atreve a decir que le aburre. Esa obra se hizo para una época, y no para todas; lleva su sello. Peor para nosotros, que la comprendemos menos; peor para ella, que no se hace comprender.

Acabo de leer cuatro volúmenes de las *Memorias de ultratumba*. Rebasa su fama. Nadie ha sido imparcial para con Chateaubriand, todas las camarillas le han tenido manía. Se podría escribir una magnífica crítica sobre sus obras. ¡Qué hombre habría sido sin su poética! ¡Cómo lo ha achicado! ¡Cuántas mentiras y pequeñeces! En Goethe no ve sino a *Werther*, que es una de las buhardillas de aquel genio inmenso. Chateaubriand es como Voltaire. Hicieron (artísticamente) cuanto pudieron para estropear las más admirables facultades que Dios les había dado. Sin Racine, Voltaire habría sido un gran poeta, y sin Fénelon, ¡qué no habría hecho el hombre que escribió *Velléda* y *René*! Napoleón era como ellos: sin Luis XIV, sin ese fantasma de monarquía que le obsesionaba, no habríamos tenido el galvanismo de una sociedad ya cadáver. Lo que vuelve tan hermosas las figuras de la Antigüedad es que eran originales: ahí está todo, el sacar de uno mismo. Y ahora, ¡por cuánto estudio hay que pasar para desligarse de los libros, y cuántos hay que leer! Hay que beber océanos y mearlos de nuevo.

Ya que tanto admiras la hermosa perífrasis de Pongerville, «el tapiz que con esfuerzo Babilonia tejó», podré llevarte un acto de una tragedia que empezamos hace cinco años, Bouilhet y yo, sobre *El descubrimiento de la vacuna*, donde todo es de ese calibre, y mejor. En esa época yo había estudiado mucho el teatro de Voltaire, que analicé escena a escena, de cabo a rabo. Hacíamos guiones, y leíamos a veces, para reírnos, tragedias de Marmontel; fue un excelente estudio. Hay que leer lo malo y lo sublime,

lo mediocre no. Te aseguro que, en cuanto a estilo, aquellos que más odio quizá me hayan servido más que los demás. [...]

La carta de la tía Hugo es muy simpática. Te la devuelvo. Me ha causado una impresión muy profunda, y también a Bouilhet. Conocemos aquí a un joven que alimenta hacia ella un amor místico, desde la exposición de su retrato por Boulanger, hace una docena de años por lo menos. ¿Cómo va a sospecharlo siquiera, esa mujer que vive en París, a la que él jamás ha visto y que nunca le ha visto a él? Cada cosa es un infinito; el menor guijarro detiene el pensamiento, igual que la idea de Dios. Entre dos corazones que latén uno por otro hay abismos; entre ellos está el vacío, toda la vida y lo demás. Por mucho que haga el alma, no rompe su soledad, sino que camina con él. Uno se siente hormiga en un desierto, perdido, perdido. ¿Y todo esto a propósito de qué? ¡Ah!, a propósito del retrato de la señora Hugo. Es muy curioso, ¿verdad? Estuve una vez en su casa, en 1845, al regresar de Besancon, donde la madrina de Hugo me había enseñado la habitación en que él nació. Esta anciana me había encargado que llevara noticias suyas a la familia Hugo. La señora me recibió mediocrementemente. Llegó el gran Hippolyte Lucas y me retiré a los seis minutos de haberme sentado.

Bouilhet va a empezar su drama. En octubre irá a vivir a París. Cuando se haya marchado, estaré solo; ahí comenzará mi vejez. Todo lo que conozco de la capital no me da ganas de vivir en ella. París me aburre; allá, para mí, se charla demasiado. El intento de instalación que haré, los pocos meses que pasaré allí durante dos o tres inviernos, me apartarán quizá de París para siempre. Volveré a mi agujero y moriré sin salir de él, yo que tanto me habré paseado con la idea. ¡Ah, cómo querría ir a la India y al Japón! Cuando me llegue la posibilidad, a lo mejor no tendré ni dinero ni salud. Además, físicamente me enrosco cada vez más. La visión de mi leña ardiendo me regocija tanto como un paisaje. Siempre he vivido sin distracciones; necesitaría algunas grandes. Nací con un montón de vicios que jamás han asomado la nariz por la ventana. Me gusta el vino; no bebo. Soy jugador, y jamás he tocado una carta. Me gusta el placer, y vivo como un monje. En el fondo soy místico, y no creo en nada.

Pero te quiero, pobre corazón mío, y te abrazo... ¡raras veces! Si te viera todos los días, quizá te querría menos; pero no, aún hay para mucho tiempo. Vives en la trastienda de mi corazón, y sales los domingos. Adiós, mil besos en tu pecho.

Tuyo.

Croisset, una de la madrugada, sábado al domingo [15-16 de mayo de 1852].

La noche del domingo me coge en medio de una página que me ha ocupado todo el día, y que está lejos de acabarse. La dejo para escribirte, y además, quizá me llevaría hasta mañana por la noche; pues, como a menudo me paso varias horas buscando una palabra, y tengo varias que buscar, podría ocurrir que aún aguardases toda la semana próxima, si yo esperara al final. Sin embargo, hace varios días que esto no va demasiado mal, salvo hoy, en que he tenido muchas dificultades. ¡Si supieras lo que quito, y qué papilla son mis manuscritos! Ya he hecho ciento veinte páginas; al menos habré escrito quinientas. ¿Sabes en qué me pasé anteayer toda la tarde? Mirando el campo a través de vidrios de colores; lo necesitaba para una página de mi *Bovary* que no será, creo, una de las peores.

Tienes muchas ganas de verme, querida Louise, y yo también. Siento la necesidad de besarte y de tenerte en mis brazos. Espero, más o menos a fines de la semana próxima, poder decirte de fijo cuándo nos veremos.

Esta semana va a fastidiarme la llegada de unas primas (desconocidas) bastante descocadas, parece ser, al menos una de ellas. Son unas parientes de Champaña, cuyo padre es director de no sé qué sección de contribuciones en Dieppe. Mi madre fue a verlo ayer y anteayer, días en que me quedé solo con la institutriz. Pero no temas, no flaqueó mi virtud, y ni siquiera pensó en flaquear. A fines de este mes, mi sobrina, la nena de mi hermano, va a hacer la primera comunión. Estoy invitado a dos cenas y un almuerzo. Me atiborraré; eso me distraerá. Si uno no se empapuzza en esas solemnidades, ¿qué puede hacer? Ya estás, pues, enterada de mi vida exterior. En cuanto a la interior, nada nuevo. He leído *Rodogune* y *Théodore* esta semana. ¡Qué cosa inmundada, los comentarios del señor de Voltaire! ¡Qué idiotez! Y sin embargo, era un hombre ingenioso. Pero el ingenio sirve de poca cosa en las artes, para impedir el entusiasmo y negar el genio, eso es todo.

¡Qué triste ocupación, la crítica, ya que un hombre de ese temple nos da semejante ejemplo! ¡Pero es tan agradable hacerse el pedagogo, reprender a los demás, enseñar a la gente su oficio! La manía del rebajamiento, que es la lepra moral de nuestra época, ha favorecido singularmente esa inclinación entre la gente escritora. La mediocridad se sacia con esa comidita diaria que, bajo una apariencia seria, oculta el vacío. Es mucho más fácil discutir que comprender, y charlar de arte, la idea de lo bello, el ideal, etc., que escribir el más pequeño soneto o la frase más sencilla. Con frecuencia he tenido ganas de meterme yo también en

eso, y hacer de golpe un libro sobre toda la cuestión. Será para mi vejez, cuando esté seco mi tintero. ¡Qué obra atrevida y original podría escribirse bajo el título «De la interpretación de la Antigüedad»! Sería la obra de toda una vida. Pero ¿para qué? ¡Música! ¡Mejor, música! Giremos con el ritmo, oscilemos con los períodos, bajemos más hondo a las bodegas del corazón.

Esta manía del rebajamiento de la que hablo es profundamente francesa, país de la igualdad y la antilibertad. Pues en nuestra querida Patria se detesta la libertad. El ideal del Estado, según los socialistas, ¿no es una especie de gran monstruo que absorbe en él toda acción individual, toda personalidad, todo pensamiento, y que lo dirigirá todo, lo hará todo? En el fondo de estos corazones estrechos hay una tiranía sacerdotal: «Hay que regularlo todo, rehacerlo todo, reconstituir sobre otras bases», etc. No hay estupidez ni vicio que no saque provecho de estos sueños. Encuentro que ahora el hombre es más fanático que nunca, pero de sí mismo. No canta otra cosa, y en ese pensamiento que salta más allá de los soles, devora el espacio y bala en pos del infinito, como diría Montaigne, no encuentra nada más grande que esa misma miseria de la vida de la que trata incesantemente de zafarse. Así, desde 1830, Francia delira de un realismo idiota; la infalibilidad del sufragio universal está a punto de convertirse en un dogma que va a suceder al de la infalibilidad del Papa. La fuerza del brazo, el derecho del número, el respeto a la muchedumbre han sucedido a la autoridad del nombre, al derecho divino y a la supremacía de la mente. La conciencia humana no protestaba en la Antigüedad; la Victoria era santa, la daban los dioses, era justa; el hombre esclavo se despreciaba a sí mismo tanto como a su amo. En la Edad Media, aquella conciencia se resignaba y soportaba la maldición de Adán (en la que creo, en el fondo); durante quince siglos ha representado la Pasión, como un Cristo perpetuo que, a cada nueva generación, volvía a tenderse en su cruz.

Pero ahora resulta que, agotada por tantas fatigas, parece dispuesta a dormirse en un embrutecimiento sensual, como una puta al salir del baile de máscaras dormita en un fiacre, encuentra los cojines blandos de puro borracha, y se tranquiliza al ver en la calle a los guardias que, con sus sables, la protegen de los chiquillos cuyos abucheos la insultarían.

República o monarquía, no saldremos de aquí tan pronto. Es el resultado de un largo trabajo en el que ha participado todo el mundo desde De Maistre hasta el padre Enfantin, y los republicanos más que los demás. ¿Qué es, pues, la igualdad sino la negación de toda libertad, de toda superioridad y de la propia naturaleza? La igualdad es la esclavitud. Por eso amo el Arte. Ahí, al menos, todo es libertad en el mundo de las

ficciones. Todo se sacia, se hace todo, se es a la vez el propio rey y el propio pueblo, activo y pasivo, víctima y sacerdote. No hay límites: la humanidad es para uno un muñeco con cascabeles, que se hace sonar al final de la frase, como un titiritero en la punta del pie (así, con frecuencia me he vengado de la vida; me he dado un montón de placeres con la pluma; me he regalado mujeres, dinero y viajes), como el alma encorvada se despliega en ese azul que no se detiene sino en las fronteras de la Verdad. En efecto, allá donde falta la forma, ya no hay idea. Buscar lo uno es buscar lo otro. Son tan inseparables como lo es la sustancia del color, y por eso el Arte es la verdad misma. Todo esto, desleído en veinte lecciones en el Colegio de Francia, me haría pasar, ante muchos jovencitos, señores gruesos y damas distinguidas, por un gran hombre durante quince días.

Una cosa que prueba, a mi juicio, que el Arte está completamente olvidado, es la cantidad de artistas que pululan. Cuantos más chantres hay en una iglesia, más hay que presumir que los feligreses no son devotos. De lo que se preocupan no es de rezar a Dios, o de cultivar su jardín, como dice Cándido, sino de tener hermosas casullas. En lugar de arrastrar al público a remolque, se arrastran tras él. Hay más burguesismo puro entre la gente de letras que entre los tenderos. En efecto, ¿qué hacen, sino esforzarse, mediante todas las combinaciones posibles, por timar a la clientela? Y además, creyéndose honrados (es decir, artistas), lo que es el colmo del burgués. Para agradar a los parroquianos, Béranger ha cantado sus amores fáciles, Lamartine las jaquecas sentimentales de su esposa, y el propio Hugo, en sus grandes obras, ha lanzado en su intención estrofas sobre la humanidad, el progreso, la marcha de la idea y otras monsergas en las que no cree. Otros, restringiendo su ambición, como Eugène Sue, han escrito para el Jockey Club novelas sobre la alta sociedad o bien para el arrabal Saint-Antoine novelas crapulentas como *Los misterios de París*. El joven Dumas, de momento, va a conciliarse a perpetuidad a todo el puterío con su *Dama de las camelias*. Reto a cualquier dramaturgo a que tenga la audacia de poner en escena en los teatros del bulevar a un obrero ladrón. No: allá el obrero ha de ser honrado, mientras que el señor es siempre un bribón, así como en los Français la joven es pura, pues las mamás llevan allá a sus señoritas. Creo, pues, que este axioma es cierto, a saber, que la mentira gusta, mentira durante el día y sueño de noche. Así es el hombre. Excelente narración del viejo Villemain y descripción de la señora Hugo. [...]

Acaban de dar las tres. Despunta el día, mi fuego se ha apagado, tengo frío y voy a acostarme.

¡Cuántas veces ya en mi vida no habré visto la luz verde de la mañana asomarse a mis ventanas! Antes, en Ruán, en mi cuartito del Hôtel-Dieu, a través de una gran acacia; en París, en la calle De l'Est, sobre el Luxemburgo; de viaje, en las diligencias o en los barcos, etc.

Adiós, mi querida amiga, amante querida.

Tuyo.

88

[Croisset, 30 de mayo de 1852]

Hay que desconfiar de los mejores afectos, tal es la moraleja que saco de tu carta. Si el discurso de Musset, que me horripila, te ha parecido encantador, y si encuentras igualmente encantador lo que yo he podido hacer o haré, ¿que conclusión sacar?

Pero ¿dónde refugiarse, Dios mío? ¿Dónde hallar un hombre? Orgullo de uno mismo, convicción de la propia obra, admiración de lo Bello, ¿es que todo se ha perdido? ¿Es que el fango universal en el que nadamos hasta la boca llena el pecho de todos? En lo sucesivo, te lo suplico, no vuelvas a hablarme de lo que se hace en el mundo, no me envíes noticia alguna, dispénsame de artículos, diarios, etc. Puedo pasarme muy bien sin París y sin todo lo que allí se trama. Estas cosas me ponen enfermo; me harían volverme malo, y me refuerzan en un exclusivismo sombrío que me llevaría a una estrechez catoniana. ¡Cómo me felicito por haber tenido la buena idea de no publicar! ¡Aún no me he mojado! Mi musa (por derrengada que pueda estar) aún no se ha prostituido, y tengo muchas ganas de dejarla morir virgen, al ver toda esa sífilis que corre por el mundo. Como no soy de los que pueden hacerse un público, y como este público no está hecho para mí, prescindiré de él. «Si tratas de agradar, ya has caído», dice Epicteto. Yo no caeré. Me parece que el señor Musset ha meditado poco sobre Epicteto, y, no obstante, lo que falta en su discurso no es el amor a la virtud. Nos anuncia que el señor Dupaty era un hombre honrado, y que está muy bien ser hombre honrado. Entonces, satisfacción general del público. (Véase *Gabrielle*, del señor Émile Augier.) El elogio de las cualidades morales, agradablemente entrelazado con el de las virtudes intelectuales, y puestos juntos, al mismo nivel, es una de las mayores bajezas del arte de la oratoria. ¡Como todo el mundo cree poseer las primeras, al mismo tiempo se atribuyen las segundas! Tuve un criado que acostumbraba a tomar rapé. A menudo le oí decir cuando sorbía (para disculparse de su hábito): «Napoleón lo tomaba». Y la tabaquera, en efecto, establecía sin duda cierto parentesco entre ambos, que, sin rebajar al gran hombre, aupaba mucho al patán en su propia estima.

Veamos un poco ese famoso discurso. El principio está pésimamente escrito; hay una serie *de que*, como para hacer veinte *catogans*. Luego encuentro el respeto que va a impedirle hablar (¡Musset respetando al señor Dupaty!), la muerte prematura de su padre y una jeremiada anodina sobre las revoluciones, que «interrumpen por un momento las relaciones sociales». ¡Qué desgracia! Me recuerda un poco a las mantenidas, después de 1848, que estaban desoladas: la gente decente se iba de París; ¡todo se había perdido! Ciertamente es que, como contrapeso, llega el elogio indirecto de la abolición de la tortura; pasa la gran sombra de Calas, escoltada por un verso fuerte:

Un bello rasgo nos honra más aún que un bello libro.

Idea aceptada y generalmente admitida, aunque el primero sea más fácil de hacer que el segundo. Tomé muchas copitas, en mi juventud, con el señor Louis Fessart, mi maestro de natación, que salvó entre cuarenta y cuarenta y seis personas de una muerte inminente y con riesgo de su vida. Como no hay cuarenta y seis libros hermosos en el mundo desde que se empezó a escribir, semejante individuo, él solo, hunde a todos los poetas en la estima de un poeta. Sigamos:

Elogio de los colegiales agradecidos a sus maestros (halago indirecto a los profesores aquí presentes), y nuevamente epigrama sobre la libertad, *utile dulci*; es el género.

Luego una frase, y muy hermosa: «El murmullo del Océano, que turbaba aún a esa cabeza ardiente, se confundió con la música, y un golpe de arco se lo llevó». Pero son el Océano y la música la causa de que la frase sea buena. Por indiferente que sea el tema en sí, ha de existir de todos modos. Y cuando se entona de mala fe el elogio de un hombre mediocre, ¿qué puede esperarse sino una mediocridad? La forma sale del fondo, como el calor del fuego.

Llega el pequeño *confiteor*; ahí, el poeta llama a sus obras pecados de infancia, censura las culpas que ya no tiene y achaca a la escuela romántica no tener sentido común, aunque él no reniegue de sus maestros. Aquí habrían debido decirse cosas hermosas sobre el sillón de Hugo, vacío. ¿Cómo privarse de semejantes alegrías, cómo negarse a sí mismo la voluptuosidad de escandalizar a la Compañía? Pero el decoro se oponía a ello; habría molestado a este buen gobierno, y habría sido de mal gusto. A cambio, tenemos inmediatamente después el elogio inesperado de Casimir Delavigne, que sabía que la estima vale más que el ruido y que, en consecuencia, siempre se ha arrastrado a remolque de la opinión,

escribiendo *Las mesenias* después de 1815, *El paria* en la época del liberalismo, *Marino Faliero* cuando la boga de Byron, *Los hijos de Eduardo* cuando el drama medieval privaba. Delavigne era un señor mediocre, pero un normando astuto que acechaba el gusto del día y se conformaba a él, conciliando a todos los partidos y no satisfaciendo a ninguno, un burgués como pocos, un Luis Felipe en literatura. Para él, Musset no tiene sino amabilidades.

Ensalzar versos entre los que se encuentra éste:

Dejando a Rafael, sonreí al Albano ¡y Anacreonte junto a Homero!

Albano es el padre del rococó en pintura. Voltaire lo apreciaba mucho. Ferney está lleno de copias suyas. Musset, que tanto insultó a Voltaire en Rolla, pero que debía elogiarlo en la Academia (ya que era académico), debía este pequeño homenaje a su pintor favorito.

Sigue el elogio de la ópera cómica como género. Todo es del mismo fuste; incesantemente, la exaltación de lo gentil, de lo encantador. Musset ha sido muy funesto para su generación en este sentido. ¡También él, diablos, ha cantado a la modistilla!, y de una forma mucho más fastidiosa aún que Béranger, que al menos, en eso, está en su propia vena. Esta manía de lo mezquino (como idea y como obras) aparta de las cosas serias, pero gusta; no hay nada que decir, se cae en eso para el cuarto de hora. Antes de dos años volveremos a Florian. Entonces florecerá Houssaye, es un pastor.

Ahora, unos pocos ultrajes a las grandes cosas y a los grandes hombres. El trabajo del poeta: un noble ejercicio del espíritu. ¡De verdad! ¡Y además, dígame lo que se diga! ¡Qué audacia! Pero como hay ideas nobles e ideas que aparentemente no lo son, carreteras grandes y severas y carreteras pequeñas y agradables (según la clasificación de géneros, por supuesto, 1.º tragedias, 2.º comedias, comedia seria, comedia para reír, etc.), resulta que Bossuet y Fénelon están por encima de Molière (no académico), *Telémaco* vale más que *El enfermo imaginario*: para los hombres serios, en efecto, es una farsa (tal es la opinión, entre otros, del señor Chéruef, profesor de la Escuela Normal). No importa, la carretera pequeña no es por eso menos bella y sin duda hay que honrarla (¡cuánta bondad!) cuando la sigue un hombre honrado (siempre el hombre honrado); si no, ¡no!

Después, un poco de patriotismo, la bandera del Imperio, proezas en la guardia nacional. Este verso, citado como bueno:

¡Los dulces tributos de los campos sobre su ola tranquila!

Y Tancredo, ¡que es un tipo inimitable de poesía caballeresca). Finalmente, para la conclusión, el buen ejemplo de la gente que muere santamente escoltada por hermanas de la caridad, a las que ya hemos visto anteriormente en compañía de la idea cristiana glorificada.

Hay para todos los gustos, salvo para el mío.

En cuanto a la respuesta de Nisard, degrada aún más al señor de Musset. De Frank, de Rolla, de Bernerette, ni palabra. ¡Y allá estaba él!, se lo tragaba todo, escuchaba la teoría de que el amor de Boileau es una cualidad social. Oía decir que sus versos no se tenían de pie, y que las madres de familia se dignaban aprobarlo, una vez acostados los niños. Tragar todas esas groserías en público con un traje verde a la espalda, una espada al costado y un tricornio en la mano, eso se llama recibir honores. ¡Y sin embargo, tal es la meta de la ambición de las gentes de letras! Se aguarda ese día durante años; luego, uno ya está colocado, consagrado. ¡Ah!, es que le ven a uno, hay coches en la plaza, y tampoco faltan hermosas damas que le hacen cumplidos después de la ceremonia. Incluso, durante dos horas, el público le gratifica a uno con esa atención ingenua que demuestra alternativamente a Pulgarcito, a los Osages, al planeta Le Verrier, a las ascensiones de Poittevin, y a los primeros convoyes del ferrocarril de Versailles (margen derecha). Además, al día siguiente uno figura en todos los periódicos, entre la política y los anuncios.

Ciertamente, es bonito ocupar un sitio en las almas de la multitud, pero está uno allí las tres cuartas partes del tiempo en tan pobre compañía, que es como para asquear la delicadeza de un hombre bien nacido.

Admitamos que, si ninguna cosa bella ha permanecido ignorada, no hay torpeza que no haya sido aplaudida, ni tonto que no haya pasado por ser un gran hombre, ni gran hombre al que no hayan comparado con un cretino. La posteridad cambia a veces de opinión (pero la mancha queda en la frente de esta humanidad que tiene tan nobles instintos), ¡y aún! ¿Acaso reconocerá Francia alguna vez que Ronsard vale tanto como Racine? Así que hay que hacer arte para uno mismo, para uno solo, igual que se toca el violín.

Musset perdurará por esos aspectos de los que reniega. Ha tenido hermosos estallidos, hermosos gritos, y eso es todo. Pero en él el parisino estorba al poeta; el dandismo corrompe la elegancia; sus rodillas están rígidas debido a sus trabillas. Le ha faltado fuerza para convertirse en un maestro; no ha creído ni en sí mismo ni en su arte, sino en sus pasiones. Ha celebrado con énfasis el corazón, el sentimiento, el amor con toda

clase de H, rebajando bellezas más elevadas: «sólo el corazón es poeta», etc. Este tipo de cosas halagan a las damas; son máximas cómodas que hacen que tanta gente se crea poeta sin haber compuesto ni un solo verso. Esta glorificación de la mediocridad me indigna. Es negar todo arte y toda belleza; es insultar a la aristocracia de Dios.

La Academia Francesa subsistirá aún mucho tiempo, aunque quede muy atrasada de todo el resto. Saca sus fuerzas de la furia que tienen los franceses por las distinciones. Todos esperan pertenecer a ella más adelante; soy la excepción. El día en que concedió el primer premio Montyon, confesó que la vida literaria se había retirado de ella. Como ya no tenía nada que hacer, y al sentir que se le escapaban los asuntos de su competencia, se ha refugiado en la virtud, como se refugian las viejas en la devoción.

Ya que estoy en vena de mal humor (y, francamente, me llena el corazón), lo agoto. «Los días de orgullo en que me buscan, me halagan», dices. ¡Vamos ya! Son días de debilidad, días de los que hay que avergonzarse. Tus días de orgullo, voy a indicártelos. ¡Éstos son tus días de orgullo! Cuando estás en casa al atardecer, con tu vestido más viejo, con Henriette que te fastidia, la chimenea que revoca humo, con problemas de dinero, etc., y te vas a acostar con el corazón oprimido y la cabeza cansada; cuando, mientras recorres una y otra vez tu cuarto, o miras cómo arde la leña, piensas que nada te sostiene, que no cuentas con nadie, que todo te abandona, y entonces, hundida la mujer, la musa brinca, y algo se pone a cantar en el fondo de ti, algo alegre y fúnebre como un canto de batalla, desafío hecho a la vida, esperanza de su fuerza, llamarada de las obras por venir. Si te sucede eso, ahí están tus días de orgullo; no me hables de otros orgullos. Déjalos a los débiles, al señor Énault que se sentirá halagado por entrar en la *Revue de Paris*, a Du Camp que está encantado de que le reciban en casa de la señora Delessert, en resumidas cuentas, a todos los que se honran lo bastante poco para que se pueda honrarlos. Para tener talento hay que estar convencido de que se posee, y para conservar la conciencia limpia hay que colocarla por encima de las de todos los demás. El modo de vivir con serenidad y al aire libre es instalarse sobre una pirámide cualquiera, no importa cuál, con tal que sea elevada y su base sólida. ¡Ah!, no siempre es divertido, y se está muy solo; pero se consuela uno escupiendo desde arriba.

Algo más, con relación a mi madre. Sin duda alguna te habría recibido lo mejor posible, si os hubieseis conocido de un modo u otro. Pero en cuanto a sentirse halagada (y no tomes esto como una brutalidad gratuita), debes saber que la buena mujer no se siente halagada por nada. Es muy difícil

halagarla; tiene en toda su persona un algo imperturbable, glacial e ingenuo que te desconcierta. Prescinde de principios con más facilidad aún que de expansiones. Siendo virtuosa en toda su constitución, declara impudentemente que no sabe lo que es la virtud, y que jamás le ha sacrificado nada.

Me decía esta tarde que me avinagro. Quizá, en efecto, derivo hacia la solterona. Tanto peor; la figura del Misántropo es una de las más tontas que pueden ofrecerse. Sí, me hago viejo, no soy del siglo, me siento extranjero en medio de mis compatriotas, como si estuviese en Nubia, y empiezo a admirar en serio al príncipe-presidente, que aplasta bajo la suela de sus botas a esta noble Francia. Incluso iría a besarle el trasero, para agradecérselo personalmente, si no hubiese tal multitud ocupando el sitio. [...]

89

[Croisset] Sábado [12 de junio de 1852].

[...] Du Camp me ha enviado sus fotografías. Acabo de escribirle una nota para darle las gracias. Si la *Revue de Paris* empieza a declinar es que mis predicciones empiezan a cumplirse. A lo mejor se habrá ido del todo a pique, y yo aún no estaré a flote. A lo mejor le tenderé la pértiga, a él, que iba a llevarme a bordo. No, no lamento haberme quedado atrás hasta tan tarde. Mi vida, al menos, jamás ha protestado. Desde la época en que escribía preguntándole a mi criada las letras que había que emplear para trazar las palabras de las frases que yo inventaba, hasta esta noche en que la tinta se seca sobre las tachaduras de mis páginas, he seguido una línea recta, incesantemente prolongada y trazada a cordel a través de todo. Siempre he visto la meta retroceder ante mí, de año en año, de progreso en progreso. ¡Cuántas veces he caído de bruces en el momento en que me parecía tocarla! No obstante, siento que no debo morir sin haber hecho rugir en alguna parte un estilo como el que oigo en mi cabeza, y que será capaz de dominar la voz de los loros y de las cigarras. Si alguna vez llega ese día que esperas, en que la aprobación de la multitud siga a la tuya, las tres cuartas partes y media del placer que yo obtenga se deberán a ti, pobre mujer, querida mujer, que tanto me has querido. Mi corazón no es ingrato; jamás olvidará que mi primera corona la trenzaste tú, y la colocaste sobre mi frente con tus mejores besos. Pues bien: hay cosas más próximas, que anhelo más que todo ese estrépito que se comparte con tanta gente. ¿Acaso sabe uno, por muy conocido que sea, cuál es su justo valor? Las incertidumbres sobre uno mismo que se sienten en la oscuridad se llevan hasta que se es célebre. ¡Cuántas

gentes, entre las mejores, han muerto devoradas por esa incertidumbre, empezando por Virgilio, que quería quemar su obra! ¿Sabes lo que aguardo? Es el momento, la hora, el minuto en que escriba la última línea de alguna obra mía extensa, como *Bovary* u otras, cuando, recogiendo de inmediato todas las hojas, iré a llevártelas, a leértelas con esa voz especial con la que me arrullo, y me escucharás, y te veré enternecerte, palpar, abrir los ojos. De todos modos, limitaré a eso mi goce. Sabes que debo tomar, al comienzo del otro invierno, otro alojamiento en París. Lo inauguraremos, si quieres, con la lectura de *Bovary*. Será una fiesta.

El armenio te ha producido efecto. ¡Qué sería si hubieses visto a la gente de La Meca con sus vestimentas, o a jóvenes griegos del campo! Generalmente, los armenios no son guapos: tienen una nariz de ave de presa y dientes abombados, raza de negociantes, dragomanes, escribas y políticos de todo el Oriente. Creo que éste en cuestión desea conquistar mujeres ilustres. Se lo debe a sí mismo, en su calidad de hombre civilizado. Si te propusiera algún asunto de dinero, acuérdate de la advertencia. Creo en la raza más que en la educación. Dijera Danton lo que dijera, uno lleva la patria en la suela de sus zapatos, y lleva en el corazón, sin saberlo, el polvo de sus antepasados muertos. Por mi parte, haría personalmente una demostración al respecto mediante $A + B$. Lo mismo ocurre en literatura. Encuentro todos mis orígenes en el libro que me sabía de memoria antes de saber escribir, *Don Quijote*, y además hay por encima la espuma agitada de los mares normandos, la enfermedad inglesa, la niebla fétida. Adiós, mil y mil besos; estoy destrozado y voy a acostarme. Tuyo.

90

[Croisset] Una de la madrugada del sábado [26-27 de junio de 1852].

Tus últimas cartas son muy tristes, pobre y querida Louise. Me pareces desanimada; no aflojes. Estabas tan bien hace algún tiempo; me gusta saber que estás tranquila allá, mientras yo me encuentro aquí. Hay muchos momentos en que, si pudiera volar hacia ti para ir a besar tu rostro hermoso y bueno cuando me lo imagino triste, y soñando a solas sobre mil miserias de la vida, lo haría, y me volvería. Ten esperanza, ténla, ahí está todo; las velas no avanzan sin viento, los corazones caen cuando les falta fuelle. He estado muy hundido toda esta semana, en que he escrito más o menos una página. ¡Qué ganas tengo de que esta primera parte quede acabada! Tengo casi la convicción de que es demasiado largo, y sin embargo no veo nada que suprimir; hay tantas cositas importantes que decir... Desde ayer por la noche, no obstante, y sobre todo hoy, la cosa va

mejor, y el buen tiempo es sin duda la causa. Este sol me ha deleitado, y por la noche la luna. A esta hora me siento fresco y rejuvenecido.

Du Camp me ha contestado con una carta bonachona y afligida. Le he remitido otra de la misma cosecha (de vinagre). Creo que sentirá por largo tiempo el mareo de semejante puñetazo, y que se dará por enterado. Soy un buenazo hasta cierto punto, hasta una frontera (la de mi libertad) que no se cruza. Y como ha querido meterse en mi territorio más personal, lo he empujado a su rincón, y a distancia. Como él me decía que uno se debía a los demás, que había que ayudarse, etc., que yo tenía una misión y otras frases, después de haberle expresado con claridad que me ciscaba en todo y en todos, añadía yo: «Los demás prescindirán, pues, de mis luces. Les pido, a cambio, que no me revienten con sus candelas», y el mismo tono de tinta durante cuatro páginas. Soy un bárbaro, tengo su apatía muscular, sus languideces nerviosas, sus ojos verdes y su estatura elevada; pero tengo también su arranque, su terquedad, su irascibilidad. Así somos todos los normandos, tenemos un poco de sidra en las venas; es una bebida agria y fermentada, y que a veces hace saltar el corcho.

[...] He pensado mucho en Musset. Pues bien, el fondo de todo esto ¡es la afectación! Todo sirve para la afectación: uno mismo, los demás, el sol, las tumbas, etc., se sentimentaliza todo, y las pobres mujeres casi siempre pican. Para dar una buena idea de él, te decía: pruebe, he montado italianas (cuya idea de italianas se asocia a la del volcán; siempre se ve el Vesubio bajo sus enaguas. ¡Error! La italiana se parece a la oriental y es blanda en camisa y loca en misa, como habría dicho el viejo Rabelais; pero no importa, es una idea admitida), mientras que el pobre chico no puede siquiera satisfacer a una lavandera. Por parecer un hombre de pasiones ardientes, decía:

«Yo soy celoso, mataría a una mujer», etc. No se mata a las mujeres, por temor a la Audiencia de lo criminal. Él no mató a George Sand. Por parecer un barbián, decía: «Ayer, a punto estuve de matar a un periodista». Sí, estuvo a punto, pues le sujetaron. Quizás es el otro quien lo habría matado. Por parecer un sabio, decía: «Leo a Homero como a Racine». En París no hay veinte personas que sean capaces de eso, aun siendo profesionales. Pero si uno se dirige a personas que jamás han estudiado el tal griego, le creen. Eso me recuerda al bueno de Gautier, que me decía: «Yo sé latín, como se sabía en la Edad Media», y al día siguiente encuentro en su mesa una traducción de Spinoza. «—¿Por qué no lo lee usted en el original? —Ah, es demasiado difícil.» ¡Cómo se miente! ¡Cómo se miente en este perro mundo! En resumidas cuentas, los brazos tendidos hacia los árboles y las añoranzas ditirámicas de la

juventud perdida me parecen salir del mismo saco. Ella se emocionará, querrá (pensará) salvarme, levantarme, pondrá en ello su orgullo. Los jóvenes de justas pretensiones se dejan cazar por estos sofismas, y se habla, se habla con las lágrimas en los ojos. Finalmente, como remate de los fuegos artificiales, deslumbramiento del vicio, demonios de fuego (para designar a las zorras), etc., etc. ¡Pero es que también yo he creído en todo eso! ¡A los dieciocho años! También creí que el alcohol y el burdel inspiraban. A veces, como ese gran hombre, me he comido de golpe mucho dinero en procesiones mitológicas, pero todo eso me ha parecido tan tonto como lo demás, y tan vacío. Hay que ser un hombre bien pobre para quedarse ahí; muy pronto queda uno gastado. Si en el aspecto venéreo soy un hombre tan prudente, es porque pasé muy pronto por un desenfreno muy superior a mi edad, e intencionalmente, con el fin de saber. Hay pocas mujeres a las que no haya desnudado hasta los talones, al menos con la cabeza. He trabajado la carne a lo artista, y la conozco. Me encargo de escribir libros capaces de poner en celo a los más fríos. En cuanto al amor, ha sido el gran tema de reflexión de toda mi vida. Lo que no entregué al arte puro, al oficio en sí, allá fue a parar; y el corazón que yo estudiaba era el mío. ¡Cuántas veces he sentido en mis mejores momentos entrarme en la carne el frío del escalpelo! *Bovary* (en cierta medida, en la medida burguesa, tanto como he podido, y para que resultase más general y humano) será, bajo este aspecto, la suma de mi ciencia psicológica y no tendrá valor original sino por ese lado. ¿Lo tendrá? ¡Dios lo quiera!

Tú, al menos, me cuentas algo en tus cartas. Pero ¿qué puedo decirte yo, qué contarte de las eternas preocupaciones de mi ego que deben de acabar por volverse cargantes? Pero es que no sé más que eso. Cuando te he dicho que trabajo y que te quiero, lo he dicho todo.

Adiós, pues, querida, amada Louise, te beso tiernamente.

Tuyo, tuyo.

La rosa Enault es algo gigantesco. ¡Al menos, eso es comicidad!

91

[Croisset] Medianoche del domingo [27-28 de junio de 1852].

[...] Aún estoy bajo la impresión de la visita de Musset, y siento curiosidad por ver el final de la historia. ¡No se puede ser más patán de lo que él ha sido! Es a la vez caduco e innoble. ¡Y estos tipos pretenden tener buenos modales y caballerosidad!

Te encarezco a que no te adelantes a recordarle su promesa. Resérvate el derecho de despreciarle radicalmente.

En medio de la impresión penosa que me ha causado esta historia, ha surgido un consuelo. Es la idea de que nada bueno sale de esa vida estúpida. Si, aun llevándola, hiciese buenas obras; si, preocupado por tantas miserias, siguiera siendo grande en cuanto poeta, a pesar de todo, ahí estaría para nosotros el fastidio objetivo. Pero no, ¡nada más! Su genio, como el duque de Gloucester, se ha ahogado en un tonel, y, convertido ahora en un viejo harapo, se deshila de podredumbre. El alcohol no conserva los cerebros como hace con los fetos.

No dejo de persistir en mi opinión relativa al *Asno de oro*, a pesar del juicio del Filósofo y del de Musset. Peor para esos señores si no lo comprenden, y mejor para mí si me equivoco. Pero si hay una verdad artística en el mundo, es que ese libro es una obra maestra. A mí me da vértigo y me deslumbra. La naturaleza por sí misma, el paisaje, el lado pintoresco de las cosas son tratados ahí a la moderna, y con un hálito a la vez antiguo y cristiano que pasa por en medio. Huele a incienso y a orina, la bestialidad casa con el misticismo. Aún estamos muy lejos de eso, nosotros, en cuanto a husmo moral, lo que me hace creer que la literatura francesa aún es joven. A Musset le gusta el humor picante. Pues bien, a mí no. Huele a ingeniosidad (¡que execro en arte!). Las obras maestras son tontas, tienen una expresión tranquila, como los propios productos de la naturaleza, como los grandes animales y las montañas. Me gusta la suciedad, sí, y cuando es lírica, como en Rabelais, que no es en absoluto hombre de humor verde. Pero lo verde es francés. Para agradar al gusto francés hay que esconder casi la poesía, como se hace con las píldoras, dentro de un polvo incoloro, y hacérsela tragar sin que se dé cuenta. [...]

92

[Croisset] Martes [6 de julio de 1852].

[...] He releído a solas, y a gusto, tu última carta larga, el relato del paseo a la luz de la luna. Prefería, de todos modos, la primera, en cuanto a forma y en cuanto al fondo. ¿Verdad que dentro de ti ocurrió algo turbio? Por más que desdeñes ese arranque, con todo te ha trastornado el corazón durante algún tiempo. Me entenderías mal, querida Louise, si creyeses que te dirijo algún reproche. Uno puede ser dueño de lo que hace, pero nunca de lo que siente. Solamente creo que has hecho mal en salir de paseo con él por segunda vez. Lo has hecho por ingenuidad, de acuerdo; pero yo, en su lugar, te guardaría rencor. Puede tomarte por una coqueta. Está entre las ideas admitidas que no se pasea con un hombre a la luz de la luna para admirar la luna, y el señorito Musset está endemoniadamente preso en las ideas admitidas: su vanidad es de estirpe burguesa. No creo, como

tú, que lo que más ha sentido sean las obras de arte. Lo que más ha sentido son sus propias pasiones. Musset es más poeta que artista, y ahora, mucho más hombre que poeta —y un pobre hombre.

Musset nunca ha separado la poesía de las sensaciones que ésta completa. La música, según él, se hizo para las serenatas, la pintura para el retrato y la poesía para los consuelos del corazón. Cuando uno quiere meterse el sol en los pantalones, se quema los pantalones y se mea en el sol. Es lo que le ha ocurrido. Los nervios, el magnetismo, ahí está la poesía. No, tiene una base más serena. Si bastara con tener los nervios sensibles para ser poeta, yo valdría más que Shakespeare y que Homero, a quien me imagino como un hombre poco nervioso. Esta confusión es impía. Puedo decir algo al respecto, yo que he oído, a través de puertas cerradas, hablar a gente en voz baja a treinta pasos de mí; yo, cuyas vísceras se veían brincar a través de la piel del vientre y que he sentido a veces, en el lapso de un segundo, un millón de pensamientos, de imágenes, de combinaciones de toda clase que arrojaban a la vez en mi cerebro como todos los cohetes encendidos de unos fuegos artificiales. Pero son excelentes temas de conversación, y que conmueven. La poesía no es una debilidad del espíritu, y esas susceptibilidades nerviosas sí lo son. Esta facultad de sentir desmesuradamente es una debilidad. Me explico.

Si yo hubiera tenido el cerebro más sólido, no habría enfermado por estudiar derecho y por aburrirme. Habría sacado partido de ello, en vez de sacar un mal. La tristeza, en vez de quedármeme en el cráneo, se derramó en mis miembros, y los crispaba en convulsiones. Era una desviación. A menudo se ven niños a los que hace daño la música; tienen grandes disposiciones, retienen melodías a la primera audición, se exaltan tocando el piano, les late el corazón, adelgazan, palidecen, caen enfermos, y sus pobres nervios, como los de los perros, se retuercen de sufrimiento al sonido de las notas. Ésos no son los Mozart del futuro. La vocación se ha desplazado; la idea ha pasado a la carne, donde permanece estéril y la carne perece; de ello no resulta ni genio ni salud.

Lo mismo en el arte. La pasión no compone los versos, y cuanto más personal seas, serás más débil. Yo siempre he pecado por ahí; es que siempre me he comprometido en cuanto he hecho. En lugar de *San Antonio*, por ejemplo, estoy yo; la tentación lo fue para mí y no para el lector. Cuanto menos se siente una cosa, más apto es uno para expresarla tal como es (como es siempre, en sí misma, en su generalidad, y libre de todas sus contingencias efímeras). Pero hay que tener la facultad de hacérsela sentir. Esta facultad no es sino el genio: ver, tener ante sí el

modelo, posando.

Por eso detesto la poesía hablada, la poesía en frases. Para las cosas que no tienen palabras, basta la mirada. Las exhalaciones del alma, el lirismo, las descripciones, quiero todo eso con estilo. De otro modo, es una prostitución del arte y del propio sentimiento.

Ese pudor es el que siempre me ha impedido cortejar a una mujer. Al decir las frases po-é-ticas que me venían entonces a los labios, temía que ella pensase «¡Qué charlatán!», y el temor de serlo efectivamente me detenía. Esto me recuerda a la señora Cloquet, que para mostrarme cuánto quería a su esposo y la inquietud que había sentido durante una enfermedad de cinco o seis días que había pasado él, levantaba su cinta para que yo viese dos o tres canas en su sien, y decía: «He pasado tres noches sin dormir, tres noches velándolo». En efecto, era de una abnegación formidable.

De la misma calaña son todos los que te hablan de sus amores desvanecidos, de la tumba de su madre, de su padre, de sus benditos recuerdos, besan medallas, lloran a la luna, deliran de ternura al ver niños, desfallecen en el teatro y adoptan un aire pensativo ante el Océano. ¡Farsantes! ¡Farsantes! ¡Triples saltimbanquis! Dan el salto de trampolín sobre su propio corazón, con el fin de alcanzar algo.

También yo tuve mi época nerviosa, mi época sentimental, y aún llevo al cuello su marca, como un presidiario. Ahora, con mi mano quemada, tengo derecho a escribir frases sobre la naturaleza del fuego. Tú me conociste cuando acababa de concluir aquel período, y yo había llegado a la edad adulta. Pero antes, hace tiempo, creí en la realidad de la poesía en la vida, en la belleza plástica de las pasiones, etc. Sentía igual admiración por todos los alborotos; me dejaron sordo, y entonces los distinguí.

Habría podido amarte de un modo más agradable para mí, agarrarme a tu superficie y quedarme allí. Durante mucho tiempo es lo que quisiste. Pues no, fui al fondo. No admiré lo que enseñabas, lo que podía ver todo el mundo, lo que pasmaba al público. Fui más allá y descubrí tesoros. Un hombre al que hubieras seducido y dominado no saborearía, como yo, tu corazón amante hasta en sus rincones más pequeños. Lo que siento por ti no es un fruto de verano de piel lisa, que cae de la rama al menor soplo y derrama en la hierba su jugo bermejo. Se agarra al tronco, tiene la corteza dura como un coco o erizada de pinchos como los higos chumbos. Te hiere los dedos, pero contiene leche. ¡Qué buen tiempo, Louise, cómo brilla el sol! Todas mis persianas están cerradas; te escribo en la penumbra. Ha habido dos o tres noches preciosas. ¡Qué claros de luna! Me siento en buen estado físico y moral, y espero que mi *Bovary* va a

adelantar un poco. El calor me produce el efecto del aguardiente; me seca la fibra y me excita. [...]

93

[Croisset] Noche del miércoles [7-8 de julio de 1852].

No, no te haré reproches, aunque me has hecho sufrir mucho esta mañana, de manera extraña y nueva. Cuando he llegado, en tu carta, al tuteo, es como si hubiera recibido una bofetada en la mejilla, he dado un brinco. Sí, he tenido esa debilidad, y no confesarlo sería presumir. Ese hombre me pagará este sonrojo un día u otro, y de forma semejante. Si yo hiciera frases de las de su estilo, te diría que siento la necesidad de matarlo. Pero es cierto que lo apalearía con deleite, y que de todo esto me queda un callo bastante sensible. Si alguna vez me pisa, le plantaré el pie en el vientre, y algo más. ¡Ay, mi pobre Louise, tú, tú, haber pasado por eso! Te he visto por un momento muerta en el suelo, con la rueda pasándote por encima del vientre, una pata de caballo en el rostro, en el arroyo, ¡tú, tú, y por su culpa! ¡Oh, cómo querría que volviese, y que me lo plantases en la calle con arrogancia, delante de treinta personas!

Si te vuelve a escribir, contéstale con una carta monumental de cinco líneas. «¿Por qué no quiero verle? Porque me repugna, y porque es usted un cobarde.» A lo mejor temía comprometerse, bajando a ver si no te había aplastado la rueda.

¡Ese noble poeta que piensa en divertir al príncipe-presidente enviándole chistes sobre la Academia (a la que está muy orgulloso de pertenecer) y que aún tiembla, a estas alturas, de que la Academia vaya a enterarse! En todo este asunto te ha faltado tacto. ¡Hay viento en la cabeza de las mujeres, como en el vientre de un contrabajo! En vez de tirarte del coche, no tenías más que decir al cochero que parase, y ordenarle: «Hágame el favor de arrojar afuera al señor Alfred de Musset, que me insulta».

Me detengo, no quiero escribirte más. Es muy tarde: hoy no he hecho nada, salvo esta tarde a partir de las dos. [...]

Adiós, te abrazo, te estrecho, te beso en todas partes: tuyo, tuyo, mi pobre amor ultrajado.

Un largo beso más.

Tu

94

[Croisset] Lunes por la tarde [12 de julio de 1852].

¡Si tuviera tiempo, te daría una buena clase de anatomía sobre toda esa reciente historia de Musset! (no volveré al asunto, no temas, estoy muy

harto de él, más que tú), y releendo una por una todas tus cartas diseccionaría músculo a músculo, hasta los más pequeños hilos nerviosos, todo cuanto ha ocurrido. Lo sé. ¿Sabes lo mejor que hay en esto, y lo único bueno que has hecho? Habérmelo dicho. Esa sinceridad te honra, está por encima de la vulgaridad de la mayoría de las mujeres. ¡Pero has sido muy mujer, pobre Louise! Semejante estudio era una lectura demasiado difícil para tus tiernos ojos. Se han nublado en las líneas que querías leer sólo para divertirte. Por eso tu conducta, para él, debe resultar aún inexplicable. No se considera vencido. Volverá. Os veréis de nuevo, como sea. La escena del coche era un desenlace, él ha empezado un nuevo acto, el de los adioses, el de las añoranzas, el de los «¡Ah, si el cielo lo hubiera querido!». ¿He estado yo celoso en todo esto? Puede. Sin embargo, al leer tu larga carta, cuando me sentí tan furioso, no eran celos, sino dos sentimientos: el de mi impotencia, mi inanidad (¡y yo que no estaba allí!, pensaba) y una sensación de escándalo, de ultraje personal, como la deglución de una ignominia que me metían con embudo.

¿Sabes que estoy confuso? Contigo no sé que terreno pisar. Me escribes que un consejo que te di yo, desinteresado, como se lo habría dado a mi hermana, el de prometer y después mandarlo a paseo, te había dolido en el corazón. Me pierdo, y no entiendo nada.

¿Por qué pareces también suplicarme que no lo mate, como si yo fuese un baladrón y hubiese escrito al respecto frases escarlatas? ¿Será para hacerme ver que me consideras como un hombre muy valiente, y para halagarme? Tranquilízate, no buscaré la ocasión. Pero te juro, con todos los juramentos posibles, que si se presenta no la dejaré escapar. Cumpló todas mis promesas, y sobre todo las que me hago a mí mismo. ¿Puedo hablarte con franqueza? Pero vas a ofenderte de nuevo. Tanto peor. Me has dicho la verdad, y te la debo también.

Todo esto me ha entristecido mucho. En efecto, he pensado: ¡Estoy tan poco con ella! ¡Tan raras veces! Y no soy, después de todo, lo que se llama un hombre amable. (Si fuera mujer, en efecto, no me querría a mí como amante, seguro, una aventurilla sí, pero no una intimidad.) Pues bien, en una hora vacía ha llegado otro, otro con el tono apropiado, suplicante, haciéndose el niño... ¿Sería mejor para ella que me abandonase? ¿La haría él más feliz? Y os he visto juntos durante algún tiempo. Pero ¡qué compañía! ¡Qué asco, esos besos llenos de hipo, y qué miseria de hombre, en verdad! Yo valgo más que eso. Aún no me ponen perejil en la nariz, y no he renegado de mis maestros, ni he tratado de divertir al príncipe-presidente, ni puesto en peligro de matarse a alguien a quien estaba ofendiendo.

¡Uf! Basta, ¿eh? No hablemos más de ello. Deja que bese en todos los sitios que él desea, y olvidemos el asunto.

Llevo diez días trabajando bien. Desde estos calores he hecho tanto como durante todo el mes de junio, que fue atroz para mí. Dentro de quince días espero haber terminado mi segunda parte. Una semana más, después, para corregirla, y otra para revisar el conjunto. Así que dentro de cuatro semanas iré a verte. Este final me da mucho quehacer. Lo he dejado todo para trabajar en él exclusivamente.

Otra cuestión, a la que te ruego me contestes con franqueza. Me parece un poco apurada en lo referente al metálico. ¿Quieres quinientos francos? Todo el trabajo consistirá en ir a buscarlos a Ruán, y nada más. Harías muy mal en hacer cumplidos. Sería bastante tonto. Aún tengo mil francos, resto de veintidós mil. Repartiremos. O te los llevo, como tú quieras. [...]

¿Lees por fin *El asno de oro*? Te llevaré a Bergerac, tienes que conocer a ese tipo. No lees bastantes obras buenas. Un escritor, como un sacerdote, siempre debe tener en su mesilla algún libro sagrado.

Puedes mandarme agua de Taburel. Ya no se me cae el pelo. Adiós, querida Louise. Quiéreme siempre. Dentro de un mes tendremos de nuevo unos buenos ratos, y luego dentro de un año. Tener esperanza, todo está ahí. Esperar y morir, eso es la vida. Sería una bonita divisa para un sello. Tuyo, tu

95

[Croisset] Domingo por la noche [18 de julio de 1852].

[...] Esta mañana he estado en unos comicios agrícolas, de los que he vuelto muerto de cansancio y de aburrimiento. Necesitaba ver una de esas ineptas ceremonias rústicas para la segunda parte de mi *Bovary*.

Sin embargo, eso es lo que llaman progreso, y donde confluye la sociedad moderna. Me deja físicamente enfermo. ¡El hastío que me entra por los ojos me rompe, desde el punto de vista nervioso, y además, sufrir durante mucho tiempo el espectáculo de la multitud me hunde siempre en ciénagas de tristeza, donde me asfixio!

Definitivamente, no soy sociable. La vista de mis semejantes me pone lánguido. Es muy exacto y literal.

¡Qué días tan buenos pasé el jueves y el viernes! El jueves por la noche, a las dos, me acosté tan animado con mi trabajo que a las tres me levanté de nuevo y trabajé hasta el mediodía. Por la noche me acosté a la una, y de puro razonable. Tenía una furia de estilo en el vientre como para hacerme funcionar así el doble de tiempo. El viernes por la mañana, al amanecer, fui a dar una vuelta por el jardín. Había llovido, empezaban a

cantar los pájaros y grandes nubes de color pizarra corrían por el cielo. Gocé entonces de unos instantes de fuerza y serenidad inmensas, de ésos que se recuerdan y que te permiten pasar por encima de muchas miserias. Aún siento el regusto de esas treinta y seis horas olímpicas, que me dejaron alegre, como por algo feliz.

La primera parte está más o menos hecha. Experimento una gran sensación de alivio. Nunca he escrito algo con tanto cuidado como estas veinte últimas páginas.

[...] Me he reído mucho con tu excitación a propósito del *Satiricón*. Debes de ser muy inflamable. Te juro, en lo que a mí respecta, que ese libro nunca me ha hecho nada.

Además, digas lo que digas, hay en él poca lujuria. El lujo domina tanto sobre la carne, que se la ve poco. [...]

96

[Croisset] Jueves, cuatro de la tarde [22 de julio de 1852].

Estoy copiando, corrigiendo y tachando toda la primera parte de *Bovary*. Me escuecen los ojos. Querría, de un solo vistazo, leer estas ciento cincuenta y ocho páginas y abarcarlas con todos sus detalles en un único pensamiento. Del domingo en ocho se lo releeré todo a Bouilhet, y al día siguiente o a los dos días me verás. ¡Qué perro asunto es la prosa! Nunca se acaba; siempre hay algo que rehacer. Creo, no obstante, que se le puede dar la consistencia del verso. Una buena frase de prosa debe ser como un buen verso, incambiable, igual de rítmica y de sonora. Ésa es, al menos, mi ambición (hay algo de lo que estoy seguro, y es que nadie ha imaginado nunca un tipo de prosa más perfecto que yo; pero, en cuanto a la ejecución, ¡cuántas flaquezas, cuántas flaquezas, Dios mío!). Tampoco me parece imposible dar al análisis psicológico la rapidez, la claridad, el arranque de una narración puramente dramática. Nunca se ha intentado, y sería hermoso. ¿Lo he conseguido un poco? No lo sé. A estas horas no tengo ninguna opinión clara sobre mi trabajo. [Sigue la crítica a *Hugo*, un poema de Louise.]

Medita más, por tanto, antes de escribir, y aférrate a la palabra. Todo el talento de escribir no consiste, después de todo, más que en la elección de las palabras. La precisión es la que hace la fuerza. En el estilo es como en música: lo más hermoso y lo más raro que hay es la pureza del sonido. [...]

97

[Croisset] Lunes, una de la madrugada [27 de julio de 1852].

[...] Sí, es cosa extraña ver la pluma por un lado y el individuo por otro.

¿Hay alguien que ame más la Antigüedad que yo, que haya soñado más con ella, y que haya hecho todo lo posible por conocerla? Y, sin embargo, soy (en mis libros) uno de los hombres menos antiguos que pueda haber. Viendo mi aspecto se pensaría que he de dedicarme a la épica, al drama, a la brutalidad de los hechos, y, por el contrario, no disfruto sino con los temas de análisis, de anatomía, si puedo decirlo así. En el fondo soy el hombre de las brumas, y a fuerza de paciencia y de estudio es como me he desembarazado de toda la grasa blanquecina que ahogaba mis músculos. Los libros que más ambiciono hacer son precisamente aquellos para los que tengo menos medios. *Bovary*, en este sentido, habrá sido una proeza inaudita, y de la que sólo yo seré siempre consciente: tema, personajes, efecto, etc., todo está fuera de mí. Esto, más adelante, tendrá que hacerme avanzar mucho. Al escribir este libro soy como un hombre que tocase el piano con bolas de plomo en cada falange. Pero cuando me sepa bien la posición de los dedos, si me cae a mano un aire a mi gusto y puedo tocar arremangado, quizá será buena cosa. Creo, por lo demás, que en eso estoy en la línea. Lo que haces no es para ti, sino para los demás. El Arte no tiene nada que disputar con el artista. Peor para él si no le gusta el rojo, el verde o el amarillo, todos los colores son hermosos, se trata de pintarlos. ¿Lees *El asno de oro*? Pues procura haberlo leído antes de que llegue yo, para que charlemos al respecto. Te llevaré a Cyrano. ¡Ese tipo sí que tiene fantasía, y de la de verdad!, lo que no es corriente. He leído el libro de Gautier: ¡lamentable! Aquí y allá una bonita estrofa, pero ni un poema. Está derrengado, rebuscado; todas las triquiñuelas saltan a la vista. Se nota un cerebro que ha tomado cantáridas. Erección de mala índole, como la de la gente que tiene los riñones rotos. ¡Ay, qué viejos son todos estos grandes hombres, qué viejos, babean en su ropa blanca! Además, han hecho todo lo necesario para llegar a eso. [...]

98

[Croisset] Miércoles, medianoche [1 de septiembre de 1852].

Querida, buena Louise, acabo de estar en Ruán (tenía que buscar un Casaubon en la biblioteca), y me he encontrado por casualidad con el joven Bouilhet; iba a ir a su casa a continuación. Me ha enseñado tu carta. Permite que te dé, o más bien os dé un consejo de amigo, y si algo confías en mi olfato, como dices, síguelo; te pido este favor por ti misma. No publiques el poema que él te ha dedicado. Aquí están mis razones: os cubriría de ridículo a los dos. Los periodiquillos que no tienen nada que hacer no dejarían de bromear sobre las miradas llameantes, los brazos blancos, el genio, etc., y sobre todo la Reina. «No toquéis a la Reina» se

convertiría en proverbio. Esto te perjudicaría, puedes estar segura. Si al menos fueran buenos esos versos; pero es que el poema es bastante mediocre en sí mismo (yo lo conocía y por eso no te había hablado de él). Además, tú misma has protestado contra esa asociación de lo físico y lo moral, que encuentro aquí exagerada e incluso torpe.

*Que no ensalza nuestros versos
Sino ensalzando nuestros bellos ojos.*

Os asociarían en un montón de críticas. El poema, al ser el más flojo que Bouilhet ha compuesto hasta la fecha, le perjudicaría (piensa un poco en eso), y en cuanto a ti, aparte de la pequeña gloria momentánea al verlo impreso, te causaría quizás un daño más serio. Él no había reflexionado en todo esto, y sólo se reía de tu resolución. Hemos acordado que te hará uno más serio y más publicable. Eres una mujer hermosísima, pero eres aún mejor poeta, créeme. Sabría dónde encontrar otras que tengan el talle más fino, pero no conozco a ninguna de espíritu más elevado, siempre que el..., al que quiero, entre paréntesis, no lo haga decaer. Vas a rebelarte, lo sé perfectamente; pero te conjuro a que reflexiones, y es más, te suplico que sigas mi consejo.

Si hubieses tenido siempre como consejero a un hombre tan prudente como yo, no te habrían sucedido muchas cosas enojosas. Como artista y como mujer, no encuentro digna esa publicación.

El público no debe saber nada de nosotros. Que no se divierta con nuestros ojos, nuestro cabello y nuestros amores. (¡Cuántos imbéciles acogerán esos versos con una risotada!) Bastante disolvemos de nuestro corazón en la tinta, sin que lo sospeche el público. En arte, las prostituciones personales me indignan, y Apolo es justo: casi siempre hace languidecer ese tipo de inspiración; es algo común. (En el poema de Bouilhet no hay ni un rasgo nuevo; se nota, por debajo, una zarpa hábil; eso es todo.)

Consuélate, pues, y aguarda otro poema en que, de todos modos, se te cante mejor y de forma más duradera. Asunto convenido, ¿verdad?

Si alguien te insulta al respecto, ¿cómo contestar? Para este tipo de apoteosis hace falta una obra excepcional. Entonces dura, aunque esté dirigida a cretinos o jorobados. ¿Sabes qué es lo que más te falta? Discernimiento. Se adquiere poniéndose esponjas de agua fría en la cabeza, querida salvaje.

Haces y escribes casi todo lo que te pasa por el magín, sin preocuparte por la conclusión; ejemplo, el poema de los Fantasma. Era una hermosa

idea, y el comienzo magistral, pero la has reventado a placer. ¿Por qué la mujer especial, en vez de la mujer en general? En la primera parte, había que mostrar la indiferencia del hombre, y en la segunda, la impresión lúgubre de la mujer. Si sus fantasmas son más nítidos, es porque han pasado menos aprisa; es porque ha amado y el hombre no ha hecho más que gozar. En el uno es frío, en el otro es triste. Hay olvido en uno y ensoñación en el otro, asombro y añoranza. Así pues, hay que rehacerlo.

Ahora resulta que te vuelves buena. Lo que te es personal es más débil ahora que lo imaginado (has sido menos generosa al hablar de la mujer que del hombre). Me gusta que se comprenda lo que no es nosotros; el genio no es otra cosa, vieja amiga: tener la facultad de trabajar conforme a un modelo imaginario que posa ante nosotros. Cuando se ve bien, se reproduce.

La forma es como el sudor del pensamiento; cuando se agita en nosotros, transpira en poesía.

Vuelvo a los Fantasmas. Yo conservaría hasta el III, y haría un paralelismo más estricto. Es preciso también que se sientan con más claridad las dos voces que hablan. En una palabra, tu obra (tal como está) es, al principio, ancha como la humanidad, y al final, estrecha como el hueco entre los muslos.

No te dejes llevar tanto por tu lirismo. Aprieta, aprieta, que cada palabra dé en el blanco. El final de los Fantasmas babea y ya no tiene que ver con el principio. Con tal procedimiento, no hay razón para detenerte; en poesía no hay que soñar, sino dar puñetazos.

No te hago observaciones al margen sobre la segunda parte, porque no me gusta casi nada; lo que sí me gusta, en cambio, es tu buena carta de esta mañana. Me dices algo que va derecho a mi corazón: «Haré algo hermoso, aunque tenga que reventar». Al menos, ésa sí es una frase. Sigue siempre así, y te querré cada vez más, si es posible. Así, esencialmente, es como serás mi esposa legítima y fatal.

Bouilhet va a ocuparse de los diarios de Ruán. Son brutos, burros, etc. Publicar un artículo serio en una de esas hojas es tiempo totalmente perdido, de todos modos. ¿Acaso se lee en Ruán?

Quería hacer un retrato literario tuyo, si hubiera podido, no al estilo de Sainte-Beuve, sino como yo lo entiendo. Para eso habría tenido que releerte por completo; para mí sería un trabajo de un mes largo. Es como para *Melanie*, algún día le escribiré un prefacio. En cualquier caso, si me encuentras en un periódico de París una columna grande, te diré en ella dulzuras sinceras. Pero en cuanto a Ruán, además de que la cosa me repugna porque es Ruán (compréndelo), no te serviría de nada, no te haría

vender un solo libro, ni ser apreciada por un solo ser humano.

¡Cómo me ha divertido la historia de Babinet! ¡Cómo te agradezco el habérmela enviado! Sus sueños parlantes son buenos, y su mujer vieja, echando sus seis polvos cada noche en los primeros tiempos, y cuyo pobre tesoro de las huríes se ve ahora abandonado. ¡Risible, risible, muy risible!

A propósito de Babinet, se me ocurren ideas al respecto. No se presta (en las ideas de la sociedad, y hay que pensar que sólo nosotros carecemos de esas ideas de sociedad) generalmente, digo, no se presta a una mujer *El museo secreto de Nápoles*, es decir, un álbum lúbrico, por nada. Eso crea entre el prestamista y la prestataria un compromiso (perdón, no quería hacer chistes, es un término jurídico). Hay un secretillo que nos ata, y referente al artículo, lo que es peor. Así que no te sorprendas si Babinet, uno de estos días, hace alguna tentativa. Todo el Instituto vendrá a arrodillarse en tu alfombra, está escrito. Por lo demás, ha tenido una bonita asociación de ideas. Buscaba *El asno de oro*. «No lo encuentro, pensó; veamos, ¿qué podría llevarle? Algo antiguo y sucio a la vez. ¡Ah! *El museo secreto*». Y se lo metió en el bolsillo.

El Capitán [d'Arpentigny] es un cuentista. Un hombre como él no se escandaliza por dos o tres palabras groseras que yo haya podido decir. Quiso charlar y verte la cara.

¡La carta de la señora Didier me ha divertido bastante! Ese fragmento de panfleto que cita quizá tenga razón. A lo mejor necesitamos a los bárbaros. La humanidad, anciano perpetuo, toma en sus agonías periódicas infusiones de sangre. ¡Qué bajo hemos caído! ¡Qué decrepitud universal!

Las tres XXX en tu carta, al cabo del nombre de David, me dan qué pensar. ¿Se parecerá al rey músico de la Biblia, de quien siempre he sospechado que tenía por Jonatán un amor ilícito? ¿Es lo que quisiste decir? Un hombre tan serio, por lo demás, debe ser calumniado. Si es casto, se le considera pederasta; es la regla. También yo tuve esa fama, en su día. También tuve la de impotente. Y Dios sabe que yo no era ni una ni otra cosa. [...]

Estuve muy triste, los primeros días de mi regreso. Ahora estoy en forma; no hago más que empezar, pero al fin gira la rueda.

Hablas de las miserias de la mujer; estoy en ese ambiente. Verás que he tenido que bajar muy hondo en el pozo sentimental. Si mi libro es bueno, hará suaves cosquillas en muchas heridas femeninas; más de una sonreirá al reconocerse en él.

Habré conocido vuestros dolores, pobres almas oscuras, húmedas de melancolía encerrada, como vuestros traspatios de provincias, con los

muros cubiertos de musgo.

Pero esto es largo... ¡largo! A veces mis brazos cansados se dejan caer. ¿Cuándo descansaré, siquiera unos meses? ¿Cuándo disfrutaremos uno del otro, a placer, en libertad? Ahí está de nuevo un año largo ante nosotros, y el invierno, tú con los ómnibus en las calles embarradas, las narices coloradas, los abrigo y el viento colándose bajo las puertas; yo con los árboles pelados, el Sena blanco, y seis veces al día, el barco de vapor que pasa.

Paciencia, trabajemos. Ya pasará el verano. Después del verano estaré casi en el final, y después iré a plantar mi tienda cerca de ti, en otro desierto, pero donde estés tú.

Me has colocado al final de tus Fantasma. ¡También yo los tengo, sin llegar a ti, y más numerosos! Fantasma poseídos, fantasmas deseados sobre todo, ahora sombras idénticas. He tenido amores de todo pelo, que olisqueaban en mi corazón como yeguas en los prados. He tenido otros enroscados sobre sí mismos, helados y largos como serpientes que digieren. He tenido más concupiscencias que cabellos perdidos. Pues bien, envejecemos, hermosa mía; seamos nuestro último fantasma, nuestra última mentira; ¡bendita sea, puesto que es dulce! Que dure mucho tiempo, puesto que es fuerte.

Adiós, te abrazo entera.

99

[Croisset] Sábado, cinco de la tarde [4 de septiembre de 1852].

No estamos, al parecer, en buena situación material. Hay simpatía (simpatía quiere decir que sufren juntos); sin querer comparar mis preocupaciones con las tuyas, tengo mi pequeña dosis. Estoy tan fastidiado por mi entorno, que no he trabajado esta tarde. ¡Mi madre llora, se avinagra por todo, etc.! (¡Qué hermoso invento, la familia!) Viene a mi estudio a contarme sus disgustos domésticos. No puedo despacharla, pero tengo muchas ganas. Me he reservado en mi vida un círculo muy pequeño, pero cuando entran en él me pongo furioso, rojo.

Así, lo había soportado todo de Du Camp. Cuando quiso invadirme, alargué la zarpa. Hoy ella pretende que sus criados la insultan (lo que no es así). Tengo que arreglarlo todo, exhortarles a que vayan a disculparse, cuando no tienen culpa. Hay momentos en que estoy harto de todo esto. Además, voy a verme molestado (pero ya me apañaré para que no me fastidien) por una prima que viene aquí a pasar dos meses. ¡Ojalá pudiera uno vivir en una torre de marfil! ¡Y decir que el fondo de todo esto es ese desdichado dinero, ese bienaventurado metal plata, dueño del mundo! Si

tuviera un poco más, me aliviaría de muchas cosas. Pero cada año disminuye mi bolsita, y el porvenir no es alegre a ese respecto. Siempre tendré para vivir, pero no como yo lo entiendo. Si el bueno de mi padre hubiera invertido de otro modo su fortuna, yo podría ser, si no rico, al menos acomodado; y en cuanto a cambiar su naturaleza, quizá sería una clara ruina. En cualquier caso, no necesitaba para nada los doscientos francos que me has mandado. ¿Los quieres? Mi primera idea, esta mañana, ha sido enviártelos de inmediato; pero contigo hay que ponerse guantes. He temido que lo tomaras como una respuesta tácita a tu carta de esta mañana, y que pensases que he creído ver en ello una especie de pequeño ruego indirecto. ¡Ésa es la razón! Pero no te cohibas y, sin vergüenza alguna, vuelve a pedírmelos, si pueden hacerte ilusión.

Yo no tengo deuda alguna, y por consiguiente no necesito nada ahora. En cuanto a los otros trescientos, ya me los devolverás para mandar imprimir los carteles de *San Antonio*. Convenido.

No me has contestado en lo referente a tu artículo. Envía a casa de Bouilhet, si quieres, el *Museo secreto*; se divertirá con él. Además, está algo calmado con relación a la señora Roger, y creo que va a ponerse a trabajar en serio en su drama. Su intención sigue siendo la de dejar Ruán este invierno. Ya no puede más con las clases (se está volviendo intratable, y con motivo), y no quiere volver a darlas, pero ¿cómo vivirá allá? ¿Te han parecido justas mis observaciones sobre los Fantasma?

En la *Revue de Paris* —ve a leerla en seguida a una biblioteca— hay dos páginas amplias de Jourdan y dos citas; una de los *Tableaux vivants*, otra de *El orgullo*. El conjunto es elogioso, pero con algunos consejos singularmente parecidos a los de mi última carta. Así que, cuando leí el número al despertarme, a la mañana siguiente, me produjo un curioso efecto.

Du Camp no ha firmado el número. ¿Acaso porque en él te elogiaban? En la *Crónica*, con el tono más bajo, se insulta al Filósofo, sin razón, a propósito de nada. La continuación de la novela de Gozlan es innoble. ¡Qué colección tan triste! En cuanto a esa *Crónica*, que esos señores firman ahora con el nombre anónimo de Cyrano (¡sólo esa pretensión!), es una infamia. Cuando se habla a la gente de ese modo, al menos hay que llevar la tarjeta de visita en el sombrero. [...]

Desde que nos dejamos he escrito ocho páginas de la segunda parte: la descripción topográfica de una aldea. Ahora voy a entrar en una larga escena de posada que me preocupa mucho. ¡Cómo me gustaría estar dentro de cinco o seis meses! Me habría desembarazado de lo peor, es decir, de lo más vacío, de los lugares en que más hay que golpear sobre el

pensamiento para hacer que rinda.

También me entristece tu carta de esta mañana. ¡Pobre, querida mujer, cómo te quiero! ¿Por qué te ha dolido una frase que era, al contrario, la expresión del amor más sólido que un ser humano pueda sentir por otro? ¡Ay, mujer! ¡Sé menos mujer! ¡Sé mujer solamente en la cama! ¿Acaso no me inflama tu cuerpo cuando estoy en ella? ¿No me has visto contemplarte, boquiabierto, y pasar mis manos con deleite sobre tu piel? En el recuerdo, tu imagen me agita, y si no sueño contigo más a menudo, es porque no se sueña lo que se desea. Aspira bien el aire de los bosques esta semana, y mira las hojas en sí mismas; para entender la naturaleza, hay que ser tranquilo como ella.

No nos lamentemos de nada; quejarse de todo lo que nos aflige o nos irrita es quejarse de la esencia misma de la vida. Nosotros estamos hechos para describirla, y nada más. Seamos religiosos. A mí, todo lo enojoso que me ocurre, grande o pequeño, hace que me ciña cada vez más a mi eterna preocupación. Me aferro a ella con ambas manos, y cierro los ojos. A fuerza de llamar a la Gracia, acude. Dios se apiada de los sencillos, y el sol siempre brilla para los corazones vigorosos que se sitúan por encima de las montañas.

Me oriento hacia una especie de misticismo estético (si ambas palabras pueden ir juntas), y querría que fuese más fuerte. Cuando ningún estímulo nos viene de los demás, cuando el mundo exterior nos asquea, nos vuelve lánguidos, nos corrompe y nos embrutece, las personas honradas y delicadas se ven forzadas a buscar en sí mismas, en algún lugar, un sitio más limpio para vivir. Si la sociedad sigue como va, creo que volveremos a ver místicos, como los hubo en todas las épocas oscuras. Al no poder expandirse, el alma se concentrará. No están lejos los tiempos en que volverán los decaimientos universales, las creencias en el fin del mundo, la esperanza de un Mesías. Pero, al faltar la base teológica, ¿dónde estará ahora el punto de apoyo de este entusiasmo que se ignora? Unos buscarán en la carne, otros en las viejas religiones, otros en el Arte; y la humanidad, como la tribu judía en el desierto, adorará a toda clase de ídolos. Nosotros hemos venido demasiado pronto; dentro de veinticinco años, el punto de intersección, en manos de un maestro, será soberbio. Entonces la prosa (sobre todo la prosa, forma más joven) podrá interpretar una sinfonía humanitaria formidable. Libros como el *Satiricón* y *El asno de oro* pueden volver, con tantos desbordamientos psíquicos como aquéllos tuvieron desbordamientos sensuales.

Eso es lo que todos los socialistas del mundo no han querido ver, con su eterna predicación materialista. Han negado el dolor, han blasfemado de

las tres cuartas partes de la poesía moderna, la sangre de Cristo que bulle en nosotros. Nada la extirpará, nada la agotará. No se trata de desecarla, sino de hacerle riachuelos. Si el sentimiento de la insuficiencia humana, de la vaciedad de la vida llegase a perecer (lo que sería consecuencia de su hipótesis), seríamos más tontos que los pájaros, que al menos se posan en los árboles. Ahora duerme el alma, ebria de las palabras que ha oído; pero tendrá un despertar frenético, en el que se entregará a alegrías de esclavo liberto, pues ya no tendrá a su alrededor nada que la moleste, ni gobierno, ni religión, ni fórmula alguna. Los republicanos de todo color me parecen los pedagogos más salvajes del mundo, ellos sueñan con organizaciones y legislaciones, con una sociedad como un convento. Creo, al contrario, que todas las reglas desaparecen, que las barreras caen, que la tierra se nivela. Quizás esta gran confusión traiga la libertad. El Arte, que siempre va por delante, ha seguido al menos esta marcha. ¿Qué poética se mantiene en pie ahora? Hasta la plástica se vuelve, cada vez más, casi imposible, con nuestras lenguas circunscritas y precisas y nuestras ideas vagas, mezcladas, inasibles. Todo lo que podemos hacer es, pues, a fuerza de habilidad, tensar con más fuerza las cuerdas de la guitarra, tantas veces rasgueadas, y ser sobre todo virtuosos, ya que la ingenuidad en nuestra época es una quimera. Además, lo pintoresco casi se va del mundo. No obstante, la Poesía no morirá; pero ¿cuál será la de las cosas del futuro? No la veo apenas. ¿Quién sabe? La belleza se volverá quizá un sentimiento inútil para la humanidad, y el Arte será algo que ocupará el espacio entre el álgebra y la música.

Como no puedo ver el mañana, me habría gustado ver el ayer. ¡Por qué no habré vivido, al menos, bajo Luis XIV, con una gran peluca, medias bien estiradas y en compañía del señor Descartes! ¡Por qué no habré vivido en la época de Ronsard! ¡Por qué no habré vivido en la época de Nerón! ¡Cómo habría charlado con los retóricos griegos! ¡Cómo habría viajado en los grandes carromatos por las vías romanas, y dormido por la noche en las posadas, con los sacerdotes de Cibeles vagabundeando! ¡Por qué no habré vivido, sobre todo, en la época de Pericles, para cenar con Aspasia coronada de violetas y cantando versos entre los muros de mármol blanco! Ah, todo eso ha terminado, ese sueño no volverá. Sin duda he vivido en todos esos lugares, en alguna existencia anterior. Estoy seguro de haber sido, bajo el imperio romano, director de alguna compañía de cómicos ambulantes, uno de esos tipos que iban a Sicilia a comprar mujeres para convertirlas en actrices, y que eran a la vez profesor, chulo y artista. En las comedias de Plauto tienen buenas jetas, esos granujas, y al leerlas me vuelven como recuerdos. ¿Has sentido eso alguna vez, el escalofrío

histórico?

Adiós, te beso, todo tuyo, por todas partes.

100

[Croisset] Medianoche del lunes [13 de septiembre de 1852].

He estado ausente dos días, viernes y sábado, y me he divertido poco. Ha habido que ir por fuerza a Andelys, a visitar a un antiguo compañero al que no había visto desde hacía varios años y a quien, de año en año, prometía visitar. De muy niño estuve muy unido a este buen muchacho que ahora es sustituto, casado, elíseo, hombre de orden, etc. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué seres, los burgueses! Pero ¡qué felicidad tienen, qué serenidad! ¡Qué poco piensan en su perfeccionamiento, qué poco atormentados están por todo lo que nos atormenta!

Haces mal en reprocharme que no hubiera empleado mejor mi tiempo en ir a verte. Te aseguro que me habría causado un placer mucho mayor.

Pobre, querida Louise, ¡qué cartas tan tristes me escribes desde hace algún tiempo! Por mi parte, no estoy muy bromista. El interior y lo exterior, todo marcha de un modo bastante sombrío. La *Bovary* avanza a paso de tortuga; a veces me desespero. De aquí a unas sesenta páginas, es decir, dentro de tres o cuatro meses, temo que siga así. ¡Qué máquina tan pesada de construir es un libro, y sobre todo, qué complicada! Lo que estoy escribiendo ahora corre el riesgo de ser Paul de Kock, si no le doy una forma completamente literaria. Pero ¿cómo hacer un diálogo trivial que esté bien escrito? Sin embargo, hay que hacerlo, hay que hacerlo. Y luego, cuando me zafe de esta escena de posada, voy a caer en un amor platónico ya machacado por todo el mundo, y si le quito trivialidad le quitaré amplitud. En un libro como éste, una desviación de una línea puede apartarme completamente de la meta, hacer que falle del todo. En el punto en que estoy, la frase más sencilla tiene un alcance infinito para el resto. ¡Por eso le dedico tanto tiempo, tantas reflexiones, ascos, lentitud! Te dispenso de oír las miserias del hogar, de mi cuñado, etc. [...]

¿Qué relatos son éstos? Es muy difícil, una narración en verso. ¿Está parado el drama? Mejor. Conocí un tiempo en que habrías hecho ya dos actos. Reflexiona, reflexiona antes de escribir. Todo depende de la concepción. Ese axioma del gran Goethe es el más sencillo y más maravilloso resumen y precepto de todas las obras de arte posibles.

Hasta ahora sólo te ha faltado la paciencia. No creo que la paciencia sea el genio; pero a veces es su signo, y lo sustituye. Ese viejo mendrugo de Boileau perdurará tanto como cualquiera, porque supo hacer lo que hizo. Desembarázate cada vez más, al escribir, de lo que no sea Arte puro. Ten

a la vista el modelo, siempre, y ninguna otra cosa. Sabes lo suficiente como para poder ir lejos: te lo digo yo. Ten fe, ten fe. Quiero (y lo conseguiré) verte entusiasmada ante una pausa, un período, un encabalgamiento, ante la forma misma, en fin, abstracción hecha del tema, igual que te entusiasmabas antes por el sentimiento, por el corazón, por las pasiones. El Arte es una representación, no debemos pensar más que en representar. La mente del artista ha de ser como el mar, lo bastante vasta para que no se vean sus bordes, lo bastante pura para que las estrellas del cielo se reflejen en ella hasta el fondo.

Me parece que hace diez años que no te he visto. En cuanto flaqueo, me gustaría apretarte contra mí. Pero ¿luego? ¡No, no! Los días de fiesta, lo sé, van seguidos de despertares tristes. La propia melancolía es sólo un recuerdo que se ignora. Nos volveremos a ver dentro de un año, maduros y granitizados. No te quejes de la soledad. Esa queja es un halago al mundo (si reconoces que lo necesitas para vivir, es colocarte por debajo de él). «Si tratas de agradar, dice Epicteto, ya estás caído». Aquí añado yo: si te hacen falta los demás, es que te pareces a ellos. ¡Que no sea así! En cuanto a mí, la soledad sólo me molesta cuando vienen a molestarme o cuando mi trabajo flojea. Pero tengo recursos ocultos con los que me doy cuerda, y después hay una subida proporcional. Con mi juventud, he abandonado los verdaderos sufrimientos; han bajado a los nervios, eso es todo. Adiós, querida, bienamada amiga. Te beso larga, tierna, ampliamente. [...]

101

[Croisset] Domingo, once de la noche [19 de septiembre de 1852].

Me permitirás, querida Louise, que no te felicite por tu olfato psicológico. Crees todo lo que la tía Roger te ha soltado, con una buena fe infantil. Es una presumida, esa señora. La petición que ha hecho de escribir a Bouilhet equivale, para mí, al gesto de abrir las piernas. ¿Se da cuenta ella? Ahí está el punto difícil de aclarar. No creo ni en su constitución perturbada por los excesos del marido ni en las noches pasadas «con su espíritu y su corazón», y me ha parecido sobre todo que ni era cierto, ni sentido; ella ama otra cosa.

La pasión cerebral durante diez años por Hugo me parece igualmente un camelo ciclópeo. El gran hombre tuvo que saberlo, y en consecuencia, aprovecharse, siendo lo golfo que es, a menos que esa pasión sea también una pose. Fíjate que ella nunca hace más que medias confidencias, que no confiesa nada referente a Énault. ¡Hay mucha miseria en el fondo de todo esto! Que mienta a sabiendas, es posible que no. No

siempre se ve claro en uno mismo, y sobre todo cuando se habla, la palabra sobrecarga el pensamiento, lo exagera, incluso lo impide. ¡Las mujeres, además, son tan ingenuas, incluso en sus muecas, se toman tan en serio su papel, se incorporan con tanta naturalidad al papel que se han fabricado! Pero, por otra parte, está tan admitida la idea de que hay que ser casto, ideal, que sólo debe amarse el alma y que la carne es vergonzosa, que sólo el corazón es de buen tono. ¡El corazón! ¡El corazón! Ésa es una palabra funesta; ¡y qué lejos te lleva!

Las ganas de subir a tu casa, el día en que recibiste el premio, el coche esperando en el portal, bajo la lluvia, etc., eso es cierto, por ejemplo, así como el hastío del peso marital que hay que soportar. Pero no dice que bajo ese peso soñaba con otro hombre, y que, en medio de su asco, quizá disfrutaba debido a ello. Predicción: se acostarán, y al septuagésimo segundo polvo seguirá asegurándote aún que no hay nada, y que quiere solamente a nuestro amigo con el corazón o la cabeza. Ese buenazo de órgano genital es el fondo de las ternuras humanas; no es la ternura, pero es su *substratum*, como dirían los filósofos. Jamás mujer alguna ha amado a un eunuco, y si las madres quieren a sus hijos más que a los padres, es porque les han salido del vientre, y el cordón umbilical de su amor les queda en el corazón sin cortar.

Sí, todo depende de ahí, por mucho que nos humille. Yo también querría ser un ángel; estoy aburrido de mi cuerpo, y de comer, y de dormir, y de sentir deseos. He soñado con la vida de los conventos, con los ascetismos de los brahmanes, etc. Ese asco por los harapos es lo que ha hecho inventar las religiones y los mundos ideales del arte. El opio, el tabaco y los licores fuertes favorecen esa inclinación al olvido, por eso he heredado de mi padre una especie de piedad religiosa por los borrachos. Tengo, como ellos, la tenacidad de la inclinación, y las desilusiones al despertar.

¡Cómo me fastidia mi *Bovary*! Sin embargo, empiezo a apañarme un poco con ella. ¡Nunca en mi vida he escrito algo más difícil que lo que hago ahora, diálogos triviales! Esta escena de la posada a lo mejor me va a exigir tres meses, no lo sé. A veces me entran ganas de llorar, hasta tal punto siento mi impotencia. Pero antes reventaré sobre esta escena que escamotearla. He de situar a la vez en la misma conversación a cinco o seis personajes (que hablan), a otros varios (de los que se habla), el lugar donde están, toda la región, haciendo descripciones físicas de personas y objetos, y mostrar en medio de todo eso a un señor y una señora que empiezan (por coincidencia de gustos) a prendarse un poco uno del otro. ¡Y aún si tuviera espacio! Pero todo eso ha de ser rápido sin resultar seco, y desarrollado sin ser prolijo, guardándome a la vez para más adelante

otros detalles que serían más llamativos ahí. Voy a hacerlo todo rápidamente, y a proceder por grandes esbozos de conjunto sucesivos; a fuerza de volver sobre ellos, quizá todo se apretará. La frase en sí me es muy penosa. ¡Tengo que hacer hablar, en estilo escrito, a gentes de lo más vulgar, y la corrección del lenguaje quita a la expresión todo pintoresquismo!

Vuelves a hablarme, pobre Louise querida, de gloria, de porvenir, de aclamaciones. Ese viejo sueño ya no me posee, porque me ha poseído demasiado. En esto, no tengo falsa modestia; no, no creo en nada. Dudo de todo, ¿y qué importa? Estoy muy resignado a trabajar toda mi vida como un negro, sin esperanza de recompensa alguna. Es una úlcera que me rasco, eso es todo. Tengo más libros en la cabeza de los que tendré tiempo de escribir de aquí a mi muerte, sobre todo al ritmo que voy. No me faltará ocupación (es lo importante). ¡Con tal que la Providencia me deje siempre fuego y aceite! En el siglo pasado, algunas gentes de letras, indignadas de las exacciones de que las gentes de teatro les hacían víctimas, quisieron poner remedio. Predicaron a Pirón que atara el cascabel. «Pues, en fin, no es usted rico, mi pobre Pirón», dijo Voltaire. «Es posible», contestó, «pero me importa un higo, como si lo fuera». Hermosa frase, y que hay que seguir en muchas cosas de este mundo, si uno no está decidido a saltarse la tapa de los sesos. Y además, aun admitida la hipótesis misma del éxito, ¿qué seguridad puede sacarse de ella? A menos de ser un cretino, uno se muere siempre con la incertidumbre de su propio valor y del de sus obras. El propio Virgilio, al morir, quería que se quemase la *Eneida*. A lo mejor habría obrado bien para su gloria. Cuando uno se compara con lo que le rodea, se admira; pero cuando alza los ojos más arriba, hacia los maestros, hacia lo absoluto, hacia el sueño, ¡cómo se desprecia uno! Estos días pasados he leído algo hermoso, a saber, la vida del cocinero Carême. No sé por qué transición de ideas había llegado yo a pensar en ese ilustre inventor de salsas, y tomé su nombre en la Biografía Universal. Como vida de artista entusiasta, es magnífica; daría envidia a más de un poeta. Algunas frases suyas: cuando le decían que cuidara su salud y trabajara menos, respondía: «El carbón nos mata; pero ¿qué importa? Menos días y más gloria». Y en uno de sus libros, donde confiesa ser goloso: «... pero sentía tan a fondo mi vocación, que no me detuve a comer». Ese detuve a comer es enorme en un hombre de cuyo arte se trataba. [...]

Publicar, la gente de letras, París, todo eso me da náuseas cuando pienso en ello. Bien podría ser que yo jamás haga gemir a imprenta alguna. ¿Para qué tomarse tanto trabajo? Y además, la meta no está ahí. En cualquier

caso, si algún día meto los pies en ese fango, será como lo hacía en las calles de El Cairo cuando llovía, con botas de cuero de Rusia que me subían hasta el vientre.

Es a ti a quien vuelve mi pensamiento cuando he hecho la ronda de mis sueños; me tiendo sobre ti como un viajero cansado en la hierba del prado que bordea su camino. Cuando despierto pienso en ti, y tu imagen, durante el día, aparece de vez en vez entre las frases que busco. ¡Oh, mi pobre y triste amor, quédate conmigo! ¡Estoy tan vacío! Si he amado mucho, a cambio, lo he sido poco (al menos en cuanto a mujeres), y tú eres la única que me lo has dicho. Las otras, por un momento, han podido gritar de placer o quererme como buenas chicas durante media hora o una noche. ¡Una noche! Eso es muy largo, casi ni me acuerdo. Pues bien, declaro que hicieron mal; yo valía más que otros muchos. ¡Les guardo rencor por no haberse aprovechado! Ese amor parlanchín e impetuoso, el nácar de la mejilla del que hablas, y los borbotones de ternura, como habría dicho Corneille, yo tenía todo eso. Pero me habría vuelto loco si alguien hubiese recogido ese pobre tesoro sin etiqueta. Así que es una suerte: ahora sería un estúpido. El sol, el viento y la lluvia se llevaron algo; mucho fue a parar bajo tierra; el resto te pertenece, anda; es todo tuyo, y bien tuyo. [...]

102

Croisset, sábado por la noche [25 de septiembre de 1852].

No me repitas más que me deseas, no me digas todas esas cosas que me duelen. ¿Para qué?, ya que lo que es ha de ser, ya que no puedo trabajar de otro modo. Soy un hombre de excesos en todo. Lo que sería razonable para otro, me es funesto. ¿Acaso crees que no tengo ganas de ti, yo también, que no me hastía con frecuencia una separación tan larga? Pero te aseguro que un trastorno material de tres días me hace perder quince, que experimento todas las dificultades del mundo para concentrarme, y que, si he tomado esta decisión que te irrita, es en virtud de una experiencia infalible y reiterada. No estoy en vena todos los días hasta las once de la noche aproximadamente, cuando llevo ya siete u ocho horas trabajando, y en el año, después de largas series de días monótonos, al cabo de un mes o seis semanas de estar pegado a mi mesa.

Empiezo a funcionar un poco. Esta semana ha sido más tolerable. Al menos, entreveo algo en lo que estoy haciendo. Bouilhet, el domingo pasado, me dio por lo demás excelentes consejos después de leer mis esbozos; pero ¿cuándo habré acabado este libro? Dios lo sabe. De aquí a entonces iré a verte en los intervalos, en los momentos de parada. Si no te tuviera a ti, te aseguro que no pondría los pies en París, a lo mejor no

antes de dieciocho meses. Cuando esté allí ya verás qué verdad es lo que digo en cuanto a mi manera de trabajar, ¡con qué lentitud!, ¡y qué dificultad! [...]

Lo que he leído del panfleto no me ha entusiasmado: insultos gruesos y mucho chapeado de estilo. No ha dado tiempo a su ira para que se enfríe. Una vez más, no se escribe con el corazón, sino con la cabeza, y por bien dotado que esté uno, siempre hace falta esa vieja concentración que da vigor al pensamiento y relieve a la palabra. ¡Cuánto mejor habría podido decirse! Pero aguardo a la totalidad para hablarte con más detenimiento de ello. Me parece que eres severa para con Gautier. No es un hombre que haya nacido tan poeta como Musset, pero quedará más de él, pues no son los poetas los que perduran, sino los escritores. No conozco nada de Musset que sea de un arte tan elevado como el *San Cristóbal de Écija*. Nadie ha escrito fragmentos tan hermosos como Musset, pero sólo fragmentos, ¡no una obra! Su inspiración es siempre demasiado personal, huele a terruño, a parisino, a caballero; tiene a la vez la trabilla del pantalón tensa, y va despechugado. Un poeta encantador, de acuerdo; pero grande, no. En este siglo no ha habido más que uno, es el tío Hugo. Gautier tiene un mundo poético muy restringido, pero lo explota admirablemente cuando se dedica. Lee *La guarida de la serpiente*, eso sí que es auténtico y atrozmente triste. En cuanto a su *Don Juan*, no me parece que proceda del de *Namouna*, pues en él es todo exterior (los anillos que caen de los dedos enflaquecidos, etc.) y en Musset todo moral. Me parece, en resumen, que Musset ha rasgueado cuerdas más nuevas (menos byronianas) y, en cuanto al verso, es más consistente. Las fantasías que nos encantan (a mí el primero) en *Namouna*, ¿son buenas en sí? Cuando haya pasado la época, ¿qué valor intrínseco les quedará a todas esas ideas que han parecido descabelladas y han halagado el gusto del momento? Para ser duradera, creo que la fantasía ha de ser monstruosa, como en Rabelais. Cuando no se hace el Partenón, hay que acumular pirámides. Pero ¡qué lástima que dos hombres semejantes hayan caído al punto en que están! Pero si han caído es que debían caer. Cuando el velo se rasga, es que su trama no es sólida. Por mucha admiración que sienta yo por ambos (Musset me entusiasmó tiempo ha, pues halagaba mis vicios de espíritu: lirismo, vagabundeo, desenfado de la idea y del giro), son en resumidas cuentas dos hombres de segunda fila, y que no asustan, si se toman por entero. Lo que distingue a los grandes genios es la generalización y la creación. En un solo tipo resumen personalidades dispersas y aportan a la conciencia del género humano personajes nuevos. ¿Acaso no se cree en la existencia de Don Quijote

igual que en la de César? Shakespeare es algo formidable a este respecto. No era un hombre, sino un continente, en él había grandes hombres, multitudes enteras, paisajes. Ésos no necesitan hacer estilo; son fuertes a pesar de todas las faltas, y a causa de ellas. Pero nosotros, los pequeños, sólo valemos por la ejecución terminada. Hugo, en este siglo, aplastará a todo el mundo, aunque esté lleno de cosas malas; pero ¡qué aliento! ¡Qué aliento! Me atrevo aquí a lanzar una propuesta que no me atrevería a hacer en parte alguna: es que los hombres muy grandes con frecuencia escriben muy mal, y mejor para ellos. No es en ellos donde hay que buscar el arte de la forma, sino en los segundos (Horacio, La Bruyère). Hay que saberse a los maestros de memoria, idolatrarlos, tratar de pensar como ellos, y luego separarse de ellos para siempre. En cuanto a instrucción técnica, se saca más provecho de los genios eruditos y hábiles. Adiós, mi carta me ha fastidiado todo el rato; no debe de tener sentido común. Te beso desde la planta de los pies a la punta de los cabellos. Tuyo, querida Louise; mil besos más.

103

[Croisset] Dos de la madrugada del viernes al sábado [1-2 de octubre de 1852].

[...] ¿Te he dicho que estuve, hace unos días, en un entierro (el de un tío de mi cuñada)? Empiezo a estar harto de lo grotesco de los funerales, pues es algo aún más tonto que triste. Volví a ver allí a muchas caras de Ruán olvidadas. ¡Qué cosa! Estaba junto a dos cuñados del difunto que charlaban sobre el tamaño de los árboles frutales. Como era en el cementerio donde están mi padre y mi hermana, me vino la idea de ir a ver sus tumbas. La visión me conmovió poco; allá no hay nada de lo que yo amé, sino solamente los restos de dos cadáveres que contemplé durante unas horas. Pero ellos están en mí, en mi recuerdo. La visión de una prenda que les perteneció me produce más efecto que la de sus tumbas. ¡Qué tópico, la idea de la tumba! Allí hay que estar triste, es la norma. Una sola cosa me conmovió, es ver en el pequeño recinto un taburete de jardín (igual que los que hay aquí) que mi madre, sin duda, mandó llevar. Hay una comunidad entre este jardín y el otro, una extensión de su vida sobre esa muerte, y como una continuidad de existencia común a través de los sepulcros. Los antiguos prescindían de todas esas porquerías de carroñas. El polvo humano, mezclado con aromas e incienso, podía guardarse encerrado entre los dedos, o echarse a volar hacia los rayos del sol, ligero como el polvo del camino real. Adiós, voy a acostarme, ya es hora. Tuyo, mil y mil besos de tu

[Croisset] Jueves, una de la madrugada [8 de octubre de 1852].

La carta (incluida en la tuya de esta mañana) me ha producido un efecto singular. Toda esta tarde, a mi pesar, no podía evitar mirarla de nuevo y considerar su escritura. La conocía, sin embargo, pero ¿por qué no me había causado nunca esta impresión? Sin duda, el tema y la persona a quien estaba dirigida lo explican. Me afectaba de más cerca. En efecto, él debió de sentirse halagado, y por muy banales que sean las alabanzas que acostumbra a dispensar, éstas deben de ser sinceras. ¿Te has fijado qué bien cortada de estilo es esta carta, escrita a vuela pluma, qué cuadrado y conciso resulta todo? No he podido impedir, en mi satisfacción ingenua, enseñársela a mi madre, que la ha admirado. ¿Quieres que te la devuelva? Pero creo, en las circunstancias actuales, que es mejor que yo la conserve. Mi antiguo culto se ha refrescado. A uno le gusta verse bien tratado por los que admira. ¡Qué olvidados estarán todos los grandes hombres de hoy, cuando éste sea aún joven y resplandeciente!

La señora Didier me parece una mujer de mente corta, ella y sus amigos los republicanos; buenas gentecillas que nos han empujado al fango y que se quejan del camino, ahora resulta que vociferan como burgueses contra Proudhon, sin entender una sola palabra. Esta casta del *National* ha sido siempre tan estrecha como la del bulevar Saint-Germain. Son secos en literatura; en política se aferran también a un pasado perdido. Tampoco comparto su admiración por el señor Lamartine, al que compara, pobrecito, ¡con Tácito!

¡Tácito, él! Precisamente he leído ese retrato de Napoleón del que habla ella. En él, Lamartine le acusa de amar la buena mesa, de estar gordo, etc. Pero ¿cuándo se hará historia como debe escribirse novela, sin amor ni odio por ninguno de los personajes? ¿Cuándo se escribirán los hechos desde el punto de vista de una broma superior, es decir, tal como los ve Dios, desde arriba?

Es una mujer curiosa, por lo demás; representa bien ese cierto punto medio de la sociedad, estéril y decoroso.

La señora de Saint-Maur me parece estar en un buen momento; también ella lee a Tácito. ¡Qué furia por la serenidad! Me dices que te es difícil estudiarlo. Sin embargo, como lo artificial se constituye conforme a reglas, y se modela sobre un tipo, es más sencillo que lo natural, que varía según las individualidades. Te declaro, por mi parte, que no creo ni una palabra de todas sus espiritualidades. Su furor contra los machos, de momento, procede de alguna mordedura reciente. Que esté asqueada del pequeño

Enault, es posible; pero eso es todo, en el fondo. Y a este respecto, permíteme que te envíe el axioma siguiente: las mujeres desconfían demasiado de los hombres en general, y no lo bastante en particular (empápate de esta verdad). Nos consideran a todos monstruos, pero en medio de los monstruos hay un ángel (un corazón de élite, etc.). No somos ni monstruos ni ángeles. Querría ver a un espíritu tan elevado como el tuyo, querida Louise, desembarazado de ese prejuicio que compartes. Vosotras, las mozas, jamás nos perdonaréis, y todas en general, desde las castas hasta las coquetas, chocáis siempre contra ese ángulo con obstinación fogosa. No entendéis nada de la prostitución, de su poesía amarga ni del inmenso olvido que de ella resulta. Cuando os habéis acostado con un hombre, os queda algo en el corazón, pero a nosotros, nada. Eso pasa, y un hombre de cuarenta años, podrido de sífilis, puede llegar ante su querida más virgen que una joven ante su primer amante. ¿No has observado lo juvenil de los sentimientos en los ancianos? Estar celosa de las putas es estarlo de un mueble. Todo se confunde, en efecto, en un océano cuyas olas son todas iguales. Pero vosotras tenéis aún vuestros ríos agotados que murmuran y cuyas corrientes desviadas se entrecruzan en la sombra bajo el ramaje nuevo. Si quisieras, te haría progresar en el conocimiento de nuestro sexo, al que no apoyo en absoluto, pero que explico; en este asunto, pasa como con París y provincias. Cuando me hablan mal del uno en perjuicio del otro abundo siempre en el sentido del que habla, y añadido, al terminar, que pienso exactamente lo mismo de la otra parte en litigio.

Leo los viajes del presidente; es espléndido. Es preciso (y él lo hace bien) que se llegue a no tener ya ni una idea, a no respetar nada. Si toda moralidad es inútil para las sociedades del futuro, que, al estar organizadas como mecanismos, no necesitarán alma, él prepara el camino (hablo en serio, creo que es ésa su misión). A medida que la humanidad se perfecciona, el hombre se degrada. Cuando todo no sea ya más que una combinación económica de intereses bien compensados, ¿para qué servirá la virtud? Cuando la naturaleza sea tan esclava que haya perdido sus formas originales, ¿dónde estará la plástica?, etc. Mientras tanto, vamos a pasar a un buen estado opaco. Lo que me divierte en esto son las gentes de letras que creían ver volver a Luis XIV, a César, etc., en una época en que se ocuparían de arte, es decir, de estos señores. La inteligencia iba a florecer en un pequeño arriate anodino, cuidadosamente rastrillado por el señor Jefe Superior de Policía. ¡Ay! A Dios gracias, lo que queda de ellos no tiene la vida dura. Así que van a suprimir esos buenos diarios. ¡Lástima, eran tan independientes y tan liberales, tan

desinteresados! Se burlaron del derecho divino y lo derribaron; luego exaltaron al pueblo, el sufragio universal, y finalmente llegó el orden. Hay que tener la convicción de que todo esto es tan bobo, gastado y vacío como el penacho blanco de Enrique IV y el roble de San Luis. ¡Muerte a los mitos! En cuanto a esa famosa frase: «¿Qué haréis después? ¿Qué pondréis a cambio?», me parece inepta e inmoral a la vez. Inepta, pues es creer que ya no brillará más el sol porque se hayan apagado las velas; inmoral, porque es calmar la injusticia con la cataplasma del miedo. ¡Y decir que todo esto, no obstante, procede de la literatura! ¡Pensar que lo peor del 93 viene del latín! La furia del discurso retórico y la manía de reproducir tipos antiguos (mal comprendidos) han empujado a naturalezas mediocres a excesos que no lo eran. Ahora vamos a volver a los jueguecitos de los antiguos jesuitas, al acróstico, a los poemas sobre el café o el ajedrez, a las cosas ingeniosas, al suicidio. Conozco a un alumno de la Escuela Normal que me ha dicho que habían castigado a uno de sus compañeros (que será dentro de seis meses profesor de retórica) como culpable de haber leído *La nueva Eloísa*, que es un mal libro. Estoy fastidiado por no saber lo que ocurrirá dentro de doscientos años.

Mándame, si quieres, agua de Taburel, pero es dinero perdido. El doctor Valerand, que es calvo, es hombre de una fe robusta, y además un asno de cuidado. Nada puede hacer salir el pelo (¡ni un brazo amputado!).

Trabajo algo mejor; a fines de este mes espero haber escrito mi posada. La acción transcurre en tres horas. Me habrá costado más de dos meses. En cualquier caso, empiezo a orientarme un poco; pero pierdo un tiempo incalculable, escribiendo a veces páginas enteras que después suprimo completamente, sin piedad, pues perjudican el movimiento. Para este párrafo, en efecto, es preciso que, al componer, abarque con la mirada al menos cuarenta. Una vez haya salido de ahí, dentro de unos tres o cuatro meses, cuando mi acción esté bien atada, marchará. La tercera parte deberá ser despachada y escrita de un solo tirón de pluma. Pienso en ello a menudo, y creo que ahí estará todo el efecto del libro. ¡Pero hay que desconfiar tanto de los sitios que parecen hermosos de antemano! Cuando nos veamos en Mantes, dentro de un mesecillo, recuérdame que te hable de la Acrópolis y cómo entiendo el tema.

En el último número de la *Revue de Paris* hay un poema de Bouilhet, que no conoces, dirigido a Rachel, puta (disculpe la palabra) conocida del poeta, y que hace tiempo le sirvió mucho, en todo caso. ¿La tía Roger había leído este poema? Y su misantropía, acaso, acababa de verse reforzada por la lectura de la susodicha obra, cuyo aroma revela la cosecha.

Adiós, querida Louise, adiós, mujer querida, te envío besos de todas clases. [...]

105

[Croisset] 9 de octubre de 1852, sábado, una de la mañana.

[...] Hace dos o tres días que esto va bien. Estoy haciendo una conversación entre un muchacho y una señora joven sobre la literatura, el mar, las montañas, la música, en fin, todos los temas poéticos. Podría tomarse en serio, pero tiene una gran intención de grotesco. Será, creo, la primera vez que se vea un libro que se burla de su primera dama joven y de su primer actor joven. La ironía no quita nada al patetismo; por el contrario, lo exacerba.

En mi tercera parte, que estará llena de cosas cómicas, quiero que se llore. [...]

106

[Croisset] Martes por la tarde [26 de octubre de 1852].

[...] ¡Qué tiempo! ¡Qué lluvia! ¡Y qué viento! Las hojas amarillas pasan bajo mis ventanas con furia. Pero, cosa extraña, todas las noches son más tranquilas. Entre el paisaje que me rodea y yo hay comunión de temperamento. A ambos la serenidad nos viene con la noche. En cuanto oscurece, me parece que me despierto. Estoy muy lejos de ser el hombre de la naturaleza, que se levanta con el sol, se duerme como las gallinas, bebe el agua de los torrentes, etc. Me hace falta una vida artificial y ambientes extraordinarios en todo. No es un vicio de la mente, sino toda una constitución del hombre. Queda por saber, después de todo, si lo que llaman artificial no es otra naturaleza. La anormalidad es tan legítima como la norma.

Acabo de terminar el *Pericles* de Shakespeare. Es atrozmente difícil y prodigiosamente atrevido. Hay escenas de burdel en que damas y caballeros hablan un lenguaje poco académico; está agradablemente relleno de bromas obscenas. Pero ¡qué hombre era! ¡Qué pequeños son todos los demás poetas a su lado, sin exceptuar a ninguno, y sobre todo, qué ligeros parecen! Él tenía ambos elementos, imaginación y observación, y siempre amplias. ¡Siempre! «Nacidos para la mediocridad, estamos abrumados por las mentes sublimes.» Sí que es el caso de decirlo. Me parece que, si viera a Shakespeare en persona, moriría de miedo.

Cuando te haya visto me dedicaré a Sófocles, que quiero saberme de memoria. La biblioteca de un escritor debe componerse de cinco o seis

libros, fuentes que deben releerse todos los días. En cuanto a los demás, bueno es conocerlos, y nada más. ¡Pero es que hay tantas maneras diferentes de leer, y leer bien exige también tanto ingenio!

107

Martes, medianoche, 16 de noviembre de 1852.

Tu pobre fuerza de la naturaleza no estuvo alegre ayer. Hubo que reanudar la tarea y ver cómo caía la semana pasada en el abismo. En fin... Hacia el atardecer hice un esfuerzo iracundo y me incorporé. Pero la vida pasa así, anudando y desatando hilos, en separaciones, adioses, sofocos y deseos. Sí, fue bueno, muy bueno y muy dulce. Es la edad la que produce eso; al envejecer se vuelve uno más grave en sus alegrías, lo que las hace más dulces. [...]

Releo a Rabelais con encarnizamiento, y me parece que es la primera vez que lo leo. Ese es el gran manantial de las letras francesas; los más fuertes han sacado agua de él a tazas llenas. Hay que volver a esa veta, a las robustas exageraciones. La literatura, como la sociedad, necesita una rascadera para hacer caer la roña que la devora. En medio de todas las debilidades de la moral y de la mente, ya que todos se tambalean como gente agotada, ya que hay en la atmósfera de los corazones una neblina espesa que impide distinguir las líneas rectas, amemos lo verdadero con el mismo entusiasmo que se tiene por lo fantástico, y a medida que los demás bajen, nosotros subiremos.

Ya no hay ahora para los puros más que dos maneras de vivir: o envolverse la cabeza con el manto, como Agamenón ante el sacrificio de su hija (procedimiento poco atrevido, en resumidas cuentas, y más ingenioso que sublime); o bien, elevarse uno mismo a tal grado de orgullo, que ninguna salpicadura del exterior pueda alcanzarle.

Ahora estás en buen camino. ¡Que nada te estorbe! En la vida hay un cuarto de hora útil para todo lo demás, y del que hay que aprovecharse. Ahora estás en él; si te desvías, ¿quién sabe si volvería? Tu *Campesina* será algo sólido, querida amiga, has de estar segura. Las obras buenas son aquellas en que hay pitanza para todos. Así es tu cuento: gustará a los artistas, que verán en él el estilo, y a los burgueses, que verán el sentimiento.

Llegarás a la plenitud de tu talento despojando tu sexo, que ha de servirte como ciencia, y no como expansión. En George Sand, huele a flores blancas; rezuma, y la idea corre entre las palabras como entre los muslos sin músculos.

Se escribe con la cabeza. Si el corazón la calienta, mejor; pero no hay que

decirlo. Debe ser un horno invisible, y así evitamos divertir al público con nosotros mismos, cosa que encuentro repugnante o demasiado ingenua, y la personalidad de escritor, que empequeñece siempre una obra.

¡Hace ocho días, ay, a estas horas!... ¿Qué quieres que diga? Pienso en eso. Serán buenos recuerdos para nuestra vejez.

Bouilhet y yo nos pasamos toda la tarde del domingo haciéndonos descripciones anticipadas de nuestra decrepitud. Nos veíamos viejos, miserables, en el hospicio de los incurables, barriendo las calles, y, con nuestra ropa manchada, hablando del tiempo de hoy y de nuestro paseo a La Roche-Guyon. Primero nos hicimos reír, y después casi lloramos. Duró cuatro horas seguidas. Sólo unos hombres tan plácidamente fúnebres como lo somos nosotros son capaces de divertirse con semejantes horrores. [...]

108

Lunes por la tarde [22 de noviembre de 1852].

[...] Aguardo *La Campesina* con impaciencia, pero no te des prisa, tómate todo el tiempo necesario. Resultará algo bueno. Todos los peluqueros están de acuerdo en que, cuanto más se peina el cabello, más brilla. Lo mismo sucede con el estilo, corregir le da lustre. Ayer releí, debido a ti, *La tendencia al ensueño*. Pues bien, no soy de tu opinión. Tiene grandes aires, pero es un poco blando y a lo mejor el tema escapaba a los versos. Todo no puede decirse; el Arte es limitado, aunque la idea no lo sea. En cuestión de metafísica, sobre todo, la pluma no llega lejos, pues la fuerza plástica falla siempre al evocar lo que no está muy claro en la mente. Voy a leer el *Tío Tom* en inglés. Tengo al respecto, lo confieso, un prejuicio desfavorable. Sólo el mérito literario no da esos éxitos. Se triunfa sin duda cuando, a cierto talento en la puesta en escena y a la facilidad de hablar la lengua de todo el mundo, se une el arte de dirigirse a las pasiones del día, a las cuestiones del momento. ¿Sabes qué se vende más anualmente? *Faublas* y *El amor conyugal*, dos producciones ineptas. Si Tácito volviera al mundo, no se vendería tanto como el señor Thiers. El público respeta los bustos, pero los adora poco. Se tiene por ellos una admiración convencional, y eso es todo. El burgués (es decir, la humanidad entera ahora, incluido el pueblo) se conduce ante los clásicos como para con la religión: sabe que son, le molestaría que no fueran, comprende que tienen cierta utilidad muy lejana, pero no los frecuenta en absoluto y le fastidian mucho, eso es.

He pedido prestada en la biblioteca *La Cartuja de Parma*, y la leeré con atención. Conozco *Rojo y negro*, que encuentro mal escrito e

incomprensible en cuanto a personajes e intenciones. Sé muy bien que las personas de buen gusto no son de mi opinión; pero las gentes de gusto también son una casta curiosa: tienen sus propios santitos, que nadie conoce. El bueno de Sainte-Beuve es quien lo ha puesto de moda. Desfallece de admiración ante ingenios de sociedad, ante talentos que tienen por toda recomendación el ser oscuros. En cuanto a Beyle, no he entendido en absoluto el entusiasmo de Balzac por semejante escritor después de haber leído *Rojo y negro*. A propósito de lecturas, no dejo de leer a Rabelais, y los domingos *Don Quijote*, con Bouilhet. ¡Qué libros aplastantes! Crecen a medida que uno los contempla, como las pirámides, y uno casi termina por tener miedo. Lo que hay de prodigioso en *Don Quijote* es la ausencia de arte, y esa perpetua fusión de la ilusión y de la realidad que hace de él un libro tan cómico y tan poético. A su lado, ¡qué enanos, todos los demás! ¡Qué pequeño se siente uno, Dios mío! ¡Qué pequeño!

No trabajo mal, es decir, que lo hago con bastante ánimo; pero es difícil expresar bien lo que jamás ha sentido uno: son necesarias largas preparaciones, y estrujarse endiabladamente el cerebro con el fin de no pasarse del límite, y de alcanzarlo al mismo tiempo. Encadenar los sentimientos me resulta difícilísimo, y todo depende de ahí en esta novela; pues sostengo que puede uno divertirse con ideas tanto como con hechos, pero para eso han de emanar una de otra como de cascada en cascada, y arrastrar así al lector en medio de la vibración de las frases y del hervir de las metáforas. Cuando volvamos a vernos habré dado un gran paso, estaré en pleno amor, en pleno tema, y la suerte del libro estará echada; pero ahora creo que estoy pasando por un desfiladero peligroso. Así, entre los altos de mi trabajo, tengo al final tu hermosa y buena imagen, como tiempos de descanso. Nuestro amor es una especie de registro que coloco de antemano entre las páginas, y sueño con haber llegado ya, de todas maneras.

¿Por qué tengo, a propósito de este libro, inquietudes como nunca las he tenido sobre otros? ¿Será porque no está en mi vía natural, y al contrario, es todo arte y artimañas? En todo caso, habrá sido para mí una gimnasia furiosa y larga. Un día, más tarde, cuando tenga un asunto mío y un esquema salido de mis entrañas, ¡ya verás!, ¡ya verás! [...]

¿Sabes (entre nosotros) que el amigo Bouilhet me parece estar un poco alterado por la tía Roger? Me parece que está enterneciéndose, y que el drama se resiente. Las pasiones son buenas, pero no en exceso; hacen perder mucho tiempo. Pero ¿cómo es amigo suyo el señorito Houssaye (que se apellida de verdad Housset, pero encuentro esa Y sublime)?

¿Será que...? ¡Oh!

No te ocupes de nada más que de ti misma. Dejemos al Imperio avanzar, cerremos nuestra puerta, trepemos a lo más alto de nuestra torre de marfil, al último peldaño, lo más cerca del cielo. A veces hace frío allá, ¿verdad? Pero ¿qué importa? Se ve brillar con claridad las estrellas, y ya no se oye a los pavos.

Adiós, son ya las dos de la mañana. ¡Cómo me gustaría estar ya dentro de un año!

Adiós de nuevo; mil caricias. Trenzo en torno a tu cuello un collar de besos. Tuyo

109

Jueves, una de la tarde [9 de diciembre de 1852].

[...] He leído el *Libro póstumo*; ¿no es lamentable? No sé lo que le has dicho a Bouilhet al respecto, pero me parece que nuestro amigo se va a pique. Hay mucho trecho de ahí a *Tagabor*. Se nota un agotamiento radical; se juega el resto, y toca su última nota. Lo que me ha hecho reír especialmente es que él, que tanto me reprocha el ponerme en escena en todo lo que hago, habla sin cesar de sí mismo; se complace hasta en trazar su propio retrato físico. Este libro es odioso por su personalismo y sus pretensiones de toda índole. Si alguna vez me pregunta lo que pienso sobre el libro, te prometo que le daré mi opinión entera, y no será suave. Como él no me ahorró sus opiniones cuando yo en absoluto le rogaba que me las diera, será ojo por ojo. Hay en la obra una frasecita a mi intención, hecha expresamente para mí: «La soledad que lleva en sus dos siniestras ubres el egoísmo y la vanidad». Te aseguro que me ha dado mucha risa. Egoísmo, quizá; pero vanidad, no. El orgullo es una bestia feroz que vive en las cavernas y en los desiertos. La vanidad, al contrario, como un loro, salta de rama en rama y parlotea a plena luz. No sé si me engaño (y aquí, sería vanidad), pero me parece que en todo el *Libro póstumo* hay una vaga reminiscencia de *Noviembre* y una niebla mía, que pesa sobre el conjunto; aunque no fuese más que el anhelo de China, al final: «En una barca alargada, una canoa de madera de cedro cuyos delgados remos parecen plumas, bajo una vela hecha de bambú trenzado, al son del tam-tam y de las panderetas, iré al país amarillo que llaman China», etc. Du Camp no será el único en quien yo haya dejado mi huella. El error que ha cometido es recibirla. Creo que ha obrado de manera muy natural al tratar de desembarazarse de mí. Ahora sigue su camino; pero en literatura se acordará de mí por mucho tiempo. También he sido funesto para ese desdichado Hamard.

Soy comunicativo y desbordante (más cierto sería decir que lo era) y, aunque dotado de una gran facultad de imitación, todas las arrugas que me salen al hacer muecas no me alteran el rostro. Bouilhet es el único hombre en el mundo que nos haya hecho justicia sobre eso a Alfred [Le Poittevin] y a mí. Ha reconocido nuestras dos naturalezas distintas y ha visto el abismo que las separa. Si él hubiera seguido viviendo, el abismo habría seguido agrandándose, por la claridad mental de él y por mis extravagancias. No había peligro de que nos reuniésemos demasiado. En cuanto a él, B[ouilhet], será que ambos valemos algo, puesto que en siete años que llevamos comunicándonos nuestros proyectos y nuestras frases, hemos conservado respectivamente nuestra fisonomía individual.

¡Conque el señorito Augier está empleado en la policía! ¡Qué puesto encantador para un poeta, y qué función tan noble e inteligente, la de leer los libros destinados a la venta ambulante! Pero ¿tienen algo en las venas esos tipejos? Son más burgueses que los vendedores de cirios. ¡Ahí va toda la literatura, pasando ante el capricho de ese señor! Pero tenemos un puesto, cierta importancia; cenamos con el ministro, etc. Y además, hay que decir la verdad, hay por el mundo una conjuración general y permanente contra dos cosas, a saber, la poesía y la libertad; la gente de buen gusto se encarga de exterminar a la primera, y la gente de orden, de perseguir la segunda. Nada gusta más a ciertas mentes francesas razonables, sin alas, mentes tísicas con chaleco de franela, que esta regularidad toda exterior que indigna tan vehementemente a la gente imaginativa. El burgués se tranquiliza al ver un gendarme, y el hombre culto se deleita ante un crítico; los caballos castrados son aplaudidos por los mulos. Entonces, ¿qué capacidad de fastidio le falta, para nosotros, al doble obstaculizador que posee a la vez, entre sus atribuciones, el sable del gendarme y las tijeras del crítico? Augier, sin duda, cree estar haciendo algo muy bueno, un acto de buen gusto, una prestación de servicios. La censura, sea cual sea, me parece una monstruosidad, algo peor que el homicidio; el atentado contra el pensamiento es un crimen de lesa alma. La muerte de Sócrates pesa aún sobre la conciencia del género humano, y la maldición de los judíos quizá no tenga otra significación: crucificaron al hombre-palabra, quisieron matar a Dios. Los republicanos, en este punto, me han indignado siempre. Durante dieciocho años, bajo Luis Felipe, ¡con qué declamaciones virtuosas no nos atontaron! ¿Quién arrojó los sarcasmos más pesados contra toda la escuela romántica, que no reclamaba en definitiva, como se diría ahora, más que el libre cambio? Luego, lo que resulta cómico son las grandes frases: «Pero ¿adonde iría a parar la sociedad?». Y las comparaciones: «¿Puede dejarse a los niños

que jueguen con armas de fuego?». Esta buena gente piensa que la sociedad entera está sujeta con dos o tres tarugos podridos, y que, si se quitan, va a derrumbarse todo. La juzgan (y esto, según ideas antiguas) como un producto artificial del hombre, como una obra ejecutada conforme a un plan. De ahí las recriminaciones, maldiciones y precauciones. La voluntad individual de quien sea no tiene más influencia sobre la existencia o la destrucción de la civilización que sobre el crecimiento de los árboles o la composición de la atmósfera. Traeréis, oh gran hombre, un poco de estiércol aquí, un poco de sangre allá. Pero la fuerza humana, una vez que hayáis pasado, seguirá agitando sin vos. Hará rodar vuestro recuerdo con todas las demás hojas secas. Vuestro rincón de cultura desaparecerá bajo la hierba, y vuestro pueblo bajo otras invasiones, vuestra religión bajo otras filosofías, y así siempre, siempre, invierno, primavera, verano, otoño, invierno, primavera, sin que las flores dejen de brotar y la savia de subir.

Por eso el *Tío Tom* me parece un libro estrecho. Está escrito desde un punto de vista moral y religioso; había que haberlo hecho desde un punto de vista humano. No necesito, para enternecerme ante un esclavo torturado, que ese esclavo sea buena persona, buen padre, buen esposo, cante himnos, lea el Evangelio y perdone a sus verdugos, lo que le convierte en algo sublime, en una excepción, y por eso en algo especial y falso. Las cualidades del sentimiento, y en este libro las hay grandes, habrían estado mejor empleadas si la finalidad hubiera sido menos restringida. Cuando ya no haya esclavos en América, esta novela no será más auténtica que todas las antiguas historias en que se representaba invariablemente a los mahometanos como monstruos. ¡Sin odio! ¡Sin odio! Por lo demás, es lo que constituye el éxito de este libro: es actual. La verdad desnuda, lo eterno, la Belleza pura no apasionan a las masas hasta ese extremo. La idea preconcebida de atribuir a los negros el aspecto moral bueno llega al absurdo en el personaje de Georges, por ejemplo, que cura a su asesino cuando debería pisotearlo, y que sueña con una civilización negra, un imperio africano, etc. La muerte de la joven Saint-Claire es la de una santa. ¿Y eso por qué? Yo lloraría más si se tratase de una niña ordinaria. El personaje de su madre es forzado, a pesar de las aparentes medias tintas que el autor ha puesto en ella. En el momento de la muerte de su hija ya no debe pensar en sus jaquecas. Pero hay que hacer reír al patio, como dice Rousseau.

Por lo demás, hay bonitas cosas en este libro: el personaje de Halley, la escena entre el senador y su mujer, la señora Ofelia; el ambiente de la casa Legree, una perorata de Miss Cussy, todo eso está bien hecho. Como Tom es un místico, yo habría deseado más lirismo en él (aunque

quizá habría sido menos auténtico, en cuanto a temperamento). Las repeticiones de las madres con sus hijos están archirrepetidas; es como el diario del señorito Saint-Claire, que reaparece a cada momento. Los comentarios del autor me han irritado constantemente. ¿Acaso hay necesidad de hacer consideraciones sobre la esclavitud? Muéstrela usted, y eso es todo. Eso es lo que siempre me ha parecido fuerte en *El último día de un condenado*. Ni un comentario sobre la pena de muerte (cierto es que el prefacio desloma el libro, si el libro pudiera deslomarse). Mira a ver si en *El mercader de Venecia* se declama contra la usura. Pero la forma dramática tiene eso de bueno, que anula al autor. Balzac no ha escapado a ese defecto, es legitimista, católico y aristócrata.

El autor, en su obra, debe estar como Dios en el universo, presente en todas partes y visible en ninguna. Como el Arte es una segunda naturaleza, el creador de ésta debe obrar con procedimientos análogos. Que se note en todos los átomos, en todos los aspectos, una impasibilidad oculta e infinita. El efecto, para el espectador, debe ser una especie de estupefacción. ¿Cómo se ha hecho todo esto?, ha de decir, y ha de sentirse aplastado sin saber por qué. El arte griego seguía este principio, y para lograrlo antes escogía sus personajes en condiciones sociales excepcionales, reyes, dioses, semi-dioses. No te interesaban en ti mismo; la finalidad era lo divino. Adiós, es tarde. Lástima, me apetece charlar. Te beso mil y mil veces.

Tuyo. Tu

110

Sábado, a la una, 11 de diciembre de 1852.

Empiezo por devorarte a besos, de pura alegría. Tu carta de esta mañana me ha quitado del corazón un peso tremendo. Ya era hora. Ayer no pude trabajar en todo el día... A cada movimiento que hacía (y esto es textual) me saltaba el cerebro dentro del cráneo, y tuve que acostarme a las once. Tenía fiebre, y una postración general. Hace tres semanas que sufría unas aprensiones terribles: no dispensaba en ti ni un minuto, pero de modo poco agradable. Ah, sí, esta idea me torturaba; he tenido luces ante los ojos dos o tres veces, el jueves entre otros días. Haría falta todo un libro para desarrollar de manera comprensible mis sentimientos al respecto. La idea de dar la vida a alguien me produce horror. Me maldeciría si fuese padre. ¡Un hijo mío! ¡Oh, no, no, no! ¡Perezca toda mi carne, y que no transmita a nadie el hastío y las ignominias de la existencia! Todas mis purezas de alma se rebelarían ante esta hipótesis. Y además, y además... En fin, ¡alabado sea Dios! No hay nada que temer. ¡Benditos sean los

casacas rojas!

También tenía una idea supersticiosa: mañana cumpla treinta y un años. Acabo de pasar, pues, ese año fatal, los treinta, que clasifica a un hombre. Es la edad en que uno se dibuja para el futuro, en que se sienta cabeza; se casa uno, escoge una profesión. A los treinta años hay poca gente que no se convierta en burguesa. Y esa paternidad me habría hecho entrar en las condiciones ordinarias de la vida. Mi virginidad, con relación al mundo, quedaba aniquilada, y eso me hundía en la sima de las miserias comunes. Pues bien, hoy la serenidad me desborda. Me siento tranquilo y radiante. Ya ha pasado toda mi juventud sin una mancha ni una flaqueza. Desde mi infancia hasta la hora presente no hay más que una gran línea recta. Y como no he sacrificado nada a las pasiones, como nunca he dicho «la juventud ha de pasar», la juventud no pasará. Aún estoy todo lleno de frescor, como una primavera. Tengo en mí un gran río que fluye, algo que hierve sin cesar y no se agota. Estilo y músculos, todo está aún flexible, y si los cabellos se me caen de la frente creo que mis plumas aún no han perdido nada de su melena. Un año más, mi pobre y querida Louise, mi mujer bienamada, y pasaremos largos días juntos.

¿Por qué deseabas esta unión? No, tú no necesitas, para gustar, someterte a la condición de la mujer, y te amo, al contrario, porque eres muy poco mujer, porque no tienes ni sus hipocresías mundanas ni su debilidad de espíritu. ¿No sientes que hay entre nosotros dos una unión superior a la de la carne e independiente, incluso, de la ternura amorosa? No me estropees nada de lo que hay. Uno siempre es castigado por salirse del propio camino. Permanezcamos, pues, en nuestro sendero aparte, nuestro, para nosotros. Cuanto menos se amoldan al mundo los sentimientos, menos tienen su fragilidad. El tiempo no le hará nada a mi amor, porque no es un amor como un amor debe serlo, e incluso voy a decirte algo que te va a parecer extraño. No me parece que seas mi amante. Nunca me viene a la cabeza esa denominación banal cuando pienso en ti. En mí te encuentras en un lugar especial, que no ha sido ocupado por nadie. Estando tú ausente, permanecería vacío, y sin embargo mi carne ama a la tuya, y cuando me miro desnudo, me parece incluso que cada poro de mi piel bosteza por la tuya, y ¡con qué deleite te beso!

No me apetece charlar de literatura; no hago sino reponerme de mi larga inquietud, y mi corazón se dilata. Respiro, hace buen tiempo, brilla el sol sobre el río y ahora pasa un *brick* con todas las velas desplegadas; mi ventana está abierta, y brilla mi corazón.

Adiós, te amo más que nunca y te abrazo hasta asfixiarte, por mi

cumpleaños.

Adiós, amor querido, mil ternuras. Tuyo otra vez.

111

Noche del jueves, una de la mañana [17 de diciembre de 1852].

¿Qué te pasa, pobre querida mía, con esa salud? ¿Qué son todos esos vómitos, dolores de vientre, etc.? Estoy seguro de que has estado muy cerca de cometer alguna tontería. Ya quisiera saberte completamente repuesta. Pero no importa, no te oculto que la llegada de los ingleses me ha causado gran alegría. ¡Quiera el dios de los coitos que jamás vuelva a pasar por semejantes angustias! No sé cómo no me he puesto malo, como suele decirse. Me comía la sangre deseando la tuya. Pero la alegría que he sentido luego me ha sido provechosa, creo. Desde el sábado he trabajado con mucho ánimo y de modo desbordante, lírico. A lo mejor es un comistraje atroz. Tanto peor; de momento me divierte, aunque más tarde lo borre todo, como ya me ha ocurrido muchas veces. Estoy escribiendo una visita a una nodriza. Se va por un senderito y se vuelve por otro. Camino, como ves, tras las huellas del *Libro póstumo*; pero creo que el paralelismo no me hundirá. Huele un poco mejor a campo, a estiércol y a literas que el texto de nuestro amigo. Todos los parisienses ven la naturaleza de una forma elegiaca y limpita, sin revolcaderos de vacas y sin ortigas. La aman, como los presos, con un amor ingenuo e infantil. Eso se gana de muy joven bajo los árboles de las Tullerías. Me acuerdo, a este respecto, de una prima de mi padre que vino una vez (la única en que la he visto) a visitarnos a Déville, y olfateaba, se extasiaba, admiraba. «Ay, primo», me dijo, «hágame el favor de ponerme un poco de estiércol en el pañuelo de bolsillo; adoro ese olor.» Pero nosotros, a quienes siempre ha aburrido el campo y que lo hemos visto siempre, ¡con cuánta mayor serenidad conocemos todos sus sabores y todas sus melancolías!

Es muy bueno lo que me dices del asunto Roger de Beauvoir, el chal saliéndose del coche, etc. ¡Cuántos temas hay!

¿Te das cuenta de que me vuelvo moralista? ¿Será una señal de vejez? Pero ciertamente me inclino hacia la alta comedia. A veces siento pruritos atroces de echar la bronca a los humanos, y lo haré algún día, dentro de diez años, en alguna novela larga de amplio marco; mientras tanto, me ha vuelto una vieja idea, a saber, la de mi *Diccionario de ideas recibidas* (¿sabes lo que es?). El prefacio, sobre todo, me excita mucho, y de la manera en que lo concibo (pues sería todo un libro) ninguna ley podría morderme, aunque yo lo atacaría todo. Sería la glorificación histórica de

todo lo que se aprueba. Demostraría que las mayorías siempre han tenido razón y las minorías siempre han carecido de ella. Inmolaría a los grandes hombres para todos los imbéciles, los mártires frente a los verdugos, y eso en un estilo exagerado a ultranza, con cohetes. Así, en cuanto a la literatura, dejaría establecido, cosa que sería fácil, que la mediocridad, al estar al alcance de todos, es lo único legítimo, y que es preciso, por tanto, condenar toda clase de originalidad por ser peligrosa, estúpida, etc. Esta apología de la chabacanería humana en todas sus caras, vociferante de cabo a rabo, llena de citas, de pruebas (que probarían lo contrario) y de textos espantosos (sería fácil), tiene la finalidad, diría yo, de acabar de una vez por todas con las excentricidades, sean cuales sean. Así, yo me acomodaría a la idea democrática moderna de igualdad, a la afirmación de Fourier de que los grandes hombres llegarán a ser inútiles; y con esa finalidad, diría yo, está hecho el libro. En él se hallaría, pues, por orden alfabético, sobre todos los asuntos posibles, todo lo que debe decirse en sociedad para ser un hombre decoroso y amable. Así, se encontraría:

ARTISTAS: son todos desinteresados.

LANGOSTA: hembra del bogavante.

FRANCIA: necesita un brazo de hierro para gobernarla.

BOSSUET: es el águila de Meaux.

FÉNELON: es el cisne de Cambrai.

NEGRAS: son más calientes que las blancas.

ERECCIÓN: sólo debe decirse refiriéndose a los monumentos, etc.

Creo que el conjunto sería formidable como pedrusco. Sería necesario que, a todo lo largo del libro, no hubiese ni una frase de mi cosecha, y que una vez leído, uno ya no se atreviera a hablar, por miedo a decir impensadamente una de las frases que contiene. Algunos artículos, por otra parte, podrían dar lugar a espléndidas disertaciones, como los de HOMBRE, MUJER, AMIGO, POLÍTICA, BUENAS COSTUMBRES, MAGISTRADO. Se podría también, en unas líneas, crear tipos, y mostrar no solamente lo que hay que decir, sino lo que hay que parecer.

He leído estos días los cuentos de hadas de Perrault; es encantador, encantador. ¿Qué dices de esta frase: «El cuarto era tan pequeño, que la cola de aquel bello vestido no podía desplegarse»? ¿A que es de un efecto enorme? Y ésta: «Vinieron reyes de todos los países; unos en sillas de manos, otros en cabriolés, y los de más lejos montados en elefantes, en tigres, en águilas». Y decir que, mientras vivan los franceses, Boileau pasará por un poeta más grande que ese hombre. Hay que disfrazar la poesía, en Francia; la detestan, y de todos los escritores a lo mejor sólo Ronsard ha sido sencillamente un poeta como lo eran en la Antigüedad y

como se es en los demás países.

A lo mejor las formas plásticas han sido descritas y repetidas todas; era la función de los primeros. Lo que nos queda es el exterior del hombre, más complejo, pero que escapa mucho más a las condiciones de la forma. Así, creo que la novela acaba de nacer, espera a su Homero. ¡Qué hombre habría sido Balzac si hubiera sabido escribir! Pero sólo le faltó eso. Un artista, después de todo, no habría hecho tanto, no habría tenido esa amplitud.

Lo que le falta, ay, a la sociedad moderna, no es un Jesucristo, ni un Washington, ni un Sócrates, ni siquiera un Voltaire; es un Aristófanes, pero el público lo lapidaría; y además, ¿para qué preocuparnos de todo eso, razonar y charlar siempre? Pintemos, pintemos, sin teorizar, sin inquietarnos por la composición de los colores ni por la dimensión de nuestros lienzos, ni por la duración de nuestras obras.

Ahora hace un viento espantoso, los árboles y el río mugen. Esta noche estaba describiendo una escena de verano con mosquitas, hierbas al sol, etc. Cuanto más contrario es el ambiente en que estoy, mejor veo el otro. Este ventarrón me ha fascinado durante toda la velada; es algo que mece y aturde a la vez. Tenía los nervios tan vibrantes, que mi madre, que entró a las diez en mi estudio para despedirse, me hizo lanzar un grito de terror espantado que la asustó a ella misma. Luego el corazón estuvo galopándome mucho tiempo, y me costó un cuarto de hora reponerme. Cuando trabajo así estoy absorto. Sentí, con esa sorpresa, como la sensación aguda de una puñalada que me hubiera atravesado el alma. ¡Qué pobre máquina es la nuestra! ¡Y todo eso es porque el hombrecillo estaba modelando una frase! Edma y Bouilhet siguen escribiéndose; las cartas son magníficas de pose y de *pohessía*. A él le divierte como espectáculo; pero, en el fondo, le apetecería mucho hacer con ella un poquito de *juergorgía*, como dice maese Rabelais. Ni una palabra al respecto; creemos que ella desconfía de ti, aunque no haya dicho nada sobre eso. Su primera entrevista será divertida.

Trabaja bien *La campesina*; dedícale una semana más, no te apresures, revísalo todo, pélate; aprende a criticarte a ti misma, querida salvaje. Adiós, es muy tarde, mil besos; aliviate. Tuyo, mi amor.

112

Lunes a las cinco [27 de diciembre de 1852].

Estoy como espantado en este momento, y si te escribo es quizá para no quedarme solo conmigo mismo, como se enciende la lámpara de noche cuando se tiene miedo. No sé si vas a entenderme, pero es muy extraño.

¿Has leído un libro de Balzac que se titula *Louis Lambert*? Acabo de terminarlo hace cinco minutos; me fulmina. Es la historia de un hombre que enloquece a fuerza de pensar en las cosas intangibles. Se me ha agarrado con mil anzuelos. Ese Lambert, poco más o menos, es mi pobre Alfred. He encontrado frases nuestras (de la época), casi textuales: las charlas de dos compañeros de colegio son las que teníamos, o análogas. Hay una historia de un manuscrito robado por los amigos, y con comentarios del jefe de estudios que me ocurrió a mí, etc., etc. ¿Recuerdas que te hablé de una novela metafísica (en proyecto) en la que un hombre, a fuerza de pensar, llega a tener alucinaciones, al cabo de las cuales se le aparece el fantasma de su amigo, para sacar la conclusión (ideal, absoluta) de las premisas (mundanas, tangibles)? Pues bien, esa idea está indicada ahí, y toda esta novela de *Louis Lambert* es su prefacio. Al final, el héroe quiere castrarse, por una especie de manía mística. En medio de mis problemas en París, a los diecinueve años, tuve esa intención (te mostraré en la calle Vivienne una tienda ante la que me paré una tarde, invadido por esa idea con una intensidad imperiosa), cuando permanecí dos años enteros sin ver a una mujer. (El año pasado, cuando te hablaba de mi idea de entrar en un convento, era mi antigua levadura que subía de nuevo.) Llega un momento en que uno necesita hacerse sufrir, odiar la propia carne, arrojarle fango a la cara, tan repugnante nos parece. De no ser por el amor hacia la forma, quizá yo habría sido un gran místico. Añade a eso mis ataques de nervios, que no son sino declives involuntarios de ideas, de imágenes. El elemento psíquico salta entonces por encima de mí, y la consciencia desaparece con el sentimiento de la vida. Estoy seguro de que sé lo que es morir. A menudo he sentido claramente a mi alma escaparse, como se siente manar la sangre por la abertura de una sangría. Este demonio de libro me ha hecho soñar con Alfred toda la noche. A las nueve desperté y volví a dormirme. Entonces soñé con el castillo de La Roche-Guyon; se hallaba situado detrás de Croisset, y me sorprendía el notarlo por primera vez. Me han despertado al traerme tu carta. ¿Sería esta carta, viajando por la carretera en la caja del cartero, la que me enviaba de lejos la idea de La Roche-Guyon? Venías a mí en ella. ¿Es Louis Lambert quien ha llamado a Alfred esta noche (hace ocho meses soñé con leones, y en el momento en que los soñaba, un barco que llevaba un circo pasaba bajo mis ventanas)? ¡Qué cerca se siente uno a veces de la locura, yo sobre todo! Ya conoces mi influencia sobre los locos, y cómo me quieren. Te aseguro que ahora tengo miedo. Sin embargo, al sentarme a la mesa para escribirte, la vista del papel blanco me ha tranquilizado. Desde hace un mes, por lo demás, desde el día del desembarco, me encuentro en un estado singular de

excitación o más bien de vibración. A la menor idea que va a ocurrírseme, experimento algo de ese efecto singular que se siente en las uñas al pasar cerca de un arpa. ¡Condenado libro! Me hace daño; ¡cómo lo noto!

Otro paralelo: mi madre me ha mostrado (lo descubrió ayer) en *El médico rural*, de Balzac, una misma escena de mi *Bovary*: una visita a una nodriza (yo nunca había oído ese libro, como tampoco *Louis Lambert*). Son los mismos detalles, los mismos efectos, la misma intención, como si yo hubiera copiado —salvo que mi página, sin presumir, está infinitamente mejor escrita. Si Du Camp supiera todo esto, diría que me comparo con Balzac, como con Goethe. Antes me fastidiaba la gente que opinaba que yo me parecía al señor Fulano, o Zutano, etc.; ahora es peor, es mi alma. Me la encuentro por todas partes, todo me la refleja. ¿Por qué?

Louis Lambert empieza, como *Bovary*, con una entrada al colegio, y hay una frase que es idéntica: ahí están contados problemas de colegio que superan a los del *Libro póstumo*. [...]

113

Sábado, tres de la tarde [15 de enero de 1853].

[...] Tardé cinco días en escribir una página la semana pasada, y para eso lo había dejado todo: griego, inglés...; no hacía más que eso. Lo que me atormenta en mi libro es el elemento entretenido, que resulta mediocre. Faltan hechos. Yo sostengo que las ideas son hechos. Es más difícil interesar con ellas, ya sé, pero entonces la culpa es del estilo. Así, ahora tengo cincuenta páginas seguidas en que no hay ni un acontecimiento: es el panorama continuo de una vida burguesa y de un amor inactivo, amor tanto más difícil de describir cuanto que es a la vez íntimo y profundo; pero, ay, sin desmelenamientos internos, pues mi caballero es de naturaleza tibia. Ya he tenido algo análogo en la primera parte. Mi marido ama a su mujer de manera parecida a como lo hace mi amante. Son dos mediocridades en el mismo ambiente, y que no obstante es preciso diferenciar. Si sale bien, creo que resultará excelente, pues es pintar color sobre color, sin ningún tono contrastado (cosa que es más fácil). Pero temo que todas estas sutilezas aburran, y que el lector prefiera ver más movimiento. En fin, hay que hacer las cosas como se han planeado. Si quisiera poner acción, obraría en virtud de un sistema, y lo estropearía todo. Hay que cantar con el propio registro de voz; y la mía nunca será dramática ni atractiva. Estoy convencido, por lo demás, que todo es cuestión de estilo, o más bien de carácter, de aspecto.

Noticia: ¡el joven Du Camp es oficial de la Legión de Honor! ¡Qué gusto le habrá dado! Cuando se compara conmigo, y considera el camino que ha

recorrido desde que me dejó, es seguro que debo parecerle muy lejos, muy atrás, y que él ha recorrido mucho trecho (exterior). Cualquiera día lo verás cazar un cargo y dejar plantada a la pobre literatura. En su cabeza todo se confunde; mujeres, medallas, arte, botas, todo gira en torbellino al mismo nivel, y con tal que le empuje, es lo importante. Admirable época (¡curioso simbolismo!), como diría el tío Michelet, ésta en que se condecora a los fotógrafos y se exilia a los poetas (¿ves la cantidad de buenos cuadros que habría que haber hecho antes de llegar a esa cruz de Oficial?). ¡De toda la gente de letras condecorada, sólo hay uno que sea comendador, el señor Scribe! ¡Qué inmensa ironía, todo esto! ¡Cómo proliferan los honores cuando falta el honor! [...]

¿Has leído la escena de la cuadra en *El asno de oro* y la plegaria a Isis? Te recomiendo, en *Los Estados del Sol*, el combate del animal-carámbano y el reino de los árboles. Me parece de una poesía enorme.

¿Sabes lo que deberías hacer, vieja? Adquirir el hábito piadoso de leer todos los días un clásico durante al menos una hora larga.

En cuanto a versos franceses, sólo hay uno en cuanto a hechura, es La Fontaine. Detrás viene Hugo, aunque sea más gran poeta; y en cuanto a prosa, habría que poder hacer una mezcla de Rabelais y de La Bruyère. [...]

114

[Croisset] Medianoche del sábado [29-30 de enero de 1853].

Sí, querida Musa, tenía que escribirte una larga carta, pero he estado tan triste y fastidiado que no he tenido valor. ¿Será el ambiente, que me invade? Me siento cada vez más fúnebre. Mi puta y condenada novela me da sudores fríos. En cinco meses, desde fines de agosto, ¿sabes cuánto he escrito? ¡Sesenta y cinco páginas! ¡Y de ellas, treinta y seis después de Mantes! Lo releí todo anteayer, y me asustó lo poco que es y el tiempo que me ha costado (no cuento el esfuerzo). Cada párrafo es bueno en sí, y hay páginas perfectas, estoy seguro. Pero precisamente debido a eso, no funciona. Es una serie de párrafos modelados, completos, y que no montan unos sobre otros. Va a ser preciso desatornillarlos, aflojar las juntas, como se hace con los mástiles de barco cuando se quiere que las velas tomen más viento. Me agoto en realizar un ideal que quizá es absurdo en sí. Mi tema a lo mejor no implica este estilo. ¿Dónde estáis, felices tiempos de *San Antonio*? ¡Entonces escribía con mi «yo» entero! Sin duda es culpa del espacio; ¡el fondo era tan endeble! Además, el punto medio de las obras largas siempre es atroz (mi libro tendrá de cuatrocientas cincuenta a cuatrocientas ochenta páginas, más o menos;

voy por la página 204). Cuando regrese de París, pienso no escribir durante quince días, y hacer el boceto de todo este final hasta el polvo, que será el límite entre la primera parte y la segunda. Aún no estoy en el punto al que creía podría llegar para la época de nuestro encuentro en Mantes. ¡Fíjate qué diversión! En fin, sea como Dios quiera. Dentro de ocho días estaremos juntos; esa idea me dilata el pecho.

No te exhorto a que invites a Villemain, y, con mi vieja psicología de novelista, mis motivos son éstos: Primero, necesitas de él para tu premio; segundo, somos jóvenes; tercero, él es viejo. ¿Quién te dice que no le fastidiará la pequeña recomendación de Bouilhet? Esta gente en declive es celosa; no hagas objeciones en este punto, es una regla. Además, como te hace la corte y es un hombre listo, se dará cuenta (o le dirán, o lo supondrá, o terminará por saberlo) que el puesto deseado está ocupado, y por mí, segundo motivo para indisponerle. Conserva su buena voluntad íntegra, y, sin hacer la coqueta, deja siempre vaguedades. No hay que dormirse sobre el guisado, como habría dicho el bueno de Pradier. Creo, pues, que sería una torpeza invitarle a tu velada. Puedes figurarte que a mí, personalmente, me sería bien agradable conocerle. Pero, como en esta circunstancia no resulta útil para ninguno de nosotros tres, y como, al contrario, podría salir de ahí con algo de malevolencia hacia ti, más vale abstenerse.

Es como para Jourdan: no tenemos necesidad de relación alguna (indirecta) con Du Camp. Iría a chismorrear a su casa lo que se hizo y dijo en la tuya. Puedo verle allí al día siguiente; habría preguntas. No, no. En fin, mi tercera negativa se refiere a Béranger. Bouilhet está muy contento de ir a verle contigo; pero yo, que no tengo título alguno, no puedo acompañaros. En cuanto a todo lo demás, me adhiero a tus planes. Para terminar con los asuntos mundanos, mi último consejo en lo tocante a Bouilhet: no hagas leer versos suyos ante un público numeroso. Él te lo suplica, y yo también. Comprendes que este chico acabaría por parecer que sale de debajo de tus faldas. Al comienzo, bien estaba; pero ahora que ha publicado ya varias veces, eso le limita. Cuando se queden los íntimos, ¡adelante!

¡Qué imbécil, ese Buloz! ¡Qué burro! ¡Qué burro! Todo esto da ganas de reventar. Desde hace un año comprendo aquella vieja creencia en el fin del mundo que tenían en la Edad Media, cuando las épocas oscuras. ¿Hacia dónde volverse para encontrar algo limpio? Pongas donde pongas los pies, pisas mierda. Aún bajaremos durante mucho tiempo por esta letrina. De aquí a unos años, la gente se volverá tan idiota, que dentro de veinte, supongo, los burgueses del tiempo de Luis Felipe parecerán

elegantes y cortesanos. Se ensalzará la libertad, el arte y las buenas maneras de aquella época, pues habrán rehabilitado lo inmundo a fuerza de mejorarlo. Cuando está uno abrumado de preocupaciones, cuando siente en su cabeza la vejez de todas las formas conocidas, cuando, por último, uno resulta pesado a uno mismo, ¡si al menos le refrescara el sacar la cabeza por la ventana! Pero no, nada exterior nos serena. ¡Al contrario, al contrario!

Mis lecturas de Rabelais se mezclan con mi bilis social, y se forma con ello una necesidad de flujo a la que no doy salida alguna, y que incluso me estorba, pues mi *Bovary* está tirada a cordel, abotonada, encorsetada y atada hasta estrangularla. Los poetas son dichosos; en un soneto, uno se alivia. Pero los desgraciados prosistas como yo se ven obligados a interiorizarlo todo. Para decir algo de sí mismos, les hacen falta tomos, y el marco, la ocasión. Si tienen gusto, se abstienen incluso de hacerlo, pues lo menos inteligente que hay en el mundo es hablar de uno mismo.

Sin embargo, temo que a fuerza de poseer ese famoso gusto llegue yo a no poder escribir más. Todas las palabras me parecen ahora desviadas del pensamiento, y todas las frases disonantes. No soy más indulgente para con los demás. Hace unos días releí la entrada de Eudoro en Roma (de *Los mártires*), que pasa por ser uno de los pasajes clave de la literatura francesa, y que lo es. Resulta muy pedante decirlo, pero he encontrado ahí cinco o seis libertades que yo no me tomaría. ¿Dónde está entonces el estilo? ¿En qué consiste? Ya no sé en absoluto lo que significa. Sin embargo, ¡sí, sí! Lo siento en mis tripas.

Dentro de ocho días charlaremos de nuevo a gusto, nos besaremos, nos querremos. La idea de tu alegría, si mi obra triunfa más tarde, no es uno de mis menores apoyos, pobre Musa. Sueño con tu admiración como con la voluptuosidad. Este pensamiento es mi pequeño equipaje para el camino, y lo paso por mi cerebro sudoroso como una camisa blanca. Tú sí que has hecho algo bueno; tu *Campesina* va a triunfar, si *Le Pays* la quiere (pero esos señores también han de ser púdicos). Vas a tener en seguida más lectores de los que habrías tenido en la *Revue*.

Bouilhet tiene un divieso en el cuello. Está en disposición enérgica para con Edma, y ha tomado resoluciones. Creo que a mí me van a salir en la nariz. En fin, llegaremos en todo caso a tu presencia el sábado hacia las seis o las siete de la tarde. El Sena se ha desbordado. No sé cómo iré a Ruán. Tendré que tomar el barco, y las horas no coincidirán quizá con el ferrocarril. En todo caso, iremos a cenar contigo, y si de aquí al sábado no recibieses ninguna carta, es que no hay ningún cambio en nuestros planes. Quizá el miércoles o el jueves te mande una notita para decirte:

«Voy». Adiós, hasta pronto, dentro de ocho días a esta hora. Tuyo, tuyo.
Tu

¿Estás segura de que quieres mis Notas de viaje? Yo creo que ahora más valdría que no las leyese. Todo lo que es ajeno al trabajo distrae de él.

115

[Croisset] Una de la noche del viernes [25-26 de marzo de 1853].

[...] De aquí a dentro de unos diez días voy a tener en mi casa cuadros a la manera de Greuze (escenas de interior). Mi madre tiene desde hace veinticinco años una doncella que creía le era muy fiel, etc. Pues se ha dado cuenta de que abusaba, como suelen decir, y que, entre otras cosas, alimentaba casi del todo a un hermano suyo (patán muy poco gracioso, de lo más idiota y de lo más canalla) a nuestra costa. Va a despedirla: la otra no va a querer. Todo esto es abrumador. ¡Y qué baja crápula son todos estos campesinos! ¡Cómo creo en la raza! Pero ya no hay raza. La sangre aristocrática está agotada; sus últimos glóbulos, sin duda, se han coagulado en algunas almas. Si no cambia nada (y es posible), antes de medio siglo quizá Europa languidecerá entre grandes tinieblas, y volverán esas épocas sombrías de la historia, en que nada reluce. Entonces algunos, los puros, éstos conservarán entre ellos, al amparo del viento, oculta, la velita imperecedera, el fuego sagrado en el que vienen a tomar llama todas las iluminaciones y explosiones.

Tu joven inglesa me inspira, sin conocerla, una gran compasión, a causa de todas las decepciones que deben esperarla. Si no es estúpida, terminará por enamorarse de algún intrigante, dueño de un semblante pálido y autor de versos dirigidos a las estrellas comparándolas a mujeres, que se le comerá el dinero, y la dejará después con sus hermosos ojos para que lllore, y su corazón para que sufra. ¡Cuántos tesoros se pierden en la juventud! ¡Y decir que el viento es el único en recoger y llevarse los más bellos suspiros de las almas! Pero ¿hay algo mejor y más dulce que el viento? También yo he sido de una estructura parecida. Era como las catedrales del siglo XV, lanceolado, fulgurante. Bebía sidra en una copa de plata dorada. Tenía una calavera en mi cuarto, sobre la que había escrito: «Pobre cráneo vacío, ¿qué quieres decirme con tu mueca?». Entre el mundo y yo existía no sé que vidriera, pintada de amarillo, con rayas de fuego y arabescos de oro, de forma que todo se reflejaba en mi alma como en las losas de un santuario, embellecido, transfigurado y melancólico no obstante, y allí no moraba sino lo bello. Eran sueños más majestuosos y más elegantes que cardenales con mantos de púrpura. ¡Ah, qué estremecimientos de órgano! ¡Qué himnos! ¡Y qué dulce olor de incienso

que se exhalaba de mil cazoletas siempre abiertas! Cuando sea viejo, me dará calor el escribir todo esto. Haré como los que, antes de partir para un largo viaje, van a despedirse de las tumbas queridas. Yo, antes de morir, visitaré de nuevo mis sueños.

Pues bien, es una suerte tener una juventud semejante, y que nadie te lo agradezca. ¡Si me hubieran amado a los diecisiete años, qué cretino sería ahora! La felicidad es como la sífilis: si se contrae demasiado joven, puede estropear completamente el temperamento.

La *Bovary* sigue renqueando, pero por fin avanza. De aquí a quince días espero haber dado un gran paso. He releído mucho de ella. Su estilo es desigual y demasiado metódico. Se ven demasiado las tuercas que aprietan las tablas de la carena. Habrá que darle holgura. Pero ¿cómo? ¡Qué perro oficio! [...]

116

[Croisset] Domingo a las cuatro [27 de marzo de 1853]. Pascua.

[...] La impresión que te producen mis *Notas de viaje* me ha inspirado extrañas reflexiones, querida Musa, sobre el corazón de los hombres y el de las mujeres. Decididamente, no es el mismo, por mucho que digan.

De nuestro lado está la franqueza, a falta de delicadeza; y no obstante obramos mal, pues esa sinceridad resulta dura. Si yo hubiera omitido al escribir mis impresiones femeninas, nada te habría ofendido. Las mujeres se lo guardan todo en el saco. Jamás se saca de ellas una confidencia íntegra. Lo más que hacen es dejar adivinar, y cuando te cuentan las cosas, lo hacen con tal salsa que la carne desaparece. Pero nosotros, por dos o tres tristes polvos en que no había corazón, ¡el suyo se pone a gemir! ¡Qué extraño! ¡Qué extraño! Me estrujo los sesos tratando de entender todo eso, y sin embargo, he pensado mucho en ello durante mi vida. En fin (y aquí hablo con tu cerebro, querida y bondadosa mujer), ¿por qué ese monopolio del sentimiento? ¿Estás celosa de la arena en que he apoyado los pies, sin que me haya entrado un solo grano en la piel, mientras que yo llevo en el corazón una ancha muesca hecha por ti? Habrías querido que mi pluma mencionase tu nombre con más frecuencia. Pero advierte que no he escrito ni un solo comentario. Sólo formulaba del modo más corto posible lo indispensable, es decir, la sensación, y no el sueño, ni el pensamiento. Pues bien, tranquilízate, he pensado con frecuencia en ti, a menudo, muy a menudo. Si antes de partir no fui a decirte adiós, ¡es porque estaba ya de sentimientos hasta las orejas! De ti me había quedado una gran acritud; me habías irritado largamente, prefería no volverte a ver, aunque hubiese tenido ganas muchas veces. La

carne me llamaba, pero los nervios me retenían. Y de todo esto salía una ternura que, alimentándose del recuerdo, no necesitaba expansión. Me había prometido abstenerme de ti, tan violentos e incompatibles eran los sentimientos que había experimentado hacia ti. La batalla era demasiado ruidosa. Yo había desertado la plaza, es decir, que había encerrado todo esto bajo llave para no volver a oír hablar de ello, y solamente contemplaba de vez en cuando tu querida imagen, tu hermosa y buena cara, por un tragaluz de mi corazón que había quedado abierto. Y además, siempre he odiado las cosas solemnes. Nuestra despedida lo habría sido. Soy supersticioso al respecto. Nunca, antes de ir a batirme en duelo, si voy, haré testamento; todos estos actos serios traen la desgracia. Además, huelen a colgaduras. A la vez me dan miedo y me fastidian. Así que, cuando dejé a mi madre, asumí de inmediato mi papel de viajero. Todo quedaba atrás, me había marchado. Entonces, durante cuatro o cinco días en París, la corrí como un marinero. Y cuando desapareció Francia de mi vista, detrás de las islas de Hyères, estaba menos emocionado y menos pensativo que las tablas del barco que me transportaba. Tal es la psicología de mi partida. No la disculpo, la explico.

En cuanto a Ruchuck-Hánemam, cálmate y rectifica a la vez tus ideas orientales. Convéncete de que ella no sintió nada en absoluto; en lo moral, respondo de ello, e incluso en lo físico, lo dudo mucho. Nos consideró muy buenos *cawadja* (señores) porque le dejamos bastantes piastras, eso es todo. La obra de Bouilhet es muy hermosa, pero es poesía y nada más. La mujer oriental es una máquina, y nada más; no hace ninguna diferencia entre un hombre y otro. Fumar, ir al baño, pintarse los párpados y beber café, tal es el círculo de ocupaciones en el que gira su existencia. En cuanto al goce físico, también él debe de ser muy ligero, puesto que les cortan de muy jóvenes el famoso botón que es la sede de tal goce. Y eso es lo que hace tan poética desde cierto punto de vista a esta mujer: encaja absolutamente en la naturaleza.

He visto bailarinas cuyos cuerpos se balanceaban con la regularidad o la furia insensible de una palmera. Ese ojo tan lleno de profundidades, y en el que hay espesores de matices, como en el mar, no expresa nada sino la calma, la calma y el vacío, como el desierto. Los hombres son iguales. ¡Cuántas cabezas admirables que parecen hacer rodar, por dentro, los más grandes pensamientos del mundo! Pero golpeadlas, y no saldrá de ellas más que de una jarra sin cerveza o de un sepulcro vacío.

¿De qué depende, pues, la majestuosidad de sus formas, de dónde resulta? Quizá de la ausencia de toda pasión. Tienen esa belleza de los toros que rumian, de los lebreles que corren, de las águilas que planean.

El sentimiento de la fatalidad que los llena, la convicción de la nada del hombre da así a sus actos, a sus posturas, a sus miradas, un carácter grandioso y resignado. Las prendas flojas y que se prestan a todos los movimientos están siempre en relación con las funciones del individuo por su línea, con el cielo por su color, etc., y además, ¡el sol!, ¡el sol! ¡Y un inmenso hastío que lo devora todo! Cuando componga poesía oriental (pues yo también lo haré, ya que está de moda y todo el mundo la compone), eso es lo que trataré de destacar. Hasta ahora se ha comprendido Oriente como algo que reluce, aullante, apasionado, entrecortado. No se ha visto en él más que bayaderas y sables curvos, fanatismo, voluptuosidad, etc. En pocas palabras, no se ha pasado de Byron. Yo lo he sentido de modo distinto. Lo que me gusta, al contrario, en Oriente, es esa grandeza que se ignora a sí misma, y esa armonía de cosas heterogéneas. Recuerdo a un bañero que tenía en el brazo izquierdo un brazalete de plata, y en el otro una úlcera. Ése es el Oriente auténtico, y por ello poético: bribones con harapos de pasamanería y completamente cubiertos de parásitos. Dejad en paz los parásitos: al sol, trazan arabescos de oro. Me dices que las chinches de Ruchuck-Hánem la degradan, para ti; a mí eso es lo que me encantaba. Su olor nauseabundo se mezclaba con el perfume de su piel chorreante de sándalo. Quiero que haya una amargura en todo, una eterna pitada en medio de nuestros triunfos, y que la propia desolación esté en el entusiasmo. Eso me recuerda a Jaifa, donde al entrar yo aspiraba a la vez el olor de los limoneros y el de los cadáveres; el cementerio destrozado dejaba ver los esqueletos medio podridos, mientras que los arbustos verdes balanceaban por encima de nuestras cabezas sus frutos dorados. ¿No sientes lo completa que es esa poesía, y que es la gran síntesis? Todos los apetitos de la imaginación y del pensamiento se sacian a la vez en ella; no deja nada tras de sí. Pero la gente de gusto fino, la gente de embellecimiento, de purificaciones, de ilusiones, los que hacen manuales de anatomía para señoras, ciencia al alcance de todos, sentimientos coquetones y arte amable, cambian, raspan, quitan, ¡y se pretenden clásicos, los desgraciados! ¡Ah, como querría ser un sabio! Haría un hermoso libro con este título: *De la interpretación de la Antigüedad*. Pues estoy seguro de hallarme en la tradición; lo que yo añado es el sentimiento moderno. Pero, una vez más, los antiguos no conocían ese pretendido género noble; para ellos no había nada que no pudiera decirse. En Aristófanes cagan en el escenario. En el *Ajax* de Sófocles, la sangre de los animales degollados corre en torno a Ajax, que llora. ¡Y pensar que se consideró atrevido a Racine por haber puesto perros! Ciertamente es que los había realzado como

devorantes... Tratemos, pues, de ver las cosas como son, sin querer ser más ingeniosos que Dios nuestro señor. Antes se creía que sólo la caña daba azúcar. Ahora el azúcar se obtiene casi de todo; lo mismo sucede con la poesía. Saquémosla de cualquier cosa, pues yace en todo y por doquier: no hay un átomo de materia que no contenga el pensamiento; y hemos de acostumbrarnos a considerar el mundo como una obra de arte cuyos procedimientos hemos de reproducir en nuestras obras.

Vuelvo a Ruchuck. Somos nosotros quienes pensamos en ella, pero ella apenas piensa en nosotros. Hacemos estética a su cuenta, mientras que ese famoso viajero tan interesante, que recibió los honores de su lecho, ha desaparecido totalmente de su recuerdo, como muchos otros. ¡Ay! El viajar vuelve modesto; se ve qué lugar tan pequeño ocupamos en el mundo.

Una ligera consideración más sobre las mujeres, antes de charlar de otra cosa (a propósito de las mujeres orientales). La mujer es un producto del hombre. Dios creó a la hembra, y el hombre hizo a la mujer; es el resultado de la civilización, una obra ficticia. En los países en que toda cultura intelectual es nula, ella no existe (pues es una obra de arte, en el sentido humanitario; ¿será por eso por lo que todas las grandes ideas generales han sido simbolizadas en femenino?). ¡Qué mujeres eran las cortesanas griegas! Pero ¡qué arte era el arte griego! ¿Qué debía ser una criatura educada para contribuir a los placeres completos de un Platón o de un Fidias?

Tú no eres una mujer, y si te he amado más, y sobre todo más profundamente que a cualquier otra, es porque me ha parecido que eras menos mujer que las demás. Todas nuestras diferencias siempre han venido únicamente de ese aspecto femenino. Medita al respecto, verás si me equivoco. Querría que conservásemos nuestros dos cuerpos, y no ser más que un mismo espíritu. No quiero de ti, como mujer, más que la carne. Que todo el resto, pues, sea mío, o mejor sea yo, de la misma pasta y la pasta misma. Comprenderás que esto no es amor, sino algo más elevado, me parece, puesto que este deseo del alma es para ella casi una necesidad misma de vivir, de dilatarse, de ser mayor. Todo sentimiento es una extensión. Por eso la libertad es la más noble de las pasiones.

Releemos a Ronsard, y cada vez con mayor entusiasmo. Cualquier día haremos de él una edición; esta idea, que es de B[ouilhet], me es muy simpática. Hay cien hermosuras, mil, cien mil, en los poemas completos de Ronsard, que es preciso dar a conocer, y además siento la necesidad de leerlo y releerlo en una edición cómoda. Escribiría un prefacio. Con el que pienso escribir para la *Melanis* y el cuento chino, reunidos en un tomo, y además el de mi *Diccionario de ideas recibidas*, podré más o menos soltar

lo que tengo sobre la conciencia en cuanto a ideas críticas. Me sentará bien, y me impedirá frente a mí mismo agarrar nunca pretexto alguno para polemizar. En el prefacio de R[onsard] trazaré la historia del sentimiento poético en Francia, exponiendo lo que por ello se entiende en nuestro país, la medida que le es precisa, la calderilla que necesita. En Francia se carece totalmente de imaginación. Si se quiere hacer tragar poesía, hay que ser lo bastante hábil para disfrazarla. Luego, en el prefacio del libro de B[ouilhet], volvería a tomar esta idea, o más bien la prolongaría y haría ver cómo es aún posible un poema épico, si quiere uno librarse de cualquier intención de escribir uno. Para terminar, algunas consideraciones sobre lo que puede ser la literatura del porvenir.

La *Bovary* no va ligera: ¡dos páginas en una semana! A veces es como para romperse la crisma de puro desánimo, si puede uno expresarse así. Ah, lo conseguiré, lo conseguiré, pero será duro. Lo que resultará el libro, lo ignoro; pero respondo de que se escribirá, salvo que esté completamente equivocado, cosa que es posible.

Mi tortura para escribir ciertas partes viene del fondo (como siempre). A veces es tan sutil que a mí mismo me cuesta entenderme. Pero esas ideas son las que hay que volver más claras, precisamente debido a eso. Además, decir limpia y llanamente cosas vulgares es algo atroz. [...]

He leído esta mañana unos fragmentos de la comedia de Augier. ¡Qué antipoeta, ese chico! ¿Para qué utilizar versos en ideas semejantes? ¡Qué arte tan falso y qué ausencia de forma auténtica, esa pretendida forma exterior! Es que esos tipos se aferran a la antigua comparación: la forma es un vestido. ¡No, señor! La forma es la carne misma del pensamiento, como el pensamiento es su alma, su vida.

Cuanto más anchos sean los músculos de tu pecho, más a gusto respirarás.

Serías muy amable si nos mandases para el sábado próximo el volumen de Leconte: así lo leeríamos el domingo que viene. Tengo simpatía a ese muchacho. ¡Aún hay gente decente, hay corazones convencidos! Todo parte de ahí, de la convicción. Si la literatura moderna fuese solamente moral, se haría fuerte. Con moralidad desaparecerían el plagio, el pastiche, la ignorancia y las pretensiones exorbitantes. La crítica sería útil y el arte ingenuo, ya que entonces sería una necesidad, y no una especulación.

Me parece estar, pobre alma mía, triste, cansada, desanimada. La vida pesa mucho a quienes tienen alas; cuanto mayores son las alas, más dolorosa es la envergadura. Los canarios enjaulados dan saltitos, están alegres; pero las águilas tienen un aire sombrío porque se les rompen las plumas contra los barrotes. Y todos somos más o menos águilas o

canarios, loros o buitres. La dimensión de un alma puede medirse por su sufrimiento, igual que se calcula la profundidad de los ríos por su corriente.

Todo esto son palabras; comparación no es razón, ya lo sé. Pero ¿con qué nos consolaríamos de no ser con palabras? No, endurécete, piensa en los asombrosos progresos que haces, en las transformaciones de tu verso, que tan a menudo resulta pleno y grande. Este año has escrito una cosa completa muy hermosa, *La campesina*, y otra llena de bellezas, *La Acrópolis*. Medita sobre tu drama. Tengo el presentimiento de que lo harás con éxito. Será estrenado y aplaudido, verás. ¡Camina, venga, no mires hacia atrás ni hacia adelante; pica piedras como un peón, con la cabeza gacha, latiéndote el corazón, siempre, siempre! Si se detiene uno, fatigas increíbles y vértigos y desánimos le harían morir. El año que viene tendremos buenos ratos de ocio juntos, buenas charlas mezcladas con toda clase de caricias.

Cuanto más dificultades experimento para escribir, más crece mi audacia (eso es lo que me preserva del pedantismo, en el que caería sin duda). Tengo proyectos de obras hasta el final de mi vida, y si a veces tengo momentos agrios que me hacen casi gritar de rabia, hasta tal punto siento mi impotencia y mi debilidad, hay otros también en que me cuesta contenerme de alegría. Algo profundo y extralujoso desborda de mí a chorros precipitados, como una eyaculación del alma. Me siento transportado y todo ebrio de mi propio pensamiento, como si me llegase, por un tragaluz interior, una bocanada de perfumes cálidos. Nunca llegaré muy lejos, pues sé todo lo que me falta. Pero la tarea que emprendo será ejecutada por otro. Habré puesto en el camino a alguien mejor dotado y con más virtudes innatas. Querer dar a la prosa el ritmo del verso (dejándola prosa, y muy prosa) y escribir la vida ordinaria como se escribe la historia o la epopeya (sin desvirtuar el tema) es quizá un absurdo. Eso es lo que a veces me pregunto. ¡Pero quizá es también un gran intento, y muy original! Siento muy bien en qué fallo. (¡Ay, si tuviera quince años!) No importa, siempre habré valido algo por mi tozudez. Además, ¿quién sabe? A lo mejor encontraré un día un buen motivo, un aire que corresponda del todo a mi voz, ni por encima ni por debajo. En fin, en todo caso me habré pasado la vida de un modo noble y a menudo delicioso.

Hay una frase de La Bruyère a la que me atengo: «Un buen autor cree escribir razonablemente». Eso es lo que pido, escribir razonablemente, y ya es mucha ambición. Sin embargo, hay una cosa triste, y es ver cómo los grandes hombres alcanzan fácilmente el efecto al margen del Arte mismo. ¿Hay algo peor construido que muchos fragmentos de Rabelais, Cervantes, Molière y Victor Hugo? Pero ¡qué súbitos puñetazos! ¡Qué

potencia, por decirlo brevemente! Nosotros tenemos que apilar una sobre otra un montón de piedrecitas para hacer nuestras pirámides, que no llegan a la centésima parte de las suyas, que son de un solo bloque. Pero querer imitar los procedimientos de esos genios sería perderse. Son grandes, al contrario, porque no tienen procedimientos. Hugo tiene muchos, y eso es lo que le disminuye. No es variado, está constituido más en altura que en extensión. [...]

Me hablas de los murciélagos de Egipto, que, a través de sus alas grises, dejan ver el azul del cielo. Hagamos, pues, como hacía yo; a través de los horrores de la existencia, contemplemos siempre el gran azul de la poesía, que está por encima y permanece en su sitio, mientras todo cambia y todo pasa. [...]

117

[Croisset] Jueves, cuatro y media [31 de marzo de 1853].

Llego de Ruán, a donde había ido para que me arrancaran una muela (que no se ha sacado). Mi dentista me ha aconsejado esperar. No obstante, creo que de aquí a pocos días tendré que desprenderme de uno de mis piños. Envejezco, las muelas se van, y los cabellos pronto se habrán ido. ¡En fin!, con tal que quede el cerebro, es lo principal. ¡Cómo nos invade la nada! Apenas nacidos, la corrupción empieza en nosotros, de modo que toda la vida no es más que un largo combate que ella nos libra, y cada vez más victorioso para ella hasta la conclusión, la muerte. Ahí la corrupción reina en exclusiva. No tuve más que dos o tres años en que estuve entero (de los diecisiete a los diecinueve años, más o menos). Era espléndido, ahora puedo decirlo, y lo bastante como para atraer las miradas de un teatro entero, como me ocurrió en Ruán en el estreno de *Ruy Blas*. Pero desde entonces me he deteriorado furiosamente. Hay mañanas en que me doy miedo a mí mismo, tantas son mis arrugas y tan gastado mi aspecto. Ay, pobre Musa, en aquella época es cuando tenías que haber venido. Pero semejante amor me habría vuelto loco; más aún, imbécil de orgullo. Incluso si conservo de mí un foco cálido, es porque he tenido cerradas durante mucho tiempo mis bocas de calor. Todo lo que no he utilizado puede servir. Me queda bastante corazón para alimentar todas mis obras. No, no lamento nada de mi juventud. ¡Me aburría atrozmente! ¡Soñaba con el suicidio! Me devoraba con toda clase de melancolías posibles. Mi enfermedad nerviosa me hizo bien; trasladó todo eso al elemento físico y me dejó la cabeza más fría, además de hacerme conocer fenómenos psicológicos curiosos de los que nadie tiene idea, o más bien que nadie ha sentido. Algún día me vengaré de ella utilizándola en un libro

(esa novela metafísica y de apariciones de la que te he hablado). Pero como es un tema que me da miedo, sanitariamente hablando, hay que esperar a que me encuentre lejos de esas impresiones para poder dármelas ficticiamente, idealmente, y así sin peligro alguno para mí y para la obra.

Ésta es mi opinión sobre tu idea de una revista: todas las revistas del mundo han tenido la intención de ser virtuosas, ninguna lo ha sido. La propia *Revue de Paris* (en proyecto) tenía las ideas que expones y estaba muy decidida a seguirlas. Uno se promete ser casto, se es un día, dos, y luego..., y luego..., ¡la naturaleza! ¡Las consideraciones secundarias! ¡Los amigos! ¡Los enemigos! ¿Acaso no hay que dar jabón a unos, aplastar a los otros? Incluso admito que durante algún tiempo se respete el programa, pero entonces el público se aburre, las suscripciones no llegan. Luego te dan consejos al margen de tu camino, se sigue para probar y se continúa por hábito. Finalmente, no hay nada tan pernicioso como poder decirlo todo y tener un vertedero cómodo. Uno se vuelve muy indulgente para consigo mismo, y los amigos, con el fin de que lo seas para ellos, lo son para ti. Y así se hunde uno en el agujero, con la mayor ingenuidad del mundo. Una revista modelo sería una hermosa obra y no exigiría menos que todo el tiempo de un hombre genial. El puesto de director de una revista debería ser el de un patriarca, tendría que ser un dictador, con gran autoridad moral adquirida mediante sus obras. Pero la comunidad no es posible, porque se cae en seguida en el estropicio. Se charla mucho, se gasta todo el talento en hacer rebotes sobre el río con calderilla, mientras que con más economía se habrían podido comprar más tarde hermosas granjas y buenos castillos.

Lo que me dices lo decía Du Camp; ve lo que han hecho. No nos creamos más fuertes que ellos, pues han fracasado, como fracasaríamos, por inercia, y en virtud del propio declive de la cosa. En fin, un periódico es una tienda. Desde el momento en que es una tienda, el libro puede más que los libros, y la cuestión de clientela acaba tarde o temprano por dominar todas las demás. Ya sé que no se puede publicar en ninguna parte, a estas alturas, y que todas las revistas existentes son putas infames que se hacen las coquetas. Llenas de sífilis hasta la médula, refunfuñan a abrirse de muslos ante las sanas creaciones, acuciadas por la necesidad. Pues bien, hay que hacer lo que tú haces, publicar en forma de libro, es más valiente, y estar solo. ¿Qué necesidad hay de engancharse a la misma lanza que los demás y entrar en una compañía de diligencias cuando se puede seguir siendo caballo de tálburi? Por lo que a mí respecta, me pondré muy contento si esa idea se realiza. Pero en cuanto a formar parte

efectivamente de cualquier cosa en este bajo mundo, ¡no, no y mil veces no! No quiero ser miembro de una revista, un círculo o una academia, como no quiero ser concejal u oficial de la guardia nacional. Además, habría que juzgar, ser crítico; y eso me parece innoble en sí, una tarea que hay que dejar a los que no tienen otra. Por lo demás, mira, sería un buen negocio y deseo que salga bien. Por supuesto que yo podría beneficiarme con ello y no es el aspecto personal lo que me hace hablar, sino más bien el lado estético e instintivo, moral.

El señorito De Lisie me agrada por lo que me dices de él. Me gustan los tipos tajantes y energúmenos. Sin fanatismo no se hace nada grande. El fanatismo es la religión, y los filósofos del siglo XVIII, mientras gritaban contra el uno, derribaban la otra. El fanatismo es la fe, la fe misma, la fe ardiente, la que hace obras y actúa. La religión es un concepto variable, un asunto de invención humana, una idea, en fin; lo otro, un sentimiento. Lo que ha cambiado en la tierra son los dogmas, las historias de Visnú, Ormuz, Júpiter, Jesucristo. Pero lo que no ha cambiado son los amuletos, los manantiales sagrados, los exvotos y demás, los brahmanes, los santones, los ermitaños, la creencia, en fin, en algo superior a la vida y la necesidad de ponerse bajo la protección de esa fuerza. También en el Arte el fanatismo es el sentimiento artístico. La poesía no es más que una manera de percibir los objetos exteriores, un órgano especial que tamiza la materia y que la transfigura sin cambiarla. Pues bien, si ves exclusivamente el mundo a través de esa lente, el mundo se teñirá de su color, y las palabras para expresar tu sentimiento se hallarán, pues, en una relación fatal con los hechos que lo hayan suscitado. Para hacer bien una cosa, es preciso que entre en tu constitución. Un botánico no ha de tener las manos, ni los ojos, ni la cabeza, hechos como los de un astrónomo, y no debe ver los astros sino en función de las hierbas. De esta combinación de lo innato y la educación resulta el tacto, la agudeza, el gusto, el brote de inspiración, la iluminación, en suma. ¡Cuántas veces he oído decir a mi padre que adivinaba enfermedades sin saber por qué ni en virtud de qué razones! Así, el mismo sentimiento que le hacía instintivamente concluir el remedio debe hacernos dar con la palabra. No se llega a ese grado más que cuando se ha nacido, primero, para el oficio, y se ha ejercido después con encarnizamiento durante mucho tiempo.

Nos asombramos ante los tipos del siglo de Luis XIV, pero no eran hombres de un genio enorme. Al leerlos no se tiene ninguno de esos asombros que te hacen creer que haya en ellos una naturaleza más que humana, como cuando lees a Homero, a Rabelais y sobre todo a Shakespeare, no. Pero ¡qué conciencia! ¡Cómo se esforzaron en hallar

expresiones exactas para sus pensamientos! ¡Qué trabajo! Qué tachaduras! ¡Cómo se consultaban unos a otros! ¡Cómo sabían latín! ¡Qué despacio leían! Por eso toda su idea está expresada, la forma está llena, repleta y provista de cosas hasta hacerla reventar. Y no hay grados: lo que es bueno vale tanto como lo que es bueno. La Fontaine vivirá tanto como el Dante, y Boileau tanto como Bossuet, o incluso como Hugo.

¿Sabes que acabas excitándome con tu inglesa? ¡Pero si es una hica encantadora! Sus declamaciones dramáticas furibundas me agradan mucho. Me dices que es una aristócrata. Mejor, no es algo que le sea dado a todo el mundo. ¿Acaso no somos también aristócratas nosotros, de la peor o de la mejor especie? La única estupidez es el querer serlo. Yo odio a la multitud, al rebaño. Siempre me parece o estúpido o infame por su atrocidad. Por eso las generosidades colectivas, las caridades filantrópicas, suscripciones, etc, me son antipáticas. Desnaturalizan la limosna, es decir, el enternecimiento de hombre a hombre, la comunión espontánea que se establece entre el que suplica y tú. La muchedumbre nunca me ha gustado, salvo los días de motín, ¡y aún! Si viéramos el fondo de las cosas... Hay muchos cabecillas dentro, hay instigadores. A lo mejor es más artificial de lo que pensamos. No importa, en esos días hay un gran aliento en el ambiente. Se siente uno embriagado por una poesía humana tan amplia como la de la naturaleza, y más ardiente.

Otro asunto. Tuvimos antes como criado a un pobre diablo que es ahora cochero de fiacre (se había casado con la hija de ese portero del que te hablé, que recibió el premio Montyon, mientras que su mujer había sido condenada a galeras por robo, y el ladrón era él, etc.); en suma, ese desdichado Luis tiene o cree tener la solitaria. Habla de ella como de una persona animada que le comunica y le expresa su voluntad, y, en boca suya, ella designa siempre a ese ser interior. A veces le vienen repentinos antojos y los atribuye a la solitaria: «Ella quiere eso», e inmediatamente Luis obedece. Hace poco, ella quiso comerse por valor de treinta sueldos de bollos; otra vez, ella necesita vino blanco y al día siguiente ella se indignaría si se lo diesen tinto (textual). Ese pobre hombre ha terminado por rebajarse, en su propia opinión, al nivel mismo de la solitaria; son iguales, y libran entre ellos un combate encarnizado. «Señora (decía él hace poco a mi cuñada), esa bribona no me puede ver; es un duelo, se da usted cuenta, se burla de mí; pero me vengaré. Uno de nosotros dos tendrá que quedarse en el sitio.» Pues bien, es él, el hombre, quien se quedará en el sitio, o más bien quien se lo cederá a la solitaria, pues para matarla y acabar con ella se tragó últimamente una botella de vitriolo, y en este momento, por consiguiente, está en las últimas. No sé si notas todo lo

que hay de profundo en esta historia. ¿Te imaginas a este hombre acabando por creer en la existencia casi humana, consciente, de algo que quizá no es en él sino una idea, y convertido en el esclavo de su solitaria? A mí me parece vertiginoso. ¡Qué extraños son los cerebros humanos!

Vuelvo a la revista. Si tuviese mucho tiempo y dinero que perder, no pediría otra cosa sino enredarme con una revista durante algún tiempo. Pero así es como entendería yo la cosa: se trataría de ser sobre todo audaz y de una independencia a ultranza; querría no tener ni un amigo, ni un favor que hacer. Respondería con la espada a todos los ataques de mi pluma; mi periódico sería una guillotina. Querría espantar a todas las gentes de letras con la verdad misma. Pero ¿para qué? Más vale trasladar todo esto a una obra larga; y además, establecerse como árbitro de lo bello y lo feo me parece un papel odioso. ¿A qué conduce eso si no es a presumir?

En este momento estoy leyendo para mi *Bovary* un libro que tuvo bastante fama a principios de siglo, De los errores y prejuicios extendidos en la sociedad, por Salgues. Ex-redactor del *Mercure*, este Salgues había sido en Sens el director del colegio de mi padre. Éste lo quería mucho, y frecuentaba en París su salón, donde se recibía a los grandes hombres y a las grandes zorras de la época. Yo siempre le había oído ensalzar ese libro. Como necesitaba algunos prejuicios para el momento, me puse a hojearlo. ¡Dios mío, qué débil, qué ligero, sobre todo ligero! Nos hemos vuelto muy graves nosotros, ¡¡¡y qué estúpido nos parece el ingenio!!! Este libro está lleno de ingenio. Pero en temas semejantes ahora tenemos instintos históricos que no se acomodan a las bromas, y un hecho curioso nos interesa más que un razonamiento o una jovialidad. Nos parece muy infantil el declamar contra los brujos o la varita adivinatoria. Lo absurdo no nos resulta chocante en absoluto; sólo queremos que se exponga, y en cuanto a combatirlo, ¿por qué no combatir a su contrario, que es tan idiota como él, u otro tanto?

Así, hay una multitud de temas que me fastidian igualmente, los coja por el extremo que los coja (y es que, sin duda, una idea no debe cogerse por su extremo, sino por el medio). Estoy igual de irritado con que se hable bien o mal de Voltaire, del magnetismo, Napoleón, la revolución, el catolicismo, etc. La conclusión, la mayor parte de las veces, me parece una declaración de estupidez. Eso tienen de hermoso las ciencias naturales, no quieren demostrar nada. Por eso, ¡qué amplitud de hechos y qué inmensidad para el pensamiento! Hay que tratar a los hombres como a mastodontes y cocodrilos. ¿Se excita alguien a propósito del cuerno de unos y de la mandíbula de los otros? Mostradlos, disecadlos, metedlos en

frascos, eso es todo; pero apreciarlos, no. Pero ¿quiénes sois vosotros mismos, sapitos?

Creo que te he dado mis *Notas de Italia*. No llevaba diario. Solamente tomé notas sobre los museos y algunos monumentos, debes de tenerlo todo. Dices que Du Camp me creía muerto; otros habrían podido creerlo. Tengo enroscamientos tan profundos que desaparezco en ellos, y todo lo que trata de hacerme salir de ahí me hace sufrir. Sobre todo me ocurre ante la naturaleza, y entonces no pienso en nada, quedo petrificado, mudo y muy tonto. Así estaba al ir a La Roche-Guyon, y tu voz que me interpelaba a cada minuto y sobre todo tus toques en el hombro para solicitar mi atención, me causaban un dolor real. ¡Cómo tuve que aguantarme para no mandarte a paseo de la manera más brutal! A menudo estuve en dicho estado mientras viajaba. [...]

118

[Croisset] Medianoche del miércoles [6 de abril de 1853].

¡Llevo tres días repantigándome en todos mis muebles y en todas las posturas posibles para hallar qué decir! Hay momentos crueles en que se rompe el hilo, en que la bobina parece devanada. Esta noche, sin embargo, empiezo a ver claro. Pero ¡cuánto tiempo perdido! ¡Qué despacio voy! Y ¿quién se dará cuenta alguna vez de las profundas combinaciones que me habrá exigido un libro tan sencillo? ¡Qué mecánica supone lo natural, y cuántas artimañas hacen falta para ser auténtico! ¿Sabes, querida Musa, cuántas páginas he escrito desde Año Nuevo? Treinta y nueve. ¿Y desde que te dejé? Veintidós. Ya querría haber terminado por fin este endemoniado movimiento con el que estoy desde el mes de septiembre, antes de moverme (será el final de la primera parte de mi segunda parte). Para eso me quedan unas quince páginas. Cuánto te deseo, y cuántas ganas tengo de llegar a la conclusión de este libro, que bien podría ser, a la larga, acarrear la mía. Tengo ganas de verte con frecuencia, de estar contigo. A menudo pierdo el tiempo soñando con mi alojamiento de París y cómo te leeré la *Bovary*, y las veladas que pasaremos allí. Pero es una razón para seguir, como lo hago, sin perder un minuto y apresurándome con un ardor paciente. Lo que me hace avanzar tan despacio es que nada en este libro está sacado de mí mismo; nunca me habrá sido más inútil mi personalidad. Quizá podré más adelante escribir cosas más fuertes (así lo espero), pero me parece difícil que componga una más hábil. Todo es cerebral. Si falla, siempre habrá sido un buen ejercicio. Lo que para mí es natural es lo no-natural para los demás, lo extraordinario, lo fantástico, el griterío metafísico, mitológico.

San Antonio no me exigió ni la cuarta parte de tensión de espíritu que me provoca la *Bovary*. Era un vertedero; no sentí más que placer escribiendo, y los dieciocho meses que pasé redactando sus quinientas páginas fueron los más profundamente voluptuosos de toda mi vida. Juzga tú misma: a cada minuto he de meterme en pellejos que me son antipáticos. ¡Llevo seis meses dedicándome al amor platónico, y en este momento me exalto católicamente al son de las campanas, y tengo ganas de ir a confesarme!

Me preguntas dónde me alojaré. No lo sé. Soy muy raro al respecto. Dependerá absolutamente de la ocasión, del piso. Pero no me instalaré más abajo de la calle de Rivoli, ni más arriba que el bulevar. Quiero sol, una calle hermosa y una escalera ancha. Trataré de no estar lejos de ti ni de Bouilhet, que se marcha definitivamente en septiembre. Escribirá su drama en París, así que no puedo darte ninguna respuesta clara a este respecto. Sé muy bien qué calles y qué barrios no quiero, eso es todo. Ayer recibí el *Libro póstumo* con esta dedicatoria: «Recuerdo de amistad». Al momento le contesté con una nota de agradecimiento, diciéndole que, en cuanto a formular un juicio, me abstenía, porque temía que se equivocase sobre mi pensamiento, al no poder hacerle entender claramente mi opinión en unas líneas, y que el diálogo sería más cómodo para eso. Así, le he devuelto la cortesía sin comprometerme ni mentir. Si quiere mi opinión y me la pide, se la daré clara y sinceramente, te doy mi palabra; pero se guardará muy bien de tal aventura. [...]

He leído a Leconte. Me gusta mucho ese tipo, tiene mucho aliento, es un puro. Su prefacio habría exigido cien páginas de disertación, y creo que es falso en el propósito. No hay que volver a la Antigüedad, sino adoptar sus procedimientos. Que todos seamos salvajes tatuados desde Sófocles, es posible. Pero en el Arte hay otra cosa además de la rectitud de las líneas y lo pulido de las superficies. La plástica del estilo no es tan amplia como la idea entera, ya lo sé. Pero ¿de quién es la culpa? De la lengua. Tenemos demasiadas cosas y no bastantes formas. De ahí viene la tortura de los concienzudos. Sin embargo, hay que aceptarlo todo e imprimirlo todo, y sobre todo tomar el punto de apoyo en el presente. Por eso creo que *Los fósiles* de Bouilhet son una cosa fuerte. Él camina por la vía de la poesía del futuro. La literatura adoptará cada vez más los aires de la ciencia; será ante todo expositiva, lo que no significa didáctica. Hay que pintar cuadros, mostrar a la naturaleza tal como es, pero cuadros completos, pintar lo de abajo y lo de arriba.

Hay una hermosa bronca para los artistas modernos en este prefacio, y en el libro dos magníficos poemas (manchas aparte): *Dies irae* y *Mediodía*. Él sabe lo que es un buen verso, pero el buen verso está diseminado, el

tejido flojo en general, la composición de los poemas poco apretada. Hay más elevación de espíritu que continuidad y profundidad. Es más idealista que filósofo, más poeta que artista. Pero es un auténtico poeta y de noble raza. Lo que le falta es haber estudiado bien el francés, quiero decir, conocer a fondo las dimensiones de su herramienta y todos sus recursos. No ha leído bastantes clásicos en su lengua. Carece de rapidez y de claridad, y le falta la facultad de hacer ver; el relieve está ausente, el propio color tiene una especie de tono gris. Pero ¡grandeza, grandeza! ¡Y lo que vale más que todo, aspiración! Su himno védico a Sūrya es hermosísi-mo-¿Qué edad tiene?

Lamartine se muere, dicen. No lloro por él (no conozco nada suyo que valga el *Mediodía* de Leconte). No, no tengo simpatía alguna por este escritor sin ritmo, por este hombre de Estado sin iniciativa. A él debemos todos los aburrimientos azulados del lirismo tísico, y a él tenemos que agradecer el Imperio: es un hombre que va a los mediocres, y que los ama. Bouilhet le había enviado *Meltenis* más o menos a la vez que uno de sus alumnos —suyos, de Bouilhet— le había mandado una obra en verso detestable, estúpida (llena de faltas de prosodia), pero en alabanza del antedicho gran hombre, que contestó al mocoso con una carta espléndida, y ni palabra a Bouilhet. ¡Ya ves lo que hizo para tu número! Además, un hombre que compara a Fénelon con Homero, que no aprecia los versos de La Fontaine, es considerado hombre de letras. De Lamartine no quedará con que hacer medio tomo de obras sueltas. Es una mente eunuca, le faltan cojones, nunca ha meado otra cosa sino agua clara.

A pesar de mi satisfacción ante el libro de Leconte, he vacilado en escribirle. ¡Sienta tan bien encontrar a alguien que ame el Arte y por el Arte! Pero he pensado: ¿para qué? Uno siempre se ve engañado por todos esos buenos impulsos. Además, no comparto enteramente sus ideas teóricas, aunque sean las mías, pero exageradas. Es como lo del tío Hugo; vacilé en escribirle a propósito de nada, por necesidad. Allá, me parece hermosísimo. Me había puesto su dirección al final de su notita. ¿Era una manera de decir «escribame, que me halagará»? Pero me acarrearía tanto estilo pomposo en señal de agradecimiento, que en tu carta me harás solamente el favor de decirle que estoy del todo a su disposición, etc., y que envíe sus cartas a Londres. [...]

119

Domingo, seis de la tarde [10 de abril de 1853].

[...] ¡Dios, como me fastidia mi *Bovary*! A veces llego a la convicción de que es imposible escribir. Tengo que hacer un diálogo entre mi mujercita y

un cura, diálogo chabacano y tosco, y como el fondo es vulgar, tanto más limpio ha de ser el lenguaje. Me faltan la idea y las palabras. No tengo más que el sentimiento. No obstante, Bouilhet pretende que mi plan es bueno, pero yo me siento aplastado. Después de cada párrafo, espero que el resto irá más aprisa, ¡y me llegan nuevos obstáculos! En fin, esto terminará un día u otro. [...]

120

[Croisset] Miércoles, doce y media de la noche [13-14 de abril de 1853].

[...] No, no me debes todo el agradecimiento que me dedicas. Si supieras usar tus medios, podrías hacer cosas maravillosas. Eres una naturaleza virgen, y tus árboles gigantescos están atestados de malezas. En esta *Campesina*, por ejemplo, no hay ni una intención que sea mía. ¿Cómo es posible que yo haya desarrollado en ella muchos efectos nuevos? Quitando todo lo que impedía que se viesen. Yo los veía; estaban ahí. Lo que constituye la fuerza de una obra es el empalme, como se dice vulgarmente, es decir, una larga energía que corre de un extremo a otro y que no flaquea.

Eso es lo que ha querido decir Villemain al opinar que no eran versos de mujer. Vamos, fíate de mí, y te juro que no habrá ni un hemistiquio flojo en todo tu drama, y que, en cuanto al estilo, podemos dejar con la boca abierta a todos esos machos de bragueta tan ligera.

Solamente con suponer que se haya nacido con una vocación mediocre (y si con eso se admite algo de juicio), ¿cómo no pensar que debe llegarse al fin, a fuerza de estudio, de tiempo, de rabia, de sacrificios de toda especie, a hacer algo bueno? ¡Vamos ya! ¡Sería demasiado estúpido! La literatura (tal como la entendemos) sería entonces una ocupación de idiotas. Tanto daría acariciar un leño y empollar guijarros. Pues cuando trabajamos sobre nuestras ideas —sobre las mías, al menos— no tenemos nada para sostenernos, sí, nada, es decir, ninguna esperanza de dinero, ninguna esperanza de celebridad, ni siquiera de inmortalidad (aunque haya que creer en ella para alcanzarla, ya sé). Pero esos resplandores te vuelven luego más sombrío y me abstengo de ellos. No, lo que me sostiene es la convicción de que estoy en lo cierto, y si estoy en lo cierto, estoy en el bien, cumplo un deber, ejerzo la justicia. ¿Acaso he escogido? ¿Es culpa mía? ¿Quién me empuja? ¿Acaso no he sido castigado cruelmente por haber luchado contra este arrebató? Hay que escribir, pues, como se siente, estar seguro de que se siente bien, y ciscarse en todo lo demás sobre la tierra.

Vamos, Musa, espera, espera. No has hecho tu obra. ¿Sabes que me

gusta mucho ese nombre de Musa, en el que confundo dos ideas?

Es como en la frase de H[ugo] (en su carta): «El sol me sonríe y sonrío al sol». La poesía me hace pensar en ti y t  en la poesía. He pasado buena parte del día soñando contigo y con tu *Campesina*. La certidumbre de haber contribuido a hacer muy bueno lo que lo era a medias me ha alegrado. He pensado mucho en lo que harías. Escucha bien esto y med talo: tienes en ti dos cuerdas, un sentimiento dramático, no de golpes teatrales, sino de efecto, lo que es superior, y un entendimiento instintivo del color, del relieve (y eso no se regala). Esas dos cualidades se han visto trabadas, y aún lo son, por dos defectos, de los que uno te ha sido dado y el otro depende de tu sexo. El primero es el filosofismo, la máxima, la humorada política, social, democrática, etc., toda esa rebaba que viene de Voltaire y de la que el propio t o Hugo no est  exento. La segunda debilidad es la vaguedad, la tiernoman a femenina. Cuando se ha llegado a tu altura, la ropa blanca no debe oler a leche. Corta, pues, la verruga mont esa y mete, aprieta, comprime los pechos de tu corazón, para que se vean músculos y no una glándula. Todas tus obras hasta ahora, a la manera de Melusina (mujer por arriba y serpiente por abajo), no eran hermosas más que hasta cierto lugar, y el resto se arrastraba en repliegues blandos.  Qu  buena cosa es, pobre Musa, decirse así todo lo que pensamos! S , qué bueno es tenerte, pues eres la única mujer a la que un hombre pueda escribir semejantes cosas. Al fin empiezo a ver algo claro en mi condenado diálogo del cura. Pero, la verdad, hay momentos en que casi tengo ganas de vomitar físicamente, tan bajo está el fondo. Quiero expresar la situación siguiente: mi mujercilla, en un acceso de religiosidad, va a la iglesia; en la puerta se encuentra con el cura, que en un diálogo (sin tema determinado) se muestra tan bobo, chato, inepto y sucio, que vuelve asqueada y sin devoción. Y mi cura es muy buena persona, incluso excelente, pero no piensa más que en lo físico (en los sufrimientos de los pobres, la falta de pan o de leña) y no adivina las debilidades morales, las vagas aspiraciones místicas; es muy casto y cumple todos sus deberes. Ha de tener seis o siete páginas como mucho, sin un comentario o un análisis (todo en diálogo directo). Además, como me parece muy chabacano escribir diálogos sustituyendo los «dijo, contest » por guiones, t  consideras que las repeticiones de los mismos giros no son cómodas de evitar. Ya est s iniciada en el suplicio que sufro desde hace quince días. Al final de la semana próxima, no obstante, espero que me habr  librado completamente de eso. Me quedarán luego unas diez páginas (dos grandes movimientos) y habrá terminado el primer conjunto de mi segunda parte. El adulterio est  maduro; van a entregarse

a él, y yo también entonces, espero. [...]

121

16 de abril de 1853, sábado, a la una.

[...] Estoy roto de fatigas, de cansancio y de aburrimiento. Este libro me mata; no haré otro similar. Las dificultades de ejecución son tales, que hay momentos en que pierdo la cabeza. No me volverán a coger escribiendo cosas burguesas. La fetidez del fondo me da náuseas. Las cosas más vulgares son, por eso mismo, atroces de decir, y cuando considero todas las páginas en blanco que aún me faltan por escribir, me quedo espantado. A fines de la semana próxima espero decirte, no obstante, cuándo podremos vernos. No tienes más ganas que yo. Será dentro de tres semanas, pienso. Si me soplara un buen viento, no me llevaría mucho tiempo. [...]

122

[Croisset] Una de la noche del sábado [21-22 de mayo de 1853].

[...] Me hablas de las tristezas del bueno de De Lisie, que no tiene a nadie a su alrededor. En eso, a mí el cielo me ha protegido, pues siempre he tenido buenas orejas para oírme, e incluso excelentes bocas para aconsejarme. ¿Cómo haré el invierno próximo, cuando mi Bouilhet ya no esté? Por lo demás, creo que él estará como yo, un poco desconcertado de momento. Nos hemos fabricado el uno para el otro, en nuestros respectivos trabajos, una especie de indicador de ferrocarril que, con el brazo extendido, advierte que el camino es bueno y se puede seguir.

Me gusta mucho De Lisie por su libro, por su talento y también por su prefacio, por sus aspiraciones. Pues por eso valemos algo, por la aspiración. Un alma se mide por la dimensión de su deseo, igual que se juzga de antemano a las catedrales por la altura de sus campanarios. Y por eso odio profundamente la poesía burguesa, el arte doméstico, aunque lo cultive. Pero, desde luego, será la última vez; en el fondo me da asco. Este libro, todo hecho de cálculo y de astucias de estilo, no es de mi sangre, no lo llevo en mis entrañas, siento que es, por mi parte, una cosa deliberada, falsa. Será quizás una proeza que admirarán ciertas personas (y aun, en pequeño número); otras encontrarán en él alguna verdad en los detalles y la observación. Pero ¡aire, aire! Los grandes giros, los períodos anchos y llenos que se desenvuelven como ríos, la multiplicidad de las metáforas, los grandes destellos del estilo, todo lo que me gusta, en suma, no estará. Sólo que quizá saldré preparado para escribir después algo bueno. Tengo muchos deseos de que pasen unos quince días, con el fin

de leerle a Bouilhet todo este comienzo de la segunda parte (lo que supondrá ciento veinte páginas, el trabajo de diez meses). Temo que no haya mucha proporción, pues para el cuerpo mismo de la novela, para la acción, para la pasión actuante, me quedarán apenas de ciento veinte a ciento cuarenta páginas, mientras que los preliminares tendrán más del doble. He seguido, de eso estoy seguro, el orden auténtico, el orden natural. Durante veinte años se lleva dentro una pasión adormecida que no actúa sino un solo día, y muere. Pero la proporción estética no es la fisiológica. Moldear la vida, ¿es idealizarla? ¡Mala suerte, si el molde es de bronce! Ya es algo; tratemos de que sea de bronce.

[...] ¿Sabes que se perfila como un hombre excelente, el tío Hugo? Esa larga ternura hacia su vieja Juliette me entenece. Me gustan las pasiones largas, que atraviesan pacientemente y en línea recta todas las corrientes de la vida, como buenos nadadores, sin desviarse. ¡No hay mejor padre de familia, puesto que escribe a la amante de su hijo que vaya a vivir con ellos! Eso es muy humano y poco pretencioso (si yo hubiera tenido un hijo, habría disfrutado muchísimo procurándole mujeres, y sobre todo las que le hubieran gustado).

¿Por qué ha ostentado a veces una moral tan boba, y qué le ha achicado tanto? ¿Por qué la política? ¿Por qué la Academia? ¡Las ideas recibidas! ¡La imitación!

Las reflexiones que me envías sobre todo esto son justas, y de ellas saco la conclusión de que ese gran hombre ha de estar muy solo en su familia. Todo se agrupa siempre en torno a lo oficial; los débiles van a lo decente, se sienten vagamente apoyados por una mayoría incontable. Allá debe de tener buenas tristezas, con su mujer que le fastidia, Vacquerie que le admira (como el señor Wagner de *Fausto*) y sus hijos, señoritos que añoran el bulevar. ¡Ay! ¿Por qué casarse? ¿Por qué aceptar la vida cuando Dios ha creado a uno para juzgarla, es decir, para describirla? [...]

Me dices cosas muy tiernas, querida Musa. Pues bien, recibe a cambio todas las que puedas imaginar, más tiernas aún. Tu amor, finalmente, me penetra como una lluvia tibia, y me siento empapado hasta el fondo de todo mi corazón. ¿Acaso no tienes todo lo necesario para que te ame, cuerpo, inteligencia, ternura? Eres sencilla de alma y fuerte de cerebro, muy poco «pohética» y extremadamente poeta. No hay nada en ti que no sea bueno, y toda entera eres como tu pecho, blanca y suave al tacto. Las que he tenido no valían lo que tú, y dudo que las que he deseado lo valiesen. A veces trato de imaginarme tu rostro cuando seas vieja, y me parece que te querré aún lo mismo, quizá más. Soy, en mis actos del cuerpo y de la mente, como los dromedarios, a los que cuesta muchísimo

hacer avanzar y parar, por igual: la continuidad del reposo es lo que me va. En el fondo, nada menos matizado que mi persona, y serás siempre la única querida de tu amante. ¿Sabes que temo volverme estúpido? Me estimas tanto, que debes de equivocarte y acabar por deslumbrarme. Hay poca gente que haya sido cantada como yo. ¡Ay, Musa, si te confesara todas mis flaquezas, si te dijera todo el tiempo que pierdo soñando con mi pisito del año que viene! ¡Cómo nos veo en él! Pero nunca hay que pensar en la felicidad, eso atrae al diablo, pues es él quien ha inventado esa idea para hacer enloquecer al género humano. El concepto de paraíso es, en el fondo, más infernal que el de infierno. La hipótesis de una felicidad perfecta es más desesperante que la de un tormento sin descanso, ya que estamos destinados a no alcanzarla nunca. Afortunadamente, no puede uno apenas imaginársela: es lo que da consuelo. La imposibilidad en que se halla uno de probar el néctar hace que encontremos bueno el vino de Chambertin. ¡Adiós! ¡Lástima que sea tan tarde! Casi no tengo ganas de dormir y aún tenía muchas cosas que decirte, hablarte de tu drama, etc. El martes no hables de Du Camp con Gautier; déjale venir, si quieres que se haga tu amigo. Creo que Bouilhet es un tema que le divierte poco. ¿Es reconocerse mediocre el envidiar a alguien? Mil besos y ternuras.

Te beso en los labios.

Tu

123

[Croisset] Jueves, una de la noche [26-27 de mayo de 1853].

Haría mejor en seguir trabajando y escribirte mañana, pues estoy esta noche muy animado y en gran celo literario. Pero, como puede volver mañana, me haría retrasar demasiado la carta (por el gusto que me dan tus cartas, pienso que debes apreciar mucho las mías). Además, hay que desconfiar de estos grandes calentamientos. En ellos, aunque se tenga la visión larga, con frecuencia es turbia. Lo bueno de estos estados es que te dan temple e infunden en tu pluma una sangre más joven. Tiene uno en la cabeza toda clase de floraciones primaverales que no duran más que las lilas, marchitas en una noche, ¡pero que huelen tan bien! ¿Has sentido alguna vez como un gran sol que procedía del fondo de ti misma y te deslumbraba?

Sí, esto ha funcionado bien hoy. Me he librado más o menos de un diálogo archicortado, muy difícil. He escrito dos terceras partes de una frase «pohética» y he esbozado tres movimientos de mi farmacéutico que a la vez me daban mucha risa y mucho asco, hasta tal punto la cosa será fétida de ideas y de carácter. Tengo hasta finales de junio para esta

primera parte. Lo he releído casi todo. El comienzo habrá que reescribirlo, o al menos corregirlo muchísimo. Es flojo y lleno de repeticiones. Buscaba la manera, que encontré más adelante. No me ha parecido largo y hay cosas buenas, pero aquí y allá ciertas elegancias pintorescas inútiles, la manía de describir en todo caso, que corta el movimiento y a veces la propia descripción y que da así, a veces, un carácter estrecho a la frase. No hay que ser indulgente. Me parece, por lo demás, que las partes hechas más recientemente son las mejores. Quizá sea una ilusión, pero a lo mejor no lo es, ya que, a medida que avanzo, me cuesta más. Si me cuesta más, es porque veo más lejos. Se puede juzgar el peso de un fardo por las gotas de sudor que te provoca.

¿Y tu drama? Aprieta bien tu plan, que avance cada escena, nada de rasgos inútiles, pon poesía en la acción, motiva bien cada entrada y cada salida, y que los versos sean tensos. ¿Por qué tengo buena opinión de ese drama? ¿Por qué tengo el presentimiento de que será bien recibido, aplaudido, de que será un éxito? Mándame un plan bien detallado, tengo curiosidad por verlo. ¡Probablemente, cómo discutiremos! [...]

Reconoce que es algo fuerte lo de las mesas giratorias. ¡Oh, luz! ¡Oh, progreso! ¡Oh, humanidad! ¡Y se burlan de la Edad Media, de la Antigüedad, del vicario Paris, de Marie Alacoque y de la Pitonisa! ¡Qué eterno reloj de estupideces es el curso de los siglos! Los salvajes que creen disipar los eclipses de sol golpeando calderos no son peores que los parisinos que piensan que harán girar mesas apoyando el meñique en el meñique de su vecino. Es cosa curiosa cómo la humanidad, a medida que se hace autólatra, se vuelve estúpida. Las ineptias que excitan ahora su entusiasmo compensan en cantidad las pocas ineptias, pero más serias, ante las que se prosternaba tiempo ha. ¡Oh, socialistas! Ahí está vuestra úlcera: os falta el ideal, y esa misma materia que perseguís se os escapa de las manos como si fuese agua. La adoración de la humanidad por sí misma (lo que conduce a la doctrina de lo útil en el Arte, a las teorías de salvación pública y de razón de Estado, a todas las injusticias y a todas las constricciones, a la inmolación del derecho, a la nivelación de lo Bello), este culto del vientre, digo, engendra viento (perdón por el calambur), y no hay especie de tontería que no haga y que no entusiasme a esta época tan prudente. «Ah, yo no me dedico a lo vacío», dice. «¡Pobres, los que creyeron en la apoteosis o en el paraíso! Ahora se es más positivo, se, etc.» Y, sin embargo, ¡que longitud de zanahoria se traga este buen burgués de la época! ¡Qué memo! ¡Qué tonto! Pues la chabacanería no impide el cretinismo. Por mi parte, he asistido ya al cólera que devoraba las piernas de carnero que se enviaban a las nubes montadas en cometas,

a la serpiente de mar, a Gaspar Hauser, a la col colosal, orgullo de China, a los caracoles simpáticos, a la sublime divisa «libertad, igualdad, fraternidad» grabada en el frontón de los hospitales, de las cárceles y de los ayuntamientos, al miedo a los Rojos, ¡al gran partido del orden! Ahora tenemos «el principio de autoridad que hay que restablecer». Se me olvidaban los «trabajadores», el jabón Ponce, las navajas de afeitar Foubert, la jirafa, etc. Pongamos en el mismo saco a todos los literatos que no han escrito nada (y que tienen reputaciones sólidas, serias) y que son tanto más admirados por el público, es decir, la mitad al menos de la escuela doctrinaria, a saber, los hombres que han gobernado realmente Francia durante veinte años.

Si se quiere tomar la medida de lo que vale la estimación pública, y qué hermosa cosa es «ser señalado con el dedo», como dice el poeta latino, hay que salir en París, por las calles, el martes de Carnaval. Shakespeare, Goethe, Miguel Ángel, jamás han tenido cuatrocientos mil espectadores a la vez, como ese buey. Lo que le acerca, por lo demás, al genio, es que después lo despedazan.

¡Pues bien, sí, me vuelvo aristócrata, aristócrata furibundo! Sin que, a Dios gracias, haya sufrido a manos de los hombres y aunque la vida, para mí, no haya carecido de cojines en que yo me acomodaba por los rincones, olvidando a los demás, odio mucho a mis semejantes y no me siento su semejante. A lo mejor es un orgullo monstruoso, pero que el diablo me lleve si no siento tanta simpatía por los piojos que roen a un mendigo como por el propio mendigo. Estoy seguro, además, de que los hombres no son más iguales entre sí que iguales son las hojas de los bosques: se atormentan juntas, eso es todo. ¿Acaso no estamos hechos de las emanaciones del Universo? La luz que brilla en mi ojo quizá se tomó en el foco de algún planeta aún desconocido, distante un billón de leguas del vientre en el que se formó el feto de mi padre. Y si los átomos son infinitos y pasan así a las Formas como un río perpetuo que corre entre sus orillas, ¿quién retiene, quién liga los Pensamientos? A veces, a fuerza de contemplar un guijarro, un animal o un cuadro, me he sentido entrar en él. Las comunicaciones interhumanas no son más intensas.

¿De dónde vienen las melancolías históricas, las simpatías a través de los siglos, etc.? Enganche de moléculas que giran, dirían los epicúreos. Sí, pero las moléculas de mi cuerpo vivo no giran, y en fin, porque un imbécil tenga dos pies como yo, en vez de tener cuatro como un burro, no me creo obligado a quererle, o al menos, a decir que le quiero y que me interesa.

Hubo un tiempo en que el patriotismo se extendía a la ciudad. Después, el sentimiento, poco a poco, se ensanchó junto con el territorio (al revés que

los pantalones: primero engorda el vientre). Ahora la idea de patria, a Dios gracias, ha muerto casi, y estamos en el socialismo, en el humanitarismo (si es lícito expresarse así). Creo que más tarde se reconocerá que el amor a la humanidad es algo tan pobre como el amor de Dios. Se amará lo justo en sí, por sí, lo Bello por lo bello. El colmo de la civilización será no necesitar ningún buen sentimiento, o lo que llaman así. Los sacrificios serán inútiles; sin embargo, ¡siempre harán falta unos pocos gendarmes! Estoy diciendo grandes tonterías, pero la única enseñanza que puede obtenerse, no obstante, del régimen actual (basado sobre la bonita frase *vox populi, vox Dei*) es que la idea del pueblo está tan gastada como la del rey. Que pongan juntas la bata del trabajador y la púrpura del monarca, y que me las tiren juntas a las letrinas para esconder allí conjuntamente sus manchas de sangre y de fango; están tiesas.

Adiós, ¡qué tarde es! Te beso por todas partes, con el corazón y el cuerpo, a ti, con quien me fundo y me confundo. Por eso firmo siempre con esta única palabra.

Tu

124

[Croisset] Medianoche del miércoles [1 de junio de 1853].

Acabo de escribir al gran hombre (la carta saldrá pasado mañana, a más tardar), lo que no era fácil a causa de la medida que quería yo mantener. Ha hecho demasiadas canalladas para que pueda yo expresarle una admiración sin reservas (sus aplausos a mediocridades, la Academia, su ambición política, etc.). Por otra parte, me ha causado tantas buenas horas de entusiasmo, me ha hecho tener tan buenas erecciones (si puede uno expresarse así), que me era muy difícil mantenerme justo entre la tiesura y la adulación. Creo, no obstante, haber sido a la vez educado y sincero (cosa infrecuente). [...]

Llevo tres días haciendo dos correcciones que no quieren venir. ¡Todo el día del lunes, y el martes, ocupados buscando dos líneas! Releo a Montesquieu, acabo de repasar todo *Candide*; nada me asusta.

¿Por qué, a medida que creo acercarme a los maestros, el arte de escribir en sí me parece más impracticable y me siento cada vez más asqueado de todo lo que produzco? ¡Ay, la frase de Goethe, «Quizá habría sido yo un gran poeta, si la lengua no se hubiese mostrado indomable»! ¡Y era Goethe!

Bouilhet me ha leído todo lo que le dices de Leconte. Me ha entristecido. Aparte de esa separación en el ferrocarril, que siento y comprendo, no admito el resto de la historia ni del personaje. Esos dos años pasados en

la absorción completa de un amor feliz me parecen una cosa mediocre. Los estómagos que encuentran su satisfacción en el rancho humano no son amplios. Aún, si fuera la tristeza, bien. Pero ¿la alegría? ¡No, no! Es largo, dos años transcurridos sin la necesidad de salir de aquí, sin escribir una frase, sin volverse hacia la Musa. ¿En qué emplear, pues, las horas de uno, cuando los labios están ociosos? ¿En amar? ¿En amar? Estas embriagueces me rebasan, y hay en ellas una capacidad de felicidad y de pereza, algo satisfecho que me asquea. ¡Ah, poeta, te consuelas con la literatura! Las castas hermanas vienen detrás de la señora, y tu lirismo no es más que una excitación de amor desviado. Pero es castigado por ello, ese buen muchacho, le falta un poco la vida en sus versos, su corazón no sale de su chaleco de franela, y al permanecer entero dentro de su pecho, no calienta su estilo. ¡Quejarse, además, denunciar la traición, no comprender (y cuando se es poeta) esa suprema poesía de la nada-viva, de la prenda que se gasta, o del sentimiento que huye! Todo eso es muy sencillo, no obstante. No declamo contra el bueno de De Lisie, pero digo que me parece un poco ordinario en sus pasiones. El verdadero poeta, para mí, es un sacerdote. En cuanto se pone la sotana, ha de abandonar a su familia.

Para sujetar la pluma con brazo firme hay que hacer como las Amazonas, quemarse todo un lado del corazón.

Tú eres la mejor mujer del mundo, y la naturaleza más cándida. Tu propuesta de ir a visitar a esa señora no tenía sentido común; me permitirás que te lo diga. ¿No ibas a defenderle a él? Y ¿qué habrías contestado a la primera frase, cuando ella te hubiera replicado: «Usted, ¿en qué se mete?»?

También hay otra cosa que me ha parecido ligeramente burguesa en ese mismo individuo: «Jamás he podido ni ver a una puta».

Pues bien, ¡declaro que yo he podido, con frecuencia! Y en cuanto a asco, toda esa gente asqueada me asquea mucho. ¿Creía él acaso que no chapoteaba de lleno en la prostitución cuando iba a enjugar con su cuerpo las sobras del marido? La señora, sin duda, tenía a un tercero, y en los brazos de cada uno de los tres, pensaba en un cuarto. ¡Oh, ironía del coito! Pero no importa. Como no tenía carné, el bueno de De Lisie podía verla.

Declaro que esta teoría me sofoca. Hay cosas que me hacen juzgar a los hombres a primera vista: primero, la admiración por Béranger; segundo, el odio a los perfumes; tercero, el amor por las telas gruesas; cuarto, la barba recortada en collar; quinto, la antipatía hacia el burdel. ¡Cuántos he conocido, de esos buenos jóvenes, que alimentaban un santo horror por

las casas públicas, y que te agarraban, con sus así llamadas «queridas», las sífilis más hermosas del mundo! El Barrio Latino está lleno de esta doctrina y de estos accidentes. Quizá sea una afición perversa, pero me gusta la prostitución por ella misma, independientemente de lo que hay debajo. Nunca he podido ver pasar, bajo los faroles de gas, a una de esas mujeres escotadas, bajo la lluvia, sin un galope del corazón; igual que los hábitos de los monjes, con su cordón de nudos, me cosquillean el alma en no sé qué rincones ascéticos y profundos. En esta idea de la prostitución existe un punto de intersección tan complejo, lujuria, amargura, vaciedad de las relaciones humanas, frenesí del músculo y tintineo del oro, que si miras al fondo te viene el vértigo, ¡y se aprenden ahí tantas cosas! ¡Y se siente uno tan triste! ¡Y se sueña tan bien con el amor! Ah, fabricantes de elegías, no es sobre ruinas donde tenéis que apoyar vuestro codo, sino sobre el pecho de estas mujeres alegres.

Sí, algo le falta al que nunca se ha despertado en un lecho sin nombre, al que no ha visto dormir sobre su almohada una cabeza que no volverá a ver y que, al salir de ahí al amanecer, no ha cruzado los puentes con ganas de arrojarle al agua, hasta tal punto le subía la vida, en eructos, desde el fondo del corazón hacia la cabeza. ¡Y aunque no fuera más que el vestido impúdico, la tentación de la quimera, lo desconocido, el carácter maldito, la vieja poesía de la corrupción y de la venalidad! En los primeros años en que estaba yo en París, en verano, en los atardeceres muy calurosos, iba a sentarme delante de Tortoni, y mientras veía ponerse el sol, miraba pasar a las putas. Allí me devoraba de poesía bíblica. Pensaba en Isaías, en la «fornicación de los altos lugares», y subía la calle de La Harpe repitiéndome este final de versículo: «Y su garganta es más suave que el aceite». ¡Que me lleve el diablo si alguna vez he sido más casto! No hago más que un reproche a la prostitución, es que es un mito. La mujer mantenida ha invadido el desenfreno, como el periodista la poesía; nos ahogamos en las medias tintas. La cortesana no existe, nó más que el santo; hay gorrondas y furcias, lo que es aún más fétido que la modistilla.

Me sucede en casa algo triste, y que me apena: el tío Parain está cayendo en la infancia, y a veces desvaría completamente. Este buen hombre, cuyo encanto estaba hecho de un ánimo un poco loco y juvenil, es ahora un anciano. Su buena índole se trasluce; al hablar de nosotros, sobre todo de mí, llora, y en sus machaconerías vuelven sin cesar nuestra fortuna, mis éxitos futuros, la manera de que yo salga adelante, y mi elogio. Me desconsuela. Cree que voy a publicar dentro de seis semanas, y seis libros de un solo golpe, etc.

No tenemos suerte, mi madre y yo. A la gente que nos rodea acaba por

darle vueltas la cabeza. Sea por eso o por otra cosa, de todos modos, ahí van dos (Hamard y él) que palman; sin contar a Du Camp, que tampoco volvió muy sano de su viaje conmigo. ¿Qué tengo, entonces? Siento en mí grandes torbellinos, pero los comprimo. ¿Acaso trasuda algo de todo lo que uno no dice? ¿Estoy yo mismo algo loco? Así lo creo. Las afecciones nerviosas, además, son contagiosas, y quizá he necesitado una constitución de alma robusta para resistir a la carga que redoblaban mis nervios sobre la piel de asno de mi entendimiento.

Para mí, tengo un exutorio (como dicen en medicina). Ahí está el papel, y me alivio. Pero la humedad de mis humores puede filtrarse al exterior y hacer daño, a la larga. Tiene que haber algo de cierto en eso.

¿Por qué me dijo un frenólogo que yo estaba hecho para ser domador de fieras? ¿Y otro que debía magnetizar? ¿Por qué todos los locos y todos los cretinos me siguen, pegados a mis talones como perros (experiencia que he renovado varias veces), etc.? «No le ocurrirá a usted nada malo», me dijo el señor Jorche (intérprete del consulado) en la primera visita que le hice al llegar a Alejandría. «¿Por qué?» «Porque tiene usted el ojo oriental.» «¿Cómo?» «Sí, la mirada extraña, les gustan esas caras.»

Adiós a ti, que eres aficionada a los locos, los cretinos, las fieras y los árboles, y que me amas. Esa palabra, árabes, me hace pensar en el tesoro de las huríes.

Un beso. Vamos, reanímate. Me parece que estás muy sombría desde hace algún tiempo. Traza decididamente el plan de tu drama y envíamelo. Otros mil besos. [...]

125

[Croisset] Lunes, doce y media de la noche [6-7 de junio de 1853].

Mañana por la mañana llevaré yo mismo esta carta al correo. Tengo que ir a Ruán para un entierro, el de la señora Pouchet, la esposa de un médico, fallecida anteayer en la calle, donde se cayó del caballo, junto a su marido, víctima de una apoplejía. Aunque apenas soy sensible a las desgracias ajenas, lo soy a ésta. Ese Pouchet es un buen chico, que no tiene clientela alguna y se ocupa exclusivamente de zoología, campo en el que es erudito. Su mujer, una inglesa muy guapa y de excelentes modos, le ayudaba mucho en sus trabajos. Dibujaba para él, corregía sus pruebas, etc. Habían viajado juntos, era un compañero. El pobre hombre es completamente sordo, y poco alegre de natural. Quería mucho a esa mujer. La soledad que va a padecer, como el desgarró que ha sufrido, será atroz. Bouilhet, que vive enfrente de ellos, ha visto cómo traían su cadáver en un fiacre, y al hijo que bajaba a su madre, con un pañuelo sobre el

rostro. En el mismo momento en que entraba así en su casa, con los pies por delante, un recadero traía un ramo de flores que ella había encargado por la mañana. ¡Oh, Shakespeare!

En el fondo de todas nuestras conmisericordias hay egoísmo, y lo que siento por ese pobre marido, buen hombre a lo demás, y que sentía por mi padre una auténtica veneración de discípulo, viene de un retorno que hago sobre mí mismo. Pienso en lo que experimentaría si tú murieses, pobre Musa, si no te tuviera ya. No, no somos buenos; pero esa facultad de asimilarse a todas las miserias y de suponer que se tienen, es quizá la verdadera caridad humana. Hacerse así centro de la humanidad, tratar, en suma, de ser su corazón general en el que se reúnen todas las venas dispersas..., ¿sería a la vez el esfuerzo del hombre más grande, y del mejor? No lo sé. Como por lo demás hay que aprovecharse de todo, estoy seguro de que mañana la cosa será de un dramático muy sombrío, y que ese pobre sabio estará lamentable. Ahí encontraré quizá cosas para mi *Bovary*. Esta explotación a la que voy a dedicarme, y que parecería odiosa si se revelase a alguien, ¿qué tiene de malo? Espero hacer derramar lágrimas a los demás con las lágrimas de uno solo, pasadas después por la química del estilo. Pero las mías serán de un orden de sentimiento superior. Ningún interés las provocará, y es preciso que mi personaje (también es médico) os conmueva por todos los viudos. Estas pequeñas amabilidades, por lo demás, no son tarea nueva para mí, y tengo método en estos estudios. Yo mismo he hecho mi propia disección a lo vivo en momentos poco divertidos. Conservo en mis cajones fragmentos de estilo sellados con triple lacre, y que contienen atestados tan atroces que tengo miedo de volver a abrirlos, cosa muy tonta por otra parte, pues los sé de memoria. [...]

Me hablas de que lea no sé qué número de *La Revue des Deux Mondes*. «No tengo tiempo de mantenerme al corriente» (frase de mi buen profesor de historia, Chéruel). Dos horas para las lenguas, ocho de estilo, y por la noche, en la cama, una hora más para leer a cualquier clásico. Me parece que es razonable. ¡Ah, cómo querría tener tiempo para leer! ¡Cómo querría dedicarme un poco a la historia, que devoro tan a gusto, y a la filosofía, que tanto me divierte! Pero la lectura es una sima; de ella no se sale. Me estoy volviendo ignorante como un burro. ¡Qué importa! Hay que rascar la guitarra y es duro, es largo.

Es una cosa a la que es preciso que te acostumbres tú, a leer todos los días (como un breviario) algo bueno. A la larga, se infiltra. Yo me he atiborrado a ultranza de La Bruyère, de Voltaire (los cuentos) y de Montaigne. Lo que ha llevado a Bouilhet a su verso de *Melanis* es el latín,

puedes estar segura. Nadie es original en el sentido estricto de la palabra. El talento, como la vida, se transmite por infusión, y hay que vivir en un ambiente noble, adoptar el espíritu de buena compañía de los maestros. No hay mal alguno en estudiar a fondo un genio totalmente diferente del que tiene uno, porque no se puede copiar. La Bruyère, que es muy seco, me ha servido más que Bossuet, cuyos arranques me iban mejor. Tu verso es con frecuencia filosófico o vacío, coloreado a ultranza y un poco enredado. Lee, relee, disecciona, excava en La Fontaine, que no tiene ninguna de esas cualidades ni de esos defectos. No temo, Dios mío, que escribas fábulas.

¡Qué ganas tengo de que disfrutemos juntos de ratos de ocio! ¡Qué lecturas haremos! ¡Qué panzadas de Arte! No vuelvas a decirme que pongo en nuestra separación una terquedad salvaje, una deliberación encarnizada. ¿Crees que me divertiría haciéndonos sufrir si no sintiera que es necesario, imprescindible? Mi libro ha de hacerse, y bien, o reventaré. Luego adoptaré un género de vida diferente. Pero no es en mitad de una obra tan larga cuando puede uno moverse. Jamás escribiré bien en París, lo sé. Pero puedo preparar mi trabajo, y es lo que haré durante los meses de invierno que pase allí. Para escribir necesito la imposibilidad (aunque lo quisiera) de ser molestado.

¡Ese Énault, que se marcha a Oriente! Como para asquearse de Oriente. ¡Cuando pienso que semejante caballero va a mear en la arena del desierto! ¡Y seguro que él también va a publicar un viaje a Oriente! Pues bien, también yo haré algo oriental (dentro de dieciocho meses), pero sin turbantes, pipas ni odaliscas, Oriente antiguo. Y el Oriente de todos esos emborronadores será por fuerza como un grabado al lado de una pintura. En efecto, ése es el cuento egipcio que me ronda la cabeza. Sólo temo que, una vez en las notas, no pueda pararme, y la cosa se hinche. ¡Aún tendría para años! Bueno, ¿y qué más da, si me divierte, y si más tarde resulta bueno? En el fondo, publicar es una estupidez. [...]

Acabo de releer *Grandeza y decadencia de los romanos*, de Montesquieu. ¡Bonito lenguaje, bonito! Acá y allá hay frases tensas como los bíceps de un atleta, ¡y qué profundidad crítica! Pero repito una vez más que hasta nosotros, hasta los muy modernos, no se tenía idea de la armonía sostenida del estilo. Los *quien*, los *que* embrollados unos con otros, aparecen incesantemente en esos grandes escritores. No ponían ningún cuidado en las asonancias, su estilo con mucha frecuencia carece de movimiento, y los que tienen movimiento (como Voltaire) son secos como la madera. Ésa es mi opinión. Cuanto más avanzo, menos buenos encuentro a los demás, y a mí mismo.

Adiós, son las dos pasadas; he de levantarme a las siete. Mil tiernos besos por todas partes.

Tuyo. Tu

126

[Croisset] Martes, una de la madrugada [14-15 de junio de 1853].

[...] ¿Te he contado la anécdota de un cura de Trouville, en cuya casa cenaba yo un día? Cuando rechacé el champán (había bebido y comido ya hasta caerme bajo la mesa, pero el cura seguía trasegando), se volvió hacia mí, y con un ojo, ¡qué ojo!, en el que había envidia, admiración y desdén a la vez, me dijo, encogiéndose de hombros: «¡Venga ya! Vosotros, los jóvenes de París, que en vuestras cenitas finas trincáis con champán, cuando venís después a provincias os hacéis los remilgados». ¡Y cómo se sobreentendían, entre cenitas finas y trincáis, las palabras: con actrices! ¡Qué horizontes mentales! Y decir que yo le excitaba, a aquel buen hombre. A este respecto, voy a permitirme una pequeña cita:

«—¡Vamos ya!, dijo el farmacéutico encogiéndose de hombros, ¡las fiestas reservadas en el restaurante!, ¡los bailes de máscaras!, ¡el champán! Todo eso correrá, se lo aseguro.

»—Yo no creo que se moleste, objetó *Bovary*.

»—Ni yo tampoco, replicó vivamente el señor Homais, aunque tendrá que seguir a los demás, so pena de pasar por un jesuita. ¡Y no sabe usted la vida que llevan esos golfos en el Barrio Latino, con actrices! Por lo demás, los estudiantes están muy bien vistos en París. Por poco que tengan algún talento atractivo, se les recibe en los mejores ambientes, e incluso hay señoras del faubourg Saint-Germain que se enamoran de ellos, lo que les da ocasiones, más tarde, de hacer a veces magníficas bodas.»

En dos páginas he resumido, creo, todas las idioteces que se dicen en provincias sobre París, la vida de estudiante, las actrices, los timadores que te abordan en los jardines públicos, y la cocina de restaurante, «siempre más nociva que la cocina casera».

Esa rigidez de que me acusa Préault me extraña. Por lo demás, parece que cuando llevo traje negro ya no soy el mismo. Ciertamente es que entonces llevo un disfraz. La fisonomía y los modales deben resentirse. ¡Lo externo actúa tanto sobre lo interior! Es ese casco el que moldea la cabeza; todos los soldados llevan encima la rigidez imbecil del alineamiento. Bouilhet pretende que tengo, en sociedad, el aspecto de un oficial vestido de burgués. Jodido aspecto! ¿Por eso me había apodado «el comandante» el ilustre Turgan? También sostenía que yo tenía aire militar. No se me puede hacer un cumplido que me resulte menos agradable. Si Préault me

conociese, probablemente me hallaría, al contrario, demasiado desaliñado, como el bueno del capitán. Pero ¡qué bien tuvo que estar Ferrat, con su «buena furia meridional»! Me lo imagino haciéndose el gascón; ¡es enorme! Hablas de grotesco; lo grotesco me abrumó en el entierro de la señora Pouchet. Decididamente, Dios es romántico; mezcla continuamente los dos géneros. Mientras yo veía al pobre Pouchet torcerse de pie, como una caña al viento, ¿sabes lo que tenía a mi lado? Un señor que me hacía preguntas sobre mi viaje: «¿Hay museos en Egipto? ¿Cuál es el estado de las bibliotecas públicas?» (textual). Y al demoler yo sus ilusiones, quedaba desolado. «¡Será posible! ¡Qué desdichado país! ¿Cómo la civilización...?», etc. Al ser el entierro protestante, el sacerdote habló en francés al borde del hoyo. Mi vecino lo prefería... «Además, el catolicismo está desprovisto de esas flores de retórica.» ¡Oh hermanos, oh mortales! Y decir que siempre se ve uno engañado; que por muy ocurrente que se crea uno, la realidad lo aplasta siempre... Yo iba a esa ceremonia con la intención de entonarme la mente ideando algo refinado, tratando de descubrir piedrecillas, ¡y me cayeron bloques en la cabeza! Lo grotesco me ensordecía, y lo patético se convulsionaba ante mis ojos. De donde saco (o más bien vuelvo a sacar) esta conclusión: Nunca hay que temer el ser exagerado. Todos los grandes lo han sido: Miguel Ángel, Rabelais, Shakespeare, Molière. Se trata de hacer tomar una lavativa a un hombre (en Pourceaugnac); no se trae una jeringa, no; se llena el teatro de jeringas y de boticarios. Eso es sencillamente el genio en su verdadero centro, que es lo enorme. Pero para que la exageración no aparezca, ha de ser por doquier continua, proporcionada, armónica consigo misma. Si tus tipos miden cien pies, las montañas han de medir veinte mil. Y ¿qué es lo ideal, sino ese aumento?

Adiós, mil besos, trabaja mucho; no veas más que a los amigos, sube a la torre de marfil y que sea lo que Dios quiera.

Un beso más. Tuyo

127

[Croisset] Medianoche del lunes [20 de junio de 1853].

[...] Creo que los sufrimientos del artista moderno son, a los del artista de otros tiempos, lo que la industria es a la mecánica manual. Ahora se complican con vapores condensados, hierro, engranajes.

Paciencia: cuando el socialismo esté instaurado, llegaremos en ese género a lo sublime. En el reinado de la igualdad, que se acerca, se despellejará vivo a todo lo que no esté cubierto de verrugas. ¿Qué le importan a la masa el Arte, la poesía y el estilo? No necesita todo eso.

Hazle vodeviles, tratados sobre el trabajo en las cárceles, sobre las ciudades obreras y los intereses materiales del momento, y más. Hay una conjura permanente contra lo original, eso es lo que hay que meterse en la cabeza. Cuanto más color y relieve tengas, más chocarás. ¿De dónde procede el éxito prodigioso de las novelas de Dumas? De que para leerlas no hace falta iniciación alguna, y la acción es divertida. Uno se distrae, pues, mientras las lee. Luego, una vez cerrado el libro, como no queda impresión alguna y todo ha pasado como agua clara, uno vuelve a sus asuntos. ¡Encantador! La misma crítica es aplicable a la ópera cómica (género francés) y a la pintura de género, como la entiende el señor Biard, y a las deliciosas Revistas de la semana del caballero Eugène Guinot. Ahí está un pájaro que tiene seis mil francos de sueldo al año por hablar al final de la semana de todo lo que hemos leído durante la semana. De vez en cuando me concedo ese capricho. Esta semana le he descubierto hablando de Suiza, frases textuales, poco más o menos, comparadas con las de mi caballero y mi dama hablando de Suiza (en *Bovary*). Oh, estupidez humana, ¿será que te conozco? En efecto, ¡hace tanto tiempo que te contemplo! Y advierte que la misma gente que dice «poesía de los lagos», etc., odia muchísimo toda esta poesía, toda clase de naturaleza, toda especie de lago, de no ser su orinal, que toman por un océano.

Me han interrumpido bastante estos días: el martes, la construcción de una pared, sobre la que tuve que dar mi opinión; el jueves, el vino, que tuve que ir a comprar; el viernes, una visita que recibí y una comida a la que asistí, y hoy, por último, el re-vino, que ha sido preciso clasificar. Bouilhet me acompañó el jueves a esas compras vinícolas. Estuve espléndido, y tenía buena pinta en el almacén de vinos, en su oficina, detrás de las verjas, degustando los caldos en la tacita de plata, haciendo rodar las mejillas y entornando los ojos. El viernes cené en Ruán en casa de Baudry con el tío Sénard, su suegro. Este Sénard es el que ha traducido un fragmento hindú para el último número de la *Revue de Paris*. Me dijo que todos los artículos se pagaban a razón de cien francos la página. Además, hay un precio superior para los grandes hombres. Hicieron cuentas, y le dieron a Baudry cuarenta francos. Azorado de guardárselos (o de guardarse tan poco), hizo una suscripción, y ya está. Pero como Bouilhet es amigo, no le pagan, y Melanis le ha costado doscientos cincuenta francos. Es justo, Melanis es bueno. Siempre hay que tomar, en las cosas de este mundo, la verdad y la moralidad a contrapelo. Verás cómo Énault y Du Camp van a terminar por liarse. Me reí mucho, en su día, de la conjura d'Holbáchica de la que tanto se queja Jean-Jacques [Rousseau] en sus *Confesiones*. Su error era ver en ello una

idea preconcebida. No, la multitud, o la sociedad, jamás tienen ideas preconcebidas. Obran como un organismo, en virtud de leyes naturales. ¡Y qué bien debía chocar Rousseau a todo ese siglo XVIII de hermosos caballeros, de hermosas inteligencias, de hermosas damas y de hermosos modales! ¡Qué oso, soltado en pleno salón! Cada movimiento suyo le hacía caer un mueble en toda la cabeza; molestaba. Y todo lo que molesta es dañado por las esquinas de las cosas que desplaza. Y no cuento las patadas en el culo al pobre oso, ni las cadenas, ni los bastonazos, las pitadas, la risa de los niños. «Oh osos, hermanos míos, he comprendido vuestro dolor, etc.» ¡Qué hermoso movimiento, para proseguir con él durante diez páginas!

Estoy leyendo ahora los cuentos infantiles de Madame d'Aulnoy, en una vieja edición cuyas imágenes coloreé a la edad de seis o siete años. Los dragones son rosas y los árboles azules; hay una imagen en la que todo está pintado de rojo, incluso el mar. Me divierten mucho esos cuentos. Sabes que uno de mis viejos sueños es escribir una novela de caballería. Creo que es factible incluso después de Ariosto, introduciendo un elemento de terror y de poesía amplia que a él le falta. Pero ¿qué es lo que no tengo ganas de escribir? ¿Hay alguna lujuria de la pluma que no me excite? Adiós, ánimo; a fines de julio iré a verte; seis semanas más; de aquí a entonces trabaja bien, mil besos en todas partes, y sobre todo en el alma.

128

[Croisset] Sábado, una de la madrugada [25-26 de junio de 1853].

Por fin acabo de terminar mi primera parte (de la segunda). Estoy en el punto que me había fijado para nuestra última cita en Mantes. ¡Ves qué retrasos! Me pasaré toda la semana releyéndolo entero y copiándolo, y de mañana en ocho se lo vomitaré todo a maese Bouilhet. Si funciona, será una gran preocupación menos, y algo bueno, respondo de ello, pues el fondo era muy tenue. Sin embargo, pienso que este libro tendrá un gran defecto, a saber: la falta de proporción material. Tengo ya doscientas sesenta páginas que no contienen sino preparaciones a la acción, exposiciones más o menos disfrazadas de caracteres (cierto es que están graduadas), de paisajes, de lugares. Mi conclusión, que será el relato de la muerte de mi mujercita, su entierro y las tristezas de su marido que siguen, tendrá sesenta páginas al menos. Quedan, pues, para el cuerpo de la acción en sí, de ciento veinte a ciento sesenta páginas como mucho. ¿No es un gran defecto? Lo que me tranquiliza (pero medianamente) es que este libro es una biografía, más que una peripecia desarrollada. El drama

tiene poca parte en él, y si este elemento dramático está bien ahogado en el tono general del libro, quizá no se notará esa falta de armonía entre las diferentes fases, en cuanto a su desarrollo. Además, me parece que la vida en sí misma es un poco así. Un polvo dura un minuto, y lo has deseado durante meses. Nuestras pasiones son como los volcanes: rugen siempre, pero la erupción es sólo intermitente.

¡Desgraciadamente, la mentalidad francesa tiene tal furia de diversión. ¡Necesita tanto las cosas llamativas! Disfruta muy poco con lo que es para mí la poesía misma, a saber, la exposición, hágase de modo pintoresco, mediante un cuadro, o moralmente mediante el análisis psicológico; bien podría ser que yo esté engañado, o que tenga pinta de estarlo. ¡No es cosa de hoy, el que yo sufra por escribir y pensar en esta lengua! ¡En el fondo soy alemán! A fuerza de estudio es como me he limpiado de todas mis brumas septentrionales. Me gustaría hacer libros en los que no hubiese más que escribir frases (si puede decirse así), igual que para vivir basta con respirar aire. Lo que me fastidia son las malicias del plan, las combinaciones de efectos, todos los cálculos de debajo y que, sin embargo, son Arte, pues el efecto del estilo depende de ellos, y exclusivamente. Y tú, buena Musa, querida colega en todo (colega viene de *colligere*, ligar juntos), ¿has trabajado bien esta semana? Tengo curiosidad por ver ese segundo relato. Sólo tengo dos recomendaciones que hacerte: primero, respeta el seguir las metáforas, y segundo, nada de detalles fuera del tema, línea recta. Demonios, ya haremos arabescos cuando queramos, y mejor que nadie. Hay que mostrar a los clásicos que se es más clásico que ellos, y hacer palidecer de rabia a los románticos, sobrepasando sus intenciones. Creo la cosa factible, pues es lo mismo. Cuando un verso es bueno, pierde su escuela. Un buen verso de Boileau es un buen verso de Hugo. La perfección tiene en todas partes el mismo carácter, que es la precisión, la exactitud.

Si el libro que estoy escribiendo con tanta dificultad llega a buen término, habré establecido, con el mero hecho de su ejecución, estas dos verdades, que para mí son axiomas, a saber: primero, que la poesía es puramente subjetiva, que no hay en literatura hermosos asuntos artísticos, y que Yvetot, por ende, vale tanto como Constantinopla; que, en consecuencia, puede escribirse cualquier cosa, es decir, lo que sea. El artista debe elevarlo todo; es como una bomba, tiene un gran tubo que desciende a las entrañas de las cosas, a las capas profundas. Aspira y hace brotar al sol, en surtidores gigantescos, lo que estaba plano, bajo tierra, y no se veía. [...]

Me preguntas mi impresión sobre todas las historias de Edma y de Énault.

¿Qué quieres que te diga? Todo eso me parece profundamente ordinario y estúpido. Pero ¿no es la Sociedad el tejido infinito de todas esas pequeñeces, de esas triquiñuelas, de esas hipocresías, de esas miserias? La humanidad pulula así sobre el globo, como un sucio puñado de ladillas sobre un amplio pubis. Bonita comparación. Se la dedico a los señores de la Academia Francesa. Comuníquese a los señores Guizot, Cousin, Montalembert, Villemain, Sainte-Beuve, etc.

A propósito de gente respetable, oficial, como dices, en este momento ocurre aquí una buena historieta. Se juzga en lo criminal a un buen hombre acusado de haber matado a su mujer, de haberla cosido después dentro de un saco, y de haberla arrojado al agua. Esta pobre mujer tenía varios amantes, y en su casa se descubrió (era una obrera de baja estofa) el retrato y las cartas de un tal señor Delaborde-Duthil, caballero de la Legión de Honor, legitimista militante, miembro del consejo general, del consejo de fábrica, del consejo, etc., de todos los consejos, bien visto en las sacristías, miembro de la congregación de San Vicente de Paúl, de la congregación de Saint-Régis, de la sociedad belenística; miembro de todas las pijadas posibles, situado muy alto en la consideración de la buena sociedad del lugar, una cabeza, un busto, una de esas personas que honran una región, y de las que se dice: «Somos felices de poseer al señor tal». ¡Y mira que, de repente, se descubre que este truhán mantenía relaciones (¡es la palabra!) con una pájara de la más vil especie, sí, señora! ¡Ah, Dios mío! Me alegro como un canalla cuando veo hundirse a toda esa buena gente. Las humillaciones que reciben estos buenos señores que por todas partes buscan honores (¡y qué honores!) me parecen ser el justo castigo a su defecto de orgullo. Querer brillar siempre es envilecerse; subirse a pedestales es rebajarse. ¡Vuelve a la mierda, canalla! Estarás a tu nivel. En mi actitud no hay envidia democrática. Sin embargo, me gusta todo lo que no es común, e incluso lo innoble, cuando es sincero. Pero lo que miente, lo que presume, lo que es a la vez condena de la Pasión y mueca de la Virtud, me repugna por todos los lados. Ahora siento hacia mis semejantes un odio sereno, o una piedad tan inactiva que es lo mismo. Desde hace dos años he hecho grandes progresos. El estado político de las cosas ha confirmado mis viejas teorías *a priori* sobre el bípedo sin plumas, que considero es a la vez un pavo y un buitre.

Adiós, querida paloma. Mil picoteos en la boca.

Tuyo. Tu

[...] Encuentro que la observación de Musset sobre Hamlet es la de un profundo burgués, y he aquí por qué. Él reprocha la inconsecuencia de que Hamlet, escéptico, haya visto con sus ojos el alma de su padre. En primer lugar, no es el alma lo que ha visto. Ha visto un fantasma, una sombra, una cosa, una cosa material viva, y que no tiene relación alguna en las ideas populares y poéticas —trasladémonos a la época— con la idea abstracta del alma. Somos nosotros, metafísicos y modernos, quienes hablamos este lenguaje. Además, Hamlet no duda en absoluto, en el sentido filosófico; sueña. Creo que esta observación de Musset no es de él, sino de Mallefille, en el prefacio a su *Don Juan*. A mi juicio es superficial. Un campesino de nuestros días aún puede ver perfectamente un fantasma, y a plena luz, al día siguiente, puede reflexionar en frío sobre la vida y la muerte, pero no sobre la carne y el alma. Hamlet no reflexiona sobre sutilezas de escuela, sino sobre pensamientos humanos. Al contrario, ese perpetuo estado de fluctuación de Hamlet, esa vaguedad en la que se mantiene, esa falta de decisión en la voluntad y de solución en el pensamiento es la que le da todo su carácter sublime. Pero las personas inteligentes quieren personajes de una pieza y consecuentes (como sólo los hay en los libros). Al contrario, no hay ni un pedazo del alma humana que no aparezca en esta concepción. Ulises es quizá el tipo más fuerte de toda la literatura antigua, y Hamlet de toda la moderna.

Si no estuviera tan cansado, te expresaría mi opinión con más detenimiento. Es tan fácil charlar sobre la Belleza... Pero para decir en estilo adecuado «cierre la puerta» o «él tenía sueño» hace falta más genio que para escribir todos los tratados de literatura del mundo.

La crítica está en el último escalón de la literatura, casi siempre como forma, e indiscutiblemente como valor moral. Pasa detrás del poema de rimas fijas y del acróstico, que exigen al menos un trabajo de invención cualquiera. [...]

130

[Croisset, 7-8 de julio de 1853] Jueves, una de la madrugada.

[...] Me fastidia que la Salpêtrière no esté más fuerte de color. Los filántropos lo joroban todo. ¡Qué canallas! Presidios, cárceles y hospitales son ahora algo tan estúpido como un seminario. La primera vez que vi locos fue aquí, en el hospicio general, con el pobre tío Parain. En las celdas, sentadas y atadas por la mitad del cuerpo, desnudas hasta la cintura y muy desgredadas, una docena de mujeres aullaban y se laceraban el rostro con las uñas. Yo tenía quizá seis o siete años en aquella época. Son buenas impresiones para tenerlas de joven; virilizan.

¡Qué extraños recuerdos tengo de ese tipo! El aula del Hôtel-Dieu daba a nuestro jardín. ¡Cuántas veces no habremos trepado, mi hermana y yo, al emparrado, y, colgados entre la viña, habremos mirado con curiosidad los cadáveres amontonados! Les daba el sol; las mismas moscas que revoloteaban sobre nosotros y sobre las flores iban a posarse allá, volvían, zumbaban. ¡Cómo pensé en eso mientras la velaba durante dos noches, a mi pobre, querida, hermosa hermana! Aún veo a mi padre alzando la cabeza de su disección y diciéndonos que nos marcháramos. Él es otro cadáver.

No apruebo a De Lisie por no haber querido entrar, y no me sorprende. El hombre que nunca ha estado en un burdel debe de tener miedo del hospital. Son poesías del mismo género. A ese bueno de De Lisie le falta el elemento romántico. Debe de apreciar medianamente a Shakespeare. No ve la densidad moral que hay en ciertas fealdades. Por eso le falla la vida e incluso, aunque tenga colorido, el relieve. El relieve procede de una visión profunda, de una penetración del objetivo; pues es preciso que la realidad exterior entre en nosotros, hasta hacernos casi gritar, para que la reproduzcamos bien. Cuando se tiene el modelo claro, ante la vista, se escribe siempre bien; ¿y dónde es más claramente visible lo verdadero que en estas hermosas exposiciones de la miseria humana? Tiene algo tan crudo, que da a la mente apetitos de caníbal. Se precipita sobre ellas para devorarlas y asimilárselas. ¡Con qué ensueños he permanecido a menudo en una cama de [laguna en el original], mirando las rasgaduras de su lecho! ¡Qué dramas feroces he imaginado en la Morgue, donde antaño tenía la manía de ir, etc.! Creo, por lo demás, que a este respecto tengo una facultad de percepción particular; en lo tocante á lo malsano soy un experto. Ya sabes qué influencia ejerzo sobre los locos, y las aventuras singulares que me han ocurrido. Tendría curiosidad por ver si he conservado mi poder.

¡Tú no te volverás loca! ¡El tenía razón! Tienes la cabeza bien sentada, y creo que él, ese pobre chico, tiene más disposiciones que nosotros. La locura y la lujuria son dos cosas que he sondeado tanto, en las que he navegado tan bien por mi propia voluntad, que jamás seré (así lo espero) ni un alienado, ni un marqués de Sade. Pero me pesa, desde luego. Mi enfermedad nerviosa fue la espuma de esas pequeñas gracias intelectuales. Cada ataque era como una especie de hemorragia del sistema nervioso. Eran pérdidas seminales de la facultad pintoresca del cerebro, cien mil imágenes saltando a la vez como fuegos artificiales. Había un desgarramiento atroz del alma y del cuerpo (tengo la convicción de haber muerto varias veces). Pero lo que constituye la personalidad, el

ser de razón, iba hasta el final; sin ello el sufrimiento habría sido nulo, pues yo habría estado puramente pasivo y siempre tenía consciencia, incluso cuando no podía hablar. Entonces el alma estaba replegada entera sobre ella misma, como un erizo que se hiciera daño con sus propias púas.

Nadie ha estudiado todo esto, y los médicos son imbéciles de una especie, como los filósofos lo son de otra. Los materialistas y los espiritualistas impiden por igual conocer la materia y el espíritu, porque escinden a una del otro. Unos hacen del hombre un ángel y los otros un puerco. Pero antes de llegar a esas ciencias (que serán ciencias), antes de estudiar bien al hombre, ¿no hay que estudiar sus productos, conocer los efectos para remontar a la causa? ¿Quién, hasta ahora, ha estudiado la historia como un naturalista? ¿Se han clasificado los instintos de la humanidad, y se ha visto cómo, bajo tal latitud, se han desarrollado y deben desarrollarse? ¿Quién ha establecido científicamente cómo para tal necesidad de la mente debe aparecer tal forma, quién ha seguido esa forma por doquier, en los diversos reinos humanos? ¿Quién ha generalizado las religiones? Geoffroy Saint-Hilaire dijo: el cráneo es una vértebra achatada. ¿Quién ha probado, por ejemplo, que la religión es una filosofía convertida en arte, y que el cerebro que late en ella, a saber, la superstición, el sentimiento religioso en sí, es idéntica materia en todas partes, a pesar de sus diferencias externas, corresponde a las mismas necesidades, responde a las mismas fibras, muere por los mismos accidentes, etc.? De modo que un Cuvier del pensamiento no tendría más que reencontrar más tarde un verso o un par de botas para reconstituir toda una sociedad, y que, dadas las leyes, podría pronosticarse a día fijo, a hora fija, como se hace para los planetas, el retorno de las mismas apariciones. Y se diría: tendremos dentro de cien años un Shakespeare, dentro de veinticinco años tal arquitectura. ¿Por qué los pueblos sin sol tienen literaturas mal hechas? ¿Por qué hay, y ha habido siempre, harenes en Oriente, etc.?

Se ha divagado mucho sobre todo esto, se ha sido más o menos ingenioso, pero siempre ha faltado la base. Falta por encontrar la primera piedra. La crítica de las obras del pensamiento se ha hecho siempre desde un punto de vista estrecho, retórico, y la crítica de la historia se ha hecho desde un punto de vista político, moral, religioso, cuando habría que situarse por encima de todo eso, desde el primer paso. Pero se han tenido simpatías, odios; luego se han inmiscuido la imaginación, la frase, el amor por las descripciones y finalmente la furia de querer demostrar, el orgullo de querer medir lo infinito y de darle una solución. Si las ciencias morales tuviesen, como las matemáticas, dos o tres leyes primordiales a su

disposición, podrían avanzar. Pero tantean en las tinieblas, chocan con contingencias y quieren erigirlas en principios. ¡Esa palabra, alma, ha hecho decir casi tantas tonterías como almas hay! Qué descubrimiento sería, por ejemplo, un axioma como éste: dado tal pueblo, la virtud en él es a la fuerza como tres es a cuatro; así pues, mientras estéis en ese punto, no iréis allá. Otra ley matemática por descubrir: ¿cuántos imbéciles hay que conocer en el mundo para daros ganas de romperos la crisma? Etc. [...]

131

[Croisset] Martes, una de la madrugada [12 de julio de 1853].

[...] Habrás sabido por los diarios, sin duda, el respetable granizo que cayó sobre Ruán y cercanías el sábado pasado. Desastre general, cosechas perdidas, todas las ventanas de los burgueses rotas; aquí tenemos [destrozos] por valor de un centenar de francos al menos, y los cristaleros de Ruán han aprovechado de inmediato la ocasión (pues se los rifan) para subir su mercancía un treinta por ciento. ¡Oh, humanidad! Era muy curioso, cómo caía, y los lamentos y berridos que hubo eran curiosos también. ¡Fue una sinfonía de jeremiadas, durante dos días, como para dejar seco cual piedra el corazón más sensible! En Ruán creyeron que era el fin del mundo (textual). Hubo escenas de un grotesco desmesurado, ¡y con las autoridades en el ajo! El señor gobernador, etc.

Soy poco sensible a esos infortunios colectivos. Nadie se apiada de mis miserias, ¡que se apañen las de los demás! Devuelvo a la humanidad lo que me da, indiferencia. Vete a tomar por saco, rebaño; ¡no soy de la majada! Por otra parte, que cada uno se contente con ser honesto, quiero decir con cumplir su deber y no fastidiar al prójimo, y entonces todas las utopías virtuosas se verán rápidamente rebasadas. La sociedad ideal sería, en efecto, aquella en que todo individuo funcionase en su medida. Y yo funciono en la mía; estoy en paz. En cuanto a todas esas bromas de entrega, sacrificio, abnegación, fraternidad y otras, abstracciones estériles de las que la generalidad de los hombres no puede sacar partido alguno, se las dejo a los charlatanes, a los frasistas, a los chistosos, a la gente de ideas como el señorito Pelletan.

He contemplado no sin cierto placer mis espalderas destruidas, todas mis flores rotas en pedazos, el huerto patas arriba. Viendo todos estos arreglos artificiales del hombre, que cinco minutos de la naturaleza han bastado para trastornar, admiraba el orden auténtico restableciéndose por encima del orden falso. Estas cosas que nosotros atormentamos, árboles podados, flores que crecen donde no quieren, verduras de otros países,

han tenido en este bufido atmosférico una especie de revancha. Ahí hay un carácter de gran farsa que nos hunde. ¿Hay algo más estúpido que las campanas para melones? ¡Pues esas pobres campanas de vidrio las han pasado canutas! ¡A qué fantasías tan poco utilitarias se abandona, cuando le viene la tentación, esa naturaleza sobre cuya espalda nos montamos, y que explotamos tan despiadadamente, que afeamos con tanto aplomo, que despreciamos con tan bonitos discursos! Eso es bueno. Se cree, de modo demasiado general, que el sol no tiene otra finalidad aquí abajo más que la de hacer crecer las coles. De vez en cuando hay que volver a colocar a Dios en su pedestal. Por eso se encarga de recordárnoslo, enviándonos por aquí y por allá alguna peste, cólera, conmoción inesperada y otras manifestaciones de la Regla, a saber el Mal-contingente que quizá no sea el Bien-necesario, pero que a fin de cuentas es el Ser: cosa que los hombres consagrados a la Nada comprenden poco.

Toda mi semana pasada fue mala (ya voy mejor). Me retorcí en un hastío y un asco de mí mismo considerable; me ocurre regularmente cuando he terminado algo y hay que continuar. La vulgaridad de mi asunto me da a veces náuseas, y la dificultad de escribir bien tantas cosas tan comunes, en perspectiva aún, me espanta. Ahora he chocado con una escena de las más sencillas: una sangría y un desvanecimiento. Es muy difícil; y lo que es desolador es pensar que, incluso logrado a la perfección, no puede ser sino pasable, y nunca será hermoso, a causa del propio fondo. Hago una obra de payaso; pero ¿qué demuestra una proeza, después de todo? No importa: «Ayúdame, y el cielo te ayudará». Sin embargo, el carro, a veces, es muy pesado para desenfangarlo. [...]

132

[Croisset] Viernes, una de la madrugada [15 de julio de 1853].

Mientras yo te reprochaba tu carta, querida Musa, tú te la reprochabas a ti misma. No puedes creer cuánto me ha conmovido eso, no por el hecho en sí (estaba seguro de que, al considerar la cosa en frío, no tardarías en mirarla con los mismos ojos que yo), sino a causa de la simultaneidad de impresión. Pensamos al unísono. ¿Te has dado cuenta? Si nuestros cuerpos están lejos, nuestras almas se tocan. La mía está a menudo con la tuya, mira. Esta penetración sólo ocurre en los viejos afectos. Así, se entra uno en el otro, a fuerza de apretarse. ¿Has observado que el propio físico lo acusa? Los viejos esposos acaban por parecerse. ¿No tienen el mismo aire todas las personas de idéntica profesión? A Bouilhet y a mí a menudo nos toman por hermanos. Estoy seguro de que hace diez años esto habría sido imposible. La mente es como una arcilla interior. Desde

dentro, empuja a la forma y la moldea a su imagen. Si alguna vez te has levantado mientras escribías, en los buenos momentos de elocuencia, cuando te llenaba la idea, y te has mirado entonces en el espejo, ¿no te has quedado de pronto asombrada de tu belleza? Había como una aureola en torno a tu cabeza, y tus ojos agrandados despedían llamas. Era el alma que salía. La electricidad es lo que más se parece al pensamiento. Como él, sigue siendo hasta hoy una fuerza bastante fantástica. Esas chispas que brotan del cabello cuando hace mucho frío de noche quizá tengan una relación más estrecha que la de un puro símbolo con la antigua fábula de los nimbos, de las aureolas, de las transfiguraciones. ¿Por dónde iba yo? Por la influencia de un hábito intelectual. Traslademos eso al oficio. ¿Qué artista sería uno si jamás hubiera leído más que cosas bellas, visto más que belleza y amado solamente lo bello; si algún ángel de la guarda de la pureza de nuestra pluma hubiera alejado de nosotros, desde el comienzo, todos los malos conocimientos; si jamás hubiera uno tratado con imbéciles, ni leído periódicos! Los griegos tenían todo esto. En cuanto a plástica, estaban en unas condiciones que no volverán a producirse. Pero querer calzarse sus botas es demencia. En el norte no son clámides lo que se precisa, sino pellizas de piel. La forma antigua es insuficiente para nuestras necesidades, y nuestra voz no está hecha para cantar esos aires sencillos. Seamos tan artistas como ellos, si podemos, pero de otro modo. La conciencia del género humano se ha ensanchado desde Homero. El vientre de Sancho Panza hace crujir el cinturón de Venus. En lugar de emperrarnos en reproducir viejas elegancias, hay que esforzarse por inventar otras nuevas. Creo que De Lisie está un poco en estas ideas. No tiene el instinto de la vida moderna, le falta corazón; no quiero decir con eso la sensibilidad individual o incluso humanitaria, no, sino el corazón, en el sentido casi médico del término. Su tinta es pálida. Es una musa que no ha tomado bastante el aire. Los caballos y los estilos de raza tienen las venas llenas de sangre, y se la ve latir bajo la piel y las palabras, desde la oreja hasta los cascos. ¡La vida, la vida! ¡Todo está ahí! Por eso me gusta tanto el lirismo. Me parece la forma más natural de la poesía. Ahí está desnuda del todo, y en libertad. Toda la fuerza de una obra reside en este misterio, y es esa cualidad primordial, ese *motus animi continuus* (vibración, movimiento continuo del espíritu, definición de la elocuencia por Cicerón), quien da la concisión, el relieve, los giros, los impulsos, el ritmo, la diversidad. ¡No hace falta gran malicia para hacer crítica! Se puede juzgar la bondad de un libro por el vigor de los puñetazos que te ha dado y por el tiempo que tardas luego en recuperarte. Por eso, ¿qué excesivos son los grandes maestros! Van hasta el último límite de la idea. Se trata en

Pourceaugnac de hacer que un hombre tome una lavativa. ¡No es una lavativa lo que se trae, no, sino que toda la sala se verá invadida de jeringas! Los tipos de Miguel Ángel tienen cables, más que músculos. En las bacanales de Rubens mean en el suelo. Véase todo Shakespeare, etc., etc., y el último de los miembros de la familia, el viejo tío Hugo. ¡Qué hermosura es Notre Dame! Últimamente he releído tres capítulos, entre otros el saqueo de los truhanes. ¡Eso sí que es fuerte! Creo que el rasgo mayor del genio es, ante todo, la fuerza. Así que lo que más detesto en las artes, lo que me crispa, es lo ingenioso, lo ocurrente. Qué diferencia con el mal gusto, que es, por su parte, una buena cualidad descarriada. Pues para tener lo que se llama mal gusto hay que tener poesía en el cerebro. Pero el ingenio, al contrario, es incompatible con la auténtica poesía. ¿Quién ha tenido más ingenio que Voltaire, y quién ha sido menos poeta? Y en este país encantador, Francia, el público no admite la poesía más que disfrazada. Si se la dan cruda, refunfuña. Hay que tratarlo, pues, como a los caballos de Abbas-pacha, a los que sirven, para hacerlos vigorosos, bolitas de carne envueltas en harina. ¡Eso es Arte! ¡Saber hacer la envoltura! Y no obstante, no temáis, ofreced esta harina a los leones, a los bocazas; se arrojarán sobre ella desde veinte pasos de distancia, al reconocer el olor.

[...] He estado muy en forma esta semana. He escrito ocho páginas que, creo, están todas más o menos terminadas. Esta noche acabo de esbozar toda mi gran escena de los Comicios agrícolas. Será enorme; tendrá fácil cuarenta páginas. En el relato de esta fiesta rústico-municipal, y entre sus detalles (donde aparecen todos los personajes secundarios del libro, hablan y actúan), tengo que proseguir, y en primer plano, el diálogo continuo de un señor calentando a una dama. Además tengo, en medio, el discurso solemne de un diputado provincial, y al final (completamente terminado), un artículo de periódico escrito por mi farmacéutico, que da cuenta de la fiesta en buen estilo filosófico, poético y progresista. Ya ves que no es tarea pequeña. Estoy seguro del color y de muchos efectos; pero para que todo esto no resulte demasiado largo, ¡es endiablado! Y sin embargo, son de esas cosas que han de ser abundantes y llenas. Una vez dado este paso, llegaré rápidamente a mi jodienda en los bosques, en época de otoño (con sus caballos al lado, mordisqueando hojas), y entonces creo que veré claro, y que habré pasado al menos Caribdis, aunque me quede Escila. Cuando haya regresado de París iré a Trouville. Mi madre quiere ir, y yo la sigo. En el fondo no me molesta: ver un poco de agua salada me sentará bien. Hace ya dos años que no he tomado el aire y visto el campo (de no ser contigo, cuando nuestro paseo en Vétheuil).

Me tumbaré a gusto en la arena, como antes. Hace siete años que no he estado en esa parte. Tengo de ella recuerdos profundos: ¡qué melancolías, qué ensueños y qué vasos de ron! No me llevaré a la *Bovary*, pero pensaré en ella; rumiaré esos dos largos fragmentos de los que te hablo, sin escribir. No perderé el tiempo. Montaré a caballo en la playa; ¡tantas veces tengo ganas de hacerlo! Tengo un montón de pequeños caprichos, como ése, de los que me privo; pero hay que privarse de todo cuando uno quiere hacer algo. ¡Ay, qué vicios tendría si no escribiese! La pipa y la pluma son las dos salvaguardias de mi moralidad, virtud que se disuelve en humo por los dos tubos. Venga, adiós, otra carta más a mitad de la semana próxima, al final una no tita, ¡¡¡y luego...!!!

133

[Croisset] 22 de julio de 1853, una de la madrugada del viernes.

Sí, llegaré el lunes próximo a tu casa, hacia las seis. Como he de ir dos días a Nogent, prefiero marchar ya al día siguiente, martes, y volver el miércoles por la noche. Me quedaré contigo hasta el martes de la otra semana. Mi madre habrá marchado sola a Trouville; me reuniré con ella allí. [...]

Hoy he tenido un gran éxito. Sabes que ayer tuvimos el honor de recibir al señor Saint-Arnaud. Pues bien, esta mañana he encontrado en el *Journal de Rouen* una frase del alcalde dirigiéndole una alocución, frase que yo había escrito la víspera textualmente en la *Bovary* (en el discurso de un gobernador, durante unos comicios agrícolas). No solamente era la misma idea, las mismas palabras, sino las mismas asonancias de estilo. No oculto que son cosas que me dan gusto. Cuando la literatura llega a la precisión de resultados de una ciencia exacta, es cosa seria. Ya te llevaré, por lo demás, ese discurso gubernamental, y verás si no soy hábil en fabricar estilo administrativo y cocodrileo. [...]

134

Trouville, martes, nueve de la noche [9 de agosto de 1853].

Llegué aquí ayer por la tarde a las siete y media, muy cansado de las diligencias y carricoches que me habían traído. Para tomar el vapor habría tenido que salir de Ruán por la noche, a las tres.

¡Qué libro podría escribir esta noche, si la expresión fuese tan rápida como el pensamiento! Llevo treinta y seis horas navegando por los más viejos recuerdos de mi vida, y siento un cansancio casi físico. Cuando llegué ayer, el sol se ponía sobre el mar, y era como un gran disco de dulce de grosellas. Hace seis años, por la misma temporada, llegué a las

dos de la mañana, a pie, con Maxime, con la mochila a la espalda, de regreso de Bretaña. ¡Cuántas cosas desde entonces! Pero la entrada que domina a todas las demás es la que hice en 1843. Era el final de mi primer año de Derecho. Venía de París, solo. Había dejado la diligencia en Pont-l'Évêque, a tres leguas de aquí, y llegaba a pie, bajo un hermoso claro de luna, a las tres de la madrugada. Aún recuerdo la chaqueta de tela y el bastón que llevaba, y qué dilatación sentí al aspirar desde lejos el olor salado del mar. Sólo he reencontrado eso, el olor; todo lo demás ha cambiado. París ha invadido esta pobre región, llena ahora de chalés al estilo de los de Enghien. Todo está lleno de calzones de gamuza, libreas, guapos señores y hermosas damas. Esta playa, por la que me paseaba antaño sin pantalones, está adornada ahora con guardias urbanos; hay líneas de demarcación para los dos sexos.

*Naturaleza de faz serena, ¡cómo olvidas,
Y como rompes en tus metamorfosis
Los hilos misteriosos que atan nuestros corazones!*

La vida del hombre ha de ser muy larga, ya que las casas, las piedras, la tierra, todo tiene tiempo de cambiar entre dos estados de ánimo. He visto en nuestra antigua casa, la que ocupamos durante cuatro años seguidos, rocas falsas. La risa me impidió llorar. Se ha convertido en la propiedad de un agente de bolsa de París, y todo el mundo coincide en encontrar eso bellísimo.

Creo que me estoy robusteciendo en filosofía, pues este espectáculo me habría afligido hace algún tiempo. A lo mejor es porque aún no me he encontrado lo bastante solo. ¿O será porque tu impresión es aún demasiado fuerte? Estoy lleno de ti. Mi ropa blanca despide tu olor. El recuerdo de tu persona semidesnuda, con un candelabro en la mano y abrazándome en el pasillo, me persiguió ayer durante todo el día a través de mis otros recuerdos, que echaban a volar desde todas las matas del camino, al balanceo de la diligencia. En el tren me encontré a Bouilhet. Almorzamos y cenamos juntos en Croisset. Nos acostamos temprano; yo me caía de sueño. Nos despedimos ayer a las once de la mañana. ¿Qué hiciste todo el día, mientras yo miraba el trigo que segaban, y el polvo, y los árboles verdes? ¿Cómo pasaste el domingo? Querría escribirte una carta buena y larga, pero tengo mucho sueño, aunque no son las diez. He traído aquí algunos libros que leeré poco, y mis guiones de la *Bovary*, en los que trabajaré mediocrementemente. Voy a comer, a fumar, a bostezar al sol, y sobre todo a dormir. A veces tengo grandes necesidades de sueño

durante varios días, y prefiero un barbecho completo que media labranza.
[...]

135

[Trouville] Domingo 14, a las cuatro [14 de agosto de 1853].

Cae la lluvia, las velas de las barcas bajo mis ventanas son negras, pasan aldeanas con paraguas, gritan los marinos, ¡y me aburro! Me parece que hace diez años que te dejé. Mi existencia, como un pantano dormido, es tan tranquila, que el menor acontecimiento que cae en él provoca círculos incontables, y la superficie, como el fondo, tarda mucho en recobrar su serenidad. Los recuerdos que encuentro aquí a cada paso son como piedras que ruedan sobre una pendiente suave hacia una gran sima de amargura que llevo en mí. El fango se remueve; melancolías de todas clases, como sapos interrumpidos en su sueño, sacan la cabeza del agua y forman una extraña música; escucho. ¡Ah, qué viejo soy, qué viejo soy, pobre y querida Louise!

Encuentro aquí a la buena gente que conocí hace diez años. Llevan las mismas ropas, las mismas caras; sólo que las mujeres han engordado, y los hombres han encanecido un poco. ¡Me dejaba estupefacto la inmovilidad de todos estos seres! Por otra parte, han construido casas, han ensanchado el muelle, han trazado calles, etc. Acabo de volver a casa, azotando la lluvia y con cielo gris, al son de la campana que tocaba vísperas. Habíamos estado en Deauville (una granja de mi madre). ¡Cómo me fastidian los campesinos, y qué poco hecho estoy para ser propietario! Al cabo de tres minutos la compañía de estos salvajes me harta. Siento un hastío idiota invadirme como una marea. La capa de plomo que Dante promete a los hipócritas no es nada si se compara con la pesadez que me aplasta el cráneo. ¡Mi hermano, su mujer y su hija han venido a pasar el domingo con nosotros! Ahora están recogiendo conchas, envueltos en impermeables, y se divierten mucho. Yo también me divierto mucho a la hora de las comidas, pues como una enfermedad de caldereta. Duermo unas doce horas con bastante regularidad todas las noches, y de día fumo pasablemente. El escaso trabajo que hago es preparar el programa de la clase de historia que le daré a mi sobrina, una vez de regreso en Croisset. En cuanto a la *Bovary*, imposible siquiera el pensar en ella. He de estar en mi casa para escribir. Mi libertad de espíritu depende de mil circunstancias accesorias, muy miserables, pero muy importantes. Estoy muy contento de saber que ya estás en marcha con *La sirvienta*. ¡Qué ganas tengo de ver eso!

Ayer pasé una hora larga mirando a las señoras bañarse. ¡Qué cuadro!

¡Qué cuadro repulsivo! Antes aquí la gente se bañaba sin distinción de sexos. Pero ahora hay separaciones, postes, redes para impedir, un inspector de librea (¡qué cosa tan atroz y lúgubre es lo grotesco!). Así que ayer, desde la plaza donde me hallaba, de pie, con las gafas en la nariz, a pleno sol, estuve mirando a las bañistas largo tiempo. El género humano ha tenido que volverse completamente imbécil para perder hasta ese punto toda noción de elegancia. ¡Nada es más lamentable que esos sacos en que las mujeres embuten sus cueros, que esos gorros de hule! ¡Qué caras! ¡Qué andares! ¡Y los pies! Rojos, flacos, con juanetes, durezas, deformados por los botines, largos como lanzaderas o anchos como paletas. Y en medio de todo ello, mocosos con humores fríos, llorando, gritando. Más lejos, abuelitas haciendo punto y señooores con gafas de oro, leyendo el diario y, de vez en cuando, entre dos líneas, saboreando la inmensidad con aire de aprobación. Me dieron ganas, durante toda la tarde, de escaparme de Europa e irme a vivir a las islas Sandwich o a las selvas de Brasil. Allá, al menos, las playas no están manchadas por pies tan mal hechos, por individualidades tan fétidas.

Anteayer, en el bosque de Touques, en un lugar encantador cerca de una fuente, encontré colillas de puro apagadas y migas de empanada. ¡Habían ido allí de excursión! ¡Hace once años que escribí eso en Noviembre! Entonces era puramente imaginado, y el otro día se comprobó. Todo lo que inventamos es verdadero, puedes estar segura. La poesía es algo tan preciso como la geometría. La inducción vale tanto como la deducción, y además, llegado a cierto punto, uno ya no se equivoca en todo lo tocante al alma. Mi pobre *Bovary*, sin duda, sufre y llora en veinte aldeas de Francia a la vez, a esta misma hora.

Vi una cosa que me emocionó, el otro día, y en la que yo no pintaba nada. Habíamos ido a una legua de aquí, a las ruinas del castillo de Lassay (este castillo se construyó en seis semanas para Madame Du Barry, que había tenido la idea de venir a tomar baños de mar a esta región). Ya no queda de él más que una escalinata, una gran escalinata Luis XV, unas ventanas sin cristales, un muro, y viento, ¡viento! Está sobre una meseta a la vista del mar. Al lado hay una casucha de campesinos. Entramos para que bebiera leche Liline, que tenía sed. El jardincillo tenía bonitas malvarrosas que subían hasta el tejado, judías, un caldero lleno de agua sucia. En los alrededores gruñía un puerco (como en tu *Jeanneton*), y más lejos, más allá del cercado, potros en libertad pastaban y relinchaban con sus grandes crines flotantes que se movían al viento del mar. En las paredes interiores de la choza, ¡una imagen del Emperador y otra de Badinguet! Yo iba a hacer, sin duda, alguna broma, cuando vi en un rincón cerca de la

chimenea, medio paralítico, a un anciano sentado, flaco, con barba de quince días. ¡Por encima de su sillón, sujetas a la pared, había dos charreteras de oro! El pobre viejo estaba tan inválido que tenía dificultad para agarrarse. Nadie le prestaba atención. Allá estaba rumiando, gimiendo, comiendo directamente de un cuenco lleno de habas. El sol daba en los anillos de hierro que rodean los baldes y le hacía guiñar los ojos. El gato, a lengüetadas, bebía leche de un barreño en el suelo. Y eso era todo. A lo lejos, el ruido impreciso del mar. Pensé que, en ese medio-sueño perpetuo de la vejez (que precede al otro, y que es como la transición de la vida a la nada), el hombrecillo sin duda volvía a ver las nieves de Rusia o las arenas de Egipto. ¿Qué visiones flotaban ante aquellos ojos alelados? ¡Y qué ropa! ¡Qué chaqueta remendada y limpia! La mujer que nos servía (su hija, creo) era una comadre de cincuenta años, de falda corta, con pantorrillas como los balaustres de la plaza Luis XV, y tocada con un gorro de algodón. Iba y venía con sus medias azules y sus voluminosas enaguas, y Badinguet, espléndido en medio de todo aquello, erguido sobre un caballo amarillo, tricornio en mano, saludaba a una cohorte de inválidos cuyas patas de palo estaban todas bien alineadas. La última vez que había venido yo al castillo de Lassay era con Alfred [Le Poittevin]. Aún me acordaba de la conversación que habíamos tenido y de los versos que recitábamos, de los proyectos que hacíamos...

¡Cómo se descojona de nosotros la naturaleza! ¡Y qué jeta impasible tienen los árboles, la hierba y las aguas! La campana del paquebote de El Havre suena tan encarnizadamente que me interrumpo. ¡Qué jaleo provoca la industria en el mundo! ¡Qué cosa escandalosa es la máquina! A propósito de industria, ¿has pensado alguna vez en la cantidad de profesiones idiotas que engendra y en la masa de estupidez que, a la larga, ha de provenir de ella? ¡Sería una estadística espantosa de hacer! ¿Qué puede esperarse de un pueblo como el de Manchester, que se pasa la vida haciendo alfileres? ¡Y la confección de un alfiler exige cinco o seis especialidades diferentes! Al subdividirse el trabajo, nacen, pues, junto a las máquinas, cantidades de hombres-máquina. ¡Qué función la de revisor en el ferrocarril o la de ajustador en una imprenta!, etc., etc. Sí, la humanidad vira a lo estúpido. Leconte tiene razón: nos lo ha formulado de un modo que jamás olvidaré. Los señadores de la Edad Media eran hombres distintos a los activos de los tiempos modernos.

La humanidad nos odia, no la servimos y la odiamos, pues nos hiere. ¡Amémonos, pues, en el Arte, como los místicos se aman en Dios, y que todo palidezca ante este amor! ¡Que las demás candelas de la vida (apestan todas) desaparezcan ante ese gran sol! En las épocas en que

todo lazo está roto, y en que la Sociedad no es más que un vasto bandidaje (palabra gubernamental) más o menos bien organizado, cuando los intereses de la carne y del espíritu, como lobos, se apartan unos de otros y aullan por separado, hay que prepararse, pues, como todo el mundo, un egoísmo (sólo que más hermoso) y vivir en la propia guarida. Yo, de día en día, siento operarse en mi corazón un alejamiento de mis semejantes que va ensanchándose, y estoy contento de ello, pues mi facultad de aprehensión hacia lo que me es simpático va en aumento, debido a ese mismo alejamiento. Me he precipitado sobre el bueno de Leconte con sed. Al cabo de tres palabras que le he oído decir, lo quería con un afecto del todo fraternal. Los amantes de lo Bello somos todos unos proscritos. ¡Y qué alegría cuando se encuentra uno a un compatriota en esta tierra de exilio! Esta es una frase que huele un poco a Lamartine, querida señora. Pero ya sabe que lo que mejor siento es lo que peor digo (¡qué de ques!) Dígale, pues, al amigo Leconte que lo aprecio mucho, que ya he pensado en él mil veces. Aguardo con impaciencia su gran poema céltico. La simpatía de hombres como él es buena de recordar en los días de desánimo. Si la mía le ha causado la misma satisfacción, estoy contento. Le escribiría a gusto, pero no tengo nada en absoluto que decirle. Una vez de regreso en Croisset, excavaré en la *Bovary* ciegamente. Déle pues, de mi parte, el mejor apretón de manos posible.

Aún no he escrito a Bouilhet desde hace ya ocho días que llevo aquí, y no he tenido noticias suyas. Temo, pobre Louise mía, herirte (aunque es bueno nuestro sistema de no ocultarnos nada); pues bien, no me mandes tu fotografía. Odio las fotografías en la proporción en que me gustan los originales. Nunca me parecen auténticas. ¿Es la fotografía tomada de tu grabado? Tengo el grabado que está en mi dormitorio. Es una cosa bien hecha, bien dibujada, bien grabada, y que me basta. Este procedimiento mecánico, sobre todo aplicado a ti, me irritaría más que producirme placer. ¿Comprendes? Esta delicadeza la llevo bastante lejos, pues jamás consentiría que hiciesen mi retrato en fotografía. Max lo hizo, pero yo llevaba un traje nubio, de cuerpo entero, y visto de muy lejos en un jardín.

Las lecturas que hago por la noche, detalles de costumbres sobre los diversos pueblos de la tierra (en uno de los libros que he comprado en París), me producen deseos singulares. Tengo ganas de ver a los lapones, la India, Australia. ¡Qué hermosa es la tierra! ¡Y morirse sin haber visto ni la mitad, sin haber sido arrastrado por renos, llevado por elefantes, balanceado en un palanquín! Lo pondré todo en mi cuento oriental. Ahí colocaré mis amores, como pondré mis odios en el prefacio del Diccionario.

¿Sabes que nunca he hecho una estancia tan larga en París, y que nunca lo he pasado tan bien? Hoy hace quince días, a esta hora, volvía de Chaville y llegaba a tu casa. ¡Qué lejos está ya eso! Hay algo detrás de nosotros que arrastra hacia la lejanía los objetos desaparecidos, con la rapidez de un torrente que pasa. La dificultad que tengo ahora para concentrarme procede sin duda de esas dos interrupciones sucesivas. El movimiento está detenido. Lejos de mi mesa [de trabajo] estoy hecho un estúpido. La tinta es mi elemento natural. ¡Qué hermoso líquido, además, ese elixir sombrío! ¡Y qué peligroso! ¡Cómo se ahoga uno en él! ¡Cómo atrae! [...]

136

[Trouville] Domingo a las once, y lunes, 21 y 22 de agosto de 1853.

[...] Te has equivocado extrañamente sobre lo que yo decía con relación a Leconte. ¿Por qué quieres que no sea yo sincero en todas estas cuestiones? No puedo (y sobre todo contigo, a riesgo de las deducciones forzadas y lejanas alusiones que sacas) disfrazar mi pensamiento. En estas cosas expreso lo que a mí me parece la regla. ¿Por qué quieres siempre entrar en ella? Cuando hablo de mujeres, te pones en fila. Haces mal; me incomoda. Había dicho que Leconte me parecía necesitar el elemento alegre en su vida. No había insinuado que necesitaba una modistilla. ¿Me tomas por un partidario de los amores ligeros, como J.-P. de Béranger? Como a ti, la castidad absoluta me parece preferible (moralmente) al desenfreno. Sin embargo, el desenfreno (si no fuera mentira) sería algo hermoso, y es bueno, si no practicarlo, al menos soñarlo. ¿Que se cansa uno pronto de él? De acuerdo. Y los condicionales que me planteas a este respecto ni siquiera pueden aplicarse, pues esas pobres criaturas, de las que siempre hablas con un desprecio un poco burgués, exhalan para mí tal perfume de aburrimiento que ahora, por mucho que me esfuerzase, mis sentidos se niegan. Pero todo el mundo no ha pasado por ti. (No te preocupes del porvenir, anda; siempre seguirás siendo la legítima.) Y persisto en sostener que si pudieras ofrecer a Leconte algo hermoso y violento, carnalmente hablando, le haría bien. Un viento cálido tendría que disipar las brumas de su corazón. ¿No ves que ese pobre poeta está cansado de pasiones, de sueños, de miserias? Ha tenido un gran exceso de corazón; un amor pequeño le inspiraría lástima; los excesivos son peligrosos, un poco de farsa no le perjudicaría. Le deseo una querida sencilla de corazón y escasa de cabeza, muy buena chica, muy lasciva, muy hermosa, que le quiera poco y a la que él quiera poco. Necesita tomar la vida por el término medio, con el fin de que su ideal

permanezca alto. Cuando Goethe se casó con su criada, acababa de pasar por Werther, y era un hombre de una pieza, que lo razonaba todo.

Sí, sostengo (y esto, para mí, ha de ser un dogma práctico en la vida de artista) que hay que dividir la propia vida en dos partes: vivir como un burgués y pensar como un semidiós. Las satisfacciones del cuerpo y de la cabeza no tienen nada en común. Si se encuentran mezcladas, cogedlas y guardadlas. Pero no las busquéis reunidas, pues sería falso. Y esa idea de felicidad, además, es la causa casi exclusiva de todos los infortunios humanos. Reservemos la médula de nuestro corazón para dosificarla en rebanadas, y el jugo íntimo de las pasiones para embotellarlo. ¡Hagamos de todo nuestro yo un residuo sublime para alimentar a la posteridad! ¿Se sabe cuánto se pierde cada día por los derrames del sentimiento?

Se asombra uno ante los místicos, pero ahí está el secreto. Su amor, a la manera de los torrentes, no tenía más que un solo lecho, angosto, profundo, inclinado, y por eso lo arrastraba todo.

Si queréis buscar a la vez la Felicidad y la Belleza no alcanzaréis ni una ni otra, pues la segunda no llega más que mediante el sacrificio. El Arte, como el Dios de los judíos, se nutre de holocaustos. ¡Vamos, lacérate, flagélate, revuélcate en ceniza, envilece la materia, escupe sobre tu cuerpo, arráncate el corazón! Estarás solo, te sangrarán los pies, un asco infernal acompañará todo tu viaje, nada de lo que causa la alegría de los demás causará la tuya, lo que es pinchazo para ellos será rasgadura para ti, y rodarás, perdido en el huracán, con ese pequeño fulgor en el horizonte. Pero crecerá, crecerá como un sol, sus rayos de oro te cubrirán el rostro, penetrarán en ti, te verás iluminada por dentro, te sentirás ligera, toda espíritu, y después de cada sangría pesará menos la carne. No busquemos, pues, más que la tranquilidad; no le pidamos a la vida más que un sillón, y no tronos, más que satisfacción, y no embriaguez. La Pasión congenia mal con esa larga paciencia que exige el oficio. El Arte es lo bastante vasto para ocupar a un hombre entero. Distraer algo de él es casi un crimen, es un robo que se hace a la idea, una infracción al deber. Pero somos débiles, la carne es blanda y el corazón, como una ramita cargada de lluvia, tiembla con las sacudidas del suelo. Necesita uno aire, como un prisionero, te asaltan flaquezas infinitas, se siente uno morir. La prudencia consiste en arrojar por la borda la parte más pequeña del cargamento, para que el navio flote cómodamente.

A ti te quiero como nunca he querido, y como no querré. Eres y seguirás siendo la única, y sin comparación con ninguna otra. Es algo complejo y profundo, algo que me tiene cogido por todas partes, que halaga todos mis apetitos y acaricia todas mis vanidades. Tu realidad casi desaparece. ¿Por

qué, cuando pienso en ti, te veo a menudo con otras ropas que las tuyas? La idea de que eres mi amante me viene rara vez, o al menos no te formulas ante mí por eso. Contemplo (como si lo viera) tu rostro todo iluminado por la alegría cuando leo tus versos admirándote, cuando adoptas una expresión radiante de ideal, de orgullo y de enternecimiento. Si pienso en ti, en la cama, es tendida, con un brazo flexionado, completamente desnuda, un bucle más alto que otro y mirando al techo. Me parece que puedes envejecer, volverte fea incluso, y que nada te cambiará. Hay un pacto entre nosotros dos, independiente de nosotros. ¿No he hecho todo para dejarte? ¿No lo has hecho todo para amar a otros? Hemos vuelto uno con otro porque estábamos hechos uno para el otro. Te amo con todo el corazón que me queda, con los jirones que he conservado. Sólo querría amarte más con el fin de hacerte más feliz, ya que te hago sufrir, yo que querría ver cumplirse todos tus deseos.

Has acusado estos días a los fantasmas de Trouville; pero te he escrito mucho desde que llegué a Trouville, y el retraso más largo del que soy culpable ha sido de seis días (ordinariamente, no te escribo más que todas las semanas). ¿Es que no te has dado cuenta de que aquí, precisamente, recurría a ti, en medio de la soledad íntima que me rodea? Todos mis recuerdos de juventud gimen bajo mis pasos, como las conchas de la playa. Cada ola del mar que veo derrumbarse despierta en mí resonancias lejanas. Oigo gruñir los días pasados y apretujarse como olas toda la serie interminable de pasiones desaparecidas. Recuerdo los espasmos que tenía, tristezas, codicias que silbaban a ráfagas, como el viento en los cordajes, y anchos deseos vagos que giraban en torbellino en la oscuridad, como una bandada de gaviotas salvajes en un nubarrón de tormenta. ¿Y en quién quieres que descanse, si no es en ti? Mi pensamiento, fatigado de todo este polvo, se recuesta así sobre tu recuerdo, más blandamente que sobre un retazo de césped. El otro día, a pleno sol, completamente solo, hice seis leguas a pie por la orilla del mar. Me llevó toda la tarde. Volví ebrio, de tantos olores que había aspirado, y tanto aire libre. Arranqué varec, recogí conchas y me tendí de espaldas sobre la arena y la hierba. Crucé las manos sobre mis ojos y miré las nubes. Me aburrí, miré las amapolas, me dormí cinco minutos en la duna. Me despertó una lluvia fina. A veces oía el canto de un ave que cortaba intermitentemente el ruido del mar. A veces un arroyuelo, filtrándose a través del acantilado, mezclaba su suave chapoteo con el gran golpear de las aguas. Volví cuando el sol poniente doraba las ventanas del pueblo. Había marea baja. El martillo de los carpinteros resonaba sobre la carcasa de las embarcaciones en seco. Olía a alquitrán y a ostras.

Observación de moral y de estética. Un buen hombre de aquí, que fue alcalde durante cuarenta años, me decía que a lo largo de ese espacio de tiempo no había visto más que dos condenas por robo, en una población que es de tres mil habitantes. Me parece algo luminoso. Los marinos, ¿son de otra pasta que los obreros? ¿Cuál es la razón de eso? Creo que hay que atribuirlo al contacto de lo grande. Un hombre que tiene siempre ante la vista tanta extensión como puede recorrer el ojo humano debe obtener de esa frecuentación una serenidad desdeñosa (véase el despilfarro de los marinos de cualquier grado, su despreocupación por la vida y por el dinero). Creo que en ese sentido es donde hay que buscar la moralidad del Arte. Será, pues, como la naturaleza, moralizador por su elevación virtual, y útil por lo sublime. La visión de un trigal es algo que alegra más al filántropo que la del Océano, pues está convenido que la Agricultura empuja a las buenas costumbres. Pero ¡qué mequetrefe es un carretero junto a un marino! El ideal es como el sol. Él, completamente solo, se traga todas las porquerías de la tierra.

No somos algo más que en virtud del elemento que respiramos, únicamente. Tú me agradeces los consejos que te doy desde hace dos años, porque en dos años has hecho grandes progresos. Pero mis consejos no valen cuatro perras. Solamente has adquirido la Religión y, como gravitas ahí adentro, has subido. Creo que si se mirase siempre a los cielos terminaría uno por tener alas.

He vuelto a tener trato (me lo he encontrado en el muelle) con el señor Cordier, caballero de estos pagos, ex-sub-gobernador de Pont-l'Évêque bajo Luis Felipe, ex-diputado reaccionario, ex-miembro de la *parlôte* de Orsay, ex-auditor en el Consejo de Estado, un joven correctísimo, doctor en Derecho, hermosa fortuna (hijo de un extratante de bueyes), que frecuenta en París la alta sociedad, amigo del señor Guizot, y que toca, dicen, muy bonitamente el violín. Lo conocí hace tiempo aquí, y en París en casa de Toirac (puedes calibrar qué ingenio).

Lunes.

Se ha mandado construir un chalet encantador que da que hablar en la región. El exterior es verdaderamente digno de un hombre de buen gusto; pero es tan señorial por dentro, que resulta atroz. Se le ha ocurrido decorar su salón con marinas pintadas al fresco (¡marinas frente al mar!). Todo está pintarrajeado, dorado, candelabrado. Es pomposo y tosco. La pataza del boyero hace crujir el guante blanco del señorón. Allá vive, rabiando por no ser gobernador, aburriéndose mucho, fingiendo divertirse, y aspirando a la heredera como la nariz del tío Aubry a la tumba. Palabras: «He

renunciado a las vanidades, desprecio el mundo, ya no me ocupo más que de arte». ¡Ocuparse de arte es tener vidrieras de colores en la escalera, con muebles de roble de estilo Luis XIII! En su dormitorio he visto tomos de Fourier: «Es bueno (decía él) leer de todo. ¡Hay que admitirlo todo, aunque no sea más que para refutar a esos muchachos! ¡Y ya ha podido usted ver en el Parlamento cómo las gastaba yo con ellos!». En el Parlamento se ha ocupado mucho de la cuestión de la carne, y ha hecho incluso, a sus propias expensas y acompañado de otros muy sesudos (o muy bocazas), un viaje a Alemania con el fin de estudiar el buey. Cuando se hubo vestido (cenaba fuera), salimos juntos. Al pedir yo fuego para encender un puro, me hizo entrar en la cocina. «Tengo sed, ve a buscarme un vaso de sidra», ordenó a una especie de vaquerito que allí estaba. El niño subió al hermoso comedor y volvió con dos vasos y una garrafa de cristal. «Demonios coronados, jodido imbécil, te he dicho en un vaso de cocina». ¡Estaba exasperado!, y mostrándome él mismo los dos vasos (que bien valían tres o cuatro francos la pieza), dijo: «Sería un fastidio romperlos; vea el filete. He encargado unos vasos artísticos. Tengo empeño en que, en mi casa, todo tenga un sello particular». Después de su cena tenía que ir a hacer visitas, a bailar en el salón de los Baños, a jugar al *whist* en casa de la señora Pasquier, ¡y durante diez minutos no había dejado de hablarme de la soledad!

Esta es la raza común de la gente que está a la cabeza de la Sociedad. ¡En qué lodazal chapoteamos! ¡Qué nivel! ¡Qué anarquía! La mediocridad se cubre de inteligencia. Hay recetas para todo, mobiliarios deliberados y que dicen: «Mi dueño ama las artes. Aquí tenemos un alma sensible. ¡Está usted en casa de un hombre serio!». ¡Qué discursos! ¡Qué lenguaje! ¡Qué vulgaridad! ¿Dónde ir a vivir, misericordia divina? San Policarpo acostumbraba a repetir, tapándose los oídos y escapando del lugar en que se hallaba: «¡En qué siglo me has hecho nacer, Dios mío!». Me estoy volviendo como San Policarpo.

La estupidez de cuanto me rodea se añade a la tristeza de mi sueño. Poca alegría, en suma. Necesito estar de regreso en casa, y reanudar la *Bovary* con furia. No puedo pensar en ella; aquí, todo trabajo me es imposible.

Releo mucho a Rabelais; fumo considerablemente. ¡Qué hombre ese Rabelais! Cada día descubrimos en él cosas nuevas. Adquiere ya, pobre Musa, el hábito de leer todos los días un clásico. Si te predico eso incesantemente, querida amiga, es porque creo saludable esa higiene.

En este momento estoy muy impedido por un reuma en el cuello que ayer tenía un poco, pero que ha vuelto hoy con más fuerza. Son las lluvias de

Grecia que vuelven a subirme. ¡Tuve tantas, durante tres semanas! No obstante, acabo de clavar tu cajita. La enviaré mañana, y cerraré esta carta al mismo tiempo. Pienso que recibirás la caja el jueves, a más tardar; ¿no es el día de tu santo? No lo sé, pues no tengo calendario. Nos vamos de aquí del miércoles próximo (pasado mañana) en ocho. Iremos un día a Pont-l'Évêque, otro a El Havre, y estaremos de regreso en Croisset el sábado, que será día tres. [...]

137

[Trouville] Viernes, once de la noche [26 de agosto de 1853].

Ésta es probablemente mi última carta de Trouville. Estaremos dentro de ocho días en El Havre, y el sábado en Croisset. A mediados de la semana próxima te mandaré una notita. El sábado por la noche, en Croisset, te escribiré si Bouilhet no está. Trata de que yo tenga una carta tuya el sábado, o mejor el domingo por la mañana. Así será un buen retorno. ¡Que tunda de trabajo voy a darme, una vez de regreso! Estas vacaciones no han sido inútiles; me han refrescado. Hacía dos años que apenas había tomado el aire; lo necesitaba. Además, me he vuelto a sumergir un poco en la contemplación de las aguas, de la hierba y del follaje. Escritores que somos, inclinados siempre sobre el Arte, apenas tenemos con la naturaleza más que comunicaciones imaginativas. A veces hay que mirar a la luna o al sol de frente. La savia de los árboles nos entra en el corazón a través de las largas miradas estúpidas que les dirigimos. Así como las ovejas que comen tomillo en los prados tienen después la carne más sabrosa, algo de los sabores de la naturaleza ha de penetrar en nuestro espíritu, si se ha revolcado bien sobre ella. Sólo hace ocho días, como mucho, que empiezo a estar tranquilo y a saborear con sencillez los espectáculos que veo. Al principio estaba atontado; después estuve triste, me aburría. Apenas me acostumbro, hay que marcharse. Camino mucho, me reviento con deleite. Yo que no puedo aguantar la lluvia, estuve esta tarde empapado hasta los huesos, casi sin darme cuenta. Y cuando me vaya de aquí me entristeceré. ¡Siempre es la misma historia! Sí, empiezo a librarme de mí mismo y de mis recuerdos. Los juncos que azotan mis zapatos al pasar por la duna, al atardecer, me divierten más que mis ensueños (estoy tan lejos de la *Bovary* como si en mi vida hubiese escrito una línea de ella).

Aquí me he resumido mucho, y ésta es la conclusión de esas cuatro semanas de holganza: adiós, es decir, adiós y para siempre a lo personal, a lo íntimo, a lo relativo. Mi viejo proyecto de escribir más adelante mis Memorias me ha abandonado. Nada de lo tocante a mi persona me tienta.

Los afectos de la juventud (por hermosos que pueda volverlos la perspectiva del recuerdo, e incluso entrevistados de antemano bajo los fuegos de Bengala del estilo) ya no me parecen bellos. ¡Quede muerto todo eso, y que nada resucite! ¿Para qué? Un hombre no vale más que una pulga. Nuestras alegrías, como nuestros dolores, han de absorberse en nuestra obra. En las nubes no se reconocen las gotas de agua del rocío que el sol eleva hasta allí. Evaporaos, lluvia terrestre, lágrimas de los días de antaño, y formad en los cielos gigantescas volutas, todas penetradas de sol.

Ahora estoy devorado por una necesidad de metamorfosis. Querría escribir todo lo que veo no tal como es, sino transfigurado. La narración exacta del hecho real más magnífico me resultaría imposible. Aún tendría que bordarlo.

Las cosas que mejor he sentido se ofrecen a mí traspuestas a otros países y experimentadas por otras personas. Así, cambio las casas, los trajes, el cielo, etc. ¡Ah, qué prisa tengo por librarme de la *Bovary*, de Anubis y de mis tres prefacios (es decir, de las tres únicas veces, que formarán una sola, en que habré escrito crítica)! ¡Cómo me urge haber acabado con todo esto para lanzarme a cuerpo descubierto a un asunto vasto y limpio! Tengo comezones de epopeya. Querría grandes historias a pico, y pintadas de arriba abajo. Mi cuento oriental me vuelve a vaharadas; me llegan de él olores vagos, que me dilatan el alma.

No escribir nada y soñar con obras hermosas (como hago ahora) es algo encantador. Pero ¡qué caras se pagan más tarde esas voluptuosas ambiciones! ¡Qué hundimientos! Yo debería ser prudente (pero no habrá nada que me corrija). La *Bovary*, que habrá sido para mí un ejercicio excelente, quizá me sea funesta después como reacción, pues me habrá inspirado (esto es débil e imbécil) un asco extremado por los asuntos de ambiente vulgar. Por eso me cuesta tanto escribir ese libro. Necesito grandes esfuerzos para imaginarme a mis personajes, y luego para hacerles hablar, ya que me repugnan profundamente. Pero cuando escribo algo de mis entrañas, va aprisa. No obstante, ahí está el peligro. Cuando se escribe algo de uno mismo, la frase puede ser buena a ráfagas (y las mentalidades líricas consiguen fácilmente el efecto, siguiendo su inclinación natural), pero falta el conjunto, abundan las repeticiones, las redundancias, los lugares comunes, las locuciones banales. Cuando se escribe, al contrario, una cosa imaginada, como entonces todo debe dimanar de la concepción, y como la más pequeña coma depende del plan general, la atención se bifurca. A la vez, es preciso no perder de vista el horizonte, y mirar a los pies de uno. El detalle es atroz, sobre todo cuando

uno ama el detalle, como yo. Las perlas componen el collar, pero es el hilo el que lo hace. Ensartar las perlas sin perder ni una y sujetar siempre el hilo con la otra mano, ahí está la malicia. Nos extasiamos ante la *Correspondencia* de Voltaire. ¡Pero jamás fue capaz más que de eso, el gran hombre!, es decir, de exponer su opinión personal; y en él eso fue todo. De ahí que resultara lamentable en el teatro y en la poesía pura. Novelas hizo una, que es el resumen de todas sus obras, y el mejor capítulo de *Candide* es la visita a casa del señor Pococurante, donde Voltaire expresa de nuevo su opinión personal sobre casi todo. Esas cuatro páginas son una de las maravillas de la prosa. Eran la condensación de sesenta tomos escritos y de medio siglo de esfuerzos. Pero yo habría desafiado con gusto a Voltaire a que hiciese solamente la descripción de uno de esos cuadros de Rafael de los que se burla. Lo que a mí me parece lo más elevado del Arte (y lo más difícil) no es hacer reír, ni llorar, ni poner cachondo o enfurecer, sino obrar al modo de la naturaleza, es decir, hacer soñar. Por eso las obras muy hermosas poseen ese carácter. Son serenas de aspecto e incomprensibles. En cuanto al procedimiento, son inmóviles como acantilados, encrespadas como el Océano, llenas de frondosidad, de verde y de murmullos como los bosques, tristes como el desierto, azules como el cielo. Homero, Rabelais, Miguel Ángel, Shakespeare, Goethe, me parecen despiadados. Lo suyo es sin fondo, infinito, múltiple. A través de pequeñas aberturas se divisan precipicios; abajo hay negrura, vértigo. ¡Y sin embargo, algo singularmente suave flota sobre el conjunto! Es el resplandor de la luz, la sonrisa del sol, y es algo tranquilo, tranquilo, y fuerte, y lleva banderolas como el buey de Leconte.

¡Qué pobre creación, por ejemplo, la de Fígaro, al lado de Sancho! Cómo nos lo imaginamos sobre su burro, comiendo cebollas crudas y espoleando al rucio, mientras charla con su amo. Cómo vemos esas rutas de España, que no están escritas en parte alguna. Pero ¿dónde está Fígaro? En la Comédie-Francaise. Literatura de sociedad.

Pues creo que hay que odiarla. Yo, ahora, la odio. Me gustan las obras que huelen a sudor, aquellas en que se ven los músculos a través de la ropa, y que caminan descalzas, lo que es más difícil que llevar botas, botas que son moldes para uso de gotosos: en ellas oculta uno sus uñas torcidas, con toda clase de deformidades. Entre los pies del Capitán o los de Villemain y los pies de los pescadores de Nápoles está toda la diferencia de las dos literaturas. Una ya no tiene sangre en las venas. Los juanetes parecen reemplazar a los huesos. Es el resultado de la edad, del agotamiento, del bastardeo. Se esconde bajo cierta horma embetunada y

convenida, remendada y que cala el agua. Esta horma está llena de bramantes y de engrudo. Es algo monótono, incómodo, fastidioso. Con ella no se puede subir a las alturas, ni bajar a las profundidades, ni salvar las dificultades (¿no se deja, en efecto, a la entrada de la ciencia, donde hay que ponerse zuecos?). Solamente sirve para andar por la acera, por caminos trillados y sobre el parqué de los salones, donde ejecuta crujiditos coquetones que irritan a la gente nerviosa. Por mucho que le den charol los gotosos, nunca será más que piel de becerro curtida. ¡Pero la otra! La otra, la del buen Dios, está ennegrecida de agua de mar y tiene las uñas blancas como el marfil. Es dura a fuerza de caminar sobre las rocas. Es hermosa a fuerza de caminar sobre la arena. En efecto, por la costumbre de hundirse blandamente en ella, el perfil del pie se ha desarrollado poco a poco según su tipo; ha vivido según su forma, y ha crecido en su ambiente más propicio. Así que, ¡cómo se apoya sobre la tierra, cómo separa los dedos, cómo corre, qué cosa tan hermosa es!

¡Lástima que no sea yo profesor en el «Collège de France»! Daría un curso completo sobre esa gran cuestión de las botas comparadas con las literaturas. «Sí, la bota es un mundo», diría yo, etc. ¡Qué bonitas comparaciones podrían hacerse con el coturno, la sandalia, etc.!

¡Qué bonita palabra, sandalia! Y qué impresionante, ¿verdad? Las que tienen punteras remangadas hacia arriba, como crecientes de luna, y están cubiertas de lentejuelas destelleantes, aplastadas por adornos magníficos, se parecen a poemas indios. Vienen del Ganges. Con ellas se camina por las pagodas, por suelos de áloe ennegrecidos por el humo de las cazoletas, y, como huelen a almizcle, se arrastran en los harenes sobre tapices de arabescos desordenados. Hacen pensar en himnos interminables, en amores ahitos... A la *marcoub* del *fellah*, redonda como un pie de camello, amarilla como el oro, de gruesas costuras y que oprime los tobillos, calzado de patriarca y de pastor, le va bien el polvo. ¿Acaso no está toda China en un zapato de mujer adornado con damasco rosa y que lleva gatos bordados en el empeine?

En el entrelazado de las cintas en los pies del Apolo del Belvedere, el genio plástico de los griegos exhibió todas sus gracias. ¡Qué combinaciones del adorno y del desnudo! ¡Qué armonía del fondo y de la forma! ¡Qué bien está hecho el pie para el calzado, o el calzado para el pie!

¿No hay una relación evidente entre los duros poemas de la Edad Media (a menudo monorrimos) y los zapatos de hierro de una sola pieza que llevaban entonces las gentes de armas, espuelas de seis pulgadas de longitud con formidables rodajas, frases fastidiosas y erizadas?

Los zapatos de Gargantúa estaban hechos con «cuatrocientas seis varas de terciopelo carmesí, lindamente recortadas en líneas paralelas, unidas en cilindros uniformes». Ahí veo la arquitectura del Renacimiento. Las botas Luis XIII, anchas de boca y llenas de cintas y borlas como un tiesto lleno de flores, me recuerdan el palacio de Rambouillet, Scudéry, Marini. Pero al lado está una larga espada española de empuñadura romana: Corneille.

En tiempos de Luis XIV, la literatura tenía las medias bien tensadas; eran de color pardo. Se veía la pantorrilla. Los zapatos eran de punta cuadrada (La Bruyère, Boileau), y había también algunas botas fuertes a la amazona, calzado robusto de corte grandioso (Bossuet, Molière). Luego se arregla el extremo del pie en punta, literatura de la Regencia (*Gil Blas*). Se economiza el cuero, y la forma o la horma (¡qué chiste!) se lleva a tal exageración de antinaturalismo, que casi se llega a China (salvo la fantasía, por lo menos). Es empalagoso, ligero, afectado. El tacón es tan alto que falta el equilibrio; ya no hay base. Y por otra parte, se rellena la pantorrilla, llenado filosófico flaccido (Raynal, Marmontel, etc.). Lo académico expulsa a lo poético; reinado de las hebillas (pontificado de Monseñor de La Harpe). Y ahora estamos entregados a la anarquía de los zapateros remendones. Hemos tenido las canilleras, los mocasines y los zapatos de punta retorcida. Oigo en las pesadas frases de los señores Pitre-Chevalier y Émile Souvestre, bretones, el ruido abrumador de los zuecos célticos. Béranger ha desgastado hasta el cordón la botina de la modistilla y Eugène Sue muestra exageradamente las innobles bocas de tacones comidos del asesino. Uno huele a grasa quemada y el otro a cloaca. Hay manchas de sebo en las frases del uno, y regueros de mierda a lo largo del estilo del otro. Han ido a buscar novedades al extranjero, pero esas novedades son viejas (trabajamos con lo viejo). Fracaso de las requetebotas a la rusa y de las literaturas laponas, valacas y noruegas (Ampère, Marmier y otras curiosidades de la *Revue des Deux Mondes*). Sainte-Beuve recoge los trapos más nulos, remienda estos harapos, desdeña lo conocido y, añadiendo hilo y cola, sigue con su pequeño comercio (renacer de los tacones rojos, estilo Pompadour y Arsène Houssaye, etc.). Así que hay que tirar al agua toda esta basura, volver a las botas fuertes o a los pies descalzos y sobre todo cortar aquí mi digresión de zapatero. ¿De dónde diablos procede? De un horrible vaso de ron que he tomado esta tarde, sin duda. Buenas noches.

Hemos regresado un día antes. Como no había vapor de El Havre a Ruán el día tres, hemos dormido esta noche en Honfleur. Para las seis ha habido que levantarse, y a las doce y media estábamos en casa.

Vuelvo a encontrarme en mi mesa, no sin cierto placer, aunque estuve muy triste en Trouville, la víspera de mi partida. Me parecía (y con razón, creo) que había estado mediocre, que no había olido, mirado, aspirado bastante. La mar, ese día, estaba más hermosa aún, toda azul, y el cielo también. ¡En fin!

He ordenado mis cosas con esa actividad de salvaje que me distingue. Todo, durante mi ausencia, había sido cepillado, encerado, barnizado (hasta mis pies de momia, que mi criado ha creído conveniente enlucir con goma). Y confieso que he reencontrado mi alfombra, mi gran sillón y mi diván con deleite. Mi lámpara arde, ahí están mis plumas. Así empieza de nuevo otra serie de días semejantes a los demás días. Así van a empezar de nuevo las mismas melancolías y los mismos entusiasmos aislados. [...]

La última vez que vine de Honfleur a Ruán por barco fue en el 47, al volver de Bretaña con Maxime. Habíamos dormido también en Honfleur. Hacía un tiempo parecido, lluvia y frío. En el vapor había dos músicas que cantaban a Loysa Puget. Hoy un guitarrista flaco maullaba una canción en la que había ... bastardo moro ... orillas del Bosforo.

¿No es curioso? Y viendo desfilas los collados, al son de las cuerdas que chirriaban, de la voz que temblaba y de las ruedas que golpeaban el agua, yo remontaba, en mi pensamiento, todo lo que ha fluido y fluido.

Ayer salimos de Pont-l'Évéque a las ocho y media de la tarde, con un cielo tan oscuro que no se veían ni las orejas del caballo. La última vez que había pasado yo por allí fue con mi hermano, en enero del 44, cuando caí, como herido de apoplejía, al fondo del cabriolé que yo guiaba, y él me creyó muerto durante diez minutos. Era una noche más o menos igual. Reconocí la casa en que me sangró, los árboles de enfrente y (maravillosa armonía de las cosas y de las ideas) en ese mismo momento pasó también un carretero por mi derecha, como cuando, hará pronto diez años, a las nueve de la noche, me sentí arrastrado de repente por un torrente de llamas...

Nada demuestra mejor el carácter limitado de nuestra vida humana que el desplazamiento. Cuanto más se sacude, más suena a hueco. Ya que, después de haberse agitado, hay que descansar; ya que nuestra actividad no es más que una repetición continua, por muy diversificada que parezca, nunca nos vemos más convencidos de la estrechez de nuestra alma que cuando nuestro cuerpo se esparce. Se dice uno:

«Hace diez años estaba aquí», y está uno ahí, y piensa las mismas cosas, y todo el intervalo está olvidado. Luego, ese intervalo se os aparece como un inmenso precipicio en que da vueltas la nada. Algo indefinido os separa de vuestra propia persona, y os clava al no-ser. Lo que demuestra quizá que envejecemos es que el tiempo, a medida que lo tenemos detrás, nos parece menos largo. Antaño un viaje de seis horas en barco de vapor (en piróscafo, como diría el farmacéutico) me parecía desmesurado; tenía abundantes dificultades. Hoy, en un abrir y cerrar de ojos ya ha pasado. Tengo recuerdos de melancolía y de sol que me quemaban todo, apoyado en esas bordas de cobre y contemplando el agua. El que domina sobre todos los demás es un viaje de Ruán a Andelys con Alfred [Le Poittevin] (tenía yo dieciséis años). Teníamos ganas de reventar, literalmente. Entonces, al no saber qué hacer, y por esa necesidad de bobadas que te asalta en los estados de desmoralización radical, bebimos aguardiente, ron, kirsch y caldo (era un arroz con grasa). En aquel barco había toda clase de elegantes señores y hermosas damas de París. Aún veo un velo verde que el viento arrancó de un sombrero de paja y que vino a enredarse en mis piernas. Un señor de pantalón blanco lo recogió... La mujer de Alfred estaba en Trouville con su nuevo marido. No la he visto.

A partir del lunes me lanzo a una *Bovary* furibunda. Tiene que funcionar; pues bien, ¡así será! Y tú, querida Musa, ¿cómo va *La sirvienta*? Tienes mucha razón en dedicarle mucho tiempo. Háblame de tu salud. ¿Tus vómitos han vuelto? Permíteme, a este respecto, un consejo que te suplico sigas. Creo que tu costumbre de no beber más que agua es detestable. Mi hermano me aseguró, hace algún tiempo, que en nuestro país era a menudo causa de cánceres de estómago. Puede que sea exagerado. Pero todo lo que sé es que mi padre, que en su oficio era un hombre de primera, preconizaba mucho el puré otoñal, como decía el viejo Rabelais. Puedes estar segura de que en un clima en que se absorbe tanta humedad, metérsela siempre en el estómago sin nada que la corrija es mala cosa. Trata durante un mes de beber agua enrojecida, o si te parece demasiado mala esa mezcla, bebe al final de tus comidas un vaso de vino puro.

Anteayer leí en la cama casi un tomo entero de la *Historia de la Restauración* de Lamartine (la batalla de Waterloo). ¡Qué hombre tan mediocre, ese Lamartine! No ha entendido la belleza del Napoleón decadente, esa rabia de gigante contra los mequetrefes que lo aplastan. Ninguna emoción, nada elevado, nada pintoresco. Incluso Alejandro Dumas habría estado sublime a su lado. Chateaubriand, más injusto, o más bien más injurioso, está muy por encima. A este respecto, ¡qué

lenguaje miserable!

¿Por qué me ronda la cabeza esta frase de Rabelais, como los barmakíes: «África siempre aporta algo nuevo»? La encuentro llena de avestruces, de jirafas, de hipopótamos, de negros y de oro en polvo. [...]

139

[Croisset] Miércoles, doce de la noche [7 de septiembre de 1853].

Esperaba aún una carta tuya, amor mío, para saber dónde enviarte ésta. Si no la recibo mañana, te la mandaré en todo caso a la calle de Sèvres. ¡Cómo te compadezco por tus dolores de muelas, y cómo admiro tu valor por haberme escrito tranquilamente en la consulta de Toirac, mientras esperabas la operación! Por lo demás, como es una muela del fondo, sólo es un disgusto a medias.

Opino que en todas las decadencias físicas las menores son las disimuladas. Por eso, la pérdida de mi cabello me fastidió realmente. Ahora ya no me importa, a Dios gracias, y hago bien, pues de aquí a dos años no sé si me quedará ni para tener un cráneo. Pero hablemos de cosas más serias, a saber, de tu régimen. Te aseguro que no tienes razón. Las carnes sustanciales no reemplazan al vino. Mejor bebe cerveza; pero el agua continuamente es mala cosa. Los dolores de estómago que tienes a veces vienen de ahí.

Soy muy escéptico en medicina pero muy creyente en higiene. Y esto es una verdad; en los climas en que el agua es buena, no hay más que eso. Por todas partes donde crece la vid, el lúpulo o la manzana, hay que alimentarse de ellos; y no me digas que no puedes cuidarte, pues eso, te lo aseguro, pobre Louise, me parecen palabras crueles. ¡Yo que querría dártelo todo, si tuviera algo (cuando pienso en tus necesidades, amor mío, y me digo que no puedo remediarlas, enrojezco en secreto como si fuese culpa mía)! ¿Es que no puedes infligirte un gasto de tres o cuatro francos por semana para tu salud? Inténtalo por algún tiempo, durante el invierno, en la época de esos fríos que te afligen, y verás.

He reanudado la *Bovary*. Desde el lunes van cinco páginas más o menos hechas; más o menos es la expresión, pues hay que volver a trabajarlas. ¡Qué difícil! Temo mucho que mis comicios sean demasiado largos. Es un punto duro. Ahí tengo a todos los personajes de mi libro en acción y en diálogo, mezclados unos con otros, y por encima un gran paisaje que los envuelve. Pero si lo logro será muy sinfónico.

Bouilhet ha terminado la parte descriptiva de sus *Fósiles*. Su mastodonte rumiando al claro de luna, en una pradera, es enormemente poético. De todos sus poemas será quizá el que más efecto cause a la generalidad del

público. Ya no le queda más que la parte filosófica, la última. A mediados del mes que viene irá a París a escoger alojamiento para instalarse a principios de noviembre. ¡Ojalá estuviera yo en su lugar! [...]

Ahora releo a Boileau, es decir, todo Boileau, y con muchas marcas de lápiz en los márgenes. Me parece verdaderamente fuerte. No se cansa uno de lo que está bien escrito. ¡El estilo es la vida! Es la sangre misma del pensamiento. Boileau es un río pequeño, poco profundo, pero admirablemente limpio y bien encauzado. Por eso esa agua no se acaba. De lo que él quiere decir, nada se pierde. ¡Pero cuánto Arte ha sido preciso para hacer eso, y con tan poco! Así, de aquí a dos o tres años, voy a releer atentamente todos los clásicos franceses y a anotarlos, trabajo que me servirá para mis *Prefacios* (mi obra de crítica literaria, ya sabes). Quiero demostrar en ellos la insuficiencia de las escuelas, sean cuales sean, y declarar efectivamente que nosotros no tenemos la pretensión de crear una, y que no hay que crearlas. Al contrario, estamos en la tradición. A mí me parece estrictamente exacto. Me tranquiliza y me anima. Lo que admiro en Boileau es lo que admiro en Hugo, y allá donde ha sido bueno el uno, el otro es excelente. No hay más que una Belleza. Es la misma por todas partes, pero tiene aspectos diferentes; está más o menos coloreada por los reflejos dominantes. Voltaire y Chateaubriand, por ejemplo, fueron mediocres por las mismas causas, etc. Trataré de mostrar por qué la crítica estética ha permanecido tan atrasada con relación a la crítica histórica y científica: le faltaba base. El conocimiento que les falta a todos es la anatomía del estilo, saber cómo se articula una frase y por dónde se sujeta. Se estudia sobre maniqués, sobre traducciones, según profesores, imbéciles incapaces de sujetar el instrumento de la ciencia que enseñan, quiero decir una pluma, y falta la vida, ¡el amor!, el amor, lo que no se da, el secreto divino, el alma, sin la cual nada se entiende.

Cuando haya terminado eso —será un trabajo de un año largo, no más (pero al menos me habré vengado literariamente, como en el *Diccionario de ideas recibidas* me vengaré moralmente)—, cuando haya terminado eso (después de la *Bovary* y de *Anubis*, en todo caso) estaré sin duda en una fase nueva, y me urge estar en ella. A mí, que escribo tan despacio, me carcomen los proyectos. Quiero hacer dos o tres largos libracos épicos, novelas en un ambiente grandioso donde la acción sea forzosamente fecunda y los detalles ricos por sí mismos, lujosos y trágicos a la vez, libros con grandes murallas pintadas de arriba abajo.

Había en la *Revue de Paris* (fragmento de Michelet sobre Danton) un juicio sobre Robespierre que me ha gustado. Señala que es, en su persona, un gobierno; y por eso lo amaron todos los gobiernómanos

republicanos. La mediocridad adora la regla; yo la odio. Contra ella, y contra toda restricción, corporación, casta, jerarquía, nivel, rebaño, siento en mí una execración que me llena el alma, y quizá es por ese lado por donde comprendo el martirio.

Adiós, hermosa ex-demócrata. Mil besos. Tuyo. Tu [...]

140

Lunes, doce y media de la noche [Croisset, 12 de septiembre de 1853].

¡Me da vueltas la cabeza de aburrimiento, de desánimo, de cansancio! He pasado cuatro horas sin poder hacer ni una frase. Hoy no he escrito ni una línea, o más bien, habré garabateado cien. ¡Qué trabajo atroz! ¡Qué fastidio! ¡Oh, el Arte, el Arte! ¿Qué es, pues, esta quimera rabiosa que nos muerde el corazón, y por qué? ¡Es una locura el tomarse tanto trabajo! ¡Ah, ya me acordaré de la *Bovary*!

Ahora siento como si tuviera hojas de cuchillo bajo las uñas, y tengo ganas de rechinar los dientes. ¡Qué estupidez! Conque a eso nos lleva este dulce pasatiempo de la literatura, esta nata batida. Choco con situaciones comunes y con un diálogo trivial. Escribir bien lo mediocre y hacer que conserve al mismo tiempo su aspecto, su corte, sus propias palabras, es verdaderamente diabólico, y veo desfilar ahora ante mí esas lindezas en perspectiva durante treinta páginas al menos. ¡Se paga caro el estilo! Recomienzo lo que hice la semana pasada. Dos o tres efectos. Bouilhet los consideró ayer fallidos, y con razón. Tengo que derribar casi todas mis frases.

No has pensado, querida Musa, en la distancia y en el tiempo. En cuanto al viaje de Gisors, nos pasaríamos el día en tren y en diligencia. Cuando se deja el tren, hace falta una hora de Gaillon a Andelys, y desde luego al menos dos desde Andelys a Gisors, lo que suma: tres, más dos de tren, cinco. Otro tanto para volver: diez. Y eso para vernos dos horas. ¡No, no! Dentro de seis semanas, en Mantes, estaremos solos y por más tiempo (por tan poco, además, no quiero a los amigos), y no merece la pena verse para no tener más que la tristeza de despedirse.

Sé lo que me cuestan las interrupciones; ahora mi impotencia me viene de Trouville. Quince días antes de ausentarme, me perturba. A toda costa tengo que calentarme, y esto ha de marchar... o reventaré. Estoy humillado, Dios, y humillado ante mí mismo por lo reacio de mi pluma. Hay que gobernarla como a los malos caballos que rehusan. Se les aprieta con todas las fuerzas, hasta casi asfixiarlos, y ceden.

Recibimos el viernes la noticia de que había muerto el tío Parain. Mi madre tenía que salir hacia Nogent, pero ha vuelto a congestionársele un

poco el pecho. Hoy se ha puesto sanguijuelas. Sigo teniendo un fondo de inquietud por ese lado. Esta muerte la esperaba. Me causará más dolor después, me conozco. Las cosas tienen que incrustarse en mí. Sólo ha añadido algo a la prodigiosa irritabilidad que tengo ahora, y que haría bien en calmar, por lo demás, pues a veces me desborda. Pero la culpa es de ese jamelgo de *Bovary*. Este asunto burgués me asquea.

¡Otro más que se ha marchado! A ese pobre tío Parain lo veo ahora en su sudario como si tuviera el ataúd en que se pudre sobre mi mesa, ante mis ojos. La idea de los gusanos que le comen las mejillas no me abandona. Por lo demás, la última vez que lo dejé me despedí para la eternidad. Cuando llegué de Nogent a tu casa había estado solo todo el tiempo en el vagón, con un sol estupendo. Volvía a ver, de pasada, las aldeas que cruzábamos antaño en silla de posta, en vacaciones, todos en familia con los demás, muertos también. Las vides eran las mismas, y las casas blancas, la larga carretera polvorienta, con los olmos podados a los lados... [...]

Leí anteayer todo un tomo del tío Michelet, el sexto de su *Revolución*, que acaba de salir. Hay brotes exquisitos, grandes palabras, cosas exactas; casi todas son nuevas. Pero no hay plan, no hay arte. No está claro, menos aún tranquilo, y la calma es la característica de la belleza, como la serenidad lo es de la inocencia, de la virtud. El reposo es una actitud de Dios. ¡Qué curiosa época! ¡Qué curiosa época! ¡Cómo se funden lo grotesco y lo terrible! Lo repito, aquí es donde el Shakespeare del futuro podrá sacar a baldes llenos. ¿Hay algo más enorme que lo del ciudadano Roland? Antes de matarse había escrito esta nota que le encontraron encima: «¡Respetad el cuerpo de un hombre virtuoso!». [...]

141

[Croisset] Medianoche del viernes [16 de septiembre de 1853].

[...] ¡Por fin, ya estoy de nuevo en marcha! Esto funciona; la máquina se recompone. No censures mi rigidez, querida Musa, sé por experiencia que sirve. Nada se obtiene sino con esfuerzo; todo tiene su sacrificio. La perla es una enfermedad de la ostra, y el estilo, quizá, la supuración de un dolor más profundo. ¿No ocurre lo mismo con la vida del artista, o más bien con una obra de Arte por realizar, que con una gran montaña por escalar? ¡Duro viaje, y que exige una voluntad encarnizada! Primero se divisa desde abajo una alta cima. En los cielos, es rutilante de pureza, amedrentadora por su altura, y te solicita, no obstante, precisamente a causa de eso. Partimos. Pero a cada rellano de la ruta crece la cima, el horizonte retrocede, y vienen los precipicios, los vértigos y los desánimos.

Hace frío, y el eterno huracán de las altas regiones te quita al pasar hasta el último jirón de tu ropa. La tierra está perdida para siempre, y la meta sin duda no se alcanzará. Es la hora en que se cuentan las fatigas, en que se miran con espanto las grietas de la piel. No se tiene más que unas ganas indomables de subir más alto, de terminar, de morir. A veces, sin embargo, llega un soplo del viento del cielo, y desvela para deslumbrarte perspectivas incontables, infinitas, maravillosas. A veinte mil pies por debajo de uno se distinguen los hombres, una brisa olímpica llena tus pulmones gigantes, y se considera uno un coloso que tiene el mundo entero como pedestal. Luego cae la niebla y se sigue a tientas, a tientas, quebrándose las uñas en las rocas y llorando en la soledad. ¡No importa! ¡Muramos en la nieve, perezcamos en el blanco dolor de nuestro deseo, al murmullo de los torrentes del Espíritu, con el rostro vuelto hacia el Sol!

Esta tarde he trabajado con emoción, han regresado mis buenos sudores, y he vuelto a vociferar como en el pasado.

¡Es muy hermoso, *Candice*! ¡Muy hermoso! ¡Qué precisión! ¿Hay manera de ser más amplio, permaneciendo a la vez tan claro? Quizá no. El maravilloso efecto de este libro depende sin duda de la naturaleza de las ideas que expresa. Como hay que escribir es así de bien, pero no así.

¿Por qué pierdes tu tiempo en releer *Graziella*, cuando hay tantas cosas que releer? ¡Esa sí que es una distracción sin disculpa, desde luego! No hay nada que sacar de semejantes obras. Hay que atenerse a las fuentes, y Lamartine es un grifo. Lo que hay de fuerte en *Manon Lescaut* es el hálito sentimental, la ingenuidad de la pasión que hace a los dos héroes tan auténticos, tan simpáticos, tan honrados, aunque sean unos bribones. Este libro es un grito del corazón; su compasión es muy hábil. ¡Qué tono de excelente sociedad! Pero yo prefiero las cosas más picantes, más destacadas, y veo que todos los libros de primer orden lo son a ultranza. Son chillones de verdad, archidesarrollados y más abundantes en detalles intrínsecos al asunto. *Manon Lescaut* es quizá el primero de los libros secundarios. Creo, contrariamente a tu opinión de esta mañana, que se puede interesar con cualquier asunto. En cuanto a crear Belleza con ellos, también lo pienso, teóricamente al menos, pero estoy menos seguro. La muerte de Virginia es muy hermosa, pero ¡cuántas otras muertes hay tan conmovedoras (porque la de Virginia es excepcional)! Lo que es admirable es su carta a Pablo, escrita desde París. Siempre me ha arrancado el corazón cuando la he leído. Estoy seguro de antemano de que se llorará menos a la muerte de mi señora *Bovary* que a la de Virginia. Pero se llorará más al marido de una que al amante de la otra, y de lo que no tengo dudas es del cadáver. Tendrá que perseguiros. La primera cualidad del

Arte y su meta es la ilusión. La emoción, que se obtiene con frecuencia mediante ciertos sacrificios de detalles prácticos, es cosa muy distinta y de orden inferior. He llorado en melodramas que no valían cuatro perras, y Goethe jamás me ha empañado el ojo, de no ser por la admiración. [...]

142

[Croisset] Medianoche del viernes [30 de septiembre de 1853].

¿Aún tienes tu muela? Hazte arrancar eso en seguida, contra lo que opine Toirac. Es una manía moderna de esos tipos. Hace diez años me ocurrió lo mismo. Preparaba mi segundo examen (otra muela), cuando me dio tal dolor, que monté en un fiacre y pedí al cochero que se detuviera en el primer rótulo de dentista. Luego, una vez sacada la muela, conté el asunto a Toirac, que me dio la razón. ¡Y llevaba quince días entreteniéndome así, y fastidiándome con un "montón de drogas! Nada peor hay en el mundo que el dolor físico, y a propósito de él, mucho más que de la muerte, soy hombre capaz «de meterme bajo la piel de un ternero para evitarlo», como dice Montaigne. El dolor tiene de malo que nos hace sentir demasiado la vida. Nos da a nosotros mismos como la prueba de una maldición que pesa sobre nosotros. Humilla, y eso es triste para gente que sólo se sostiene gracias al orgullo.

Ciertas naturalezas no sufren: la gente sin nervios. ¡Felices ellos! Pero ¡de cuántas cosas se ven también privados! Cosa extraña: a medida que nos elevamos en la escala de los seres, aumenta la facultad nerviosa, es decir, la facultad de sufrir. ¿Será lo mismo, sufrir y pensar? El genio, después de todo, no es quizá más que un refinamiento del dolor, es decir, una penetración más completa e intensa del objetivo a través de nuestra alma. La tristeza de Molière, sin duda, procedía de toda la estupidez de la humanidad que sentía comprendida en él. Sufría por los Diafoirus y los Tartufos que le entraban por los ojos hasta el cerebro. ¿Acaso el alma de un Veronés, supongo, no se empapaba de colores continuamente, como un trozo de tela incesantemente sumergido en la tina hirviente de un tintorero? Todo le aparecía con aumentos de tono que debían sacarle el ojo de la cabeza. Miguel Ángel decía que los mármoles vibraban al acercarse él. Lo que es seguro es que él vibraba al acercarse a los mármoles. Las montañas, para aquel hombre, tenían, pues, un alma; eran la naturaleza correspondiente; era como la simpatía de dos elementos análogos. Pero esto debía establecer de una a otra, no sé dónde ni cómo, especies de regueros volcánicos de un orden inconcebible, como para hacer explotar la pobre tienda humana.

Ya estoy más o menos en la mitad de mis comicios (he hecho quince

páginas este mes, pero no están acabadas). ¿Es bueno o malo?

No lo sé. ¡Qué difícil es el diálogo, sobre todo cuando uno quiere que el diálogo tenga carácter! Describir mediante el diálogo, y que por ello no sea menos vivo, preciso y siempre distinguido, permaneciendo incluso vulgar, es algo monstruoso, y no sé de nadie que lo haya hecho en un libro. Hay que escribir los diálogos en el estilo de la comedia, y las narraciones con estilo de epopeya.

Esta tarde he vuelto a empezar con un plan nuevo mi maldita página de los farolillos, que he escrito ya cuatro veces. ¡Es como para romperse la cabeza contra el muro! Se trata (en una página) de describir las gradaciones del entusiasmo de una multitud, a propósito de un individuo que coloca sucesivamente varios farolillos en la fachada de un ayuntamiento. Hay que ver a la muchedumbre gritar de asombro y de alegría; y eso sin cargas ni comentarios del autor. A veces te asombras de mis cartas, me dices. Te parece que están bien escritas. ¡Qué malicia! Aquí escribo lo que pienso. Pero pensar por otros como habrían pensado, y hacerles hablar, ¡qué diferencia! En este momento, por ejemplo, acabo de mostrar, en un diálogo que trata de la lluvia y el buen tiempo, a un individuo que debe ser a la vez buen chico, corriente, un poco vulgar y pretencioso. Y a través de todo esto es preciso que se vea que él ataca. Por lo demás, todas las dificultades que se experimentan al escribir proceden de la falta de orden. Ahora es una convicción que tengo. Si te empeñas en un giro o una expresión que no llega, es que no tienes la idea. La imagen, o el sentimiento bien claro en la cabeza, trae la palabra sobre el papel. Lo uno dimana de lo otro. «Lo que bien se concibe, etc.» Ahora releo al viejo tío Boileau, o más bien lo he releído entero (voy por sus obras en prosa). Era un hombre de primera, y sobre todo un gran escritor, mucho más que un poeta. Pero ¡cómo lo han vuelto estúpido! ¡Qué pésimos explicadores y valedores ha tenido! La raza de los profesores de colegio, pedantes de tinta pálida, ha vivido sobre él y lo ha adelgazado, hecho trizas, como una horda de abejorros a un árbol. ¡Y no era muy frondoso! No importa, era de raíz sólida, y bien plantado, recto, gallardo.

La crítica literaria me parece cosa muy nueva de hacer (y converjo en ella, cosa que me asusta). Los que hasta ahora se han ocupado de ella no eran del oficio. Podían quizá conocer la anatomía de una frase, pero ciertamente no entendían ni palabra de la fisiología del estilo. ¡Ay, la literatura! ¡Qué comezón permanente! Es como una llaga que tengo en el corazón. Me duele sin cesar, y me la rasco con deleite.

¿Y *La sirvienta*? ¿Por qué temo que sea demasiado larga? Es una tontería, depende sin duda de que el tiempo de la composición me engaña

sobre la dimensión de la obra. Por lo demás, vale más resultar demasiado largo que demasiado corto. Pero el defecto general de los poetas es la extensión, como el defecto de los prosistas es la vulgaridad, lo que hace a los primeros aburridos y a los segundos repugnantes: Lamartine, Eugène Sue. ¡A cuántos poemas del tío Hugo les sobra la mitad! Además es que el verso, por sí mismo, es muy cómodo para disfrazar la ausencia de ideas. Analiza un hermoso fragmento de verso y otro de prosa, verás cuál está más lleno. La prosa, arte más inmaterial (que se dirige menos a los sentidos, a la que le falta todo lo que agrada), necesita que la rellenen de cosas y sin que se vean. Pero en verso lo mínimo destaca. Así, la comparación más desapercibida en una frase de prosa puede proporcionar todo un soneto. Hay muchos terceros y cuartos planos en prosa. ¿Deben existir en poesía?

En este momento tengo una fuerte furia hacia Juvenal. ¡Qué estilo! ¡Qué estilo! ¡Y qué lenguaje, el latín! Empiezo también a entender un poco a Sófocles, lo que me halaga. En cuanto a Juvenal, funciona bastante decentemente, salvo un contrasentido aquí y allá, del que me doy cuenta en seguida. [...]

143

[Croisset] Medianoche del miércoles [12 de octubre de 1853].

Tengo la cabeza ardiendo, como recuerdo haberla tenido después de largos días pasados a caballo. Y es que hoy he cabalgado mi pluma de lo lindo. Escribo desde las doce y media sin descansar (salvo, de vez en cuando, cinco minutos para fumar una pipa, y una hora hace poco para cenar). Mis comicios me fastidiaban tanto, que he dejado de lado, hasta que los termine, el griego y el latín. Y desde hoy ya no hago más que eso. ¡Dura demasiado! Es como para reventar, y además quiero ir a verte.

Bouilhet pretende que será la escena más hermosa del libro. De lo que estoy seguro es de que será nueva, y que la intención es buena. Si alguna vez los efectos de una sinfonía han sido llevados a un libro, será a éste. Tiene que aullar el conjunto, tienen que oírse a la vez los mugidos de los toros, suspiros de amor y frases de administradores. Sobre todo ello brilla el sol, y hay ráfagas de viento que mueven los sombrerazos. Pero los párrafos más difíciles de *San Antonio* eran juegos de niños, en comparación. Alcanzo lo dramático nada más que con el entrelazado del diálogo y las oposiciones de carácter. Ahora estoy en plena faena. Antes de ocho días habré rebasado el nudo del que todo depende. Mi cerebro me parece pequeño para abrazar de un solo vistazo esta situación compleja. Escribo diez páginas a la vez, saltando de una frase a otra. [...]

Estoy casi seguro de que Gautier no te vio en la calle, cuando no te saludó. Es muy miope, como yo, y cosas semejantes nos ocurren normalmente. Habría sido una insolencia gratuita, que por lo demás no está en sus maneras; es un tío gordo, muy pacífico y muy puta. En cuanto a adherirse a las animosidades del amigo, lo dudo mucho, por la manera en que me habló de ellas el primero. La dedicatoria, a pesar de tu opinión, no prueba nada de nada: pose y requetepose. El pobre chico se agarra a todo, pega su nombre a todo. ¡Qué bajada, la de ese Nilo! Si algo pudiese reafirmarme en mis teorías literarias, sería él. Cuanto más se aleja el tiempo en que Du Camp seguía mis consejos, más se hunde, pues de Tagabor al Nilo hay una decadencia espantosa, y pasando por El *Libro póstumo*, que es su punto intermedio, ahí está ahora en lo más bajo, y a la altura del joven Delessert; no vale más. La propuesta de Jacottet me ha indignado de extraña manera, y has tenido mucha razón. ¡Tú, ir a rendir pleitesía a semejante rapaz! ¡Ah, no, no, no!

¡Qué extraña criatura eres, querida Louise, para volver a enviarme diatribas, como diría mi farmacéutico! ¡Me pides algo, te digo que sí, te lo vuelvo a prometer, y aún gruñes! Pues bien, ya que no me ocultas nada (cosa que apruebo), yo no te oculto que en ti esta idea me parece un tic. Quieres establecer entre afectos de naturaleza distinta un enlace cuyo sentido no veo, y cuya utilidad aún veo menos. No entiendo en absoluto cómo las cortesías que me haces en París comprometen a mi madre para nada. Así he ido tres años a casa de Schlésinger, donde ella jamás ha puesto los pies. Del mismo modo, hace ya ocho años que Bouilhet viene a dormir, a cenar y a comer todos los domingos aquí, sin que hayamos tenido ni una vez revelación de su madre, que viene a Ruán más o menos todos los meses. Y te aseguro que la mía no está ofendida en absoluto. Bueno, que se haga según tus deseos. Te prometo, te juro, que le expondré tus razones y le rogaré que procure que os veáis. En cuanto a lo demás, con la mejor voluntad del mundo, no puedo hacer nada. A lo mejor os convendréis mucho, a lo mejor os disgustaréis enormemente. La buena mujer es poco sociable y ha dejado de ver no solamente a sus viejos conocidos, sino incluso a sus amigas. Sólo le conozco una, y ésta no vive en la región.

Acabo de terminar la *Correspondencia* de Boileau. Era menos estrecho en la intimidad que en Apolo. He visto ahí muchas confidencias que corrigen sus juicios. *Telémaco* recibe un juicio bastante duro, etc., y confiesa que Malherbe no había nacido poeta. ¿No has observado qué poco vuelo tienen las *Correspondencias* de los tipos de aquella época? Eran prosaicas, en suma. El lirismo, en Francia, es una facultad muy nueva.

Creo que la educación de los jesuitas ha causado un daño inconcebible a las letras. Quitaron al Arte la naturaleza. Desde finales del siglo XVI hasta Hugo, todos los libros, por hermosos que sean, huelen a polvo del colegio. Así que voy a releer todo mi francés y a preparar con mucha antelación mi *Historia del sentimiento poético en Francia*. Hay que hacer crítica como se hace historia natural, con ausencia de idea moral. No se trata de declamar sobre tal o cual forma, sino de exponer en qué consiste, cómo se relaciona con otra y por qué vive (la estética aguarda a su Geoffroy Saint-Hilaire, aquel gran hombre que demostró la legitimidad de los monstruos). Cuando durante algún tiempo se haya tratado el alma humana con la imparcialidad que se pone en las ciencias físicas para estudiar la materia, se habrá dado un paso inmenso. Es, para la humanidad, el único medio de colocarse un poco por encima de sí misma. Entonces se mirará francamente, puramente, en el espejo de sus obras. Será como Dios, juzgará desde arriba. Pues bien, creo que esto es factible. A lo mejor es, como en matemáticas, nada más que un método por hallar. Ante todo, será aplicable al Arte y a la Religión, estas dos grandes manifestaciones de la idea. Supongo que se empezará así: dada la primera idea de Dios (la más débil posible), y el primer sentimiento poético naciente (el más tenue posible), hallar primero su manifestación, y se encontrará en el niño, el salvaje, etc. Ése es, pues, un primer punto. Ahí ya estableceréis relaciones. Luego hay que seguir, y teniendo en cuenta todas las contingencias relativas, clima, lengua, etc. Así pues, de grado en grado, puede uno elevarse hasta el Arte del futuro, y hasta la hipótesis de lo Bello, hasta el concepto claro de su realidad, hasta ese tipo ideal, en fin, al que debe tender todo nuestro esfuerzo. Pero no seré yo quien se encargue de la tarea; tengo otras plumas que cortar. Adiós. Te beso en los ojos. Tuyo. Tu

144

[Croisset] Medianoche del martes [25 de octubre de 1853].

Bouilhet no me habló más que de ti durante todo el domingo, o al menos durante casi todo el día. ¡No estaba muy alegre, el pobre chico! Pues bien, olvidaba sus penas, para no pensar sino en las tuyas. ¿Pero en qué diablos de estado os habéis puesto? ¡Vaya unas bonitas disposiciones, como para veros a menudo! Quiérole, a ese pobre Bouilhet, pues te ama de un modo conmovedor, que me ha impresionado y afligido; más bien lo que me ha dicho de ti es lo que me ha afligido. He pasado un domingo duro, y ayer también. Tengo que estar muy ligado a ese canalla como para no guardarle rencor (en el fondo del corazón) de todo lo que me ha

predicado. Al contrario, me ha dejado maravillado. Me ha abierto en él horizontes de sentimiento que sin duda yo no le conocía, y que hace un año no tenía. ¿Es él quien cambia, o yo? Creo que es él. Su concubinato con Leónie lo ha enternecido. Yo he vuelto a conocerme en mi soledad. Mi madre dice que me estoy volviendo seco, huraño y malévolo. ¡Puede ser! Sin embargo, me parece que aún tengo jugo en el corazón. El análisis que continuamente hago de mí mismo quizá me vuelva injusto con respecto a mí.

Además, no se perdona lo suficiente a mis nervios. Me destrozaron la sensibilidad para el resto de mis días. Se embota con cualquier pretexto, se desgasta con las menores tonterías, y para no reventar la enrolla sobre ella misma y me contraigo en una bola, como el erizo que muestra todas sus púas. Te hago sufrir, pobre, querida Louise. Pero ¿piensas que sea por idea preconcebida, por gusto, y que no sufro yo al saber que te hago sufrir? Al pensar esto, no me vienen lágrimas, sino más gritos de rabia, de rabia contra mí mismo, contra mi trabajo, contra mi lentitud, contra el destino que quiere que esto sea así. Destino es una gran palabra; no, contra la disposición de las cosas. Y si las altero ahora, siento que todo se desmorona. Si yo supiera que la tristeza te anegaba (y desde hace algún tiempo tienes mucha, lo adivino por el tono forzado de tus cartas; la tinta lleva olor, para quien tiene olfato; ¡hay tanto pensamiento entre una línea y otra!; y lo que mejor se siente permanece flotando sobre la blancura del papel), si yo me enterase, por último, o tú me dijese, que no aguantas más de tristeza, lo dejaría todo e iría a instalarme a París, como si la *Bovary* estuviese acabada, y sin pensar en la *Bovary* más que si no existiera. La reanudaría más tarde. Pues el hacer mudanza de mi pensamiento, junto con mi persona, es tarea que rebasa mis fuerzas. Nunca está conmigo, y en absoluto a mi disposición; no hago en absoluto lo que quiero, sino lo que él quiere; un pliegue de cortina atravesado, una mosca volando, el ruido de un carro, ¡buenas noches, allá se marcha! Tengo en muy poca medida la facultad de Napoleón I. No podría trabajar al sonido del cañón. El chisporroteo de la leña basta para darme, a veces, sobresaltos de espanto. Sé muy bien que esto es lo propio de un niño mimado, y de un pobre hombre, en resumidas cuentas. Pero bueno, cuando las peras están pasadas, no hay quien las vuelva verdes. ¡Oh, juventud, juventud! ¡Cuánto te añoro! Pero ¿te he conocido alguna vez? Me eduqué solo, un poco gracias al método Baucher, mediante el sistema de equitación en la cuadra y la práctica del piafar. A lo mejor esto me desriñonó muy pronto. No soy yo quien dice todo esto, son los demás.

Vosotros, los poetas, sois felices, tenéis un vertedero en vuestros versos.

Cuando algo os estorba, escupís un soneto, y eso os alivia el corazón. Pero a nosotros, pobres diablos de prosistas, a quienes (a mí, sobre todo) les está prohibida toda personalidad, ¡piensa en todas las amarguras que nos caen sobre el alma, en todas las flemas morales que se nos agarran a la garganta!

Hay algo falso en mi persona y en mi vocación. Nací lírico, y no escribo versos. Querría colmar a los que amo, y les hago llorar. ¡Ése sí es un hombre, Bouilhet! ¡Qué naturaleza tan completa! Si yo fuera capaz de sentir celos de alguien, los tendría de él. Con la vida embrutecedora que ha vivido y los caldos que ha tragado, yo ahora sería con seguridad un imbécil, o bien estaría en presidio, o me habría ahorcado con mis propias manos. Los sufrimientos de afuera lo han vuelto mejor. Es lo que ocurre con los troncos altísimos: crecen al viento, y crecen a través del sílex y del granito, mientras que las espalderas, con todo su estiércol y sus esteras, revientan alineadas en un muro y a pleno sol. En fin, quíerele mucho, eso es todo lo que puedo decirte, y jamás dudes de él.

¿Sabes de qué charlé ayer con mi madre durante toda la velada? De ti. Le dije muchas cosas que ella no sabía, o que al menos medio adivinaba. Te aprecia, y estoy seguro de que este invierno te verá con agrado. Esta cuestión queda, pues, liquidada.

La *Bovary* vuelve a funcionar. Bouilhet se mostró contento el domingo. Pero estaba en semejante estado de espíritu, y tan dispuesto a lo tierno (pero no con respecto a mí), que a lo mejor la juzgó demasiado bien. Aguardo una segunda lectura para estar convencido de que me hallo en el buen camino. No obstante, no debo de estar lejos. Estos comicios ya me exigirán otras seis buenas semanas (un mes largo después de mi regreso de París). Pero apenas tengo ya más que dificultades de ejecución. Luego habrá que reescribirlo todo, pues es un estilo un poco descuidado. Varios párrafos tendrán que rehacerse, y otros borrarse. ¡Así, me habrá costado desde el mes de julio hasta fines de noviembre escribir una escena! ¡Y aún, si me divirtiese! Pero este libro, por bien logrado que pueda quedar, no me gustará nunca. Ahora que lo entiendo bien en todo su conjunto, me asquea. Qué le vamos a hacer, habrá sido una buena escuela. Habré aprendido a hacer diálogos y retratos. ¡Escribiré otros! El placer de la crítica tiene también su encanto, y si un defecto que se descubre en la obra os hace concebir una belleza superior, ¿no es en sí misma, esta única concepción, un deleite, casi una sorpresa? [...]

He pasado una triste semana, no por el trabajo, sino con relación a ti, a causa de ti, de tu idea. Te diré más adelante las reflexiones personales que han salido de ello. Crees que no te quiero, pobre, querida Louise, y piensas que eres en mi vida un afecto secundario. Sin embargo, no tengo afecto humano que sobrepase al tuyo, y en cuanto a afectos de mujer, te juro que eres el primero, el último, y afirmo más: no he tenido otro igual, ni tan prolongado, tan dulce, ni sobre todo tan profundo. En cuanto a esa cuestión de mi instalación inmediata en París, hay que aplazarla, o mejor, resolverla en seguida. Me es imposible ahora (sin contar el dinero que no tengo, y que habría que tener). Me conozco (muy bien), sería un invierno perdido y quizá todo el libro. Bouilhet habla de esto a la ligera, él que felizmente tiene la costumbre de escribir en todas partes, que lleva doce años trabajando entre continuas interrupciones. Pero para mí sería una vida totalmente nueva que iniciar. Soy como los cuencos de leche: para que se forme la nata hay que dejarlos inmóviles. Sin embargo, te lo repito: si quieres que vaya, ahora, de inmediato, durante un mes, dos o cuatro, cueste lo que cueste, iré, ¡qué más da! Si no, éstos son mis planes y lo que he hecho. De aquí al final de la *Bovary* iré a verte más a menudo, ocho días cada dos meses, sin fallar una semana, salvo esta vez en que no me volverás a ver hasta el final de enero. Así, nos veremos después en abril, en junio, en septiembre, y dentro de un año estaré muy cerca del fin. He charlado de todo esto con mi madre. No la acuses (ni siquiera en tu corazón), pues es más bien de tu cuerda. He establecido con ella mis arreglos de dinero, y este año tomará sus disposiciones para mis muebles, mi ropa, etc. He apalabrado ya un criado que me llevaré a París. Ya ves, pues, que es una decisión inquebrantable, y, a menos que palme de aquí a unas trescientas páginas, me verás instalado en la capital. No trasladaré nada de mi despacho, pues siempre será aquí donde escribiré mejor, y en definitiva donde pasaré más tiempo, a causa de mi madre, que envejece. Pero tranquilízate, estaré arraigado y bien allá. ¿Sabes a dónde me ha conducido la melancolía de todo esto, y qué ganas me ha inspirado? Las de mandar al carajo para siempre la literatura, no hacer ya nada en absoluto, e irme a vivir contigo, en ti, y descansar mi cabeza entre tus pechos en vez de masturbármela sin cesar para que eyacule frases. Me decía: ¿Merece la pena el Arte tantas preocupaciones, tanto fastidio para mí y tantas lágrimas para ella? ¿De qué sirve tanta inhibición dolorosa, para ir a parar, en definitiva, a lo mediocre? Pues te confesaré que no estoy contento. Tengo, a ratos, tristes dudas sobre el hombre y sobre la obra, sobre ésta como sobre las demás. El miércoles, por curiosidad, releí *Noviembre*. Hace once años era, efectivamente, el mismo individuo de hoy

(al menos con poca diferencia; primero hay que exceptuar una gran admiración por las putas, que ya no es hoy más que teórica, y que entonces era práctica). La había olvidado tanto, que me pareció una cosa nueva del todo; pero no es buena, hay monstruosidades de mal gusto y, en suma, el conjunto no es satisfactorio. No veo modo alguno de reescribirla, habría que rehacerlo todo. Aquí y allá hay una frase buena, una hermosa comparación, pero no hay tejido de estilo. Conclusión: *Noviembre* seguirá el camino de *La educación sentimental*, y se quedará junto a ella en mi carpeta, definitivamente. ¡Ah, qué fino olfato tuve en mi juventud, al no publicarla! ¡Qué sonrojos me provocaría ahora! [...]

Estoy releendo a Montaigne. ¡Es singular hasta qué punto estoy lleno de ese individuo! ¿Será una coincidencia, o será porque a los dieciocho, durante todo un año, me atiborré de él, no le leía más que a él? ¡Con frecuencia me deja atónito hallar [en Montaigne] el análisis muy sutil de mis propios sentimientos! Tenemos los mismos gustos, las mismas opiniones, la misma manera de vivir, las mismas manías. Hay gente a la que admiro más que a él, pero no la hay a quien evocaría más a gusto, y con quien charlaría mejor.

El amor de la señorita Chéron me conmueve mediocrementemente. ¡Es demasiado fea, esa querida jovencita! Cuando se tiene una nariz como la suya, no debería pensarse más que en tener catarros, y no amantes. Además, esa madre que la induce a amar me parece estúpida. Resulta encantador, pero ¿y qué? ¿Acaso puede Leconte casarse con ella? Y si por fin, harto de ella, tiene la debilidad de follarla, ¿crees que no la dejará plantada, perfectamente? ¡Qué existencia atroz se prepararía el desgraciado! Pero le estimo demasiado para no prejuzgarle insensible a los encantos de esa desdichada.

En cuanto al tío Babinet (ya ves que es la primera necesidad de la humanidad, etc., me escribes), en su caso es sencillamente lujuria.

Cuando dice: necesito una mujer, se refiere a una mujer hermosa, y si un buen chico le hiciera el favor de pagarle una visita a las Pulgas o a casa de la tía Guérin, esta alma en pena se quitaría de inmediato los pantalones. Ya está. No confundamos los géneros. Los hombres de su edad y de su época no son delicados, y si buscan otra cosa que las putas es porque las putas son poco complacientes con los viejos. Métete eso bien en la cabeza. Los sentimentalismos de los viejos (Villemain, etc.) no tienen otra causa que la expresión enfurruñada de la puta ante su aspecto. ¿Crees que buscan el amor? ¡Ni hablar! Evitan solamente una humillación, y tratan de ahuyentar lejos de ellos la prueba evidente de su vejez o de su fealdad. Leconte ha dado a Bouilhet una idea que me gusta (la de publicar todos

los poemas en un volumen único). Me agrada por su franqueza y su arrogancia. ¡Es grande, ese muchacho (Leconte), y le creo tan incapaz de una bajeza como de una vulgaridad! [...]

146

[Croisset] Viernes, una de la madrugada [25 de noviembre de 1853].

Sí, tienes razón, no hemos estado lo bastante solos en este viaje. Quizá de ahí procedan nuestros malentendidos, pues si nuestros cuerpos se han tocado, nuestros corazones apenas han tenido tiempo de abrazarse. Y si algo pudiera hacerme desear más aún el final de estas eternas molestias, de estos perpetuos saludos y despedidas, sería eso mismo, quiero decir, el dolor siempre renovado de nuestras separaciones. Ay, pobre Musa, pobre Musa, me juzgas mal. Pero no quiero hacer recriminaciones que te parecerían odiosas, y que acaso lo serían. No lo sé. Siempre temo herirte, y te hiero sin cesar. Eso me humilla en mis pretensiones más delicadas. Te fijas en palabras en el aire, en gestos insignificantes, en manías indiferentes. ¡Cómo te ofendió mi frase sobre el estar alojado en la misma calle que Du Camp, y de qué mediocre importancia es eso, no obstante! Vamos, no pensemos más en ello, abracémonos con más ternura incluso que el martes a las dos de la mañana. Seca tus pobres ojos y guárdalos no para llorar, sino para ver. Pues todo está ahí, en ver. Todo está ahí para comprender, y de lo que se trata, sobre todo, es de comprender. Si vieras mejor, sufrirías menos y trabajarías más.

¿He de hablarte de arte? ¿No me acusarás para tus adentros de pasar aprisa por encima de los asuntos del corazón? Pero es que todo está ligado, y lo que atormenta tu vida atormenta también a tu estilo. Pues entre tus concepciones y tus pasiones haces una aleación perpetua que debilita a unas y te impide disfrutar de las otras.

¡Oh, si pudiera yo hacer de ti lo que sueño, qué mujer, qué ser serías! ¡Y en primer lugar, qué ser feliz!

La lectura de *La sirvienta* ha sido para mí todo un curso de moral y de estética. Voy a parecerte pedante, sin duda. Pero abreviaré, y te ruego, te suplico que te examines bien, a ti y a tus obras, y que veas cuánto te ha trastornado el elemento exterior. Resumamos:

Primero, una comedia en la que estoy, y porque estoy en ella, porque es un hecho real, carece de acción y es rechazada. Dos inconvenientes, uno artístico y el otro comercial. Sin duda hay buenos versos en ella, e incluso casi todos son excelentes. Pero había que hacer lirismo puro, y nada intrínseco en sí se desprende directamente del drama.

Segundo, acuérdate de la comedia de Herbin de Nollis, el mismo

inconveniente, la misma falta, has satisfecho odios. Has pintado retratos del natural. En resumen, no es buena.

Tercero, ¿no crees que tu drama político habría ganado, de haber sido escrito desde un punto de vista menos pasional, menos republicano?

Cuarto, *La sirvienta*. Musset te ha ocultado a todos los burgueses, y su criada a todas las sirvientas. Al simpatizar con una, has perdido de vista a la totalidad, y a fuerza de caridad, eso casi se convierte en injusticia. Detalles: la «vieja impúdica» parte del mismo procedimiento. No había que escuchar a tu mujer de la limpieza, sino inventar un episodio.

Relee, en tu libro de Charpentier, todos tus poemas personales *A mi madre*, *A mi hija*, etc. Son los más mediocres. Y si el mejor de tu última colección es *El duelo*, es porque ahí el objetivo estaba lejos. Eres un poeta trabado por una mujer, como Hugo es un poeta trabado por un orador.

Y no creo (lo he experimentado) que dando salida en el arte a lo que te oprime en la vida te desembaraces de ello. No. Las espinas del corazón no se desparraman sobre el papel. Sobre él sólo se vierte tinta, y, apenas ha salido de nuestra boca, la tristeza gritada nos vuelve al alma por las orejas, y más retumbante, más profunda. Nada se gana con ello. Mira en qué bonito estado te hallabas después de *La campesina* y durante, y compara. Sólo se está bien en lo absoluto. Mantengámonos en él, trepemos a él.

Duerme, pues, en paz. Primero, en lo que a mí respecta. Convéncete de que eres y serás el mejor y más completo afecto femenino que he tenido. Pero estoy desgastado por treinta y seis lados, y hay que compadecer un poco a mis manías, mi educación y mis nervios. El año que viene, aunque no estuviera terminada la *Bovary*, iré. Buscaré alojamiento. Me quedaré al menos cuatro meses seguidos cada año. Y de vez en cuando, el resto del año, iré a París con más frecuencia de la que he solido siempre. De aquí a entonces, iré como te he prometido, cada dos meses. En cuanto a tu trabajo, harías cosas bellas, muy bellas, y triunfarás materialmente si estás dispuesta a ceñirte a tus temas, a hacer un plan. Si ofreces al público las cosas que pueda aceptar. No te digo que te pongas a remolque suyo. Pero en nuestra querida Francia uno debe disfrazar su fuerza. Y la tuya es fanfarrona. Tu *Sirvienta* hará que te persigan, te encarcelen, y quizá que las actrices te maten.

Aunque esta carta no sea larga, te pido, por tu amor hacia ti misma, que medites cada línea. Está preñada de verdades. No te irrites. Las dulzuras que habría podido decirte habrían contenido menos ternura.

Esta tarde he tenido un acontecimiento ridículo. El fuego ha estado a punto de quemar la casa. He ayudado a acarrear baldes de agua para una chimenea que ardía. ¡Qué cuadro! [...]

[Croisset] Noche del martes [29 de noviembre de 1853].

¿Sabes que me deslumbras con tu facilidad? En diez días habrás escrito seis cuentos. No comprendo nada (buenos o malos, los admiro). Yo soy como los acueductos viejos: hay tantos detritus en las orillas de mi pensamiento, que circula lentamente y no cae sino gota a gota del extremo de mi pluma. Cuando te libres de esa tarea, vuelve rápidamente a tu *Sirvienta*. Cuida el final. La locura de Mariette ha de resultar repulsiva. La repulsión en los temas burgueses debe sustituir a lo trágico, que es incompatible con ellos. En cuanto a las correcciones, antes de hacer una sola vuelve a meditar el conjunto y trata sobre todo de mejorar, no mediante cortes, sino con una nueva creación. Toda corrección ha de hacerse en este sentido. Hay que rumiar bien el objetivo antes de pensar en la forma, pues no resulta buena más que si nos obsesiona la ilusión del asunto. Abrevia todo lo referente a Mariette, y no temas desarrollar (en acción, por supuesto) todo lo que se refiere a *La sirvienta*. Si tu generalización es poderosa, arrastrará, o por lo menos paliará mucho la particularidad de la anécdota. Piensa lo más posible en todas las sirvientas.

Y ahora charlemos de nosotros. Estás triste, y yo también. Desde el martes por la mañana hasta el jueves por la noche, era como para reventar. He sentido (como aquel día en la bahía de Nápoles, en que iba a ahogarme, y mi miedo, al asustarme, cesó de inmediato) que mi sentimiento me sumergía. Tenía un furor sin causa. Pero abrí encima los grifos de agua helada, y ya estoy de nuevo en pie. La ausencia de Bouilhet me pesa. Suma a eso las ideas que me hago sobre tu soledad, tu pena, el monólogo que sostengo junto a mi lumbre, y en el que me digo: «¡Me acusa, llora!»; y las frases por escribir, la palabra que se busca... ¡Qué porquería es la vida! ¡Qué caldo magro cubierto de pelos!

No nos quejemos; ¡somos privilegiados! ¡Tenemos luz de gas en el cerebro! ¡Y hay tanta gente que tiritó en una buhardilla sin velas! ¡Lloras cuando estás sola, pobre amiga mía! No, no llores, evoca la compañía de las obras por hacer; llama a figuras eternas. Por encima de la vida, por encima de la felicidad, hay algo azul e incandescente, un gran cielo inmutable y sutil cuyas radiaciones, que llegan hasta nosotros, bastan para animar mundos. El resplandor del genio no es más que el pálido reflejo de este Verbo oculto. Pero si esas manifestaciones nos resultan imposibles a nosotros, por la debilidad de nuestras naturalezas, el amor, la aspiración nos manda hacia ellas; nos empuja hacia él, nos confunde, nos mezcla

con él. Se puede vivir en él; hay pueblos enteros que no han salido de allá, y hay siglos enteros que han pasado así por la humanidad como cometas por el espacio, despeinados y sublimes. Te quejas de que no estamos en las condiciones ordinarias. Pero ahí está el mal, en querer tenderse sobre la vida, como hacía Elíseo sobre el cadáver del niño pequeño. Por mucho que se encoge uno, resulta demasiado grande, y la putrefacción no palpita debajo. El inmenso deseo no levanta ni la pata de una mosca, y nuestras mejores voluptuosidades nos hacen llorar igual que nuestros peores lutos. Si yo fuera ese egoísta que dicen, te hablaría en otros términos. Al contrario, ¡con qué cuidado, en interés de mi vanidad o de mis placeres, no declamaría sobre los dulces tesoros de este bajo mundo! Los hombres, en efecto, quieren siempre que se les ame, incluso cuando no aman, y si a veces yo he deseado que me amases menos, era en los momentos en que más te quería, cuando te veía sufrir por mi culpa. En esos momentos habría querido reventar. No tienes más que preguntarle a Bouilhet si el lunes por la tarde, cuando me considerabas tan irritado contra ti, pregúntale, digo, si no era más bien contra mí mismo contra quien se dirigía toda esa irritación.

¿Cómo es posible que lleve ocho días trabajando bien, cuando me parece que no pienso en absoluto en mi trabajo? He escrito cinco páginas. Habré terminado definitivamente los comicios a fines de la semana próxima. Si todo siguiera marchando así, habría acabado este verano. Pero sin duda me equivoco. Sin embargo, me parece que está bien. A lo mejor es la gana que tengo de haber terminado, y de que estemos al fin reunidos de un modo más continuo, lo que me calienta por debajo, sin que me dé cuenta. A propósito de calefacción, ¿esa pobre tía Roger está definitivamente ensartada?

¡Bouilhet se olvida en Capua! ¡Y la señora Blanchecotte también! Ay, Dios mío. ¿Has pensado alguna vez en toda la importancia que tiene el pito en la vida parisina? ¡Qué comercio de notitas, de citas, de fiacres estacionados en las esquinas con las cortinas bajadas! El falo es la piedra imán que dirige todas las navegaciones. Es como para volverse casto por contraste. No odio a Venus, pero ¡qué abuso! En este mundo amo dos cosas: primero la cosa en sí misma, la carne; luego la pasión, violenta, alta, rara, la gran cuerda para los días grandes. Por eso me gusta el cinismo, igual que el ascetismo. Pero execro la galantería. ¡Se puede muy bien vivir sin eso, diablos! Esa perpetua confusión de la bragueta y del corazón me da náuseas. Cuando se encuentran afectos complejos y que se entrelazan por todos los lados del ser, como el nuestro, eso se sale del amor y entra en una fisiología superior, en la que, contra la que, para la

que nada puede hacerse. Está regulada como el latido de nuestra sangre, y es coeterna con nosotros, como la consciencia.

Al final esa *Edma* me asquea, incluso de lejos. Disculpas a Bouilhet y compadeces a Léonie: al primero, porque está lejos de su amante, y a la otra porque se ha equivocado (es la palabra consagrada). Por mi parte, la disculpo también perfectamente (e incluso la apruebo, si le divierte). Pero mi razón es del todo opuesta a la tuya. Cuando se sale de los brazos de alguien, se tiene un regusto en el alma que impide apreciar los sabores nuevos. ¡Después de eso, los contrastes! También es una ley culinaria. Yo vivo al baño María.

Adiós, te abrazo en todo mi jugo. Mil besos. Tuyo.

Tu

Mi primo y su larga esposa han llegado esta tarde. Desembarcan de París. Están «cansados de la cocina de restaurante». Han estado en los Français, en la Ópera y en la Ópera Cómica, los tres teatros apreciados, los únicos teatros decentes. En la Ópera Cómica han visto *El chalet*: «Encantador, aunque sea antiguo».

¡Oh, burgueses! Con la piel del último de los burgueses, querría yo, etc.; véase Des Barreaux.

148

[Croisset] Miércoles, una de la madrugada [14 de diciembre de 1853].

Llevo siete días viviendo de una manera muy curiosa y encantadora. Es de una regularidad tan continua que me es imposible recordar nada, de no ser la impresión. Me acuesto muy tarde y me levanto lo mismo. Oscurece temprano, y vivo al fulgor de las antorchas, o más bien de mi lámpara. No oigo ni un paso, ni una voz humana, no sé lo que hacen los criados, me sirven como sombras. Ceno con mi perro; fumo mucho, me caliento de firme y trabajo duro: ¡es soberbio! Aunque mi madre apenas me molesta habitualmente, siento no obstante una diferencia y puedo, de la mañana a la noche y sin que ningún incidente me estorbe, por ligero que sea, seguir la misma idea y dar vueltas a la misma frase. ¿Por qué siento este alivio en la soledad? ¿Por qué me encontraba tan alegre y tan bien (físicamente) en cuanto entraba en el desierto? ¿Por qué de muy niño me encerraba a solas en un piso durante horas? La civilización no ha desgastado en mí el instinto del salvaje, y a pesar de la sangre de mis antepasados (a quienes ignoro totalmente, y que eran, sin duda, gente muy honrada), creo que hay en mí algo de tártaro y de escita, de beduino, de piel roja. Lo que es seguro es que hay algo de monje. Siempre he admirado mucho a esos

buenos tipos que vivían solitariamente, bien en la borrachería o bien en el misticismo. Era una buena bofetada que propinaban a la raza humana, a la vida social, a lo útil, al bienestar común. ¡Pero ahora! El individualismo es un crimen. El siglo XVIII negó el alma, y tarea del XIX será quizá matar al hombre. Mejor reventar antes del final, pues creo que lo lograrán. ¡Cuando pienso que casi toda la gente que conozco se asombra del modo en que vivo, que a mí me parece ser el más natural y el más normal! Esto me induce a reflexiones tristes sobre la corrupción de mi especie, pues es una corrupción el no bastarse a sí mismo. El alma debe ser completa en sí. No hay necesidad de escalar las montañas o de bajar al río para buscar agua. En un espacio del tamaño de la mano, clavada la sonda y golpeada: brotarán manantiales. El pozo artesiano es un símbolo, y los chinos, que lo han conocido siempre, son un gran pueblo.

Si te atuvieras a estos principios, querida Musa, llorarías menos y no estarías ahora corrigiendo otra vez *La sirvienta*. Pero no, te aferras a la vida; quieres hacer resonar ese estúpido tambor que en todo momento te revienta en la mano, y cuya música sólo es bella en sordina, cuando se aflojan las cuerdas en vez de tensarlas. A ti te gusta la vida; eres pagana y meridional; respetas las pasiones y aspiras a la felicidad. ¡Ah!, eso estaba bien cuando se llevaba púrpura a la espalda, cuando se vivía bajo un cielo azul y cuando, en una atmósfera serena, las ideas, recién nacidas, cantaban bajo formas nuevas, como gorriones alegres bajo un follaje de abril. Pero yo odio la vida. Soy católico; tengo en el corazón algo del rezumar verde de las catedrales normandas. Mis ternuras de espíritu van a los inactivos, a los ascetas, a los soñadores. Me fastidia vestirme, desvestirme, comer, etc. Si no temiese al haschich, me atiborraría de él en vez de pan, y si me quedasen aún treinta años de vida, los pasaría así, tumbado de espaldas, inerte y en estado de leño. Había creído que me harías compañía en mi alma, y que en torno a nosotros dos habría un gran círculo que nos separaría de los demás. Pero no. Tú necesitas las cosas normales y apreciadas. Yo no soy «como debe ser un amante». En efecto, poca gente me encuentra «como debe ser un joven». Necesitas pruebas, hechos. Me quieres enormemente, mucho más de lo que me han querido nunca, y de lo que me querrán. Pero me amas como me amaría otra, con la misma preocupación por los planos secundarios, y las mismas miserias incesantes.

Te irritas por un alojamiento, por una partida, por un conocido a quien voy a ver. ¿Y crees que eso me enfada? No, no. Pero me entristece y me llena de desolación por ti. ¡Entiéndelo ya! Me resultas como una criatura que coge los cuchillos de su muñeca para cortarse los dedos, y luego se queja

de los cuchillos. La criatura tiene razón, pues le sangran sus pobres dedos. Pero ¿es culpa de los cuchillos? ¿Tiene que desaparecer el hierro del mundo? Entonces, que coja soldaditos de plomo. Son más fáciles de doblar.

¡Ay, Louise, Louise, querida y vieja amiga, pues pronto hará ocho años que nos conocemos, me acusas! Pero ¿te he mentido alguna vez? ¿Dónde están las promesas que he roto, y las frases que haya dicho y no siga diciendo? ¿Qué es lo que ha cambiado en mí, de no ser tú? ¿No sabes que ya no soy un adolescente, y que siempre lo he lamentado, por ti y por mí? ¿Cómo quieres que un hombre embrutecido por el Arte como yo lo estoy, continuamente hambriento de un ideal que jamás alcanza, cuya sensibilidad es más afilada que una hoja de afeitar, y que se pasa la vida golpeando el eslabón encima para que salten chispas, etc., etc. (ejercicio que provoca brechas en la citada hoja), cómo quieres que éste ame con un corazón de veinte años, y que tenga esa ingeniosidad de las pasiones que es su flor? Me hablas de tus últimos días hermosos. Hace tiempo que los míos se fueron, y no los añoro. Todo eso se había acabado a los dieciocho años. Pero personas como nosotros deberían emplear otro lenguaje para hablar de ellas mismas. No debemos tener días hermosos ni feos. Heráclito se vació los ojos para ver mejor ese sol del que estoy hablando. Adiós, entonces. Haz caso de Bouilhet. Es un hombre excelente, que no sólo sabe componer versos, sino que tiene juicio, como dicen los burgueses, cosa que en general les falta a los burgueses y también a los poetas. [...]

149

[Croisset] Domingo, una de la madrugada [18 de diciembre de 1853].

Tengo mil disculpas que presentarte, pobre y querida Musa (empecemos por besarnos). Cuando digo disculpas, son más bien explicaciones.

No desprecio en absoluto *La sirvienta*. ¿Quién te ha metido eso en la cabeza? ¡Al contrario! ¡Al contrario! Si la hubiera considerado mala, te lo habría dicho, como hice con tu *Princesa* y con tu comedia de *La institutriz*. ¡Que no! Nunca comprendes las medias tintas. Como tú, pienso que quizá no has escrito jamás versos más hermosos y en mayor cantidad en la misma obra. Pero, y aquí empiezan las reticencias, primeramente no te estoy nada agradecido por componer versos hermosos: tú los pones como una gallina los huevos, sin tener consciencia de ello (está en tu naturaleza, Dios te ha hecho así). Recuerda una vez más que las perlas no forman el collar, sino que es el hilo, y como en *La campesina* admiré un hilo trascendente, me ha chocado el no distinguirlo ya tan claro en *La sirvienta*.

En *La campesina* habías estado shakespeariana, impersonal. Aquí te has resentido un poco del hombre al que querías retratar. El lirismo, la fantasía, la individualidad, la idea preconcebida, las pasiones del autor se embrollan demasiado en torno a tu asunto. Resulta más juvenil, y aunque hay una superioridad de forma indiscutible, fragmentos soberbios, el conjunto jamás igualará al otro, porque *La campesina* fue imaginada, es un asunto tuyo, y al imaginar se reproduce la generalidad, mientras que al aferrarse a un hecho verdadero no sale de tu obra más que algo contingente, relativo, restringido. Objetas que no quisiste hacer didáctica. ¿Quién te habla de didáctica? ¡Había que hacer *La sirvienta*! Ahora es demasiado tarde, y además, poco importa. Una vez descartado el título, será una obra muy bella y conmovedora. Pero has de podar todo lo que no es necesario para la idea misma de tu asunto. Así, ¿por qué tu gran artista, al final, que viene a hablar con Mariette? ¿Qué pinta ese personaje completamente inútil en el drama, y muy incoloro por él mismo? Cuida los diálogos, y sobre todo evita decir vulgarmente las cosas vulgares. Todos los versos tienen que ser versos.

La continuidad constituye el estilo, como la constancia hace a la virtud. Para remontar la corriente, para ser buen nadador, el cuerpo ha de estar tendido sobre la misma línea, desde el occipucio hasta el talón. Se recoge uno como un sapo, y se despliega sobre toda la superficie rítmicamente, con todos los miembros, con la cabeza gacha, apretando los dientes. La idea debe hacer lo mismo a través de las palabras, y no chapotear golpeando a derecha e izquierda, lo que no conduce a nada, y cansa. Pero ¿cómo podías juzgarme tan limitado como para ignorar el valor de tu *Sirvienta*? [...]

En cuanto a publicar, no soy de tu opinión. Sirve. ¿Qué sabemos si no hay, a estas horas, en algún rincón de los Pirineos o de Bretaña, un pobre ser que nos comprenda? Publicamos para amigos desconocidos. La imprenta sólo tiene eso de hermoso. Es un vertedero más amplio, un instrumento de simpatía que va a golpear a distancia. En cuanto a publicar ahora, no lo sé. Lanzar a la vez *La sirvienta* y *La religiosa* sería quizá más imponente, como masa y como contraste. No, no tengo un despego sepulcral hacia todo, pues sólo el enterarme de tus pequeños éxitos de librería me ha hecho ilusión. ¡Vamos, pobre Musa, estoy muy poco despegado de ti! ¡Yo que querría verte rica, feliz, famosa, festejada, envidiada! Pero quiero, por encima de todo, verte grande. Lo que hace que te engañes es que tengo ojeriza a esto: la aspiración a la felicidad por los hechos, por la acción. Odio esta búsqueda de beatitud terrenal. Me parece una manía mediocre y peligrosa. ¡Viva el amor, el dinero, el vino, la familia,

la alegría y el sentimiento! Tomemos de todo esto lo más que podamos, pero no creamos en ello. Hemos de persuadirnos de que la felicidad es un mito inventado por el diablo para desesperarnos. Son los pueblos convencidos de un paraíso los que tienen imaginaciones tristes. En la Antigüedad, cuando no se esperaba (¡y aún!) más que unos campos Elíseos muy chatos, la vida era amable. Sólo te censuro por eso, pobre querida Musa, por pedir peras al olmo. Peral u olmo, tiendo mis ramas hacia ti, y me recuesto sobre todo tu ser. [...]

150

[Croisset] Viernes, dos de la madrugada [23 de diciembre de 1853].

Hace falta quererte para escribirte esta noche, pues estoy agotado. Tengo un casco de hierro en el cráneo. Desde las dos de la tarde (salvo unos veinticinco minutos para cenar) escribo *Bovary*, estoy en su polvo, de lleno, en la mitad; sudan y tienen un nudo en la garganta. Éste es uno de los raros días de mi vida que he pasado en la ilusión, completamente, de cabo a rabo. Esta tarde, a las seis, en el momento en que escribía «ataque de nervios», estaba tan excitado, gritaba tan fuerte y sentía tan hondamente lo que experimentaba mi mujercita, que he temido sufrir uno yo mismo. Me he levantado de la mesa y he abierto la ventana para calmarme. La cabeza me daba vueltas. Ahora tengo grandes dolores en la espalda, en las rodillas y en la cabeza. Estoy como un hombre que ha jodido demasiado (perdón por la expresión), es decir, en una especie de agotamiento lleno de embriaguez. Y ya que estoy en el amor, es justo que no me duerma sin enviarte una caricia, un beso y todos los pensamientos que me quedan. ¿Saldrá bien? No lo sé (me estoy dando algo de prisa, para mostrar a Bouilhet un conjunto, cuando venga). Lo que es seguro es que desde hace ocho días esto avanza rápido. Que siga así, pues estoy cansado de mis lentitudes. ¡Pero temo el despertar, las desilusiones de las páginas copiadas de nuevo! No importa; bien o mal, es algo delicioso el escribir, el no ser ya uno mismo, sino el circular en medio de toda la creación de la que uno habla. Hoy por ejemplo, hombre y mujer simultáneamente, amante y querida a la vez, me he paseado a caballo por un bosque en una tarde de otoño, bajo hojas amarillas, y yo era los caballos, las hojas, el viento, las palabras que se decían y el sol rojo que hacía entrecerrarse sus párpados anegados de amor. ¿Es orgullo o piedad, es el necio desbordamiento de una satisfacción exagerada de sí mismo, o bien un instinto religioso vago y noble? Pero cuando rumio estos goces, después de haberlos experimentado, me sentiría tentado de elevar una plegaria de agradecimiento a Dios, si supiera que puede oírme. ¡Bendito sea por no

haberme hecho nacer vendedor de algodón, autor de vodeviles, hombre ingenioso, etc.! Cantemos a Apolo como en los primeros días, aspiremos a pleno pulmón el aire frío del Parnaso, golpeemos nuestras guitarras y nuestros címbalos y giremos como derviches en la eterna algazara de las Formas y de las Ideas:

Qué le importa a mi orgullo que un pueblo vano me ensalce...

Debe de ser un verso del señor de Voltaire, no sé de dónde; pero eso es lo que hay que pensar. Aguardo *La sirvienta* con impaciencia. Sí, claro, pobre Musa, tienes mucha razón: «Si fuera rica, toda esa gente me besaría los zapatos». Ni siquiera tus zapatos, sino su huella, su sombra. Así van las cosas. Para hacer literatura siendo mujer, hay que haber pasado por las aguas de la Estigia.

En cuanto a los ofrecimientos de Du Camp con relación a la señora Biard, hay entre los hombres una especie de pacto fraterno y tácito que los obliga a ser Celestinos unos de otros. Por mi parte, jamás he dejado de hacerlo. En eso se reconoce la buena educación, el caballero. Por lo demás, los artículos de la tía Biard no son peores que otros. Todo vale igual, por debajo como por encima de cierto nivel. En cuanto a ti, si les enviases algo, estoy seguro de que lo aceptarían, a menos que sea una idea preconcebida de apartarte completamente, lo que es posible. Para eso habría que reconciliarse con el Du Camp, y creo que es un hombre para no verlo. Esta locución que empleo abre la puerta a todas las hipótesis. Este desgraciado muchacho es uno de esos temas en los que no quiero pensar. En el fondo, aún le aprecio; pero me ha irritado, rechazado y negado tanto, me ha hecho porquerías tan odiosas, que para mí es «como si ya estuviese muerto», como le dice el duque Alfonso a la señora Lucrezia.

No sé ningún detalle lúbrico referente a la Sífide, que al parecer se ha visto fuertemente conmovida (¿sacudida, quizá?). Bouilhet sólo me ha escrito cartas muy cortas en estos últimos tiempos. Siempre la había considerado una zorra caliente, y veo que no me he equivocado. Pero parece que lleva la cosa con mucha decisión e insolencia. ¡Mejor! Esa mujer es taimada, conoce el mundo; podrá abrirle a Bouilhet horizontes nuevos... ¡tristes horizontes, cierto es! Pero, en fin, hay que conocer todos los pisos del corazón y del cuerpo social, desde la bodega hasta el desván, e incluso no olvidar las letrinas, ¡y sobre todo no olvidar las letrinas! Allí se elabora una química maravillosa, se hacen descomposiciones fecundadoras. ¿Quién sabe a qué jugos de excrementos debemos el perfume de las rosas y el sabor de los melones? ¿Ha contado alguien

cuántas bajezas contempladas hacen falta para constituir una grandeza de alma? ¿Cuántas miasmas repugnantes hay que haber tragado, cuántas penas sufrido, cuántos suplicios soportado, para escribir una buena página? Eso somos nosotros, poceros y jardineros. Sacamos de las putrefacciones de la humanidad deleites para ella misma, hacemos crecer canastillas de flores sobre miserias amontonadas. El Hecho se destila en la Forma y sube a lo alto, como un puro incienso del Espíritu, hacia lo Eterno, lo Inmutable, lo Absoluto, lo Ideal.

He visto pasar por la calle al tío Roger, con su levita y su perro. ¡Pobre hombre!... ¡Qué poco sospecha! ¿Has pensado alguna vez en la cantidad de mujeres que tienen amantes, en la cantidad de hombres que tienen queridas, en todas esas parejas bajo las otras parejas? ¡Cuántas mentiras supone eso! ¡Cuántas maniobras y traiciones, cuántas lágrimas y angustias! De todo esto brota lo grotesco y lo trágico. Así que uno y otro no son sino la misma máscara que cubre la misma nada, y la Fantasía se ríe en medio como una fila de dientes blancos por encima de la papalina negra.

Adiós, querida y buena Musa; al escribirte se me ha pasado el dolor en la frente; la pongo bajo tus labios y voy a acostarme.

Adiós de nuevo, y mil caricias. Tuyo.

Tu

151

[Croisset] Miércoles, once de la noche [28 de diciembre de 1853].

¿Sabes lo que acabo de hacer desde las dos de la tarde, sin parar? Clasificar, ordenar toda mi Correspondencia de los últimos quince años. ¡Tenía tres cajas enormes llenas, y cuatro carpetas! No he leído más que las letras que no conocía. ¡Cuánta gente muerta! ¡Cuántos hay también olvidados! He hecho descubrimientos muy tristes y otros muy risibles. Me pican los ojos a fuerza de hojear, y me duelen los riñones de haber permanecido tanto tiempo inclinado. ¡Pero ahí está un buen estorbo menos! Ahora podré empezar la depuración con método. He quemado muchas cartas de la señora Didier y de la Sílfiide, dirigidas a ti. No he encontrado la de Gagne. ¿Dónde está? Cierto es que no la he buscado. Las tuyas, amor querido, llenan toda una carpeta. Están aparte, con las cositas que proceden de ti. He visto la rama verde que llevabas en el sombrero cuando nuestro primer viaje a Mantes, las pantuflas de la primera noche y un pañuelo mío, lleno de tu sangre. Tengo tantas ganas de besarte, esta noche. Pongo mis labios sobre los tuyos, y te abrazo desde lo más hondo de mí mismo, por todas partes. ¡A fines del mes que

viene volveremos a vernos! Se acerca otro año. En el próximo Año Nuevo, si aún no estoy en París, tendré allí al menos mi alojamiento, pues veo que habrá que arreglarlo cuanto antes, debido a la Exposición. Por lo demás, la *Bovary* avanza. El polvo está hecho, y lo dejo, pues empiezo a hacer tonterías. Hay que saber detenerse en las correcciones, ya que no se ven bien las proporciones de un fragmento cuando se ha detenido uno en él demasiado tiempo. Aguardo a Bouilhet con ansiedad, para leerle lo que no conoce. Su última carta era de lo más triste. Lo que yo había previsto ocurre, París le ensombrece. Pero voy a tratar de remontarle el ánimo, como diría mi farmacéutico. A estas horas habrá llegado a Ruán y se estará entregando con Léonie a coitos violentos y reiterados, a menos que la Sífide le haya cogido todo el jugo.

Nada más cierto que todo lo que dices en tu última carta sobre las mujeres que van a tu casa. Puedes estar segura de que todas están celosas de tu persona, y que en el fondo la Sífide te execra. Está en el orden normal. Hará todo lo posible por enemistarte con Bouilhet. Las mujeres no quieren compartir nada, y quien no está del todo con ellas, está contra ellas. Tienes todo lo necesario para hacerte odiar por ese sexo: belleza, ingenio, franqueza, etc. ¿Por qué sales siempre en su defensa? Hay que estar del lado de los fuertes.

No tengas inquietud, pobre amiga mía: mi salud va mejor que nunca. Nada de lo que procede de mí me hace daño. Es el elemento externo el que me hiere, me altera y me desgasta. Podría trabajar diez años seguidos en la soledad más austera sin tener ni un dolor de cabeza; mientras que una puerta que chirría, la cara de un burgués, una propuesta descabellada, etc., me hacen latir el corazón, me revolucionan. Soy como esos lagos de los Alpes que se agitan con las brisas de los valles (con lo que sopla de abajo, a ras del suelo); pero los grandes vientos de las cumbres pasan por encima sin arrugar su superficie y no sirven, al contrario, más que para disipar la bruma.

Además, ¿acaso lo que agrada hace daño alguna vez? La vocación seguida paciente e ingenuamente se convierte en una función casi física, una forma de existir que abarca a todo el individuo. Los peligros del exceso son imposibles para las naturalezas exageradas.

He recibido con infinito placer la noticia de la caída de los señores Augier y Sandeau. ¡Que esos dos canallas tengan un derrumbamiento merecido, mejor, estupendo! Siempre me encanta ver a la gente de dinero hundida.

¡Ah, ingeniosos, que os burláis del Arte por amor a la calderilla, ganad dinero! ¡Cuando pienso qué cantidad de gente de letras juega ahora a la Bolsa! ¿No es como para vomitar? Aunque el Sena esté frío a estas horas,

tomaría un baño de inmediato a cambio del placer de verles reventar de hambre en el arroyo, a todos esos desgraciados. Nada me indigna más, en la vida real, que la confusión de los géneros. ¡Qué buenos tenderos habrían sido todos esos poetas hace cien años, cuando era imposible ganar dinero con la pluma! ¡Cuando no era un oficio (la ira que me sofoca me impide poder escribir —textual—)! ¡La jeta de Badinguet, indignado por la obra, o más bien por la acogida que ha tenido la obra! ¡Enorrme! ¡Espléndido! ¡El bueno de Badinguet, que desea obras maestras, y además en cinco actos, y para levantar a los Franceses! ¡Como si no fuera bastante haber levantado el orden, la religión, la familia, la propiedad, para querer levantar a los Franceses! ¿Qué necesidad había? ¡Qué furia de restauración! Deja reventar a lo que tiene ganas de morir. ¡Unas pocas ruinas, por favor (es una de las condiciones del paisaje histórico y social)! ¡Ese pobre Augier, que es tan buen comensal, que tiene tanto ingenio, y que me declaraba a mí «que no había metido nunca la nariz en ese libro» (refiriéndose a la Biblia)!

¿Has observado alguna vez cómo todo lo que es poder es estúpido en lo tocante al Arte? Estos excelentes gobiernos (reyes o repúblicas) se imaginan que basta con encargar la faena, y que serán servidos. Instituyen premios, estímulos, academias, y no olvidan más que una sola cosa, una cosa pequeña sin la que nada vive: la atmósfera. Hay dos clases de literaturas, la que yo llamaría nacional (la mejor); y la letrada, individual. Para la realización de la primera hace falta en la masa un fondo de ideas comunes, una solidaridad (que no existe), un lazo; y para la entera expansión de la otra hace falta la libertad. Pero, ¿qué decir, y de qué hablar ahora? Esto irá a peor; lo deseo y lo espero. Prefiero la nada que el mal, y el polvo que la podredumbre.

Además, ¡ya habrá un despertar!, ¡volverá la aurora! Nosotros ya no estaremos; ¿qué importa?

¡Me duele lo que dices de ese pobre y excelente De Lisie! Nadie lamenta más que yo la estrechez (habría que decir la tortura) material, y ante esas miserias parezco un canalla, yo que me caliento ante un buen fuego, con la tripa llena y llevando un batín de seda. Pero no soy rico. Si lo fuera, nada sufriría a mi alrededor. Me gusta que todo lo que veo, todo lo que me rodea de cerca o de lejos, todo lo que me toca, en fin, esté bien y sea hermoso. ¡Ojalá tuviera cien mil francos de rentas! ¡En qué castillo viviríamos todos! Tengo justo lo necesario para vivir decentemente, como dice la sociedad (que no es exigente en cuanto a decencia). ¡Bueno, ya es mucho! Y agradezco al cielo, o más bien a la edad, el no tener ya las necesidades de lujo que tenía antaño. Pero querría ayudar a los que

quiero. Vamos, pobre Musa, si alguien ha deseado dinero para su amante, ése soy yo. Ojalá pudiera tenerlo para De Lisie también, y para Bouilhet, para que mande imprimir su libro, etc. ¿Qué puedo hacer por De Lisie? ¿Comprar ejemplares suyos? Es imposible, sabrá que somos nosotros. Si encuentras a alguien seguro y de una discreción inviolable, ¡dímelo!

No te he hablado de su Tigre; lo olvidé el día pasado. Pues prefiero el Buey, y con mucho. Éstas son mis razones. Encuentro la obra desigual, y hecha como en dos partes. Toda la segunda, a partir de «Él, bañado por la llama...», es soberbia. Pero en lo que precede hay muchas cosas que no me gustan. Primero, la postura del animal, que se duerme con la tripa al aire, no me parece natural: nunca se duerme un cuadrúpedo tripa al aire.

La lengua áspera y rosa va colgando. ¡Duro! y va colgando es un giro exagerado. Este verso: *Todo rumor se apaga en torno a su reposo* es incoherente de tono con todo lo que precede y todo lo que sigue. Estas dos palabras, rumor y reposo, que son casi metafísicas, que no son imaginadas, me parecen de un efecto blando y flojo. Intercalado así en una descripción muy precisa, veo muy bien que ha querido poner un verso de transición muy tranquilo y muy sencillo. Pues entonces *se apaga* está cargado, ya que es una metáfora por sí mismo. Luego perdemos de vista al tigre, con la pantera, las pitones, la cantárida (o si no, no hay suficiente: el plano secundario, al no ser lo bastante largo, se mezcla un poco con el principal, y lo estorba). Musculosas, para pitones, no me parece acertado; ¿se ven resaltar los músculos en las serpientes? El rey rayado es una ligazón de palabras inconexas: el rey (metáfora) rayado (técnico). Si es rey la idea principal, es preciso un epíteto que derive de la idea de rey. Si, al contrario, es rayado quien debe atraer la atención, hace falta un sustantivo en relación con rayado, y hay que llamar al tigre con un nombre que, en la naturaleza, tenga rayas. Y un rey no es rayado. A partir de ahí, la obra me parece muy hermosa:

Pero la sombra, capa negra, desciende en el horizonte

es un verso muy amplio y tranquilo.

El viento pasa por la cima de los bambúes; echa a volar y...

Soberbio. En este punto, en un ambiente tan fuerte, no me gustan las nocturnas gacelas para decir que vienen durante la noche. Es una expresión latina; no importa, es demasiado poético junto a un verso tan auténtico como éste:

El escalofrío del hambre hace palpar su flanco

En cuanto a los cuarenta y cuatro últimos, son sublimes.

Te ruego que no le comuniques mis impresiones. Ese buen muchacho es demasiado infeliz ahora, sin que se añadan mis críticas. ¿Y tú? Espero *La sirvienta*; te la devolveré pelada. Será en febrero, sabes, en mi próximo viaje, cuando te daré mi regalito de Año Nuevo. Te envío mil besos. [...]

152

[Croisset] Lunes, una de la madrugada [2 de enero de 1854].

Mañana espero una carta tuya, diciéndome que has recibido el voluminoso paquete del *Cocodrilo*, que debió de llegarte ayer por la mañana. En cuanto a *La sirvienta*, ignoro si está en Ruán. Ahora se llega allí con bastante dificultad debido a la nieve que llena los caminos, y como el Sena está helado y no pueden navegar los barcos, nos encontramos un poco en la situación de Robinson. No importa, espero recibir tu paquete el miércoles a más tardar. Lo leeré cuidadosamente, primero en bloque para ver el conjunto; y luego en detalle, después en masa, y te haré largos comentarios, lo más explicados posible. Pondré en ellos, pobre Musa querida, todo mi corazón y todo mi ingenio; no tengas temor alguno.

Tuve a Bouilhet el viernes por la tarde, el sábado y ayer por la mañana. Volverá el miércoles hasta el final de la semana. Hasta ahora apenas hemos tenido tiempo de charlar más que de nosotros mismos. Casi todo ha sido empleado en los *Fósiles* y en la *Bovary*. Le ha parecido bien mi polvo. Pero antes de ese párrafo tengo uno de transición, que contiene ocho líneas, que me ha exigido ocho días, en el que no hay ni una palabra de más y que no obstante hay que volver a rehacer, porque es demasiado lento. Es un diálogo directo que hay que pasar a indirecto, y donde no tengo el espacio necesario para decir lo que hay que decir. ¡Todo eso, en cuanto a plan, ha de ser rápido y lejano, hasta tal punto ha de quedar perdido y poco visible en el libro! Después, aún tengo otras tres o cuatro correcciones infinitamente mínimas, pero que me llevarán toda la semana siguiente. ¡Qué lentitud, qué lentitud! No importa, adelante. He dado un gran paso, y siento en mí un alivio interior que me pone todo alegre, aunque esta tarde he sudado literalmente por el esfuerzo. Es tan difícil deshacer lo que está hecho, y bien hecho, para meter algo nuevo en su lugar, sin que se vea el encaje.

En cuanto a los *Fósiles*, me parecen algo muy hermoso, y sigo sosteniendo que había que apañarse de esta manera. Todo el mundo,

después de los *Fósiles*, habría escrito una gran empanada lírica sobre el hombre. Pero el hombre ha cambiado, y para tomarlo completamente hay que seguir su historia, pues el señor de levita negra es tan natural como el salvaje tatuado. Así pues, hay que presentar los dos estados, y cuanto hay intermedio entre ellos. Creo que este medio era el más fuerte, y sobre todo el más difícil. Se habría podido saltar completamente por encima del hombre. Pero habría sido una triquiñuela, una falsedad, un medio muy cómodo de producir efecto, y mediante una negación.

He leído *Las abejas*, que me enviaste. Es fuerte, sobre todo de ideas, y las moscas de Montfaucon me parecen espléndidas. En cuanto a *La expiación*, ¡que lástima que quede atropellada! Todo el Waterloo es estúpido; pero La retirada de Rusia y Santa Elena (aparte numerosos lunares) me han gustado extraordinariamente. Habría podido hacerse con esto algo tan hermoso como *El fuego del cielo*. No importa, ese tipo es un gran hombre, un hombre muy grande.

Ahora estoy en lecturas muy diversas. Primero, disfruto con Pétrus Borel, que es enorrme; ¡reencuentro en él mis viejos frenesíes de juventud! Valía más que la moneda corriente de hoy. Se había subido a tal tono, que a veces se encontraba una palabra ingeniosa, una expresión buena. Por lo demás, habría una buena lección que dar sobre ese desdichado libro. ¡Cómo apuntaba ya el socialismo! ¡Qué falsa y aburrida se vuelve toda obra de imaginación con la preocupación de la moral, etc.! Me oriento mucho hacia la crítica. La novela que estoy escribiendo me aguza esa facultad, pues es sobre todo una obra de crítica, o más bien de anatomía. El lector no advertirá, espero, todo el trabajo psicológico oculto bajo la forma, pero sentirá su efecto. Y por otra parte me veo arrastrado a escribir grandes cosas suntuosas, batallas, asedios, descripciones del antiguo Oriente fabuloso. El jueves por la tarde pasé dos horas magníficas, con la cabeza entre las manos, pensando en las murallas abigarradas de Ecbatana. No se ha escrito nada sobre todo eso. ¡Cuántas cosas flotan aún en los limbos del pensamiento humano! No son los asuntos los que faltan, sino los hombres.

A propósito de hombres, permíteme que te cite de inmediato, no vaya a olvidarlas, dos pequeñas anécdotas amables. Primer hecho: en Ruán, en el depósito, han expuesto a un hombre que se ahogó con sus dos hijos atados al cinturón. La miseria aquí es atroz. Bandas de pobres empiezan a recorrer el campo por las noches. En Saint-Georges, a una legua de aquí, han matado a un gendarme. Los buenos campesinos empiezan a temblar dentro de su pellejo. Si les sacuden un poco, no pienso llorar. Esa casta no merece compasión alguna. Está llena de todos los vicios y todas las

ferocidades. Pero sigamos. Segundo hecho, y que demuestra que los hombres son hermanos. Estos días, en Provins, han ejecutado a un joven que había asesinado a un burgués y una burguesa, violado a la criada *in situ* y engullido toda la bodega. Pues para ver guillotinar a aquel excéntrico, llegaron a Provins desde la víspera más de diez mil personas del campo. Como las posadas no eran suficientes, muchos pasaron la noche al raso y durmieron en la nieve. Tal era la afluencia que faltó el pan. ¡Oh, sufragio universal! ¡Sofistas! ¡Charlatanes! ¡Declamad contra los gladiadores, y habladme del progreso! ¡Moralizad, haced leyes, planes! ¡Reformadme a la bestia feroz! Aunque arrancarais los caninos del tigre, y no pudiera comer más que papilla, siempre le quedará su corazón de carnicero. Así asoma el caníbal bajo el chaquetón popular, como el cráneo del caribe bajo el gorro de seda negra del burgués. ¿Qué coño nos importa todo eso? Nosotros cumplamos con nuestro deber. ¡Que la Providencia cumpla con el suyo!

Me dices que pronto ya nada podrá arrancarte lágrimas. Mejor, pues nada las merece, salvo lágrimas de risa, «ya que reír es lo propio del hombre».

Bouilhet me parece estar muy contento con la *Sífide*. Se emparejan con vehemencia. Por lo demás, él es poco exaltado. Así hay que ser. Dejad la exaltación al elemento muscular y carnal, para que el intelecto esté siempre sereno. Las pasiones, para el artista, han de ser el acompañamiento de la vida; el arte es su canto. Pero si las notas de abajo se montan en la melodía, todo se embrolla.

Así que yo, conservando cada cosa en su sitio, vivo por casilleros. Tengo cajones, estoy lleno de compartimentos como un buen baúl de viaje, y atado por encima, ceñido con triple correa.

Ahora coloco tu dedo en un lugar secreto, tu pensamiento en un rincón oculto, y que está lleno de ti misma, y me voy a dormir con tu imagen, enviándote mil besos. [...]

153

[Croisset] Noche del lunes al martes, a la una [10 de enero de 1854].

[...] Esta obra [*La sirvienta*] no es publicable tal como está, y te suplico que no la publiques.

¿Por qué insultar a Musset? ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te importa a ti? ¿Quién nos ha consagrado censores? Le reprochas sus *Fantasmas*; pero recuerda tu comedia de los *Fantasmas* (¡primera versión!). Seamos indulgentes, guardemos nuestras faltas para nosotros. ¿Esperas corregirle? ¿Ha tratado de perjudicarte alguna vez ese pobre chico? ¿Por qué quieres devolverle un mal mayor que el que te ha causado? Piensa en

la posteridad, y contempla la pésima cara que tienen todos los que insultan a los grandes hombres. Cuando Musset esté muerto, ¿quién sabrá que se emborrachó, que pegaba a su doncella? La posteridad es muy indulgente para con esos crímenes. ¡Casi perdona a Jean-Jacques [Rousseau] el haber mandado a sus hijos al hospicio! Y además, ¿qué nos importa a nosotros? ¿Con qué derecho?

Ese poema es una mala acción, y has recibido el castigo, pues es una obra mala. Trata de leer mis notas fríamente. Si te indignan demasiado, conserva esas páginas y reléelas dentro de seis meses, de un año (aguarda para publicar), y verás que sólo soy justo.

El elemento particular, relativo, el detalle que te había llamado la atención, ha perjudicado en la concepción del personaje de la propia Mariette. ¡Si se aceptan los personajes tal como los das, están hechos sin arte! Has escrito todo eso con una pasión personal que ha enturbiado tu visión sobre las condiciones fundamentales de toda obra imaginada. La estética está ausente. Te aseguro que, aparte de fragmentos líricos y de algunas descripciones, este poema es débil, y sobre todo aburrido.

Has hecho del arte un vertedero de pasiones, una especie de orinal en el que se ha derramado el exceso de no sé qué. ¡No huele bien! ¡Huele a odio!

Así que encuentro esta obra mala en su intención, perversa y mal ejecutada.

En cuanto al público, se indignará, y mucho más que yo. Hay ahí una eterna preocupación por la carne, por el amor, tantas veces «vicio, impuro, cortesanas, orgías», que pasará por un libro malo, a pesar de la pretensión de intenciones virtuosas.

Recibirás broncas gratuitas; te dirán groserías, cosas personales (si *La sirvienta* fuera una obra maestra, ¡ah, muy bien!, pero le falta mucho), y te verás en desventaja, pues atacas a uno más fuerte que tú. Aunque no contestase nada, tendrá a su favor, con él, a todas las mujeres del teatro a las que insultas groseramente, y a los amantes de esas señoras, que poseen los periódicos.

¿Y si por casualidad contestase? ¿Si despertara? ¿Si compusiera nada más que una canción, que te cubriera de ridículo? ¡Recuerda la desdichada historia del cuchillo, y cuánto te perjudicó! ¡Tengo que decirte todas estas cosas, aunque a estas horas debería sonrojarme! Pero no sacas provecho de nada; tomas el mundo a contrapelo y confundes perennemente la vida y el arte, tus pasiones y tu imaginación, que perjudican a una y otro.

Ten por seguro que lo que pienso, otros lo piensan y no se atreven a

decírtelo.

Ruega a Babinet o a De Lisie, o mejor a ambos, que lean en su casa tu poema (si quieres, no les des mi comentario) y que te digan luego con toda franqueza y por su honor lo que piensan al respecto, desde el punto de vista de la decencia y de la ejecución. Hazlo sinceramente, sin solicitar elogios: verás lo que contestan, y cómo me agradecerán luego el haberte dado este consejo.

Esto es lo que yo haría en tu lugar.

Como en *La sirvienta* hay cosas muy buenas, incluso excelentes, puntos geniales que no hay que desechar, yo lo reharía todo paso a paso. Suprimiría los párrafos demasiado largos, cambiaría el personaje de Lyonnell de modo que no se pareciese a Musset, y para eso haría de él un poeta católico. Cuidaría de hacer progresar los personajes de Lyonnell y de Mariette. Pues ése es un defecto capital y del que procede la monotonía del libro, al ser la situación siempre la misma. ¡Y acortaría, acortaría! ¡Piensa que es un poema de dos mil versos!

Hay que repensarlo de cabo a rabo.

Ahora he cumplido con mi deber: ¿te das cuenta de que ha sido penoso?

Recuerda con qué alegría acogí *La campesina*, para que perdones y comprendas las cuarenta páginas que te envió. [...]

154

[Croisset] Viernes, una de la madrugada [13 de enero de 1854].

No me hablas, en tu notita de esta mañana, querida Louise, de la decisión que has tomado en lo relativo a *La sirvienta*. Y yo aguardaba tu respuesta con ansiedad. La razón es ésta: aunque lo pensé bien antes de enviarte una carta tan dura, luego volví a reflexionar, y casi vacilé antes de mandártela. Me preguntaba: «¿Me habré equivocado? ¡Es posible!». Sin embargo, no, no. Creo que mis notas y mi carta fueron dictadas por el sentido común más vulgar que jamás haya ordenado palabras. Y a riesgo de herirte (había motivos), creí cumplir con mi deber de todas maneras, notificándote estas cosas. Si tu opinión difiere de la mía, no necesitamos volver sobre ello, pues no nos convenceremos. En el caso contrario, no podré sino admirar tu sacrificio. Pero querría que comprendieses bien mis razones. Creo que son buenas. En todo caso, si te queda alguna duda, de un modo u otro, no te remitas a ti misma, ni a mí, ni a Bouilhet. Consulta a Leconte, a Babinet, a Antony Deschamps, y expónles tus motivos.

Me ruegas, en la notita de esta mañana, que conteste a tu carta del viernes pasado. Acabo de releerla; está ahí, abierta sobre mi mesa. ¿Cómo quieres que conteste? Debes conocerme tan bien como yo mismo,

y me hablas de cosas que hemos tratado cien veces, y que por eso no van más adelantadas. Me reprochas, por raras, hasta las palabras de ternura que te envío en mis cartas (me parece, sin embargo, que no abuso mucho de sentimentalismos). Así que aún me privaré más de ellas, ya que «te oprimen la garganta». Volvamos, empecemos de nuevo. Voy a ser categórico, explícito... Primero, ¡sobre mi madre!

Pues sí. Eso es. Lo has adivinado. Es porque estoy persuadido de que, si te viera, sería muy fría contigo, poco correcta, como dices, por lo que no quiero que os veáis. Además, no me gusta esta confusión, esta alianza de dos afectos de origen diferente (por lo que a ella respecta, puedes imaginarte a la mujer en función de este rasgo: no iría, sin invitación, a casa de su hijo mayor). Y además, ¿a título de qué iría a tu casa? Cuando te había dicho que iría, yo había vencido, para agradarte, un gran obstáculo y había parlamentado durante varios días. Me lo tuviste en cuenta y viniste, sin venir a cuento, a reanudar algo irritante, algo que me es antipático, y que había exigido esfuerzo. Tú rompiste la primera. Tanto peor. Además, te lo suplico una vez más, no te metas en eso. Cuando se presenten el tiempo y la ocasión, sabré lo que debo hacer. Encuentro extraña tu persistencia en esta cuestión. Pedirme siempre el conocer a mi madre, que te presente en su casa, que vaya ella a la tuya, me parece tan raro como si ella quisiese, a su vez, que yo no fuera a tu casa, que dejase de tratarte, porque, porque, etc. Y te juro que si a ella se le ocurriese abrir la boca sobre esos asuntos, no tardaría en volverla a cerrar. Otra cuestión, a saber, la financiera. No estoy enfadado en absoluto. No me rajo. No oculto en absoluto mi dinero (cuando lo tengo), y poca gente hay con renta tan floja como yo que parezca tan rica (parezco rico, es cierto), ¡y es una desgracia, pues puedo pasar por avaro! Pareces considerarme como un roñoso, porque no ofrezco, cuando no me piden. Pero ¿cuándo he negado? (No se saben, a veces, todas las molestias que he sufrido para complacer a los demás.) ¿Que no tengo esos arranques de generosidad que debería uno tener espontáneamente, dices? Pues yo digo que no es verdad, y que soy capaz de ello. Pero sin duda me engaño extrañamente. ¿No afirmaba también Du Camp que yo tenía oxidados los cordones de la bolsa?

Resumo. Te he dicho que te complaceré siempre, y te repito que no tengo un céntimo. Te parece sospechoso, pero no niego nada, y repito de nuevo, explicándome: es cierto, no tengo una perra (así, para llegar hasta el mes de febrero, tengo veinte francos). ¿Crees que, si pudiera, no compraría cien ejemplares del libro de Leconte, etc.? Pero ante todo hay que pagar las deudas. Y, de dos mil francos que he de cobrar este año, debo ya

cerca de mil doscientos. ¡Cuenta, además, los viajes a París! El año que viene, para vivir en París, mermaré ampliamente mi capital. Será preciso. Me he fijado una cantidad. Una vez agotada esta cantidad, tendré que volver a vivir como ahora, a menos que gane algo, suposición que me parece absurda.

¡Pero, pero! —fíjate en ese «pero»— si lo necesitas, te lo encontraría de todos modos, aunque tuviese que colocar la plata de casa en el Monte de Piedad. ¿Entiendes ahora?

En cuanto al final de la *Bovary*, me he fijado ya tantas épocas, y me he equivocado tantas veces, que renuncio no sólo a hablar, sino a pensar en ello. ¡Sea lo que Dios quiera! Ya no entiendo nada. Esto acabará cuando quiera, aunque tenga que morirme encima de aburrimiento y de impaciencia, lo que quizá me ocurriría sin la furia que me sostiene. De aquí a entonces iré a verte cada dos meses como te he prometido.

En fin, pobre Louise, ¿quieres que te desvele el fondo de mi pensamiento, o más bien que abra el fondo de tu corazón? Creo que tu amor se tambalea. Los descontentos, los sufrimientos que te doy no tienen otra causa, pues tal como soy he sido siempre. Pero ahora me ves mejor, y quizá me juzgas razonablemente. No lo sé. Sin embargo, cuando se ama por completo, se ama lo que se ama tal como es, con sus defectos y sus monstruosidades; se adora hasta la sarna, se quiere la chepa, y se aspira con deleite el aliento que envenena. Lo mismo ocurre en lo moral. Y yo soy deforme, infame, egoísta, etc. ¿Sabes que acabarán por volverme de un orgullo insoportable, censurándome siempre como lo hacen? Creo que no hay un mortal en la tierra que sea menos aprobado que yo, pero no cambiaré. No me reformaré. He raspado, corregido, anulado o amordazado ya tantas cosas de mí, que estoy harto. Todo tiene un límite, y me encuentro ahora lo bastante crecido como para considerarme educado. Hay que pensar en otra cosa. Yo había nacido con todos los vicios. He suprimido radicalmente varios, y no he dado a los demás más que un pienso ligero. Sólo Dios sabe qué martirios he sufrido en esta doma psicológica, pero actualmente renuncio a ellos. Es el camino de la muerte, y quiero vivir aún durante tres o cuatro libros; así que estoy cristalizado, inmóvil. Me llamas «granito». Mis sentimientos son de granito. Y si tengo el corazón duro, al menos es sólido, y no se hunde bajo nada. Los abandonos y las injusticias no alteran lo que está grabado en él. Todo queda ahí, y tu pensamiento, hagas lo que hagas y haga yo lo que haga, no se borrará. [...]

Domingo por la noche [15-16 de enero de 1854].

Estoy muy apenado. Te presento mis disculpas, y de lo más sinceras, ya que te ha parecido amargo e injurioso lo que yo te decía de *La sirvienta*. Mi intención era muy otra. Es cierto (como tú me lo escribes) que yo estaba irritado en ese trabajo. Me había excitado los nervios considerablemente, y puedes convencerte tú misma de que he trabajado al microscopio. Lo que me ha indignado es ver desperdiciar tantos dones del cielo por semejante idea preconcebida de moral.

Créeme que no soy en absoluto insensible a las desgracias de las clases pobres, etc., pero en literatura no hay buenas intenciones. El estilo lo es todo, y me quejo de que, en *La sirvienta*, no has expresado tus ideas mediante hechos o escenas. Ante todo, en una narración, hay que ser dramático, siempre hay que pintar o conmover, nunca declamar. Y el poeta, en ese poema, declama con excesiva frecuencia. Ésa es mi mayor crítica. Añado a ella la falta de gradación de los personajes. En cuanto a las críticas de detalle, te las dejo si quieres, pero las dos que señalas, como roca, leído en vez de rey, e impuros en vez de impío, reconocerás que el reproche es ligero (sin embargo, no he leído con prisa). En cuanto a impuro, hay francamente tal abuso, que ya no veía yo más que eso.

No he olvidado en absoluto la conducta del señorito Musset, y los sentimientos que me inspira están lejos de ser benevolentes. Sólo quise decir que el castigo rebasaba el ultraje. Ciertamente es que, en su lugar, preferiría recibir una bofetada en la calle que semejantes versos dirigidos a mi intención.

¡Qué mal has tomado, pobre y querida Musa, lo que te decía de Karr! ¿Me crees lo bastante patán como para recordarte esas cosas con ánimo de herirte? ¡No! Si hubieras tenido siempre como consejera a gente con un sentido práctico tan burgués como el mío, y la hubieses escuchado, muchas de las cosas que te ocurren no te sucederían. Luego te extrañas de la palabra «ridículo». Sin embargo, es la única exacta. Siempre se es ridículo cuando los burlones están contra uno. Eso es lo que yo quería decir, y los burlones están siempre del lado de los fuertes, de la moda, de los tópicos, etc. Para vivir en paz no hay que ponerse ni del lado de los burlados, ni del de los burlones. Permanezcamos al margen, afuera, pero para eso hay que renunciar a la acción.

Recordemos siempre esas tres máximas (las dos primeras son de Epicteto, hombre poco acusado de haber tenido una moralidad relajada, y la tercera, de La Rochefoucauld): «Esconde tu vida.—Abstente.—El hombre inteligente es el que no se asombra de nada». (¡Yo no soy el hombre inteligente, pues me asombro de muchas cosas!) Siguiendo esas

ideas, está uno seguro en la vida y en el Arte. ¿No sientes que ahora todo se disuelve por el relajamiento, por el elemento húmedo, por las lágrimas, por el parloteo, por los productos lácteos? La literatura contemporánea está ahogada en reglas de mujer. Tenemos que tomar hierro todos para que se nos pasen las clorosis góticas que nos han transmitido Rousseau, Chateaubriand y Lamartine.

Así se explica el éxito de Badinguet. Ése se ha resumido. No ha perdido sus fuerzas en pequeñas acciones divergentes de su meta. Ha sido como una bala de cañón pesada, y se ha hecho un ovillo. Luego ha explotado de golpe, y la gente ha temblado. Si el tío Hugo le hubiera imitado, habría podido hacer en poesía lo que el otro había hecho en política, algo de lo más original. Pero no, se dejó llevar por los chillidos. La pasión nos pierde a todos. [...]

156

[Croisset] Lunes, una de la madrugada [16 de enero de 1854].

[...] Te enfadaste un poco conmigo, hace algunos meses, cuando te dije que a ese joven [De Lisie] (pues es un joven) le haría falta una buena bribona, una zorra alegre, divertida, una mujer chispeante. Vuelvo a mi idea. Eso pondría un poco de sol en su vida. Lo que le falta a su talento, como a su carácter, es el aspecto moderno, el color en movimiento. Con su ideal de pasiones nobles, no se da cuenta de que se seca prácticamente, se esteriliza literariamente. El ideal no es fecundo más que cuando se hace entrar todo en él. Es un trabajo de amor y no de exclusión. Hace dos siglos que Francia camina suficientemente por esa vía de negación ascendente. Se ha eliminado cada vez más de las letras la naturaleza, la franqueza, el capricho, la personalidad e incluso la erudición, como algo grosero, inmoral, extraño, pedantesco. Y en las costumbres se ha perseguido, deshonrado y casi aniquilado el atrevimiento y la amenidad, las grandes maneras y los géneros de vida libres, que son los fecundos. ¡Se han estirado hacia la decencia! Para ocultar las escrúfulas se han subido la corbata. El ideal jacobino y el de Marmontel pueden darse la mano. Nuestra deliciosa época está aún atestada por este doble polvo. Robespierre y el señor de La Harpe nos regentan desde el fondo de sus tumbas. Pero creo que hay algo por encima de todo eso, a saber: la aceptación irónica de la existencia y su reestructuración plástica y completa mediante el Arte. En cuanto a nosotros, el vivir no nos concierne; lo que hay que buscar es el no sufrir.

He pasado dos días execrables, el sábado y ayer. Me ha sido imposible escribir ni una línea. Es imposible saber lo que he jurado, el papel que he

estropeado y cuánto he pataleado de rabia. Tenía que hacer un párrafo psicológico-nervioso de los más sutiles, y me perdía continuamente en las metáforas, en vez de precisar los hechos. Este libro, que no es más que estilo, tiene como continuo peligro el propio estilo. La frase me embriaga, y pierdo de vista la idea. Aunque el universo entero me pitara en los oídos, no me vería más agobiado de vergüenza de lo que a veces estoy. ¿Quién no ha sentido esas impotencias en las que parece que el cerebro se disuelve como un paquete de ropa podrida? Y luego vuelve a soplar el viento, se hincha la vela. Esta noche, en una hora, he escrito media página. A lo mejor la habría terminado, si no hubiera oído dar la hora, y pensado en ti.

En cuanto a tu periódico, no he prohibido en absoluto a Bouilhet que colabore en él. Solamente creo que él, desconocido, principiante, con una reputación que cuidar y un nombre que hacer valer y esponjar, haría mal en dar versos ahora a un periódico pequeño. No le reportaría ni honor ni provecho, y no veo en qué te serviría a ti, ya que tenéis derecho a tomar aquí y allá lo que os apetezca. En lo que a mí respecta, comprenderás que no escribiré ni en ese diario ni en ningún otro. ¿Para qué? ¿En qué me beneficiaría? Si (cuando esté en París) he de mandarte artículos por hacerte un favor, de mil amores. Pero en cuanto a firmar, no. Llevo veinte años conservando mi virginidad. El público la recibirá entera y de golpe, o no la recibirá. Hasta entonces, la cuido. Estoy bien decidido, por otro lado, a no escribir más adelante en ningún periódico, aunque fuese *La Revue des Deux Mondes*, si me lo propusieran. No quiero formar parte de nada, ser miembro de ninguna academia, de ninguna corporación o asociación alguna. Odio el rebaño, la regla y el nivel. Beduino, lo que queráis; ciudadano, nunca. Incluso tendré buen cuidado, por caro que me cueste, de poner en primera página de mis libros que se permite su reproducción, para que vean que no pertenezco a la Sociedad de las Gentes de Letras, pues reniego de antemano de tal título, y cara a mi portera antes adoptaría el de negociante o el de vendedor de casullas. No me habré pasado más de un cuarto de siglo dando vueltas en mi jaula, y con más aspiraciones a la libertad que los tigres del zoológico, para engancharme después a un ómnibus y trotar a paso tranquilo sobre el vulgar macadam. No, no. Reventaré en mi rincón como un oso sarnoso, o bien se desplazarán para ver al oso. Hay una cosa muy nueva y encantadora que hacer en tu periódico, algo que puede ser casi una creación literaria, y en lo que no piensas, es el artículo moda. Te explicaré en la próxima lo que quiero decir. Apenas me queda bastante espacio para decirte que tu Gustave te abraza.

[Croisset] Domingo por la noche [29 de enero de 1854].

¡Espero que a mediados de la semana próxima, querida Louise, nos veamos al fin! Tengo un buen presentimiento sobre ese viaje. Estaré alojado más cerca de ti; tendré pocas gestiones que hacer, y además, para no estar importunado por las horas, tomaré dos o tres días completos, con el fin de pasar el resto del tiempo de modo más pleno contigo y con Bouilhet. Creo que definitivamente voy a dejar para otro viaje la excursión de Nogent. Me exigiría dos días enteros, y sería dinero gastado sin provecho ni placer. ¿Sabes cuántas páginas he hecho esta semana? ¡Una, y aun no digo que sea buena! Hacía falta un párrafo rápido y ligero. Y yo estaba en disposiciones de pesadez y de desarrollo. ¡Cómo me cuesta! Así que es algo atrozmente delicioso el escribir, para que uno se quede empeñándose en semejantes torturas y no se busque otra. Hay un misterio, ahí debajo, que se me escapa. La vocación es quizá como el amor por el país natal (que tengo poco, por lo demás), cierto lazo fatal entre los hombres y las cosas. El siberiano en sus nieves y el hotentote en su choza viven contentos, sin soñar con soles ni palacios. Algo más fuerte que ellos mismos los ata a su miseria, ¡y nosotros nos debatimos en las Formas! Poetas, escultores, pintores y músicos, respiramos la vida a través de la frase, el contorno, el color o la armonía, y todo esto nos parece lo más bello del mundo. Además, he estado aplastado durante dos días por una escena de Shakespeare (la primera del acto III del *Rey Lear*). Ese individuo me volverá loco. Más que nunca, todos los demás me parecen niños a su lado. En esa escena, todo el mundo, al cabo de la miseria, en un paroxismo completo del ser, pierde la cabeza y desvaría. Hay tres locuras diferentes que aullan a la vez, mientras el bufón hace gracias, cae la lluvia y brilla el trueno. Un joven noble, al que hemos visto rico y hermoso al principio, dice esto: «Ah, he conocido a las mujeres, etc. He sido arruinado por ellas. Desconfiad del ruido ligero de su vestido y del crujido de sus zapatos de raso, etc.». ¡Ay, poesía francesa, qué agua clara eres, en comparación! ¡Cuando pienso que seguimos con los bustos, con Racine, con Corneille, y otra gente ingeniosa y mortalmente aburrida, eso me hace rugir! Querría (otra cita del Viejo) «triturarlos en un mortero, para pintar luego con esos residuos las paredes de las letrinas». Sí, me ha trastornado. No hacía más que pensar en esa escena del bosque en que se oye a los lobos aullar, y el viejo Lear llora bajo la lluvia y se arranca la barba al viento. Cuando contempla uno esas cimas es cuando se siente pequeño: «Nacidos para la mediocridad, nos aplastan las mentes

sublimes». Pero charlemos de otra cosa que de Shakespeare, hablemos de tu periódico. Pues bien, creo que en todas partes y a propósito de todo se puede hacer Arte. ¿Quién se ha ocupado hasta ahora de los artículos de modas? ¡Las modistas! Igual que los tapiceros no entienden nada de muebles, los cocineros poco de cocina y los sastres nada de trajes, las modistas tampoco entienden nada de Arte. La razón es la misma que hace que los pintores de retratos hagan malos retratos (los buenos los pintan pensadores, creadores, los únicos que saben reproducir). La estrecha especialidad en que viven les quita el sentido mismo de esta especialidad, y confunden siempre lo accesorio y lo fundamental, la cinta y el manto. Un gran sastre sería un artista, como en el siglo XVI los orfebres eran artistas. Pero la mediocridad se infiltra por doquier, hasta las piedras se vuelven bobas, y las grandes carreteras son estúpidas. Aunque pereciésemos en el intento (y pereceremos, no importa), por todos los medios posibles hay que contener la riada de mierda que nos invade. Lancémonos, pues, al ideal, ya que no tenemos la posibilidad de residir en el mármol y en la púrpura, de tener divanes de plumas de colibrí, alfombras de piel de cisne, sillones de ébano, parqués de concha, candelabros de oro macizo o lámparas talladas en esmeralda. ¡Vociferemos, pues, contra los guantes de adúcar, contra los sillones de despacho, contra el mackintosh, contra los calefactores económicos, contra las telas falsas, contra el lujo falso, contra el falso orgullo! La industrialización ha desarrollado lo feo en proporciones gigantescas. ¡Cuánta buena gente que hace un siglo habría vivido perfectamente sin Bellas Artes necesita ahora estatuillas, musiquilla y literaturilla! Basta con pensar qué espantosa propagación de dibujos malos ha de hacer la litografía; y qué hermosas nociones saca de ellos un pueblo, en cuanto a las formas humanas. Por otra parte, lo barato ha vuelto fabuloso al lujo auténtico. ¿Quién consiente ahora en comprar un buen reloj (cuesta mil doscientos francos)? Todos somos cuentistas y charlatanes. ¡Pose, pose y camelo por todas partes! La crinolina ha devorado las nalgas, nuestro siglo es un siglo de zorras, y lo menos prostituido que hay hasta ahora son las prostitutas.

Pero, como no se trata de declamar contra el burgués, burgués que ya ni siquiera es burgués, pues desde la invención de los ómnibus la burguesía ha muerto; sí, se ha sentado ahí, en el banco popular, y ahí se queda, idéntica ahora a la canalla en alma, en aspecto e incluso en vestimenta (véase el «chic» de los paños gruesos, la creación del paletó, los trajes de remeros, las batas azules para la caza, etc.). Como no se trata, sin embargo, de declamar, esto es lo que yo haría: aceptaría todo eso y, partiendo de ese punto de vista democrático, a saber, que todo es de

todos, y que la mayor confusión existe para el bien del mayor número, trataría de establecer a posteriori que por consiguiente no hay modas, puesto que no hay autoridad ni regla. Antes se sabía quién hacía la moda, y todas tenían un sentido (volvería sobre esto, que entraría en la historia del traje, cosa bien hermosa de escribir, y muy nueva). Pero ahora hay anarquía, y cada uno está entregado a su capricho. Quizá salga de aquí un orden nuevo. Otros dos puntos que yo podría desarrollar. Esta anarquía es el resultado, entre otros mil, de la tendencia histórica de nuestra época (el siglo XIX repasa su curso de historia). Así hemos tenido el estilo romano, el gótico, el Pompadour, el Renacimiento, todo en menos de treinta años, y algo de todo eso subsiste. ¿Y cómo sacar provecho de todo esto para la belleza? Ahí está el calambur, lo tomo en este sentido: estudiando qué forma, qué color conviene a tal persona, en tal circunstancia dada. Ahí hay una relación de tonos y de líneas que hay que captar. Las grandes coquetas saben de eso, y, como los auténticos dandies, no se visten según la revista de modas. Pues es de ese arte del que debe hablar un periódico de modas, para ser nuevo y auténtico. Estudiar, por ejemplo, cómo viste el Veronés a sus rubias, qué adornos pone al cuello de sus negras, etc. ¿No hay atuendos decentes, no los hay libidinosos o elegiacos, y excitantes? ¿De qué depende ese efecto? De una relación exacta, que se nos escapa, entre los rasgos y la expresión del rostro, y la vestimenta. Otra consideración, la relación entre el traje y la acción, y de esta idea de utilidad con frecuencia incluso deriva lo Bello. Ejemplo: majestad de los vestidos sacerdotales. El gesto de la bendición es estúpido sin mangas anchas. Oriente se desislamiza por la levita. ¡Ya no pueden hacer sus abluciones, los desdichados, con sus bocamangas abotonadas! Igual que la introducción de la trabilla les hará abandonar tarde o temprano el uso del diván (y quizá el del harén, pues tales pantalones tienen también braguetas abotonadas. A propósito de la importancia de las braguetas, véase el gran Rabelais). En cuanto a la trabilla, está expulsada de Francia ahora, a consecuencia de la extensión y de la rapidez de los negocios comerciales. Hay que observar que fueron los corredores los primeros en llevar polainas y zapatos: la trabilla les molestaba para subir corriendo las escaleras de la Bolsa, etc. Finalmente, ¿hay algo más estúpido que ese boletín de modas, que dice los trajes que se llevaron la semana pasada, con el fin de que se lleven la semana siguiente, y que da una regla para todo el mundo? Eso sin tener en cuenta que cada uno, para ir bien vestido, debe vestirse a su manera. Siempre es la misma cuestión, la de las Poéticas. Cada obra por hacer tiene su poética propia, que es preciso hallar.

Yo derribaría, pues, esa idea de una moda general. Me empeñaría en los sombreros de copa altísima, en las batas con palmas, en los gorros griegos con flores. Asustaría al burgués y a la burguesía. Hay que hacer que pase la moda de los corsés, que son una cosa repulsiva, de una lubricidad indignante y de una incomodidad excesiva, en ciertos momentos. ¡A veces he sufrido mucho por ellos! Sí, he sufrido mucho por esas naderías, de las que un hombre no debe hablar (eso se sale del tipo viril al que hay que acomodarse, so pena de pasar por eunuco). Así, hay mobiliarios, trajes, colores de levitas, perfiles de sillas, orlas de cortinas que me hacen daño de verdad. Jamás he visto, en un teatro, los peinados de mujeres que dicen arregladas, sin tener ganas de vomitar, debido a toda la cola de pescado que pega sus bandos, etc.; y la visión de los actores, que llevan con todo (aunque representen *Guillermo Tell*) guantes Jouvin, basta para hacer que odie la ópera. ¡Qué imbéciles! Y la expresión de la mano, ¿en qué queda, con su guante? ¡Imaginaos a una estatua enguantada! En las Formas todo debe hablar, y hay que ver siempre lo más posible del alma. Ya hemos charlado de trapos, ¿verdad?

¡Ay! Es que me he pasado muchas horas de mi vida, al amor de mi lumbre, amueblándome palacios y soñando con libreas para cuando tenga un millón de rentas. En mis pies he visto coturnos sobre los que había estrellas de diamante. He oído relinchar, al pie de escalinatas imaginarias, tiros de caballos que harían reventar de envidia a Inglaterra. ¡Qué festines! ¡Qué servicio de mesa! ¡Qué bien servido, y qué bueno estaba! Los frutos de los países de toda la tierra desbordaban en cestos hechos con sus hojas. Servían las ostras con el varec y había, todo alrededor del comedor, una espaldera de jazmines en flor donde jugaban los bengalíes.

¡Oh, las torres de marfil! ¡Subamos a ellas mediante el sueño, ya que los clavos de nuestras botas nos retienen aquí abajo!

Jamás he visto en mi vida nada lujoso, excepto en Oriente. Allá se encuentran gentes cubiertas de piojos y de harapos, y que llevan en los brazos brazaletes de oro. Son gentes para quienes lo Bello es más útil que lo Bueno. Se cubren con color, y no con paño. Necesitan más fumar que comer. Hermosa predominancia de la idea, por mucho que se diga. [...]

158

[Croisset] Sábado, una de la madrugada [25 de febrero de 1854].

Creo que ya estoy otra vez montado en mi manía. ¿Daré aún traspies como para romperme las narices? ¿Tendrá los riñones más firmes? ¿Durará esto mucho? Dios lo quiera. Pero me parece que estoy recuperado. He hecho esta semana tres páginas que, a falta de otro

mérito, al menos tienen rapidez. Esto ha de funcionar, correr, fulgurar, o reventaré; y no pienso reventar. Mi catarro a lo mejor me ha purgado el cerebro, pues me siento más ligero y más rejuvenecido. Sin embargo, antes he perdido parte de la tarde, al haber recibido la visita de un tío de Liline, que me ha ocupado tres horas. Por lo demás, me ha dicho dos buenas frases de burgués que no olvidaré, y que no se me habrían ocurrido. Así que bendito sea. Primera frase, a propósito de pescado: «El pescado está desorbitadamente caro; no puede uno acercarse a él». ¡Acercarse al pescado! ¡Enorme! Segunda frase, a propósito de Suiza, que este señor ha visto; era con relación a una masa de hielo que se desprendía de un glaciar: «Era magnífico, y nuestro guía nos decía que éramos muy afortunados por estar allí, y que un inglés habría pagado mil francos por verlo». ¡El eterno inglés pagando, aún más enorme!

¿Qué te hace pensar que me preocupaba poco saber el resultado de la visita del Filósofo (hiciste bien; permanece inflexible en cuanto a la pensión), porque no pude ir el miércoles por la tarde, agobiado como estaba por recados y asuntos? Ay, Louise, Louise, ¿sabes que yo no te he dicho nunca ni la cuarta parte de las cosas duras que me escribes, yo que soy tan duro, según pretendes, y «que no tengo ni sombra de una apariencia de ternura para contigo»? Eso te hiere profundamente, y a mí también, y más de lo que digo y te diré jamás. Pero cuando se escriben semejantes cosas, una de dos: o se piensan, o no se piensan. Si no se piensan, si es una figura de retórica, es atroz; y si no se hace más que expresar literalmente la propia convicción, ¿no valdría más cerrar la puerta a la gente, limpiamente? Te quejas tanto de mi personalidad enfermiza (¡oh, Du Camp, gran hombre, cuánto te hemos calumniado todos!) y de mi falta de entrega, que termino por encontrar eso de un grotesco amargo. Mi egoísmo tan reprochado se duplica, a fuerza de plantármelo sin cesar ante la vista. ¿Qué significa egoísmo? ¡Me gustaría saber si tú no lo eres también (egoísta), y mucho, además! Pero mi egoísmo ni siquiera es inteligente. ¡De modo que soy no solamente un monstruo, sino un imbécil! ¡Encantadoras palabras de amor! Si desde hace un año (un año no, seis meses) el círculo de nuestro afecto, como tú lo observas, se reduce, ¿de quién es la culpa? No he cambiado para contigo ni de conducta ni de lenguaje. Nunca (repasa en tu memoria mis otros viajes) me he quedado más en tu casa que en estos dos últimos. Antes, cuando estaba en París, aún iba a cenar a casa de otros de vez en cuando. Pero en noviembre, y hace quince días, lo he rechazado todo para estar juntos de modo más completo, y en todas las gestiones que he hecho no ha habido una sola por mi gusto, etc.

Creo que envejecemos, nos volvemos rancios; nos agriamos y confundimos mutuamente nuestros vinagres. Yo, cuando me sondeo, esto es lo que siento por ti: primero una gran atracción física, y luego un apego de espíritu, un afecto viril y sereno, una estima emocionada. Pongo el amor por encima de la vida posible, y jamás hablo de él para mi uso. Has escarnecido delante de mí, la última noche, has ridiculizado como una burguesa mi pobre sueño de quince años, acusándolo una vez más de no ser inteligente. ¡Pues yo estoy seguro! ¿Es que nunca has entendido nada de todo lo que escribo? ¿No has visto que toda la ironía con que ataco al sentimiento en mis obras no era más que un grito de vencido, a menos que sea un canto de victoria? ¿Pides amor, te quejas de que no te envíe flores? ¡Pues sí que pienso yo en flores! Escoge entonces a algún buen chico recién salido del cascarón, a un hombre de buenos modales y de ideas prefabricadas. Yo soy como los tigres, que tienen en la punta del glande pelos aglutinados con los que desgarran a la hembra. El extremo de todos mis sentimientos tiene una punta afilada que hiere a los demás, y también a mí mismo, a veces. Yo no había encargado a Bouilhet nada en absoluto. Es una suposición por tu parte. Por lo demás, no te ha dicho sino la verdad, ya que lo preguntas. No me gusta que mis sentimientos sean conocidos por el público, y que en las visitas me arrojen a la cabeza mis propias pasiones, a modo de conversación. Hasta los veinte años cumplidos enrojecía como una zanahoria cuando me preguntaban: «¿No escribe usted?». Por eso puedes calcular mi pudor, con relación a los demás sentimientos. Siento que te amaría de modo más ardiente si nadie supiera que te amo. Tengo ojeriza a De Lisie porque me tuteaste en su presencia, y ahora me resulta desagradable verle. Así estoy yo constituido, y bastante tarea tengo en obra como para acometer mi reforma sentimental. También tú comprenderás, al envejecer, que las maderas más duras son las que menos rápido se pudren. Y hay algo que te verás forzada a conservar para mí, pase lo que pase: a saber, tu estima. Y la tengo en mucho. Sin embargo, apenas me la demuestras volviendo de nuevo, y tantas veces, a los ochocientos francos que te presté. ¡Se diría de verdad que te persigo con un alguacil! ¿Te he hablado alguna vez de ellos? No los necesito para nada. Quédatelos o devuélvemelos, me da igual. Pero parece querer hacerme comprender esto: «Tenga paciencia, buen hombre, no esté inquieto: ya se le devolverá su pobre dinero; no llore». Daría el doble para no volver a oír hablar de ellos en absoluto. Pero ¿no serás tú la que me quieres menos? Examina tu corazón y respóndete a ti misma. En cuanto a decírmelo a mí, no; esas cosas no se dicen, porque hay que tener siempre sentimientos fuertes y chillones. Pero los

míos, que son mínimos, imperceptibles y mudos, permanecen también siempre iguales. Tu salvaje del Aveyron te abraza.

159

[Croisset] Noche del jueves [2-3 de marzo de 1854].

Sí, tienes razón, buena Musa; dejemos de reñir, besémonos, pasemos la esponja por todo eso. Amémonos cada uno a nuestra manera según nuestra naturaleza. Tratemos de no hacernos sufrir recíprocamente. Cualquier afecto es siempre un fardo que se lleva entre dos. El más bajito ha de empinarse, para que no le caiga todo el peso en la nariz. El más alto, que se agache para no aplastar a su compañero. Ya no te digo nada más que esto: más tarde me apreciarás. En cuanto a ti, ya lo he aprendido todo; por eso te conservo. He recibido esta mañana tus tres catálogos. En el de Perrotin había algo escrito por ti, que ha sido suprimido. ¿Qué era? Haré esos tres artículos simultáneamente, con el fin de que no se parezcan. ¿Cuál es al que hay que dar más jabón? (Oh, crítica, ésa es toda tu finalidad hoy: dar jabón o reventar, dos metáforas muy bonitas y que dan una idea de la tarea.) Dime también cuándo tienen que estar hechos esos artículos, lo más pronto y lo más tarde. ¿Has admirado, en el catálogo de la Librairie Nouvelle, los anuncios que siguen a los títulos de las obras? ¡Es enorme! ¿Será Jacottet quien ha redactado esas hermosuras? La *Revue de Paris* tiene una página tremenda. ¡Qué falange! ¡Qué caraduras! Todo esto es como para vomitar. La literatura se parece a una gran empresa de inodoros. ¡Rivalizan en apestar al público! Siempre me siento tentado de exclamar, como San Policarpo: «Ah, Dios mío, Dios mío, ¿en qué siglo me has hecho nacer?», y de escapar tapándome los oídos, como hacía aquel santo varón cuando en su presencia decían algo inconveniente.

La tarea vuelve a funcionar. En catorce días justos he escrito tantas páginas como las que había hecho en seis semanas. Creo que son mejores; o al menos más rápidas. Empiezo a divertirme de nuevo.

Pero ¡qué tema!, ¡qué tema! Ésta es la última vez en mi vida que trato con los burgueses. ¡Mejor describir cocodrilos, la cosa es más fácil! [...]

Me hablas de la cara triste de De Lisie y de la expresión triunfante de Bouilhet. Efectos diferentes de causas iguales, a saber: el amor, el tierno amor, etc., como dice Pangloss. Si De Lisie tomara la vida (o pudiera tomarla) por el mismo lado que el otro, tendría ese cutis fresco y ese aspecto agradable que te deja pasmada. Pero creo que tiene la mente embarazada de grasa. Le estorban superfluidades sentimentales, buenas o malas, inútiles para su oficio. Le he visto indignarse contra algunas obras

debido a la conducta del autor. Aún sueña con el amor, la virtud, etc., o al menos con la venganza. Le falta una cosa: el sentido cómico. Reto a ese chico a que me haga reír, y la risa es algo: es el desdén y la comprensión mezclados, y en suma el modo más elevado de ver la vida, «lo propio del hombre», como dice Rabelais. Pues los perros, los lobos, los gatos y en general todos los animales con pelo lloran. Soy de la opinión de Montaigne, mi padre nutricio: creo que jamás se nos puede despreciar lo bastante, conforme a nuestro mérito. Me gusta ver la humanidad y todo lo que respeta rebajado, escarnecido, deshonrado, abucheado. Por ese lado siento alguna ternura por los ascéticos. El torpor moderno viene del respeto ilimitado que tiene el hombre por sí mismo. Cuando digo respeto... no: culto, fetichismo. El sueño del socialismo, ¿no es poder hacer que se sienta la humanidad, monstruosamente obesa, en una caseta toda pintada de amarillo, como en las estaciones de ferrocarril, y que esté ahí, balanceándose sobre sus cojones, ebria, beatífica, con los ojos cerrados, digiriendo su almuerzo, aguardando la cena y defecando debajo de sí? ¡Ah! No moriré sin haberle escupido a la cara con toda la fuerza de mi gaznate. Doy las gracias a Badinguet. ¡Bendito sea! Me ha restituido al desprecio por la masa y al odio del populacho. Es una salvaguardia contra la bajeza en estos tiempos de vulgaridad que corren. ¡Quién sabe! A lo mejor será eso lo más claro y tajante que yo escriba, y quizá sea la única protesta moral de mi época. ¡Qué paréntesis!

Vuelvo a De Lisie o más bien a Bouilhet. ¡Muy bien, su historia con la Sílfiide! Al menos es una manera de tomarse el sentimiento que no destroza el estómago. ¡Esa Sílfiide es una gran mujer! La estimo, la encuentro muy fuerte, llena de una elegancia discreta, muy a lo Pompadour, tacón rojo, Fort-l'Évéque, etc. Me asusta pensar en la cantidad de polvos ilegítimos que habrá echado. Si con cada nuevo amante le sale una punta en los cuernos al marido, ese buen hombre debe de ser no un ciervo diez-cuernos, sino un ciervo cien-cuernos. Mientras le crecen puntas, su mujer se ventila embutidos. ¡Farsa, calambur! ¡Hay que reírse un poquito!

A propósito de historias galantes, estuve el domingo pasado en el Jardín Botánico. Ese sitio, al que llaman Trianon, estaba habitado antaño por un individuo llamado Calvaire, que tenía una hija que follaba mucho con uno llamado Barbelet, que se dio muerte por su amor. Era uno de mis compañeros de colegio. Se mató a los diecisiete años, de un pistoletazo, en una llanura arenosa que yo solía cruzar con mucho viento. He vuelto a ver la casa donde vi antaño a la chiquilla, que ahora se habrá marchado Dios sabe a dónde. Ahora hay allí palmeras de invernadero y un aula a la

que todos los jardineros que quieren instruirse acuden a tomar clases para la poda de árboles. ¿Quién piensa en Barbelet, en sus deudas, en su amor? ¿Quién sueña con la señorita Calvaire? ¡Así éramos nosotros en nuestra juventud! ¡Teníamos agallas, como suele decirse!

Adiós, es muy tarde, me caigo de sueño y te beso en las almohadas que deseo para mí.

Tu

160

[Croisset] Lunes por la noche [13 de marzo de 1854].

Hoy me ha sucedido lo que no me había ocurrido desde hacía muchos años, y es el escribir toda una página en el día. La he escrito desde las ocho hasta ahora, que es medianoche. Decididamente, tomo la resolución de acostarme antes. Necesito de vez en cuando panzadas de sueño. Y hoy, que había dormido la noche pasada doce horas seguidas, me he sentido fresco y atrevido, joven, en una palabra. Está todo dicho. Espero que esto va a marchar, so pena de volver a caer más tarde en agua muerta, como dicen los marinos. Pues nunca voy, en nada, a un ritmo igual. Sólo mi voluntad sigue una línea recta, pero todo el resto de mi individuo se pierde en arabescos infinitos. Cuesta un esfuerzo diabólico enderezar todas esas curvas, adelgazar lo que está demasiado gordo y engordar lo flaco en exceso.

Dime ya lo antes posible cuándo se sabrá el resultado del concurso. Sabes cuánto me interesa, Musa querida. Mándame también detalles sobre la publicación de Perrotin, *Las Vírgenes de Rafael*. Hurgando entre mis notas quizá encuentre manera, con lo que recuerde además, de hacerte un artículo pasable. Me pondré a ello dentro de unos quince días. Espero a que llegue un punto de reposo de mi *Bovary*. He visto en el catálogo de Delahaye un buen título de obra: *Del onanismo en las mujeres*. No cuesta más que un franco setenta y cinco. Lo pido como recompensa de mi trabajo. A propósito de sexo, parece ser que nuestro amigo se dedica mucho a ello. Por lo demás, siempre le he conocido así. Pero ahora la diversidad de platos le aumenta el apetito. Se excita sobre una con otra, y en otra con una, etc. Pues todo no es sino acción y reacción, «meneo perpetuo», como dice el tío Montaigne. ¡Meneo! Un calambur.

Crees que los vestidos de la D[es Genettes] son fruto de un bolsillo múltiple. Es posible. Incluso es probable. Y te extrañas de que se pueda beber con gusto allí donde se posan tantos labios. Es asombrarse de que la gente se embriague en el restaurante. ¿Se piensa acaso, al oler el vino de Sauternes, en todas las jetas horribles que lo han hecho un cuarto de

hora antes, y que lo harán un cuarto de hora después? Además, ¿dónde hay una virginidad cualquiera? ¿Cuál es la mujer, la idea, el país, el océano, que se pueda poseer para sí, para uno solo? Siempre ha habido alguien que ha pasado antes que uno por esta superficie o esa profundidad de la que se cree dueño. Si no ha sido el cuerpo, ha sido la sombra, la imagen. Mil adulterios soñados se entrecruzan bajo el beso que nos hace gozar. Creo un poco en las virginidades físicas, pero no en las morales. Y en la verdadera acepción de la palabra, todo el mundo es cornudo y archicornudo. ¡Vaya un mal, después de todo!

Estoy seguro de que el señorito Bouilhet, aunque no me lo ha confiado en absoluto, se preocupa muy poco de eso, con tal de recibir su parte. Prefiere el reparto con terciopelo, batista y puntillas. Pues también todo eso hace gozar. «El tren, el gasto y el brocatel influyen», como dice ese mismo Michel, que era un entendido en mujeres y las apreciaba mucho. [...]

Nunca me hablas de tus lecturas. Haces mal, te estás agotando. Hay que leer incesantemente (historia y clásicos). Me objetarás que no tienes tiempo. No, es más útil que escribir. ¡Ya que es con lo que han escrito los otros con lo que escribimos, ay! ¿Qué quieres decir con eso de que «es triste no apoyarse unos sobre otros»? Hay que apoyarse sobre los fuertes y sobre lo eterno, y no sobre nuestras pequeñas pasiones tornasoladas y cambiantes. Desde que acabo de releer a Montaigne me siento más firme. Pues estoy lleno de él. Tampoco hay que dudar de los amigos, y espantarse, y hacer requerimientos de gendarme: «Contéstame lo antes posible, con claridad..., seguridad engañosa, etc.», y todo eso porque como B[ouilhet] se ve obligado, debido a las vacaciones de su madre, a venir en Pascua (y sólo puede venir en Pascua), me parece una bobada irme de aquí justo en ese momento. Eso es todo. Retrasaré mi viaje quince días. Mientras tanto, un beso, vieja salvaje, siempre en estado de embriaguez. [...]

161

[Croisset] Domingo por la tarde [19 de marzo de 1854].

Quería escribirte ayer por la noche, Musa querida; pero oí dar la una y media cuando creía que aún eran sólo las doce. Era demasiado tarde. Estos días he estado (y aún lo estoy un poco) atormentado por el reuma en el hombro izquierdo y en el cuello. Son las viejas lluvias del Peloponeso que se hacen sentir. Soy como las paredes viejas: la humedad sale en primavera. Lo malo de esto es que me hace pensar mucho en los viajes, en viajes, pensamientos muy tontos y estériles, ya que no puedo hacer

nada... No importa, mi trabajo avanza, aunque va despacio, y a fuerza de corregir y refundir. En julio veré el final, todo de un tirón, espero. ¡Pero es atroz! El orden de las ideas es lo difícil, y además, como mi asunto es siempre el mismo, sucede en el mismo ambiente y voy ahora por las dos terceras partes, ya no sé cómo apañarme para evitar las repeticiones. La frase más sencilla, como «cerró la puerta», «salió», etc., exige increíble astucia artística.

Se trata de variar la salsa continuamente, y con los mismos ingredientes.

No puedo salvarme con la fantasía, pues no hay en este libro ni un movimiento en mi propio nombre, y la personalidad del autor está completamente ausente. ¡Tiemblo de que Bouilhet me eche la bronca en Pascua! Él me parece que está bastante fastidiado con las correcciones de su *Hombre futuro*. El mal no es tan grave como él cree, y lo que me ha enviado esta mañana es muy bueno. Bien, todo esto acabará dentro de unos meses. Estaremos juntos más a menudo, y si nuestro trabajo no mejora con ello, al menos nuestras personas estarán más a gusto. El criado que voy a tomar en París acaba de salir. Hemos hecho nuestros arreglos. Le he dicho que esté preparado para el mes de octubre próximo. Esta tarde me aburro horriblemente. Hace un tiempo gris estúpido, y no estoy en vena de trabajar.

¿Sabes que me has escrito una carta encantadora y simpática, querida Louise? Estoy contento de que tengas esperanzas. Las tengo también. Cuento con De Vigny, que me parece una buena persona (aunque se titula «esclavo», lo que me ha parecido de un gusto un poco Imperio), y si es como lo cree Préault, mis celos duermen tranquilos. Iba a olvidar lo más importante de mi carta, a saber, que he de lavarme de lo que me atribuyes. No renegué de ti en absoluto en casa de la Señora..., y he aquí el diálogo tal y como fue:

—Me han dicho que venía usted con frecuencia a París.

—No, en absoluto; ¿por qué?

—Me han asegurado incluso que tenía usted una pasión.

—Yo, señora, soy incapaz de eso; ¿y por quién?

—Por la señora Colet. Me han dicho que estaban ustedes en las mejores relaciones.

—Ja, ja, ja! Es verdad. La aprecio mucho, la veo muy a menudo, pero le ruego crea que todo lo demás son calumnias.

Y seguí bromeando sobre mí y acusándome de ser físicamente incapaz de amar, lo que excitaba mucho la hilaridad del señor y la señora. Puedes estar segura de que me mantuve a caballo entre la retirada y la desvergüenza. Habrán creído lo que hayan querido, cosa que me importa

poco, con tal que no me fastidien a la cara; eso es todo lo que pido en estas cuestiones.

Incluso creo que ahora están más seguros de la cosa; pero son preguntas a las que nunca se contesta «sí», a menos que uno sea un patán o un fatuo, pues es (siempre según las ideas de la sociedad) deshonorar a la mujer o jactarse. No, por mil dioses, no; no he renegado de ti. Si conocieras el fondo del orgullo de un hombre como yo, no habrías tenido esa sospecha. No hago al mundo más que concesiones de silencio, pero ninguna de discurso. Sí que agacho la cabeza ante sus tonterías, pero no me quito el sombrero ante ellas.

Gracias por tus ofrecimientos para el señor y la señora Marc. Tus servicios nos serían inútiles. El asunto está en buenas manos y tiene un 99 por 100 de probabilidades de salir bien. Se ha descubierto un montón de cosas cómicas e innobles, entre otras ésta: su tío, un buen hombre, instalado, asentado, considerado, que usa dijes y patillas, calvo como conviene a un pensador y barrigudo como corresponde a un sabio, todo un tío, en fin; pues bien, este excelente caballero roba a su sobrino de la manera más canallesca. Ha hecho firmar a ese desgraciado por valor de setenta y cinco mil francos de pagarés, y el procurador ha llegado justo a tiempo para impedir la fabricación de una escritura que iba a arruinarlo limpiamente. Lo está ya en sus tres cuartas partes, y después de haber tenido doce mil libras de rentas (sin contar la fortuna de su mujer), no le quedarán, quizá, de aquí a seis meses, ni mil escudos de rentas. Ahí es a donde lleva el amor exagerado por el alcohol. [...]

Lo que me dices sobre la lectura de los Fósiles a Pichat y a Maxime no me ha sorprendido en absoluto. Bouilhet no me ha hablado de ello; sólo me escribe simples notas. Toda esa buena gente está en un ambiente tan ruidoso que les es imposible recogerse para escuchar, primero. Y luego, aunque hubieran escuchado, es una de esas obras originales que no están hechas para todo el mundo. El comentario de Du Camp: «¡Qué lástima que los animales no estén nombrados!», demuestra que ha perdido toda noción de estilo. La «superioridad de la idea sobre la descripción» es de la misma hechura. Se ha llegado ahora a tal flojera en el gusto, debido al régimen debilitante que seguimos, que la menor bebida fuerte pasma y aturde. Hace ya doscientos años que la literatura francesa no ha tomado el aire; ha cerrado su ventana a la naturaleza. ¡Y así, el viento de los grandes horizontes oprime y asfixia a la gente ingeniosa! Hace cinco o seis años un polaco me dijo una frase profunda a propósito de Rusia: «Su espíritu ya nos invade». Entendía con eso el absolutismo, el espionaje, la hipocresía religiosa, el antiliberalismo, en fin, bajo todas sus formas. Y también en

literatura estamos en ese punto. Nada más que barniz, y por debajo el bárbaro: ¡barbarie de guante blanco! ¡Patas de cosacos con uñas sin mugre! ¡Pomada de rosa, que huele a cirio! ¡Ay, qué abajo estamos, y qué triste es hacer literatura en el siglo XIX! No tenemos ni base ni eco; se encuentra uno más solo que el beduino en el desierto, pues el beduino, al menos, conoce los manantiales ocultos bajo la arena; tiene la inmensidad a su alrededor, y las águilas que vuelan por encima.

¡Pero nosotros! Somos como un hombre que cayera en el osario de Montfaucon sin unas botas fuertes: lo devoran las ratas. Por eso hay que tener botas fuertes, de tacones altos, de clavos puntiagudos y suelas de hierro, para poder, con sólo caminar, aplastar. [...]

¿Cuándo volveré a ver grandes estrellas? ¿Cuándo montaré elefantes, después de haber montado camellos?

La inacción muscular en que vivo me empuja a necesidades de acción furibunda. Siempre es así. La privación radical de algo crea su exceso, y para la gente como nosotros no hay salvación más que en el exceso. No son los napolitanos quienes entienden el color, sino los holandeses y los venecianos; como siempre estaban en la niebla, se enamoraron del sol.

¿Tienes un Plutarco? Lee la vida de Aristómenes. Es lo que estoy leyendo ahora. Es muy hermoso. [...]

[Croisset] Martes por la noche [4 de abril de 1854].

Ésta no cuenta; es sólo para saber cómo estás. Además, Bouilhet me ha dado noticias tuyas. Me ha dicho que estabas enferma, pero que no tenías nada serio. No sé si es simpatía de nuestros órganos, pero me está saliendo, en el mismo sitio que a ti, un divieso que será monstruoso si no revienta. ¡Col colosal! ¡Orgullo de China! ¡*Arbor sancta*! Desde el viernes me he encontrado en un horrible estado de tedio y de hundimiento, consecuencia de un párrafo que no podía resolver. A Dios gracias, desde esta tarde ha pasado. Este libro me agota; estoy gastando en él el resto de mi juventud. Es igual, ha de hacerse. La vocación, grotesca o sublime, debe seguirse. Hablas de mi quietud. Nunca se habló de nada más fantástico. ¡Quietud, yo! ¡No, por desgracia! Nadie está más turbado, atormentado, agitado, destrozado. No paso dos días ni dos horas seguidas en el mismo estado. Me consumo de proyectos, de deseos, de quimeras, sin contar la grande e incesante quimera del Arte que ahueca la espalda y enseña los dientes de una manera cada vez más formidable e imposible. Además, estos primeros días buenos me afligen. Estoy enfermo de la enfermedad de España. Me vienen melancolías sanguíneas y físicas por irme, con botas y espuelas, por buenas y viejas rutas llenas de sol y de

aromas marinos. ¿Cuándo oiré a mi caballo caminar sobre bloques de mármol blanco, como antes?

[Croisset] Medianoche del viernes [7 de abril de 1854].

Acabo de pasar a limpio todo lo que he escrito desde Año Nuevo o, para decir mejor, desde mediados de febrero, ya que al volver de París lo quemé todo. Son trece páginas, ni más ni menos; trece páginas en siete semanas. Bueno, son definitivas, creo, y todo lo perfectas que me es posible. No tengo ya más que quitar dos o tres repeticiones de la misma palabra, y dos cortes demasiado iguales que deshacer. Por fin es algo terminado. Era un párrafo difícil. Había que llevar insensiblemente al lector de la psicología a la acción, sin que se diera cuenta. Ahora voy a entrar en la parte dramática y movida. Dos o tres grandes movimientos más y veré el final. En el mes de julio o de agosto espero iniciar el desenlace.

¡Qué esfuerzo me habrá costado, Dios mío! ¡Cuánto esfuerzo! ¡Cuántos derrumbamientos y desmoralizaciones! Ayer me pasé toda la velada dedicado a una cirugía furiosa. Estoy estudiando la teoría de los patizambos. En tres horas he devorado todo un volumen de esta interesante literatura, y he tomado notas. Había frases hermosísimas: «El seno materno es un santuario impenetrable y misterioso, donde, etc.». ¡Por lo demás, magnífico estudio! ¡Ojalá fuera joven! ¡Cómo trabajaría! Para escribir habría que conocerlo todo. Todos nosotros, escritores, sufrimos una ignorancia monstruosa, y sin embargo, ¡cuántas ideas y comparaciones proporcionaría todo eso!

En general, nos falta tuétano. Los libros de los que han derivado literaturas enteras, como Homero, Rabelais, son enciclopedias de su época. Esa buena gente lo sabía todo; y nosotros no sabemos nada. En la poética de Ronsard hay un curioso precepto: recomienda al poeta que se instruya en las artes y oficios de herreros, orfebres, cerrajeros, etc., para extraer metáforas. En efecto, eso es lo que te da una lengua rica y variada. Las frases deben agitarse en un libro como las hojas en un bosque, todas distintas en su semejanza.

Pero charlemos de ti, y a propósito de medicina, no entiendo nada de tus males. ¿Qué tienes, en definitiva? ¿Quién te atiende? ¿Te cuidas? Si es uno de los dos seres que vi en tu casa, Valerand o Alibert, te compadezco. Estos señores me dan la impresión de auténticos cernícalos. Por muy atea que seas en medicina, te aseguro que puede hacer mucho daño. Te matan perfectamente, si no te curan. Siempre te había aconsejado que fueses a consultar a alguien para tus palpitaciones. Te empeñas en no hacer nada y en sufrir. Muy bonito desde el punto de vista de lo duro, pero menos bonito

desde el punto de vista de lo razonable.

Recibí la carta en que me decías que De Vigny te había leído (y bastante mal) en la Academia. Así que tranquilízate, no se ha perdido. Me parece un hombre excelente, el bueno de Vigny. Además, es una de las escasas plumas honradas de la época: ¡gran elogio! Le estoy agradecido por el entusiasmo que tuve antaño al leer *Chatterton* (el tema contaba mucho; pero es igual). En *Stello* y en *Cinq-Mars* también hay bonitas páginas. En fin, es un talento agradable y distinguido, y pertenecía a la época buena, ¡tenía Fe! Traducía a Shakespeare, vociferaba contra el burgués, cultivaba lo histórico. Por mucho que se hayan burlado de toda aquella gente, aún dominarán durante mucho tiempo todo lo que les siga. Y todos terminan por ser académicos, ¡oh, ironía! El desdén por la Poesía que tienen en aquel lugar, y del que él te hablaba, me ha vuelto a recordar hoy que esas son cosas que hay que explicarte, y seré yo quien las explique. Se hace sentir la necesidad de dos libros morales, uno sobre la literatura y otro sobre la sociabilidad. Tengo el prurito de ponerme a ello. (Por desgracia, no podré empezar antes de tres años, como muy pronto.) Y respondo ante ti de que, si algo puede romper las ventanas, será eso. La gente honrada respirará. Quiero dar un poco de aire a la conciencia humana, que está falta de él. Siento que es el momento. Me agobian un montón de ideas críticas. Tengo que librarme de ellas en algún sitio, para dedicarme luego, cómoda y largamente, a dos o tres grandes obras que llevo desde hace tiempo en el vientre.

No, no he ido demasiado lejos contra De Lisie, ya que, después de todo, no he dicho nada malo de él; pero he dicho y sostengo que su acción al piano me indignó. He reconocido ahí a un vanidoso taciturno. Este chico no hace arte exclusivamente para él, puedes estar segura. Querría que todos sus poemas pudieran ser puestos en música y cantados, y berreados, y hechos gorgoritos en los salones (luego se dará como disculpa a sí mismo que los poemas de Homero eran cantados, etc.). Esto me exaspera; no le he perdonado esa prostitución. En mi ferocidad no has visto más que un antojo excéntrico. Te aseguro que me ha herido en poesía, en música y en él mismo, al que apreciaba, pues aunque me acusas de no haber tenido nunca ni un «impulso de corazón en mi vida», soy al contrario, un papanatas que nunca admira por partes. Cuando encuentro la mano hermosa, adoro el brazo. Si un hombre ha hecho un buen soneto, ya es amigo mío, y luego lucho contra mí mismo y no quiero creerme aunque haya descubierto la verdad. Leconte puede ser un muchacho excelente, no tengo ni idea; pero le he visto hacer una cosa (insignificante en sí, de acuerdo) que me pareció, en el orden artístico, lo

que es el sudor de pies al orden físico. Apestaba, y los trinos, gamas y octavas que dominaban su voz hacían como las mallas de ese sucio calcetín armónico por donde manaba beatíficamente aquel flujo de vanidad nauseabunda. ¿Dónde estaba la pobre poesía, en medio de todo aquello? Pero ¡había señoras! ¿No había que ser amable, acaso? ¡El espíritu de sociedad, caramba!

Me dices cosas hermosísimas sobre la Sílfide y su actividad. La agitación que se da alguna gente causa vértigo, ¿verdad? En eso pasa la vida, en un montón de actos imbéciles que hacen encogerse de hombros al vecino. Nada es serio en este bajo mundo, más que la risa.

¿Piensas en la sacudida que Bouilhet va a tener que administrar a esa pobre Léonie? Lo espera como el maná. Con tal que no le diga, como Cimodocea a Eudoro: «¡Ah, las mujeres de Roma te han amado en exceso!» «¡Ah, las zorras de París te han chupado en exceso!»

Adiós, pobre y querida Musa; cúrate. Te abrazo.

Tu MONSTRUO.

Estoy releendo historia griega para las clases que doy a mi sobrina. Ayer, el combate de las Termópilas, en Herodoto, me transportó como a la edad de doce años, lo que demuestra el candor de mi alma, digan lo que digan.

164

[Croisset] Medianoche del miércoles [12-13 de abril de 1854].

Espero a Bouilhet mañana o pasado mañana (quizá incluso esté en este momento en Ruán en los brazos de su Dulcinea número tres). Así que te escribo en seguida, no vaya a olvidárseme mañana y sufrir retraso mi carta. ¡Qué triste estás, pobre Musa! ¡Qué cartas tan fúnebres me envías desde hace algún tiempo! Te exasperas contra la vida. Pero es más fuerte que nosotros, y hay que seguirla. Además, tu conducta en lo referente a la salud no tiene sentido. Es la última vez que te lo digo. Cuando hayas conseguido, gracias a tu tozudez, una buena enfermedad orgánica en la que no haya nada que hacer más que sufrir indefinidamente, a lo mejor pensarás que yo tenía razón. ¡Pero ya será tarde! Has de creer a un hombre que fue educado en el odio a la medicina, y que la mira de igual a igual. No hay arte, sino disposiciones innatas, igual que en crítica no hay poética sino buen gusto, es decir, ciertos hombres con instinto que adivinan, hombres nacidos para eso y que han trabajado eso.

Pero hablemos de lo moral, ya que, según tú, es la causa de tu mal. Me dices que las ideas de voluptuosidad apenas te atormentan. Tengo la misma confidencia que hacerte, pues te confieso que ya no tengo sexo, a

Dios gracias. Si hace falta, lo recuperaré, y eso es lo que conviene. A propósito, ¿dónde has visto que yo te haya hecho antideclaraciones? ¿Cuándo te he dicho que «no sentía amor por ti»? No, no, como tampoco he dicho nunca lo contrario. Dejemos las palabras a las que nos aferramos, y con las que nos contentamos, creyéndonos libres de lo demás. ¿Para qué inquietarse perpetuamente por la etiqueta y por la frase?

Descansa un poco la cabeza en tus manos, no pienses en ti sino en mí, tal como soy, con casi treinta y tres años, gastado por quince o dieciocho años de trabajo encarnizado, más lleno de experiencia que todas las academias morales del mundo en todo lo tocante a las pasiones, etc., calafateado contra los sentimientos por haber navegado mucho en ellos, y pregúntate si es posible que un ser semejante tenga lo que se llama *Hamoorrr*. Además, ¿qué significa? Es que me pierdo. Si no te quisiera, ¿por qué te escribiría, primero, y por qué te vería? ¿Y por qué te...? ¿Quién me obliga? ¿Cuál es el atractivo que me impulsa y me devuelve a ti, o más bien que me deja contigo? No es el hábito, pues no nos vemos con la suficiente frecuencia como para que el placer de la víspera provoque el del día siguiente. ¿Por qué, cuando estoy en París, me paso todo el tiempo en tu casa, digas lo que digas, de modo que he dejado por eso de ver a mucha gente? Podría encontrar otras casas donde se me recibiría, y otras mujeres. ¿De dónde viene el que te prefiera a ellas? ¿No sientes que hay en la vida algo más elevado que la felicidad, que el amor y que la religión, porque nace en un campo más impersonal, algo que canta a través de todo, se tape uno los oídos o se deleite oyéndolo, algo a lo que no afectan las contingencias, y que es de la naturaleza de los ángeles, que no comen: quiero decir, la Idea? Cuando se vive por ella, se ama a través de ella. Siempre he tratado (pero creo que estoy fracasando) de hacer de ti un hermafrodita sublime. Te quiero hombre hasta la altura del vientre; más abajo me agobias, me alteras y te estropeas con el elemento femenino. Hay en ti, y con frecuencia visibles en la misma acción, dos principios más distintos uno de otro y más opuestos que Ormuz y Ahrimán en la cosmogonía persa. Repasa tu vida, tus aventuras interiores y los acontecimientos externos. Relee incluso tus obras, y te percatarás de que tienes en ti a un enemigo, un no sé qué, que a pesar de las cualidades más excelentes, del mejor sentimiento y de la concepción más perfecta, te ha vuelto o te ha hecho parecer justo lo contrario de lo que convenía.

Dios te había destinado a igualar, si no a sobrepasar, lo más fuerte que hay ahora. Nadie ha nacido como tú. ¡Y, con la mejor buena fe del mundo, te ocurre a veces el poner versos detestables! Lo mismo en el campo

sentimental. No ves, y tienes injusticias sobre las que uno se calla, pero que hacen daño.

¡Todo esto no son reproches, pobre Musa querida, y si lloras, que mis labios sequen tus lágrimas! Querría que te barriesen el corazón, para expulsar de él todo el polvo viejo.

He querido amarte y te amo de una manera que no es la de los amantes. Habríamos puesto todo sexo, toda decencia, todos los celos, toda cortesía (todo lo que es como sería con otra persona) a nuestros pies, bien abajo, para hacernos un zócalo, y, subidos sobre esa base, habríamos planeado juntos por encima de nosotros mismos. Esas grandes pasiones, no digo las turbulentas, sino las elevadas, las anchas, son aquellas a las que nada puede perjudicar y en las que pueden moverse otras varias. Ningún accidente puede perturbar una Armonía que abarca en sí todos los casos particulares; en semejante amor habrían podido caber incluso otros amores: ¡habría sido todo el corazón!

Eso es lo que, en la juventud, hace tan fecundos los afectos de hombres, lo que hace que sean tan poéticos a la vez; los antiguos habían colocado a la amistad casi a la altura de una virtud. Con el culto a la Virgen llegó al mundo la adoración de las lágrimas. Hace ya dieciocho siglos que la humanidad persigue un ideal rococó. Pero el hombre se rebela una vez más, y abandona las amorosas rodillas que lo acunaron en su tristeza. En la conciencia moderna se produce una reacción terrible contra lo que llaman Amor. Empezó con rugidos de ironía (Byron, etc.), y el siglo entero mira con lupa y disecciona sobre su mesa la florecilla del sentimiento que olía tan bien... ¡antaño!

No digo que uno haya de tener las ideas de su tiempo, pero sí comprenderlas. Y sostengo que no se puede vivir pasablemente más que negándose lo más posible al elemento que resulta ser el más débil. La civilización en que nos hallamos es un triunfo logrado (guerra incesante y siempre victoriosa) sobre todos los instintos llamados primordiales. Si queréis entregaros a la cólera, a la venganza, a la crueldad, al placer desenfrenado o al amor lunático, el desierto está allá y las plumas del salvaje un poco más lejos: ¡adelante! Por eso, por ejemplo, considero a un hombre que no tiene cien mil libras de renta y se casa, como un miserable, como un bribón al que se debe apalear. El hijo del hotentote no tiene nada que pedir a su padre que éste no pueda darle. Pero aquí, cada hijo de portera puede querer un palacio, ¡y tiene razón! La culpa es del matrimonio y de la miseria, o más bien de la propia vida. Así que no se debería vivir, y eso es lo que había que demostrar, como dicen en geometría.

Martes, medianoche [18 de abril de 1854].

Si no he vuelto a hablarte del asunto del Filósofo, es porque creía que era algo totalmente acabado, por ahora al menos, y acabado con una negativa formal por su parte. A pesar de la opinión contraria de Béranger, persisto en creer que la mía era válida, si es que sigues teniéndolo agarrado. Te di ese consejo según los rasgos de su carácter, que, me dijiste, es débil; y, admitido esto, ¡yo tenía razón! Así que aguarda y resiste, y deja de creer, querida Musa, que no me intereso por tus asuntos. Al contrario, nada de lo que te afecta me es indiferente. Querría verte ante todo feliz, feliz de todos modos, de todas las formas, feliz por el dinero, la posición, la gloria, la salud, etc., y si supiera de alguien que pudiese darte todo eso, iría descalzo a buscártelo.

La felicidad, o lo que se le acerca, es un compuesto de pequeños bienestares, igual que la no-desgracia sólo se obtiene mediante la plenitud de un sentimiento único que nos taponan las aberturas del alma ante todos los accidentes de la vida. [...]

Me verás dentro de tres semanas, a más tardar. De aquí a mi partida no me quedan más que cinco o seis páginas por hacer, y además siete u ocho hechas a medias o en sus dos tercios. Chapoteo de lleno en la cirugía. Hoy he estado adrede en Ruán, en casa de mi hermano, con quien he charlado largamente de anatomía del pie y patología de los patizambos. Me he dado cuenta de que me estaba corriendo en la Jaata (si está permitido expresarse así). Mi ciencia, adquirida hace muy poco, no era sólida de base. Había escrito algo muy cómico (el más bonito movimiento de estilo que era posible ver, y por el que he llorado durante dos horas), pero era pura fantasía, estaba inventando cosas inauditas. ¡Así que hay que suprimir, cambiar, refundir! No es fácil hacer literarios y alegres unos detalles técnicos, a la vez que se mantienen precisos. ¡Ah, si las habré conocido yo, las angustias del estilo! Por lo demás, ahora es todo una montaña para mí. Bouilhet no se ha mostrado descontento de lo que le he leído. Creo que he dado un gran paso, a saber, la transición insensible de la parte psicológica a la dramática. Ahora voy a entrar en la acción, y mis pasiones van a ser efectivas. Ya no tendré que respetar tantas medias tintas. Será más divertido, al menos para el lector. Para el mes de julio, cuando vuelva a París, tengo que haber empezado el final. Luego regresaré en octubre para buscar alojamiento. ¿Cuándo llegará ya ese día bienaventurado en que escriba la palabra m...? En septiembre próximo hará tres años que estoy con este libro. Son largos, tres años pasados en la misma idea, escribiendo con el mismo estilo (sobre todo con este estilo,

del que mi personalidad está tan ausente como la del emperador de China), viviendo siempre con los mismos personajes, en el mismo ambiente, azotándose siempre los flancos en pos de la misma ilusión. [...]

166

[Croisset] Sábado, una de la madrugada [22 de abril de 1854].

[...] Sigo enredado con los patizambos. Mi querido hermano me ha fallado esta semana en dos citas, y si no viene mañana, me veré forzado de nuevo a ir a Ruán. No importa, esto avanza. Estos días he tenido mucha dificultad en lo referente a un discurso religioso. Lo que he escrito es, en mi conciencia, de una impiedad poco común. ¡Lo que es la diferencia de época! Si hubiese vivido cien años antes, ¡qué declamación habría puesto! En vez de ello, no he escrito más que una exposición pura y casi literal de lo que debió ser. Ante todo, estamos en un siglo histórico. Así que es preciso narrar con toda sencillez, pero narrar hasta llegar al alma. Nunca dirán de mí lo que dicen de ti en el sublime prospecto de la Librairie Nouvelle: «Todos sus trabajos concurren a esa meta elevada» (la aspiración a un porvenir mejor). No, hay que cantar sólo por cantar. ¿Por qué se mueve el Océano? ¿Cuál es la meta de la naturaleza? Pues creo que la meta de la humanidad es exactamente la misma. Las cosas son porque son, y no podréis alterarlas, buena gente. ¡Siempre giramos dentro del mismo círculo, hacemos rodar siempre la misma roca! ¿No eran más libres y más inteligentes en la época de Pericles que en la de Napoleón III? ¿Dónde has visto que yo pierda «el sentido de ciertos sentimientos que no experimento»? Primero, te haré notar que sí los experimento. Tengo el corazón humano, y si no quiero un hijo mío, es porque siento que lo tendría demasiado paternal. Quiero a mi sobrinita como si fuese mi hija, y me ocupo de ella lo bastante (activamente) como para demostrar que no son frases. ¡Pero que me despellejen vivo antes de explotar eso en estilo! No quiero considerar el Arte como un sumidero de pasión, como un orinal, un poco más limpio que una simple charla, que una confidencia. ¡No, no! La Poesía no debe ser la espuma del corazón. Esto no es serio, ni correcto. Tu hija merece algo mejor que ser expuesta en verso bajo su mantita, que ser llamada ángel, etc. Todo eso es literatura de romanza más o menos bien escrita, pero que flaquea por la misma base débil. Cuando se ha escrito *La campesina* y algunos poemas de tu libro *Lo que hay en el corazón de las mujeres*, una ya no puede permitirse esas fantasías ni en broma. La personalidad sentimental será lo que más tarde hará pasar por pueril y un poco necia buena parte de la literatura contemporánea. ¡Cuánto sentimiento, cuánto sentimiento, cuántas

ternuras, cuántas lágrimas! Nunca habrá existido gente tan buena. Ante todo hay que tener sangre en las frases, y no linfa, y cuando digo sangre me refiero a corazón. Tiene que latir, palpar, conmover. Hay que hacer que se amen los árboles y vibren los granitos. Puede ponerse un amor inmenso en la historia de una brizna de hierba. La fábula de las dos palomas me ha emocionado siempre más que todo Lamartine, y sólo por el tema. Pero si La Fontaine hubiera gastado primero su facultad de amar en la exposición de sus sentimientos personales, ¿le habría quedado bastante para describir la amistad de dos aves? Cuidemos de gastar nuestras monedas de oro en calderilla.

Tu reproche es tanto más singular cuanto que estoy haciendo un libro únicamente consagrado a la descripción de esos sentimientos que me acusas de no entender, y he leído tu poema tres días después de haber terminado una pequeña escena en que representaba a una madre acariciando a su criatura. Todo esto no es para defender mis críticas, a las que tengo muy poco apego. Pero no me apeo de la idea que me las dictó. [...]

Ya que estás decidida a publicar *La sirvienta* en seguida, no digo ya nada (de la publicación); pero esperaré. ¡Qué furia tenéis todos, allá en París, por daros a conocer, por apresuraros, por llamar a los inquilinos antes de que se haya construido el tejado! ¿Dónde están los que siguen el precepto de Horacio, que hay que mantener la obra secreta durante nueve años antes de decidirse a mostrarla? En los tiempos que corren no se es magistral en nada. Adiós, te beso, no magistralmente. Tuyo.

Tu

[Croisset] Sábado por la noche [29 de abril de 1854].

Esta noche me he puesto definitivamente a escribir tu artículo. ¡Será una obra maestra de mal gusto y de distinción! La Librairie Nouvelle se estremecerá hasta las entrañas de su mala literatura. Bouilhet vuelve mañana. Pero el miércoles regresará a Ruán. Lo seguiré, lo terminaré y lo llevaré yo mismo hacia finales de la semana, aún no sé el día. Querría hacer también una o dos correcciones a la *Bovary*, cuya más pequeña frase me parece más trabajosa que todos los artículos Pompadour del mundo. Te avisaré de mi llegada. Aguardo el miércoles con impaciencia para tener una nota tuya. Adiós. Hasta pronto, entonces. Te abrazo, y firmo Eugène Guinot, pues rivalizo con él en estupidez y amabilidad. Puede, incluso, que le gane. (No se conservan cartas desde abril de 1854 hasta la nota de ruptura. Es verosímil que la *Correspondencia* prosiguiera).

168

[París] Martes por la mañana [6 de marzo de 1855].

Señora:

Me he enterado de que se había tomado la molestia de venir tres veces, ayer por la tarde, a mi casa. No estaba. Y, temiendo las afrentas que semejante persistencia por su parte podría atraerle por la mía, la cortesía me induce a advertirle que nunca estaré. La saludo atentamente.
